

Tesis de Doctorado en Antropología Social  
Departamento de Antropología y Pensamiento Filosófico Español  
Universidad Autónoma de Madrid  
2012

# La vida en fuego

Un análisis antropológico sobre las memorias de la "lucha armada" en  
los '70 en Argentina



Mter. Mariana Eva Tello  
Directoras: Dra. Ludmila Da Silva Catela, Dra. Ángeles Ramírez

*A mi madre, Azize Weiss, asesinada por el ejército y la policía en Tucumán el 12 de julio de 1976.*

*A mi padre y a mis abuelos, por su enorme amor a la vida.  
A mi hijo Salvador, por ser la fuerza que mueve mi universo.*

## **Agradecimientos**

Intentar comprender una realidad social es siempre una tarea colectiva. Esta investigación no hubiera sido posible sin la ayuda de mucha gente que, desde los pequeños a los grandes gestos, hizo posible este proceso de conocimiento a lo largo de diez años. Quiero agradecer el primer lugar a todas las personas que participaron de esta investigación, por su empecinada memoria y su voluntad de relatar. A mis directoras Ludmila Catela y Ángeles Ramírez, por su orientación, su tremenda generosidad y su amistad. También a todos los que estuvieron siempre dispuestos a leer y comentar los avances de esta investigación: María Eleonora Cristina, Ana Guglielmucci, Emiliano Fessia, Alejandro Dujovne, Gustavo Sora, Santiago Garaño, Victoria Chabrando, Ana Echenique, Renata Rufino, Pablo González, y muchos otros. A Gustavo Paredes, Victoria Degenaro, Martín Lautz y los chicos de la productora El Calefón por el trabajo con las imágenes. A los ámbitos de discusión e investigación académica en los que participé, como el Núcleo Cultura y Política y el Programa de Estudios de la Memoria (UNC), al Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos (UAM) y al Espacio para la Memoria y la Promoción de los DDHH, ex CCDTyE “La Perla”. Al CONICET y a la FUAM por haber financiado parte de mi formación. Y ante todo a mi familia y a mis compañeros de H.I.J.O.S. por su apoyo incondicional y su valor a la hora de hacerle preguntas a nuestro pasado.

# Índice

Introducción

Comprender la violencia política en “los ’70”

Nudos conceptuales y estructura de la investigación

## Capítulo I. Historias y prehistorias.

Peronismo y antiperonismo: definiciones irreductibles desde la más tierna infancia

De la familia a la escuela, de la escuela a la iglesia, de la iglesia a la guerrilla, de la guerrilla a la cárcel

Cielo del 69

Nuevos mundos para las chicas sixties

Ganar la calle

## Capítulo II. La vida en fuego

Ideología y militancia

El origen de la militancia: grupos y elecciones

La sociedad del secreto

Los avatares de la identidad clandestina

“De DNI, Arnold Kremer”. Luis: la persona y el personaje

“El minuto”

Los proyectos. La hebra simbólica entre pasado, presente y futuro

Escrito en el cuerpo.

## Capítulo III. Vencer o morir

Bautismos de fuego

“Al límite entre la vida y la muerte”

“Al límite entre el bien y el mal”. Violencia, política y moral

## Capítulo IV. Ni vencedores ni muertos

“Blanqueos”: salir de la clandestinidad

Prisioneros

Desterrados

Desterrados dentro de la tierra

Volver

“Faltan los mejores”: la vida sin ellos

Una vara con que medirnos

Diferencias políticas

La traición

## Capítulo V. Rituales, marcas y símbolos de la militancia en Córdoba

El “Buen Pastor”: una fuga, 9 desaparecidas y la conquista de un territorio en cinco actos

Entrar y salir de la cárcel: memorias de la reclusión

Espacios para la memoria, marcas territoriales

Tiempos para la memoria en cinco actos

(I acto) “El Paseo es bonito, pero está en el lugar equivocado”

(II acto) Tomando el espacio, tomando la palabra

(III acto) “Los espacios no se recuperan sino que se conquistan”

(IV acto) A 34 años

(V acto) 11 baldosas

Una reja, una ventana, un umbral

El homenaje a Graciela Doldán y Rosa Kreiker en “La Perla”

Entretelones

El acto: pasión, sacrificio y supervivencia en las conmemoraciones de “los Sabinos”  
La sangre y el apellido: memorias en clave familiar  
La cabeza y el corazón, la violencia y la política: memorias en clave militante  
De memorias oficiales y subterráneas  
Una placa en un espacio de memorias

## **Conclusiones**

### **Anexo**

Los entrevistados  
Metodología: Abordajes y criterios  
Condiciones del habla y registro  
Una etnografía textual y visual  
Brújula y mapa para moverse en el propio campo

## Introducción

¿Por qué las personas se involucran en actos de violencia? ¿Qué significaciones y valores se atribuyen a la violencia? ¿A que grupos y personas se la asocia? La violencia en las sociedades occidentales, y en las ciencias sociales dentro de ellas, suele ser un tema de difícil abordaje. Debido los valores negativos que conlleva dentro de nuestra cultura, la violencia suele ser vista como un fenómeno anormal, patológico dentro de un sistema que se piensa a sí mismo como “naturalmente” pacificado (Neiburg; 1999). Entonces ¿Cómo comprender los actos y significaciones asociados con la violencia en forma analítica?

Este trabajo de investigación se remonta al año 2001 durante el cursado de la Maestría en Antropología<sup>1</sup>, cuando comencé a interesarme por los temas relacionados con la represión política en Argentina. La violencia política durante los años 60 y 70 me llamaba la atención, entre otras cosas porque no me era una realidad ajena. La memoria de la represión formaba parte de mis propias memorias y vivencias cotidianas, mis padres habían militado en Montoneros en los '70, mi madre había sido asesinada por la represión en Tucumán en julio de 1976, 21 años después yo me incorporaba a H.I.J.O.S.<sup>2</sup> en la ciudad de Córdoba, donde había venido a cursar mi carrera universitaria.

Poco a poco, mis inquietudes sobre la violencia política pudieron ser transformadas en una pregunta analítica, en un problema sociológico (Lenoir; 1993). En los ámbitos donde pude participar, tanto desde lo académico como desde lo político, “los ‘70” en Argentina, aparecían en los relatos del pasado reciente como una época convulsionada, una época de enfrentamientos violentos, de represión política y de movimientos insurreccionales. La década del 70, se presentaba por otra parte, como el escenario de la dictadura militar, una tragedia nacional que dejó como saldo desaparecidos, asesinados, exiliados y niños apropiados.

---

<sup>1</sup> Cursé la Maestría en Antropología (Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina) entre 2001 y 2006, momento en el que obtuve el grado de Magister. Mi tesis de maestría forma parte de esta investigación, siendo leída con una calificación de 10 en julio de 2006.

<sup>2</sup> H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) es un organismo de derechos humanos fundado en 1995, que nuclea a hijos de desaparecidos, asesinados, presos políticos y exiliados durante la última dictadura militar y a otros jóvenes que si bien no transitaron por estas experiencias comparten los objetivos políticos de la organización.

Teniendo en cuenta que la construcción de la memoria colectiva implica un proceso selectivo que da cuenta de luchas de poder por la legitimación de representaciones y prácticas políticas presentes (Pollak; 2006 y Jelin; 2000), es que comencé a preguntarme sobre los silencios y conflictos en la construcción social de las memorias sobre los años 70 en Argentina.

En esas memorias, uno de los puntos más conflictivos estaba dado por la participación de ciertos grupos, posteriormente “blancos” de la represión estatal, en hechos de violencia política. Las experiencias de militancia, y más específicamente la “lucha armada” suscitaban debates, explicaciones o simplemente silencios, constituyendo un indicio de que el tema de la violencia, por diversas razones, se había constituido en un tema tabú.

Fue así como llegué a formular, a partir de un problema social como la violencia política de las décadas del 60 y 70 en Argentina, un problema sociológico, preguntándome sobre la posibilidad de emergencia de la violencia como estrategia política. Más precisamente, sobre **cómo los ex militantes de organizaciones político militares recuerdan esas experiencias, cómo significan a partir de esas memorias la relación entre violencia, política y Nación, y desde que identidades políticas lo hacen.**

Este trabajo, realizado desde una perspectiva antropológica, aborda los fenómenos de violencia valiéndose de dos principios metodológicos de la disciplina: la etnografía y la comparación (NuAP; 1999). La etnografía apunta a desentrañar las relaciones que desde el “punto de vista nativo” se establecen entre violencia, política y nación; la comparación permite relativizar las significaciones y valores negativos que recubren a los actos de violencia, a fin de poder comprenderlos.

El análisis de este tema en particular, comprender la construcción de esa memoria, implicó rastrear las condiciones de posibilidad de emergencia de esa palabra, ancladas en legitimidades, tiempos y espacios más vastos de la vida social, en posiciones sociales e identidades desde las cuales estos individuos y grupos disputan una representación sobre el pasado, legitimando acciones presentes (Connerton; 1993). En forma más general, la investigación apuntó a desentrañar las relaciones que socialmente se establecen entre

política, violencia y Nación, y las prácticas políticas en la democracia actual a la luz de los procesos históricos de los que emergen.

### **Comprender la violencia política en “los ‘70”.**

Dentro de la sociología clásica, la relación entre violencia, política y Nación ha sido abordada por autores como Arendt, Durkheim, Elias, Simmel y Weber, entre otros, que buscaron situar el problema de la violencia política en el marco de los Estados nacionales modernos. En estos estudios, se problematiza cómo el Estado moderno y sus agentes obtienen el monopolio del uso legítimo de la violencia y se analizan los procesos “civilizatorios” que conducen a que las diferencias pasen a ser resueltas por medio de la política, concretizada en el sistema de partidos. Como lo señalan, Neiburg, Palmeira y Peirano (NUAP; 1998), en los Estados nacionales el concepto de política suele estar contrapuesto al de violencia, o mejor, desde el punto de vista de la evolución de estos estados la política substituye a la violencia. Sin embargo, este proceso no se da sin tensiones y en la historia de la conformación de los estados nacionales coexisten la ciudadanización de los pobladores, junto a diversas formas de violencia política.

Partiendo de estos planteos teóricos y principalmente desde la perspectiva eliasiana, que toma a la violencia como un modo de relación entre grupos e individuos, se pueden distinguir cuatro grandes núcleos de tensión en la constitución de las memorias sobre la violencia política en Argentina durante los ‘70.

En primer lugar, la relación que los Estados nacionales construyen entre violencia y política, en su momento fundacional, donde los mismos monopolizan el ejercicio de la violencia legítima. En esta construcción, la violencia ejercida por parte de sectores ajenos a los órganos del Estado especializados para su ejercicio (Fuerzas Armadas y de Seguridad), pasa a ser vista como algo ilegítimo y punible (Elias; 2001).

En segundo lugar, situándonos en el contexto argentino de los años 60 y 70, o en “los ‘70”, expresión que constituye más que un recorte cronológico un tiempo mítico desde donde diferentes sectores sociales disputan el sentido de la violencia política, lo que se observa es la presencia conflictiva de por lo menos dos proyectos de nación y las diferentes estrategias para fundar un nuevo orden nacional. En este espacio y tiempo



singular de la historia argentina, adquiere centralidad en este planteo ya que en esos momentos la opción armada surgió como estrategia política.

Las memorias que serán aquí analizadas tienen como núcleo las experiencias en ese período, por lo cual es necesario contextualizarlas, trazar un panorama de aquellos años que, someramente, de cuenta del anclaje sociohistórico de las mismas.

Pero ¿Desde cuándo empezar a contextualizar? El recorte cronológico que aparece como significativo tanto desde las categorías nativas como desde los estudios históricos referidos a las organizaciones revolucionarias (Gillespie; 1987; Pozzi 2001)<sup>3</sup> comienza por relacionar estas experiencias con la etapa del peronismo<sup>4</sup> y su posterior proscripción como fuerza política. Este periodo funciona como anclaje desde donde mirar la “gestación” del “movimiento revolucionario”. Así, las experiencias durante el peronismo y la etapa de la llamada “Revolución Libertadora” (1955) no pueden ser omitidas en esta

---

<sup>3</sup> En las categorías nativas encontramos una referencia constante a las experiencias políticas en la infancia, las mismas si bien no fueron vividas a título personal, forman parte de una transmisión intergeneracional de la memoria y la sociabilidad política desde la cual se traza un “origen”. Por otra parte, los estudios históricos toman este mismo anclaje temporal (los años 50) como “antecedente” político de las experiencias de los grupos políticos en los '70.

<sup>4</sup> El peronismo (como movimiento que sólo tiempo después alcanza una representación dentro del sistema de partidos), nace unido a su líder, el Gral. Juan Domingo Perón. Perón, alcanzó popularidad entre las clases trabajadoras desempeñándose como secretario de trabajo durante el gobierno de facto del Gral. Pedro Pablo Ramírez (1943-1946). En este contexto implementó reformas laborales inéditas que beneficiaban sustancialmente a los sectores obreros lo cual implicó, por un lado, la simpatía de estos, pero por otro una profunda oposición de muchos otros sectores político-económicos que veían perjudicados sus privilegios. El encarcelamiento y destitución de Perón de este cargo provocó, el 17 de octubre de 1945, una inédita movilización popular que obligó a liberarlo, acontecimiento que hasta el día de hoy se considera fundador del movimiento. Posteriormente Perón fundaría el Partido Justicialista (PJ), ganando las elecciones presidenciales de 1946. Casado con Eva Duarte (una de las figuras femeninas más importantes dentro de la política nacional) promulgó el voto femenino y la igualdad política entre cónyuges y fomentó la industria nacional, cosa que sin duda sumó, dentro de los sectores históricamente desplazados dentro la cultura política de ese momento, muchos adherentes a su gobierno. Su segundo gobierno democrático estuvo dado entre 1952 y 1955, momento en que fue derrocado por un golpe militar llamado la “Revolución Libertadora”, debiendo exiliarse en Madrid. A partir de ese momento el peronismo como fuerza política, e incluso el pronunciamiento de su nombre, estuvieron proscriptos, levantándose esa proscripción 17 años después, momento en que el líder retorna de su exilio y gana, en 1973, las elecciones por tercera vez. El último gobierno de Perón estuvo poblado de tensiones entre los sectores de izquierdas (gestados durante su ausencia) y de derechas dentro del mismo movimiento, siendo los primeros perseguidos y aniquilados por los segundos, conformados en un escuadrón paramilitar conocido como las tres A (Acción Anticomunista Argentina). Perón muere el 4 de julio de 1974, asumiendo la presidencia su tercera mujer, María Estela Martínez, quien comenzaría con un plan a nivel estatal de “exterminio de la subversión”, encarnada por los grupos de izquierda tanto del peronismo como de otras corrientes. Hasta el día de hoy el signo político ideológico del peronismo constituye un mito que debe ser constantemente reinterpretado. La ideología del líder, unívocamente nacionalista, dio lugar a vertientes de izquierdas y derechas dentro del movimiento y continua siendo un terreno de disputa para aquellos que pugnan por establecer una representación del “pueblo” (Neigurg; 1995).

lectura, las mismas trazan el comienzo de las oposiciones políticas al interior de la nación en términos de peronismo y antiperonismo.

La idea de las “dos naciones”, como mito fundacional de la Argentina a partir de la integración de las masas populares a la participación política durante este periodo (Neiburg; 1995) torna visible la histórica oposición entre los sectores que buscaban integrar al “pueblo” y los representantes de intereses liberales en lo político<sup>5</sup>. Cabe destacar que, tal como se señala en un párrafo anterior, las Fuerzas Armadas tuvieron un fuerte papel a lo largo de toda la vida política nacional, no solo por la centralidad de la figura de Perón, sino por ser protagonistas de los sucesivos golpes de Estado que marcaron la historia de Argentina a lo largo de todo el siglo XX.

Pero el periodo que resulta central en la historia de las organizaciones de la “izquierda revolucionaria” (Ollier; 1998) comienza a mediados de la década del 60. La Argentina de esa época vivía bajo un régimen dictatorial, desde 1966 gobernaba el país el presidente de facto Gral. Juan Carlos Onganía. Sin embargo el atravesar un periodo dictatorial no era un hecho inédito, la alternancia entre periodos democráticos y dictatoriales había sido una constante a lo largo del siglo XX, los años de proscripción del peronismo, más allá de las orientaciones políticas de las personas aquí entrevistadas, condensan la idea de la exclusión de la “voluntad popular” de la política nacional<sup>6</sup>.

Si nos preguntamos por la gestación del movimiento revolucionario en la Argentina de los años 60 y 70, la dictadura de Onganía es un referente central ya que, tal

---

<sup>5</sup> En realidad el mito de las dos naciones tiene una raigambre histórica que va configurando a la representación de la Nación Argentina en varias temporalidades. El peronismo, y la dicotomía entre peronismo y antiperonismo, no hace sino actualizar otras versiones duales de este mito fundador de la Argentina como “irreconciliable”. Anteriormente (en la década de 1820, como momento fundacional) existieron otras oposiciones irreductibles dentro de la mitología nacional, como las de “civilización o barbarie” o “unitarios o federales”.

<sup>6</sup> Si tomamos como referencia temporal la segunda mitad del siglo XX, podemos ver que en Argentina se sucedieron unos tras otros golpes militares que no permitieron que ningún gobierno democrático durara más de cuatro años. A los dos primeros mandatos de Perón, que duraron una década, siguió un periodo de tres años de dictadura, el siguiente presidente constitucional, Arturo Frondizi, fue derrocado en 1962, tras un año se llamó nuevamente a elecciones democráticas ganándolas Arturo Humberto Illia, cuyo mandato duró tres años, siendo derrocado nuevamente por un golpe militar encabezado por Juan Carlos Onganía (1966-1970), quien fue sucedido por Roberto Levingston (1970-1971) y por Alejandro Lanusse (1971-1973), todos presidentes de facto. En 1973 se levanta la proscripción del Peronismo y gana las elecciones el delegado de Perón, Héctor Cámpora, quien retornando el líder, renuncia, y llama a elecciones. Ganando Perón las elecciones en 1973, fallece el 4 de julio de 1974, y asume el poder la vicepresidenta María Estela Martínez de Perón, quien es derrocada por un golpe militar el 24 de marzo de 1976, prologándose esta última dictadura hasta 1983.

como señala Romero (2003), combinó tanto factores económicos como políticos que perjudicaron a sectores de la población argentina que antes no se habían visto tocados por los sucesivos regímenes dictatoriales. Los ajustes económicos, la restricción de la actividad en ámbitos culturales y artísticos hizo que estos sectores anteriormente poco politizados, se involucraran de manera inédita en la actividad política, contribuyendo a generar un clima de creciente protesta.

Sin embargo la formación y las estrategias armadas de las organizaciones cuyos militantes son los protagonistas de este análisis, no sólo responden a coyunturas dictatoriales. Si bien las mismas parecen haber profundizado ciertas condiciones por las cuales los jóvenes se incorporaron de manera masiva a las organizaciones, una de ellas, el PRT, data de 1965 y desarrolla la lucha armada como estrategia tanto durante la dictadura de Onganía como durante el periodo democrático entre 1973 y 1976 (Pozzi; 2001). Por otro lado Montoneros, también pasa a la clandestinidad durante la última parte de este período, luego de romper con su líder el 1 de mayo de 1974. Estos datos, indican que más allá de la alternancia entre periodos constitucionales y dictatoriales como regímenes políticos, la opción por la “lucha armada” responde a otra serie de condicionamientos que hicieron de la violencia una estrategia política posible.

Como he señalado, las organizaciones político militares surgieron del clima de agitación que caracterizó a la segunda mitad de la década del 60, clima que además se enmarcaba en el panorama del mundo. Varios acontecimientos, como la Revolución Cubana, Mayo del 68 en Francia, la guerra de Vietnam, y los procesos de descolonización en los países del Tercer Mundo que tuvieron como protagonistas a los sectores juveniles y que se plantearon formas de luchas que tenían a la violencia como estrategia, funcionaron como referencias políticas y metodológicas.

A nivel local, en los albores del surgimiento de las organizaciones revolucionarias, la incorporación masiva de militantes a las mismas parece haber estado condicionada por revueltas populares como el Cordobazo<sup>7</sup>, en mayo de 1969 (Brennan, 1996; Brannan y Gordillo; 1996; Romero; 2003, Servetto; 1998) que tuvieron gran

---

<sup>7</sup> Hubieron revueltas populares de este estilo en varios puntos del país en ese periodo, se puede citar en Rosariazo (en la ciudad de Rosario, Santa Fe) pocos meses después, el tucumanazo (en la ciudad de Tucumán) en 1970 y el mendozazo (en la ciudad de Mendoza) en 1972. Sin embargo, el Cordobazo es considerado el hecho emblemático y “fundador” de la protesta en los 60 y 70.

significación en la participación de los sectores juveniles en la política. En los momentos previos e inmediatamente posteriores a esta revuelta, que comienza a vulnerar el gobierno dictatorial de Juan Carlos Onganía, se hacen visibles las “organizaciones revolucionarias” que son el objeto de este análisis<sup>8</sup>.

El Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) y Montoneros, las organizaciones en las cuales militaron las personas con las que trabajé en esta investigación, datan de mediados y fines de los años 60, respectivamente. Montoneros, en términos ideológicos (y muy sucintamente), conjugaba una mezcla de vertientes nacionalistas y guevaristas, “su filosofía se basaba en una fusión (...) de la guerrilla urbana – adaptación de la teoría del “foco”, del Che Guevara- con luchas populares del Movimiento Peronista; en otras palabras, en unificar las actividades de la vanguardia y de las masas” (Gillespie; 1987, p.74). Si bien la preparación militar del grupo fundador de Montoneros data de 1968, cuando algunos de sus líderes fundadores como Mario Firmenich, Fernando Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus<sup>9</sup>, viajaron a Cuba para entrenarse militarmente, pasando por primera vez a la clandestinidad ese mismo año, la aparición pública de la organización se da en 1970, primero el 29 de mayo con el secuestro y la posterior ejecución del ex presidente de facto de la Nación, Tte.

---

<sup>8</sup> Las experiencias de organizaciones políticas que emplearon la violencia como estrategia no es una novedad de aquel momento, con anterioridad se registran las experiencias de la Resistencia Peronista quien operó desde 1955, particularmente del comando *Uturunco* quien en 1959 realizó una experiencia de guerrilla en Tucumán, y las acciones de las Fuerzas Armadas Peronistas en el mismo año. (Pozzi y Schneider; 2001 y Gillespie; 1987) Se registra también un intento de guerrilla rural en Salta por parte del *Ejército Guerrillero del Pueblo*, al mando de Ricardo Masetti (Rot; 2000) siendo sofocado en 1964. Sin embargo lo que caracteriza a las organizaciones de fines de los años '70 es que tienen un carácter mucho más masivo y mayor repercusión en el terreno de lo público.

<sup>9</sup> Abal Medina y Ramus provenían de una agrupación nacionalista llamada Tacuara. La misma estaba inspirada en la Falange española, es decir, era abiertamente de derecha, la presencia en la conformación de Montoneros de vertientes de este tipo y la posterior inclinación de izquierda da cuenta de la dificultad en calificar en términos simplistas a esta organización.

Gral. Pedro Eugenio Aramburu<sup>10</sup> y el 1 de julio en Córdoba con un operativo conocido como la “Toma de la Calera”<sup>11</sup>.

Montoneros, tras estas primeras acciones creció muchísimo en cantidad de adherentes. Sus “frentes de masas”, tal como se denominaba a las agrupaciones que realizaban tareas políticas y que llegaron a incluirse bajo la denominación de “Tendencia Revolucionaria del Peronismo”, movilizaron a un gran sector de la juventud que en 1973 hizo posible, el retorno de Perón de su exilio y la victoria electoral del presidente Cámpora. Por otra parte, también en 1974, Montoneros creció gracias a la fusión con otras organizaciones, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), Descamisados y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR)<sup>12</sup>, esta última, de corte originalmente marxista a diferencia de los grupos fundadores de Montoneros.

Montoneros tuvo su auge de participación e intervención pública entre 1970 y 1975. A fines de 1974, los militantes montoneros comenzaron a ser reprimidos y aniquilados tanto por los sectores de derecha del peronismo conformados en un sector paramilitar (nucleados en la “triple A” o Alianza Anticomunista Argentina<sup>13</sup>) como por los propios agentes del Estado.

Por su parte el PRT (posteriormente PRT-ERP), de origen netamente marxista leninista, con algunas vertientes trotskistas, se funda en 1965, separándose su vertiente trotskista hacia 1968. El PRT originariamente, era el producto de la fusión de dos

---

<sup>10</sup> Aramburu, había estado a cargo de la “fusiladora” que en 1956 asesinó a 27 militantes de la resistencia peronista a partir de un fallido intento de recuperar el poder por el general Valle. Los montoneros juzgaron y “ajusticiaron” a Aramburu por esos crímenes y por haber profanado la tumba y sustraído el cadáver de Eva Perón (también en 1956), relatando dos de sus líderes (Norma Arrostito y Mario Firmenich) el juicio revolucionario 4 años después en la revista “Causa Peronista”. El secuestro de Aramburu tuvo lugar el 29 de mayo de 1970 (día del primer aniversario del Cordobazo), “ajusticiándolo” tres días después. (Gillespie; 1987)

<sup>11</sup> La “toma” de la localidad de la Calera, en Córdoba, fue la primera operación de guerrilla urbana realizada por Montoneros. En la madrugada del 1 de julio de 1970, un grupo de 19 combatientes tomaron la localidad, se apoderaron de las armas que tenía la policía local, robaron el banco, pasaron proclamas políticas con altavoces, pintaron las paredes de la ciudad con consignas y se retiraron. En la acción murió el comandante de la misma, Emilio Maza. Posteriormente, por errores de “seguridad” en el operativo, muchos de ellos fueron detenidos.

<sup>12</sup> Descamisados se fusionó con Montoneros en 1972, las FAR en octubre de 1973 y las FAP en 1974 (Calveiro; 2005).

<sup>13</sup> La Triple A, fue un sector de derecha dentro del mismo peronismo conformado en el último gobierno de Juan Domingo Perón. La Triple A actuó sobre todo entre 1974 y 1975, como escuadrones de la muerte que en forma clandestina asesinaban a los militantes de organizaciones revolucionarias. Luego se supo que el responsable de esta agrupación era un representante del mismo gobierno, José López Rega, ministro de bienestar social y asesor del mismo Perón y de su esposa y vicepresidenta María Estela Martínez de Perón.

organizaciones: una de ellas fue el F.R.I.P. (Frente Revolucionario Indoamericano Popular), dirigido por los hermanos Francisco, Asdrúbal y Mario Roberto Santucho, el cual desarrollaba tareas políticas principalmente en los ingenios azucareros del noroeste del país y entre sus reivindicaciones originales incluía el problema indígena. La segunda organización, Palabra Obrera, era trotskista, estaba dirigida por Nahuel Moreno, y realizaba trabajo político con estudiantes universitarios y obreros industriales del centro del país (Pozzi; 2001).

La separación de estas dos tendencias dentro del PRT, coincidió con el comienzo del desarrollo de la lucha armada por parte del grupo dirigido por Mario Roberto Santucho, lo cual se institucionaliza en 1970 con la creación del Ejército Revolucionario del Pueblo, como brazo armado del Partido. Según Pozzi, el PRT-ERP “fue una organización que planteó la combinación de múltiples formas de lucha para la toma del poder –entre las cuales la lucha armada era la fundamental- dirigidas por un partido marxista leninista que crearía un ejército popular” (Pozzi; 2004; p. 19). Si bien el PRT, posteriormente PRT-ERP comenzó a desarrollar acciones armadas en Tucumán en 1969, muchos de sus activistas fueron encarcelados con posterioridad a las mismas. Con la formación del Ejército, la organización comenzó a plantearse una estrategia que respondía más bien a acciones de “propaganda armada” activando política y militarmente principalmente en las zonas del noroeste y el centro del país. En 1974, el PRT-ERP retomó la estrategia de guerrilla rural, instalando un foco guerrillero en el monte tucumano que fue conocido como la “Compañía del Monte”. Este intento de guerrilla rural fue duramente reprimido y las modalidades de la represión a la guerrilla en Tucumán fueron el “laboratorio”, una anticipación, de lo que luego se dio como una estrategia sistemática de represión a partir del golpe de estado del 24 de marzo de 1976<sup>14</sup>. A fines de 1976 tras la muerte de sus principales líderes el PRT-ERP comenzó a declinar, los que quedaron con vida, decidieron exiliarse en 1977<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> En el llamado Operativo Independencia, que estaba destinado a “aniquilar a la subversión”, se implementaron modalidades represivas que luego se masificarían como el secuestro y la tortura de los militantes detenidos en Centros Clandestinos de Detención (CCD), de los cuales la “escuelita de Famaillá”, es el caso pionero (Calveiro; 2005).

<sup>15</sup> Calveiro estima que en 1975, el ERP había perdido a 200 miembros activos, contaba con “alrededor de seiscientos militantes, dos mil simpatizantes y (...) un área de influencia de veinte mil personas” (Calveiro; 2005; p. 105), a fines de 1976, cuando sus líderes se exiliaron, contaban con cincuenta militantes y a fines de 1977 prácticamente había desaparecido.

Si atendemos a la relación entre violencia y política que se puede establecer según el accionar histórico de ambas organizaciones podríamos decir que en un principio las mismas tuvieron una metodología de “foco”<sup>16</sup> inspirada en la experiencia cubana, pasando luego a combinarla con trabajos políticos “de masas” y finalmente, en el período que va desde 1974 hasta 1976, se inclinaron hacia acciones cada vez más militarizadas en detrimento del trabajo estrictamente político (Pozzi; 2004; Gillespie; 1987; Calveiro; 2005). Esto último debe ser relacionado con los momentos y el accionar del Estado como ente represivo, si bien tanto en períodos de dictadura como de democracia las organizaciones sostuvieron la “lucha armada” como metodología y fueron perseguidos por las fuerzas de seguridad, en el último período el accionar represivo se volvió mucho más feroz, limitando seriamente el desarrollo de tareas estrictamente políticas. Al mismo tiempo, al verse perseguidos y seriamente limitados en el desarrollo de tareas políticas, las organizaciones optaron por exacerbar lo militar como estrategia. Pretendiendo enfrentar a las fuerzas represivas como un ejército regular, privadas de sus frentes de apoyo, las organizaciones se vieron ampliamente superadas.

Para fines del año 76, ambas organizaciones se encontraban diezmadas, sus integrantes, si no muertos y desaparecidos, se encontraban presos o exiliados interna o externamente y proliferaban las deserciones y las fracturas internas. Para el caso de Montoneros podría tomarse como fecha de disolución la acción montonera llamada “contraofensiva” (1979), por la cual muchos militantes de esta organización que se hallaban en el exilio volvieron al país siendo secuestrados y desaparecidos (Calveiro; 2005; p. 175). Para el PRT-ERP, la fecha de disolución se remonta a mediados de 1977. Tras la muerte en julio de 1976 de sus principales líderes, la nueva conducción, para esa fecha, decide irse al exilio<sup>17</sup> (Pozzi; 2004).

---

<sup>16</sup> La idea del “foco” guerrillero estaba inspirada en la experiencia cubana pero también en los escritos de Mao, la misma consistía en que un grupo, de vanguardia, debía ocuparse de impulsar la revolución mediante acciones armadas, como forma de “encender” al pueblo, quien posteriormente tomaría las armas y seguiría su ejemplo.

<sup>17</sup> Sin embargo, la fecha de disolución de ambas organizaciones es un dato complejo de establecer, en la actualidad existe un grupo liderado por Mario Firmenich que hasta el día de hoy se autodenomina como “Montoneros”; muchos militantes del PRT-ERP, pese a su disolución en 1977, continuaron realizando acciones políticas (y también militares) en el exilio y existe un grupo denominado PRT en la actualidad.

Los diez años que corren desde mediados o fines de los 60 hasta mediados o fines de los 70, constituirán la referencia temporal en la cual se anclan las memorias analizadas en esta investigación teniendo en cuenta que la “disolución” de las organizaciones es un dato objetivo pero al mismo tiempo subjetivo. Si bien estos “datos” (muertes de los líderes, secuestros y asesinatos, encarcelamiento y desertión de los militantes, derrotas militares) pueden ser tomados como hitos e indicios de la disolución de las organizaciones, el sentido del fin de esta etapa responde en gran medida a la percepción de la “derrota”, el abandono de la pertenencia a estas comunidades y a las experiencias desarrolladas por cada persona y grupo.

Sociológicamente, las experiencias desarrolladas en ese período condensan las significaciones acerca de la ruptura de los contratos civilizatorios (Elias; 2001) característicos de los Estados Nacionales Modernos en los que esta generación había sido socializada. Por esta razón las experiencias relacionadas con ese período resultan buenas para pensar en las formas de concebir la relación entre política y violencia y los modos en que son recordadas aquellas opciones. Por otra parte, la memoria de aquella participación política, es reveladora de los significados atribuidos a problemas universales vinculados con el ejercicio de la violencia, como el sufrimiento y el sacrificio (Durkheim; 2003) y las formas de vivir y morir en nuestras sociedades (Elias; 1987).

En tercer lugar debemos analizar otro momento de la vida nacional que, aunque superpuesto con el anterior, resulta significativo: aquel relacionado con la represión sistemática por parte del Estado. Si bien se puede tomar como punto de partida el golpe de estado del 24 de marzo de 1976 y la dictadura instaurada a partir del mismo, en lo desarrollado anteriormente salta a la vista que la represión estatal comenzó mucho tiempo antes. Hay que recalcar que en este contexto el Estado y sus agentes ya no utilizan legítimamente la violencia, sino que implantan órganos paralelos de persecución y represión a los ciudadanos<sup>18</sup>. Esta etapa resulta central para pensar los trastocamientos de

---

<sup>18</sup> En los albores del Golpe de Estado comenzó a conformarse en puntos estratégicos del país un aparato represivo que alcanzaría un nivel de sistematicidad mucho mayor tras el 24 de marzo de 1976. Si bien todo el aparato de exterminio de la oposición política estuvo asentado sobre instituciones legales del Estado (Fuerzas Armadas, Policías Federales y Provinciales, Gendarmería Nacional), las mismas actuaron clandestinamente a fines de “exterminar a la subversión”. En este contexto no se hacían detenciones sino secuestros, no se tomaban declaraciones sino interrogatorios bajo tortura, una gran proporción de los detenidos no eran alojados en cárceles sino en Centros Clandestinos de Detención donde permanecían en calidad de “desaparecidos”, y si eran “blanqueados” pasaban a ser detenidos políticos confinados en



la relación violencia y política en el contexto argentino, ya que se rompe la correspondencia tradicional entre Estado y monopolio legítimo de la violencia<sup>19</sup>.

Un cuarto momento está dado por los procesos post dictatoriales y la constitución de la democracia como un nuevo escenario. En ese marco y en los años que corren desde 1983 hasta hoy, la relación entre violencia y política adquiere nuevos significados, reconfigurando la memoria sobre esas experiencias.

Con la reapertura democrática y la necesidad de ofrecer a la sociedad una reparación por los crímenes cometidos por el mismo Estado y refundar la Nación, las políticas estatales al respecto estuvieron orientadas a establecer la verdad y a hacer justicia, dos valores que fueron (y siguen siendo) parte indiscutible de los reclamos y consignas de los Organismos de Derechos Humanos con respecto a los crímenes cometidos durante la dictadura. Sin embargo los itinerarios seguidos por estas políticas estuvieron signados posteriormente por medidas que ancladas en el discurso de la “reconciliación nacional”<sup>20</sup> dejaron sin efecto los primeros juzgamientos a los responsables del Terrorismo de Estado durante la siguiente década (Da Silva Catela; 2001).

Dentro de las explicaciones que oficialmente se dieron en torno a la violencia política, el Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, “Nunca Más”<sup>21</sup> (CoNaDep-Nunca Más, en más), y su prólogo, escrito por Ernesto Sábato en

---

cárceles pero no contaban con juicio alguno. Finalmente la mayoría de ellos eran asesinados. Pese a estar en vigencia la pena de muerte no se realizó ningún juicio ni condena a muerte, sino que la mayoría de ellos fueron fusilados e inhumados en fosas clandestinas o arrojados con vida al mar continuando, al día de hoy, desaparecidos.

<sup>19</sup> Autores como Bourdieu (1999) y Elias (2001), han analizado como en la constitución de los Estados Nacionales Modernos monopolizan el ejercicio de la violencia legítima, en estos contextos, las diferencias son resueltas por medio de la política, concretizada en el sistema de partidos y los hechos de violencia son castigados mediante la institución de la justicia. El Estado argentino durante la dictadura rompió ese contrato civilizatorio con su proceder, tratándose de civiles, en términos jurídicos, el estado no actuó usando la ley para castigarlos, sino que optó por un tipo de represión clandestina.

<sup>20</sup> Este discurso se dio en otros países del cono sur que sufrieron dictaduras en esos años. En el mismo, el pedido de justicia era visto como una señal de resentimiento y deseos de revancha y el olvido y el perdón como un gesto de generosidad que se les demandaba a familiares y amigos de las víctimas (Marchesi; 2002).

<sup>21</sup> Una de las primeras medidas del ex presidente Raúl Alfonsín fue la creación de esta Comisión. Alfonsín asume el 10 de diciembre de 1984, realizando toda su campaña electoral apelando a la *democracia* como valor, es decir oponiéndose a la dictadura y planteando una idea “refundacional” de la nación. En los primeros días de su mandato sanciona dos decretos (el 157 y 158) que ordenan la creación de esta comisión a fines de investigar los crímenes cometidos por la dictadura y el procesamiento a las cúpulas militares y guerrilleras. El Informe es presentado el 20 de setiembre de 1984 por el presidente de la CoNaDeP, el

1984, constituyeron uno de los soportes de la memoria oficial más significativos. El prólogo, que antecede al relato de miles de horrores, tiene como función orientar la lectura alrededor de por qué todo aquello fue posible. Así dice el prólogo al Nunca Más:

“Durante la década del ‘70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda (...) a los delitos de los terroristas, las Fuerzas Armadas respondieron con un terrorismo infinitamente peor que el combatido...” (Sábato; (1984) 1994; p.7)

En este discurso, el signo de los ‘70 es el terror. En este marco los ex militantes son posicionados o bien como “terroristas”; o bien como “víctimas” del accionar de un Estado, también terrorista. El prólogo al Nunca Más que instala, en las categorías nativas, la llamada “teoría de los dos demonios”, ofrece una visión simplificadora de la violencia política donde “la sociedad”, la “buena sociedad” (Neiburg; 1999), sitiada entre el fuego cruzado de dos bandos, queda excluida de cualquier tipo de responsabilidad sobre lo sucedido. En cuanto a los ejecutores de la violencia el prólogo los sitúa como ajenos a la sociedad, y puntualiza el “comienzo” de la violencia en las “organizaciones revolucionarias”.

Este discurso, instala argumentos éticos e historiográficos que, por el valor negativo adjudicado a las acciones que implican violencia por fuera de los órganos establecidos en los Estados Nación para el ejercicio de la misma, lo silencian. Cuando se trata de la violencia previa al Golpe, la “teoría de los dos demonios” aparece como el principal marco interpretativo, en el cual todo aquel que pretenda hablar del tema debe referenciarse, ya sea para justificar la violencia del Estado o para rebatir esta versión<sup>22</sup>.

Por otra parte, otro hecho significativo a nivel público estuvo dado por el Juicio a las Juntas Militares<sup>23</sup> en 1985, donde algunos ex militantes fueron convocados en calidad

---

escritor Ernesto Sábato, el mismo documenta exhaustivamente alrededor de 9000 casos de violaciones a los DDHH y consta de alrededor de 50000 páginas. Para un análisis más profundo sobre el contexto político de la CoNaDeP y del Informe Nunca Más ver Crenzel (2008).

<sup>22</sup> La llamada “teoría de los dos demonios” actúa como marco interpretativo, asentándose en una forma muy anterior de interpretar los enfrentamientos violentos al interior de la Argentina. Se puede entender la eficacia simbólica que tiene la misma ya que la misma no hace más que reactualizar el mito de la nación Argentina como “irreconciliable” (Neiburg; 1995).

<sup>23</sup> El Juicio a las Juntas Militares fue considerado el “Nuremberg” argentino. La instancia oral del juicio se realizó entre el 22 de abril y el 14 de agosto de 1985 y en ella declararon 833 personas, los delitos de los que existían constancia superaban los 10000, y el tribunal decidió examinar 280 casos. El 9 de diciembre se dictó la sentencia por la cual se condenaba a Jorge Rafael Videla (Ejército) y a Emilio Eduardo Massera

de “testigos”. Poniendo de relieve un requerimiento sobre de una violencia brutalmente padecida, el escenario del juicio silenció las pertenencias políticas y en líneas generales, toda referencia a la identidad social y política de los testigos (Pollak y Heinich; 2006). En este marco, toda apreciación tendió a ser “neutral” en pos de garantizar una igualdad en términos de condición humana, en detrimento de cualquier diferencia política (Todorov; 1993), tensionando ambas esferas de significaciones. Como señalaran Pollak y Heinich (2006) el escenario judicial moldea un tipo de testimonio que recae sobre hechos puntuales, fechas y lugares, más que sobre las identidades de las personas. Los ex militantes, en el marco del juicio, se avocaron a relatar los horrores sufridos por ellos mismos y por otras personas, a denunciar muertes y responsables. Al igual que los represores, poco y nada dijeron de ellos mismos<sup>24</sup>.

Por otra parte en este momento el silencio en torno a la militancia se volvió estratégico. La identidad de militante entraba en contradicción con la de “víctima”<sup>25</sup> que se buscaba asumir en el contexto del Juicio a las Juntas, pudiendo su enunciación generar malentendidos. Los Organismos de Derechos Humanos<sup>26</sup>, en su afán de instalar

---

(Marina) a cadena perpetua, absolviendo a otros altos mandos de las Fuerzas Armadas por no poderse probar su responsabilidad en los crímenes, por otra parte cometidos en la clandestinidad. Pese al descontento que esto produjo en muchos sectores, el juicio tuvo un alto impacto a nivel social, ya que quedó establecida la responsabilidad de un Estado responsable de la desaparición de cientos de ciudadanos. Para una mayor profundización de las características de este juicio ver el “Diario del Juicio”, publicación de la editorial Perfil durante el desarrollo del mismo o el informe realizado por el Diario Clarín en el 25 aniversario del mismo <http://www.clarin.com/juicio-a-las-juntas/>

<sup>24</sup> Esto se aplica tanto a los testimonios de los testigos como de los acusados, en el libro *El dictador*, biografía del represor Jorge Rafael Videla, Seoane y Muleiro (2001) señalan que muy poco y nada se sabía sobre la identidad de este personaje por medio de los juicios.

<sup>25</sup> Según Sarti (2011) la moderna figura de la víctima constituye un marco de interpretación y de inteligibilidad del sufrimiento, siendo un potente elemento en los movimientos sociales de cuño identitario en tanto que generan una identificación en quien percibe ese sufrimiento mediante el relato. Sin embargo las características que venimos analizando en torno a estas “víctimas-testigos” introducen tensiones en la visión clásica de la figura en tanto que, como potencial en la transmisión de la violencia padecida, la “víctima” debe demostrar haber sido blanco de una agresión *innecesaria, no provocada* (Matta; 2010). El caso que nos ocupa traza una especie de escisión en la figura, en el plano del derecho –de donde emana la noción- la víctima es simplemente aquel que ha sido objeto de un delito, a nivel social la expresión “víctima inocente” –comúnmente usada en las clasificaciones sobre los blancos de la represión- da cuenta de la existencia en las representaciones referidas a la dictadura de una figura complementaria, una especie de “víctima culpable”.

<sup>26</sup> Los Organismos de Derechos humanos en Argentina pueden ser enumerados cronológicamente por su aparición en el ámbito público: la *Liga Argentina por los Derechos del Hombre* (1937), el *Servicio Paz y Justicia* (1974), la *Asamblea Permanente por los DDHH* (1975), el *Movimiento Ecueménico por los DDHH* (1976), *Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas* (1976), *Madres de Plaza de Mayo y Abuelas de Plaza de Mayo* (1977), la *Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos* (1984), *Correpi* (1992), *Cofavi* (1992), *Asociación de ex Detenidos Desaparecidos* (1993), *Memoria Activa* (1994), *H.I.J.O.S.* (1995) y la *Asociación de ex presos políticos* (2007).

públicamente la responsabilidad del Estado Terrorista, silenciaban en sus reclamos las pertenencias de las víctimas a organizaciones político militares. Durante todos esos años, el sentido común legitimaba el accionar de las fuerzas armadas argumentando que las víctimas “algo habrían hecho” responsabilizando de este modo a los muertos y desaparecidos de su propia desaparición y muerte. En este nuevo escenario, la identidad de las víctimas -tanto de los desaparecidos como de los propios testigos- debía revestirse de un aire prístino, completamente inocente<sup>27</sup>.

El silencio sobre las militancias se debió además a otro factor. Como he enunciado antes, Raúl Alfonsín dos días después de asumir la presidencia firma dos decretos: mientras el 158 ordena la investigación y el enjuiciamiento de los crímenes cometidos por las Fuerzas Armadas y de seguridad; el 157 ordena el juzgamiento de las cúpulas guerrilleras. Independientemente del hecho de invalidar la legitimidad al testimonio y a la condición de víctimas, la enunciación de la militancia en aquellos momentos podía tener consecuencias perjudiciales para los testigos, como ser imputados. Así recuerda su experiencia durante esos años Graciela Daleo, ex militante montonera y sobreviviente de la Escuela de Mecánica de la Armada:

“En el caso de los sobrevivientes fueron interrogados más como imputados que como testigos y fuimos interrogados mucho más sobre nuestra historia militante. Yo estuve secuestrada un año y medio en la Escuela de Mecánica de la Armada. Paralelamente al decreto 157 que corría por un determinado carril y a la persecución de determinados miembros de organizaciones revolucionarias de los 60’ y 70’, se abrieron causas similares en otros juzgados, la más significativa fue la del juez Pons al que todos temíamos porque la causa que armó se basó en una revista que se editaba en el exilio en México. Como supuestamente detrás de la misma estaban los Montoneros, fueron procesados todos los miembros del staff de la publicación y a partir de ahí hubo varios detenidos que estuvieron muchos años presos durante el gobierno constitucional de Alfonsín. Yo también fui procesada en 1986. Estuve presa y después fui sobreseída.” (Graciela Daleo, conferencia dada en el Circulo Sindical de Prensa, Córdoba, 2003)

Daleo recuerda esta ambigüedad presente en los escenarios judiciales sobre la condición de testigos o de imputados propulsada sobre todo desde las defensas de los militares pero llevadas adelante también desde algunas fiscalías.

Procesos similares se dieron en varios puntos del país, paralelamente a que los jefes guerrilleros Mario Firmenich, Fernando Vaca Narvaja, Roberto Perdía (líderes de

---

<sup>27</sup> Como señala Portelli (1996) inocente quiere decir *non noscere*, es decir incapaz de causar daño, representación que sin duda no coincide con la caracterización de un guerrillero.

Montoneros) y Enrique Gorriarán Merlo (líder del PRT-ERP), así como el ex gobernador constitucional de Córdoba Ricardo Obregón Cano<sup>28</sup> eran procesados, los primeros por asociación ilícita, secuestro y asesinato y el último sólo por asociación ilícita, siendo luego condenados en su mayoría a 30 años de prisión. En este contexto, muchas causas iniciadas durante el periodo inmediatamente anterior al golpe de Estado bajo la vigencia del decreto de “extremismo de la subversión”, fueron retomadas por algunas fiscalías. En ese marco, muchos ex militantes eran citados como testigos siendo finalmente imputados, por lo cual la menor referencia a sus pertenencias organizativas los ponía en riesgo de ser procesados<sup>29</sup>.

Otro hecho oficial que sin duda terminó de sellar las equivalencias establecidas entre militares y guerrilleros con anterioridad fueron los indultos presidenciales durante el gobierno de Carlos Menem. Anteriormente se dieron otras políticas denominadas en las categorías nativas como “leyes de impunidad”: las leyes de Punto Final (1986) y Obediencia Debida (1987)<sup>30</sup>. El 19 de diciembre de 1990, Carlos Menem dicta el decreto 2741 por medio del cual “perdona” a los integrantes de la junta militar anteriormente condenados<sup>31</sup> (entre otros) y los ex jefes de organizaciones político militares Mario Eduardo Firmenich, Fernando Vaca Narvaja, Roberto Perdía y Enrique Gorriarán Merlo juzgados y condenados en 1986. La medida presidencial apuntó, como la anterior, a

---

<sup>28</sup> Obregón Cano fue elegido constitucionalmente en 1973 como gobernador de la provincia de Córdoba, siendo derrocado en noviembre de 1974 por un golpe de Estado a nivel provincial conocido como el “Navarrazo”, en alusión a su responsable, el jefe de la policía de la provincia Antonio Domingo Navarro. Obregón Cano, junto con otros gobernadores elegidos en 1973, fueron afines a la “Tendencia Revolucionaria del Peronismo”.

<sup>29</sup> Finalmente, muchos de estos militantes fueron sobrepasados de esas causas, aunque algunos cumplieron un periodo de prisión. Los jefes guerrilleros por su parte, fueron juzgados y condenados pero esos procesos tuvieron una visibilidad pública mucho menor a la de los Juicios a los Comandantes. Mientras los ex Comandantes fueron sometidos a juicios orales y públicos, además televisados, los juicios a los jefes guerrilleros, realizados dos años después, no tuvieron mayor trascendencia pública, al día de hoy no encontramos casi registros de esos procesos.

<sup>30</sup> Estas leyes establecían una fecha límite para denunciar desapariciones y beneficiaban a los cargos medios del ejército implicados en la dictadura por haber actuado “cumpliendo órdenes”, respectivamente. El gobierno de Raúl Alfonsín, tras varios intentos de golpe de Estado conocidos como “levantamientos carapintadas”, cedió a los reclamos del Ejército y de los sectores más conservadores de desandar los procesos judiciales iniciados en contra de los militares.

<sup>31</sup> El decreto incluye a Jorge Rafael Videla, Eduardo Emilio Massera, Orlando Ramón Agosti, Roberto Eduardo Viola y Armando Lambruschini, Bremilda Kennedy, Mario Eduardo Firmenich, Fernando Vaca Narvaja; Roberto Perdía, Enrique Gorriarán Merlo, Duilio Antonio Rafael Brunello, José Alfredo Martínez de Hoz y Guillermo Suárez Mason. Los jefes guerrilleros habían sido condenados entre 1982 y 1987 por los delitos de “asociación ilícita y atentados contra el orden público y la paz interna” (Da Silva Catela; 2001).

lograr una “definitiva pacificación y reconciliación nacional” por medio de la impunidad de los crímenes cometidos, a la vez que volvió a poner en paridad de condiciones a las cúpulas militares y a las guerrilleras.

El tema quedó en silencio nuevamente por un largo tiempo. El siguiente escenario “oficial” donde los ex militantes volvieron a ser protagonistas fueron los “juicios por la verdad histórica” implementados desde mediados de los ‘90 con el objetivo de establecer la verdad sobre el destino final de los desaparecidos, pero sin intención punitiva. En este nuevo contexto los ex militantes contribuyeron a establecer una verdad sobre esos crímenes, pero a la vez tuvo para ellos otra función: la de pugnar en un escenario público por legitimar una representación positiva de los “compañeros”<sup>32</sup>, al tiempo que instalaban una identidad sobre ellos mismos. En este contexto emergen dentro de los testimonios algunas pertenencias políticas y experiencias de militancia; sin embargo, lo que comienza a ser enunciado son las actividades “políticas”, “legales” de las víctimas y las identidades organizativas referidas a los “frentes” o ámbitos de acción también legales de las organizaciones<sup>33</sup>. Esta forma de enunciación de las identidades relacionadas con la militancia refieren a actividades y ámbitos de pertenencia “políticos”, sobre todo en el caso de los “testigos”, la participación en o la pertenencia a los frentes “militares” de las organizaciones continúa siendo algo silenciando.

Un último momento de emergencia de las memorias sobre “los ‘70” está dado por el período que se inaugura con la asunción de Néstor Kirchner como presidente de la nación en 2003 y se extiende hasta la actualidad. Kirchner comienza su mandato retomando el problema de las violaciones a los DDHH durante la última dictadura como eje de su agenda política. Durante el primer año de su mandato se anulan las leyes de impunidad y los indultos, manda a descolgar los retratos de los dictadores Jorge Rafael Videla y Reynaldo Bignone de una sala del Colegio Militar de la Nación, retira del dominio del ejército el edificio de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada

---

<sup>32</sup> Durante los Juicios por la Verdad, uno de los argumentos de legitimación propulsados por los abogados que representaban a los familiares de las víctimas (muchos de ellos ex militantes) era salvar el “honor y buen nombre” de los desaparecidos.

<sup>33</sup> En los testimonios de los Juicios por la Verdad muchos testigos enuncian su pertenencia a la Juventud Universitaria Peronista (JUP), a la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), Juventud Trabajadora Peronista (JTP) o el Movimiento Villero Peronista (MVP), todas agrupaciones “de masas” (políticas, legales) de la Organización Montoneros. Del mismo modo hay alusiones a la pertenencia a los Grupos de Base o a la Juventud Guevarista, pertenecientes al PRT.

(ESMA) y lo destina a ser un Espacio de Memoria, declara feriado nacional al 24 de marzo, reformula el prólogo al Nunca Más, impulsando estas medidas una infinidad de políticas que, en cadena, harían del tema de la “memoria y los Derechos Humanos”<sup>34</sup> un eje de las políticas de Estado.

La “era K”, inaugurada por Néstor Kirchner y que posteriormente continuaría con la presidencia de su esposa, Cristina Fernández, produce de este modo una reactivación inédita de la memoria sobre “los ’70”. La consagración de lo que, desde la política de Estado se entiende por “memoria” y “Derechos Humanos” abriría nuevas discusiones en torno de ese pasado y sus consecuencias en el presente.

Como hemos visto durante el recorrido trazado, la mayor o menor presencia del tema en lo público ha tenido una relación directa con las políticas de Estado y más precisamente con los vaivenes entre justicia e impunidad por los crímenes cometidos durante la dictadura. En este sentido la reapertura de juicios por violaciones a los DDHH a partir de 2004 reinstalan en la “actualidad” aquel pasado signado por la violencia política, teniendo como centro lo represivo.

Sin embargo, los nuevos procesos judiciales exhiben diferencias sustanciales respecto de los anteriores en relación al tema que analizamos revelando cambios en las matrices de interpretación sobre la violencia política a nivel social y político.

Lo más destacable en este sentido es que en estas nuevas instancias rituales la demostración de la “inocencia” de las víctimas y de los testigos ya no parece ser una preocupación central; a diferencia de momentos anteriores donde enunciar la pertenencia a una organización podía introducir malentendidos minimizando la gravedad de los crímenes cometidos por las Fuerzas Armadas y de Seguridad, en la actualidad la “condición de perseguido político de la víctima” como agravante<sup>35</sup> de esos delitos ha pasado a tener una importancia central en la demostración del carácter intencional y sistemático de la represión. En este contexto la pertenencia a una organización por parte

---

<sup>34</sup> Al día de hoy, todo lo que en Argentina se entiende por “memoria y Derechos Humanos” remite al problema de los desaparecidos políticos (Da Silva Catela; 2001).

<sup>35</sup> La condición de “perseguido político de la víctima” como agravante del delito de “aplicación de tormentos” estaba vigente ya en el momento del Juicio a las Juntas, sin embargo no fue utilizado estratégicamente ni en las declaraciones ni en los alegatos de los fiscales. El tema era, como hemos dicho antes, intencionalmente omitido. La relevancia que adquiere esta figura en la actual escena judicial da cuenta de que las matrices de interpretación acerca de la militancia, y sobre todo los valores morales negativos adjudicados a las mismas han cambiado sustancialmente.

de las “víctimas” –que otrora introducía malentendidos- “agrava” los delitos cometidos, abriendo nuevos marcos de enunciación sobre el tema tanto en lo que concierne a los asesinados y desaparecidos como a los propios testigos. Este nuevo marco introduce variantes en los *cánones* clásicos de la escena judicial que influyen en las formas de testimonialidad: en primer lugar el papel que asume un relato sobre el “contexto” y en particular del “contexto político”<sup>36</sup>, anteriormente omitido, como elemento de comprensión y legitimación de las penas impuestas. En segundo la ampliación de los marcos de enunciación de los testigos en lo referido a sus trayectorias e identidades políticas<sup>37</sup>.

Por otra parte, dentro de las medidas oficiales encontramos también la creación, a lo largo y ancho del país, de diferentes espacios institucionalizados como Sitios de Memoria, la oficialización del 24 de marzo como feriado nacional y la reformulación del prólogo al Nunca Más en la cual se modifica sustancialmente la lectura sobre la violencia política y la “teoría de los dos demonios”.

“Es preciso dejar claramente establecido -porque lo requiere la construcción del futuro sobre bases firmes- que es inaceptable pretender justificar el terrorismo de Estado como una suerte de juego de violencias contrapuestas como si fuera posible buscar una simetría justificatoria en la acción de particulares, frente al apartamiento de los fines propios de la Nación y del Estado que son

---

<sup>36</sup> La incorporación de sobrevivientes de la represión como “testigos de contexto” en los recientes procesos judiciales constituye una novedad en este sentido. Durante el Juicio a las Juntas los “testigos de contexto” eran exclusivamente personas que, por sus posiciones dentro de los órganos del Estado podían dar cuenta de la mayor o menor legitimidad política con la que actuó la junta militar durante la represión. En la actualidad se llama a testimoniar en calidad de “testigos de contexto” a personas que compartieron la militancia con las víctimas, las cuales dan cuenta del grado de persecución al grupo, y no ya a una persona puntual. Con la incorporación de este tipo de testimonios (en general ofrecidos por los querellantes) la escena judicial se vuelve una importante plataforma política para la reivindicación de los “proyectos e ideales” y, en términos más generales, del “honor” de los militantes victimizados por la represión. La traducción de experiencias pertenecientes al campo político a la lógica judicial, difícilmente admisibles en los procesos anteriores, toma relevancia en el escenario judicial actual, dando cuenta de una nueva selección de memorias, olvidos y silencios en torno a las militancias y de la apertura de nuevos marcos de enunciación de esas experiencias.

<sup>37</sup> En estas últimas escenas judiciales la ampliación de marcos de enunciación sobre las identidades de los testigos se dan en dos tópicos: el primero tiene que ver con la enunciación por parte de los mismos de sus actividades e identidades militantes; en este sentido, si bien las identidades relacionadas con organizaciones político militares en muchos casos son enunciadas abiertamente (“pertenecí a Montoneros”, “fui militante del PRT-ERP) la participación en “actividades militares” (las cuales los comprometerían a un nivel individual) dentro de las organizaciones sigue constituyendo un silencio. Un segundo tópico de ampliación en torno a las memorias e identidades de los testigos tiene que ver con una pregunta incorporada por los abogados querellantes recientemente, referida a la “supervivencia” y al sufrimiento, no ya exclusivamente en el contexto represivo sino en los años posteriores. Este último punto es realmente novedoso en tanto que modifica sustancialmente el *canon* de las declaraciones judiciales clásicas enfocadas en elementos “objetivos” tomando un giro hacia las consecuencias de los daños sufridos.



irrenunciables. (...) el terrorismo de Estado fue desencadenado de manera masiva y sistemática por la Junta Militar a partir del 24 de marzo de 1976, cuando no existían desafíos estratégicos de seguridad para el statu quo, porque la guerrilla ya había sido derrotada militarmente.” (Nuevo prólogo al Nunca Más, 2006)

Desmontado el argumento que justificaba un exterminio masivo y sistemático como “reacción” ya que la “guerrilla ya había sido derrotada militarmente”, el nuevo prólogo construye un nuevo contexto desde el cual leer la represión centrado más en la política que en la violencia, en la diferenciación de las violencias ejercidas y ante todo en la justicia como requisito de una institucionalidad “democrática”. Este conjunto de políticas no hacen sino dar lugar a las demandas de justicia e incorporar ciertas marcas temporales y espaciales disputadas por los Organismos de Derechos Humanos y sus grupos afines a los calendarios, instituciones y símbolos oficiales, a -al decir de Nora (2008)- los *lugares de memoria* de la Nación. Teniendo como tópico la represión, las violaciones a los Derechos Humanos durante la última dictadura militar (1976-1983) la incorporación de sus símbolos como parte del patrimonio nacional, abre también nuevos espacios de enunciación y disputa de memorias relacionadas con “los ‘70” o la “generación del ‘70”, hasta ahora silenciadas. Poco a poco, las marcas territoriales dejadas en el paisaje de las ciudades, las fechas conmemoradas públicamente o la identidad de los personajes seleccionados para ser recordados en actos y homenajes van incorporando la militancia como elemento de la identidad de la “generación” y disputando espacios y sentidos sobre la violencia política, no sin tensiones.

Michael Pollak en su artículo *Memoria, olvido, silencio*, señala que “la frontera entre lo decible y lo indecible, lo confesable y lo inconfesable separa (...) una memoria colectiva y subterránea de la sociedad civil dominada o de grupos específicos, de una memoria colectiva organizada que resume la imagen que una sociedad mayoritaria o el Estado, desean pasar o imponer.” (Pollak; 2006; p.24). En este sentido, la memoria sobre la “lucha armada” fue tomando diferentes sentidos en relación a temporalidades y espacios más vastos de la vida nacional. Al mismo tiempo, las representaciones, prácticas e identidades de los protagonistas de esas experiencias fueron tomando diferentes matices. En el momento que comienzo a escribir los resultados de esta investigación las personas y grupos aquí analizados pueden ser encuadrados en dos categorías referidas a sus experiencias relacionadas con la violencia: *la de ex militantes de organizaciones*

*político militares* y la de *víctimas o sobrevivientes de la represión*. Englobando estas dos categorías encontramos otra que, en los últimos años, constituye un terreno de disputas en relación a lo que debe ser cristalizado sobre “los ‘70” y en particular a la idea de “generación del ‘70” como síntesis de esas dos identidades generadas en torno a la violencia política, sus límites y sus características como comunidad moral y su inclusión dentro de las fronteras simbólicas de la Nación. La disputa sobre la idea de *generación* implica, en el plano sociológico, pensar en cómo esas memorias sustentan identidades que, dotadas de atributos éticos y políticos diferenciales, han pasado a ser elementos de legitimidad o deslegitimación dentro de la vida política nacional.

El foco de esta investigación está puesto en las memorias sobre las experiencias de militancia en organizaciones político militares en los '70, intentando dar cuenta de las transformaciones en las identidades y representaciones referidas a esa experiencia a lo largo del tiempo, al “sentido” que se le va atribuyendo y consiguientemente cómo esas identidades son transformadas, adjudicadas y asumidas a la hora de imponer representaciones y vehiculizar prácticas en el marco de la política actual.

En este sentido, esta investigación articula dos temporalidades diferentes que tornan comprensibles a las experiencias y a las memorias como fundamento de las diferentes identidades asumidas y adjudicadas. Un primer tipo de temporalidad alude a las experiencias de las personas y la noción de persona misma. La noción de persona como categoría estructural de la cultura (Durkheim; 2003; Mauss; 1974), atraviesa todo el análisis y fue tomada aquí como el punto desde donde mirar las transformaciones y tensiones, dentro de este caso en particular, respecto de otras categorías estructurales, como las de tiempo y espacio. Además, en torno a la noción de persona toman sentido ciertas representaciones sobre problemas universales manifestados en esta situación particular, como la vida, la muerte y el sufrimiento y su relación con la conformación de identidades individuales o colectivas.

Este tipo de temporalidad, centralizado en la noción de persona, y de Yo como identidad práctica, estructura las memorias y es reconstruido como un tiempo biográfico en los relatos. Bourdieu al referirse al Yo, señala que el mismo “sólo es accesible a la intuición en la inagotable e inasible serie de sus manifestaciones sucesivas, de modo que la única manera de aprehenderla como tal quizás consista en tratar de captarla de nuevo

en la unidad de un relato totalizante. (...) El mundo social, que tiende a identificar la normalidad como la identidad entendida como constancia consigo mismo de un ser responsable, es decir previsible o, como mínimo, inteligible, a la manera de una historia bien construida (...) propone y dispone de todo tipo de instituciones de totalización y de unificación del Yo” (Bourdieu; 1999; p. 77).

La temporalidad personal, biográfica, en las entrevistas, da cuenta por un lado de los vaivenes de la memoria, que mediante este esfuerzo de unificación, se tornan en un relato con un sentido y una coherencia, inserto en un “nosotros”, en una realidad más abarcativa. Al mismo tiempo esta coherencia en la “historia de vida” de estas personas, que unifica una serie de experiencias dispares, ha sido analizada aquí según sus transformaciones y discontinuidades en las posiciones y status dentro del campo social, intentando dar cuenta por un lado, del tránsito, de la acumulación de ciertos capitales y por otro de las rupturas, las transformaciones que, mediadas por rituales de paso<sup>38</sup> (Turner; 1990) específicos actuaron sobre las personas, desplazándolas de una identidad, como representación de sí, a otra.

El segundo tipo de temporalidad alude al tiempo colectivo, a los recuerdos que se enlazan con un contexto que enmarca la memoria personal en dos sentidos. En un primer sentido la memoria nacional y el “clima de época”, sirven de referencias, de cuadros sociales<sup>39</sup> que estructuran el sentido de las experiencias recordadas, marcando al mismo tiempo continuidades y discontinuidades, complementariedades y diferencias dentro de las identidades grupales. Este tipo de temporalidad reconstruida en las memorias está poblada de acontecimientos que sirven para definir fronteras entre períodos significativos en las representaciones que aquí se tratan y para poner acentos, causas y consecuencias respecto de las opciones tomadas individual y colectivamente.

---

<sup>38</sup> Para separar una etapa de otra he tomado en concepto de *rite de pasagge*, elaborado por Turner (1990). Los rituales de paso por él analizados tienen que ver con cambios de status dentro de las sociedades, ya sea por crisis vitales o por la movilidad de los individuos en cuanto a jerarquías sociales, políticas o religiosas.

<sup>39</sup> Para Halbwachs la memoria, diferente de la mera “intuición sensible”, es eminentemente colectiva, el autor señala que “tenemos capacidad de recordar cuando nos colocamos en el punto de vista de uno o más grupos y nos situamos nuevamente en una o más corrientes de pensamiento colectivo” (Halbwachs; 2011; p. 36). Son los grupos de pertenencia los que hacen que un acontecimiento o etapa del pasado sea recordado, así la memoria forma parte de las representaciones colectivas y se configuran en base a diferentes cuadros sociales, como los grupos, los lugares o las fechas.

En un segundo sentido esta temporalidad colectiva alude a la producción social y grupal del recuerdo, aludiendo a las representaciones que en la escena pública actual disputan la cristalización y consagración de ciertas memorias sobre la militancia en organizaciones político militares y sobre la “generación del ‘70”. Al comenzar con esta investigación los ex militantes de organizaciones político militares eran sencillamente invisibles en actos y conmemoraciones públicas. Hoy, si bien el tema de la “lucha armada” continúa siendo en cierta forma tabú, la oficialización de memorias ligadas a la represión y la legitimación de ciertas identidades anudadas a éstas ha dado lugar la emergencia pública de ciertas experiencias que, en diferentes grados, comienzan a ser visibles y buscan ser consagradas. En este sentido, el análisis etnográfico de mitologías, rituales y marcas territoriales tendientes a instalar ciertos símbolos en el terreno público, pueden serán tomados como textos y, en un sentido más amplio como *representaciones*<sup>40</sup> grupales da cuenta de los procesos que se dan tanto al interior de estos grupos, entre los agentes emprendedores de esas memorias (Jelin y Langland; 2003), como de cara a la sociedad civil y el Estado.

De este modo las memorias “relatadas” en las entrevistas serán referenciadas con un sistema de las posiciones y legitimidades diferenciales donde las mismas hacen sentido permitiendo analizar el potencial de las mismas para fundamentar prácticas en el presente.

## **Nudos conceptuales y estructura de la investigación**

La investigación se estructura en dos partes: la primera, como hemos señalado antes, se centra en las memorias sobre la “lucha armada” y más precisamente sobre la “militancia clandestina” a partir del análisis de las trayectorias de 17 personas donde la noción de persona está en el centro del análisis. La segunda parte busca dar cuenta del devenir de las memorias sobre la “lucha armada” en Argentina en un terreno más bien público, y de la lucha por la cristalización y consagración de ciertas memorias tanto al interior de los grupos de ex militantes como de cara a otros grupos y a la sociedad y el

---

<sup>40</sup> El término *representación* alude a todos los sentidos que Bourdieu (2001) confiere a la *representación política*. Según analiza el autor puede ser entendida en tres sentidos: como performance o puesta en escena, como operación de delegación en un portavoz que habla en nombre del grupo y en como significado o sentido, como una forma de ver el mundo, sus divisiones y sus horizontes de posibilidad.

Estado. El análisis de las memorias *relatadas* en las entrevistas, de este modo, busca ser complementado con el análisis de las situaciones sociales donde las mismas son *actuadas* e *inscriptas* en el ámbito público, revelando jerarquías y legitimidades diferenciales.

La coexistencia de las dos temporalidades antes enunciadas –la biográfica y la grupal- se relaciona con la estructura del análisis y escritura de esta investigación. En los primeros cuatro capítulos, se analiza centralmente la temporalidad biográfica, mientras que el último se enfoca más bien en procesos grupales que tienden a delimitar espacios, fechas y personajes que como *cuadros sociales de la memoria* (Halbwachs; 2011) moldean las memorias colectivas y buscan consagrarlas como símbolos dentro de un universo social y simbólico más amplio.

Con respecto a la primer parte de esta investigación, las *significaciones e identidades* sobre las cuales indagué están referidas principalmente a los aspectos políticos de las vidas de los ex militantes entrevistados, sin embargo, estas representaciones tomaron sentido en relación a características sociales y culturales supuestamente alejadas de lo estrictamente político, como las condiciones de sociabilidad en instituciones escolares y religiosas, la familia, la elección de grupos y pertenencias a lo largo de sus vidas y las relaciones de amistad o de pareja. Estos grupos “alejados de la política” pero impregnados de ella en las memorias, fueron reveladores comunidades en las que se gestan y que sustentan a las representaciones y prácticas políticas, echando luz sobre cómo las experiencias relacionadas con esta esfera se anclan en aspectos socioculturales más generales.

Así, los primeros 4 capítulos de esta investigación siguen el recorrido temporal y temático que encuadran las memorias en las entrevistas, al tiempo que son complementados con observaciones etnográficas donde estas trayectorias toman sentido. Los mismos se estructuran en base a diferentes nudos temáticos que, a fines “narrativos”<sup>41</sup>, siguen la secuencia temporal de la “historia” de estas personas. Pero esta linealidad es separada en momentos donde se condensan los nudos temáticos

---

<sup>41</sup> La memoria sobre una trayectoria, como señalara Bourdieu (1999), trata de dar coherencia temporal a una serie de experiencias dispares dentro de la vida de un individuo. He tratado de reproducir, a modo de argumentación, la secuencia temporal que dentro de estas memorias los individuos establecen de modo de dotar de sentido a su trayectoria vital.

significativos al tema en estudio, marcados por discontinuidades en los ciclos vitales y políticos.

La segunda parte se estructura en torno al análisis de ciertas escenas, acciones rituales que visibilizan las posiciones y legitimidades donde esas trayectorias toman sentido a la hora de encuadrar, cristalizar y consagrar memorias destinadas a ser inscriptas en lo público.

Así, las memorias sobre la militancia en organizaciones político militares como principal objeto de esta investigación derivó en una serie de sub objetos, de preguntas que reflejaran la compleja trama de significaciones que desde la actualidad hacen a esas memorias y a las identidades que sustenta.

El capítulo I “Historias y prehistorias”, tiene como objeto las memorias de la infancia de las personas y los años previos a la militancia. En el mismo me pregunté ¿Cómo los ex militantes recuerdan las condiciones de sociabilidad previa a su entrada a las organizaciones político militares? ¿Qué instituciones son recordadas como las más relevantes en su sociabilidad política durante aquellos años? ¿De qué manera es reconstruido en la memoria el “origen” político de sus familias y de ellos mismos? ¿Cómo se anuda la memoria de aquel período con sus opciones posteriores? Al referirse a la memoria de dos ciclos vitales (la infancia y la adolescencia o los comienzos de la juventud) este capítulo se adentra en aquellos significados e identidades recordadas en dos partes. Por un lado en las experiencias infantiles, por otro, en la etapa que corresponde a la “juventud” en donde se analizan los grupos de pertenencia y las primeras vivencias relacionadas con la política. Ciertos temas atraviesan todo el capítulo, como las creencias religiosas como sustento ético de las opciones políticas, las experiencias según género, los preceptos éticos, estéticos y los consumos culturales que daban forma al “clima de época” de mediados de los años ’60 y los primeros contactos con el mundo de la política en forma activa. La discontinuidad y el paso de esta etapa “prepolítica” a una “organizada” son el objeto del siguiente capítulo.

El capítulo II “la vida en fuego”, tiene como objeto las memorias sobre el “mundo” de la militancia clandestina. A diferencia de las experiencias vividas en el período anterior, la “militancia clandestina”, íntimamente relacionada con el ejercicio de la violencia como estrategia política, constituye en la memoria de los entrevistados un

nuevo “mundo”, una nueva cultura asentada sobre sus experiencias anteriores en el marco de la cual los actos y representaciones sobre la violencia se tornan comprensibles.

La militancia clandestina, como una opción radical, trastocaba las representaciones, valores y prácticas previas, sobre todo aquellas relacionadas con el marco “civilizado” en el cual los individuos habían sido socializados. La militancia en este sentido puede ser comprendida como una “cultura” (Camurça; 1997), asentada en las experiencias previas pero con sus propias reglas y especificidades. Atendiendo a esto me pregunté ¿Cómo se recuerda la entrada a la militancia? ¿Cuáles son los rituales que son recordados como iniciaciones en este nuevo mundo? ¿Qué valores, representaciones y prácticas marcaron una discontinuidad con sus experiencias previas y cuales una continuidad? ¿Qué relaciones se establecen entre violencia y política en el marco de estas experiencias?

El capítulo atraviesa la memoria sobre este mundo y sus reglas, representaciones y las identidades asumidas. Desde un análisis que prioriza los elementos culturales, ideología y militancia, son interpretadas según las estructuras que Durkheim (2003) atribuye a una de las instituciones más primitivas en nuestra cultura: la religión. La “creencia” en un proyecto revolucionario, donde se jugaban representaciones relacionadas arquetípicamente con lo religioso como la vida y la muerte, las comunidades y las prácticas asociadas, fueron las herramientas conceptuales desde las que analizar este fenómeno en términos culturales.

El capítulo III “vencer o morir” analiza los valores que, desde el presente, se adjudican a la violencia y a la “revolución” como utopía. Vencer o morir, en las consignas de las organizaciones, constituían los horizontes posibles de aquella práctica, desde el hoy para las personas con las que trabajé la revolución no llegó, la muerte tampoco, quedando situados en una zona intermedia dentro de aquella utopía radical. En este sentido me pregunté ¿Cómo se significan la vida y la muerte a partir de estas memorias? Por otra parte, enmarcadas en las representaciones del “mundo de la militancia” matar y morir, aparecen como dos opciones posibles al involucrarse en actos de violencia, entonces ¿Cómo es recordada la posibilidad de morir y la posibilidad de matar en aquel contexto? ¿Con qué valores morales se asocian? ¿Cuáles son los argumentos que, desde el presente, vuelven comprensibles estas rupturas de los contratos

civilizatorios? ¿Qué identidades son adjudicadas y asumidas a partir de haber sido, alternativamente, víctimas y ejecutores de la violencia política? ¿Cuáles son sus connotaciones morales en relación a ciertas posiciones estructurales, como las de género, clase y generación? Estas preguntas apuntaron a desentrañar las relaciones entre violencia, política y moral. Basándome en la idea de *doble vínculo* desarrollada por Elias (2001), tanto este capítulo como el anterior se adentran en las significaciones e interdicciones que, en el marco de nuestras sociedades hace del ejercicio de la violencia algo a sancionar, buscan tornar a su ejercicio algo comprensible socialmente, al tiempo que tolerable en un plano personal.

En el Capítulo IV “ni vencedores ni muertos” se analizan las concepciones sobre la “derrota” del proyecto revolucionario, las experiencias de represión y persecución y la formación de la identidad de “sobreviviente”. Teniendo en cuenta que la represión significó para muchas de estas personas transitar por situaciones límite (Pollak en Da Silva Catela; 2001), ya que al mismo tiempo fueron blanco de la violencia y se desarticulaban, por medio de la prisión legal y clandestina, el exilio, la muerte y la desaparición. En este sentido me pregunté ¿Cómo son recordadas las experiencias relacionadas con la represión? ¿Cómo se articulan en las memorias para dar cuenta de las transformaciones en sus identidades políticas y personales? ¿Cómo esas experiencias, marcadas por la situación límite, sirven para definir grupos y pertenencias? ¿Qué nuevas comunidades generaron? ¿Cómo fueron sus estrategias de reconstrucción del mundo a partir de la situación límite? ¿Qué valores, relacionados con esta etapa, operan en la fusión y fisión dentro de las comunidades de ex militantes? ¿Cómo se enlazan las mismas con las experiencias de militancia?

El capítulo V “Rituales, marcas y símbolos de la militancia en Córdoba” busca analizar, a la luz de ciertas escenas rituales y marcas territoriales emprendidas por ex militantes, los procesos de encuadramiento, cristalización y consagración de las memorias anteriormente analizadas. El proceso de *inscripción* en lo público de memorias ya sea mediante conmemoraciones, memoriales o marcas territoriales busca dar cuenta de la trama de posiciones y legitimidades diferenciales puestas en juego a la hora de la elaboración de escenas que pugnan en lo público por establecer sentidos sobre el pasado. En este sentido me pregunto ¿Qué espacios se abren dentro de la sociedad argentina y en



particular cordobesa para la emergencia de estas memorias? ¿Bajo qué condicionamientos? ¿Cuáles son las estrategias que en la actualidad estos agentes despliegan para representar estas memorias en lo público? ¿Desde qué identidades políticas? ¿Qué traducciones son realizadas a la hora de plasmar y cristalizar memorias – necesariamente múltiples- en una representación común sobre hechos, lugares y personajes relacionados con la “lucha armada”? ¿Cuáles son los discursos con los cuales se enfrentan y se complementan los discursos de “reivindicación”?

El análisis de estas *representaciones* –en los tres sentidos que Bourdieu (2001) adjudica al término- busca relacionar lo *dicho* en las entrevistas con lo *actuado* e *inscripto* mediante escenas rituales en universos más generales, dando cuenta de este modo de la tensión entre memorias públicas y privadas, oficiales y subterráneas y de las “traducciones” que operan en el “paso” de las mismas de uno a otro ámbito de significación a la hora de “reinvidicar”, a través del culto a sus muertos, la memoria de la “generación”.

## Capítulo I

### Historias y prehistorias.

Este capítulo tiene como objeto el análisis de las memorias de los años previos a la militancia, en particular los grupos e instituciones que son recordados como significativos en la constitución de la identidad política de los ex militantes de organizaciones político militares. En el mismo una serie de preguntas orientaron el análisis ¿Cómo los ex militantes recuerdan las condiciones de sociabilidad previa a su entrada a las organizaciones político militares? ¿Qué instituciones y grupos son recordados como los más relevantes en su sociabilidad política durante ese período? ¿De qué manera es reconstruido en la memoria el “origen” político de sus familias y de ellos mismos? ¿Cómo se anuda la memoria de aquel período con sus opciones posteriores?

Al referirse a la memoria de dos momentos vitales (la infancia y la adolescencia o los comienzos de la juventud) este capítulo se adentra en aquellos significados y las identidades recordadas en dos etapas. Por un lado en las experiencias infantiles donde la familia es el grupo por excelencia que funciona como marco social en la constitución de sus identidades políticas. La identidad política familiar y las memorias que la sustenta, constituyen en los relatos el “origen”<sup>42</sup> desde el cual las elecciones y grupos integrados posteriormente toman sentido.

Por otro lado, la juventud constituye otra etapa en donde se recuerdan los grupos de pertenencia y las primeras vivencias y opciones relacionadas con la política vividas en carne propia, y no ya como una condición heredada. En los primeros años de la infancia el principal grupo de pertenencia es el familiar, con el crecimiento de las personas y su inclusión en otros grupos anclados en instituciones como las educativas o las religiosas que van delineando nuevas pertenencias, los recuerdos se anudan a experiencias y contextos más amplios.

---

<sup>42</sup> Como señala Bourdieu (1999) al respecto del “armado” de una biografía, esta contiene, para volverse coherente con el esquema de un “relato” unificador de muchas experiencias dispares, un “sentido”. “Sentido” que se puede entender en términos de dirección y de “destino” y que guarda coherencia con un “origen”.

Teniendo en cuenta que la memoria toma forma en relación a grupos, a espacios y a tiempos específicos (Halbawchs; 1990) es que en las entrevistas comencé por preguntar por las familias y sus características: en donde vivían, sobre su nivel socioeconómico, su conformación y sus inclinaciones políticas, prestando especial atención a las relaciones que se van entretejiendo para relacionar aquel punto de partida en sus trayectorias con las opciones políticas posteriores hasta llegar a las presentes.

Así los relatos recopilados comienzan casi siempre por la sociabilidad política<sup>43</sup> desde la infancia. Pero los recuerdos sobre la infancia y sobre la juventud evocan varios ámbitos de pertenencia más allá de la familia, tanto institucionalizados como la escuela y las instituciones religiosas como informales, como los grupos de amigos o el barrio, insertos siempre en el marco de una historia nacional.

Al tratarse de una biografía política, como la requerida en esta investigación, los eventos de la historia nacional, son recordados desde diferentes posiciones, que dan forma, enmarcan, separan períodos que tienen que ver tanto con experiencias y ciclos vitales como con hitos de la sociedad en general que marcaron de modo significativo a los grupos de pertenencia.

### **Peronismo y antiperonismo: definiciones irreductibles desde la más tierna infancia.**

Los relatos de la infancia se hallan encuadrados en acontecimientos relacionados con política nacional, que sitúan y dan forma a una memoria familiar. La memoria familiar, en parte heredada, en parte vivida personalmente, traza la continuidad con las generaciones precedentes y su sentido de la identidad.

En todos los casos, las familias aparecen como un ámbito muy politizado<sup>44</sup>, donde las figuras de padres y abuelos condensan la participación política pública<sup>45</sup>. Salvo en dos

---

<sup>43</sup> El término “sociabilidad” es utilizado por Elias (1997) para reemplazar al de “socialización”. Este último refiere a los modos en que los agentes, desde su nacimiento, son incorporados a la sociedad (Berger y Luckmann; 1994), el mismo pertenece principalmente a la corriente sociológica del “interaccionismo simbólico”, que plantea este proceso como una construcción “intersubjetiva”, y a la incorporación de los agentes al orden social como un proceso sin conflictos. Elias prefiere el término “sociabilidad” para analizar estos casos en que los agentes rompen con algunos aspectos del orden en que fueron socializados.

<sup>44</sup> Esto puede ser complementado y reafirmado por el estudio de Ollier (1998) quien señala que en la Argentina de aquellos años la política impregnaba todos los ámbitos de la vida social. La autora traza una

casos, en el que las madres de dos de los entrevistados tuvieron militancia sindical<sup>46</sup>, en el resto de los relatos las mismas, aunque aparecen como figuras “matriarcales”, parecen adaptarse más bien al rol tradicional de las mujeres de su generación: amas de casa encargadas de cuidar a sus hijos, con poco nivel de escolarización<sup>47</sup>, simplemente apoyando o acompañando la actividad política de sus maridos y posteriormente de sus hijos.

Eva<sup>48</sup> pertenece a una familia de origen peronista que migró del campo a la ciudad y se instaló en el barrio de Villa el Libertador cuando este comenzaba a perfilarse como uno de los asentamientos obreros más grandes de la ciudad de Córdoba. Ya su nombre conlleva una marca identitaria<sup>49</sup> que da cuenta de una tendencia política heredada y de la pregnancia de lo político en la vida familiar. Eva relata una experiencia que a partir de sus sensaciones y recuerdos de infancia, condensa el contraste sobre lo que implicó el peronismo y el golpe del ‘55 en sus posteriores definiciones políticas:

“Esto fue perfilando en el tiempo, no estoy hablando de poquito tiempo, fue perfilando en el tiempo en definiciones de tipo político, que algunos ya las teníamos de antes. Que se yo, de por vida si vos me preguntás ¡Yo siempre fui peronista! (...) ¿Vos la sabes a la historia? Cuando me dieron de esos tachos y me dijeron que era chocolate y era cascarilla ahí supe cual era la diferencia de fondo, y era chica! Pero ahí me di cuenta perfectamente cuál era la diferencia que había.

Mariana- ¿Era en el 55, no?

Eva- Y, yo tomé la leche antes del 55<sup>50</sup>, yo me acuerdo de haber visto en la escuela a un grupo de madres, entre ellas mi mamá, que rayaban el chocolate para que no se le hiciera ese pegote y que después salía espesito porque le ponían yemitas de huevo y te lo daban espesito. ¡Y era chocolate,

---

línea divisoria entre lo público y lo privado, mostrando como lo político (teóricamente perteneciente al ámbito de lo público) alcanza también a aspectos relacionados con lo privado.

<sup>45</sup> Entre los padres de los entrevistados, hay una gran proporción de profesionales, seis de ellos lograron acceder a títulos terciarios y universitarios, trabajando en sus profesiones. En el resto de los casos se trata de obreros cualificados, comerciantes o empleados públicos.

<sup>46</sup> En uno de los casos, de una ex militante del PRT-ERP, además de la participación política, la madre había enviudado y se había transformado en el sostén económico de la familia.

<sup>47</sup> De las personas entrevistadas, solo cuatro tenían madres con empleos remunerados, trabajando una de maestra y otra de empleada bancaria, estas últimas contaban con un nivel más alto de escolarización que el resto de las madres.

<sup>48</sup> Eva Zamora es cordobesa y fue simpatizante de Montoneros. Su padre trabajaba en una empresa constructora de caminos y su madre era ama de casa, ambos peronistas. Realizó sus estudios primarios, secundarios y terciarios en instituciones estatales. Actualmente se dedica a la venta de diarios y revistas. Tiene un hijo, es católica y estuvo detenida antes y durante la última dictadura militar en el Departamento N°2 de Informaciones de la Policía y en diversas cárceles.

<sup>49</sup> Es una tradición dentro del peronismo bautizar a las mujeres con el nombre de María Eva, o Eva, en honor a María Eva Duarte de Perón, segunda esposa de Juan Domingo Perón e icono de la participación femenina dentro del peronismo.

<sup>50</sup> Con el 55 nos referimos al golpe que derrocó a Juan Domingo Perón en 1955, llamado “Revolución Libertadora”, que significó el exilio del líder, la proscripción del peronismo y la persecución de sus adeptos.

chocolate Águila! ¡Ese duro! ¡Comer ese chocolate era una fiesta! Y me acuerdo de eso y después me acuerdo en un pueblo, en otro pueblo que estábamos, que a la fiesta del 25 de mayo (aniversario de la Revolución de mayo) fueron los del ejército, que desfilaron, llevaron esos tachos con los soldaditos y nos dijeron que nos iban a dar chocolate. Íbamos con el jarrito y nos daban cascarilla. ¡Eso no era lo que yo había tomado en la época peronista! Pero lo estoy viendo, en el momento de... ¿Viste? ¡No era! ¡No era! No sólo porque ya no estaban las madres, ya no estaba toda esa cuestión de escuela, sino... el chocolate era otra cosa. ¡Era como si me hubieran bajado el sueldo! (risas) Y ahí yo, rápidamente, tuve perfecta cuenta de lo que era, cuál era la diferencia sustancial entre uno y otro, entre Perón y el plan Prestbich, tenía perfectamente en claro, sin mucha cuestión.” (Eva Zamora)

El contraste entre chocolate y cascarilla, es usado para marcar la discontinuidad en los “beneficios” por ella experimentados en ese período, como metáfora de la pérdida de una “conquista” política en su experiencia infantil que reafirmará posteriormente su identidad como peronista. En el caso de las familias de tradición peronista, aparecen figuras como las abuelas, sentando una posición por el peronismo pero sin participación pública, lo cual se manifiesta en rituales privados de “culto” casi religioso a Evita, como el hecho de ponerle flores y velas a su busto o su retrato. En estos casos, las experiencias relacionadas con momentos míticos del peronismo toman gran relevancia en la memoria, así relata su infancia Manuel Poggi<sup>51</sup>, quien luego militó en Montoneros.

“... yo nací en el 44, (en el 55) cumplía 11 años, y me acuerdo porque mi papá me llevaba a la CGT (Confederación General del Trabajo), a las asambleas que había de la cooperativa obrera de transporte, aparte en casa teníamos un cuadro de Evita, de Perón, habían libros, yo me acuerdo de los discursos de Evita y de Perón, se daban por radio, nosotros en esa época teníamos solamente radio y estaba la Cadena Azul y Blanca de Emisoras Argentinas, que era lo que es ahora Radio Nacional y transmitía en cadena con todas las emisoras de la república argentina, entonces hablaba Perón, Evita, el ministro de economía, el 25 de mayo, esos días... y yo me acuerdo de los discursos de Evita y, por ejemplo, del discurso de Perón cuando bombardean la Plaza de Mayo, cuando renuncia a la presidencia y se refugia en la embajada de Paraguay, yo de todos esos discursos. Me acuerdo cuando murió Evita, porque cuando murió Evita se hicieron homenajes en la CGT de cada lugar de las provincias, se ponía una especie de cajón con la bandera argentina, el busto de Evita y se hacía como si fuera un velatorio y me acuerdo que ese 26 de julio, que viene mi papá con otro compañero y dice ‘ahora los obreros argentinos vamos a pasar cosas *muy* feas’, se sentía como una derrota, me entendés? Como que iban a perder las conquistas, lo que habían logrado, fue un día de duelo realmente sentido por la gente, se hacían misas, la gente estaba muy *dolida*.” (Manuel Poggi)

---

<sup>51</sup> Manuel Poggi (nombre ficticio) nació en General Roca. Su padre era colectivero y su madre maestra, ambos peronistas. Militó en Montoneros. Realizó sus estudios primarios y secundarios en el colegio salesiano. Estudió ciencias políticas en la Universidad Católica de Córdoba pero no terminó sus estudios, estudió ciencias de la información en la Universidad Nacional de Córdoba y actualmente es periodista. Es católico de origen y de elección. Tiene dos hijos. Estuvo detenido legal y clandestinamente en el Campo de la Rivera y en La Perla.

En los casos de militantes peronistas de origen peronista, como es el caso de Manuel Poggi, se puede observar como la memoria sobre la infancia y la familia, se encuentra encuadrada, marcada por hitos que se consideran representativos de grupos más amplios que, en diferentes capas, dan forma a un recuerdo que sustenta su identidad peronista. El barrio, el sindicato, la CGT, como grupos representantes de “lo obrero”, nucleados en torno a símbolos y efemérides condensan, como dijera Neiburg (1995) la pertenencia de este sector social al “movimiento” y al mismo tiempo, la inclusión de ese movimiento en la política nacional.

Es interesante notar cómo, en los recuerdos sobre esta etapa para los militantes de origen peronista, el peronismo suele estar directamente asociado a lo nacional. La radio, en el testimonio de Manuel Poggi, es un dispositivo que cataliza la identificación del “pueblo” con sus líderes y con el movimiento<sup>52</sup>, por medio de la participación en discursos y episodios que pueden haber ocurrido en lugares distantes geográficamente pero que funcionan como unificadores de la memoria del grupo. Los rituales, como el relato del velatorio de Evita, muestran la cohesión del grupo ante el episodio luctuoso, aunque sólo fuera de manera simbólica.

La oposición entre peronismo y antiperonismo en las experiencias infantiles se retratan de diferentes maneras, para los que provienen de familias peronistas y posteriormente optaron por la militancia en el peronismo, la misma se ancla en experiencias donde lo político se mezcla con prácticas de culto religioso. Además, en estos casos, la identificación con el peronismo suele estar ligada a una serie de experiencias concretas, como la comida, la obtención de una bicicleta “de regalo”<sup>53</sup> en

---

<sup>52</sup> Anderson (1983) ha señalado que los medios masivos de comunicación son uno de los dispositivos que ayudan a “imaginar” una comunidad. Por medio de los mismos, miles de personas que viven en el anonimato unas respecto de otras pueden sentirse identificadas como parte de la misma Nación. Lo propio puede haber sucedido con el movimiento peronista como comunidad, estando además, en sus momentos en el oficialismo, completamente asociado a la idea de lo nacional.

<sup>53</sup> Durante los dos primeros gobiernos de Perón era muy usual que los niños escribieran cartas al líder o a su esposa pidiéndole diferentes regalos en fechas como navidad o reyes. Las cartas eran respondidas de manera individual con el envío del regalo solicitado, siendo firmadas por Perón o Evita. Habiendo observado algunas de estas cartas pude constatar la homología de las mismas con las escritas a Papá Noel o a los Reyes Magos: el niño expresa su *creencia* en la figura a la que se le solicita el regalo y el ser un buen niño y a cambio recibe el premio por un año de buena conducta. Ahora, esto revela un desplazamiento a figuras de la política, secularizadas, en los requerimientos, a una comunidad capaz de evaluar moralmente el desempeño de los niños y genera, en la operación del don y el contradon (Mauss; 2009) una proto lealtad hacia la comunidad de pertenencia. En las clases obreras, donde los regalos no eran habituales, el recibir una bicicleta, una pelota, una máquina de coser, resultan “gestos” que al tiempo que construían el

Reyes y con una experiencia que fortalece la convicción y la pertenencia desde un lugar que combina lo racional con lo afectivo, reforzado por la marcada inclinación católica del movimiento.

En el caso de Ignacio Vélez<sup>54</sup>, quien militó en Montoneros y pertenece originalmente a una extracción de clase media-alta, la tradición familiar en el peronismo no se encuentra relacionada con experiencias de beneficio concreto con el régimen, sino que la adhesión al mismo se da por su carácter nacionalista y católico. En otros dos casos de militantes montoneros, las familias no eran peronistas pero si cristianas, con lo cual estas personas participaron desde muy temprana edad en grupos católicos que luego derivaron en grupos peronistas. Peronismo y catolicismo suelen ir directamente ligados en los casos de ex militantes montoneros, en todos los casos la iglesia, o más bien una parte de la misma con orientación social, funcionó de ámbito de sociabilidad política temprana.

En todos los relatos “el 55” ocupa un lugar privilegiado. “El 55”, aparece como un hito que divide aguas en la memoria de todos los militantes, tanto de aquellos que tomaron la opción por el peronismo como aquellos que no, independientemente de sus extracciones políticas familiares. El 55 en la memoria infantil de aquellos de origen peronista, aparece impregnado de sentimientos. En Eva, como la percepción de la pérdida de beneficios experimentados durante el peronismo, en Antonio López<sup>55</sup> y Manuel Poggi, cuyos padres tenían militancia sindical y eran peronistas el sentimiento relacionado con aquel acontecimiento es el “terror”:

---

“carisma” de sus líderes (Neiburg; 1992) fomentaron, posteriormente, una adscripción casi incondicional en los niños que heredaban esa identidad política.

<sup>54</sup> Ignacio Vélez nació en Córdoba, es hijo único. Su padre era abogado y su madre ama de casa. Su padre era peronista, su madre no tuvo militancia. Militó en Montoneros. Realizó sus estudios primarios en un colegio religioso de la ciudad de Córdoba y los secundarios en el Liceo Militar. Tiene título universitario en abogacía. Es católico de origen y de elección. Tiene una hija. Estuvo exiliado en México. Actualmente trabaja en el INCUCAI.

<sup>55</sup> Antonio López (nombre ficticio) nació en Córdoba, tiene 5 hermanos, dos de ellos militaron en el PRT-ERP y están desaparecidos. Su padre era obrero ferroviario y su madre empleada doméstica. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales. Su padre era peronista y fue delegado sindical, él militó en el PRT-ERP. Tiene una hija. Actualmente está jubilado. Estuvo detenido durante la última dictadura militar.

“... se vivía todo un clima de terror en mi casa, en el sentido de que eran amenazados de que los iban a echar del trabajo, de que los iban a poner presos (...) esa era la situación de mi familia, de mis parientes y de mis amigos...

Mariana- ¿Tus amigos también?

Manuel- Claro, porque era un barrio peronista, de gente trabajadora” (Manuel Poggi)

El 55, se halla recubierto, para los militantes de origen peronista y obrero, de una sensación de temor. Antonio, quien posteriormente optó por la militancia en el PRT-ERP, vivía en un barrio obrero de la ciudad de Córdoba y su padre era delegado sindical. En su relato sobre el 55 él cuenta que al escuchar por la radio los relatos y debido al clima que había en su familia él estaba aterrorizado, quedando esto muy grabado en su memoria.

Por su parte, para aquellos que provienen de familias antiperonistas, optando luego en su mayoría por la militancia en el PRT-ERP, la experiencia del peronismo tampoco es algo ajeno. Para algunos significa un periodo de persecución a sus familiares, el 55 y la llamada “Revolución Libertadora” también ocupa un lugar destacado en sus memorias. Así recuerda Cristina Bollatti<sup>56</sup>, ex militante del PRT-ERP, su primera infancia y las actividades de su padre:

“Mi papá demócrata progresista, de Lisandro de la Torre, revolucionario en su época, anticlerical a muerte, pero no... su enfrentamiento al peronismo era muy grande, yo desde muy chica, desde el segundo gobierno de Perón que es el del que me acuerdo... no, no, eran casi antiperonistas, perseguidos en Las Rosas por ser antiperonistas en el gobierno de Perón, cuando viene la Libertadora ya no, para mi papá era la liberación, la Revolución Libertadora era lo *más*, no, nada que ver con el peronismo.” (Cristina Bollatti).

Otra entrevistada, Cristina Salvarezza<sup>57</sup>, era hija de un técnico en agronomía y de una ama de casa de origen campesino, inmigrante. En el gobierno de Perón, su padre pierde su trabajo en un puesto jerárquico como director del Instituto de Sericicultura por razones políticas, y tiene que empezar de nuevo. Ella recuerda con mucho orgullo las actitudes de su familia en ese momento:

---

<sup>56</sup> Cristina Bollatti nació en Las Rosas, provincia de Santa Fe. Su padre era carpintero y su madre ama de casa. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales, y los universitarios en la Universidad Nacional de Rosario. Es farmacéutica y actualmente trabaja en la farmacia de la Obra Social de Villa Constitución. Su padre era socialista. Militó en el PRT-ERP. Es agnóstica. Tiene un hijo. Estuvo detenida durante la última dictadura militar.

<sup>57</sup> Cristina Salvarezza es cordobesa. Su padre era técnico en agronomía y su madre ama de casa. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios religiosos y los universitarios en la Universidad Nacional de Córdoba. Es arquitecta y docente, actualmente está jubilada. Militó en el PRT-ERP. Tiene una hija. Estuvo detenida durante la dictadura de Onganía y posteriormente se exilió en Francia y en México.



“a mi me da orgullo que mi viejo no se haya subido a una tribuna, por no perder su laburo, a gritar ‘viva Perón’, es un orgullo, lo peor hubiera sido que me hubiera dicho, a mi como hija, ‘y bueno hija, si yo en ese momento no gritaba ‘viva Perón’ ustedes no comían’, no, mi viejo dijo ‘yo voy a sacar la plata de algún otro lado pero no voy a gritar algo que no creo’, y eso se contó en mi casa, y se contó con orgullo. Entonces yo crecí con unos valores, me parece, un poquito distintos a los de mis compañeras de Marcos Juárez, porque fue un exilio interno el que vivimos, en un vivero, después volver a la casa de mis abuelos y después, mirá la edad que tenía yo, en el 46, ahí debo haber tenido 4 o 5 años y recién nos reunimos con mi papá en Villa María.” (Cristina Salvarezza)

Los ex militantes del PRT-ERP tienden a reconocer de manera racional, como análisis político, la influencia del peronismo en el acceso de las masas populares a ciertos privilegios, pero sin que esto se ancle en una experiencia personal de bienestar sino todo lo contrario. En estos casos, la oposición al peronismo viene menos por la vivencia de un cierto estándar de vida que por la persecución política por pertenecer a una familia “detractora” del régimen.

Antonio López, es la única persona entrevistada que proviene de familia peronista, de origen obrero y que posteriormente se incluyó en el PRT-ERP. Antonio es el cuarto de siete hermanos, su padre era ferroviario y había sido delegado sindical durante el peronismo, su madre de origen campesino migrando posteriormente a la ciudad de Córdoba para trabajar de empleada doméstica, así relata la contradicción entre su “linaje político” y sus posteriores opciones:

“...a pesar de que mi viejo era peronista y mi vieja sin muchas ganas, también votaba al peronismo, mi viejo era militante, nosotros todos los hermanos, *todos* los hijos... había algo que no, yo personalmente te digo que no sabía que carajo era de Perón y del peronismo que no me gustaba, pero después veía a mi viejo, que era un tipazo, y a los amigos de mi viejo, que eran todos peronistas, que eran *re buenos*, pero había algo que no encajaba, pero te digo que los análisis eran muy precarios, no tenían gollete realmente.” (Antonio López)

Son las amistades que van a tejerse posteriormente las que definen en Antonio su inclusión en el PRT-ERP. En Luis Rodeiro<sup>58</sup> quien luego se incorporó a Montoneros se da la experiencia inversa, siendo su padre médico y antiperonista, es obligado a renunciar a su puesto como médico en el Hospital Córdoba por no querer guardar luto por la muerte de Eva Perón, sin embargo, como en el caso de Antonio son las amistades y la

---

<sup>58</sup> Luis Rodeiro nació en Córdoba, tiene dos hermanos. Su padre era médico y su madre ama de casa, su padre era simpatizante del socialismo. Militó en Montoneros. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales. Cursó estudios en derecho pero no finalizó. Trabaja como periodista. Su padre era agnóstico y su madre católica, él es católico. Tiene un hijo. Estuvo exiliado en México.

participación e grupos católicos lo que definen su inclusión en Montoneros. Pero lo que es central en todas las experiencias es el “clima de época” en la infancia marcado por el peronismo, y a principios de la adolescencia por los siguientes golpes de estado y su proscripción. En el testimonio de Antonio, hay una discontinuidad de los hijos con la identidad política de sus padres, principalmente de su padre, pero al mismo tiempo hay una identificación con ciertos valores que él atribuye a su padre, como su bondad. También Luis Rodeiro señala que su padre, pese a ser antiperonista y agnóstico, era muy respetuoso de las ideas políticas y religiosas de sus hijos, por lo cual nunca sintió un enfrentamiento o contradicción con las ideas familiares.

En todos los casos, la memoria sobre la infancia, la familia y la política como cuadro social que le da forma, recrea recuerdos que sirven como modos de fundamentar las diferencias en las opciones políticas, pero al mismo tiempo unifican coincidencias que confluyen en la posterior opción revolucionaria.

En cuanto a los “orígenes” políticos las diferencias entre los militantes de ambas organizaciones vienen dadas por la oposición entre peronismo y antiperonismo, como identidades heredadas que dan lugar, por afinidad o por oposición, a las posteriores. En cuanto a las coincidencias, al sentir común a todas las experiencias, el “origen” recalca en un componente ético más que político. Cristina Salvarezza, realiza su primera experiencia política en el Integralismo (organización peronista) para luego incorporarse en el PRT-ERP, así explica aquellos vaivenes en su opción política:

“... desde chiquita mamé la injusticia, mamé las diferencias sociales, y me di cuenta de que había dos políticas, una la que hacían los políticos y otra la que hacía la gente desde la base y que a veces se podía mucho más desde la base, eso fue lo que me decidió a militar, después, me estoy salteando muchos años pero no quiero que se me escape este detalle, te recuerdo, a mi abuelo no le daban el agua porque simpatizaba con los radicales, por lo tanto se supone que en mi casa había todo un ámbito en el que se hablaba a favor de los radicales, a mi viejo lo echan porque no subió a gritar ‘viva Perón’, se supone que no era peronista ¿Dónde milité por primera vez yo? En el Integralismo, en el peronismo, porque era lo que me representaba en ese momento, no había otra cosa, yo encontré que ese era mi espacio, (...) éramos honestos y que muchos no se prendieron en estas figuras del peronismo actual, y del radicalismo. O sea que fui bien objetiva cuando hice la elección de definirme por el Integralismo.” (Cristina Salvarezza)

En este momento, el de la infancia, el peronismo es, tal como lo ha señalado Neiburg (1995) un periodo mítico que sirve de referencia para justificar las acciones y elecciones posteriores, tanto por afinidad (en el caso de los militantes montoneros) como

por oposición (en el caso del PRT-ERP). Las experiencias ligadas al período del primer peronismo (que culmina con el golpe del 55), vividas a muy temprana edad son recordadas como una especie de primer contacto con la política tanto para aquellos de origen peronista como antiperonista. Tal como lo analiza Neiburg (1995) el peronismo como mito fundacional de la inclusión del “pueblo” a la nación sirve por un lado, para unificar una adhesión y una identificación a las causas populares, el haber “mamado la injusticia” en el seno del “pueblo”, ya sea en el período peronista o en el de su proscripción, da forma a las causas que se argumentan para fundamentar las opciones posteriores. Como relatan Cristina Salvarezza y Antonio López la identificación y el compromiso con una causa viene dada principalmente con lo popular, y con ciertas cualidades como la “honestidad” o la “bondad” adjudicados a ciertos referentes por sobre las opciones políticas. Por otro lado, esta oposición política, que se ancla en el mito nacional que instala la representación de la Argentina como una nación “irreconciliable”, sirve para separar aguas sobre la opción política sobre quién sería el encargado de liderar a ese pueblo, como depositario de los valores positivos.

Si bien en las experiencias más tempranas lo que marca la inclinación política de manera tajante es el recuerdo de la vida familiar, tomando a la “familia” en un sentido amplio, la vida social de las personas no se restringe a ese solo ámbito y otras instituciones marcan de modo significativo las experiencias posteriores<sup>59</sup>. En el próximo apartado analizaré el papel de otras instituciones en las definiciones políticas.

### **De la familia a la escuela, de la escuela a la iglesia, de la iglesia a la guerrilla, de la guerrilla a la cárcel...**

Otras instituciones y grupos diferentes a la “familia”<sup>60</sup> pero relacionados con ésta, moldean la memoria sobre las “prehistorias”, anteriores a la militancia marcando un

---

<sup>59</sup> Concuerdo con Pozzi (2004) en que no se puede trazar una correspondencia lineal entre los orígenes políticos familiares y la incorporación posterior de los militantes a una u otra organización. Sin duda debemos rastrear en otros grupos de pertenencia esta opción, sin desconocer que, en todos los casos, la continuidad o ruptura con un “linaje” político es un elemento que resulta central en las argumentaciones sobre las opciones y experiencias posteriores.

<sup>60</sup> El pensamiento moderno ha tendido a separar la vida privada de la pública, siendo lo público el espacio privilegiado de lo político, como vemos en estos casos la familia (lugar de lo privado) está impregnada por la vida pública (Ollier; 1998). A fines de este análisis, prefiero no realizar una división tan estricta entre

sentido, un origen desde donde explicar la militancia. La religión y las instituciones religiosas, por empezar, son un componente y un ámbito de sociabilidad muy importante en todas estas experiencias.

“Mi familia era una familia tradicional de Córdoba, de apellido, la famosa gente venida a menos, no demasiado menos, pero una clase media acomodada que mantenía muy fuerte un sentido de pertenencia con la ciudad, con la provincia y con una intensa vida de relaciones con sectores de la... llamémosla oligarquía cordobesa, estaban todos muy vinculados, y muy religiosos, una familia muy católica, católica practicante, lo cual llevó a que de chico fuera a colegio de curas, a la Inmaculada y posteriormente por una decisión mía, no muy compartida, al liceo militar. Esa es un poco la matriz educativa que siempre uno con el tiempo va revisando y llego a la conclusión que toda mi vida estuve muy contenido por instituciones totales, porque un poco... una familia muy contenedora, el colegio de curas, el liceo militar, la guerrilla, la cárcel (se ríe) pero esa es otra historia.” (Ignacio Vélez)

“Yo empecé a militar a los 17 años, y fue más por una cuestión sentimental que política, porque un hermano mío y unos cuñados estaban ya militando y me engancho de esa manera, y un poco porque vengo de una familia católica entonces nos inculcaron mucho la cuestión de la solidaridad, del amor al prójimo, de ayudar, entonces empecé, me acuerdo, yendo a la casa cuna a cuidar chicos, eso era antes de los 17, tenía 16 o 15 años y luego por una cuestión familiar me engancho en el PRT.” (Patricia Bardach<sup>61</sup>)

En las entrevistas, si bien en muchos casos yo preguntaba sobre otros temas, como las características de la familia o de las instituciones educativas a las que concurrieron, la religión aparecía siempre anudada a los relatos del “origen”, ya sea por oposición<sup>62</sup> recalcando que las familias eran “ateas” o “anticlericales”, o por afinidad.

Lo cierto es que, si bien en algunos casos los grupos e instituciones religiosas no formaron parte de una experiencia central en sus vidas, siguen siendo un punto de referencia desde donde estructurar la memoria sobre la infancia y la juventud. Muchos de ellos fueron educados en colegios de monjas o curas, algunos enviados allí por sus

---

vida pública y privada, no solo por la marcada politización (en nuestro caso de análisis) de lo supuestamente “privado”, sino también porque considero que en otros ámbitos, teóricamente alejados de “lo político”, encontraremos indicios reveladores de las elecciones y comportamientos políticos posteriores.

<sup>61</sup> Patricia Bardach nació en Buenos Aires, tiene nueve hermanos, uno de ellos militó en el peronismo y otro en el PRT-ERP. Su padre era contador y su madre ama de casa. No tuvieron participación política. Militó en el PRT-ERP. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios religiosos, estudió psicología y trabaja como psicóloga en una ONG y en un centro comunitario. Tiene 5 hijos. Estuvo detenida durante la última dictadura militar.

<sup>62</sup> Es necesario introducir una diferencia entre “ateo” y “anticlerical”, la primera palabra se refiere a no profesar ninguna creencia ni culto religioso, la segunda, más común entre los entrevistados refiere a no estar de acuerdo con la iglesia como institución, cosa que se da muy a menudo entre los militantes peronistas en la actualidad. Solo uno de los entrevistados dijo pertenecer a una familia atea y una de las entrevistadas a una anticlerical, en un tercer caso el padre era anticlerical y ateo pero no así la madre, las tres personas pertenecieron luego al PRT-ERP.

familias, otros por “voluntad propia”, en algunos casos la parroquia constituía el “centro de gravedad del barrio”, participando luego en grupos cristianos. Para otros, aunque no participaran directamente en el culto religioso, las representaciones religiosas tampoco se hallan ausentes.

La religión, como señalara Durkheim (2003) es una de las instituciones más elementales, la misma estructura creencias y prácticas que, con la creciente secularización dentro de los Estados Nacionales Modernos se van trasladando a otras esferas de la vida, principalmente a la actividad política. Según el autor una religión es una realidad eminentemente social, es decir que existe solo dentro de un grupo, de una comunidad moral llamada Iglesia.

Es importante tener en cuenta esta definición porque en primer lugar, muchas de las personas entrevistadas, exhiben en sus prácticas una continuidad de la creencia en un culto “cristiano”, pero en este caso existe otra particularidad que torna singular a la relación entre religión y política: el proceso que estoy analizando implica, aunque no en su estadio inicial, pensar en temas históricamente ligados con lo religioso, como el sufrimiento y en el extremo la muerte. Teniendo en cuenta esto, la sociología de la religión ofrece muchas claves para pensar en las homologías entre religión y política y pensar en las opciones por la violencia (donde necesariamente se halla comprometida la vida, como una variante de lo sagrado) no sólo a nivel de decisiones “racionales” sino a nivel de las creencias que las sustentan.

Retomaremos esto luego, solo diré aquí que en el trayecto transitado por casi todos los entrevistados, encontramos tres elementos que Durkheim (2003) señala como estructurales y estructurantes de la religión posteriormente secularizados, trasvasados a la actividad política: una creencia, una práctica consecuente, una comunidad moral.

La religión “practicada” por la mayor parte de los entrevistados, corresponde a un estadio anterior a la entrada en la militancia, pero que ya da forma a una *cosmovisión* y un *ethos*<sup>63</sup>, a una forma de ver el mundo como extremadamente injusto, prescribiendo un

---

<sup>63</sup> Entiendo estos conceptos en el sentido que los define Geertz en *La interpretación de las culturas*, cuando señala que “En la discusión antropológica reciente, los aspectos morales (y estéticos) de una determinada cultura, los elementos de evaluación, han sido generalmente resumidos bajo el término *ethos*, en tanto que los aspectos cognitivos o existenciales se han designado con la expresión ‘cosmovisión’ o visión del mundo” (Geertz; 2000; p.118).

modo de actuar sobre él, una forma de redención “en la tierra”<sup>64</sup>. Este modo de estar en el mundo orienta prácticas, señala valores positivos que hacen significativa la existencia como la “solidaridad” o el “amor al prójimo”, presentes en la matriz cristiana de las familias.

Se puede hablar, dentro de estas memorias, por un lado de grupos religiosos y por otro de valores y creencias relacionadas con la religión. Pero la creencia y el culto religioso necesariamente deben ser relacionados con los grupos sociales que dan forma a esas prácticas y moldean la memoria de los ex militantes. La Iglesia y concretamente las instituciones religiosas, recordadas desde el hoy, no son vistas como entidades homogéneas, las mismas adquieren sentidos ambivalentes, son a la vez consideradas emancipadoras y opresivas<sup>65</sup>.

La asociación entre los valores religiosos y militancia posterior aparece de manera más explícita en los militantes peronistas, como una forma de trascendencia “espiritual” que encaminó la militancia y su acción redentora o mesiánica hacia los más “humildes”, tal como lo señala Ignacio Vélez:

“Mirá, si pudiéramos hablar de origen de la militancia yo recupero con mucho cariño los últimos años del Liceo, de la secundaria, no? En el Liceo, una institución militarizada que es parte del Ejército, nos daba permanentemente conferencias a los cadetes de guerra contrarrevolucionaria, de los avances del comunismo, este horror pavoroso y esto chocaba mucho con una conciencia cristiana del amor al prójimo, de compromiso con los humildes que, pese al origen de clase de mi familia, en casa estaba muy vigente todo eso, había realmente una *preocupación* por los sectores más humildes, desde una posición de clase, pero con la necesidad de participación como para poder contribuir a solucionar alguno de estos aspectos.” (Ignacio Vélez)

Norma Álvarez<sup>66</sup>, quien militó en Montoneros, fue en la escuela primaria a un colegio estatal, empezando la secundaria en un colegio de monjas, así recuerda su paso por esta institución:

---

<sup>64</sup> Esto coincide con la noción de *teodicea* planteada por Weber (2002) y retomada por Neiburg (1995) con respecto a las sociedades nacionales y la política. La idea de *teodicea* intenta conciliar desde la religión la contradicción entre un Dios perfecto y un mundo extremadamente imperfecto y el lugar en que los “profetas” se sitúan en esa explicación. Los profetas, a la vez que buscan interpretar y resolver esta contradicción entre el hombre y el universo, construyen el lugar que buscan tener en el mismo.

<sup>65</sup> Esto debe ser relacionado sin duda con el rol que posteriormente desempeñó la Iglesia, particularmente la jerarquía eclesíastica durante la dictadura, quien se posicionó, a diferencia de en otros países, como aliada del régimen golpista (Mignone; 1986).

<sup>66</sup> Norma Álvarez nació en Córdoba, tiene dos hermanos. Su padre era empleado público y su madre ama de casa. Militó en Montoneros. Realizó sus estudios primarios en un colegio estatal, una parte de los

“...a mi me asombró porque yo nunca había vivido eso, la represión que había en la escuela, todas la mañanas, yo me acuerdo que nosotras teníamos terror a la directora, una monja italiana, alta, delgada, malísima, porque vivía descosiendo los ruedos de los guardapolvos para alargarlos. Y amenazaba, iba con una tijera a la formación para cortarle el pelo a las chicas que no se recogían el pelo, que no tenían flequillo, todas esas cosas. Revisaba uno por uno en los cursos, miraba como estabas, si tenías la pollera larga, las medias tres cuartas, los zapatos taco bajo, si no estabas pintada, y si tenías la cara despejada de pelos, que no tuvieras flequillo. Todo ese operativo le llevaba más de media hora hasta que entrábamos a clase, yo nunca había vivido eso en la escuela estatal entonces era una cosa muy fuerte, muy represiva.” (Norma Álvarez)

Al final del primer año de la escuela secundaria Norma deja sus estudios, porque no “aguanta” la disciplina escolar, pero su rechazo, desde el presente, se dirige a la “represión”<sup>67</sup> de las monjas sobre todo en lo referido a la feminidad, no a la religión. De hecho, el paso previo a su militancia en el Peronismo Revolucionario son los “grupos cristianos” dirigidos por sacerdotes tercermundistas, que son recordados con admiración por su entrega a la causa de los oprimidos.

Se puede observar en base a los relatos, que los ámbitos de socialización más importantes se estructuran en base a tres instituciones: la familia, la escuela y la iglesia. Si bien los tres pueden ser tomados como ámbitos diferenciados, en todos ellos confluyen valores, representaciones y prácticas que los agentes van a tomar y a retomar en sus relatos para explicar las opciones posteriores: familias católicas “practicantes” que incorporaron a sus hijos a colegios religiosos, instituciones que a veces enmarcan experiencias y valores contradictorios, tal como lo expresa Ignacio.

“Y en el Liceo se da el encuentro donde un grupo de cadetes, en el último año, comenzamos a conversar sobre la problemática social más global, como sería de variado ese grupo que hoy, o después, algunos estuvieron en las fuerzas armadas que criminalmente asesinaban compañeros y otros estuvimos del otro lado, luchando por el pueblo, del lado de las fuerzas populares. Pero por lo menos es un grupo, al menos en mi vida personal es un antecedente, es la característica *nacionalista*, la defensa de la Patria, de la bandera, con un cierto antiimperialismo, pero obviamente el antiimperialismo estaba volcado *hacia* el comunismo y también hacia los yanquis, un antiimperialismo muy provinciano, porque ahí también hay una herencia cultural en el interior del país que se ve agredida por la cultura norteamericana. (...) En esa época nos encontramos en el

---

secundarios en un colegio de monjas y los terminó en la escuela nocturna. Actualmente trabaja en la obra social de un sindicato. Es católica. Tiene dos hijos. Estuvo exiliada en Suecia y en Nicaragua.

<sup>67</sup> Desde el hoy, que la jerarquía eclesiástica haya sido el “enemigo” no lesiona la creencia religiosa de muchas de estas personas, pero si crea una cierta desconfianza hacia ella como institución cuando se involucra en cuestiones políticas, moldeando la memoria sobre esas experiencias. Cuando Norma emplea la palabra “represión” para referirse a la disciplina escolar, sin duda lo hace desde una relación entre el pasado y el presente, donde el ámbito religioso se halla relacionado con el represivo.

Liceo... hubieron dos capellanes, dos curas, que eran tipos muy progresistas, populares, maravillosos, que fueron el padre Fuganti y el padre Rojas, que fueron compañeros, tipos estupendos, nos ayudaban a pensar, a cuestionarnos, a tener una mirada más crítica y es ahí donde yo hago una intensa amistad con compañeros de otra camada, que eran más grandes que yo, Emilio Maza y Héctor Araujo, los dos muertos, Emilio muere a mi lado, después de La Calera y el Petizo Araujo, Héctor, al que recuerdo con mucho cariño, es desaparecido posteriormente en la etapa del terrorismo de estado. Y era una etapa de mucho cuestionamiento, de mucha duda, de mucho pensamiento, donde hubo que superar un montón de trabas que estábamos recibiendo en la formación, desde que cuando salíamos a maniobras nosotros éramos los azules y el enemigo era el guerrillero colorado, permanentemente estas clases, estos cursos de contrarrevolución, esta cosa nazi, antijudía, antisemita, *profunda*, larvada, y hubo un nacimiento de unas ideas un poco más críticas por parte de este grupo que insisto, mientras estuvimos en el Liceo éramos *fundamentalmente* nacionalistas. Posteriormente salgo, con Emilio que ya militaba en el Integralismo en Córdoba, con Héctor, obviamente me vinculo con ellos y comenzamos toda una tarea de formación y de información donde se va produciendo una ruptura, más o menos, fuerte con la familia, una distancia lógica, comienza toda una etapa donde en realidad toda la vida familiar, los intereses de la familia, los intereses de los viejos amigos de la escuela primaria poco tenía que ver con una etapa en la que nosotros estábamos buscando cada vez más compromiso con los desposeídos, con los humildes, todavía muy, entre comillas, “prepolítico”, en la medida en que no había ninguna opción partidaria. (Ignacio Vélez)

En el paso por instituciones católicas, militarizadas en el caso del Liceo y altamente disciplinadoras como los colegios de monjas, tiene efectos contradictorios. Por un lado, las mismas encarnan valores evaluados positivamente como la solidaridad y el compañerismo, por el otro estas experiencias dejan entrever un fuerte y constante trabajo de estas instituciones sobre la “formación política”, en diferentes planos. En este sentido, cabe un análisis por género de las memorias sobre ese periodo; en el relato de Ignacio lo que parece estar en disputa es lo “ideológico” con respecto a la formación que les daba el Liceo, en las mujeres, los cuestionamientos tienen más que ver con un aspecto “moral”. Si analizamos esto en términos de disciplinamiento, podemos ver que las instituciones realizan, de modo implícito o explícito, un trabajo sobre el cuerpo según lo que se considera “útil” y aceptable moralmente por género, de modo de formar personas dentro de los cánones legítimamente deseables. Esto es importante de ser señalado ya que hace sentido con las rupturas políticas, pero también morales, realizadas posteriormente.

Estas instituciones tienen otro componente interesante, la escolarización lleva a una discusión sobre el sentido de la Nación. En lo relatado por Ignacio con respecto al liceo militar, se puede ver la disputa por el sentido de la identidad nacional, el nacionalismo y la divisoria de aguas entre los compañeros que, pese a tener la misma



formación<sup>68</sup>, en un momento dado hicieron una ruptura con la orientación anticomunista del Liceo y optaron por luchar por las “fuerzas populares”. Esta ruptura, con la familia en algunos casos, con los compañeros de escuela en otros, con cierto modo de vivir la religión, marca el comienzo de un cambio de sociabilidad orientado hacia otros grupos, hacia otras tendencias políticas, hacia otras moralidades.

El trayecto señalado en breves palabras por Ignacio (colegio de curas-liceo militar-guerrilla-cárcel), se repite en otros testimonios, indicando por un lado una elevada formación en el ámbito educativo y religioso y por el otro, una violencia (simbólica y física) sufrida durante años dentro de “instituciones totales”<sup>69</sup>, en sus palabras. Sin embargo, el entrenamiento militar realizado en el Liceo o en el Servicio Militar incorpora también una serie de técnicas corporales (Maus; 1979) que terminan por incrementar el capital militante<sup>70</sup> de los hombres. En las mujeres la incorporación de la disciplina es vista como completamente “represiva”, así también relata Cristina Salvarezza:

---

<sup>68</sup> Cabe preguntarse cómo personas que compartieron la misma educación y, puede inferirse, un mismo origen social, se inclinaron por una u otra opción político-ideológica. La respuesta a esta pregunta excede los límites de lo aquí planteado, pero se pueden aventurar ciertas hipótesis que se enmarcan en matrices sociales y nacionales más amplias y que alejan a la interpretación de la violencia como algo ajeno a las relaciones sociales en general. Las diferencias entre uno y otro grupo, al menos durante el periodo de sociabilidad temprano, parece radicar en una interpretación diferencial de ciertas doctrinas (como la cristiana) y en diferentes representaciones de la nación y el papel de “le pueblo” dentro de la misma. En cuanto a los métodos, pese a las marcadas diferencias en unos y otros, existen coincidencias de ambos grupos, empezando por la opción por la violencia, y siguiendo por la incorporación de la disciplina como forma de ejercicio de un poder vertical, presente en ambos grupos y en la vida política nacional en general (Calveiro; 2005). No abogo aquí por una equiparación de los “bandos” por medio del ejercicio de la violencia, existe una diferencia sustancial en las reglas, métodos y representaciones del “otro” en uno y otro caso, también en cuanto a las posiciones desde donde uno y otro la ejerció. Solo quisiera plantear este interrogante a fines de problematizar, en términos más generales, las condiciones de posibilidad de la emergencia de estos fenómenos.

<sup>69</sup> En otros testimonios de hombres que no fueron al Liceo Militar, el cuartel, durante el servicio militar obligatorio, ocupa un lugar similar, teniendo en cuenta la diferencia de que concurrir al Liceo es una decisión relativamente voluntaria, mientras que el servicio militar no. Si entendemos esto en relación a las prácticas de disciplinamiento como una política nacional, es interesante traer aquí lo que señala Calveiro: “Desde principios de siglo, bajo el presupuesto del orden militar se impuso el castigo físico –virtual tortura– sobre militares y conscriptos, es decir sobre toda la población masculina del país” (Calveiro; 2001; p.11). Si atendemos a esta afirmación, la modalidad de disciplinamiento nacional, al menos en los hombres, incluye no solo la violencia física, sino la aceptación de la misma como parte de la autoridad.

<sup>70</sup> La complejización en torno al capital político que introduce Frank Poupeau cuando habla de la autonomización del “campo partidario” y el “campo militante” resulta buena para pensar las experiencias que analizamos en esta investigación, donde la vía parlamentaria es desestimada. Dice el autor “Hablar de capital militante es insistir en una dimensión del compromiso del cual el capital político da cuenta de manera insuficiente” (Poupeau; 2007; p.40) no solo en tanto que incorpora el capital corporal sino también una forma diferencial de reconocimiento, no sólo de las estructuras formales que avalan a los militantes sino en una dimensión más bien moral de compromiso “a muerte”.

“estar pupila es como estar presa, más o menos lo mismo, creás lazos tan fuertes con las compañeras, son tantas las injusticias que no podés comer una manzana a las 11 de la mañana o a las 3 de la tarde, la tenés que comer de postre, no te podés llevar la manzana en el bolsillo, y yo quería llevármela en el bolsillo y me la quitaban, hasta que después la escondía y me pescaban comiéndola, o me revisaban *mi* pupitre, y me revisaban las cosas que eran *mías* las monjas, y otra sanción... porque tenía la manzana en el cajón... esas cosas te van marcando.” (Cristina Salvarezza)

Cristina Salvarezza, hace un recorrido similar a Ignacio, sin pasar por el liceo militar por su condición de mujer. Cristina, es detenida en 1974 y llevada a la cárcel del Buen Pastor, de la que se fuga en mayo del 75 con un grupo de 26 presas políticas. En su testimonio hay innumerables paralelismos entre la disciplina escolar y la carcelaria: el ajustarse estrictamente a los horarios para “comer” y “dormir”, el “compañerismo”, la reclusión, el odio a las “monjas”<sup>71</sup> como agentes de una “moral” no compartida por ella y como implementadoras de sanciones. Sus experiencias por otra parte marcan un continuo en la “evasión” de estas instituciones; a la fuga del Buen Pastor que protagoniza Cristina le antecede una del colegio de monjas y le sigue otra cuando logra evadir a las fuerzas de seguridad camino al exilio.

Estas instituciones que podríamos denominar “disciplinarias”<sup>72</sup> fueron también el ámbito de contacto con otros, “compañeros”, pares, y también “referentes” que influenciaron en las ideas revolucionarias posteriormente, al mismo tiempo esa “anatomía política” basada en el disciplinamiento del cuerpo guarda muchos rasgos de complementareidad y similitud con las posteriormente desarrolladas en el marco de las organizaciones, sobre todo en lo militar, no sin contradicciones. El paso por diferentes instituciones que los entrevistados califican de “totales” que en las “prehistorias” moldeó cuerpos disciplinados y “útiles”, no necesariamente moldeó cuerpos “dóciles” y moralmente acordes a los objetivos de esas instituciones primigenias. Las técnicas corporales incorporadas por medio de estos “entrenamientos” fueron puestas posteriormente al servicio de un combate concebido con objetivos contrapuestos

---

<sup>71</sup> Es de recordar que el “Asilo del Buen Pastor” era una cárcel de mujeres dirigida por monjas y controlada por el sistema penitenciario.

<sup>72</sup> Michel Foucault (2002) ha señalado que la disciplina que se gesta en la época clásica y se imparte en las instituciones de la modernidad apunta a construir una “anatomía política”: cuerpos útiles y dóciles al mismo tiempo, funcionales a los mecanismos de producción del capitalismo industrial. En el contexto y en los casos que me propongo analizar, se recuerda a estos ámbitos como sumamente opresivos pero creo que sería ingenuo pensar que solo cumplieron esa función causando una reacción que posteriormente justificó la violencia.

ideológicamente, capitalizándolas como “fuerza física”, manejo de armas o sencillamente “resistencia” a ciertos tratos apremiantes.

Lo que es importante destacar es, por una parte, este juego entre ruptura y continuidad dentro de las instituciones familiares, religiosas o educativas y por otro, el disciplinamiento como práctica que genera, por un lado opresión, sujeción pero por el otro puede ser tomado como un recurso, como un capital corporal<sup>73</sup> (Wacquant; 1999) que, en muchos casos, puede haberles servido para emprender la lucha revolucionaria o posteriormente para sobrevivir a situaciones extremas.

No todos los entrevistados provienen de familias cristianas ni fueron a colegios religiosos. Algunos, como es el caso de Cristina Bollatti y Luis Mattini pertenecen a familias “anticlericales a muerte” o “ateas”, ellos luego se incorporaron al PRT-ERP, cuya ideología coincidía con ese “ateísmo”, pero aún en estos casos, la referencia a la religión aparece en algún momento del relato, si no en lo referido a una institución si a una “creencia”.

De esta forma, podemos decir que los entrevistados provienen, en su mayoría, de familias cristianas<sup>74</sup> y se puede entender que en estos casos esta referencia a la religión sea una cuestión evocada al menos con respecto a la Iglesia Católica como institución<sup>75</sup> o con respecto a los grupos católicos que integraron. Más allá de esto lo que parece subyacer a todos los testimonios es una adhesión a un pensamiento humanista, a una

---

<sup>73</sup> Wacquant (1999) se refiere al capital corporal con respecto a los boxeadores, donde el cuerpo es el arma y el blanco de los ataques que se dan en el box. Para él el capital corporal es una forma de capital porque resulta de una acumulación de trabajo que sirve (al igual que el capital cultural) para obtener otro tipo de capitales, como el simbólico o el económico. En estos casos, el capital corporal adquirido previamente en otros “entrenamientos” resultó eficaz en los posteriores “combates” dados en la “guerrilla”, pudiéndose hablar de una doble faz en el significado de este disciplinamiento en sus memorias, por un lado la disciplina incorporada en los primeros ámbitos de sociabilidad fue opresiva, posteriormente el cuerpo disciplinado constituyó un capital, tomando valor de *agencia* (Citro; 2010) para el combate y la supervivencia y las situaciones límite.

<sup>74</sup> Si bien hay organizaciones que contaban con muchos integrantes judíos, el trayecto de investigación, donde un entrevistado me presentaba a otro, sólo entrevisté a una persona con este origen. Silvia Tubis, me reveló que su padre se apellidaba Tubisky pero que la familia se había cambiado el apellido al llegar a la Argentina, provenientes de Europa del Este y huyendo de la persecución a los judíos durante la segunda guerra mundial, sin embargo ella señala que ni su padre ni ellos profesaron nunca esta religión ni tuvieron una práctica comunitaria relacionada con este grupo étnico.

<sup>75</sup> En un país donde (en los 60) el 90% de las personas habían sido bautizadas y el 70% habían recibido la primera comunión (Gillespie; 1987), se puede inferir que el contacto con esta institución se daba si no desde la práctica directa al menos desde una experiencia indirecta. En este sentido, el ámbito educativo como principal campo de influencia pública de esta institución, jugó un importante papel.

preocupación por el “otro” directamente relacionada con las representaciones religiosas pero más abarcativa que éstas.

El “amor al prójimo”, la “solidaridad”, el compromiso con los humildes como depositarios de los valores morales positivos, y consecuentemente la reacción a la injusticia son representaciones y valores que se recuerdan como “embriones” de las opciones políticas posteriores, sirviendo para dar una coherencia ética a sus recuerdos y consecuentemente a sus identidades.

## Cielo del 69

“El Di Tella, la Revolución Cubana, la ‘píldora’ y un poco después los Beatles. Mayo Francés y el Cordobazo. Bergman y Antonini. Vietnam. Gelman, Cortázar, también Borges. Vino, Piazzola y, las más lanzadas, ginebra. Pelo lacio, minifalda y botas. Muchacha ojos de papel. Sartre y Simone de Beauvoir, modelo amoroso. Mucho marxismo, poco L.S.D., el Che, Mao y Fannon. Las más intelectuales, Rosa de Luxemburgo y los Grundisse, Macedonio, Gironde y Lacán.”

Ana María Fernandez “Máquinas de amor y de guerra: Las chicas sixties”

En las experiencias de militancia que están siendo analizadas, la etapa de lo que llamamos “juventud”<sup>76</sup>, juega un papel central. La juventud, coincide con el período en donde se concentra la decisión de optar por la lucha armada. Es al mismo tiempo, dentro del valor adjudicado por los entrevistados a los diferentes ciclos vitales, un momento marcado por una intensidad sin par que delineó, de una manera categórica, el curso de sus vidas.

El periodo de la “juventud” de estas personas se enmarca a su vez en un contexto nacional y mundial donde los movimientos juveniles tuvieron un papel preponderante, encabezando una ruptura drástica con las jerarquías tradicionales. Así recuerda Norma

---

<sup>76</sup> Hay que tener en cuenta lo señalado por Bourdieu (1990) sobre la “juventud”, la misma responde a una clasificación enmarcada en la lucha por definir los límites entre una generación y otra. Lo que dura la “juventud” suele ser un objeto de lucha porque de ello depende el ritmo en la transferencia de ciertos capitales de los más viejos a los más jóvenes, retomaremos esto cuando hablemos de la lucha por el ascenso a posiciones políticas en el caso que nos estamos ocupando.

Álvarez, el panorama del “mundo” en aquellos años y el lugar de los jóvenes dentro el mismo:

“Entonces ahí hubo un impacto social en estas cosas del acercamiento de la humanidad, estos jóvenes en Europa que querían la paz, que querían paz y amor, la rebelión frente a la estructuración del primer mundo que se da después de la segunda guerra, cuando se hace una nueva división del mundo, que no la hace ni los jóvenes ni los pueblos, la hacen los poderosos de siempre, el mundo se vuelve a dividir una vez más. Junto con eso hay una gran solidaridad en el primer mundo respecto a los pueblos empobrecidos del tercer mundo, empieza una fuerte lucha en África, entre las colonias europeas en África, la lucha por el apartheid tiene muchísimo apoyo en Sudáfrica, la guerra de Vietnam, que es una de las guerras más injustas que tuvimos en el siglo pasado también impacta en Estados Unidos, los jóvenes norteamericanos queman las cédulas de llamada para ir a Vietnam en las plazas públicas, los negros hacen las marchas por la paz, y tienen sus grupos armados también los negros en Estados Unidos, hay grupos más violentos que son más radicalizados, en el 60 triunfa la revolución cubana, pero además existen los movimientos de liberación nacional en casi toda África, los movimientos de liberación nacional en América Latina que también se los olvidaron, el MR19 de Colombia existe desde aquellos años, el movimiento de liberación del Salvador existe desde aquellos años, el MIR, el Movimiento de Izquierda Revolucionario en Chile existe desde el 70, las organizaciones Uturuncos, Taco Ralo, hasta la formación de la FAR, FAP, Montoneros, ERP en Argentina tiene toda una historia, esto no es una cosa en paracaídas que vinieron dos pistoleros y se les ocurrió hacer... no, nada que ver, nada que ver con esta historia mediática, esto tiene una historia, un proceso. La posibilidad de que el Che Guevara abandona sus cargos en Cuba y dice ‘voy a continuar la revolución en América Latina, me voy a Bolivia’ pone a todos los jóvenes del continente los ojos en esa posibilidad, entonces aparecen las organizaciones, aparece un proceso en los proyectos políticos ideológicos de esa época, por ejemplo en Argentina...” (Norma Álvarez)

En los relatos sobre las experiencias que precedieron a la opción por la lucha armada, las descripciones de ese “clima de época” es lo que imprime el ritmo a las experiencias de la “generación del 70”<sup>77</sup>. Lo que marca a las mismas, en la memoria de Norma y de muchos de los entrevistados, es un “acercamiento” de los jóvenes a un ideal humanista, una preocupación humanitaria por los sectores oprimidos. Cuba, Vietnam, el Mayo Francés, el Cordobazo, son acontecimientos<sup>78</sup> que revelan una modificación en las formas de percibir las estructuras de poder y que funcionan como mitos orientadores de las acciones posteriores.

---

<sup>77</sup> Esta expresión es tomada aquí principalmente como una categoría nativa que unifica a los ex militantes “de izquierda”, más allá de sus diferencias políticas. Sociológicamente, el término generación es un concepto complejo, en un sentido positivista abarca a las personas nacidas en un mismo periodo comprendido en el lapso de quince años, en otro sentido refiere menos a una contemporaneidad que de lo revivable interiormente como un tiempo significativo dentro de la existencia de una persona o de un grupo (Mannheim; 1999), como algo arbitrario, susceptible de ser significado de diferentes modos para señalar diferencias y complementariedades con otros grupos (Bourdieu 1990).

<sup>78</sup> Según Sahlins (1997) y Da Matta (1981) la “eficacia histórica” de un suceso está dada por su significatividad dentro del esquema cultural, un suceso fenoménico llega a ser un *acontecimiento* cuando es reinterpretado. Es la significación proyectada desde el sistema cultural lo que lo vuelve eficaz.

Rodolfo Novillo<sup>79</sup> es un ex militante del PRT, realicé la entrevista conjuntamente a él y a Patricia Bardach, su esposa. Ambos provienen de familias de “apellido” en Córdoba, las mismas pueden ser consideradas como “clanes” dentro de la militancia de los ‘70 ya que, como sucedió con “los Santucho”<sup>80</sup>, muchos de sus miembros tuvieron una altísima participación en la política en general y en el PRT en particular:

“...creo que fue una gran movida de la juventud a nivel mundial, porque hablamos de sectores juveniles muy jóvenes, pero *muy jóvenes*, estamos hablando de gente de 17 para arriba, 17, 18 años.

Mariana- ¿Y vos que edad tenías cuando empezaste a militar?

Rodolfo- Y yo empecé ya de veterano, tenía 17 años, había chicos de 15, entonces no resulta difícil entender, a nuestra generación, por más... viéndola a ella, escuchándola a ella (señala a Patricia), no era tan, tan parejo el consenso y la forma en la que se ha ido procesando todo esto, porque ella tiene una actitud más de rechazo, más crítica, mucho más crítica, yo no, yo sigo reivindicándolo pero trato de entenderlo en el marco de ese proceso histórico, sobre todo tratando de elaborar más el tema de la violencia, porque por ahí hablo con ella y me hace sentir un loco, violento, para nada soy violento, lo que pasa es que lo podés entender (...), si ves Cuba, si lees un poco sobre lo que pasó en Vietnam, o sea que pasó en el campo socialista. Lo que uno planteaba no eran utopías... utópicas, eran posibilidades concretas, lo que uno planteaba no era una cosa de locos...” (Rodolfo Novillo)

Al igual que Rodolfo, la mayoría de los entrevistados colocan a la experiencia vivida en un “marco” histórico que justifica la militancia, pero sobre todo, la opción con respecto a la violencia, habiendo en este caso, de una pareja de “militantes”, discrepancias al observar desde el hoy aquella experiencia. Por otra parte llama la atención en el testimonio de Rodolfo, que el mismo considere a la edad de 17 años como “veterano”, esto confirma en cierta forma, que los modos de significar los límites en los ciclos vitales tienen que ver con un contexto determinado que influye en las prácticas que

---

<sup>79</sup> Rodolfo Novillo nació en Córdoba. Tiene 9 hermanos, cinco de ellos militaron en el PRT-ERP, uno en el radicalismo, otro en el peronismo y otro en la democracia cristiana. Una de sus hermanas estuvo desaparecida y sus restos fueron identificados. Su padre era escribano y su madre empleada bancaria, no tuvieron participación política. Militó en el PRT-ERP. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales, estudió historia en la Universidad Nacional de Córdoba. Tiene tres hijas. Actualmente está desocupado. Estuvo detenido legal y clandestinamente en el campo de concentración La Perla.

<sup>80</sup> Por medio de las entrevistas realizadas pude observar que, en el PRT-ERP sobre todo, se daba una inclusión en la organización “por clanes”, siete de las personas entrevistadas manifestaron que una gran parte de la familia terminó por pertenecer a la organización, incluidos los padres, que se involucraban en tareas de solidaridad y apoyo. Así se pueden reconstruir una serie de clanes, cuyo caso paradigmático son los Santucho. Ver *Nosotros los Santucho* (Santucho; 1997). En el caso de los militantes montoneros esto no era tan común, solo dos de ellos tuvieron hermanos que se incluyeron en la organización.

estos grupos tendrán; puede que, en comparación con otros “adolescentes” de su época que se incluyeron en la militancia a los 15 años, Rodolfo resultara “mayor”.

En los testimonios, lo que se recuerda como significativo de aquella época marca una forma de ser joven en ese contexto<sup>81</sup>, como un universo que debe ser explicitado para que yo, como representante de la generación siguiente, pueda comprender aquella opción. El esfuerzo por colocar la experiencia de la lucha armada en un “marco” en un contexto histórico desde donde entenderla, impacta por su desarrollo teórico. Como señala Norma Álvarez:

“... todas estas cosas estábamos interesados y preocupados en quemarnos las pestañas (leyendo) a los 18 años. También bailábamos, jorobábamos, pero este tema era parte de nuestra... es una gran etapa humanista la que se vive, hay una exaltación de que el ser humano es lo máximo y que hay que... es una búsqueda profunda de la identidad de los pueblos. Todo eso nosotros tuvimos acceso porque nos intercambiábamos libros, en esa época, inclusive para nosotras las chicas era más importante, cuando nos gustaba un chico, lo más importante era que el tipo tuviera algo en la cabeza, que tuviera *mucha* lectura (risas) porque para bobos, viste? Que fuera flaco, gordo, más o menos musculoso no era tan importante (se ríe) entonces los valores éticos, culturales también van cambiando en el tiempo. Pero ese era un tema muy importante que ha signado esa etapa.” (Norma Álvarez)

El desarrollo teórico-político que impregna a las experiencias personales es algo que me resultaba sorprendente al principio<sup>82</sup>, las mismas se hallan recubiertas por un entorno cultural que aparece como fundamental en los recuerdos sobre el “clima de la época”, la música (Los Beatles, Muchacha ojos de papel y Piazzola), el cine (Bergman, Antonini, Buñuel), literatura (Cortázar, Gelman, Borges, Girondo) hábitos de consumo como la ropa (minifalda, botas, pantalones Oxford) o las marcas de cigarrillos (Particulares 30, Jokeys), una forma de llevar algunos signos corporales (bigotes a lo Pancho Villa, barba como el Che, la “toca” en las mujeres) que se fueron transformando

---

<sup>81</sup> Como lo señala Elias (1997), en los años 60 el mundo asiste a una lucha generalizada por la inversión de las posiciones de poder en todos los planos: de las clases trabajadoras en relación a los patrones, de las mujeres en relación a los hombres, de las poblaciones coloniales en relación con los países colonizadores de Europa y de las generaciones jóvenes hacia las más viejas. En todos estos casos, señala, se trató de una disminución de las diferencias de poder, pero no de una inversión total de las mismas, sin embargo, algunos hitos en la historia de estas luchas, algunas victorias de los oprimidos sobre los poderosos sirvieron como catalizadores de la acción política de todos aquellos que pretendían torcer ese curso de las cosas.

<sup>82</sup> La antropología como disciplina ha echado luz sobre este tipo de “encuentro” entre las categorías nativas y las del investigador. Guber (2001) relata, al respecto de Malinowski, el desconcierto ante realidades y concepciones que no pueden ser traducidas a la lógica del investigador, este desconcierto durante el trabajo de campo y el análisis, además de distinguir a la disciplina, es revelador de lo que aparentemente no tiene sentido. Mediante esta ruptura el etnógrafo avanza sobre las representaciones opacas que suelen obligar a seguir preguntando, mas allá de las evidencias.

con el tiempo pero que aún hoy permanecen, son rastros que sirven como marcas identitarias de un habitus, de una *hexis* corporal (Bourdieu; 1986) que hacen reconocible hasta el día de hoy aun “setentista”<sup>83</sup>. El devenir de la dimensión corporal a lo largo del periodo que venimos analizando resulta sumamente revelador de las rupturas realizadas por esa “juventud” con respecto a las anteriores, marcando esta primera etapa un desafío a ciertos modelos tradicionales que se manifiestan en opciones estéticas y eróticas donde el “clima de época” que caracterizó a finales de los 60 y principios de los 70, provoca ciertas rupturas donde se reivindica al cuerpo como fuente de placer y de conocimiento<sup>84</sup> (Citro; 2010).

La lista de elementos y acontecimientos enumerados por Ana María Fernández en la frase usada para el epígrafe, condensa todo ese halo de intelectualidad que recubre a los consumos culturales de la “generación del ‘70”<sup>85</sup>. La intelectualidad, como señala Norma, era uno de los principios éticos, estéticos e incluso eróticos<sup>86</sup> de esa época y

---

<sup>83</sup> En su dimensión simbólica, los cuerpos constituyen sustratos fenomenológicos de la identidad poblados de marcas, dotados de una simbología que hace reconocible al día de hoy a un “setentista”.

<sup>84</sup> Considero que el clima de época marcado por el movimiento hippie y el mayo del 68 constituye una referencia –política, estética y erótica– con alcances en los movimientos revolucionarios que analizamos, marcando ciertas rupturas en los preceptos morales previos visibles en ciertos aspectos relacionados con la corporalidad, la sexualidad y los roles de género. Citro señala que en ese momento “se generan una serie de disputas con el mundo adulto y su estilo de vida, identificadas con actitudes de protesta, disconformismo y rebeldía: frente a la institución familiar y la obediencia alienada a los roles que se debía cumplir en una estructura social desigual, se reivindican los lazos comunitarios, la igualdad y la libertad de elección (...) de este modo la imagen corporal y las prácticas corporales alternativas de aquellos jóvenes se convirtieron en símbolo a la vez de sitio de disputa desde donde ejercer una crítica y resistencia cultural más amplia” (Citro; 2010; p. 42). Las prácticas corporales de los militantes, como parte de esta generación y de ese clima de época, se vuelven también una forma de manifestar esta disputa sobre todo en lo que concierne a la estética corporal y la sexualidad femenina y su distinción de las generaciones anteriores; sin embargo, como veremos en más, la sexualidad y los roles de género se modificaron pero no de modo radical. Si bien se generalizaron las relaciones prematrimoniales el “amor libre” nunca fue practicado dentro las organizaciones que analizamos, sino más bien sancionado (Carnovale; 2008) revelando esto el cuestionamiento hacia las instituciones encargadas de legitimar las uniones, pero no hacia las representaciones y prácticas hegemónicas de relación erótica entre los sexos como la monogamia o la heterosexualidad. Tampoco, a diferencia del movimiento hippie, se apela al uso de drogas y a la alteración de la percepción como fuente de conocimiento. La homosexualidad, el uso de drogas, la poligamia o simplemente la infidelidad a la pareja monógama conformarán fuertes tabúes, “desviaciones” o “liberalidades” dentro de la cultura militante.

<sup>85</sup> Hay que señalar que existen algunas diferencias de clase en estos consumos. Aquellos que aparecen relacionados con la cultura de vanguardia (Buñuel, Piazzola, Sartre) responden más bien a un “estilo” intelectual, universitario de clase media, emparentado estéticamente con el Mayo Francés. En las clases más populares los consumos culturales se orientaban más bien al folklore y a la “peña” como ámbito de sociabilidad nocturna que a los cafés y cineclubs. Sin embargo, estos consumos, así como los libros de formación política forman parte del “canon” de la izquierda revolucionaria de la época.

<sup>86</sup> Tal como podemos ver en la entrevista a Norma citada unos párrafos más atrás, la formación teórica, “intelectual”, de las personas (de los hombres como objeto de deseo en su caso) es introducida como



delineaba, sobre todo en las mujeres, elecciones muy personales como la pareja o los amigos. Los grupos que encuadran a esas experiencias se van transformando, con algunos, como he señalado anteriormente, se realiza una ruptura, en otros casos, sobre todo en lo que hace a los grupos de pares, se dan algunas modificaciones internas. Así recuerda Antonio López:

“...te digo que fuimos leyendo de a poco y después ya empezamos a agarrar algunos libros, en el 69, con la cuestión del Che, la revolución cubana, también nos agarra en una edad bastante... la guerra de Vietnam, nosotros ya la conocíamos de los franceses, cuando estaban en Vietnam y nos interesaba leer, y también tenía un poco que ver, yo ahora me doy cuenta, después nos dimos cuenta con los otros que quedaron vivos, de que esta cuestión de la lucha del débil contra el más fuerte también influía en nosotros, y nos poníamos a charlar. Porque en serio, Mariana, éramos unos bagallos políticamente (se ríe) no teníamos elementos teóricos, nos considerábamos buenos estudiantes, el Quelo entró en psicología y arrasaba, el Hugo en ingeniería era un espectáculo, el Hugo un guaso medio tortuoso, atormentado, y el Quelo no, era un guaso lleno de alegría como mis hermanos y yo y el Raúl inmerso en la falopa también era un guaso alegre.” (Antonio López)

Del grupo de “amigos” de la adolescencia, algunos pasan a ser “compañeros”. Los amigos, con los cuales se compartían ciertos ámbitos sociales como el barrio o la escuela, tienen características variadas y acordes a lo que se espera de un adolescente “común”, como la alegría. Las marcas de la transformación que implicaba la militancia, la “conversión” a la categoría de “compañero” comienzan por esta exaltada valoración por la intelectualidad en lo que refiere a información sobre el “campo socialista” y la “formación” teórica<sup>87</sup> sobre estos procesos. Como relata Antonio, la entrada al mundo de

---

variable en la producción del deseo acorde con los cánones de la época y de la cultura militante. En contraposición las referencias de lo “deseable” en la actualidad donde el “cuerpo” juega un papel mucho más notorio, dentro del erotismo de la época (en el caso de las mujeres militantes y heterosexuales, ya que este aspecto entre los hombres es un silencio así como otro tipo de orientaciones sexuales) la producción del deseo se estructuraba en relación a cuanta “cabeza” tenía la pareja elegida. La cabeza y el cuerpo, en este caso, sirven para simbolizar dos universos de representación diferenciados: el físico y el intelectual, el material (carnal) y el ideal. Más adelante veremos cómo esta primacía de lo “ideal” sobre el cuerpo opera en otras situaciones donde lo corporal es ineludible, como la tortura.

<sup>87</sup> Esta combinación de violencia con teorización sobre el ejercicio de la misma me resultaba sorprendente en un principio, con el transcurso de las entrevistas pude ver que el componente “intelectual” formó y forma parte de las racionalizaciones necesarias para justificar su ejercicio. En un marco general esta racionalización puede responder a la caracterización que hace Elias (1997) sobre el proceso civilizatorio: dentro de los estados modernos la violencia existe pero su ejercicio “legítimo” está restringido a agentes militares especializados, los cuales en su formación requieren de una alta tecnificación e intelectualización de la misma, proceso que se da en los ejércitos oficiales, pero con más razón en los aparatos militares de estas organizaciones, que al no contar con la legitimación “oficial” se ven aún más necesitados de aparatos conceptuales que la justifiquen y la vuelvan tolerable para quienes la ejercen.

la militancia tenía como requisito esta “formación”, sin la cual, se era un “bagallo”<sup>88</sup> políticamente.

Es notable la diferencia entre géneros al hablar de aspectos “personales” anteriores a la militancia propiamente dicha. Las mujeres en general, son más proclives a revelar aspectos afectivos<sup>89</sup> de sus relaciones en aquel momento, por más que éstas estuvieran inmersas siempre en un contexto político<sup>90</sup>. Pero además, las experiencias de las militantes, se enmarcan en el acceso a ciertos espacios que anteriormente estaban vedados a las mujeres, generando nuevos grupos y dando lugar a la participación en la política.

## Nuevos mundos para las chicas sixties

“...yo siempre cuento esto porque fui de la primer camada de mujeres, yo y el grupo de mujeres, que vinimos de Las Rosas a estudiar a la ciudad, quienes salían a estudiar eran los varones, las mujeres llegábamos al secundario, que hacíamos en Las Rosas, de ahí no pasábamos, la primer camada fue la mía, como acto revolucionario, trasgresor, de aquella época.” (Cristina Bollatti)

Cristina Bollatti recuerda la entrada de las mujeres de su pueblo (un pequeño pueblito en la provincia de Santa Fe) a la universidad como algo “revolucionario” que le permitió acceder a otros “mundos”, entre ellos el de la política. También Cristina Salvarezza, en el momento en que termina la secundaria vivía en Marcos Juárez, un pueblo agrícola de la provincia de Córdoba, así relata la decisión de migrar a la capital de la provincia para estudiar en la universidad y la diferencia entre sus hermanos varones y ella:

---

<sup>88</sup> La expresión “bagallo” proviene del lunfardo, deriva de la palabra italiana “bagaglio”, equipaje, bulto, “paquete”, denotando ser muy poco avezados en algún tema.

<sup>89</sup> Jelin señala que “la experiencia directa y la intuición indican que mujeres y hombres desarrollan habilidades diferentes en lo que concierne a la memoria (...) existen algunas evidencias cualitativas que indican que las mujeres tienden a recordar eventos con más detalles, mientras que los varones tienden a ser más sintéticos en sus narrativas (...) las mujeres tienden a recordar la vida cotidiana, la situación económica de la familia, lo que se suponía que debían hacer en cada momento del día, lo que ocurría en sus barrios y comunidades, sus miedos y sentimientos de inseguridad.” (Jelin; 2002; pp. 107; 208).

<sup>90</sup> Esta característica puede responder a la legitimación en las mujeres para hablar de temas “privados” o “afectivos”, pero existe también un ejercicio sobre el hablar “políticamente” de estos temas sobre todo en las que estuvieron muchos años presas. En algunos de los relatos las mujeres cuentan que hacían talleres sobre ciertos temas (como la relación con los hijos y las parejas desde la cárcel) dentro de la cárcel, esto se estructuraba como un espacio de recreación pero constituyó sin duda una instancia donde tratar colectivamente algunos problemas muy angustiantes para ellas.

“...yo me vine a estudiar, ya se había venido mi hermano, el otro se había ido a Rosario y después me vine yo. Y mi mamá no quería que estudiara arquitectura, entonces yo le dije que de todas maneras me venía a estudiar aunque ellos no me dieran dinero y me vine igual, y ellos no me mandaban dinero así que empecé a trabajar y estudiaba arquitectura. Y en realidad yo no sabía si iba a estudiar arquitectura o no porque ya me sentía tan contrariada que mi mamá no quería y que se yo que había pensado (...) ahí podríamos hacer un alto porque ahí empieza otra cosa, empieza mi vida en la universidad, que no salí de la secundaria a la militancia, ojo eh! Yo salí de la secundaria a la joda, a disfrutar la universidad, a ser la cheta, a usar la minifalda, así, porque yo laburaba, después me mandaban dinero cuando se dieron cuenta que no me iban a convencer de otra cosa y que iba a estudiar, e hice la carrera en los años que correspondían y con muy buen promedio, seguramente que para mostrarle a mi vieja que *yo quería estudiar arquitectura*.” (Cristina Salvarezza)

La universidad, el acceso a un capital cultural equiparable al de los hombres de su generación, la posibilidad de trabajar y autoabastecerse, les dan a un gran sector de las “chicas sixties” nuevas posibilidades. La universidad de fines de los años ‘60, constituyó un ámbito de creciente participación política para los jóvenes y en particular para las jóvenes de aquel momento, de hecho, el movimiento revolucionario tuvo en su conformación un gran porcentaje de estudiantes universitarios que se agrupaban como “bases” de las organizaciones político militares (Gillespie; 1987; Servetto; 1998). Pero en el testimonio de Cristina Salvarezza hay otro componente a señalar, la incorporación a la política no está dada de una vez, está relacionada con una serie de condicionamientos con respecto al rol femenino de aquellas épocas. Como ella lo relata, lo que se da es la “apertura” hacia nuevos mundos donde la feminidad era vivida de un modo mucho menos restringido que en las generaciones anteriores.

Para las mujeres, los otros “mundos” no solo se relacionaron en sentido estricto con la política, sino con la apertura de otros universos sociales antes reservados a los hombres, como la “noche”, la “joda” (fiesta) y los cafés, y con una serie de cambios que posibilitaron incrementar su poder de decisión con respecto a sus vidas, a sus vocaciones profesionales y políticas, a sus cuerpos<sup>91</sup>.

---

<sup>91</sup> “La píldora” (anticonceptiva), de la que habla Ana Fernández, constituye un verdadero hito en la relación entre género y política ya que les da la opción de vivir su sexualidad más libremente, pudiendo tener control sobre la posibilidad de tener hijos, punto de intersección por excelencia entre lo público y lo privado en las mujeres, como veremos más adelante. Desde el punto de vista de una anatomía política el cambio de paradigma que simboliza “la píldora” en la toma de decisiones sobre regular la fecundidad no es menor si consideramos tal como señala Héritier que “para reproducirse el hombre está obligado a pasar por el cuerpo de una mujer (...) no es el sexo sino la capacidad de fecundidad lo que constituye la diferencia real entre lo masculino y lo femenino, y la dominación masculina consiste fundamentalmente en el control, en la apropiación de la fecundidad de la mujer” (Héritier en Citro; 2011; p.48).

“... nosotras no nos acostábamos con nuestros novios en cuarto y quinto año (de la secundaria), te calentabas pero no habían relaciones sexuales, *no habían*, te lo juro, no soy la excepción, mi generación no tuvo en la secundaria relación sexual, salvo en casos *muy* puntuales.” (Cristina Salvarezza)

En los recuerdos de las mujeres, es mucho más patente la relación entre lo público y lo privado, las rupturas que implicó incluirse en universos públicos y su relación con aspectos típicamente relacionados con lo privado como las elecciones de pareja.

Lo cierto es que muchas mujeres, conocen a sus “compañeros” en la época de la militancia o en el contexto de agitación social que antecedió a la misma, y hay una reestructuración de las relaciones entre los sexos y en particular de pareja<sup>92</sup>.

En las memorias sobre los años previos a la militancia “organizada”, hay todo un conflicto con las estructuras tradicionales como el matrimonio, si bien las relaciones sexuales “prematrimoniales” se volvieron mucho más frecuentes que en épocas anteriores, muchos de ellos se casaron (aunque sea por civil) ante la “presión de la familia”, lo cual constituye una expresión más del conflicto entre generaciones. Por otra parte, aunque aumentó la posibilidad de planificar la reproducción, la mayor parte de los entrevistados tuvieron hijos a una edad relativamente temprana (entre los 18 y los 25 años). Cristina Bollatti reflexiona sobre la relación generacional con su hijo, referenciándose en la que ella tenía con sus padres de esta manera:

“...hubo un quiebre muy grande en la generación nuestra con respecto a nuestros viejos, nosotros nos atrevimos a muchas cosas que hasta ese momento no se habían dado en el mundo, hubo una revolución en todo terreno, y la ruptura generacional en este momento casi te diría que es al revés, que no existe. Yo siempre digo, Federico (su hijo) va a cumplir 30 años y soy yo la que digo ‘pucha, cuando diablos vas a cortar el cordón umbilical’, yo a los 21 años me recibí, a los 24 años ya estaba en cana (presa), militaba, trabajaba, tuve un hijo, hice mil cosas...” (Cristina Bollatti)

En el testimonio de Cristina se visualizan rupturas muy grandes con la generación anterior pero, a mi entender coexisten con estas rupturas el ajustarse a

---

<sup>92</sup> Ana Fernández señala “Algunas cuestiones parecían haber quedado atrás para siempre. El novio no era el novio, ni el marido. Se llamaba compañero. Se compartía la militancia, el erotismo, los sueños. Las tareas domésticas y la crianza de los bebés que no tardaron en llegar. Los gastos se pagaban con orgullo fifty-fifty. Irse a vivir solas, trabajar y mantenerse eran cuestiones prioritarias. Casarse por la iglesia era impensable. Por civil, casi de mal gusto, solo cuando la presión familiar era demasiado fuerte.” (Ana Fernández; 1999; p. 447). Hay que recalcar, sin embargo, que la memoria dominante en este sentido se refiere a uniones exclusivamente heterosexuales, existiendo un marcado silencio sobre las parejas homosexuales dentro de las organizaciones.

“mandatos” familiares y sociales que de no ser cumplidos generaban presión o rechazo, como el tener que casarse. Pero esto no debe ser tomado como una mera imposición que genera solo “obligaciones”, como lo ha señalado Foucault (1995) el poder también genera sentimientos y deseos específicos, como el de formar parejas y tener hijos que, como representaciones de las relaciones entre los sexos y entre las generaciones, adquieren características propias.

La representación de la “pareja entre militantes” crearía sus propias identidades. Un “compañero/a”<sup>93</sup> no sería exactamente un “novio/a”, un “marido” o una “mujer”, lo que define el vínculo no sería el status legal ni religioso, es un “compromiso” dentro la pareja, anclado en compartir todo un proyecto de vida impregnado por la política, con un *ethos* propio. Las uniones de pareja entre militantes implicarían un “compromiso” que va más allá de las personas físicas implicadas, es una unión entre personas morales atravesada por preceptos como la “coherencia”, la “honestidad” y la “lealtad”. Habrá también un cambio de comunidad moral que avalará las uniones de pareja, ya no será solo la iglesia quien la “santificará”, ni el Estado quien legalizará la unión, sino la organización. La pareja, por lo tanto, se convierte en un microcosmos desde donde mirar este tipo de comunidades morales donde se ven comprometidos casi todos los aspectos de la vida, como en un hecho social total (Maus; 2009).

Una mención especial en este sentido merece la representación del “amor”<sup>94</sup> en los años de la militancia como fuerza emocional dentro de las relaciones entre los géneros y las generaciones. Al igual que respecto de otros aspectos, donde el clima de época y posteriormente la militancia clandestina van influyendo de manera “total” en las vidas de los militantes, al “amor” –tanto el erótico, como hacia la descendencia- adquiere tintes

---

<sup>93</sup> La palabra “compañero” tiene dos acepciones en este contexto, por un lado son aquellos con los que se comparte una causa, en el sentido que lo venimos analizando tiene además un componente amoroso.

<sup>94</sup> El abordaje analítico del “amor”, señala Esteban (2008), ha sido puesto en cuestión dentro de las ciencias sociales. Las críticas, señala la autora, apuntan al cuestionamiento el status del objeto con respecto a otros fenómenos sociales, como por ejemplo el poder o a sus modos de abordaje. Consideramos con la autora que el análisis del “amor romántico” como representación predominante del vínculo de pareja “legítimo” (heterosexual, monógamo y con tintes dramáticos) en occidente entraña, por su misma opacidad, elementos de análisis que son relacionales con otras esferas de la vida social, como el poder y la dominación de género.

propios. Carlos Orzacoa<sup>95</sup>, un ex militante del PRT-ERP señala acerca del “amor” dentro de la cultura militante:

“El amor se terminaba porque la represión terminaba o destruía una pareja. Entonces en esa situación, el amor, el amar, era una cuestión muy sublime, muy vital. Porque podía ser la última vez, porque la compañera o el compañero al otro día podían estar o presos o desaparecidos o muertos. Entonces la pareja, la compañera, el compañero, el amor, era para nosotros una cosa sublime y... una cosa que la vivíamos con una intensidad muy grande. Por eso en nuestras parejas procreábamos hijos, teníamos hijos, rápido teníamos hijos.” (Carlos Orzacoa)

El testimonio de Carlos sale de lo común ya que se desvía de los patrones de enunciación por género sobre ciertos temas: hablar de sentimientos considerados privados como el “amor” parece, como norma general, una potestad de las mujeres<sup>96</sup>. Sin embargo Carlos relata de manera muy elocuente cómo era concebido el “amor” en los tiempos de la militancia, dando cuenta además de una serie de representaciones e identidades que reestructuran las relaciones entre los sexos y las generaciones en ese contexto: el “amor” como sentimiento, aparece en concordancia con la cosmovisión general de la cultura militante, como un lazo afectivo que es vivido de modo “sublime” e “intenso”, elevado sobre las formas “comunes” de vivir las emociones y las relaciones sociales<sup>97</sup>.

Es necesario analizar el “amor” en los tiempos de la militancia en relación a la represión. Salvo en el cortísimo periodo de la “primavera camporista”, las detenciones y asesinatos no fueron moneda corriente, el sufrimiento asociado a esos desenlaces aparece como constitutivo dentro de estos vínculos y de la idea del “amor” en ese contexto. El amor en “los ‘70”, por lo mismo, es recordado con todas las características de un amor

---

<sup>95</sup> Carlos Orzacoa fue militante del PRT-ERP. Su entrevista fue realizada en 2009 en el marco del documental “Buen Pastor. Una fuga de mujeres” en el que participé como coguionista e investigadora.

<sup>96</sup> Esto debe ser referenciado en ciertas características de la trayectoria de Carlos, marcada por una serie de pérdidas, en particular el secuestro de su compañera con un avanzado embarazo en 1975. Al día de hoy Carlos desconoce si Mercedes Gomez de Orzacoa, llegó a dar a luz al hijo de ambos y si el niño/a vive, constituyendo uno de los posibles casos de apropiación de niños, pero teniendo la particularidad de que uno de los padres continúa con vida y emprende su búsqueda. Esta situación de crisis con respecto a los roles establecidos probablemente haga que esta persona explicita, contra los patrones hegemónicos de enunciación por género sobre las emociones, temas relativos al “amor” en la pareja y con respecto a los hijos.

<sup>97</sup> En este sentido es importante notar el papel adjudicado al “amor” como fuente de cohesión, como fuerza dentro de un vínculo considerado “sublime” e “incondicional”, es decir basado en el desinterés. El amor entonces, entraría en un ámbito de reciprocidades casi sagrado, el de las “cosas que no tienen precio”, adquiriendo un fuerte carácter moral.

“romántico”<sup>98</sup>, a la vez de que el vínculo se ve reforzado por compartir “la causa”, se eleva sobre las historias “comunes” ya que está marcado por la inminente posibilidad de una separación impuesta no por los amantes, sino por un contexto violento que lleva a vivir esas relaciones como si fuera “el último día”. La persecución y la posibilidad de la tragedia (la cárcel, la desaparición, la muerte) como horizonte de posibilidad constitutivo en las parejas de militantes “potencian” y “elevan” el sentimiento del “amor”, generando una fuerte cohesión.

Al día de hoy, para la mayor parte de los militantes el “compañero” o “compañera” de esa época es considerado/a el “gran amor”, el “amor de su vida”, sobre todo si a esa vivencia de un amor “romántico” se le suma la concreción de la tragedia y uno de los integrantes de esa pareja está, efectivamente, muerto o desaparecido.

Lo propio parece reflejarse en la procreación, en la necesidad de procrear “rápido”. Existieron dentro de las organizaciones muchos debates acerca de la posibilidad real de cuidado hacia los niños, sobre todo en las etapas posteriores donde la seguridad de los militantes estaba muy amenazada. En las memorias sobre estos momentos “fundadores” prevalece el relato del deseo, de la intensidad sexual pero con una marcada necesidad de procrear aún ante la inminencia de la tragedia. “Teníamos tanto miedo que cogíamos como locos” señala Jorge, un ex militante montonero; sin embargo no se trata de un simple deseo hedonista ante el peligro constante, la necesidad de procrear entraña un ideal de trascendencia como conjuro ante la posibilidad de una tragedia y la necesidad de procrear niños “legítimos” dentro de esa cultura lo cual, como veremos más adelante, se plasmó en el simbolismo inscripto en los nombres de la descendencia<sup>99</sup>.

---

<sup>98</sup> Hago esta reflexión a partir del análisis de María Luz Estaban (2008) y de Pilar Sanpedro acerca del amor romántico como mito ya que ofrece interesantes claves de interpretación sobre el “amor” en “los ’70”. Dice Sanpedro parafraseando a Rugemont “... la cultura occidental, a través de su lírica, nos presenta un modelo amoroso que tiene una serie de características: el amor presupone el gusto por las desgracias, por los amores imposibles (Tristán e Isolda, Romeo y Julieta), la hiperidealización de la persona amada. De tal forma es así, que el amor feliz no tiene historia...” (Sanpedro; 2005). El relato sobre el amor en los ’70 aparece así enmarcado en una épica-trágica más general que permite inteligir de una manera romántica el sufrimiento, la pasión, la intensidad como modelo amoroso “elevándolo” sobre los avatares de las relaciones más cotidianas y “comunes”.

<sup>99</sup> Cabe una observación más. Las uniones de pareja eran endogámicas casi exclusivamente, a excepción de unos pocos casos. Esto está fundamentado en la visión “total” de la militancia, pero también en la coerción ejercida por el sistema de valores en tanto generador de uniones y descendencia legítima, acorde a los preceptos de la organización. Para un análisis de este tema ver el documento “Moral y Proletarización” escrito por el militante del PRT-ERP Julio Parra bajo el seudónimo de Luis Ortolani en 1972.

Sin embargo, todo lo dicho anteriormente se enmarca en una representación “ideal” de esas relaciones y del porvenir de las parejas y familias de militantes. En términos concretos, las parejas y la paternidad/maternidad tal como eran concebidos idealmente se volvieron muy difíciles de sostener en situaciones límite, como la clandestinidad o las experiencias en el marco de la represión. Algunas de las personas que entrevisté, con las cuales tuve oportunidad de establecer una relación mucho más estrecha, me contaron, siempre con el grabador apagado, las vicisitudes en la sexualidad de aquella época, los debates con sus parejas y entre compañeros sobre la infidelidad<sup>100</sup>, la falta de información o el pudor con respecto a los métodos anticonceptivos, la homosexualidad, pasando por temas como el aborto, los imperativos tácitos acerca de la maternidad/paternidad. Si bien no puedo afirmar aquí algo contundente con respecto a eso, porque lo considero un “silencio”<sup>101</sup> (Da Silva Catela; 2004), considero que la esta ruptura de los modelos establecidos entre los sexos y las generaciones, va de la mano de la transformación del rol femenino en aquellas épocas. Las jóvenes de los ‘60 y ‘70 asistieron a un cambio que las llevó a desafiar las figuras femeninas establecidas tanto desde la estética (el usar minifaldas indica que los tabúes sobre mostrar ciertas partes del cuerpo estaban cambiando), como desde las prácticas sexuales, tan vinculadas con la moral, alcanzando a aspectos de la participación política.

El campo político y sus reglas estuvieron creados y fueron habitados durante siglos por los hombres, el caso de las mujeres, y más aún de aquellas que se involucraron en la lucha armada, resulta revelador de cómo los cambios en esferas privadas y políticas con respecto a la relación entre los géneros se tensionan y se modifican.

## **Ganar la calle**

---

<sup>100</sup> La infidelidad era una práctica severamente sancionada dentro de la militancia. Con la formalización de ciertos códigos dentro de las organizaciones la infidelidad era juzgada y castigada por tribunales revolucionarios, visibilizando una tensión entre lo público y lo privado, entre lo “penal” y lo “moral”. El documento “Moral y proletarización” antes citado, dedica varios párrafos a la regulación de la sexualidad, mientras que el “Código penal montonero”, destaca entre las faltas sancionadas la “deslealtad”, referida específicamente a la infidelidad.

<sup>101</sup> Con Da Silva Catela (2001), considero un silencio no a la omisión total de una información sino a aquello que de un modo u otro es retirado de lo que quedará, en el caso de la entrevista, como una información pública, ya sea por medio de la corrección de la misma o por ser expresado cuando se sabe que no está siendo registrado.



Un rasgo en común a todas las experiencias son algunos acontecimientos en la vida política del momento, momentos míticos en el mundo que cimentan su identidad de militantes aunque no respondan a una experiencia personal. En las experiencias de las personas que entrevisté acontecimientos como la guerra de Vietnam, la Revolución Cubana y el “Mayo Francés” (Mayo del 68) sirven como ejes estructurantes de las memorias militantes<sup>102</sup>. Estos acontecimientos son recordados porque hacen, ya sea directa o indirectamente, al establecimiento de una comunidad, de un movimiento de jóvenes del cual ellos se sintieron parte.

Estas comunidades, y las experiencias que ellas enmarcan, se tornan más significativas cuanto menos distancia social hay con respecto a las mismas. Más allá del contexto internacional los acontecimientos míticos que se dieron a nivel nacional y regional marcan la memoria personal y colectivamente y, en algunos casos, son recordados como rituales de iniciación en la militancia. Dentro de todos estos hechos el Cordobazo<sup>103</sup> aparece como el más significativo incluso para los que no estuvieron allí físicamente, lo cual lo convierte en un verdadero mito<sup>104</sup> fundador de la militancia.

Esta revuelta, es relatada por los entrevistados con gran excitación: bombas, tiros, corridas se entremezclan con la sensación de estar en y pertenecer a una multitud que había ganado la calle como propia. Rodolfo Rapetti<sup>105</sup>, quien militó en el PRT-ERP, vivía en Buenos Aires, aún así dice:

---

<sup>102</sup> Estas fechas que responden a acontecimientos funcionan como marcos sociales de la memoria grupal de los ex militantes (Halbwachs; 2010) en tanto que estructuran y dan coherencia a una sucesión de experiencias. Las fechas seleccionadas por la memoria en sí no llenan esa experiencia, pero sí sirve para marcar una discontinuidad dentro de la continuidad del tiempo, un antes y un después en la vida del grupo.

<sup>103</sup> El Cordobazo es el nombre de una revuelta popular desatada en Córdoba durante el 29 de mayo de 1969 en la ciudad de Córdoba y que se prologó durante los dos días subsiguientes. La huelga con movilización con el que se inició la protesta se transformó en una verdadera insurrección popular cuando en la esquina de Arturo M. Bas y Boulevard San Juan las fuerzas de seguridad asesinaron al obrero Máximo Menna, a partir de allí se desató un enfrentamiento violento entre los manifestantes (que representaban a sectores obreros y estudiantiles) y las fuerzas de seguridad que solo pudo ser sofocado con la intervención del ejército tres días después. Ver Brennan (1986) y Brennan y Gordillo (1984).

<sup>104</sup> Neiburg (1995) señala que la categoría de mito, clásicamente aplicada a las sociedades sin escritura es buena para pensar en las formas de significar el pasado en nuestras sociedades nacionales. Los mitos en estos contextos funcionan como formas de dotar de significado a un acontecimiento, el cual es reactualizado por un grupo para orientar acciones y valoraciones sociales en el presente.

<sup>105</sup> Rodolfo Rapetti militó en el PRT-ERP, tiene tres hijos y trabaja en la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación.

“... yo creo que soy uno más de los que llevó la corriente de la Argentina de fines de los 60, hoy en día uno podría aportar más cosas pero un buen día abrimos la puerta y estaba el Cordobazo y la gente en la calle y nos subimos al Cordobazo. Yo en esa época estudiaba letras, Filosofía y Letras era un lugar donde realmente era muy difícil abstraerse de la atención a lo político, del discurso político, en general el país en esa época, pero particularmente en esa universidad (...) muy activa políticamente, era un momento muy convocante, el auge de masas que comienza a fines del 68, comienzo del 69 pasaba por las universidades y también por letras, la cosa es que abriste la puerta y te pasó el Cordobazo y te sumaste a eso...” (Rodolfo Rapetti)

La calle, espacio por excelencia de lo público, había sido tomada por los jóvenes, “la calle te contenía”, dice Rodolfo, y el Cordobazo, aún si no fue vivido en carne propia, estructura la memoria del grupo como un acontecimiento que permitió vivir la sensación de que el poder estaba en manos del “pueblo”<sup>106</sup>. El Cordobazo es recordado como un acontecimiento “convocante” para la juventud de aquel momento, sobre todo para aquellos que se encontraban en ámbitos muy politizados como la Universidad o las fábricas, en el caso de Rodolfo. Así relata Norma Álvarez los días previos al Cordobazo:

“... en esa época yo estudiaba (...) en el Cordobazo, se da en un contexto donde estamos viviendo una dictadura militar bastante corrupta y la gente va empujando hacia la democracia, entonces hay una serie de hechos sociales, entre ellos varios paros, varias huelgas, además por los achiques de presupuesto históricos se quería cerrar el comedor universitario, entonces estudiantes también se habían levantado, habían matado a un estudiante en Corrientes, de los chico que luchaban para que no se cerraran los comedores universitarios y acá en Córdoba se movilizaban muchísimo los estudiantes, no solo universitarios sino también secundarios y como había permanentemente represión en la calle se dio un hecho que fue en los dos días anteriores al Cordobazo, que fue que la policía, como había ya estado de sitio y no se podían reunir más de dos personas en la calle, estaban en la puerta del Jerónimo Luis de Cabrera un grupo de chicos, estudiantes, de los cuales había un grupito que estaban sentados en la Cañada, que es lo normal que hacen los estudiantes del (Colegio) Jerónimo Luis de Cabrera, y bueno de dos cuerdas les tiran una bomba de gas, para disuadir a los estudiantes que no estaban haciendo nada, y le pegan en el ojo a una chica y pierde el ojo, con lo cual los estudiantes secundarios se movilizaron, se levantaron todos los colegios. Entonces todo esto va generando, y no son cosas extrañas, son cosas que pasaban, que fueron pasando y que fueron gestando. Entonces los obreros largan un plan de lucha en contra de la represión, además muchos estudiantes eran hijos de obreros, la primera vez en la Argentina que los hijos de obreros van a la universidad.” (Norma Álvarez)

Norma puntualiza en los sectores juveniles, en los “estudiantes”, como foco de las políticas estatales que buscaban quitarles ciertos privilegios pero sobre todo como blancos de la agresión estatal. El Cordobazo en su memoria es recordado como una revuelta que fue producto de un proceso donde confluyen las reivindicaciones

---

<sup>106</sup> Neiburg (1995) señala que en la construcción de acontecimientos míticos, estas categorías tan inclusivas como “pueblo”, “Nación” y actualmente “gente” constituyen todo un terreno de disputas tanto por establecer quiénes la integran como por señalar el destino de las mismas.

estudiantiles y obreras y la represión dictatorial. Norma recalca en la identificación de los sectores obreros con los estudiantiles por el hecho de estar unidos generacionalmente, si bien muchos de los estudiantes no eran obreros, eran hijos de obreros que lograron acceder a la educación secundaria o universitaria. La relación de padres obreros e hijos estudiantes señalada por Norma no se da en las experiencias de todos los entrevistados, pero si una fuerte identificación con las causas obreras.

“Obreros y estudiantes unidos y adelante” rezaba una de las consignas del Cordobazo. La unión de estos dos sectores en la memoria de los ex militantes contribuyó a vulnerar la dictadura de Juan Carlos Onganía<sup>107</sup> facilitando la opción de una vía electoral y el retorno de Perón de su largo exilio. En este sentido, el Cordobazo adquiere una gran significación, condensa la representación de la “victoria” de los sectores populares por medio de la insurrección.

En las memorias de las personas que estuvieron presentes en aquel momento, los relatos del Cordobazo son impactantes. El mismo parece haber funcionado como un ritual de iniciación en la política. Argentina vivía en ese momento otra dictadura y venía de 14 años de proscripción del peronismo, estos jóvenes en su mayoría crecieron en un mundo donde las libertades políticas características de las democracias modernas estaban sustancialmente restringidas, no habían votado nunca y los periodos de dictadura hacían del estado de sitio una moneda corriente, con lo cual el “ganar la calle” constituía un avance sobre un territorio vedado por el régimen<sup>108</sup>. Así relata María Baraldo<sup>109</sup>, quien luego militó en el PRT-ERP, su vivencia en el Cordobazo:

---

<sup>107</sup> Luis Alberto Romero (2003) señala que los cambios que propiciaron el Cordobazo vienen de larga data, pero que sin embargo el mismo funciona como mito fundador dentro de muchos procesos vinculados con la agitación política de los años 70. La dictadura de Juan Carlos Onganía (inaugurada en 1966) unificó en la protesta a muchos sectores que se opusieron a las políticas de su ministro de economía Krieger Vassena (que afectaba tanto a trabajadores, como a comerciantes, cuentrapropistas, chacareros y medianos empresarios) y su marcado autoritarismo desató quejas de sectores que anteriormente no se sintieron afectados como los artistas, la protesta se extendió sobre casi toda la sociedad, generando un gran clima de movilización. A esto debe sumarse también los largos años de proscripción del peronismo así como la acción de la “resistencia peronista”.

<sup>108</sup> Se puede analizar el Cordobazo desde la perspectiva de un paralelismo entre la “conquista” de un espacio físico y un espacio político. Tal como señala Neiburg “como sucede con todo espacio apropiado socialmente, la ciudad (...) es un espacio construido, diferenciado, en el cual cada lugar tiene un valor, posee marcas y atributos simbólicos que designan –entre otras cosas- la relación que los diferentes grupos sociales mantienen con él y que muestran, también, la relación de los grupos sociales entre sí” (Neiburg, 1992; p.4). En este sentido, la conquista de “la calle” como territorio vedado por el régimen implica en cierto sentido usurpar y atacar los espacios simbólicos vedados por el poder como acto ejemplificador.

“... (viví) el Cordobazo, con sorpresa, con asombro, porque yo estaba recién llegada a la ciudad y la envergadura que tuvo esa movilización, o esa pueblada o ese levantamiento de la ciudad no me lo imaginaba, no me lo habría podido imaginar. Y eso originó que yo mirara con mucha curiosidad y sorpresa y creo que con una dosis de inconsciencia porque como estaba tan sorprendida y curiosa me moví por todos lados como si tuviera absoluta seguridad y después con el tiempo me di cuenta que me podrían haber pasado cosas que no me pasaron felizmente, por haber andado así suelta, pasando de un barrio a otro, mirando que pasaba, pero fue aleccionador, movilizador y *fantástico*, conocí gente de todas las edades, gente suelta y gente organizada porque por ejemplo toda la manifestación de trabajadores que bajaba de Santa Isabel para el centro y los estudiantes, eso fue impresionante, verlos bajar, yo trabajaba en el centro y nosotros dejamos... yo ese día directamente no entré a trabajar, me quedé dando vueltas por ahí con mis compañeros de trabajo, mirando que pasaba porque se empezó a amontonar gente y ver esa gente que bajó al centro fue una cosa impresionante. Hubo también represión, yo a los momentos represivos los miraba siempre de afuera, me paraba a mirar nada más, después vinimos con otra gente para el lado del Clínicas, no pudimos ir para Alberdi porque no se podía pasar, ahí decidí volverme para la casa, tuve que caminar muchísimo, obviamente esquivando los lugares por donde ya no se podía pasar porque había barricadas, policía, después hubo un momento por la zona de Nueva Córdoba, yo vivía por esa zona, que de golpe ya no había nada, no había policía, desapareció la policía, había solo gente, se decía que habían matado a alguien, esos eran los dichos, después supimos que habían matado a Máximo Menna en Boulevard San Juan.” (María Baraldo)

Aleccionador, movilizador y fantástico son las palabras que usa María para describir el momento, como si el Cordobazo le hubiera causado un efecto de fascinación. Pero además, el mismo parece haber tenido para algunos que no militaban en ese momento, un efecto *pedagógico* que generó su posterior movilización y organización.

Por otra parte, hay en él algo de festivo, como de *carnaval*<sup>109</sup>. Si bien se puede imaginar al evento como una verdadera batalla (con muertos, tribunales de guerra, barricadas), las filmaciones del mismo y los relatos de los entrevistados, muestran una efervescencia agradable, se lo recuerda como un ámbito donde conocieron a mucha gente, donde se podía circular por la ciudad “libremente”, como la “victoria” sobre la

---

<sup>109</sup> María Baraldo nació en La Laguna, provincia de Córdoba. Su padre era obrero metalúrgico y su madre ama de casa. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales, cursó Trabajo Social hasta tercer año y tiene una tecnicatura en Lengua y Cultura Aborigen. Trabaja de enfermera. Su padre tuvo militancia sindical. Militó en el PRT-ERP. Estuvo detenida durante la dictadura de Onganía y estuvo exiliada en Francia y Nicaragua. No tiene hijos.

<sup>110</sup> El carnaval es una fiesta pagana donde se invierten todas las jerarquías, en la fiesta se mezclan categorías de personas que en los contextos “normales” no se mezclarían, la gente se disfraza, puede ser “otra” durante el corto tiempo que dura la fiesta, se cometen excesos que en otro momento no serían posibles o serían moralmente sancionados, se invierten las jerarquías. En las filmaciones del Cordobazo hay toda una cantidad de símbolos que apoyan esta afirmación: máscaras (pañuelos que tapan la mitad de la cara y solo dejan ver los ojos o pasamontañas), cánticos y multitudes que saltan, desfile (estandartes que identifican a los grupos en la movilización, en los primeros momentos), millones de personas ocupando las calles céntricas.

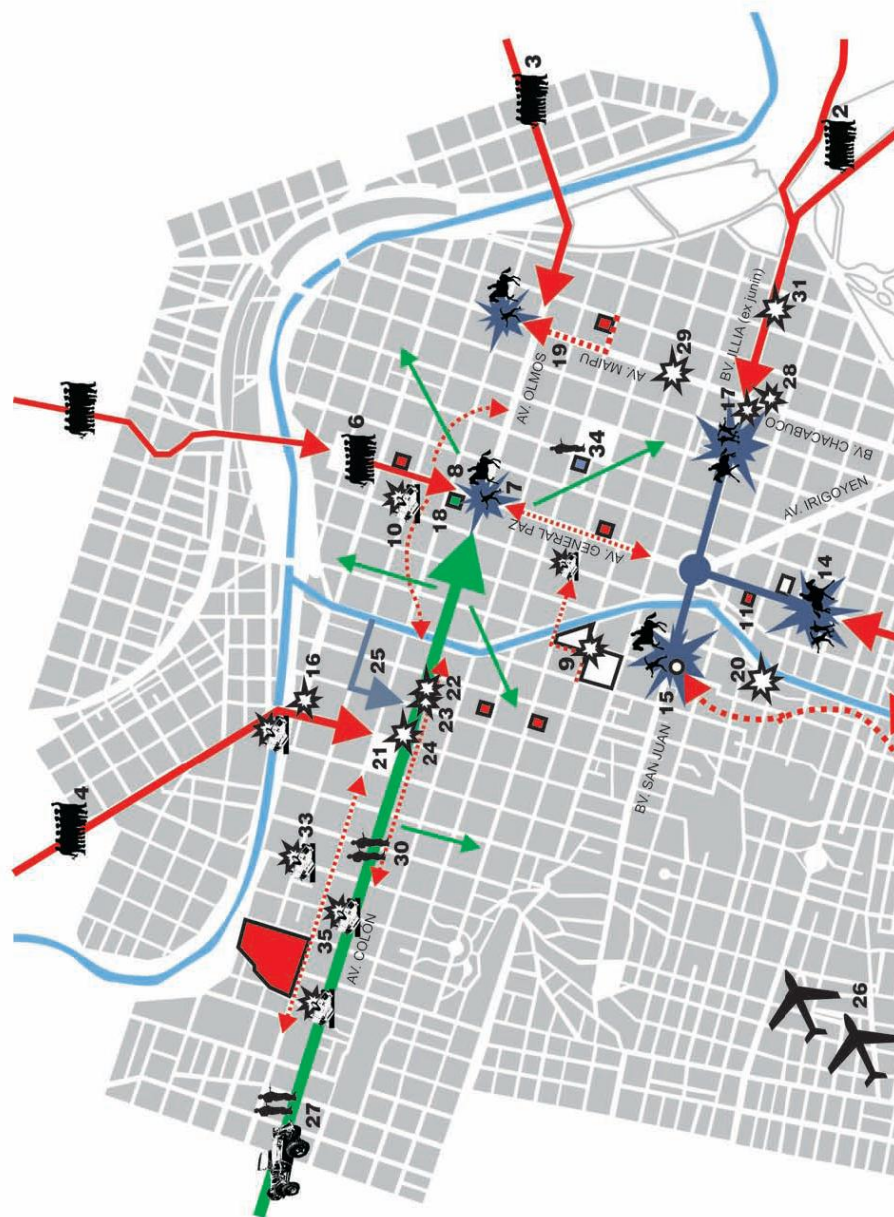
fuerza pública, sobre la “oligarquía” y los “monopolios”, materializada en la hoguera de símbolos de éstos como Citröen, Xerox y La Oriental<sup>111</sup>.

---

<sup>111</sup> En las filmaciones sobre el Cordobazo se ve como los manifestantes hacen retroceder a la caballería a fuerza de pedradas y bombas molotov. Por otra parte se ve como ciertas partes de la ciudad habían sido tomadas como el Barrio de Clínicas (barrio de estudiantes y sindicatos por excelencia) y como los manifestantes prendían fuego a lugares y objetos muy simbólicos del “imperialismo”: la Xerox, Citröen, la confitería La Oriental, esta última, símbolo de la oligarquía cordobesa. Por otra parte, se nota una marcada irreverencia hacia todos los “poderes”, incluida la prensa: en una foto se ve una piedra llegando a la lente de la cámara fotográfica y en segundo plano el manifestante que se la arroja al fotógrafo, directamente a la cara.



## TOPOGRAFÍA DE LA REBELDÍA



Mapa que representa el avance de las diferentes columnas de obreros y estudiantes en el centro de la ciudad, de Córdoba, la ubicación de barricadas y focos represivos. Fuente: Topografía de la Rebelión. Publicación del Archivo Provincial de la Memoria a 40 años del Cordobazo.

Todos estos hechos marcan, por un momento, la sensación de una inversión de las jerarquías y esa vivencia es tan fuerte que, en la memoria de los entrevistados, sella de manera contundente su pertenencia a Córdoba y el inicio de la militancia.

“(yo) vivía en el centro, ahí a una cuadra de donde murió Pampillón<sup>112</sup>, entonces en el Cordobazo teníamos un pasillo, abríamos la puerta y había corridas de la policía, entonces entraban obreros y se metían ahí en el patio, los cubríamos y charlábamos, o sea que había una solidaridad medio natural.” (Rodolfo Novillo)

La mayoría de las personas que entrevisté no fueron “protagonistas” en el Cordobazo, para los que si participaron en él este evento sirvió de ámbito de sociabilidad política. Sin embargo, aunque algunas de estas personas no hubieran participado directamente en la revuelta<sup>113</sup>, la misma es en su memoria un hito que sirve de argumentación sobre la solidaridad expresada para con los sectores directamente afectados, al sentirse comprometidos en la misma causa y enfrentados a la misma represión, al mismo “enemigo”. La represión como corolario de la movilización es un componente central en el inicio de sus actividades militantes, en sus relatos, la represión desatada hacia los sectores en lucha es la argumentación más corriente acerca de cómo fue concebida la violencia como estrategia política, siendo los muertos referentes importantes de identificación, no solo como obreros o estudiantes, también como jóvenes y “héroes” o “mártires” de la causa.

En los contextos donde se desatan conflictos armados, situaciones de violencia, una de las disputas a posteriori suele ser por establecer quién empezó con la violencia. Esta etapa recreada en la memoria de las personas en torno a mayo del ‘69, es fundamental para pesar como es puesto el acento con respecto a quien empezó la violencia. Manuel Poggi una vez, durante una conmemoración de la Toma de la Calera, expresó:

“Porque acá la historia oficial dice: ‘Ah no, son los guerrilleros los que sembraron la violencia en el país’ Mentira! Fueron los conquistadores, fueron las campañas del desierto, fueron la semana trágica, Uriburu, los fascistas. Esos son los que implantaron la violencia. Y nosotros a la violencia de arriba les contestamos con la de abajo. Y bueno, hubo errores. Nadie es dueño de la verdad.” (Manuel Poggi)

---

<sup>112</sup> Santiago Pampillon fue un militante estudiantil de la Universidad Nacional de Córdoba, fundador de lo que hoy se conoce como Franja Morada. Fue asesinado por la policía, durante una huelga estudiantil, el 12 de setiembre de 1966. Un uniformado le dispara a quemarropa tres tiros en la cabeza en pleno centro de Córdoba, en la esquina de las calles Colon y Tucumán (zona donde luego se desarrollaría el Cordobazo), convirtiéndose luego en un icono de las luchas estudiantiles.

<sup>113</sup> Halbwachs (1990) ha señalado que estas vivencias “prestadas”, no vividas en carne propia son igualmente efectivas para estructurar la memoria, cuando las personas se hallan comprometidas en un grupo, lo que al mismo le sucede no le es ajeno aunque no responda a una experiencia directa.

Portelli (1996) ha analizado estas argumentaciones con respecto a quien comienza con la violencia en cuanto a los enfrentamientos entre partisanos y nazis en Italia y los conflictos que se dan en las conmemoraciones de ciertas matanzas por parte de los nazis por establecer de quién es la responsabilidad por la espiral de violencia “desatada”, inaugurando una serie de “vendettas”. Los Estados nacionales modernos se piensan a sí mismos como “naturalmente” pacificados y la violencia es justificada sólo en manos de las fuerzas destinadas a mantener el “orden” o, en el caso de que sean particulares, en términos de “legítima defensa” (Elias; 2001). En este marco, cuando el “orden” ideal ha sido roto, el punto inicial de la violencia pasa a ser un terreno de disputa para la legitimación de la misma.

En el caso que estamos analizando, la referencia de los ex militantes a situaciones de represión por parte del Estado, de las sucesivas dictaduras, y la preeminencia en los relatos de episodios de violencia de tipo “insurreccional” forman parte de un marco histórico que plantea a la violencia “de abajo” como una reacción a la violencia “de arriba”. Arriba y abajo, son dos tópicos que sirven para retratar una situación de poder dentro de la sociedad pensada como piramidal y para justificar la decisión de optar por la lucha armada como una defensa a esa opresión: no fueron ellos los que “sembraron la violencia en el país”, como reza la versión oficial, sólo la rebatieron.

Son interesantes estas argumentaciones que se manifiestan en forma de relatos, donde se busca el comienzo, la puntuación, el acento y las diferencias entre la violencia “oficial” y la “extraoficial”. Retomaremos esto más adelante, pero lo que es importante notar en este contexto, previo a la opción por la lucha armada en las experiencias personales<sup>114</sup>, es esa acentuación de la violencia “padecida”, violencia que se manifiesta tanto en la represión física como en otro tipo de violencias simbólicas:

---

<sup>114</sup> Es interesante notar como las memorias manipulan causas y consecuencias según las argumentaciones que giran en torno a la opción por la lucha armada, sus características y sus valoraciones morales. La violencia insurreccional es, dentro de las representaciones de los ex militantes y de la sociedad en general, mucho más “legítima” en base a una serie de componentes, el Cordobazo fue un hecho indiscutidamente “popular” y masivo, y por otra parte más fácilmente caracterizable como un tipo de violencia “reactiva”. Sin embargo, las dos organizaciones que analizo en este estudio, cuya estrategia fue foquista, es decir que la violencia era concebida en forma instrumental, como un método racional, datan de antes del Cordobazo. Se puede hipotetizar que el Cordobazo es traído a la memoria como un hecho fundador y ejemplar por aquellos componentes de legitimidad anteriormente señalados: su popularidad y su (aparente) “espontaneidad”, dos características que deben ser confrontadas con los opuestos, que en la memoria de los



“... un país básicamente violento, con historia de violencia, en un país en donde las libertades democráticas habían sido *falsas*, un país de 18 años de proscripción del peronismo, eso es una cosa que hoy es difícil de entender, entender que 18 años de proscripción de la principal fuerza política de la Argentina no va a generar un tapón de violencia, una violencia posible... yo le cuento a mi hijo, mi segundo hijo, Mariano, cuando estaba terminando la primaria, me acuerdo que me hizo una pregunta similar ‘¿Por qué hubo guerrilla?’, entonces yo le contaba, era la época en la que había ganado la primer presidencia Menem, la presencia del Partido Justicialista, del peronismo ganando las elecciones, la presencia del peronismo en la publicidad política, la presencia del peronismo en las calles, para un chico era una cosa muy evidente, entonces yo le cuento que habían habido situaciones de violencia en la sociedad, como por ejemplo la proscripción durante 18 años del peronismo, la prohibición de pronunciar la palabra Perón, Mariano no podía creerlo, Mariano es un pibe de la democracia, no podía creer que se hubiese ejercido tal violencia desde el poder político hacia la sociedad.” (Rodolfo Rapetti)

Hay dos elementos centrales en el análisis de los procesos de violencia que nos ocupan, por un lado, quién “empieza” con la violencia y por otro (íntimamente relacionado con el anterior) qué es la violencia misma, sus gradaciones, su percepción, la lucha social por la percepción de una situación social como violenta, como extremadamente injusta. Sabemos que el punto irrefutable de esa violencia es la muerte, el asesinato, como expresión irreversible e incuestionable de un acto de violencia, sancionado desde épocas inmemoriales con el mandamiento de “no matarás”, pero de ahí en más ¿Qué es considerado violento? ¿Cuándo se justifica la violencia y aún el hecho de matar?

Claudia Hilb (2003) ha hecho un análisis sobre el Cordobazo y la violencia que, basándose en Ardent, llama *reactiva* contraponiéndola a la *instrumental*. Según ella la segunda suplanta a la política, mientras que la primera no, porque es una reacción ante la injusticia. Quiero discutir esta afirmación ya que, en las categorías nativas, es negada la afirmación según la cual el Cordobazo fue una reacción violenta “espontánea”, quitándole el componente intencional mediante el cual Hilb exime a los participantes de un alto grado de responsabilidad sobre la violencia ejecutada, sólo por el hecho de no ser producto de un cálculo. Por otra parte, este tipo de violencia de cuño “insurreccional”, es mucho más legitimada a nivel social que la violencia “foquista” o instrumental pero no deja de ser una estrategia, de hecho hay, en las categorías nativas, todo un desarrollo teórico sobre la insurrección y un planteo político a favor de ella altamente racionalizado.

---

ex militantes, forman parte de las autocríticas más comunes dentro de las organizaciones político militares: el “vanguardismo” (es decir el elitismo) y el “militarismo”.

Es el caso de los militantes de las FAP<sup>115</sup> por ejemplo, quienes abrazaban esta estrategia porque “las bombas molotov y el revólver son armas que están al alcance del pueblo y no un FAL o una ametralladora”. Lo que quiero problematizar aquí es que ambas categorías son útiles para pensar en los tipos de violencia pero no constituyen compartimentos estancos, y que las mismas vienen a insertarse en un sistema de valoraciones donde funciona el esquema fundamental del “ataque” y la “legítima defensa”.

En este sentido, proscripción, dictadura, represión por parte del Estado o del “poder político” son los elementos que los ex militantes marcan como detonantes de la violencia de la guerrilla en los ‘70. Vietnam, Cuba, el Cordobazo, aparecen como acontecimientos que permiten trazar un camino a la “liberación” del “pueblo” y de la Nación de una opresión proveniente ya sea del “capitalismo”, del “Imperialismo” o de la “oligarquía”. En un marco menos general o “ideológico”, la violencia que subyace a estos procesos aparece como la única vía posible de liberación de un sistema sentido como terriblemente opresivo.

Es interesante notar que, tal como lo analiza Elías (1997) para el caso alemán, la mayoría de estas personas eran de clase media, o bien sus familias habían experimentado un ascenso social que les permitía gozar, en términos económicos, de ciertos beneficios inéditos en la historia de las clases sociales más bajas. Haciendo una comparación histórica, la sociedad resultaba en términos económicos, mucho menos opresiva que en épocas anteriores, es cierto que la Argentina atravesaba otra dictadura y que en ese momento se peleaba por mantener las reivindicaciones laborales vigentes, que se vislumbraba ya entonces que podían peligrar, pero ¿Qué fue lo que llevó a estos jóvenes a sentir esa opresión como insoportable tomando una opción tan extrema?

Podemos ensayar algunas hipótesis, siguiendo la línea que ellos mismos marcan entre represión y proscripción y la comparación con el caso alemán. Como he dicho antes, la “juventud” es una construcción arbitraria, un terreno de lucha por el recambio generacional, en las sociedades “primitivas”, y también en las nuestras. Cuando se deja de ser “joven” y se empieza a ser “adulto” se está en condiciones de heredar de las

---

<sup>115</sup> Esta frase fue pronunciada por Jorge Rulli, ex militante de las FAP, a quien entrevisté. La entrevista no fue utilizada en la tesis porque, a diferencia de otros ex militantes, el permaneció en las FAP sin fusionarse nunca con Montoneros. Pese a que se desvía de la selección de entrevistas según las organizaciones antes planteadas, esta entrevista, como otras realizadas a sindicalistas, son reveladoras de diferentes concepciones acerca de la violencia.

generaciones anteriores dos tipos de capitales de los más valiosos en todas las sociedades: el económico y el simbólico o político.

Estos jóvenes, estuvieron por un lado expuestos a un desarrollo económico que les permitió a muy temprana edad, independizarse económicamente de sus padres, cosa que a la vez que les dio muchas libertades, los expuso a las coacciones del mundo del trabajo mucho más rápido, a la explotación y al contacto con otros sectores históricamente explotados. Otro elemento importante es el incremento de ese capital ante el masivo acceso a bienes culturales, como la educación superior y a otro tipo de consumos que he analizado en el apartado anterior.

En lo político, tantos años de proscripción, de estado de sitio, de prohibición de “asociarse” dan cuenta de que los canales de participación parlamentaria se habían estrechado de modo significativo, obturando aún más las posibilidades de ascenso que en este terreno se dan de por sí (Bourdieu; 2001). En este contexto, donde de por sí la democracia no constituía más que una “coyuntura”, la opción extraparlamentaria se volvió no sólo posible, sino que fue vista como la “única” opción. En este sentido quisiera plantear otra discusión con Hilb en relación a la apreciación que realiza con respecto al valor de la democracia como un sistema deseable en sí mismo. La democracia (tanto como los derechos humanos) adquiere diferentes sentidos y valoraciones de acuerdo a contextos y grupos específicos, y viene a ser la expresión de la “buena sociedad”, como la llama Neiburg (1999) pacificada y moderna. Más bien prefiero plantearme por qué la misma en los ‘70 era solo una “coyuntura”, una oportunidad que los militantes veían para poder moverse mejor en la “legalidad”, que un sistema político deseable. Con ojo antropológico diríamos que es interesante interrogarnos sobre el modo en que este concepto fue tomando el valor que le adjudicamos actualmente, dictadura mediante, valiéndonos de la comparación con realidades y significaciones en otros contextos, tanto en aquellos que gozan de sistemas democráticos desde hace un largo tiempo, como aquellos que se rigen por otro tipo de sistemas políticos.

En las experiencias que venimos analizando, las vías extraparlamentarias (cuyo ejemplo son Vietnam y Cuba) se tornaron un referente, un horizonte de posibilidad, y la “revolución”, llegó a ser percibida, como veremos en el capítulo III, como la “única” vía posible para torcer el rumbo de las cosas.

Volviendo a un plano más personal, la juventud de estas personas responde, con ciertos matices, a las características que se adjudican “arquetípicamente” a cualquier joven: pasión y rebeldía, en un aquí y ahora que prometía conjugar la visión de un mundo extremadamente injusto con un lugar en ese mundo, una “realización personal” destinada a redimirlo, a cambiar el curso de la historia. Pero ¿Cómo es recordado el paso de esta etapa de primer contacto con la política a otra de militancia “organizada”?

En este capítulo hemos analizado las memorias de dos etapas: la de la infancia y la de la juventud. Las mismas se hallan encuadradas en diferentes instituciones y grupos sociales que, inmersos en la vida nacional, dan sentido a una identidad política heredada y cuyo sentido es disputado cuando se recuerdan estos ámbitos, como espacios tempranos de sociabilidad política. Por otra parte, el “clima de época” que da forma a los recuerdos sobre la juventud, va trazando en las memorias las razones por las cuales se optó posteriormente por la militancia en organizaciones político militares, el paso de la mera participación en la protesta a la militancia “organizada” marca una discontinuidad en las memorias de los ex militantes, no solo porque implicaba un nivel mucho mayor de compromiso, sino también porque, al pasar a la clandestinidad, modificaba aspectos muy fundamentales en sus vidas. La militancia clandestina será el objeto del próximo capítulo, lo aquí analizado, resulta fundamental para pensar en los trastocamientos, en los contrastes entre las identidades precedentes y las adquiridas en este nuevo “mundo”.

## Capítulo II

### La vida en fuego

En el capítulo anterior he mostrado como las memorias sobre la infancia de las personas que entrevisté para este trabajo recrea el “origen” de sus trayectorias. Las mismas adquieren sentido en relación a una serie de hitos relacionados con la política nacional que son señalados como marcas que impregnan la vida familiar y son reconocidas como significativos en sus posteriores opciones políticas. Por otra parte, la etapa que corresponde a la juventud el “clima de época” que marcó principalmente a la segunda mitad de los años ‘60 aparece en los relatos como un momento de grandes cambios, de rupturas sociales y culturales que se materializan en las historias de cada entrevistado. La extrema politización de casi todos los ámbitos de la vida es algo que se manifiesta tanto en sus experiencias familiares como en otros grupos de pertenencia, impregnando las vivencias enmarcadas en los grupos e instituciones en los que estos jóvenes participaban.

Hacia el final del capítulo anterior analicé los recuerdos referidos a los primeros contactos con la política y ciertos acontecimientos míticos que en la memoria de los entrevistados marcan discontinuidades y funcionan, tal como ha señalado Halbwachs (2011), como marcas para establecer un antes y un después en la vida de estos sectores de jóvenes. Al mismo tiempo he mostrado cómo estos acontecimientos, en un sentido más bien biográfico, son colocados como “causas”<sup>116</sup> de su posterior incorporación a las organizaciones político militares.

Pero ¿Cómo fue que estos jóvenes se involucraron en la lucha armada? En la pregunta inicial de investigación la violencia estaba en el centro de mi apreciación sobre la actividad política en estas épocas, avanzando en el trabajo de campo me vi en la necesidad de cambiar o de ampliar la mirada, de pensar en la violencia como una parte,

---

<sup>116</sup> En las construcciones de memoria respecto de una biografía hay una intención deliberada de establecer una sucesión, un ordenamiento de acontecimientos que de coherencia a los mismos. Así algunos son colocados como “causas” o “antecedentes” de las decisiones que fueron tomadas posteriormente.

quizá la más tabú, de una actividad más ampliamente denominada, en las categorías nativas, como *militancia*<sup>117</sup>.

En este sentido me pregunté ¿Cómo se recuerda la entrada a la militancia? ¿Cuáles son los rituales que son recordados como iniciaciones en este nuevo mundo? ¿Qué valores, representaciones y prácticas marcaron una discontinuidad con sus experiencias previas y cuales una continuidad? ¿Qué relaciones se establecen entre violencia y política en el marco de estas experiencias?

Tomaré aquí a la militancia en estas organizaciones más que como algo que puede ser analizado yendo más allá de los términos estrictamente político ideológicos, ya que, tal como es recordada por estas personas “la militancia era todo”, como señaló María de Poggi<sup>118</sup>, una ex militante montonera. La “militancia” en las organizaciones político militares es recordada como una actividad global capaz de otorgar significación a muchos aspectos de las vidas de las personas con las que trabajé. Por lo tanto, la militancia será comprendida, desde una perspectiva antropológica, como una cultura, como un conjunto de representaciones y prácticas, una forma de ver el mundo y posicionarse en él<sup>119</sup>.

De este modo pretendo avanzar sobre los significados socioculturales sobre los que se asientan y dan forma a estas experiencias, sobre cómo se recuerda el “mundo” de la militancia y las características universales y particulares que éste presenta.

---

<sup>117</sup> Varios autores ahondan sobre el tema de la militancia en organizaciones “de izquierda”. Según Vasconcelos (2000) la idea de *militancia* atraviesa a toda la modernidad, alcanzando escala planetaria en el siglo XX, siendo una actividad que puede ser considerada un “modo de vida” que irrumpe en la vida pública pero que impregna esferas de lo clásicamente considerado como “privado”. La “militancia” según Elias (1997) viene, con la creciente secularización que se dio en el siglo XX, a cubrir las necesidades de significado que en épocas anteriores colmaba la religión. También Camurça (1998) puntualiza sobre la militancia en agrupaciones “comunistas” leyendo el sentido de las prácticas y representaciones que dan forma a estos espacios como una “cultura”. Por último debemos mencionar a Poupeau (2007) y su análisis de la militancia, y en particular del capital militante, como una forma diferenciada del capital político.

<sup>118</sup> María de Poggi (Nombre ficticio) nació en Córdoba, tiene cuatro hermanos, uno militó en Montoneros y está desaparecido. Su padre era comerciante y su madre ama de casa, militaron en la Democracia Cristiana. Militó en Montoneros. Realizó sus estudios primarios en un colegio estatal y los secundarios en uno religioso. Es trabajadora social y trabaja como profesora universitaria. Es católica de origen y de elección. Tiene dos hijos. Estuvo detenida durante la dictadura de Onganía y la última dictadura militar.

<sup>119</sup> Esta elección se basa en algunos criterios señalados por Camurça (1998): los análisis que se suelen realizar sobre estas experiencias suelen privilegiar un enfoque “objetivo” y “racional”, basado en un análisis histórico que avanza sobre las causas que dieron lugar a estos movimientos, sobre las tácticas y estrategias de los mismos en la consecución de ciertos fines. No es mi intención desestimar a estos estudios, sino ampliarlos y complementarlos dando cuenta de las manifestaciones culturales, simbólicas, que se crean y recrean desde la memoria sobre esas experiencias.

Esta elección se relaciona también con el tema de la violencia. Tanto la violencia padecida como a la ejercida, solo puede ser comprendida dentro de una serie de actividades “militantes” que le dan sentido. ¿Cómo es que estos jóvenes se implicaron en una actividad poblada de riesgos llegando a comprometer su vida? ¿Qué es lo que hizo que la militancia “valiera la pena”? Considero que en estos temas, donde la muerte está de por medio y por lo tanto valores morales y religiosos de los más elementales (Durkheim; 2003), un análisis que repare sobre las motivaciones, sentimientos y aspectos simbólicos de esta actividad puede echar luz sobre aspectos que desde lo estrictamente político ideológico no llegaríamos a comprender.

### **Ideología y militancia**

En la etapa previa a la militancia propiamente dicha hay una serie de condicionamientos que, como ya vimos, van definiendo la incorporación de las personas entrevistadas a diferentes organizaciones. Asimismo, la historia de la militancia no es una y ni homogénea, en cada trayectoria concreta se puede observar un proceso de incorporación y de creciente radicalización que, los entrevistados denominan “compromiso” o “entrega”, y que tiene que ver tanto con circunstancias generales como con las particularidades de cada una de estas personas.

Son los grupos de pertenencia, incluidos en el universo más vasto de la Nación los que van perfilando la opción político ideológica por diferentes organizaciones. Como he dicho anteriormente, tomaré aquí a las dos estructuras que nuclearon a mayor número de gente durante los años ‘70: Montoneros y PRT-ERP.

Pero es necesario introducir una diferencia en los modos y momentos de incorporación a las organizaciones. Salvo en el caso de Ignacio Vélez, Luis Rodeiro, Manuel Poggi y María de Poggi, quienes fueron fundadores de Montoneros y participaron de sus primeras acciones, las personas entrevistadas no pertenecen a los grupos “fundadores” de estas organizaciones, sino que se incorporan con posterioridad a las mismas, teniendo la posibilidad de optar por alguna de las dos (entre otras tantas) como si habláramos de “ofertas” de militancia.

La denominación más frecuente que los ex militantes usan para caracterizar a las agrupaciones en las que participaron es “organizaciones político-militares”, más allá del signo político ideológico que éstas tuvieran. Antes de entrevistar a María Baraldo, en la charla previa, hubo un incidente revelador que me advirtió sobre estas denominaciones: cuando le expreso mi interés en investigar sobre las “organizaciones armadas”, ella se exalta y corrige “organizaciones político-militares”, desencadenando esto toda una explicación sobre por qué el adjetivo “político” iba antecediendo al de “militares”. Las organizaciones a las que pertenecieron las personas entrevistadas se apartan de las organizaciones políticas tradicionales por el hecho de emplear la violencia como estrategia política y las formas de denominarlas implica todo un proceso de clasificación (Durkheim; 2003), un universo de sentido que se contrapone a otras formas de denominarlas y toda una discusión sobre la identidad colectiva que incluye a estas personas.

Si bien en las organizaciones lo militar jugaba un papel central, “armadas” no resultó ser un adjetivo representativo para María ya que dentro de las apreciaciones sobre las organizaciones y la militancia, lo “político” es lo que le daba forma a lo “militar”, revelando esto la tensión y la relación establecida entre violencia y política.

Esta apreciación merece también una aclaración relacionada con los significados que la estrategia militar adquiere desde el presente. La evaluación sobre el papel de lo militar suele ser un objeto de disputa, tanto en las “autocríticas” realizadas por los militantes como en contraposición a las versiones oficiales, se busca dar a las significaciones sobre la violencia ejercida una racionalidad política, un sentido a la acción militar de las organizaciones, para diferenciarla de una violencia “criminal” o “irracional”<sup>120</sup>.

---

<sup>120</sup> La disputa por establecer “razones” para la opción por la violencia como estrategia política debe ser referenciada necesariamente con algunas matrices de interpretación dominantes acerca de la misma: primero aquellas que la colocan dentro de lo meramente “criminal” despojándola de las razones políticas de su empleo como *estrategia*. El término *estrategia* entraña en sí mismo un fin que de algún modo opera como marco de legitimación, una racionalidad en el sentido weberiano del término que la aleja de las acciones “sin sentido”, como otro marco de interpretación acerca de la violencia. Por último, este tipo de *racionalidad* disputa también el tenor moral de las acciones armadas, hemos visto anteriormente que la violencia instrumental (“el fin justifica los medios”) es también cuestionada, tanto desde la sociedad en general como dentro de las comunidades de ex militantes, entrañando un sinfín de contradicciones en su evaluación; en este último sentido hablaríamos de acciones que, sin ser producto de un cálculo, serían “razonables” en el sentido que Bourdieu (2008) otorga al *sentido práctico*.



Así, la acción de las organizaciones es recordada como una actividad que implicaba la violencia pero dentro de una cantidad de representaciones y acciones regidas por lo “político”. Esta clasificación y la diferenciación entre actividades políticas y militares se corresponde con las diferentes estructuras dentro de las organizaciones. Tanto Montoneros como el PRT-ERP tenían subagrupaciones, “políticas y “militares”, “legales” y “clandestinas”<sup>121</sup>, estas últimas relacionadas con el ejercicio de la violencia. Si bien en el PRT-ERP había por un lado un “partido” (el órgano político) y por otro un “ejército” (órgano militar), como dos estructuras separadas, el ejército estaba subordinado a las decisiones del partido. Montoneros no exhibía esta división pero si llamaba a sus frentes legales “agrupaciones de masas”, a diferencia de sus “formaciones especiales” dentro de la “Tendencia Revolucionaria del Peronismo”. Lo cierto es que en ambas agrupaciones los militantes debían realizar actividades “políticas” dentro de sus ámbitos de pertenencia, a la vez que se incluían en acciones armadas, siempre que el contexto y el grado de “clandestinidad” alcanzado por cada individuo lo permitieran.

Cabe la aclaración de que en las organizaciones, había gradaciones, jerarquías, donde el desarrollo militar de cada individuo tenía un peso muy grande en cuanto a prestigio, así, habían agentes especializados que, a la vez que eran “cuadros políticos”<sup>122</sup>, habían alcanzado un gran entrenamiento militar adquirido la mayor parte de las veces en países del “campo socialista”<sup>123</sup>. Estos agentes en general ocupaban cargos jerárquicos en las conducciones o direcciones de las organizaciones y por su alto grado de involucramiento en las acciones militares estuvieron en la clandestinidad desde un principio. En este tipo de casos, las tareas “especializadas” en lo militar se complementaban con una actividad política más bien “interna”, que consistía en la discusión y planificación de acciones, cosa que coincide con su ubicación jerárquica

---

<sup>121</sup> En el caso de Montoneros esto es cierto para la última parte de la historia de la organización. Gillespie (1987) señala que la misma surge como una organización militar clandestina, para luego desarrollar tareas “de masas”. Si bien esto es así en términos cronológicos y programáticos, los planteos políticos no se hallaban ausentes en la génesis de la organización, aunque en principio se planteaba como una milicia popular peronista y solo después desarrollaron sus propias tareas políticas. En el caso del PRT-ERP, este comienza siendo solo un partido (en el sentido leninista del término) para crear posteriormente el ejército en forma de milicias populares.

<sup>122</sup> El término “cuadro político”, tomado de la clasificación política soviética, refiere a personas con una elevada “formación política”, es decir con mucho desarrollo teórico y trayectoria organizativa.

<sup>123</sup> La mayor parte de las cúpulas de ambas organizaciones adquirieron formación tanto en lo político como en lo militar centralmente en Cuba, pero también en otros países como Libia o Palestina.

dentro de la organización, por su condición “clandestina” estos militantes raramente desarrollaban tareas “de masas”.

En las clasificaciones de los militantes que entrevisté, hay una oposición entre tareas “de masas” (ligadas a reivindicaciones políticas de algún sector, como ser el obrero o estudiantil) y tareas militares. Si bien en general los militantes medios tenían que realizar ambas tareas, esta división se manifiesta también en como son denominados los tipos de militantes que en su trayectoria desarrollaron especializadamente una u otra, los militantes que realizaban preponderantemente tareas “políticas” son denominados “de base”, mientras que los especializados en lo militar “de aparato”, siendo esto último evaluado un tanto peyorativamente ya que, a la luz del presente, el haberse centrado en lo militar perdiendo el contacto con las “bases” forma parte de las autocríticas más corrientes.

Para comprender lo que significaba este tipo particular de participación política y las transformaciones que ésta introducía en el modo de vida de los militantes es necesario recalcar su signo distintivo: por oposición a otras formas de militancia, al concebir la violencia como estrategia política, se trataba de una militancia *clandestina*. La clandestinidad tendía a modificar radicalmente muchos aspectos de la vida de estas personas, constituía un universo en sí mismo, un submundo dentro del mundo de la militancia, con un lenguaje propio, y solo desde ese marco es posible comprender estas experiencias.

El lenguaje propio de la militancia constituye un indicio de que este universo puede ser tomado como una cultura en sí misma. Durante todo el desarrollo de este capítulo se verá que la clandestinidad suponía una jerga propia, casi un lenguaje paralelo que se vuelve imprescindible descifrar a fines analíticos. La jerga militante es empleada en todas las entrevistas ni bien se comienza a hablar de la clandestinidad pero también está incorporada al lenguaje habitual de estas personas cuando hablan entre ellas, reflejando una pertenencia, un código compartido. Este “lenguaje paralelo” refleja formas de clasificación de ese mundo que, a causa de mis preguntas sobre ciertos términos, los entrevistados se ven en la obligación de “traducir”<sup>124</sup>.

---

<sup>124</sup> Como en los clásicos estudios antropológicos, el antropólogo debe aprender el “idioma” de los nativos para llegar a comprender su universo de representaciones. En este caso no se trata de un idioma diferente

Por otra parte, al entrar en la “clandestinidad”, cambiaban progresivamente otras categorías estructurales, como la noción de persona, materializada específicamente en el cambio de nombre propio. El cambio de nombre, que refleja en estos casos un cambio radical de pertenencia y la entrega casi total a la causa, formaba parte de una serie de rituales que, poco a poco iban introduciendo a estas personas en este nuevo mundo y en sus reglas.

En los siguientes apartados ahondaré en los rituales de iniciación en la militancia, en lo que significaba la actividad legal y la clandestina, así como sobre los diferentes “pasajes” entre una y otra, los cuales también implicaban “pasajes” dentro de las jerarquías, deberes y obligaciones de los militantes. Ambos ámbitos de acción resultan buenos para pensar la relación entre violencia y política como dos polos de representaciones que van modificándose según la radicalización de las organizaciones y de los militantes dentro de ellas.

### El origen de la militancia: grupos y elecciones.

En todas las experiencias encontramos dos grandes motivaciones para la entrada a la militancia que -solo a fines analíticos ya que se hallan profundamente imbricadas- agruparé como: una *elección ideológica*, continuidad de las historias políticas previas, sobre todo familiares; y un *componente personal*, anclado en experiencias de un alto impacto afectivo que van marcando pasos, discontinuidades entre la participación en una simple protesta, pasando por tareas políticas y reivindicaciones “concretas” anudadas a alguna condición (como la de estudiante o trabajador) hasta la radicalización de la militancia, la entrada a la organización y la adopción de un modo de vida “clandestino”.

La elección de un tipo de organización se relaciona en todos los casos a las trayectorias previas, principalmente a las orientaciones políticas de las familias, y en las relecturas de la historia nacional, que siguen pesando en términos de la oposición entre peronismo y antiperonismo. Pero las opciones por una u otra tendencia política no deben ser leídas sólo en términos doctrinarios y programáticos. La ideología de estos grupos que

---

pero si de una jerga, un argot, un lunfardo que se vale de los elementos de la lengua original para “eufemizar” constantemente ciertos términos, sobre todo aquellos relacionados con la violencia y la actividad clandestina.

llamaré “de izquierda”, impregnada en todos los casos por el marxismo como soporte teórico, tiene otros componentes simbólicos que complementan los elementos de “formación” dentro de la militancia: formas de ver el mundo, mitos poblados de imágenes y referentes, utopías, sueños.

Así relata Luis Mattini<sup>125</sup> sus etapas previas a la entrada en el PRT-ERP, cuando se incluye en una biblioteca popular de la ciudad de Zárate y conoce a su “maestro”, un militante alemán que lo “inicia” en el marxismo:

“cuando yo llego a la biblioteca esta me topo con los libros marxistas, tengo 16 años, con toda una inquietud social, estoy yendo a la escuela secundaria en ese momento, o sea que estoy en contacto con la ciencia, una escuela técnica era... ¡Que! Para mí el marxismo fue la explicación *perfecta*, ah! Porque además fui educado en un ateísmo total, daba por supuesto que fuera ateo, la explicación del marxismo para mí fue como... como si alguien encuentra la Biblia y tenés todo ahí, *ahí está todo*.” (Luis Mattini)

Tanto en Montoneros<sup>126</sup> como en el PRT, aunque muy dispares en sus apreciaciones de la realidad en aquel momento, el marxismo fue fundamental como referencia teórica, política y moral. Tal como lo señala Elías (1997) el marxismo viene a ser una ideología abarcativa que por un lado permitía una lectura sobre los procesos de dominación pero además, y fundamentalmente, el marxismo sumaba a todo su andamiaje teórico una utopía: la promesa de un mundo más justo. Para los militantes venidos de familias “de izquierda”, ateas, como es el caso de Luis, el marxismo vino a suplir la explicación total sobre el mundo que en otro momento se buscaba en la Biblia, teniendo esto algo de “sagrada escritura” a la que se debe consultar y en la que se debe creer. En el

---

<sup>125</sup> Luis Mattini o Arnold Kremer, nació en Zárate, provincia de Buenos Aires. Su padre y su madre eran obreros. Tuvo un hermano que participó en el PRT-ERP y está desaparecido. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales. Trabaja en la Defensoría del Pueblo de la Nación. Sus padres tuvieron militancia sindical y participaron en el PRT-ERP. Militó en el PRT-ERP. Tiene dos hijos. Estuvo exiliado en Suecia y el México.

<sup>126</sup> El caso de Montoneros, en términos ideológicos, es mucho más complejo que el del PRT. Montoneros tuvo desde su inicio una vertiente nacionalista anclada en la tradición del peronismo, la novedad de Montoneros fue que abogó, dentro de la tradición nacionalista, por el “socialismo nacional”. Esta expresión, tenía la virtud de nuclear desde sectores de derecha (como el grupo Tacuara, inspirado en la Falange española) hasta otros formados en la izquierda marxista (como es el caso de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, incorporadas más tardíamente al movimiento). Con el tiempo, Montoneros se fue radicalizando y perfilando cada vez más hacia el socialismo de izquierda y haciendo del marxismo una teoría que respaldaba su accionar, al tiempo que se iba separando por diferencias del nacionalismo de derechas que disputaba el comando del movimiento en los 70 (Gillespie; 1987).

caso de los militantes montoneros, aunque la incorporación del marxismo fue posterior, se da una reinterpretación del cristianismo como religión, así lo expresa Luis Rodeiro:

“yo siempre fui a un colegio laico, público, durante todo el primario y el secundario, y después la universidad. Este hecho del cristianismo, yo creo que fue un proceso, alimentado sobre todo por las lecturas que se hacen sobre todo a partir del Concilio de Juan XXIII, de alguna manera nos hace rescatar un mensaje cristiano, que estaba olvidado, que era un descubrimiento del otro como un prójimo, por el cual había que pelear, luchar, para que estuviera mejor. A partir de ahí comienza un poco la necesidad de una militancia política, en el sentido de esa necesidad de actuar por el otro, de revelar tanta injusticia, de alguna manera necesitaba canales que eran necesarios para hacerlo. Entonces comienzo muy temprano una militancia, primero en el colegio secundario, en una agrupación de estudiantes...” (Luis Rodeiro)

En el caso de los militantes montoneros los espacios de “formación” se relacionan con grupos juveniles católicos, donde se estudiaba la por entonces en boga “doctrina social de la iglesia” impulsada a nivel eclesiástico por el Papa Juan XXIII en el marco del Concilio del Vaticano II, de donde surgió el Movimiento de Sacerdotes por el Tercer Mundo, cuyos miembros dirigían los grupos juveniles en el desarrollo de tareas sociales (Morello; 2003). Tal como en el caso de Luis Mattini y su “maestro”, estos sacerdotes en la memoria de los militantes montoneros operan como referentes, siendo estos grupos un ámbito de educación no formal que muchos de ellos consideran equiparable a una “universidad”. Si bien el marxismo (como ideología que bregaba por el ateísmo<sup>127</sup>) podría contraponerse al catolicismo característico del peronismo y de los primeros grupos donde se incluyeron los militantes montoneros, el mismo se introdujo de la mano de una tendencia de sectores de la misma iglesia hacia el “socialismo” y de la inclinación marxista que tomaron algunos referentes peronistas por los años '60 y '70<sup>128</sup>.

Estos grupos, religiosos o culturales “formaban”<sup>129</sup> con un fuerte componente teórico sobre temas y experiencias relativos al socialismo, pero éste, como ya he dicho,

---

<sup>127</sup> En sus escritos Marx se refiere a la religión como “el opio de los pueblos”, aludiendo a la “alienación”, el “adormecimiento” que, como sistema simbólico, propiciaría la religión respecto de los problemas sociales.

<sup>128</sup> La inclusión del marxismo en el peronismo se da en dos sentidos. Por un lado, algunas figuras históricas dentro del movimiento introdujeron esta variante teórica, el caso paradigmático fue John William Cooke. Por otro, sectores originalmente marxistas (como los miembros fundadores de las FAR) se “peronizaron”, partiendo de la lectura de que el movimiento obrero en Argentina hallaba en el peronismo su expresión identitaria más fuerte.

<sup>129</sup> En la jerga militante la “formación” refiere al estudio y a la discusión sobre temas relativos a la actividad política. La misma puede ser tomada como una especie de capital cultural (Bourdieu; 1991) esencial dentro de las organizaciones para movilizar poder y ascender jerárquicamente, siendo su

no debe ser tomado como un referente meramente teórico. La fuerza que cobra el proyecto socialista si lo miramos en términos de creencia, de profesión de fe, sumado a las experiencias colectivas a nivel internacional y nacional como el Cordobazo y a las propuestas programáticas de las organizaciones, resulta riquísimo para pensar en los grados de compromiso que fueron asumiendo los militantes en lo que concierne a su actividad dentro de las organizaciones.

Pero por otro lado, además de las propuestas ideológicas, son otros acontecimientos los que constituyen la “fuerza”, que impulsa a la incorporación en las agrupaciones:

“Yo llegada de un pueblo, Las Rosas, evidentemente no tenía *idea* de lo que estaba pasando en el mundo, pero me enganché con todo esto porque me parecía de una alevosía muy grande tener a la gendarmería en la Facultad, el año 66 lo perdemos los estudiantes acá en Rosario (...) ese pico represivo de Onganía sirvió como disparador de la politización de gran parte del estudiantado, yo entre ellos. Entonces entré a agrupaciones estudiantiles, a militar ahí, luego vino el Rosariazo, luego vino un hecho que a mí me marcó, muy importante para mí, que fue la muerte de un compañero mío del secundario (...) esa fue una de las cosas que marcó a fondo, ya casi sin retorno, porque hasta ese momento eran luchas estudiantiles, por el boleto de ómnibus y la comida, y becas... hasta ahí eran los puntos más altos de pedidos reivindicativos nuestros, en mi nivel. Después de la muerte de Adolfo Bello la cosa cambió, hubieron muchas marchas de silencio acá donde nos reprimían con agua, con agua coloreada y la policía a caballo, y fue una resistencia muy grande, con actos de lucha cuerpo a cuerpo prácticamente” (Cristina Bollatti)

En las experiencias personales son ciertos acontecimientos los que definen su inclusión definitiva en la militancia. Según lo relata Cristina Bollatti lo que constituye una “marca a fondo”, un “paso sin retorno” hacia la militancia no tiene que ver tanto con lo ideológico sino con una experiencia, el asesinato de Adolfo Bello, un amigo muy próximo con quien había compartido la escuela en su pueblo. Ella separa las reivindicaciones estrictamente político estudiantiles de la muerte de su compañero de escuela, advirtiéndonos sobre los componentes afectivos que marcan a las experiencias y que en cierto modo constituyen una fuerza que impulsa y motiva las elecciones posteriores.

Es usual ver en los testimonios que estas muertes (que se van haciendo cada vez más generalizadas con el avance de la represión) lejos de ser recordadas como amedrentadoras son un elemento de potenciación en el “compromiso” militante. Se puede

---

acumulación (conjuntamente con el desarrollo militar) un elemento de prestigio, de capital simbólico al interior de las mismas.

leer esto en dos sentidos, por un lado, estos momentos de sufrimiento compartido, de identificación con el muerto, refuerzan la cohesión dentro del grupo (Durkheim; 2003)<sup>130</sup>, por otro, el enfrentamiento violento y visible, va construyendo las fronteras con un “otro”, con la represión, concretamente la policía.

En el caso de Cristina Bollatti se trata de una relación personal con el muerto, en el resto de los relatos estas referencias al asesinato de otros jóvenes militantes, nunca están ausentes, marcando la etapa previa a la incorporación a las organizaciones. Así relata María de Poggi, quien en ese momento militaba en una agrupación universitaria de la Universidad Católica, los días previos al Cordobazo:

“(era) mayo del 69, empiezan todos los problemas en las universidades, a principios de mayo lo matan a Cabral en Corrientes, entonces acá se programa una movilización tanto en la estatal como en la católica y se hace una misa, primero hay una manifestación, la primera vez en mi vida que iba a una manifestación de ese tipo, porque había ido a alguna del partido demócrata cristiano pero... *distinta*, había mucha represión. Cuando lo matan a Cabral en la parroquia del Pilar se hace una misa y estaba tan lleno que no entró toda la gente a la parroquia, fue como por el 20 de mayo (...) Cuando termina eso se organiza una marcha y ahí lo encuentro al Manuel (su actual marido), la idea era ir todos con los brazos enganchados... y la cana (policía) empezó a tirar gases lacrimógenos a mansalva, entonces a correr... y yo me caigo, al darme vuelta entre los gases, que no veía nada y venía corriendo y choco *fuerte* contra una columna... veníamos abrazados para colmo, fue un golpe tan fuerte en la cabeza que me caí, entonces lo que venían atrás corriendo te pisaban, pasaban por arriba tuyo... y por suerte el Manuel no me soltó, se soltó él y me arrastró hasta un negocio que la mujer no sé cómo nos abrió la puerta, y estaban todos medio ahogados, había una chica que se había quebrado la rodilla, estaba muy fiero la represión, feísima, yo la saqué barata, pero se me perdió un zapato, se me perdió la cartera, tenía las medias rotas, estaba toda embarrada porque me había caído... cuando se calmó todo, pudimos recuperarnos de los gases, del ahogo que sentíamos (...) fue impresionante, decía ‘y ahora cómo vuelvo a mi casa, porque me van a ver que estoy...’ para colmo las cosas ya estaban muy peleadas y yo no tenía zapato, el zapato después lo recuperé, no sé cómo... pero no tenía la cartera, había perdido los documentos y tenía la pollera toda sucia! Y nos fuimos a un bar, ya se habían ido los canas, nos fuimos a tomar algo y a lavarnos en el baño, y al otro día no me animaba a ir a buscar el documento ‘¿Cómo hago para denunciar lo del documento?’, la primera vez que pierdo el documento fue por la represión, al otro día me acompañó no me acuerdo quien... no sé si fue el Mariano Pujadas<sup>131</sup>. Y fue una semana terrible esa porque el AES decide tomar la universidad, la católica, unos días antes del Cordobazo, a raíz de que matan a un estudiante, matan a Blanco, en Rosario... creo, me olvido, y se mueven todas las universidades del país, en Córdoba bastante fuerte...” (María de Poggi)

---

<sup>130</sup> Durkheim señala que tanto las desgracias como los acontecimientos felices tienen la propiedad de reavivar los sentimientos colectivos, dice “en el origen del duelo está la sensación de debilitamiento que siente el grupo al perder a uno de sus miembros (...) pero esto hace que se acerquen entre si, asociándose en el mismo estado de ánimo que viene a compensar el debilitamiento inicial” (Durkheim; 2003; p. 606).

<sup>131</sup> Militante fundador de Montoneros, asesinado en Trelew en agosto de 1972 tras la fuga del penal de Rawson.

Si bien se puede suponer que la fuerza afectiva se torna mucho más grande cuando se trata de una relación cercana, la cohesión y la posterior “movilización” de todo un sector de jóvenes para reclamar y conmemorar muertes (como la de Cabral o Blanco) con las cuales la mayoría de estos jóvenes no tenían una relación personal, da cuenta de que es cuerpo social, el grupo, el que se siente tocado por la agresión. Estos sucesos son siempre recordados, por más que no se tratara de un ser cercano, con mucha afección y es posible que, como señalara Halbwachs (1990) esto se dé por la identificación entre los miembros del grupo. Dentro de esta comunidad, en la cual los militantes estaban sumamente comprometidos, es posible que la agresión a uno de sus miembros no resultara indiferente a ninguno de los otros.

Por otra parte, en muchos casos la agresión también es recordada como sufrida en carne propia. La riqueza del relato de María de Poggi sobre los efectos de la represión durante la movilización recae sobre el propio cuerpo agredido, las ropas rotas, la pérdida de sus pertenencias. Para María era su “primer encuentro” con la protesta callejera y al mismo tiempo con la represión, en más, la posibilidad de ser agredidos desarrollaría en los militantes toda una conducta y un adiestramiento con respecto a la “seguridad”, a la protección de sus cuerpos, cosa que abordaremos más adelante.

Por otra parte, los discursos recaen siempre en la ruptura con ciertos contratos civilizatorios que motivan posteriormente al uso de la violencia, muchas veces leída como “defensa” y en estos acontecimientos donde el contacto con la violencia padecida, por ellos o por otros, van marcándolos “a fondo”.

María relata que haber sido reprimida y las consecuencias en su “imagen” en otros ámbitos, como el familiar, donde esas marcas de la represión (y la militancia) sobre el cuerpo comienzan a ser ocultadas y marcan el comienzo de una ruptura con este grupo de pertenencia y la incorporación casi total al grupo de militantes. Que los incipientes militantes fueran “abrazados” resulta muy simbólico, la imagen casi parece retratar uno sólo “cuerpo” agredido, desmembrado por la represión.

A la vez, la pérdida de su documentación denota el comienzo de una contradicción con respecto al Estado y sus agentes ¿Cómo podría denunciar ante la policía la pérdida del documento si había sido este mismo órgano el responsable de la represión? En estos contextos, previos a la militancia propiamente dicha, se recuerda la



tensión entre la “legalidad” y la “ilegalidad”, la “desconfianza” y la “confianza” previa hacia las instituciones estatales y la acción política que, posteriormente, comenzará a ser clandestina. Los recuerdos sobre esta etapa son reveladores de un proceso mediante el cual la percepción sobre la solidez de los contratos civilizatorios se va resquebrajando. El Estado no es recordado como un garante de la seguridad de los individuos sino como un agresor que paulatinamente se va transformando en un enemigo.

En todos los relatos la dictadura de Onganía es el marco, la referencia temporal donde se anclan las primeras experiencias de militancia, en aquel momento las personas entrevistadas trabajaban y estudiaban, por lo cual su actividad política comienza ligándose a esas posiciones, ya sea en sindicatos o en centros de estudiantes. María se refiere a los miembros del AES<sup>132</sup> como aquellos que la acompañaron luego de aquel trance respecto a la represión, estos ámbitos de pertenencia, en su memoria, se fueron transformando en más en comunidades que cubrirían casi todas las necesidades de subsistencia de estas personas, principalmente su seguridad, y con ello su alojamiento y su manutención, lo que es recordado en términos de “solidaridad”.

María Baraldo, quien militó en el PRT-ERP, comienza a militar en la misma época, siendo la dictadura de Onganía un referente entre los motivos que ella señala como centrales en su incorporación en el sindicato de sanidad, como delegada del Hospital Rawson<sup>133</sup>. Cuando le pregunto sobre el origen de su militancia, ella puntualiza sobre su sindicalización, sobre las agresiones en el ámbito del hospital y en el sindicato, donde ella toma conocimiento de los primeros muertos y desaparecidos. En lo relacionado la militancia sindical, ella señala que su actividad y sus reivindicaciones en esta etapa inicial eran muy concretas: el pedir los insumos necesarios para trabajar, el reclamar el paso a planta permanente de los contratados, que su vida “giraba en torno a eso”: a su trabajo, al sindicato, a su pareja. Al igual que Cristina Bollatti hay una diferencia de nivel entre estas reivindicaciones “concretas”, ligadas a su condición de estudiantes o trabajadoras y la posterior incorporación a la organización. Cuando le pregunto sobre sus primeros contactos con el PRT-ERP María Baraldo me cuenta:

---

<sup>132</sup> El AES (Agrupación de Estudios Sociales) fue una agrupación estudiantil que surgió en la Universidad Católica de Córdoba, de la cual salieron una gran parte de los militantes Montoneros en esta ciudad.

<sup>133</sup> Hospital público de la ciudad de Córdoba, situado en la Bajada Pucará.

“...yo iba a la universidad desde el 70, estudiaba asistencia social (...) y ahí se daba todo el espectro de las fuerzas políticas y de las político militares también. Yo estaba muy interesada, muy curiosa, *muy curiosa*, yo quería conocer a la gente del ERP, porque la gente del ERP me despertaba una curiosidad muy particular, (...) y cada vez que yo enganchaba a alguien que me hablaba políticamente yo le preguntaba por el ERP y me sacaba corriendo, que con esa gente no, era como si fueran ocultos.

Mariana- ¿Y a vos que te llamaba la atención? ¿Qué te daba tanta curiosidad?

María- Yo tenía mucha curiosidad porque me parecía que eran *lo más*, los más atrevidos, los que desafiaban... se enfrentaban, y el ERP porque no eran peronistas, porque se ve que yo tenía algo en mi interior, que tenía que ver con mi papá, que no era peronista... que tenía ese problema con Perón que se ve que yo lo arrastraba porque estaban los Montoneros también, que me merecían todo mi reconocimiento, que se enfrentaban también pero no eran igual que los del ERP, porque los del ERP se enfrentaban y además no lo querían a Perón. Ese era el razonamiento, muy elemental, pero te lo digo así porque creo que yo internamente lo racionalizaba así, porque los del ERP no eran peronistas, *nada más*. Incluso, cuando yo conocí a mi compañero, que era del PRT, a mí tampoco me interesaba el PRT, el PRT me parecía un *partido* y los partidos eran como todos los partidos, a mí me interesaba el ERP y yo no ligaba las dos cosas, no ligaba el partido con el ERP, no tenía la más mínima noción de la existencia de la organización político-militar, eso lo descubrí con el tiempo...” (María Baraldo)

Las organizaciones político militares tienen, en muchos de los relatos, este halo de misterio, de fascinación por lo oculto, por lo clandestino. Ese encanto por las cosas “secretas y prohibidas” como las llama Camurça (1998) funcionó en las historias personales, como catalizador de las acciones netamente políticas o militares de “enfrentamiento” al régimen. Tal como lo retrata María, los análisis políticos de muchos de los entrevistados eran bastante “elementales”, en términos de “peronismo si o peronismo no”, pero la lucha, el enfrentamiento a la represión de estos órganos “clandestinos” generaba una cierta admiración, al punto de eclipsar al “partido”, es decir al órgano político.

También Antonio López relata así la fase previa a su inclusión en el PRT-ERP:

“Entonces en los análisis que hacíamos cuando nos juntábamos era que había que organizarse y no sabíamos dónde, y nosotros ya teníamos la seguridad que la cosa pasaba por la lucha armada.

Mariana- ¿Y cómo llegaron a esa conclusión? Justamente eso es lo que más me interesa.

Antonio- Claro, te digo que fuimos leyendo de a poco y después ya empezamos a agarrar algunos libros, en el 69 (...) Y en esas acciones del ERP y Montoneros, la FAR, la FAR, en los años 70 o 69 ya empezamos a simpatizar, pero por otro lado participamos en el Cordobazo, en el Ferreirazo y veíamos que siempre nos hacían cagar, siguiendo el hilo también del nivel de análisis, decíamos ‘loco, nos hacen mierda, vienen con los perros, los caballos, las balas y nos cagan a palos’ y la llevábamos bien un rato y después nos cagaban a palos, entonces por ese lado empezamos a ver que hacía falta algo más y toda la influencia de la revolución cubana y del Che, que a esa altura ya era un icono, que nos fue metiendo en la cuestión. Entonces fuimos viendo, más que cómo meternos la cuestión era dónde, si en los Montos o en el ERP, no el PRT, Montoneros o el ERP, no partido. (...)

Mariana- Te hago una pregunta, me decías esto de no ir al Partido sino al Ejército ¿Por qué esa opción?

Antonio- ¡Porque no sabíamos que había un PRT! ¡En serio! Nosotros no teníamos idea que el PRT era la dirección político militar del ERP, creíamos que Montoneros era Montoneros, era una organización, un ejército, todos guerrilleros, después cuando entramos fuimos distinguiendo con las charlas y después, cuando ya teníamos un mayor conocimiento, el interés era ingresar al Partido, entendés?” (Antonio)

En el caso de Antonio y sus amigos, que eran estudiantes de los primeros años de la universidad en el momento que empezaron a discutir la necesidad de “organizarse”<sup>134</sup> influye nuevamente la imagen del Che como icono dentro las luchas de los débiles contra los más poderosos. Pero hay otro componente a destacar: la seducción por las organizaciones “guerrilleras” viene, por una situación percibida como “de ataque” dentro de las actividades políticas que él y sus amigos realizaban antes de incluirse en la militancia. Hay por un lado un argumento de “defensa” que fundamenta la opción y por otro una identificación con las luchas y el “campo socialista” a nivel mundial. Aunque, según él lo expresa, sus análisis políticos eran rudimentarios, la “identificación con” y el “enfrentamiento a” coincidían en el uso de la violencia como método de lucha, al punto de interesarse primero en el ERP y luego tomar conocimiento e interés por el Partido.

Todos los entrevistados recuerdan la etapa previa a su inclusión en las organizaciones de esta manera, enfrentándose a la “represión” e identificándose con las luchas mundiales por el socialismo, donde el Che es la figura “mítica”, el protagonista de la Revolución Cubana como gesta, como mito que orienta hacia el triunfo del más débil sobre el más fuerte:

“estábamos sumamente impresionados por el triunfo de la revolución cubana, estábamos muy impactados, elevado a categoría mítica, este grupo de 12 hombres que sobreviven del Granma y logran levantar a un país, derrotar a una de las dictaduras más sangrientas, era una cosa que... yo creo que se mezclaba mucho con la formación cristiana, católica, esa imagen de Cristo redentor, con la espada, que no venía a traer la paz sino la guerra, que venía a separar al hijo de su padre, al hermano de su hermano, el *hombre*, que aparte encajaba perfectamente con el Che, nosotros estábamos *absolutamente* conmovidos, enamorados míticamente de esta figura, de este guerrillero heroico, de una pureza absoluta, con una voluntad férrea, que pese al asma y pese a todo había logrado... algunos años después se vienen a desmitificar algunas de estas cosas, *o muchas*, pero bueno... en aquella época eso era fundamental.” (Ignacio Vélez)

---

<sup>134</sup> En las categorías nativas existe una diferencia constitutiva ente el mero hecho de “participar”, como por ejemplo en el Cordobazo, y estar “organizado”, significando esto último la incorporación a alguna estructura político militar. Esto marca también una diferencia de grado en el compromiso entre lo que implicaba una simple rebeldía y su canalización y adecuación a los preceptos y acciones de una comunidad: el partido.

Ignacio Vélez puntualiza sobre los elementos míticos que sustentan la opción por la militancia. Su descripción del Che como “héroe”, como figura que condensa los valores positivos de “pureza absoluta”, de “voluntad férrea”, lo vuelven, dentro de su matriz cultural, un ejemplo a seguir. La imagen del Che es comparada con la de Cristo<sup>135</sup>, con una divinidad que refuerza además de una orientación política, una creencia. Es interesante notar como por un lado, esta imagen de lo sagrado y de la “redención” actúa como fuerza, como motivación y orientación moral que cataliza la acción política y por otra parte, el discurso entremezcla nociones de lo típicamente religioso con otras venidas de la política, del imaginario de izquierda impregnado de “objetividad”. El que un mito luego sea “desmitificado”<sup>136</sup>, es decir refutado, forma parte de estas representaciones donde lo “objetivo” es lo que cuenta. La ambigüedad entre lo místico y lo objetivo es sumamente interesante para pensar como estas dos esferas de representaciones, la religiosa y la política se homologan, se tensionan y se entremezclan en estas experiencias.

En otros relatos, como el de Cristina Salvarezza la opción por la militancia y por el PRT-ERP aparece como un proceso más largo y más centrado en criterios “político-ideológicos”:

“... desde chiquita mamé la injusticia, mamé las diferencias sociales, y me di cuenta de que había dos políticas, una la que hacían los políticos y otra la que hacía la gente desde la base y que a veces y que a veces se podía mucho más desde la base, eso fue lo que me decidió a militar, después, me estoy salteando muchos años pero no quiero que se me escape este detalle, te recuerdo, a mi abuelo no le daban el agua porque simpatizaba con los radicales, por lo tanto se supone que en mi casa había todo un ámbito en el que se hablaba a favor de los radicales, e mi viejo lo echan porque no subió a gritar ‘viva Perón’, se supone que no era peronista ¿Dónde milité por primera vez yo? En el integralismo, en el peronismo, porque era lo que me representaba en ese momento, no había otra cosa, yo encontré que ese era mi espacio, (...) éramos honestos y que muchos no se prendieron en estas figuras del peronismo actual, y del radicalismo. O sea que fui bien objetiva cuando hice la elección de definirme por el integralismo.” (Cristina Salvarezza)

Ella comienza por militar en el Integralismo (agrupación de origen peronista) para luego pasar al PRT-ERP, contradiciendo inicialmente a la inclinación política de su

---

<sup>135</sup> Es de destacar que esta reinterpretación del mito de Cristo tiene origen en las enseñanzas del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. En esta reactualización del “mártir redentor” por excelencia, no se pintaba a un Dios sumiso sino a quien venía “con la espada” a liberar a los justos, un Dios hombre y comprometido con la causa de los oprimidos (Gillespie; 1987).

<sup>136</sup> Camurça (1998) señala que el imaginario comunista, de izquierda, toma al mito como alienación dado el halo cientificista que rodea a todas las argumentaciones políticas que provienen del marxismo. Esta visión se ancla también en antropología, en una tradición que consideraba al mito como producto de las sociedades sin escritura, contraponiéndolo a la noción de historia.

familia. Pero fundamentalmente lo que ella marca como “origen”, como punto de partida que da coherencia a sus decisiones posteriores es una visión sobre la injusticia, sobre la política “desde arriba” o “desde abajo” y por valores éticos como la honestidad que, desde el hoy, son puestos en el discurso como “rectores” de todas las orientaciones durante su vida. Así relata su posterior incorporación al PRT-ERP:

“...viene el Cordobazo, después viene lo de Trelew, ya para lo de Trelew yo estaba militando en el PRT, éramos movimientos contra la represión en la Facultad de Arquitectura, así nace el PRT en el 69, 70, éramos movimientos contra la represión. Era muy gracioso porque estábamos trabajando y el estudiante de arquitectura trabaja en grupos, con grandes tableros, en un departamento nos juntábamos todos, porque todo el trabajo era de equipo, y entonces se desaparecía uno y decía ‘ya vuelvo’, y volvía como a las dos horas y se sentía una explosión, al rato venía otro con las manos llenas de aerosol rojo, viste? (se ríe) y salían todas las inscripciones ‘movimiento contra la represión’, y ahí empieza la primera propaganda del PRT y del ERP.” (Cristina Salvarezza)

El testimonio de Cristina Salvarezza recae en hechos que resultaron significativos para todos los militantes, el Cordobazo, como revuelta popular y la “masacre de Trelew”<sup>137</sup> donde perdieron la vida 16 jóvenes de estas agrupaciones. Estos son dos acontecimientos que, en la dinámica del ataque y la victoria del movimiento revolucionario de los ‘70, comenzaron a formar parte de los mitos orientadores de su acción y posteriormente, del calendario ritual de los mismos, moldeando una memoria sobre esa lucha, sobre las complementariedades entre ciertos grupos y sus divisiones irreductibles (Pollak; 2006).

En todos los casos, salvo el de Luis Mattini y el de “los de la Calera”<sup>138</sup>, los militantes empiezan por pertenecer a alguno de los frentes “legales” o “agrupaciones de masas” para poco a poco irse integrando del todo en la organización político militar.

En el caso de Luis Mattini, quien llegó a ser dirigente del PRT-ERP se da una incorporación casi sin mediaciones al ámbito de lo militar. Pero es de destacar que Luis, 5 años mayor que la media de los entrevistados pertenecía desde una edad muy temprana

---

<sup>137</sup> La “masacre de Trelew” tuvo lugar el 22 de agosto de 1972, cuando 16 militantes de organizaciones guerrilleras (PRT-ERP, Fuerzas Armadas Revolucionarias y Montoneros) fueron fusilados en la base naval Almirante Zar. Seis días antes se había producido una fuga en el penal de Rawson. Del total de 110 presos políticos involucrados en la fuga, 6 jefes guerrilleros lograron evadirse y tomar un avión a Chile, donde fueron amparados por el gobierno socialista de Salvador Allende, otros 19 que no lograron arribar al aeropuerto fueron capturados y fusilados, escapando a la muerte (por descuido de sus verdugos) 3 de ellos.

<sup>138</sup> El grupo de Ignacio Vélez, Luis Rodeiro, Manuel Poggi y María de Poggi, participaron directa o indirectamente en la toma de la Calera, con lo cual pasaron a la clandestinidad inmediatamente, sin llegar a desarrollar tareas de masas hasta 1973.

al “movimiento obrero” habiendo participado con anterioridad en el sindicato, en una biblioteca popular y en otros grupos previos a la aparición de las organizaciones político militares. Así recuerda la “invitación” a participar de las actividades del PRT en Zarate, donde él vivía:

“... aparece la gente del PRT en Zarate, de pura casualidad, alguien hizo un contacto y fue un cuadro, como hace generalmente el trotskismo, manda un cuadro... y los tipos nos plantean que acá hay un auge de masas, que se inicia un proceso revolucionario, que hay que preparar grupos armados que vayan *un paso* delante de las masas, *un paso*, no más, como decía Lenin, un paso, acompañando, y en ese proceso ir creando una fuerza militar. Y a mí ahí sí que me cayó *justito* con mi deseo, porque decía ‘esto sí porque esto no significa dejar...’, ya había nacido mi hija ‘esto no significa ponerse el uniforme verde oliva e irse al monte, esto significa que empiezo a pelear ya, aquí’ ¿Me explico? Era muy concreto. Y a la reunión siguiente vuelve el compañero, saca un paquete y desenvuelve una pistola y dice ‘bueno, si vamos a hacer estas cosas tenemos que aprender a tirar’, y yo te digo la verdad, había fabricado armas pero nunca había tirado, había tirado a alguna pabadita pero nunca... entonces nos da el primer curso. Y para mí fue una cosa así: ‘*bueno, basta de coquetear*’, estuve diez años buscando el partido ideal, el PC no porque era el stalinismo, los troskos no porque eran los troskos, y estos me están planteando algo que es posible, no es perfecto pero es posible, el partido perfecto no existe. Y ahí me metí, con tres o cuatro compañeros de Zarate formamos la primera célula, y cuando vi la cuestión del arma dije ‘bueno, esto para hacerlo hay que hacerlo *en serio*’” (Luis Mattini)

La militancia en las organizaciones político militares es en todos los casos la militancia propiamente dicha, la “militancia en serio”. Como dice Luis, entrar a la militancia “en serio” significaba “dejar de coquetear”, lo cual en la jerga significa simpatizar con una agrupación y con otra sin involucrarse seriamente en ninguna; por otro lado implicaba aprender a hacer uso de la violencia, lo cual arrastraba grados de “compromiso” con la causa mucho mayores. “Aprender” a ejercer la violencia significaba todo un saber hacer, desde los elementos técnicos referidos al uso de un arma hasta el manejo de las reglas de la clandestinidad, suponía un nivel de compromiso no ya “teórico” sino “poner el cuerpo” (y en el extremo morir por la causa) lo cual implicaría toda una transformación interna, un replanteo de los valores previos anclados en los contratos civilizatorios incorporados previamente para la justificación del uso de la misma.

Por otra parte, es interesante en el caso de Luis Mattini las modificaciones en la vida cotidiana, la ruptura con la vida “normal” que, interiormente, suponía la incorporación a la organización. Con respecto a las reglas del campo político en general, Bourdieu (2001) plantea que uno de los capitales que debe tener una persona que desea

implicarse en dicha actividad es tiempo; tiempo que supone a la vez un cierto capital económico. Para militar “24 horas al día” la persona debía “vivir de eso” y a la vez tener la posibilidad de hacerlo sin sustraer tiempo a otro tipo de obligaciones, como por ejemplo las familiares.

Luis pasa rápidamente a ser “rentado” por el partido, convirtiéndose la militancia en un verdadero trabajo y él en un militante “profesional”. Por otro lado, él plantea que la opción “le cerraba” porque no implicaba un cambio tan radical de vida en ese momento como el plantearse partir a una guerrilla rural. Él podía, dada la circunstancia de tener una hija, seguir con su vida más o menos normalmente a la vez que desarrollaba una actividad clandestina.

Della Porta (1998) plantea que una opción al extremo radicalizada, como las que venimos analizando, supone una ruptura casi total con el mundo de origen que, a modo de conversión religiosa, consagra la vida entera a la causa. Obviamente, esta ruptura “total” sólo podía darse con menores dificultades en personas extremadamente jóvenes que se hallaban en un periodo de independización de sus familias de origen y que no habían formado nuevas familias. Para los militantes que eran un poco mayores, quienes ya tenían hijos o los fueron teniendo en el transcurso de su vida militante, la responsabilidad para con ellos (de tipo económico o de cuidado) condicionaba mucho el grado de dedicación a la militancia, sobre todo en las mujeres.

El involucramiento en la “lucha armada”, considerado el nivel más alto de “compromiso”, entraba en contradicción con ciertas circunstancias vitales como el matrimonio o la maternidad. Retomaremos esto más adelante, solo diré aquí que el matrimonio, por la misma influencia de la vida clandestina de las organizaciones y la fuerte cohesión entre sus miembros, se daba generalmente entre militantes.

En muchas de las experiencias el paso a la militancia en una organización político militar no constituye un “salto” sino una continuidad dentro de la militancia. La incorporación a estas organizaciones significaba de por sí una conformidad, un aval hacia las acciones militares que estas realizaban, por más que en muchos discursos no se relate la participación en estas actividades a título personal. Esta conformidad con el uso de la violencia se da en muchos casos como algo completamente racional de antemano, muchos de los entrevistados, aunque no relatan episodios de ejercicio de la violencia en

carne propia, recuerdan haber participado en el entrenamiento militar que se daba al ingreso en la organización luego, al preguntarles sobre su apreciación sobre el hacer uso de la violencia contestan “si tenés un arma la tenés que usar, sino mejor no la tengas”, esta frase, que se repite como una fórmula en muchas de las entrevistas da cuenta de que en cierta forma es una adhesión teórica que se da de antemano, al comenzar a prepararse para la lucha armada. Los verdaderos “rituales de paso” (Turner; 1990) con respecto a la violencia se dan cuando hay un contacto real, carnal, con la violencia padecida o ejercida, allí los recuerdos toman otros matices, dejan de ser teóricos para explayarse en un sinfín de sensaciones.

Sin embargo quisiera volver ahora al mundo de la militancia, particularmente al de la militancia clandestina. Que estas organizaciones fueran consideradas “ilegales”, dado el empleo de la violencia como estrategia política, aparece en las experiencias dándoles todo un aire “conspirativo”, de misterio, que al mismo tiempo reafirmaba la pertenencia y creaba lazos muy estrechos entre compañeros, llegando a considerarlos una “nueva familia”, una familia de elección. Posteriormente, en los años de prisión, exilio o clandestinidad los compañeros continuaron cumpliendo esa función de soporte (afectivo, económico) de estas personas, conservando esos lazos hasta hoy y en cierta forma una cierta “comunidad”.

La militancia clandestina y la situación de riesgo crearon sus modos específicos de relación y de moralidad, teniendo consecuencias que son observables hasta hoy. El modo “total” en que la organización intervenía en la vida privada y pública de los militantes variaba según la dependencia de éstos hacia la misma a fines de supervivencia, lo cierto es que este funcionamiento cada vez más cerrado en si mismo tuvo sus propias reglas de relación llegando a tocar aspectos estructurales y “privados” como las relaciones entre los sexos y entre las generaciones, todo esto impregnado de una moralidad propia.

### **La sociedad del secreto**

“Mirta, una ex militante montonera, al llegar a mi casa mira todo alrededor y repara en mi biblioteca. Después de observarla un rato me advierte sobre el peligro de tener “ese tipo de



libros”<sup>139</sup> y me dice que mi casa hubiera tenido, en aquel momento, rasgos de una casa “de subversivos”. Me dice “nena, cortá el pasto y saca esos libros de la vista, no es bueno levantar sospechas”. (Diario de campo, Diciembre de 2001)

“Cuando contacto a Enrique Gorriarán Merlo, ex dirigente del PRT-ERP, para hacerle una entrevista lo hago por medio de María, es ella quien hace el contacto sin que yo tenga participación directa en el mismo, ella le explica mi interés y mi procedencia como garantía de “confiabilidad”, pero nunca tengo acceso a su teléfono ni a su dirección electrónica, solo se limita a concertar un encuentro conmigo mandándome un mensaje “el jueves a las 4 de la tarde nos vemos en esta dirección”. Al llegar, para mi sorpresa constaté que no era su casa, sino la de un amigo suyo que se la prestaba para dar entrevistas. El secreto permaneció oculto, no revelé nunca donde vivía, las dos sesiones de entrevista fueron realizadas en ese lugar. En mi interior viví toda la sensación de estar concurriendo a una “cita”<sup>140</sup>: una cierta excitación por el misterio, una cierta inseguridad hasta que no comprobé que era el domicilio correcto...” (Diario de campo, octubre de 2003)

“La casa de María Baraldo es pequeña y está llena de adornos artesanales, en un rincón del comedor hay una biblioteca, paso la vista sobre los volúmenes que ella contiene y veo ejemplares de literatura, otros referidos a la temática aborígen que ella estudia y solo dos o tres referidos a la militancia. Al observar esa ausencia le pregunto si conservaba libros de esa época, me dice que no, que en ese momento se trataba de no retener ese tipo de material, o por lo menos de no tenerlo “a la vista”, porque si era descubierto por los agentes de la represión podía costarte la vida. Los libros, en aquella época, eran un objeto de sumo valor, pero también algo a esconder porque daba señales de la pertenencia política de las personas, “perder la biblioteca en un allanamiento –me había dicho ya otro ex militante montonero- era casi un ritual, yo perdí mi biblioteca tres veces”. (Diario de campo, Septiembre de 2003)

“Mario, ex militante del PRT-ERP me comenta que tiene guardado en su casa el facsímil del 5º Congreso del Partido. La siguiente vez que nos vemos saca de su portafolios un librito en cuya tapa dice “instrucciones para intervención en incendios”, y me lo entrega, al abrirlo veo que se trata del documento del PRT, camuflado, como en aquel entonces, con el lomo de otro libro” (Diario de campo, octubre de 2009)

Cuando empecé a contactarme con los ex militantes algunas actitudes de ellos, sobre todo en instancias por fuera de las entrevistas me llamaban mucho la atención. Sus recaudos para hablar de ciertos temas, el cambio en el tono de voz cuando hablaban de las acciones armadas, la desconfianza hacia más de un personaje considerado como “de dudosa conducta política”, su reticencia a hablar de temas relacionados con la militancia

---

<sup>139</sup> Refiriéndose a todos mis libros sobre la represión y la militancia y otros de literatura como los de Cortázar, García Marquez, Onetti o Galeano.

<sup>140</sup> Una “cita” es el nombre con el que se denominaban a los encuentros clandestinos que concertaban los militantes. Las mismas se realizaban periódicamente, con una frecuencia y horario prefijados a fin de evitar los contactos telefónicos y en un lugar neutral (como un bar) para no identificar sus casas. Las citas en general se concertaban con el “responsable político” y tenían la función de actualizar e informar sobre las actividades de militancia, pero también de detectar “caídas” en el caso de que el militante dejara de concurrir a ellas. Esta modalidad se implementó también con las familias, cuando algún miembro estaba en la clandestinidad y los familiares perdían contacto con él, el mismo les hacía llegar la información de una fecha y un lugar donde encontrarse. En estos encuentros, se debían evitar todos los signos que los identificaran como militantes, “no levantar sospechas” en las formas de hablar o de vestir, era un requisito para asegurar la supervivencia.

cuando viajábamos en taxis o cuando hablábamos por teléfono<sup>141</sup> causaban en mi cierto desconcierto.

Con el tiempo comprendí que el paso por la experiencia de la clandestinidad deja sus huellas en el presente, si bien ya no existe una situación de organización clandestina ni de represión equiparable a la de aquel momento que obligue a tomar todos esos recaudos, las huellas de la clandestinidad forman ya parte de un habitus, persistiendo en actitudes, en formas de actuar, de identificar a un amigo o a un enemigo.

Particularmente las formas de identificación, adheridas a nombres, a objetos, a formas de hablar o vestir que son examinados por estas personas con una sutileza increíble. Podríamos decir que, los mecanismos de identificación, como mecanismos prácticos de reconocimiento de la pertenencia social de grupos y personas por medio de un habitus o simplemente de una *hexis corporal* (Bourdieu; 1986), se da en estas personas de un modo más consciente, dando cuenta de las huellas de su paso por la situación de clandestinidad, donde estas prácticas formaban parte de todo un saber hacer<sup>142</sup>.

Los recaudos implícitos en estas prácticas que otrora significaron la posibilidad de supervivencia, donde la lógica del enfrentamiento regulaba todas las facetas de la vida, se han vuelto un habito. Hoy, cuando quizás esas circunstancias han cambiado, continúan esos resguardos, que aunque más atenuados manifiestan la presencia de un “enemigo” y de un enfrentamiento percibido como vigente, condicionando comportamientos, marcando las condiciones del habla sobre estos temas.

Cuando los militantes ingresaban a las organizaciones político militares, una cierta esfera de su vida quedaba bajo la sombra del secreto. Los comportamientos relacionados con ese “secreto” sólo son visibles cuando se comparte una cierta cotidianeidad con los ex militantes, cuando uno pregunta por ellos, la respuesta más

---

<sup>141</sup> Existe una creencia generalizada entre la militancia que los taxistas son “botones” (informantes) o por lo menos “fachos”, y que los teléfonos pueden estar “pinchados”, es decir que son intervenidos mediante escuchas telefónicas.

<sup>142</sup> Estos mecanismos de identificación pueden ser entendidos como recursos técnicos de reconocimiento incorporados, casi como una *técnica corporal* de protección. Citro (2011) señala al respecto de las formulaciones de Mauss: “si técnica es ‘todo acto eficaz tradicional’, podemos hablar de ‘técnicas corporales’ porque ‘el objeto y medio técnico más normal del hombre es su cuerpo’” (Citro; 2011; pp.36). En este sentido y teniendo en cuenta que la represión también se realizó de manera clandestina, oculta, las técnicas relacionadas con la protección entre los militantes hacen de la observación del cuerpo del otro un aspecto primordial, en tanto depositario de signos que van más allá de la evidencia y por los cuales se puede “descubrir” un potencial ataque solapado.

corriente esgrime el argumento de la “seguridad”. Analicemos esto en relación a la dinámica de la “defensa” de un posible “ataque” del enemigo en aquel momento.

La sanción con respecto ejercicio de la violencia por parte de “civiles” o de ejércitos “extraoficiales” es usual, es una característica que Elias (2001) señala como constitutiva de los Estados Nacionales modernos. Pero en principio no estamos hablando de períodos donde el Estado Argentino usara “la ley” para sancionar los hechos de violencia, sino de periodos de dictadura y de democracia en el que el mismo los consideraba a los “subversivos” un “enemigo interno” al que combatir, actuando la más de las veces también en la clandestinidad y sin resguardo de la ley.

Para las experiencias que estamos analizando, a partir de la implementación de la llamada “Doctrina de Seguridad Nacional”<sup>143</sup> los militantes son investigados por los servicios de inteligencia, perseguidos, detenidos y hasta muertos y desaparecidos, llegando al punto de convertirse esto en una política de Estado sistemática a partir del golpe de estado del 24 de marzo de 1976. Previo a esto ya se había dado una ofensiva generalizada hacia la militancia de izquierda tanto desde el gobierno como desde sectores paramilitares, el llamado Operativo Independencia implementado desde marzo del ‘75 en Tucumán para “aniquilar a la subversión”<sup>144</sup> (Crenzel; 2001) y el accionar clandestino de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) hacia 1975 ya se había cobrado varios muertos.

Eso tenía para los sectores enfrentados, todas las características de una “guerra”<sup>145</sup>, muchos de ellos recuerdan así el periodo previo al golpe de estado,

---

<sup>143</sup> Hay que señalar que la persecución política hacia los militantes de ciertos sectores no es algo particular de la década del 60, sino que se registran experiencias anteriores, como la persecución a los militantes de la Resistencia Peronista y el plan CONINTES. Pero para las experiencias que se analizan en esta investigación, la Doctrina de Seguridad Nacional como política de estado es esencial, la misma se aplicó en muchos países del cono sur a partir de los 60. La misma, cuyos ideólogos fueron estadounidenses, consideraba al mundo dividido en dos potencias, una capitalista y liberal, y otra comunista, la cual atentaba contra todos los valores de la “civilización occidental y cristiana” a la que era preciso “eliminar”. A partir de ella, todos los militantes de izquierda fueron catalogados de “enemigos internos” y consecuentemente perseguidos, a la vez que los Estados Unidos proporcionaba a los agentes de estas naciones sudamericanas formación en “técnicas de contrainsurgencia” (Diario del Juicio a las Juntas N°4; junio de 1985 y Boccia Paz; 1999).

<sup>144</sup> El texto completo del decreto firmado por el ejecutivo nacional en febrero de 1975 con este objetivo se puede encontrar en [www.ladecadadel70.com.ar](http://www.ladecadadel70.com.ar), página del Ejército Argentino que construye su propia memoria sobre los ‘70.

<sup>145</sup> Con esto solo quiero describir como eran conceptualizado el enfrentamiento y no abonar a la tesis de la Teoría de los Dos Demonios. Aunque el enfrentamiento estuviera puesto en términos de guerra o de

puntualizando en que las fuerzas de seguridad todavía se respetaban ciertas cosas como “la vida” pero el panorama político dificultaba visibilizar en donde estaba el “enemigo” tornándose este, en cierta forma, omnipresente.

Sin embargo, si uno ahonda en la temática, los significados en torno a la clandestinidad de las organizaciones se vuelven más complejos que si consideramos sus actos solo en términos de “seguridad”. La clandestinidad, en sus recuerdos, tenía una doble faz, por un lado de restricción y por el otro de posibilidad en el accionar político:

“... no decías que eras del PRT, no era tan importante eso como llevar una línea del desarrollo de la revolución en los barrios, en las fábricas, en la universidad. Por supuesto que todo miembro del partido, en cualquier organismo que estuviera, legal o clandestino, tenía su funcionamiento totalmente tabicado y clandestino, y yo no sabía en qué célula funcionaba el compañero de la fábrica de Perkins, o de General Motors, o de la Facultad de Abogacía, yo no lo sabía, pero si sabía que Juan Pérez era el compañero del movimiento de derechos humanos de abogacía, y si sabía que ese movimiento estaba llevado adelante por el PRT y otros grupos.” (Cristina Salvarezza)

El sólo hecho de pertenecer a una organización político militar ya era una identidad “secreta”. El involucramiento en una militancia que respondía, en mayor o menor medida, a la actividad clandestina de la organización pasaba a ser “compartimentada”<sup>146</sup>, “celular”, es decir ocultada al general de la gente y compartida solo con ciertos miembros de la misma organización.

Cristina Salvarezza advierte, por otra parte, que el “figurar” como del PRT no era tan importante a la vez que era riesgoso, por lo tanto para activar políticamente no se omitía la pertenencia a ciertas agrupaciones políticas, estudiantiles o sindicales, estas eran las credenciales para actuar “legalmente” en ciertos ámbitos. Por otro lado, el grado de clandestinidad con que actuaba el militante tenía que ver directamente con la participación del mismo en acciones armadas, los miembros que desarrollaban estas acciones iban quedando, gradualmente, cada vez más “tapados”.

---

guerrilla o de “guerra prolongada”, aun en estos contextos existen reglas, ciertas cosas que no se pueden hacer porque son consideradas “excesos”, como el caso de la desaparición y la tortura.

<sup>146</sup> El funcionamiento celular consistía en grupos de tres o cuatro personas con un “responsable”, jerárquicamente superior que “atendía políticamente” al resto de la célula y mantenía la comunicación hacia abajo y hacia arriba en la estructura piramidal. El usar nombres “de guerra” dentro de la misma organización respondía a resguardar la verdadera identidad de los otros miembros del grupo en caso de que alguno cayera en manos del enemigo. Como señala Somigliana (2000) los interrogatorios bajo tortura apuntaban a sacar información sobre la identidad de otros militantes, de modo que los nombres “verdaderos” los sabían solo unas pocas personas.

Las “caídas”<sup>147</sup> en manos del enemigo, aunque azarosas, son recordadas como verdaderos rituales de paso en el grado de clandestinidad y en las jerarquías organizativas. Las mismas son puntos, hitos donde se ponen de manifiesto estas dos pertenencias en el contexto de una situación límite. Cristina Salvarezza retrata esta ambigüedad de su pertenencia política en el contexto de un allanamiento a su casa:

“el ejército allanó, cerró la manzana, entraron por los techos, eran como las 4 de la mañana. Allanan, buscaban armas, nosotros estábamos trabajando en un movimiento legal, que era el Movimiento Popular de Córdoba, que era el partido provincial hacia las elecciones del 73 (...) Y caemos con toda la propaganda del Movimiento Popular de Córdoba, y nos llevan a la seccional 13 y ahí nos torturan a los dos, destruyeron toda la casa, y ahí nos pasan a Informaciones, y en Informaciones me senté en un escritorio, al Tata (el compañero que secuestran con ella) lo llevaron a otro lado, yo hablé del Movimiento Popular de Córdoba todo el tiempo y el Tata se hizo cargo de todo el material que había en la casa como miembro del PRT, yo no.” (Cristina Salvarezza)

La pertenencia clandestina de Cristina queda en la oscuridad aún en la tortura, el que se “hace cargo” del material incriminador es otro compañero con quien ella vivía, simulado ser una pareja. Desde la entrada a la organización se mantenía esta pertenencia en secreto, bajo el argumento de la “seguridad” de sus miembros. Pero el secreto que implicaba la clandestinidad debe ser visto no sólo como una abstención en pos de “salvar la vida” propia o de los miembros de la organización, sino como una opción por la militancia en condiciones de represión, donde debían mantenerse “lo más legales posible” para seguir activando políticamente. Así continua el relato Cristina:

“Y bueno, yo salí de ahí y quería pasar a la clandestinidad, que era un poco lo que todos queríamos, no? Era trabajar en la clandestinidad, pero vino una orden de que no, y me mantuve siempre en la legalidad, siempre trabajando en organismos legales en el partido, que eran los visibles, siempre poniendo mi firma, mi cara, siempre... (...) se analizaba políticamente, se evaluaba donde eras más útil, teniendo en cuenta cómo se sentía la persona también, indudablemente yo era muy chica para pasar a la clandestinidad y había crecido mucho el trabajo clandestino, casualmente había crecido por los malos movimientos, pero al haber habido en mi

---

<sup>147</sup> Cabe la aclaración de que en el análisis de las “caídas” como rituales de paso dentro de las organizaciones me estoy refiriendo a aquellas que se dieron en la etapa previa al golpe de estado ya que las mismas exhiben características muy diferentes a las que se dieron con posterioridad. En esta etapa, cuando los militantes eran capturados pasaban por la tortura para luego ser “legalizados” en cárceles y ser “presos políticos”, en general no morían ni eran desaparecidos, según sus propios recuerdos esto era algo que se podía superar, sin dudas la representación sobre a muerte y las expectativas sobre los límites del “enemigo” se fueron modificando luego, cuando el accionar represivo llegó a tal nivel de deshumanización para con ellos que muchos de los entrevistados manifiestan que les resultó “inimaginable” lo que sucedió con posterioridad.

actitud una coherencia de discutir a la Tía<sup>148</sup> y a todo el servicio de inteligencia que yo creía en eso, yo volví a sentarme en un escritorio y a recibir afiliados al Movimiento Popular de Córdoba, me entendés? Entonces si yo desaparecía de allá y me detenían el día de mañana militando en cualquier otro lado ya era boleta, ya era arruinar cualquier otro trabajo, o sea que yo *tenía* que mantener el trabajo legal.” (Cristina Salvarezza)

Es interesante ver en el testimonio de Cristina, el interés, que ella señala como general, por la vida clandestina y las contradicciones con el Partido que, según su apreciación, quería conservar militantes que pudieran trabajar abiertamente poniendo la “firma” y la “cara”, elementos de identificación “legal” que retomaremos más adelante. Como vemos, el “secreto” tenía esa doble función de, por un lado permitir un trabajo “legal” y por otro de preservar a sus miembros, sino de la tortura al menos de la muerte. Pero los militantes “querían” pasar a la clandestinidad, en parte por el efecto de fascinación que generaba lo oculto, una cierta faceta lúdica en la que “jugar” a ser otra persona tenía algo de excitante; en parte porque, como he analizado antes, la militancia en lo militar (íntimamente relacionada con lo clandestino) era considerada el mayor grado de “compromiso”.

Cristina Salvarezza pasa completamente a la clandestinidad solo después de fugarse, el 25 de mayo de 1975, de la cárcel del Buen Pastor, cuando el vivir en la clandestinidad era la opción a la prisión. La clandestinidad “total”, conllevaba un cambio de nombre, de aspecto físico, de documentación y de historia que los militantes, como veremos más adelante, manipulaban armando un “personaje”. Pero ese personaje no era armado sobre la nada, sino que fluctuaba entre la historia anterior de la persona, el presente riesgoso y los sueños futuros, poniendo miles de marcas simbólicas que permitían, dentro de esta situación, preservar una constancia y continuidad dentro de esa identidad práctica que es el yo (Bourdieu; 1998).

Los grados de clandestinidad, por ende, deben ser relacionados con varios factores. Deben ser correspondidos, en primer lugar, con el *grado en la escalada represiva*; en segundo lugar con el *periodo de democracia o dictadura* en el que se sitúan

---

<sup>148</sup> La Tia, era el apodo de Argentina Mercado de Pereyra, una agente de la policía de Córdoba, conocida por su participación en las torturas durante la dictadura de Onganía en las instalaciones del Dirección de Informaciones N°2 (D2), que funcionaba en el Cabildo Histórico. La misma murió en un “ajusticiamiento”, este dato fue relatado por los entrevistados sin poder precisar quien la ajustició ni cuando, los mismos datos figuran en una publicación del ejército (ANUAR; 1999; p. 275) y en el libro de Miguel Robles que publica las memorias del ex detenido Carlos Moor “La Búsqueda (2011).

las experiencias; en tercer lugar con la *pertenencia* y las *decisiones de la organización* y finalmente con el *grado de visibilidad pública que tenían los miembros de las organizaciones* en algunos momentos de su trayectoria militante.

Durante la llamada “primavera Camporista” por ejemplo, la represión bajó, sobre todo para los militantes montoneros, quienes tuvieron un protagonismo central en el gobierno de Cámpora (Servetto; 2004; Gillespie; 1987). En ese contexto, eran completamente visibles, ocupando puestos en el gobierno y participando de todos los actos públicos. El PRT sin embargo, en ese periodo decidió seguir “Combatiendo” (Calveiro; 1995, Carnovale; 2005) y por lo tanto seguir en la clandestinidad. Ese momento significó un “respiro”, la democracia era una “coyuntura favorable” para activar políticamente sin ser perseguido, pero no un fin en sí mismo sino un territorio fértil para “hacer la revolución”. Durante este periodo, bajaron las acciones armadas de Montoneros, dado el espacio que había para una manifestación abierta de sus propuestas políticas.

Si atendemos a los relatos sobre la “vida” dentro de las organizaciones, la visibilidad-invisibilidad de los militantes tiene que ver por otro lado con jerarquías organizativas: las organizaciones en ciertos momentos tuvieron mucha presencia pública, ciertos actos políticos de las mismas se hacían a la luz del día y con signos identificatorios claros, como por ejemplo el acto de fusión de la FAR con Montoneros o los congresos del PRT, la liberación de los presos políticos durante la amnistía del 25 de mayo de 1973. En las fotografías y filmaciones sobre estas manifestaciones se podían ver banderas con los nombres de las organizaciones y se escuchaban oradores que a cara descubierta arengaban a las multitudes, siendo fácilmente reconocibles por todos<sup>149</sup>.

Los oradores, destinados a esgrimir la palabra pública, eran llamados en la jerga “jetones”, lo cual alude a mostrar una parte esencial en la identificación de una persona: la cara<sup>150</sup>. Estos personajes eran los que uso de la palabra al mismo tiempo que daban la

---

<sup>149</sup> Es interesante analizar el trabajo realizado por el CDA (Centro de Documentación Audiovisual-Universidad Nacional de Córdoba) sobre el rastreo de imágenes de desaparecidos y asesinados en el material de archivo audiovisual de aquella época. Si analizamos estas filmaciones, existe una correspondencia directa entre la visibilidad de ciertas personas en actos públicos, de los cuales quedó registro, y su posterior desaparición o asesinato, sobre todo en el periodo que va desde 1975 a 1976.

<sup>150</sup> El hecho de la exhibición del rostro no es menor si pensamos que, tal como señala Papi (2007) uno de los principales mecanismos de control de las identidades individuales por parte del Estado es la minuciosa documentación de este aspecto de la persona. El cuerpo, y en particular el rostro, aparece como una esencia

cara públicamente, coincidiendo en muchos casos esta habilitación con una regla general de la *representación política*<sup>151</sup> (Bourdieu; 2001): los que hablaban públicamente eran los que tenían mayor jerarquía dentro de las organizaciones.

Podríamos decir que el régimen de visibilidad los militantes pendulaba entre la necesidad de hacer público un discurso y el riesgo de exposición. La exposición de sus líderes, mucho más marcada que la de los cuadros medios, puede haber variado según las temporalidades y los enfrentamientos con el enemigo, pero la vulnerabilidad que implicaba ser “reconocido”, era compensada por una mayor protección por parte de la organización<sup>152</sup>.

En los recuerdos de los cuadros medios los grados de visibilidad-invisibilidad se tornan más complejos, en comparación con las cúpulas parecen haber vivido en una clandestinidad mucho menos estricta. Pero a la vez que la clandestinidad era menos estricta sus recuerdos señalan que, en términos de seguridad, dependían mucho más de su propia responsabilidad y disciplina que de la protección externa de la organización. Dentro y fuera de estas comunidades se mantenían ciertos recaudos, manifestados en ocultamientos de nombres, de lugares de pertenencia, usos de seudónimos y hasta mecanismos psicológicos que propiciaban el “olvido” de datos que darían la identificación y localización de otros compañeros, como sus caras, nombres y direcciones.

Para los militantes medios la clandestinidad es recordada como una incorporación en forma gradual, un proceso que a modo de “capas” fue oscureciendo aspectos de su vida en diferentes momentos: la situación del país, las decisiones de la organización, el

---

inmutable, inequívoca de la persona que permite “objetivar” su identidad de manera mucho menos maleable que otros aspectos de la misma.

<sup>151</sup> Según Bourdieu (2001), la representación alude en primer lugar a una forma de concebir el mundo (y sus divisiones y clasificaciones) por parte de determinados agentes, “puntos de vista” que constituyen “miradas desde un punto” del espacio social. Estos puntos de vista están en correspondencia con las posiciones que los agentes, en base a la posesión de diferentes capitales, ocupan en el espacio social y en campos específicos. El autor da cuenta, en un segundo sentido, de las representaciones colectivas como el resultado de luchas, batallas simbólicas por imponer el sentido legítimo de ese mundo. En este sentido la representación remite directamente a la delegación de poder, a manos de aquellos que, en base a diferentes capitales o poderes sociales, construyen las representaciones dominantes. En un tercer sentido, la representación produce un efecto preformativo, mediante actos y prácticas donde se manifiesta, se “pone en escena” ese poder, ese espacio de jerarquías y visiones autorizadas.

<sup>152</sup> Dentro del pensamiento piramidal de ambas organizaciones, se consideraba que los líderes debían ser preservados más que cualquier otro militante. La “conducción” fue sumamente resguardada dentro del país y, cuando la escalada represiva se tornó casi invisible, fueron los primeros en “ser sacados” del país. Los líderes además, solían tener, como los políticos profesionales, custodia armada.



grado de “compromiso” implícito en sus actividades, si estaban “quemados”<sup>153</sup> por haber revelado su pertenencia en situaciones que los tornaban reconocibles, hasta llegar a la situación (azarosa muchas veces) de caer en manos del enemigo y quedar “fichado”.

En este sentido es necesario introducir una diferencia presente en las categorías nativas: todas las “actividades” de los órganos militares de las organizaciones eran clandestinas, por lo tanto formar parte y avalar las mismas constituía un secreto; por otro lado, se iba asumiendo una “identidad clandestina”, variable según los aspectos antes mencionados. Luis Rodeiro, pasó a la clandestinidad luego de la Toma de La Calera, deambulando por Chaco, Corrientes, Santa Fe y Buenos Aires, estuvo “guardado”, viviendo en diferentes casas operativas por varios meses. Cuando le pregunto cómo fue esa experiencia contesta:

“Es una experiencia dura, fundamentalmente porque la mayoría de las veces no se hace grupalmente. En Chaco estábamos en la casa de un grupo de colaboradores, de personas con las que podías hablar, discutir. No podías salir a la calle, pero no estabas en la soledad, accedías a los medios, leías el diario, escuchabas radio, televisión no veíamos porque en esa época no era muy frecuente. Después paso a Corrientes, el grupo, que vivimos en una casa guardados, todos de Córdoba... (...) En esa casa éramos cuatro, cinco, te estoy hablando de los primeros meses. Después, julio-agosto, la organización en el caso La Calera jugó todo, al todo o nada, y, prácticamente con la caída de los compañeros en La Calera, tiene que desparramarse y son sostenidos por otras estructuras organizativas. En Buenos Aires por ejemplo, quienes nos albergan, éramos tres o cuatro, eran compañeros de las FAP. Pero eso no se vivía dramáticamente: vos tenías un espacio de discusión, quizá había momentos, enfrentamientos más bien de tipo humano, o hartarte de comer arroz, cosas así, pero no de duda. En ese momento estabas muy convencido de lo que tenías que hacer, del papel que jugabas, o sea que eso no influía en tu ánimo de ninguna manera, al contrario, no veías la hora de salir a actuar de nuevo, a hacer la tarea política, militar...

Mariana- ¿No salías para nada a la calle?

Luis- En El Chaco, era un poquito más abierta la cosa, pero salías un chiquito: a comprar el diario, cosas así. En Corrientes no, jamás, porque una pareja aparentaba vivir en la casa y los otros no existían, o sea que no podías ni asomarte, para la gente común, para el vecino, era una pareja, no cinco personas. En Buenos Aires igual, vivíamos en casa de una pareja, venían las visitas de la pareja y nosotros teníamos que pasar a un sótano, a veces estábamos horas (ríe), hasta que se iban las visitas. Pero no era una cosa grande, formaba parte de lo que vos habías calculado que era empezar este camino.

Mariana- ¿Vos ya desde un principio pensabas que iba a ser así?

Luis- Sí, es que cuando tomabas una responsabilidad eras plenamente conciente de las opciones: o te bajaban de un tiro o tenías que vivir en la clandestinidad, que tenías que separarte de cosas que querías y el rumbo te lo iba determinando en definitiva la historia y no vos, porque aparecías en Corrientes, en Buenos Aires, de acuerdo a las posibilidades y necesidades de la organización.

Mariana- ¿A vos de qué te costó más separarte?

Luis- Fundamentalmente de mi relación de pareja en ese momento... (momento de silencio), rearmar los vínculos fue duro.” (Luis Rodeiro)

---

<sup>153</sup> “Quemado” en la jerga militante, significa “visible”, expuesto. Así como “tapado”, significa clandestino, oculto.

La clandestinidad que relata Luis es un poco diferente a la analizada anteriormente, luego de participar el grupo de La Calera directa o indirectamente en la toma, comienzan a ser perseguidos. En este caso la modalidad de clandestinidad se parece más a la de una reclusión o autoreclusión, pero el encierro aparece como llevadero por el hecho de que se hace colectivamente. En el seno del grupo de “guardados” todavía se podía discutir, planificar acciones, actividades inherentes al universo de la militancia. Luis recuerda en términos polares las consecuencias de tomar la responsabilidad de la militancia: o “te bajaban de un tiro” o tenías que vivir en la clandestinidad. En la clandestinidad es recordada como la única forma de la supervivencia, y la supervivencia dependía de la organización, era esta la que marcaba “el rumbo de tu vida” y no las voluntades particulares.

Pero esta opción implicaba la ruptura sucesiva con algunas cosas y personas consideradas valiosas. Luis recuerda, que por más de que estuviera convencido de esta opción radical, de lo que más le costó separarse fue de su pareja. La tensión entre lo colectivo y lo individual, entre lo personal y lo político revela las complejas relaciones entre unas y otras esferas, las sucesivas rupturas implícitas en las decisiones tomadas. Rupturas que, como señala Luis, hubo que recomponer en otros momentos.

La entrada a la organización significaba necesariamente una ruptura, una especie de desdoblamiento en la vida de los militantes: el mantener sus actividades en secreto era una forma de protección de sí mismos y de sus relaciones sociales, cada vez que aumentaba el compromiso en las mismas y el peligro asociado se agudizaba esta ruptura.

Como señala Vasconcelos al respecto de los militantes clandestinos en Brasil “para protegerse no debían refugiarse en una esfera privada sino en un espíritu de secta (...) buscar una nueva identidad ‘fluctuante’, elaborada en las intemperies de la vida cotidiana o en los escombros de la historia”<sup>154</sup> (Vasconcelos; 2000; p. 38). Cuanto más involucrada estaba una persona, más dependía del partido. Cuanto más perseguida más debía romper con lugares y relaciones que pudieran alertar sobre su pertenencia y su identidad original.

Las organizaciones y su funcionamiento clandestino funcionaban como verdaderas “sociedades secretas” (Mauss; 1974) que dotaban de nuevas identidades a las

---

<sup>154</sup> La traducción es mía.

personas que en ellas se desarrollaban. En la clandestinidad los militantes vivirían “fluctuando” entre las marcas de su pasado y el personaje que, inventado, permitiría su libertad y su supervivencia.

### **Los avatares de la identidad clandestina**

La actividad política clandestina suponía, como he mostrado antes, una serie de rupturas con el mundo habitual que tenían las personas antes de su entrada a las organizaciones. Esta ruptura de un orden naturalizado resulta reveladora de una serie de aspectos que, en circunstancias “normales” constituyen representaciones, formas de ver el mundo y a las personas y grupos dentro de él. La clandestinidad representa un nuevo “mundo” asentado sobre el original y fluctuando sobre éste pero con prácticas y representaciones propias, modificando aspectos relacionados con clasificaciones elementales como el tiempo, el espacio y la persona (Durkheim; 2003; Mauss; 1974).

De todas las transformaciones que implicaba la clandestinidad las más ricas a fines analíticos son las que recaían sobre las propias personas, alterando representaciones tan constitutivas en la forma de pensarnos, como la identidad individual<sup>155</sup> y todas sus manifestaciones. Si miramos a las propias personas como centro del análisis podemos ver como los otros elementos señalados como el *tiempo* (un tiempo biográfico) y el *espacio* (un sentido de pertenencia y la relación naturalizada con el lugar “de origen”) se modifican junto con la identidad, la representación sobre la *persona*.

Bourdieu señala que el sentido de la identidad da coherencia sincrónica y diacrónica a las experiencias de un individuo. El yo, como identidad práctica, funciona como unificador de existencias y experiencias dispares dentro del espacio social y a lo largo de “una vida”. Dice el autor que “el mundo social (...) propone y dispone de todo tipo de instituciones de totalización y unificación del Yo. La más evidente es por

---

<sup>155</sup> Michel Pollak (2006) la construcción de la identidad individual tiene tres elementos esenciales: una unidad física (el cuerpo de la persona) o de pertenencia (en el caso de un grupo); tiene continuidad en el tiempo (en el sentido físico, moral y psicológico) y un sentimiento de coherencia (o sea, que los elementos que conforman a un individuo están unificados). La identidad individual está construida con otros, en este sentido, lo que los otros demandan de esa autoimagen de si es moldeado y manipulado para tener una identidad “aceptable”. Veremos como en estos casos las fluctuaciones que se introducen sobre la identidad individual se desplazan hacia lo que la organización y la realidad del país les requería como cambios sobre alguna de estas tres dimensiones pero no llega a alterar totalmente ninguna de las tres, de modo de caer en una desintegración psíquica.

supuesto el nombre propio, en tanto que “designador rígido”, según expresión de Kripke, ‘designa el mismo objeto en cualquier universo posible’, es decir, concretamente, en estados diferentes del mismo campo social (constancia diacrónica) o en campos diferentes en el mismo momento (constancia sincrónica más allá de la multiplicidad de las posiciones ocupadas)” (Bourdieu; 1999; p. 78).

En nuestras sociedades además, el Estado cuenta con numerosas estructuras que documentan rigurosamente la existencia social, objetivada en la existencia “legal”, de una persona. Este tipo de identidad que se materializa en un nombre propio asentado legalmente, en un número de documento de identidad único e intransferible al nacer la persona, el uso de la fotografía identificatoria, sirven como mecanismos de unificación más allá de los diferentes acontecimientos que modifican el status de las personas y sus consiguientes “estados civiles”.

Es interesante recalcar esto ya que el universo de la clandestinidad se opone al de la legalidad, generando toda una serie de contradicciones entre la identidad legal y la clandestina y consecuentemente en las formas de identificación de las personas. Al entrar en la misma, se suponen una serie de alteraciones en todos los elementos convencionales de la identificación: el cambio de nombre, de aspecto físico y de *hexis corporal* (Bourdieu; 2008) en general, suponen el armado de un “personaje” que se representa, introduciendo un hiato en la constancia en la trayectoria de una persona, una existencia paralela donde se entremezclan aspectos de la experiencia previa.

El universo de lo clandestino supone una fluctuación y un trabajo sobre el habitus, como historia hecha carne. Veamos entonces, a partir de esta experiencia, los componentes que, alterados por la clandestinidad, nos hablan de las condiciones normales de la identificación.

### “De DNI Arnold Kremer” Luis: La persona y el personaje

“Cuando me presentan a Luis Mattini y contacto con él para hacer una entrevista ocurre el primer desconcierto, nos sentamos en una de las oficinas de la Defensoría del Pueblo de la Nación donde él trabaja y comienzo a entrevistarle. A modo de ritual de comienzo de entrevista diciéndole “decime como te llamás y cuantos años tenés” a lo que él contesta “yo, de DNI me llamo Juan Arnold Kremer”. Allí me quedo estupefacta. Al conocerlo un familiar mío me había presentado a Luis Mattini, yo había visto un libro sobre la militancia en el PRT-ERP escrito por Luis Mattini, al entrar en su trabajo había preguntado por Luis Mattini y me habían indicado dónde encontrarlo sin la menor dificultad ni malentendido acerca de que persona se trataba, pero resulta que el nombre

“oficial”, de DNI, de esta persona no era Luis Mattini sino Arnold Kremer.” (Diario de campo, julio de 2004)

Luis Mattini<sup>156</sup> había sido en los ‘70 el “nombre de guerra” de Arnold Kremer, su seudónimo dentro de la militancia en el PRT-ERP, pero pese a que esa militancia no era una condición presente, ni mucho menos su condición clandestina, él seguía y sigue siendo identificado por medio de ese nombre. Este incidente motivó en mí una serie de preguntas sobre la historia del nombre y el por qué es conservado hasta hoy. Luis me cuenta:

“... aparece en Zarate es el grupo de Silvio Frondizi que se llamaba Praxis, era un grupo de intelectuales que estaba organizando gente, un grupo que desarrolló a muchos compañeros, yo milité ahí los primeros tiempos y ya ahí nos preparábamos para hacer una revolución, y ya sabíamos que la revolución iba a ser clandestina, por lo tanto ya hacíamos vida celular y nos poníamos seudónimos. Y yo elegí el nombre Luis porque miré la lista de todos los grades tipos que andaban en la historia y Luis era el que menos frecuentemente aparecía, son pocos, salvo los reyes de Francia no hay muchos en la historia, por esa idea de no agarrarme el nombre de un famoso...”

Mariana- ¿Por eso que me decías recién de que todos agarraban nombres de famosos?

Luis- Si, porque era así, todos se ponían nombres de famosos y yo me lo puse porque siempre fui un gran admirador de Betohoven (se ríe) de todos modos era un famoso, pero no era un famoso de la... política, que eso también es una señal en las características de cada uno. Bueno, así que cuando me incorporé al PRT en la clandestinidad me puse Mattini, ya te digo, porque a mí me gustaba mucho el mate y siempre estaba cebando mate y un compañero empezó a decirme “che, matini” y quedó el nombre como una cargada y después, cuando tuve que elegir un apellido dije “bueno, Mattini” y le puse una doble t para hacerlo mas...

Mariana- Italianizado. Porque tu nombre me dijiste que era...

Luis- Arnold Kremer, con K, porque mi abuelo era alemán, pero mi abuelo del lado de mi mamá era italiano, soy Kremer Balugano.” (Luis Mattini)

El acto de poner un nombre a una persona constituye el primer ritual de institución por el cual un individuo biológico pasa a tener una existencia social. El nombre propio, en nuestras sociedades, corresponde a una identidad única, individual que sin embargo nos habla de la historia de un grupo, de un linaje. Zonabend (1981) ha analizado los componentes del nombre propio: en primer lugar existe un *patronímico*, el apellido, un invariable que tiene por función señalar la pertenencia de las personas a un grupo familiar, seguido por un nombre de pila. Arnold, dice él, es un nombre alemán,

---

<sup>156</sup> Trabajaré el nombre de guerra sólo con el caso de Luis Mattini. Esta elección se debe a varios factores, por un lado, su caso constituye un caso extremo respecto de la adopción de la identidad clandestina materializada en el nombre propio, ya que conserva hasta el día de hoy el nombre adoptado durante la clandestinidad, dando cuenta de que, más allá de haber salido de la situación de clandestinidad, este nombre representa a su persona en ciertos círculos. Por otro, consideré que a fines analíticos, era mejor focalizar en una experiencia que, paradigmáticamente, diera cuenta de los mecanismos de identificación que actúan sobre una persona y su transformación a lo largo de una trayectoria.

seguido por un apellido también alemán que denota un linaje germánico, sin embargo al bautizarse Luis Mattini, él apela a dos continuidades con su historia, se pone Luis como Behethoven y Mattini, apellido que es la combinación de un apodo con fonética italiana como la de su apellido materno. Además marca una discontinuidad en la elección con la generalidad de los nombres elegidos por los militantes, no se pone un nombre de “famoso” de la militancia, sino de otro “famoso” admirado en su vida previa pero que no tenía que ver con la política<sup>157</sup>.

Por más que en nuestras sociedades el nombre propio está ligado a una existencia legal que lo vuelve inalterable, los nombres suelen cambiar en determinadas circunstancias vitales o inclusive la forma de nominar a un individuo suele cambiar de un grupo a otro, conjuntamente con el rol que ocupa en el mismo. También los apodos son una forma de nominar a un individuo dentro del grupo en base a alguna característica, así el Mattini de Luis es un derivado de una “cargada”, dentro de la organización dada su afición por el mate.

El cambio de nombre dentro de la clandestinidad difiere de estas circunstancias “normales” en que las personas cambian de nombre solo en términos de grado, cuanto más clandestino se estaba más se debía ocultar la identidad original y más radicalmente opuesta debía ser la identidad asumida. Luis relata su cambio de nombre en este contexto:

“... me voy un año a un curso de entrenamiento a Cuba (...) regresé al país en el 72 semi clandestino... porque ahí se habían dado caídas, yo no estaba muy seguro y empecé a usar el nombre de Luis Mattini en una situación bastante complicada, porque lo que hicimos con mi mujer fue mudarnos de Zarate a Escobar, que es una ciudad que está más lejos, pero ella mantenía su nombre y se cambió de escuela, y mis hijos mantenían... en el ínterin nació mi hijo varón, ella se mantenía legal y yo me movía por todo el país con documento falso, entonces me acostumbré a ser dos personas...

Mariana- ¿Tenías el nombre de Luis Mattini en el documento?

Luis- No, no, tenía por lo menos tres: uno el que tenía, otro el que me daban en el partido y otro con el que viajaba, que con ese podía hacer cualquiera...” (Luis Mattini)

Cada cambio en el nombre corresponde a un cambio de status y de grupo social. Luis señala que, al entrar en una militancia que, desde el comienzo se pensaba como clandestina ya eran entrenados en el uso de un seudónimo como norma de “seguridad”,

---

<sup>157</sup> Esta opción por nombres de personajes “célebres” o al menos “admirados” tiene que ver con las propiedades que implica la nominación y su eficacia simbólica. Mediante este acto de bautismo se puede decir que se espera, de la persona nominada, características o destinos similares a los del portador original del nombre.

aunque fuera en un estadio de preparación de la actividad “verdaderamente” clandestina. Con un nombre “de guerra”, se rebautizaba al militante a la entrada a la organización, el mismo servía para el funcionamiento “interno” y su función era la de mantener la “compartimentación”, es decir, que el resto de los militantes (salvo los superiores jerárquicamente hablando) no supieran su identidad “legal” para evitar delaciones o “filtraciones”<sup>158</sup>.

En esta etapa Luis se acostumbra a ser “dos personas”, una unida a su familia y a la legalidad que esta mantenía y otra militante que, con nombre cambiado, activaba políticamente.

El tercer tipo de nombre que señala Luis refiere al nombre “falso”, este nombre era acompañado de documentación igualmente falsa, y no se empleaba ya para uso interno de la organización sino para enfrentarse, en la acción clandestina, a los inevitables controles que el Estado y las fuerzas de seguridad emplean para con los ciudadanos. Los nombres “reales”, legales, entraban gradualmente en la oscuridad conforme con el involucramiento total o parcial de las personas en la clandestinidad.

Estos artificios servían a la hora de evadir la persecución por parte de la policía, el ejército o los “servicios de inteligencia”. Estos últimos rara vez tenían documentada toda la información sobre la identidad del individuo buscado, podían poseer el “alias”, en lenguaje policial, y no el nombre legal o a la inversa, conjuntamente con otros elementos de identificación como fotos y huellas digitales pero casi nunca todos los elementos.

Pero la acción de la clandestinidad sobre la identidad tendía a alterar todos los elementos sobre los cuales se puede identificar a un individuo, desde los nombres hasta las características físicas, desde las historias personales y los grupos de pertenencia hasta sus objetivaciones, como títulos, curriculums, y documentación en general. Las organizaciones llegaron a contar con áreas específicas tendientes a la falsificación de documentos, al cambio de apariencia de las personas, a la regulación de sus migraciones

---

<sup>158</sup> Los servicios de inteligencia operaban no solo siguiendo y documentando a los militantes sino también “infiltrándose” en las organizaciones de modo clandestino, los mismos asumían una identidad “falsa” para hacerse pasar por militantes y recabar información sobre los mismos. Esto, previsto en las organizaciones, motivaba también el uso de seudónimos para el funcionamiento interno. Estos “espías”, eran llamados “filtros” diferentes a los llamados “dedos” o “buchones”, estos últimos eran miembros originales de las organizaciones que, caídos en manos del enemigo eran obligados a señalar activistas.

para no ser detectados en lugares que ya eran conocidos, o dicho en la jerga, en los que estaban “quemados”.

Todos estos elementos alterados por la vida en la clandestinidad, contradicen a la representación que, en situaciones “normales”, tenemos sobre la identidad, materializada en el nombre propio, como el inmutable que produce una sensación de constancia sincrónica y diacrónica dentro de los múltiples roles que pude desempeñar un individuo a lo largo de su vida; sin embargo resultan reveladores de aspectos sociológicos sobre la identidad y la identificación.

Un individuo es un ser social y cobra existencia sólo dentro de un grupo, el acto de institución del bautismo es el que otorga esta identidad primigenia y lo integra a una comunidad. La entrada en la clandestinidad y el cambio de nombre refleja en la mayor parte de los entrevistados una ruptura con el grupo “de origen” por excelencia, el familiar. Hay un cambio de gente con la que se comparten relaciones cercanas, cambios geográficos que literalmente los “alejan” de la familia y los lugares conocidos, hay una adulteración de la historia previa y hasta una reformulación casi total en los hábitos de vida. Sólo el caso de Luis tiene la particularidad de que esta ruptura es realizada “colectivamente”, es decir con toda la familia cercana, a la cual él se encarga de incorporar al Partido:

“... en realidad mi ex mujer nunca militó, seriamente, digamos, lo que pasa es que la arrastré... andaba conmigo para todos lados, pero quiero decir que no tomaba tareas especiales, siguió manteniendo el laburo, en casa se hacían las reuniones con todos los compañeros, *corría todos los riesgos*, imaginate, y hacía algunas cosas pero ella nunca se interesó mucho por militar... pero incorporé al partido a mi vieja, a mi viejo y a mi hermano... y a mi cuñada, a media familia... mi vieja se incorporó sola, se embolsó con toda esta historia de una manera muy notable, y mi viejo que era más de grandes inquietudes pero esas personas más... también se embolsó, mi hermano cuando vio que la cosa era seria también se metió y la mujer de él también, después terminaron divorciándose, esas historias también se daban. Entonces ya éramos toda una familia, que cuando yo me mudé a... porque nosotros teníamos que cambiar de casa seguido por seguridad, también los hice mudar a mis viejos, mi hermano también se mudó, todos en casas distintas, pero ya pasamos a ser una familia en la clandestinidad, que a pesar de eso nos veíamos, nos encontrábamos pero ya desaparecimos todos de Zarate, porque Zarate era un pañuelo...” (Luis Mattini)

En la mayor parte de los casos se perdía contacto con la familia por años, pero el PRT tenía, como particularidad, esa incorporación de familiares a actividades si no militares al menos “de apoyo”, asumiendo también la vida en la clandestinidad. Luis



señala que sus padres terminaron siendo el típico matrimonio mayor que alquila una casa donde “guardar” a otros compañeros. Salvo en este caso, en que el cambio se realiza familiarmente, el cambio de nombre es revelador de un cambio de relaciones “primordiales”.

La protección que en otras circunstancias se encontraba en la esfera privada era otorgada por la organización, combinada con el alto riesgo de las acciones clandestinas significaba una especie de “clausura” en los espacios de relaciones suministradas por esta. La familia pasaba a ser los compañeros y, como en el caso de Luis, la propia familia pasa a ser parte de la organización adoptando una identidad nueva y radical, los preceptos morales antes inculcados por la familia obedecen ahora a este nuevo grupo.

Vasconcelos (2001) señala que la clandestinidad tiene, como ya dijimos, casi los mismos mecanismos que un funcionamiento de secta, un cambio de nombre, como ritual de institución, revela un cambio radical de vida consagrado a “la causa”. Como dice Luis:

“El centro de la vida era la militancia, el resto giraba alrededor. Yo no digo ni que tenga que ser así ni que no pueda ser así, lo que digo es que fue así: el centro de la vida era la militancia, después el resto, la educación de los hijos, la familia, los amigos, todo giraba en torno a eso, se condicionaba por eso, y estábamos convencidos de que íbamos a tomar el poder y que ciertas cosas las íbamos a hacer después de tomar el poder.” (Luis Mattini)

En el caso de Luis, donde la militancia estaba en el “centro de la vida” y sigue, de un modo u otro estándolo, donde su principal pertenencia estuvo y está atada a lo político, el nombre de guerra ha terminado por eclipsar al nombre legal.

“Cuando regresé a la Argentina yo pensé en reinsertarme legalmente, porque yo jugué a la legal, porque jugar a clandestino sin ninguna organización que me proteja es una pelotudez, muchos venían clandestinos... entonces yo jugué a la legal, cuando vi que los juicios a los militares y a los guerrilleros pasaron y yo no entré en los juicios me inserté con todo, entré legalmente y además me instalé (...) pero cuando el Pelado (Gorriarán) hace la Tablada, que yo hacía poquito que estaba acá *se pudo todo*, porque estaba este fiscal Victorica, que perseguía, que me sacó una nota en los diarios ‘este señor Arnold Kremer, que se hace llamar Luis Mattini, que es el segundo hombre del ERP y está prófugo de la justicia’ ¡Yo no! Yo estaba viviendo en Buenos Aires, vivito y coleando y todavía no entendía que había pasado con La Tablada<sup>159</sup>, entonces la gente del PC me hizo un

---

<sup>159</sup> Con “La Tablada” se refiere al intento de copamiento del cuartel militar del mismo nombre por un grupo de militantes del MTP (Movimiento Todos por la Patria) al mismo tiempo ex militantes del PRT-ERP, encabezado por Enrique Gorriarán Merlo en 1989. El mismo constituye un hecho de lo más controvertido en la actualidad, ya que se trató de una acción político militar en democracia y una década después del desarrollo de la lucha armada en Argentina que tuvo como saldo 28 muertos y tres desaparecidos dentro de los militantes del MTP y 11 militares muertos. Los responsables del copamiento fueron juzgados y condenados a diferentes penas siendo indultados en 2003.

hábeas corpus con la justicia a ver si estaba perseguido... yo ya estaba afinando la cosa para irme a Uruguay, porque la verdad... y entonces sale al hábeas corpus negativo pero Crónica lo titula 'el periodista Luis Mattini...' ah, sí, sigamos, yo sigo siendo Luis Mattini, como hasta ahora." (Luis Mattini)

Luis, que siguió participando en política durante toda su vida, pese a haber "legalizado" su identidad al retorno del exilio es reconocido (en todo el sentido del término) no como Arnol Kremer, sino como Luis Mattini, aunque ya no exista la organización que lo "bautizó" así. Su nombre legal, solo será empleado para situaciones donde lo "oficial" está de por medio o para relaciones muy próximas y previas a la militancia, como con sus parientes, con su madre, con sus hijos. Para el resto del mundo, de su mundo, el mundo "político" donde se desenvolvió y se desenvuelve, Luis habla de su persona mucho más que Arnol.

### "El minuto"

"Mariana- ¿Qué era el minuto?

Luis- El minuto viene del partido comunista alemán, que es en el primer minuto en el que se encuentran dos revolucionarios tienen que arreglar el por qué están juntos, porque si los sorprende la policía tienen que decir 'sí, yo soy amigo de él porque bla, bla, bla', pero nosotros con esta creatividad criolla le decíamos minuto a todo, si usabas la ropa de esto... '¿Qué minuto tenés?', 'Soy visitador médico', '¿Qué minuto tenemos?', 'somos una pareja que estamos saliendo'" (Luis Mattini)

La clandestinidad, al operar sobre todos los aspectos de la identificación, también modificaba la historia que las personas relataban ante "el mundo" para dar sentido a esa identidad (Pollak; 1986). "El minuto" originariamente era una historia instantánea que armaban dos personas que se encontraban clandestinamente para una "acción" o para una "cita", eso les permitía tener una coartada si eran sorprendidos por las fuerzas de seguridad. Pero el "minuto" a veces se alargaba, llegando a ser una versión sobre la vida entera de la persona que le permitía dar coherencia al personaje armado en la clandestinidad, esta versión servía para completar otros elementos de identificación del personaje en el caso que fuera demandado por cualquier tipo de persona que desconociera su actividad militante.

El personaje tenía una historia que, evidentemente, “tapaba” la actividad política, a la vez que adulteraba otros signos de identificación que se van construyendo a partir de la trayectoria de una persona, como la identidad profesional:

“... el trabajo, yo era un viajante, en casa era un hombre que trabajaba viajando, y el argumento que yo tenía ante el mundo era que... tenía dos, dos o a veces tres, uno era que era un ingeniero inspector de ascensores, y tenía papeles preparados en el auto; otro era que era periodista, pero ese no me servía mucho porque te podías encontrar con otros periodistas, así que no lo usaba mucho; y el tercero era visitador médico, que fue un buen yeite, porque agarraba un portafolios con medicamentos y listo. Todo era para pasar una frontera, un control policial, porque si caías preso no te iba a salvar mucho, después a los vecinos explicarles también ‘sí, mi marido viaja’, después al resto de la familia, tíos, primos de ella, míos, mi suegra...” (Luis Mattini)

Uno de los elementos que dan prestigio y en cierta forma una posición socialmente “confiable” a una persona es su trabajo. Para el “mundo” los militantes, sobre todo los rentados, debían tener un “yeite”<sup>160</sup> que no despertara sospechas entre ciertos grupos, como los vecinos o la familia extensa o bien para presentarse como personas “confiables” ante las autoridades estatales.

Con respecto a otros aspectos de la historia personal, como las situaciones familiares, también se armaban “situaciones” en las que se simulaba ser una familia o una pareja, complicándose mantener esta “actuación” cuando había niños de por medio, a quienes les resultaba mucho más difícil comprender la necesidad del “secreto” y consiguientemente ocultarlo.

Las posibilidades de sostener una historia completamente inventada también se tornaban más difíciles en situaciones límite, no me refiero aquí a solo a la situación de tortura, sino también a otras circunstancias de mucha presión emocional. En marzo de 1977 desaparece el marido de Cristina Salvarezza y ella, que vivía en la clandestinidad total desde hacía dos años, tiene que dejar a su hija en manos de sus suegros. A partir de eso ella pasa a vivir en pensiones en el gran Buenos Aires, teniendo que cambiarse frecuentemente de una a otra para evadir la persecución. Pero, como en otros casos, ante las personas que ella encontraba debía presentarse como el personaje que había armado, personaje que para tener coherencia, tenía una historia propia:

---

<sup>160</sup> “Yeite” es una palabra proveniente del lunfardo que quiere decir “cohartada”.

“Entonces yo tenía un personaje, una historia incorporada, porque yo a veces lloraba en las pensiones y la historia incorporada que tenía era que yo tenía una excelente relación con mi suegra, tan excelente que cuidaban de mi hija mientras yo trabajaba porque el hijo de puta de mi marido me había abandonado y se había ido con mi íntima amiga, entonces esta incompreensión... porque yo *necesitaba* hablar de algo más o menos real y entonces decía que yo me veía con mis suegros, que a veces venían, que a la nena no la traían porque no había dinero, pero que a veces yo desaparecía un fin de semana y me iba a Santa Fe, porque yo era de Santa Fe, esa era la historia, a verla a mi hija, y volvía de Santa Fe. Que no me iba, me iba a dormir a otra pensión, a otra punta y volvía diciendo que venía de Santa Fe.” (Cristina Salvarezza)

La historia que “incorpora” Cristina mezcla circunstancias reales con otras del “personaje” armado, en una situación tan angustiosa como la que ella vivía, era imposible ocultar algunos aspectos de su vida como la separación de su hija y la desaparición de su marido. Ella necesitaba “hablar de algo más o menos real”, tan real como su dolor, y la forma de hacerlo era ocultar las causas políticas de esas separaciones a las relaciones que, circunstancialmente, mantenía en ese momento. En un total desamparo (sin hija, sin marido y sin Partido) Cristina debía mantener cierta coherencia que permitiera su “seguridad” pero a la vez, para evitar caer en la locura, debía exteriorizar sus sentimientos al menos ante esas relaciones circunstanciales que mantenía y que al mismo tiempo su historia resultara “creíble”. El “haber sido abandonada” era una verdad a medias que le permitía legitimar su modo de vida y su estado emocional en ese momento.

He elegido para mostrar esto el caso más extremo, pero en general las “historias” de los personajes armados por los militantes en la clandestinidad total tenían cierto punto de contacto con las historias originales, sobre todo en aspectos que psicológicamente son muy constitutivos en cierta constancia del yo o en cuanto a relaciones de una afectividad muy fuerte, como con sus familiares más próximos.

Con una identidad fluctuante, las personas “inventaban” una historia pero siempre intentando mantener cierta coherencia entre el personaje representado y el “original”, una cierta constancia que les permitiera atar un lazo entre el pasado, el presente y el futuro. Las experiencias pasadas, como trayectoria, eran más fáciles de modificar, pero como he mostrado en el apartado anterior, el nuevo nombre tendía un lazo simbólico con la historia anterior: un personaje admirado, el nombre que alguna vez quisieron ponerle los padres y no les pusieron, un apellido que étnicamente correspondía con sus apellidos originales.

Con el nombre “falso”<sup>161</sup>, no ya elegido por ellos, la relación era más de “protección”, dice María Baraldo que el nombre falso te “cuidaba” y por ello se lo adoptaba casi instantáneamente, al mismo tiempo que se adoptaba la historia que venía con ese nombre.

### Los proyectos. La hebra simbólica entre pasado, presente y futuro

Los proyectos, aquello que constituye el fin imaginado de una historia que se perfila desde un “origen”, el destino, se filtraban por otras vías simbólicas, particularmente, el nombre elegido para los hijos. Así relata Cristina Salvarezza:

Mariana- ¿Por qué le pusiste Viviana a tu hija?

Cristina- Por una compañera que se llamaba, con nombre y apellido porque para mi es un honor, Viviana Beguán. Esa compañera me incorpora a mí al PRT, y me marcó mucho ella, viste que a mí me enojan ciertas cosas, es por la Viviana Beguán (se ríe). Viviana me incorpora al PRT, por eso le puse Viviana con v corta (...) Viviana fue una compañera y yo creí que estaba muerta, porque ella había caído con su pareja, Martín Guevara, el hermano del Che en Coronda, Rosario, en un enfrentamiento, y estaba en la cárcel de Coronda, pero a mi me dicen que había caído muerta en Coronda, (...) yo ya estaba embarazada y ya sabía que era la Vivi, si era un varón no tenía idea de que nombre le iba a poner, pero Viviana fue por ella. Te cuento del segundo nombre, cuando yo estaba en el hospital llegaron una pareja de compañeros y me dicen “¿Ya nació la Vivi?”, “sí, ya nació la Vivi” y me dicen “¿Viviana sola le vas a poner?”, “Si ¿por que?”, “Por que no le ponés Inés”, esa era yo...

Mariana- ¿Ese era tu nombre de guerra?

Cristina- Sí. “Bueno”, dije yo, los quería tanto a ellos... y es hermoso el nombre Inés, Viviana Inés le puse...

Mariana- Y vos... a ver, empecemos por el Viviana, a mi algo que siempre me intriga es por qué poner nombres de compañeros muertos.

Cristina- En honor a ellos, por los recuerdos, porque en la vida, así como vos me preguntás “¿Por qué se llama así?” es como un reaseguro de que te vas a acordar siempre de ellos, porque hay cariño, porque hay respeto, es un poco llevar a través de... ¿Qué son tus hijos? Es tu proyección de vida y el nombre también es una proyección, queda a través del tiempo, siempre te van a preguntar “¿Por qué se llama Viviana?”, “Por esto”. (Cristina Salvarezza)

Los militantes, en su mayoría, bautizaron a sus hijos con nombres relativos al mundo de la militancia evocando con una sola palabra la vida de algún “héroe”, desde los

---

<sup>161</sup> El nombre falso correspondía a una documentación falsa que, en general, respondía a un procedimiento dentro de las áreas de documentación de las organizaciones: se robaba un documento a una persona con características similares a las del destinatario y que al mismo tiempo tuviera una posibilidad mínima de coincidir en el mismo espacio con éste, se cambiaban las fotos y en ocasiones las huellas digitales

iconos como Ernesto o María Eva<sup>162</sup> hasta los de amigos próximos, caídos por “la causa”. En lo que relata Cristina se puede ver lo que analiza Vasconcelos (2000) al referirse a una militante brasileña que tuvo a su hija en la clandestinidad “un poco de simbolismo heroico podría ser grabado en el nombre de la hija que expresaría en aquel momento todo un significado y al mismo tiempo traería eternos recuerdos”. El nombre de los hijos, era una hebra de sentido que ataba pasado y futuro, escapando a los condicionamientos de la clandestinidad. Muchos niños, al haber nacido en la clandestinidad fueron “asentados” con los apellidos falsos que llevaban sus padres en aquel momento, pero en los nombres de pila, se revela la fuerza de esta nueva pertenencia. Los apellidos familiares (muchas veces “recuperados” luego de la salida de la clandestinidad de sus padres) podían cambiar pero los nombres de pila persistían. Los nombres de los hijos ya no eran elegidos, como en la antigua tradición a partir de la relación de parientes próximos, sino de los símbolos relacionados con esta nueva pertenencia revelando la presencia de un linaje “político”.

Los nombres elegidos para los hijos se tornaron también una forma de conjurar a la muerte que constituía una moneda corriente dentro de las organizaciones. El poner a un hijo el nombre de un compañero “caído” por la causa en cierta forma lo inmortalizaba, daba continuidad simbólica a su existencia y al proyecto que este encarnaba. La idea de “continuidad” atada a la nueva generación se manifiesta en este ritual de institución donde el nombre busca otorgar una fuerza, un poder simbólico actuando sobre el destino de la persona que se nombra<sup>163</sup>.

### Escrito en el cuerpo

“Durante una mateada realizada entre el grupo de “fugadas” del Buen Pastor una de ellas relata a la hija de otra (actualmente desaparecida) una anécdota. Tras el operativo de la fuga las dos militantes habían sido separadas y llevadas cada una a diferentes casas operativas donde se les

---

<sup>162</sup> Entre los hijos de los militantes se repiten ciertos nombres que permiten identificarlos como tales y además, al interior de esa generalidad, se puede distinguir las pertenencias políticas de los padres por los personajes conocidos que evocan: María Eva (por Eva Perón). Mariano-a (por Mariano Pujadas, fusilado en Trelew), Facundo (por el caudillo Facundo Quiroga) suelen ser nombres de hijos de montoneros, por su parte Clarisa (por Clarisa Lea Place, fusilada en Trelew), Ana (por Ana María Villareal, fusilada en Trelew) o Mario Roberto (por Mario Roberto Santucho, líder del PRT-ERP, desaparecido) suelen ser nombres de hijos de militantes del PRT-ERP. Existen otros nombres que los militantes pusieron a sus hijos más allá de ser de una u otra organización, es el caso de Emiliano (por Zapata) o Ernesto (por Ernesto Che Guevara). De este modo los nombres hacen reconocible el linaje político de la persona.

<sup>163</sup> Zonabend (1981) ha analizado esta creencia sobre el nombre asignado y la fuerza que (basándose en la historia de su portador original) tiene sobre el destino de la persona bautizada.

confeccionó documentación falsa y se alteró completamente su apariencia, luego de eso, las dos volverían a encontrarse en la terminal de ómnibus donde tomarían el mismo colectivo rumbo a Buenos Aires, ciudad donde se reinsertarían en nuevas actividades militantes. Ambas sabían que “el minuto” que tendrían era que eran hermanas viajando a la Capital, pero al encontrarse se dieron cuenta que mientras una (un poco mayor que la otra) se había “disfrazado” de “señora”, elegantemente vestida, con el pelo prolijamente peinado y teñido de rubio, la otra había adoptado una apariencia más humilde, con ropas sencillas, desarregladas y pelo rojo. El disfraz “colectivo” de este modo, no coincidía con el “minuto” original, provocando un desajuste que hizo que la mayor (además responsable política de la más joven) regañara a la otra por el poco trabajo en su personaje. Finalmente, las militantes decidieron alterar la historia: serían la patrona y su empleada en viaje de turismo rumbo a la Capital.” (Diario de campo, junio de 2008)

Mi interés sobre el cuerpo como un lugar desde donde mirar las memorias sobre la militancia parte de la fascinación que me causaban al principio escuchar esas historias de “cambios” tan radicales a nivel corporal que implicó la clandestinidad y toda la serie de “trabajos” sobre el cuerpo y la vestimenta que la misma supuso. Los “desajustes” planteados en la situación del epígrafe dan cuenta de una infinidad de detalles a tener en cuenta en la representación de una identidad corporal “coherente” con el personaje adoptado en la clandestinidad. Al no tratarse de una identidad meramente individual, el “disfraz” debía cumplir una serie de requisitos coherentes con el grupo.

La relación entre cuerpo y memoria aparece como un aspecto fascinante, a la vez de complejo a la hora de ser abordado etnográficamente. Normalmente tendemos a asimilar memoria con narración, el aspecto verbal en la representación del pasado toma preeminencia y opaca el registro corporal de esas experiencias. Sin embargo, como lo indican todos los estudios antropológicos sobre el ritual, el cuerpo lleva impreso en sus símbolos y prácticas la historia incorporada, ofreciéndonos esto otros registros buenos para pensar en la inscripción y transmisión de memorias.

Como vengo analizando a lo largo de todo el desarrollo hecho hasta ahora, “poner el cuerpo” aparece como una dimensión primordial en la iniciación en la militancia y marca la diferencia con el desarrollo “teórico” sobre la violencia donde un “compromiso” y una radicalización creciente se manifiestan: es con el cuerpo que se “gana la calle” y se enfrenta al poder estatal, son los cuerpos los que van constituyéndose en “blanco” de agresión y por lo tanto comienzan a ser objeto de cuidados y adiestramiento en técnicas corporales de protección. Por lo mismo son los cuerpos de aquellos jóvenes los que entran en sus memorias una relación dual con el poder: son –sobre todo en los casos de militantes de clase media- cuerpos cuidados, bien alimentados, “educados” y

“adiestrados” conforme a las reglas de una sociedad y una cultura que, posteriormente, será cuestionada y atacada haciendo uso de la potencialidad de agencia, del capital corporal adquiridos.

El cuerpo y los símbolos que en él se inscriben, la incorporación de ciertas técnicas corporales, el rechazo o la asunción de ciertos modelos relacionados con representaciones del cuerpo “legítimo” dentro y fuera de estas comunidades por lo tanto, constituye un microcosmos que permite observar los procesos de paulatina radicalización de los militantes. En las memorias sobre la militancia, el primer cambio donde se evidencia la radicalización en el cuerpo se daba con la entrada a la organización, pero tenía que ver más bien con una cierta estética militante que iba en contra de la *hexis* anterior. Teniendo en cuenta que casi todos los militantes tenían origen de clase media, la entrada a las organizaciones, en sus primeras épocas, tendía a eliminar fisonómicamente todos los signos de distinción que implicaba esa pertenencia. Cristina Salvarezza relata que en los años previos a la militancia, cuando ella entra en la universidad, pasa a ser la “cheta” que usaba minifaldas, luego, con la entrada a la organización eso cambia:

“... me recibí en setiembre del 72, yo estaba trabajando en una escuela técnica, como docente, como profesora de dibujo, ahora que me estoy jubilando descubro que ganaba a valores actuales 145 pesos, a valores actuales, en la Amadeo Sabattini, y yo vivía con eso, era joven, pagaba alquiler, movilidad, comía, no me vestía porque en esa época ya había dejado toda la onda de las modas y todo eso, al contrario, estaba esto que había que vestirse humildemente, cagarse *evidentemente* en la moda, o sea, si se usaban los pantalones ajustados te ponías anchos, para demostrar que no le dabas bola a esas cosas (risas).” (Cristina Salvarezza)

La vestimenta de Cristina no tiene tanto que ver en esa etapa con un nivel de ingresos sino con el “demostrar” ante los compañeros que no le importaba la moda, como expresión de los “gustos” sociales legítimos que moldean este aspecto del habitus.

La incorporación a la militancia supondría “cagarse”, además “evidentemente”, en una “moda” destinada a un modelo de mujer “burguesa” y adoptar otro tipo de estética, donde el cuerpo se torna tanto un lugar desde donde ejercer una crítica y resistencia a un sistema sentido como opresivo como un lugar depositario de símbolos de pertenencia “evidente” de cara a los demás miembros de la organización. Pero además Cristina señala la necesidad de “demostrar que no le dabas bola a esas cosas”, se trata de una estética



basada en el “desinterés” con respecto a las expresiones estéticas dominantes, que marca una distinción de cara a los miembros de la misma comunidad.

En este sentido la militancia implicaba un cambio de grupos y aparejaba otros cambios, algunos relacionados con hábitos, gustos y “disfrutes” inherentes a sus pertenencias de clase. Así relata Luis Mattini

“... mi vieja era militante, entró a militar y era como que encontró la cosa de su vida, y mi viejo que era un tipo... como te dije o mi mujer, el choque que teníamos con la organización era en la forma de vida, porque ellos venían, como yo, de una vida *normal*, y la *anormalidad* nuestra no era solo cambiar de casa, eran ciertos hábitos, que se yo... tanto a mi mujer como a mi vieja les gustaban las plantas, entonces alquilábamos una casa y ponían plantitas, y venía un compañero y decía ‘Che, para que hacen eso? Si viene la policía y te lleva todo’. O ciertos disfrutes de la ropa o de la vida que tiene toda la gente, *normales*, eso chocaba con ciertos hábitos, ciertas maneras de tratar de pequeño burgués a todo el mundo ¿Iban a tratar de pequeño burgués a mi viejo? Porque a mi viejo le gustaba la música de Beethoven o leía a Goethe, entonces ‘tu viejo es bastante pequeño burgués, no?’” (Luis Mattini)

La entrada en la organización puede ser analizada como las consagraciones que, en una época anterior, se realizaban en nombre de lo religioso. La “proletarización” o el “desclasamiento” de los militantes, bajo el supuesto marxista que las condiciones objetivas moldeaban las subjetivas<sup>164</sup>, implicaba una especie de “voto de pobreza”, haciéndolos vivir una vida que en términos económicos resultaba mucho más sacrificada que la que habían tenido en sus grupos de origen. La vida en la clandestinidad implicaba un desapego por las cosas y los lugares, el tener un “ideal” que primaba sobre todas las cosas entraba en tal contradicción con lo “material” que obligaba a ser desapegado de las cosas más elementales que regulan la vida cotidiana, de ciertos “gustos normales”, como señala Luis, como elegir la vestimenta o instalarse en una casa y ponerle plantas<sup>165</sup>.

---

<sup>164</sup> La “proletarización” o el “desclasamiento” se impuso como práctica en las organizaciones. Los militantes, que en general no eran de clase baja, debían ir a trabajar a las fábricas, a vivir en barrios obreros o villas miserias, para así “empaparse” de las vivencias de las clases que pretendían representar. Si tomamos la perspectiva bourdeana, donde la posición social se incorpora en un hábitus y muchas formas de capital (como el cultural o el simbólico) existen de modo incorporado, el “desclasamiento” (la renegación de la pertenencia de clase original) o la “proletarización” no resultarían tan efectivas en el cambio, al menos inmediato, de un punto de vista o de una pertenencia.

<sup>165</sup> En este sentido Ciriza y Rodríguez (2004-2005) retomando lo planteado por Schmukler hablan de la relación de los y las militantes con su cuerpo como una dualidad entre el *cuerpo del sacrificio* y el *cuerpo del placer*, de la escisión entre ambos y la primacía del sacrificio. Considero que el cuerpo constituye un aspecto más de una *cultura* donde el sacrificio era una dimensión central, expresado en la renuncia, en la austeridad, al menos a nivel normativo.

El compañero de Luis tilda de “pequeño burgués” (expresión casi equiparable a un insulto dentro de la cultura militante) a su padre por la persistencia de ciertos gustos y “placeres” tras la entrada a la militancia. La sanción sobre esos gustos que persisten tras la “conversión” da cuenta de un espíritu de sacrificio que puede ser leído también en clave religiosa. La militancia, señala Luis “se tomó como una *pasión* que era el centro de la vida.”. La “pasión”, presente en todos los testimonios, es la fuerza con la que se caracteriza a la actividad militante; “pasión” que, entendida en términos religiosos, tornaba inteligible y tolerable los sacrificios, el sufrimiento y hasta la posibilidad de muerte en pos de una utopía.

La asunción de la clandestinidad, por otra parte, supondría una nueva modificación de casi todos esos signos identificatorios anudados a la *hexis* corporal “setentista” basada en el desinterés por la moda y los gustos burgueses. Con el avance de la represión o la asunción de una clandestinidad total en algunos casos, el cuerpo en tanto que “forma perceptible” de la persona y todas sus marcas de identidad, debían sufrir una inversión también total, toda una serie de transformaciones tendientes a hacerlo “presentable”, “confiable”, “normal” al tiempo que “otro”, no reconocible por los poderes del Estado a fin de no levantar sospechas. La apariencia del cuerpo debía representar coherentemente el personaje asumido en la clandestinidad, en consonancia con el nombre y la historia adoptados. Así relata María Baraldo como tuvo que transformar su cuerpo luego de la fuga de la cárcel del Buen Pastor:

“María- ¡Uh! Me pusieron una peluca para irme a Buenos Aires, una peluca de rulos... si, me cambiaron el aspecto, todo, después en Buenos Aires no conocía a nadie pero igual, mucho tiempo usé peluca porque tenía que hacer tratamiento para que me saliera el pelo porque al principio no me salía y usaba cosas pero en Buenos Aires ya la cosa era más relajada, acá no porque te conocían, Buenos Aires es grande. Bueno, aprender a llamarte de otra manera... lo que más me costó es que no tenía que tener tonada, tenía que *practicar* como hablar y tenía que dejar de usar las palabras que se usan acá para ser de otro lado, porque tenía un documento que decía que yo era de Santa Fe, no sé de donde era, entonces esos detalles te orientaban, no tenés que hablar con las palabras que se usan en Córdoba ni con la tonada, ahí hay una tabla rasa...” (María Baraldo)

María Baraldo, relata los mecanismos mediante los cuales se evitaba ser “reconocible”. El alejamiento geográfico de la ciudad de Córdoba, donde la conocían y un documento falso que la identificaba como oriunda de la provincia de Santa Fe, fueron los mecanismos tendientes a mantener en secreto su identidad original, pero además tuvo que “entrenarse” para hablar con el acento de esa región para dar coherencia al personaje.

Todo lo relativo al cuerpo resultaba el aspecto más difícil de modificar en la representación de las mismas y por lo tanto el punto más clave al analizar estas experiencias. Las formas de hablar, el acento y las expresiones, son marcas incorporadas de una pertenencia de clase, regional o étnica que, siendo prácticamente “inconscientes” suponen un trabajo mucho más arduo que los cambios de nombre o de historia (Bourdieu; 1986).

La clandestinidad obligaba, de este modo, a todo un trabajo sobre el cuerpo, sobre las formas de vestir y los “modales”<sup>166</sup> que les permitieran, según su actividad y el contexto en el que desarrollaran, pasar desapercibidos. Este trabajo implicaba una inversión, en los dos sentidos del término: de trabajo y de transformación radical, sobre las características físicas. Se “construía”, mediante cambios en la cosmética o la vestimenta, un personaje que resultara fisonómicamente confiable.

Luis Mattini relata que su actividad lo “obligaba” a andar “bien vestido”, de traje y corbata. Si bien este aspecto contradecía los preceptos estéticos de las organizaciones por ser “pequeño burgués”, para trabajar en la clandestinidad justamente se debía invertir fisonómicamente a la manifestación física “esperable”, a la representación del “militante revolucionario”. Para ello Luis adoptaba todos los signos de distinción que pudieran ser visiblemente reconocibles, de modo de no alertar sobre su verdadera actividad a los agentes de las fuerzas de seguridad y a todos los que desconocieran su verdadera actividad. Acompañado del “minuto” de ser visitador médico (profesión socialmente respetable y legal) el aspecto “distinguido” de Luis daba una cierta constancia significativa al personaje<sup>167</sup>.

Cristina Salvarezza, Cristina Bollatti, y María Baraldo pasan a la clandestinidad total luego de fugarse de la cárcel del Buen Pastor el 25 de mayo de 1975, todas ellas relatan que, luego de la fuga, son llevadas en diferentes autos a una serie de “casas

---

<sup>166</sup> Elias (2001) ha analizado cómo el proceso de civilización actúa sobre comportamientos cotidianos como los “modales” en la mesa o en el dormitorio, los “buenos modales” forman parte de un conjunto de prácticas reconocidas y reconocibles que denotan la incorporación satisfactoria de la represión de las pasiones. La homología entre “buenos modales” y “buena moral” que opera en el reconocimiento práctico de alguien como “confiable” o “peligroso” resulta fundamental para pensar los fenómenos que venimos analizando.

<sup>167</sup> Es importantísimo notar aquí lo que dice Bourdieu (1986) sobre el paralelismo entre lo físico y lo moral como sustrato de un conocimiento práctico que anuda características físicas y psicológicas, presente en las “tipologías” que en la modernidad sobre las características fisonómicas de los delincuentes, lo que se evitaba por todos los medios en la clandestinidad era “tener pinta” de subversivo.

operativas” y luego son enviadas, en su mayoría, a Buenos Aires o a Rosario, como medida de seguridad. En las “casas operativas” se les aplica una serie de tratamientos “cosméticos” a fin de alterar su apariencia física. Así relata Cristina Salvarezza el reencuentro con su compañero luego de la fuga:

“... yo me quedé en Córdoba, un tiempo bastante largo... y ahí me encontré con mi compañero, a las semanas, porque primero me cambiaron toda, por ahí tengo una foto, me tiñeron de rubia, me cortaron el pelo, tenía el pelo largo y me lo cortaron, con rulos y tenía anteojos, sin vidrio de aumento, y parecía una señora, no parecía una chica joven, me daban mucha más edad. Entonces llega el día en que me tenía que encontrar con mi compañero, por Alto Alberdi, y lo veo que estaba apoyado en el mostrador de un kiosco, entonces llegó yo (se ríe) con un compañero, y mi compañero le dice ‘bueno...’, me miraba a mí como diciendo ‘dale’ y yo lo miraba y lo miraba y este me dice ‘buenas’ (risas), y él lo miraba al Vasco porque el Vasco le había dicho que yo iba a ir y le dice ‘¿No pudo venir?’, ‘ahí la tenés’, cuando me miró, se cagaba de risa, entonces me saco los anteojos, y la cara era igual, porque tenía la misma cara ‘¡Ay! ¡Qué horrible ese pelo!’, me dice (risas).” (Cristina Salvarezza)

Los cambios operados en la fisonomía eran tales que a veces personas muy cercanas (como la pareja de Cristina) no llegaban a reconocerlos a primera vista. Por supuesto que la cosmética alcanzaba para alterar ciertos rasgos y hacer “parecer” a una persona joven más mayor pero no llegaban a alterar profundamente el rostro, elemento de identificación fisonómica por excelencia, o el sexo.

Las fotografías de la época, aunque escasas por lo mismo de que eran elementos de identificación, son un excelente material de análisis de estas transformaciones corporales. En los álbumes familiares existe generalmente un vacío de fotografías de esta etapa, pero permiten ver los cambios operados por la clandestinidad: morochas transformadas en rubias, cabellos largos que son cortados, cambios en el modo de vestir y de usar accesorios como los anteojos, bigotes y barbas que son afeitados.

Estas fotos fueron sacadas por un miembro del PRT-ERP que era fotógrafo tras la fuga para ser colocadas en la documentación “falsa” de Cristina Salvarezza y María Baraldo, respectivamente.



Si atendemos a las fotos anteriores de ambas en relación a las fotos prontuariales (previas a la caída) que se muestran más abajo, el pelo ha sido cortado, en el caso de María usa una peluca, y ambas se encuentran vestidas de manera “formal”. Las dos parecen haber pasado por un proceso de “envejecimiento”, manifestado en el cambio de pelo largo a corto y en el estilo de ropa usada, otros militantes cuentan que uno de los procedimientos más habituales era teñirse el pelo con canas; esto puede deberse a que, dentro de una fisonomía “confiable” el envejecimiento los aleja del de lo que el Estado consideraba “subversivo” fisonómicamente<sup>168</sup>.

---

<sup>168</sup> El trabajo fotográfico hecho por la represión y por las organizaciones puede ser tomado como una homología con y un complemento al trabajo hecho por estas dos instancias sobre el cuerpo de los militantes y sus partes privilegiadas, cargadas de simbolismos morales. La alteración del “cuerpo” de los militantes recae ante todo sobre sus rostros como territorio polisémico. En su trabajo sobre la fotografía policial Papi señala: “...a la cabeza del hombre se le ha dado el papel de representar al ser humano (...) el rostro se convierte en una ‘alegoría de la culpa’, en un sistema de signos capaces de mostrar lo irremediable de la acción y la gravedad de ésta, un texto cifrado que puede revelar, a quien sea capaz, el misterio del mal individual y, por tanto, colectivo. (...) En conclusión, en rostro humano se convirtió en la bandera de la identidad. Tanto de la identidad culpable como de la inocente.” (Papi; 2007; pp. 190-191). No es extraño que, de todas las partes del cuerpo, la más “trabajada” sea el rostro (mediante modificaciones de pelo, cosmética, accesorios), tampoco resulta extraño que haya sido la más “capturada” mediante la fotografía.

## Fotos de 23 de las 26 Evadidas Sobre las que no hay Novedad

(INF. EN PAGINA 4)



Elena C. Martínez de Hilbort, María del Carmen Claro, Elena M. Harriague Yda de Quinzaga, Rosa E. Novillo Corvalán, Zulma Rotario Aboya, Ana V. Moreno de Agüero, Susana Cristina Avila, Rita Roca M. Silva, Mirte A. Concorat de Marín, Leticia Mónica Bianchi, Elina Germán de Orpelt.



Silvia Inés Tobía, Norma Estela Vázquez, María R. Cardoso de Toranzo, María E. Fernández de González, María C. Bellatti de Lenzini, Ana María Lirio, Laura Ortiz de Cebal, María Cristina Salvarezza, Alicia Riquelme D'Ambrósio, Sonia Alicia Blesca, Norma Hilma Melani, Graciela Claudia Arana.

## EN REUNION PRESIDENCIAL SE ANALIZO EL TEMA DE PARITARIAS

Ministros, CGT y las 62 Asistieron a la Reunión

BUENOS AIRES, 26 (NA). — La presidenta María Estela Martínez de Perón se reunió hoy poco antes de las doce en su despacho con los ministros de su gabinete, integrantes del equipo económico y los más altos dirigentes de la CGT y las 62 Organizaciones Peronistas, en la cual —según todos los indicios— se adoptarían importantes decisiones relacionadas con la marcha de las negociaciones paritarias.

El encuentro comenzó exactamente a las 11.50, cuando la Jefe de Estado recibió al ministro del Interior, Alberto Luis Rocamonte; al de Economía, Alfredo Gómez Moreno; al de Bienestar Social, José López Rega; al de Defensa, Adolfo Mario Savio; al canciller Alberto Juan Vignos; al titular de

**Córdoba**

"Ante Estoy Para Decir lo que Nadie Podrá Nunca ni Olvidar ni Desmentir". (Almuerzo)

ARO XLVII — N° 11.324 Lunes 26 de Mayo de 1975 \$ 2.00 ley 18188 (mód. 300)

Fue Conmemorada Ayer la Revolución de Mayo

BUENOS AIRES, 26 (NA). — Presidida por la presidenta de la Nación, señora María Estela Martínez de Perón, se cumplieron los actos oficiales en conmemoración del 167° aniversario de la Revolución de Mayo. Los mismos consistieron en los saludos protocolares en la residencia presidencial de Olivos, y en la Casa Rosada, una misa de acción de gracias en la Catedral Metropolitana y en una velada de gala en el Teatro Colón.

A las 9 horas, el intendente municipal José Embrieni, izó la bandera en el mástil de la Plaza de Mayo, mientras la banda del Regimiento 3 de Infantería "General Beltrame" interpretaba la marcha "Al-

La foto, y sobre todo la foto "carnet" como registro de esas experiencias resulta sumamente reveladora tanto de los mecanismos para alterar la apariencia como del principal destinatario en la construcción de las mismas: el Estado. Como se sabe, parte de la identificación que realiza el Estado en cuanto a su registro de las personas es la fotografía, la "foto carnet" es un ejemplo claro de esta forma de "individualizar" fisonómicamente a las personas creando una ilusión de control sobre este aspecto de la identidad individual (Pappi; 2007). El trabajo con fotos de diarios durante el trabajo de campo me permitió ver como estos registros disparan memorias y sentimientos que desde lo estrictamente verbal no llegaríamos a comprender (Jelin y Vila; 1987).

Las fotografías no son el objeto de este apartado, sino la identidad en relación al cuerpo, como sustrato biológico de las personas y sus modificaciones en relación a la militancia y a la clandestinidad. Sin embargo, así como la percepción del cuerpo y la fisonomía es una "imagen de sí" que hace a la asunción de una identidad, las formas de identificación (entre ellas las fotografías) son su contracara, un mecanismo que moldea la adjudicación de las mismas.

Con el grupo de las “fugadas del Buen Pastor”, trabajé con este registro, enseñándoles otro tipo de imágenes: las fotos de prontuario que exhibían los diarios luego de que se fugaran. Cuando se la muestro a María Baraldo dispara en ella una memoria relacionada con el cuerpo:

“María- ¡Que cara! ¡Qué caripela! (mira las fotos)

Mariana- ¿Esa sos vos?

María- Esa soy yo... los rostros del horror, mirá las caras de tortur... ¡Mirá la Gringa por favor! Alicia... ¡Mirá la Campe pobrecita! La Tucu... las caras de... Elena, la Mirta, la Sonia, las caras de las compañeras están destrozadas, la Leticia, María Eugenia ¡La Zulma divina mi gorda querida! Ana María Liendo... las compañeras, me encanta poder... la Cristina... identificarlas a pesar de los años... la Flecha Veloz, esta es Norma Melani, le decíamos la Flecha ¡Divinas las chicas! Esta es la Tota, María Rosa, la Graciela Arenas casi, casi las identifiqué a todas. “Aún permanecen prófugas las 26 evadidas del Buen Pastor”, vos sabés que yo a esto no lo había visto...” (María Baraldo)

Las fotos “prontuariales”, que eran las que se reproducían en los diarios, son un tipo de registro por el cual las personas que trabajo sienten aversión, esto es comprensible ya que en aquellos momentos se las exhibía para provocar la “denuncia”. La exhibición de una foto significaba la publicidad de sus rasgos fisonómicos y consiguientemente una mayor exposición, María relata que, en el tiempo posterior a la fuga de la cárcel salía un spot televisivo con sus caras y que a ella la ponía tan nerviosa verlo que dejó de ver televisión. Pero además, las fotos prontuariales eran tomadas en general durante las “caídas” con lo cual las personas exhiben en ellas marcas físicas producto de la tortura.

“... en esta foto se me nota... no tengo pelo acá, tengo el pelo para adelante, esta foto nos la sacaron en el Buen Pastor a nosotras y ahí se me ve como un pedazo de pelo traído hacia delante, que es donde yo no tenía pelo arriba, porque se me había pegado la capucha y cuando me la sacaron se me salió el pelo, demasiado tiempo pegado y lastimado y agua y no sé qué cosa más, entonces se pegó y cuando me lo sacaron el pelo se salió, el bulbo se murió, fijate... estas fotos deben ser de cuando nosotros llegábamos que ellos nos sacaban una foto. Yo me acuerdo que hubo un momento, cuando ya estábamos en el penal hacía ya unos días, nos sacaron fotos, porque ellos nos tenían que identificar, nosotras no teníamos identificación, entonces vos decías ‘me llamo Juana Pérez’, y se tenían que quedar con eso, no teníamos documentos, entonces el penal nos sacó fotos para identificarnos, y huellas.

Mariana- ¿Y qué sentís de ver esas fotos en ese estado?

María- Ay, no... me oprime un poco el corazón, porque yo veo las caras de las compañeras, esta compañera mirá la cara, mirá los ojos negros, *las caras de las compañeras, destrozadas*. Esta foto no es del penal, esta es una foto que ellos tenían, mirá la cara de la Tota, de la Tucu, son las caras de las compañeras que pasaron por la tortura, salvo la foto de la Negra Blessa, que está con los anteojos, me parece que esa foto no debe ser del penal, pero en el caso de ella puede ser porque era una liberada del Devotazo, así que posiblemente tenían fotos de ella de antes. La única que tiene foto del documento acá es la María Rosa, tiene el  $\frac{3}{4}$  perfil derecho...” (María Baraldo)

Todas las integrantes del grupo de ex militantes fugadas del Buen Pastor, al ver las fotos, hicieron un esfuerzo por “reconocer” a las demás compañeras, desatando esto una activación en la memoria que guardan sobre ellas “a pesar del tiempo y de lo irreconocibles que están en las fotos”.

En lo personal, esas fotos que desde su composición apuntan a una identificación “oficial” y particularmente como “delincuentes”<sup>169</sup>, disparan diferentes sentimientos según el contexto en que sean exhibidas.

Un tiempo después de entrevistar a María Baraldo la agrupación H.I.J.O.S. confeccionó un mural con fotos en homenaje a los militantes, en él pegaron el recorte del diario donde se exhiben las caras de “26 fugadas del Buen Pastor”, muchas de ellas, pero particularmente María rechazó la inclusión de esas fotos en el mural, me dijo que era una foto “horrible” y que a ella no le gustaba verla allí. Posteriormente, la misma foto pasó a tener otra valencia y a ser el icono gráfico de las reivindicaciones del grupo de fugadas en los reclamos a partir de la transformación de la cárcel en un centro comercial<sup>170</sup> donde las mismas operan en el registro de la “denuncia”.

Se puede hipotetizar a partir de estas ambivalencias, que las fotos que exhiben rastros de la tortura pueden ser en ciertos contextos (como en el judicial, y en los contextos de denuncia en general) legitimadoras del sufrimiento padecido, pero en un espacio de memoria donde se eligen imágenes para consagrar una identidad sobre su condición de militantes y no de víctimas, esta forma de identificar desarrollada por el “enemigo” no coincide con la identidad que estas personas buscan construir desde el presente<sup>171</sup>.

---

<sup>169</sup> Collomb (1998) señala a las fotografías como una forma de construir al “otro”. La foto postula una identidad entre el sujeto y su representación fotográfica respondiendo a ciertas reglas; el fotógrafo policial, tanto como el antropólogo de principios del siglo pasado debía producir una imagen “lo más parecida posible” que captara su fisonomía, pero en la fisonomía se buscaba lo exótico, lo diferente, los rasgos constitutivos del salvaje o del delincuente. Como dice el autor la fotografía antropológica (y también la prontuarial, recordemos los estudios de C. Lombroso) buscaba retratar además del rostro el “alma” de las personas, creando entre fisonomía y moral una cierta analogía. Al respecto también señala Papi “Fotografiar, clasificar y conservar la imagen del delincuente (...) representaban (en los inicios de la fotografía policial) actos capaces de reiterar la captura y de fijarla en una pretensión de conocimiento y posesión eternos” (Papi; 2007; p.180).

<sup>170</sup> Retomaremos esto más adelante, cuando analicemos las conmemoraciones públicas emprendidas por este grupo.

<sup>171</sup> Una situación similar se da con las fotografías tomadas por el Departamento N°2 de Inteligencia de la Policía a los militantes para ser incorporadas a un “registro de extremistas”. Hace poco tiempo, un acervo de 136242 negativos de la D2 pasó a manos del Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba,



Las marcas de la militancia y la represión permanecen hasta hoy “escritas en el cuerpo” de los militantes, desde su forma de vestir o de hablar hasta la exhibición de sus “cicatrices de guerra”. En muchas de las entrevistas los militantes llegaron a mostrarme esas marcas, casi siempre haciendo una descripción casi médica de las consecuencias de los daños sufridos: la sordera por haber sido torturados con “submarino”<sup>172</sup>, las deformaciones por las quebraduras sufridas a partir de los golpes, un pedazo de cuero cabelludo al que le falta pelo, un ojo de vidrio, una herida de bala, son marcas que han quedado inscriptas de manera permanente en su físico como estigmas corporales.

Sin embargo, las mismas desatan recuerdos y son reinterpretadas según el contexto y la identidad que consiguientemente se busque asumir, como evidencias de la brutalidad padecida o de forma heroica, a modo del que, regresado de una batalla, narra la historia y atestigua con su cuerpo la valentía mostrada, la tolerancia al sufrimiento que, arquetípicamente, representa a la fortaleza de las personas.

\*\*\*

En este capítulo hemos analizado ciertas categorías que resultan nodales dentro del objeto de estudio de esta investigación. La militancia, encierra una multiplicidad de significados que calan en clasificaciones muy fundamentales dentro de nuestras sociedades como lo colectivo y lo individual y la tensión entre estas dos esferas. La preeminencia de lo colectivo dentro de la cultura de las organizaciones es uno de los elementos más importantes a recalcar, ya que sólo dentro de esa concepción se tornan comprensibles las opciones relatadas por cada una de las personas. El proceso de

---

revelándolos, muchas fotografías son restituidas a los militantes cuyas imágenes fueron “capturadas” en el contexto de su secuestro. Las reacciones al ofrecerles la posibilidad de que las mismas sean “liberadas” para su exhibición son muy dispares: “La gran mayoría pide “un tiempo para pensar”; otros rechazan esta idea porque no quieren reproducir una imagen sobre sí mismo en la que no se reconocen. Así es interesante ver como las mismas personas que han relatado, testimoniado y escrito sobre su tortura, su vivencia en los CCD, su pasaje por esos lugares a la hora de difundir una imagen que re-vela ese horror y testifica con una fotografía su pasaje por el lugar prefieren no hacerlo. Otros en cambio, liberan su imagen deseando que se muestre, con la esperanza de que se transformen en una “enseñanza” visual de lo que allí pasó, despojándose de la preocupación individual para pasar a conformar una memoria más colectiva y ejemplar.” (Da Silva Catela; Boletín Virtual de los Espacios de Memoria de Córdoba; 2011).

<sup>172</sup> El “submarino” era un tipo de tortura que apuntaba a la asfixia de la persona. El submarino “húmedo” consistía en sumergir la cabeza del torturado en un tacho con agua hasta que éste perdía el conocimiento, el submarino “seco” se realizaba con bolsas de plástico que se le ponían en la cabeza tendientes a lograr el mismo efecto.

colectivización e individuación las personas entrevistadas es algo que atraviesa sus vidas longitudinalmente, así como en este capítulo lo patente es la colectivización y la politización como marca de un *ethos* militante, en el capítulo IV veremos como la salida del mundo de la militancia implicó el proceso inverso, modificándose nuevamente las categorías que aquí han sido analizadas.

Si la entrada en la clandestinidad, en sus memorias, modificó categorías elementales como las de tiempo, espacio y persona, manteniendo las precedentes en la sombra del secreto, hay también una serie de transformaciones en el momento que las mismas tuvieron que tomar visibilidad nuevamente. De todos modos, el paso por la clandestinidad deja sus huellas en la forma de concebir los objetos sociales que son el foco de este capítulo, dando cuenta de la pertenencia, pretérita y en cierta medida presente, de las personas a ciertas comunidades.

La militancia en organizaciones político militares es recordada como una marca “a fuego” por las personas entrevistadas para esta investigación, esa experiencia es en cierta forma el núcleo de una identidad política generacional que se expresa en el presente. Esto es comprensible si analizamos el modo “total” en que las organizaciones intervenían en sus vidas y el compromiso, también “total” que ellos asumían al entrar en la militancia.

Este tipo de militancia tiene otra particularidad, implicaba asumir, de manera teórica o real, a la violencia como una forma de hacer política. La violencia ejercida y padecida refleja todo un universo de significaciones en torno a la ruptura de los contratos civilizatorios en las sociedades nacionales modernas. El modo en que, desde el presente, son recordadas las posibilidades de matar y morir, como dos extremos en las significaciones relacionadas con la violencia en estos contextos, y los valores asociados serán el objeto del próximo capítulo.

### Capítulo III

#### Vencer o morir

“Con el fusil en la mano  
y Evita en el corazón  
Montoneros Patria o muerte  
para la liberación”  
Cántico montonero

“A vencer o morir por la Argentina”  
Consigna del PRT-ERP

Las consignas elegidas para el epígrafe reflejan los términos en que pensaban sus opciones políticas los ex militantes y de lo radicalmente que era concebida su lucha. La militancia no admitía términos medios. En el futuro deseado o se lograba la liberación nacional venciendo al imperialismo, se hacía la revolución y se tomaba el poder o se moría en esa lucha. Las consignas de aquella época denotan, por un lado, la disputa por un sentido de la Nación ¿Cuál era la patria, esa Argentina, por la cual se estaba dispuesto a morir? La representación de una patria socialista, “liberada”<sup>173</sup> del yugo del “imperialismo”<sup>174</sup> fundamentaba la creencia en el proyecto revolucionario.

En el capítulo anterior he mostrado como la militancia, como una cultura, modificaba las concepciones de sí al tiempo que definía los horizontes de posibilidad de las personas implicadas en esta actividad. Dentro de los “sacrificios” que implicaba esa opción se asumía una vida poblada de riesgos en cuyo extremo estaba la posibilidad de sufrir y, en el extremo, morir. Por otro lado, al enfrentarse violentamente al régimen y a los poderes del Estado, el matar estaba también presente entre los horizontes posibles. Matar y morir, forman parte de las acciones y representaciones que daban forma al

---

<sup>173</sup> Tcach (2003; pp. 13 a 78) hace una recopilación de 126 consignas de los movimientos de izquierda en los 70. He elegido dos de ellas que son muy representativas de las formas de pensar las opciones políticas en aquel momento. En ambas organizaciones los extremos del futuro imaginado eran vencer o morir pero la representación de la “patria” imaginada variaba. Ambas de planteaban en socialismo y un gobierno “popular” y “obrero”, solo que para Montoneros ambas cosas eran sinónimo de “peronista”, expresión que va más allá de la clase obrera y pretende ser abarcativa de toda la nación y no se ancla solamente en la “lucha de clases”. “Vamos a hacer la patria socialista, vamos a hacerla obrera y peronista” reza otra consigna que reaviva la disputa entre peronismo y antiperonismo.

<sup>174</sup> El “imperialismo” se refería a las potencias capitalistas de ese momento, y más concretamente a Estados Unidos.

enfrentamiento en aquel momento, como los extremos de una serie de representaciones y prácticas relacionadas con el ejercicio de la violencia<sup>175</sup>.

En este capítulo me ocuparé del nudo de la cuestión: de la violencia cuando es empleada como estrategia política. Esto nos lleva, como he dicho antes, a pensar en una faceta altamente racionalizada de las agrupaciones político militares de los '70 con respecto a la misma, pero por otro lado en sentidos más profundos relacionados con el involucrarse en esta actividad, en dilemas éticos y religiosos.

En este sentido me pregunté ¿Cómo es recordada la posibilidad de morir y la posibilidad de matar en aquel contexto? ¿Con que valores morales se asocian? ¿Cuáles son los argumentos que, desde el presente, vuelven comprensibles estas rupturas de los contratos civilizatorios? ¿Qué identidades son adjudicadas y asumidas a partir de haber sido, alternativamente, víctimas y ejecutores de la violencia política? Estas preguntas apuntaron a desentrañar las relaciones entre violencia, política y moral. Tomando la idea de *doble vínculo* desarrollada por Elias (2001), nos adentraremos en las significaciones e interdicciones que, en el marco de nuestras sociedades hacen del ejercicio de la violencia algo a sancionar y al mismo tiempo, cuando se plantean como posibilidad, buscan tornar a su ejercicio algo comprensible socialmente, al tiempo que tolerable en un plano personal.

Si hablamos de la violencia como *estrategia* política es necesario aclarar que, desde las perspectivas nativas, las acciones armadas llevadas a cabo por las organizaciones tienen un sentido principalmente político y performativo; es decir que son recordadas como regidas por una serie de posturas políticas que las organizaciones intencionalmente buscaban transmitir en lo público como un mensaje, más que como un combate<sup>176</sup>.

---

<sup>175</sup> La concreción de estas dos posibilidades, son polos en un continuo que tiene muchos más tonos de grises, se relacionan en parte con circunstancias atadas a las estrategias políticas de las organizaciones, en parte con las trayectorias de las personas y por lo tanto son diferentes en cada caso.

<sup>176</sup> Uno de los puntos más discutidos en las "autocríticas" de los militantes es la excesiva militarización de las organizaciones. Hacia fines de 1975, ambas organizaciones se volcaron hacia una acción mucho más militarizada, emulando a los ejércitos oficiales, este hecho suele ser visto como un "error", como una equiparación de la lógica de la guerrilla con la del enemigo, como una descompensación entre lo político y lo militar que llevó a la derrota y el aniquilamiento de los militantes (Calveiro; 1995). En este juego de culpas y reproches por la derrota sufrida y el drama que la misma acarreó, los significados sobre el tipo de violencia y la forma de concepción de la misma en esta segunda etapa casi siempre son omitidas, los relatos

Todas las acciones, inspiradas ya sea en la teoría del “foco” o en otras más bien “insurreccionales” son recordadas ante todo, como un modo de “demostrar” que el “pueblo” tenía poder, que podía “armarse” en defensa de su soberanía contra aquellos que atentaban contra sus intereses.

“Y pensar que estamos hablando del 66, 67, después de 12 años de la revolución del 55, mal llamada libertadora, donde nosotros permanentemente repasábamos los bombardeos a Plaza de Mayo, los asesinatos del 56, cuando Valle y todos los militares patriotas y constitucionalistas son asesinados al margen de toda legalidad, lo mismo que los compañeros de José León Suárez y todo el proceso posterior de Fernández Retamar, Felipe Vallese, etc, plan CONINTES<sup>177</sup>, era realmente insoportable... o sea, me parece que fue un costo muy alto, viéndolo hoy, históricamente, uno dice ‘estaba justificado políticamente como defensa, porque no había otra alternativa’, era *imposible* ni siquiera participar y por otro lado constitucionalmente, el artículo 21 de la constitución dice con claridad que todos los argentinos estamos obligados a armarnos en defensa de la Patria, y es la constitución, y que será el congreso o el poder ejecutivo los que dirán la forma de armarse, obviamente que cuando una banda subversiva se apropia del poder ejecutivo nacional, suprime el congreso, la soberanía vuelve al pueblo, si el poder ejecutivo está en manos de los subversivos, de los terroristas<sup>178</sup>, entonces tenés la obligación de armarte en defensa de la Patria y la constitución... pero como lo vivimos, eh... fue terrible, fue terrible...” (Ignacio Vélez)

Defensa de la soberanía y defensa ante las agresiones del poder son los argumentos que esgrime Ignacio para legitimar el uso de la violencia. La definición de “soberanía” por él planteada, reaviva la disputa presente en todas las antinomias precedentes que planteaban la naturaleza de la Nación Argentina como irreconciliable, de los sectores encargados de defender los intereses del pueblo y los métodos históricamente empleados para resolver esas diferencias<sup>179</sup>. También es interesante destacar el elemento de la “imposibilidad” de una participación por vías parlamentarias, donde la “generación” (en este caso el término absorbe lo vivido por los partidarios del peronismo sobre todo) se

---

seleccionan, para argumentar sobre la violencia como estrategia política, la primer etapa, donde el sentido de la misma es mucho menos conflictivo.

<sup>177</sup> El Plan de Conmoción Interna del Estado fue un plan represivo implementado contra los militantes peronistas tras el golpe del 55.

<sup>178</sup> Con esto Ignacio se refiere a los militares, sus oponentes en aquel momento. Es curioso como él invierte el uso de las palabras, en aquellos años “subversivos” y “terroristas” eran los apelativos con que los militares y otros sectores poderosos llamaban a los militantes de las organizaciones.

<sup>179</sup> En las matrices de pensamiento peronista, permeadas por un pensamiento católico, el ejercicio de la violencia encuentra otra legitimación de tipo religioso. Tal como señala Morello “*Populorum Progressio* sostiene que en determinados casos la violencia es justa, y las revoluciones necesarias: tiranía evidente y prolongada, violación de los derechos de la persona, daño del bien común del país. Tiranía no necesariamente de un gobernante; también puede ser de un sistema, de intereses económicos. Si los que tienen los bienes, que son de todos, los mantienen por la fuerza, se puede usar la fuerza para quitárselos.” (Morello; 2003; p.286).

apropia de las memorias de la generación anterior lo cual deriva de una “justificación” de la violencia a una “obligación de armarte en defensa de la Patria”.

Más allá del argumento de la violencia como “defensa”, las organizaciones sostenían que “el poder emana de la boca del fusil”<sup>180</sup>. Lo cierto es que, como acción o reacción, la violencia parece estar en el núcleo constitutivo de la concepción del poder y de la política en la cultura política argentina. Como ha señalado Calveiro (1995) esta relación estrecha entre violencia y política se basaba en una experiencia histórica; desde los años de constitución de la Nación, tanto las Fuerzas Armadas como las insurgentes, habían compartido esta apreciación. Cada vez que se cerraban los canales parlamentarios, la concepción de la forma de disputar poder era, como me dijo en una ocasión Carlos, un ex militante montonero en una conversación informal, “negociar, pero con la pistola sobre la mesa”.

Como señala Neiburg (1995) con respecto al peronismo, la lectura de una historia que ponía al “pueblo” como sujeto de la soberanía nacional disputaba al interior de la Nación su propio sentido, constituyendo el “pueblo” mismo un campo de batalla entre los sectores históricamente enfrentados. Basándose en una lectura pendular de la historia, las organizaciones político militares se proponían ser la “vanguardia” que llevaría al pueblo a ejercer tal soberanía por sobre la opresión de los poderosos.

Como estrategia la violencia encuentra, desde el presente, una serie de justificaciones, desde la legitimidad de su empleo por los sectores históricamente explotados en términos de “defensa”, pasando por la obligación cívica o patriótica, hasta los discursos de referentes como el Che o de Perón<sup>181</sup>. En esa lectura sobre la Nación y

---

<sup>180</sup> Esta consigna figura tanto en los testimonios de las personas entrevistadas como en fuentes bibliográficas. Esta frase, en las entrevistas, es adjudicada a Mao y Ernesto Che Guevara, pero es citada por Calveiro (2005; p. 113) como pronunciada por Rodolfo Galimberti, quien fue dirigente de la Juventud peronista, para criticar la preeminencia de lo militar sobre lo político.

<sup>181</sup> Perón, que se encontraba exiliado en Madrid fue muy hábil para capitalizar la fuerza que estaba tomando el movimiento juvenil dentro del peronismo y por medio de ello controlar a los poderes de la burocracia sindical. Perón siempre fue ambiguo en sus posicionamientos ideológicos, dando explicaciones confusas que satisfacían tanto a los sectores progresistas tanto como a los de derecha dentro del movimiento, por lo menos hasta que expulsa a la “Tendencia” durante el 1 de mayo de 1974. Pero desde el exilio y en épocas anteriores, el viejo líder se encargó de delegar, en los sectores juveniles y revolucionarios, “sus muchachos”, el ejercicio de la violencia. Es conocido en ese primer momento el discurso donde señala, contundentemente, que la violencia en manos del pueblo no era violencia sino justicia, durante el 1 de mayo, momento en que expulsa a los jóvenes de la plaza de Mayo, su discurso cambia, tratándolos de “imberbes” y “estúpidos” cosa que expresa, además de un conflicto ideológico, entre generaciones. (Ver Gillespie; 1987 y el video Cazadores de Utopías; 1995).

sus divisiones, los agentes estatales encaramados en el poder, ya sean civiles o militares, eran percibidos como “otros”, ajenos a los intereses de la Nación o la Patria, “traidores”, “cipayos” o “agentes del imperialismo” y sus intereses.

Con su desarrollo la guerrilla se concebía a sí misma como “vanguardia” que se pondría a la cabeza, un paso adelante, del proceso de las masas que se sublevarían ante la opresión. Algunos acontecimientos “fundadores”, como la Toma de la Calera, son dignos de análisis en el sentido de aglutinar todos los elementos mediante los cuales las organizaciones buscaban demostrar en lo público la vulnerabilidad del poder del Estado, su legitimidad como agentes del cambio y la construcción de un discurso dirigido a ciertos destinatarios y contradestinatarios.

El 1 de junio a las 7:30 de la mañana Montoneros realiza un operativo en la localidad cordobesa de La Calera (a pocos kilómetros del Comando del III Cuerpo de Ejército). Unas pocas personas toman la comisaría, asalta el banco, toma la central telefónica y deja una caja conteniendo un grabador con la marcha peronista. En la retirada son heridos Luis Lozada, Ignacio Vélez y Emilio Maza, el jefe del operativo, quien muere pocas horas después. Lozada, Vélez y una decena de militantes más son detenidos poco tiempo después. En las horas subsiguientes, se publica el siguiente comunicado:

**(Comunicado de la toma de La Calera, 1970)**

Compañeros: los hombres y mujeres que componemos los Montoneros, brazo armado del movimiento peronista, hemos asestado un golpe a la oligarquía gorila, ocupando militarmente la localidad de La Calera y recuperando armas y dinero, que serán destinados a la lucha por construir una Nación Libre, Justa y Soberana.

Lo hemos hecho para demostrar nuestra solidaridad combativa con el Pueblo Peronista, que ha ganado la calle, que pelea desde las fábricas, en defensa de legítimas aspiraciones y derechos y como repudio a la farsa gobernante de turno. Los Montoneros prevenimos al Pueblo de Córdoba contra las maniobras de los gorilas que dentro y fuera del gobierno quieren embarcarnos en un nuevo fraude electoral, en el que no podamos votar por Peron acompañados de algunos tráfugas de siempre, que se dicen dirigentes peronistas y que repudian la resistencia armada del pueblo y que quieren elecciones porque saben entonces que el queso será más grande. El Pueblo debe unirse, sin partidismos sectarios, en torno a las banderas intransigentes de la resistencia, buscando prepararse, organizarse, armarse y que sepan los traidores, los vendidos, los torturadores, los enemigos de la clase obrera, que el Pueblo ya no recibirá solamente los golpes, porque ahora está dispuesto a devolverlos y golpear donde duela.

Solo peleando conseguiremos recuperar lo nuestro. Los Montoneros llamamos a la resistencia armada por una Patria Libre, Justa y Soberana.

Con Peron en la Patria.  
PERON O MUERTE  
MONTONEROS

El comunicado de la Toma de la Calera tiene todos los elementos que hemos señalado anteriormente: como “brazo armado del Peronismo”, Montoneros se alza en contra “la farsa del gobierno de turno”, reclamando una vía electoral donde se pueda votar al movimiento proscripto 15 años atrás. Al mismo tiempo el comunicado amenaza a los “enemigos de la clase obrera” (en este caso equiparable a “peronista”) y se posiciona como portavoz de la misma diciendo que “está dispuesta a golpear en donde duela”. En ese “dónde duele”, comienzan a configurarse como blancos ciertos poderes que serían destinatarios de acciones violentas ejemplificadoras. Manuel Poggi quien participó en la toma de La Calera, relata así el impacto que tuvo esa acción político militar:

“Lo de La Calera por un lado fue, políticamente, una revelación. Nunca hasta ese momento, un comando guerrillero había asaltado y tomado una ciudad, que en ese momento era re chiquita pero era una ciudad, no era una comisaría, no era nada chiquito, y políticamente era como que después del Cordobazo fue otra explosión, tal es así que la hinchada de Talleres<sup>182</sup> al domingo siguiente cantaba ‘a Talleres no lo para ni el comando montonero’ (se ríe) así terminaba la canción. La hinchada de Talleres cantaba a favor nuestro y todos los militantes simpatizaban con nosotros y querían saber quiénes éramos y te ofrecían ayuda, era un entusiasmo *total*...

Mariana- Eran poquitos, no?

Manuel- Y... los combatientes... 50, podemos haber sido, con todos los aparatos de logística, 50 personas, pero militantes éramos muchos más, los que estaban en los barrios, en los centros de estudiantes, muchos más... y a los changos cuando fueron a la cárcel de Encausados, a los presos, los venían a visitar todo el mundo, todo el mundo quería hablar con ellos, querían incorporarse a Montoneros, leían la proclama, nosotros tocábamos el cielo con las manos...

Mariana- ¿Era el resultado que ustedes querían?

Manuel- Claro, ahí se probaba que la propaganda armada era efectiva... pero no fue tan así, pero hasta ahí era todo entusiasmo, la gente te ofrecía de todo, te ofrecía casas para esconderte, armas, guita, de todo! Por eso nosotros vivíamos ese entusiasmo de que la revolución era fácil, no es que fuéramos románticos, era el clima que se vivía en Córdoba, y *la gente estaba con la lucha armada*, teóricamente, es decir sentimentalmente...

Mariana- Estaban dispuestos a apoyar...

Manuel- Claro, algunos sí, otros querían los fierros, y otros decían ‘te apoyamos, te damos casa, te damos...’ entonces eso te engaña un poco porque vos crees que *todo* el pueblo está con la lucha armada, cosa que no era real. Nosotros, los que estábamos perseguidos por la cana tuvimos que irnos de la provincia y estuvimos como 4 o 5 meses por distintas provincias, yo estuve en el norte, después en Santa Fe, después volvimos a reorganizar todo porque había sido un desbande total, había caído Emilio Mazza, nada menos, había muerto y se desmanteló todo, hubo que reconstruir todo.” (Manuel Poggi)

La gente adhería “sentimentalmente” o “teóricamente” a la lucha armada, pero las organizaciones político militares nunca llegaron a abandonar este lugar de “vanguardia”, es decir, con la fuerte represión que sufrían los sectores populares y las escasas posibilidades de participación en una actividad clandestina que estos tenían, nunca

---

<sup>182</sup> Club Atlético Talleres, uno de los equipos de fútbol locales.



llegaron a formarse las pretendidas “milicias populares” que los seguirían. Aun así, luego de estos operativos ejemplares, las organizaciones reclutaron a muchos militantes.

Se puede pensar que la violencia ejercida tenía, por sobre todas las cosas, menos aspecto de un “combate” regular que de una demostración de fuerzas. Las acciones militares aparecen por sobre todas las cosas como guiadas por un sentido performativo, de “propaganda”, como señala Manuel Poggi, el cual apuntaba principalmente, por medio de acciones realmente espectaculares, expresar el proyecto que las organizaciones político militares querían llevar adelante. Las mismas, si las tomamos como un discurso, se dirigían a dos destinatarios: por un lado el poder estatal y los agentes del imperialismo, a los que enfrentaba, y por el otro el “pueblo” del cual se esperaba adhesión. En la práctica, los límites en ese “otro” y sus caracterizaciones fueron variando, llegando en ocasiones a desdibujarse cuando la lógica del enfrentamiento se agudizó.

Para comprender la complejidad de actos y representaciones que implicaba la violencia en este contexto trazaré una tipología de los mismos, desde donde las experiencias personales se tornarán comprensibles.

La lucha armada era pensada como una estrategia, por lo tanto las acciones armadas pueden ser clasificadas en torno a sus “objetivos”. Los mismos se pueden agrupar en varios tipos aunque muchas de ellas los combinaban. Por un lado, existían acciones que en las categorías nativas se denominan de “objetivo económico”, las mismas apuntaban a la “recuperación”<sup>183</sup> de ciertos bienes, desde elementos de necesidad básica como comida<sup>184</sup> o colchones que luego serían repartidos entre los sectores más carenciados, pasando por la “recuperación” de armas para la “lucha popular”. Estas acciones al estilo Robin Hood volvían vulnerable a los ojos de la sociedad a los poderes del Estado, al tiempo que lo suplantaban en su faceta económica de

---

<sup>183</sup> En las categorías nativas una “recuperación” difiere de un robo, aunque en las categorías “normales” lo sea. Si bien legalmente responde al delito de “robo”, el cambio en la terminología refleja una forma de concebir (y de atentar) contra la propiedad privada o estatal. La “expropiación” término equivalente a “recuperación”, refiere a un procedimiento legal donde el estado sustrae bienes privados a sus propietarios con un fin público compensándolos con una indemnización. En esta concepción de “expropiación” las organizaciones suplantaban al Estado, erigiéndose como representantes del pueblo a quien, según el discurso, pertenecían originalmente los bienes sustraídos y de los cuales eran privados por el estado o los grandes monopolios económicos.

<sup>184</sup> Los repartos de comida y los alimentos seleccionados para ser redistribuidos son muy simbólicos. El principal es la “leche”, asociada a la alimentación de los niños y “dadas” arquetípicamente por las madres, de este modo lo “dado” tiene un plus simbólico al instalarse en las representaciones sobre algo universal y “sagrado”.

“redistribución”<sup>185</sup> (Bourdieu; 1996). Las mismas según Gillespie (1987) gozaron de la simpatía popular más que ninguna otra estrategia de las organizaciones.

Las “tomas” de ciertas localidades, como Garín (por la FAR) y la Calera (por Montoneros) combinaban varios tipos de demostraciones preformativas por medio de la acción armada: se “recuperaban” armas y dinero a la vez que la exhibición armada y la “propaganda” realizada en el lugar apuntaba a vulnerar la legitimidad del Estado y su monopolio legítimo de la violencia, buscando tener en la población un cierto efecto “pedagógico”, de “contagio”, ya que, numéricamente las “fuerzas populares” nunca superaban a los ejércitos oficiales como para enfrentárseles en un combate regular. La redistribución posterior, por su parte, buscaba el reconocimiento de ciertos sectores y su “contradon” (Maus; 1979) en términos de “apoyo”, “simpatía” o “compromiso” con la causa.

Otros tipos de acciones implicaban directamente a personas a las cuales se pretendía amedrentar o de las cuales se quería obtener un beneficio. Los “sustos” dados mediante la explosión de bombas o los secuestros a directivos de fábricas o a “burócratas sindicales”, cuya liberación dependía de la satisfacción de ciertos reclamos gremiales, son un ejemplo de esto. Combinando la “recuperación” y las acciones con personas como “objetivo” encontramos también los secuestros de personajes por la liberación de los cuales se cobraban rescates<sup>186</sup> o los “canjes” por la liberación de militantes<sup>187</sup>. Los secuestros no tenían un objetivo meramente económico, en general el secuestrado, al margen de ser una persona cuya posición económica permitía exigir un rescate, era un

---

<sup>185</sup> Según Bourdieu (1996) la faceta redistributiva del Estado tiene como función corregir las desigualdades sociales, creando al mismo tiempo un cierto reconocimiento, una legitimidad de las instituciones estatales por parte de los ciudadanos.

<sup>186</sup> El caso más conocido fue el secuestro de los hermanos Juan y Jorge Born, principales accionistas de Molinos del Río de la Plata, el mayor conglomerado productor y exportador de cereales de Argentina el 19 de setiembre de 1974. Por la liberación de los hermanos Born Montoneros cobró 60 millones de dólares, al día de hoy, la “plata de los Born” constituye casi una leyenda, algunos dicen que fue depositada en Cuba, otros que sirvió para financiar actividades en el exilio e incluso tras la reapertura democrática.

<sup>187</sup> El 10 de agosto de 1974 integrantes del ERP tomaron la fábrica militar de Villa María de donde “recuperraron” una importante cantidad de armas y explosivos, secuestrando también al mayor Larrabure. Por su liberación se exigía la liberación de cinco militantes del PRT-ERP, sin embargo, el gobierno mantuvo una política de no negociar el “canje” requerido. Larrabure fallece el 19 de agosto de 1975, tras 372 días de cautiverio, fecha ratificada por el ERP en un comunicado, y el 23 de agosto de 1975 aparece su cadáver en un descampado. Las versiones acerca de la muerte de Larrabure son controvertidas, la autopsia realizada señala que murió por estrangulamiento, pero que no exhibía rasgos de maltrato o tortura. Por lo mismo, mientras los militares dicen que fue asesinado por el ERP, estos últimos dicen que se suicidó en un descuido, ahorcándose.

“símbolo” de algún tipo de poder: militar, político o económico. En este sentido los secuestros tenían como principales blancos a militares, representantes de países considerados “símbolos del imperialismo” o empresarios.

Un cuarto tipo de acción emprendida por las organizaciones, muy relacionadas con las anteriores y las más controvertidas desde el presente, eran los “ajusticiamientos”, de los cuales el del Tte. Gral. Pedro Eugenio Aramburu constituye un caso ejemplar.

“Con Aramburu, primero, se secuestra a un torturador y a un fusilador, y la idea fue hacerle un juicio popular, un juicio revolucionario, porque él había sido el asesino de muchos peronistas... y el *torturador*. Entonces se consideró, eso se puede discutir, pero lo que se consideró, en mayo del 70, fue que haciendo justicia popular se creaba una conciencia en la población de que ellos no eran inexpugnables, que no eran imbatibles y que en algún momento la justicia del pueblo llegaba. Esa fue la *idea*, después se puede discutir si fue o no correcto.

Mariana- A mí me interesa saber por qué se le aplicó, en cierta forma, una pena de muerte.

Manuel- Se le hizo un juicio revolucionario y se le aplicó la pena de muerte, *efectivamente*, pero no se hacía eso con un cana, con un suboficial, con un policía, con un gendarme, se hizo con un general de la nación, ex presidente de la nación y ex golpista, no se hizo con todo el mundo eso.

Mariana- Te pregunto lo de Aramburu porque de hecho es el único caso que yo mirando por documentos, me parece que está como más clara la caracterización de quien era...

Manuel- Claro, aparte se lo eligió con ese objetivo, también después evaluando, porque después de Aramburu nosotros les preguntábamos a los peronistas, en secreto, qué pensaban, y muchos peronistas nos decían ‘bueno, mirá, ahora le toca al almirante Rojas<sup>188</sup>’, así, *aceptaban* la justicia revolucionaria y consideraban que le tocaba a Rojas y a otros famosos asesinos, a los que bombardearon la plaza de mayo, como es Francisco Manrique, no sé si lo has escuchado nombrar, que fue un capitán de navío que comandó la cuadrilla de aviones navales que bombardeó la plaza de mayo, donde murieron 300, 400 obreros, entonces la gente pedía ese tipo de justicia, aparte simpatizaba con nosotros, no es que estaba horrorizada, aterrorizada con la violencia revolucionaria y despreciaban eso sino que la gente te entusiasmaba, te estimulaba a que vos hicieras eso, que es totalmente lo contrario a lo que está pasando ahora, ahora nadie te va a pedir que agarres a Videla y le hagas un juicio revolucionario, porque estamos en una época *totalmente* distinta.” (Manuel Poggi)

El “ajusticiamiento”, como la “recuperación”, es reconstruido con un sentido diferente a un simple “asesinato”, los ajusticiamientos tenían, aparte de una función punitiva, una intención ejemplar. Mediante un tribunal revolucionario se juzgaba a la persona, en presencia, por sus crímenes contra el “pueblo” para luego, dado el veredicto, ejecutarlo.

Los “ajusticiamientos” son las acciones que más dudas siembran desde el presente en su evaluación y son los focos de la mayor parte de las “autocríticas”, pero las mismas no solo recaen sobre el paso sin retorno que constituye el matar sino sobre todo sobre el

---

<sup>188</sup> El almirante Rojas es uno de los símbolos más emblemáticos de la represión durante el golpe del 55. Fue el encargado de bombardear aéreamente la Plaza de Mayo.

consenso que los mismos tuvieron entre el “pueblo”. Según Manuel los peronistas, lejos de estar horrorizados, simpatizaban y alentaban este tipo de hechos, pero esto siempre puede ser “discutible”. Diferente a un “objetivo económico”, un “objetivo humano” resulta mucho más controversial ya que cala en un sentido mucho más “sagrado”, el valor de la vida humana y, por ello mismo, es mucho más difícil de justificar. Además, los “ajusticiamientos” responden a todo un procedimiento altamente racionalizado e intencional, diferente al de la lógica del combate, donde el oponente está en la posibilidad de defenderse. Por medio de los ajusticiamientos las organizaciones buscaron suplantar una vez más a las instituciones oficiales, esta vez a la justicia<sup>189</sup>.

Pero el término mismo es curioso, al ser denominado como “ajusticiamiento” y no como “asesinato” o “venganza”<sup>190</sup>, cosa que los entrevistados se esmeran en diferenciar, aquella “pena de muerte” ejecutada por las organizaciones busca parecerse a una institución “legítima”: la justicia, pero paralela: “popular”. Al igual que el armarse en defensa de la soberanía, vulnerando el sentido de “violencia legítima” que monopoliza el Estado, la “justicia popular” monopoliza los intereses y la legitimidad del “Pueblo”, la violencia simbólica capaz de separar culpables de inocentes (Bourdieu; 1999). Sus ejecutores y toda la performance del juicio revolucionario, reproducen el funcionamiento de un tribunal (con jueces y acusaciones).

Otro tipo de muertes retratan otra lógica del enfrentamiento violento. Ambos sectores enfrentados utilizaban la categoría de “vuelto”, para nombrar a una especie de

---

<sup>189</sup> Bourdieu señala que “el Estado, que dispone de medios para imponer e inculcar principios duraderos de división conformes a sus propias estructuras, es la sede por antonomasia de la concentración y del ejercicio del capital simbólico. El proceso de concentración del capital jurídico, forma objetivada y codificada del capital simbólico, sigue su *lógica propia*” (Bourdieu; 1999; p. 108). La autonomización del campo jurídico ha llevado a que los conflictos entre particulares o entre sectores enfrentados sean resueltos por la vía “pacífica” de la justicia, pero, como recalca el autor, esta misma operación tiene como contraparte el ejercicio de una violencia simbólica “legítima”: la justicia y sus funcionarios tienen delegado el poder de separar lo que está bien de lo que está mal y en consecuencia de nominar a algunas personas como inocentes o como criminales.

<sup>190</sup> Una de las preguntas que orientó esta investigación, basándome en la que se realizara Da Silva Catela en su trabajo fue “¿Por qué en una sociedad donde las Fuerzas Armadas desaparecieron a 30000 ciudadanos, no se apeló a la venganza como estrategia social?” (da Silva Catela; 2001; p. 21). En las entrevistas, los significados acerca de la venganza fueron tomando forma, la venganza es un tipo de relación violenta pero entre particulares o entre grupos muy restringidos (al tipo de las venganzas entre familias), es en cierta forma un conflicto privado y no político. Los militantes ejercían la violencia buscando un efecto en el ámbito de lo público, por lo cual, un acto personal desvirtuaba el sentido y la justificación de lo políticamente planteado. Disueltas las organizaciones, un acto de ese tipo solo podía ser llevado a cabo de manera personal, y eso es el “sinsentido” que los ex militantes encuentran en esa posibilidad.

cadena de reciprocidad en los asesinatos, cuando se producía una muerte en uno de los sectores, el otro amenazaba con cobrarse cinco. “Cinco por uno, no va a quedar ninguno”<sup>191</sup>, rezaba una consigna de las organizaciones revolucionarias, refiriéndose a que por un militante muerto caerían cinco de sus enemigos, pero en la práctica este método fue más bien empleado por los represores<sup>192</sup>. Ante la muerte de alguno de ellos se desencadenaba una “cacería” a los militantes<sup>193</sup>.

Pero volviendo a lo general, en todos los casos la “propaganda armada” era un componente esencial de las acciones. El objetivo no era simplemente “abatir” al enemigo, sino ganar consenso entre amplios sectores de la población. Por supuesto que, tratándose de acciones clandestinas donde la violencia debía hablar casi por sí misma, el sentido de la misma gravitaba entre la claridad en la justificación de la acción violenta (donde una ética mucho más general que la de los militantes viene a jugar un papel preponderante) y el supuesto consenso popular que esta tendría<sup>194</sup>. El consenso popular, respondía a las evaluaciones que se realizaban de antemano sobre los “objetivos” pero eran mucho más difíciles de evaluar a posteriori, ya sea por los dilemas éticos implicados en las muertes o

---

<sup>191</sup> Esta consigna, completa, es “cinco por uno no va a quedar ninguno/ tenemos los fusiles del 141”, y era coreada por los militantes del PRT-ERP en alusión a la toma del regimiento 141 de la ciudad de Córdoba en 1973. Al respecto dice Tcach “ el numeroso armamento obtenido en la acción, sirvió de soporte aggiornamento de la legendaria consigna de Perón, formulada en 1955. En su formulación original consagraba la hipótesis de la necesidad de responder a la violencia con una violencia mayor. Después de la masacre de Ezeiza, su significado se asociaba con la respuesta al accionar de los grupos parapoliciales y paramilitares.” (Tcach; 2003; p. 47)

<sup>192</sup> Al respecto Calveiro señala que “Entre mayo de 1973 y abril de 1974 se produjeron 1760 hechos armados; entre mayo de 1974 y abril de 1975 fueron 2425, y entre mayo de 1975 y marzo de 1976 ascendieron a 4324. Para los mismos periodos las muertes se distribuyeron como sigue: 754 en el primer año, 608 en el segundo y 1612 en el tercero, con fuerte predominancia de bajas de la izquierda y el peronismo disidente (68 por ciento). A medida que fue avanzando el periodo, se registró mayor proporción de muertos y menor de heridos (...) guerrillero capturado era guerrillero muerto...” (Marín en Calveiro; 1995; p. 63).

<sup>193</sup> La palabra “vuelto” indica una forma de reciprocidad como intercambio, no ya de bienes sino de males. Es interesante destacar que esta parece haber sido una de las primeras acepciones del término, dice Abduca “los pitagóricos concebían a la reciprocidad (*antipeponthos*) como forma de justicia: que cada uno sufra lo mismo que le hizo sufrir al otro” (Abduca; 2007), si bien el contradon (el cual no es un *bien* sino un *mal* en este caso) genera la ilusión de “igualar” y nivelar la injusticia, no es menos cierto que, así como en los intercambios de bienes se reafirman jerarquías y reconocimiento, lo propio sucede con la reciprocidad de males. Desde este punto de vista se entiende que este haya sido un método mucho más empleado por los represores.

<sup>194</sup> Para hacer un contrapunto con el caso de Aramburu se puede hablar del caso del ajusticiamiento de José Ignacio Rucci (Secretario General de la CGT) en 1974, donde nunca quedó claro si había sido Montoneros el autor del hecho, ni hubo una argumentación tan clara sobre su legitimidad. La ambigüedad que desató este hecho trajo consecuencias, como la “reprobación” de Perón y el agudizamiento de la disputa con el líder. Desde el hoy, sobre ese ajusticiamiento recaen muchas “autocríticas”, sobre todo por no haber sido claro en su mensaje. Ver Gillespie (1987)

por el aislamiento de la misma clandestinidad, evaluar una acción con los sectores dentro de los cuales se buscaba obtener consenso se volvía dificultoso.

He hecho toda esta descripción del tipo de acciones que llevaban a cabo las organizaciones a fines de encuadrar, en diferentes circunstancias generales, las experiencias personales de los entrevistados. En la memoria sobre estos hechos priman las explicaciones “estratégicas”, habiendo en ella una alta racionalización manifestada en el relato de cómo escogían a un “objetivo” y como eran seleccionados ellos mismos (según sus méritos y jerarquías) para participar en las mismas.

La racionalización del ejercicio de la violencia se manifiesta también en el vocabulario al referirse a la acción militar. Como en los ejércitos regulares, la eufemización de ciertos elementos que comprometen temas moralmente tabú, como la vida humana, denota una forma de “enfriar” temas que moralmente son comprometedores. Al hablar de “blancos” u “objetivos” en vez de “personas”, de “bajas” en vez de muertes, de “pasar por las armas” en vez de matar y de todos los elementos técnicos de un enfrentamiento, se manifiesta todo un sistema de significados que tornan tolerables a los actos de violencia (Elias; 2001).

Las organizaciones político militares vulneraron el poder del Estado en todos sus sentidos (como monopolio de la violencia legítima, del poder económico y del sentido de la justicia) pero al mismo tiempo que rompían con las estructuras institucionales en que habían sido socializados debían romper también con las estructuras que, incorporadas, sancionaban internamente el ejercicio de la violencia, la misma, por más que fuera considerada “necesaria” no dejaba de ser vista como un “mal”. Esta ruptura de los contratos civilizatorios, como ya he señalado, tenía un gran soporte “teórico” como justificativo, veamos ahora como se daba en las experiencias concretas, cuando la violencia ejercida o sufrida se hacía carne.

### **Bautismos de fuego**

“...porque vos... todo lo contrario de lo que quieren hacer figurar, que era el aventurerismo de la juventud, no es cierto, porque si no, ante determinadas acciones en las que estuvo en peligro real la vida, vos te hubieras ido, cualquiera se hubiera ido. Y bueno, hubo gente que se fue, que dijo ‘yo no me banco morir’, hablo de mi caso particular, tuve bautismos de fuego muy fuertes, desde muy

joven, las primeras caídas (...) yo me fui poniendo límites y diciendo ‘hasta acá puedo’ y todo lo que hice fue decidido por mí, no presionada por nadie...” (Cristina Salvarezza)

Los “bautismos de fuego” se encuentran en muchos de los relatos, constituyendo verdaderos “rituales de paso” (Turner; 1990) tanto desde los mecanismos instituidos por las organizaciones como en las vivencias de los individuos. Si el bautismo con un nombre “de guerra”, como hemos analizado en el capítulo II, implicaba una nueva forma de nominación del individuo, significativa dentro de este grupo de pertenencia; esto se complementaba con ciertas acciones, que funcionaban como rituales de iniciación en la militancia, y de paso entre el mundo legal y el clandestino. Pero los bautismos además, eran “de fuego”, la expresión es sugerente, por contraposición a los bautismos tradicionales, donde el elemento simbólico es el agua, aquí el bautismo está relacionado con el fuego<sup>195</sup>, palabra asociada al uso de las armas y a la violencia en general. Así estos rituales se relacionan, en términos generales, con vivencias en donde la violencia está siempre presente.

Cabe aclarar una diferenciación por género<sup>196</sup>, las mujeres tienden a relatar los episodios de violencia padecida, aquellos relacionados con un “ejercicio” de la violencia, aunque son requeridos por mí, usualmente son excluidos del relato. Los hombres suelen mostrarse más predispuestos a relatar las acciones militares y a admitir su participación en las mismas, en detrimento de las experiencias que implican haberla padecido.

Los relatos sobre episodios de violencia “padecida” forman parte de lo que los ex militantes (más bien las ex militantes) significan como “pruebas” en la demostración de su compromiso político, a la vez que sirven de legitimación de la violencia “ejercida” en términos de defensa. El haber actuado “correctamente” en las situaciones de padecimiento de la violencia significaba un ascenso en las jerarquías organizativas y esas actitudes son contadas con orgullo en el plano personal.

---

<sup>195</sup> El fuego es un símbolo del uso de las armas, expresiones relacionadas con lo militar como “abrir fuego”, en relación a disparar, o entre los militantes el “fogearse” o los mismos “bautismos de fuego”, así lo indican.

<sup>196</sup> En este sentido, es interesante recalcar lo que dice Jelin respecto de las memorias según género “... las mujeres expresan sentimientos mientras que los hombres relatan más a menudo en una lógica racional y política” (Jelin; 2002; p. 108). Esta afirmación se confirma en las entrevistas aquí analizadas, pero además, la división por géneros a la hora de relatar episodios de violencia ejercida/padecida, se inscriben en las oposiciones entre activo/pasivo presente en la lógica de organización de la violencia por género y en las representaciones sobre las características sobre los mismos en general, condicionando las memorias y los relatos consiguientes.

Se puede pensar que las “caídas” en manos del enemigo, las cuales significaban el paso por situaciones límite (Pollak en Catela; 2001) como la tortura, causarían un efecto disuasivo en las personas que sobrevivieron a ellas. Por el contrario, lo que las experiencias recalcan es su poder potenciador en el compromiso militante, muchos de ellos luego de “caer” y de pasar por las torturas más crueles, sentían redoblado su compromiso con la causa. Cuando le pregunto sobre el miedo a morir María Baraldo me contesta:

“(el miedo) puede paralizar o puede volverte un hombre fuerte, incluso te da herramientas para defenderte... cuando a mí me secuestraron y pasé por la tortura, en realidad no me paralizó... una cosa increíble fue que no tenía que decir, porque yo *no tenía* información (...) Entonces caés, te secuestran, te torturan y ¿De qué vas a hablar? ¿De tu vida íntima? ¿De tu vida privada? Lo que hacés con tu marido en tu casa no lo vas a hablar, el sindicato es público y conocido ¿Qué vas a decir? Entonces en mi caso personal yo no tenía nada que decir, es más, a esa altura yo era una simpatizante del PRT porque mi compañero era del Partido, el sistema de compartimentación establecía determinados niveles de participación que yo no tenía información *para darles*, y ellos supongo que se habrán dado cuenta al cabo de dos o tres días, que no tenían más información para sacarme (...) ellos mostraban fotos y yo sinceramente no reconocía a nadie, si lo hubiera reconocido tampoco hubiera hablado porque estaba como... como indignada, como con mucha bronca, con mucho odio, con mucho dolor porque era todo mentira lo que estaba planteado, no era cierto ‘hacete cargo de’ entonces ‘que me hiciera cargo de’, entonces ‘usted estuvo acá, usted hizo’, entonces eso a mí me reveló, no me paralizó porque no era cierto, entonces ni podía hablar de lo que no sabía ni me iba a hacer cargo de lo que me decían aunque me pareciera honorable lo que habían hecho, aunque me pareciera fantástico el hecho en sí, por ejemplo volar, amenazar a alguien, aunque me pareciera *lícito*, bien hecho, no me podía hacer cargo de algo que yo no hice (...) yo digo que a mí me convencieron los represores porque el mejor trabajo lo hicieron ellos al hacerme cargo de cosas que no tenían nada que ver con mi vida, a lo mejor hubiera sido también una militante, pero yo no tenía idea.” (María Baraldo)

María, al momento de ser secuestrada, era simpatizante del PRT. Los “simpatizantes”, en las jerarquías de estas organizaciones eran personas que colaboraban pero que tenían muy poca participación en las actividades de la organización. Cuando María es “legalizada”<sup>197</sup> y pasa a estar recluida en la cárcel del Buen Pastor, es promovida a “aspirante”, figura que indica un escalafón más en el nivel organizativo y, luego de la fuga del 25 de mayo de 1975, pasa a ser “militante”. Estas “promociones” significaban muchos requisitos (como el estudiar y conocer la “línea” del Partido), pero

---

<sup>197</sup> “Legalizar” o “blanquear” significa salir de la clandestinidad, ya sea de la propia organización o, en este caso, pasar de un Centro Clandestino de Detención a una cárcel regular donde se documentaba su presencia como detenidos, en los CCD esto no se asentaban legalmente las detenciones, por lo cual constituía la situación más riesgosa ya que estaban en calidad de “desaparecidos”. En la provincia de Córdoba, antes del golpe de 1976, las personas hacían al ser detenidas, siempre el mismo recorrido: eran llevadas a la Dirección de Informaciones (DII), dependencia de la policía situada en el Cabildo Histórico, para luego ser trasladados a otras cárceles, como la Unidad Penitenciaria N° 1 o la Cárcel del Buen Pastor.



lo que es interesante notar es que lo determinante en las promociones era un cierto comportamiento en situaciones donde se ponía a prueba a los militantes, sobre todo en cuanto a su “lealtad” y su tolerancia al sufrimiento.

La situación de tortura por la que muchos de los militantes pasaron, tiene todas las características de una situación límite, que al decir de Pollak constituye una situación extraordinaria que “provoca inéditas acciones ante lo imprevisible, situaciones para las que no hemos sido preparados, socializados, iniciados” (Pollak en Catela; 2001; p. 22). En la palabra “iniciados”<sup>198</sup> está la clave de la comprensión de lo que los primeros contactos con la violencia significaron para los militantes. La tortura, antes del golpe de 1976, tiene todas las características del “culto negativo” presente en los rituales de iniciación descritos por Durkheim, en los que el “dolor” y el “sufrimiento” juegan un papel preponderante. En lo personal, el dolor padecido en la tortura genera “fuerzas excepcionales en el cuerpo o en el alma” (Durkheim; 2003). El superar la tortura “sin cantar” (sin delatar) era, en muchos casos, una demostración ante la comunidad (la organización) de que se era digno de entrar permanecer o ascender dentro ella, en base a una convicción política, una fortaleza física, espiritual y moral mayor a la precedente<sup>199</sup>. Esto sin duda es aplicable a un tipo de tortura como la implementada, esquemáticamente, antes del golpe de Estado, hasta ese momento la tortura era limitada en el tiempo, y el “paso” hacia otra situación (y otro status) era previsible y finito. Hasta ese momento, la experiencia previa indicaba que las personas podían ser secuestradas y torturadas, pero no ilimitadamente, en general, tras interrogarlas bajo tortura eran “blanqueadas” pasando a la cárcel<sup>200</sup>.

---

<sup>198</sup> Durkheim (2003) al analizar los rituales de iniciación religiosa, recalca el papel central que tiene el sufrimiento en los mismos, el iniciado sufre el aislamiento, la privación de elementos centrales para su supervivencia, dolores físicos y humillaciones. Si el iniciado sobrevive, ha demostrado su fortaleza y su pureza y está en condiciones de entrar en contacto con lo sagrado.

<sup>199</sup> Es interesante notar aquí la masculinización del discurso, María recalca que el dolor te hace un “ombre fuerte”, la fortaleza por lo tanto, es considerada un elemento masculino, así como la valentía, plasmada en la expresión “tener huevos”.

<sup>200</sup> Con posterioridad al golpe de Estado (y siempre muy esquemáticamente) esta situación cambió por la instauración de campos de exterminio, donde la tortura era ilimitada y el horizonte de posibilidad más seguro no era pasar a la cárcel, sino ser asesinados y enterrados en fosas comunes de manera anónima. Esta situación cambia el sentido que, desde el presente, se adjudica a vivencia de la tortura según el contexto donde se haya desarrollado. Este estado de “liminaridad” ilimitada provocaba efectos específicos en la “moral” de las personas.

En el caso de María, por otra parte, la caída juega un papel preponderante en su identificación con un nosotros y en la representación y los sentimientos referidos a un “otro”. Ella dice que fueron los policías que la torturaron los que la convencieron, es esa acentuación de la diferencia, y los sentimientos de bronca e indignación provocadas por una situación “sin sentido”, lo que hace que se incline definitivamente hacia la militancia.

Las organizaciones por su parte, para promover de un escalafón a otro de las jerarquías a las personas, evaluaban su comportamiento en las “caídas”. El comportamiento “heroico”, ideal, consistía en soportar la tortura sin dar información, sin delatar a los integrantes de la organización ni revelar características de las acciones planeadas, pero esa abstención suponía en la práctica el soportar horrores inimaginables. Las experiencias son dispares, ninguna de estas personas reveló haber dado información bajo tortura, dada la sanción moral existente para con los que “cantaron” entre los militantes<sup>201</sup>, pero es interesante notar es que en este “ideal” de comportamiento en una situación límite lo colectivo se elevaba por sobre lo individual<sup>202</sup> y el “ideal” primaba sobre la carne, sobre el cuerpo y su sufrimiento.

Si el militante superaba el sufrimiento implícito en la tortura sin transigir era considerado, como en los rituales religiosos, un ser más elevado y era premiado por esa actitud. En el caso contrario, y evaluadas las circunstancias, podía ser gravemente sancionado<sup>203</sup>.

---

<sup>201</sup> Retomaremos esto más adelante pero, entre los ex militantes las personas que dieron información son llamados los “innombrables” o los “quebrados”, denotando esto un desprecio (no querer siquiera mencionar su nombre), y en el caso del término “quebrado” (más ampliamente utilizado para todos aquellos que contradijeron sus preceptos morales y políticos posteriormente), el haberse “roto” o “roto” con su accionar el lazo moral con la organización indica una especie de “traición” que es severamente condenada.

<sup>202</sup> El documento “Moral y Proletarización”, de uso extendido en el PRT-ERP puede ser tomado como “norma escrita” de las conductas deseables en situaciones extremas. En un apartado titulado “el temor por sí mismo” como variante del individualismo a desterrar, dice “Al encontrarse en momentos difíciles en que se pone en juego la labor de mucha gente durante mucho tiempo, cuando de su propia decisión depende avanzar o retroceder bajo el fuego del enemigo, cuando de la propia decisión depende delatar o callar bajo la tortura, ante la amenaza inmediata de muerte, el individualista tenderá a ser débil. Lo que en la práctica cotidiana aparecía como defecto menores de compañeros aparentemente excelentes, se revelará en esos momentos en toda su magnitud, como el verdadero cáncer de cualquier organización, la lacra que puede llevar al desastre al los revolucionarios mejor intencionados”. En el texto queda claramente establecida la conducta deseable ante una situación límite: la primacía de lo colectivo, aún ante un dolor que se soporta de manera individual y solitaria. Pero además queda claro que la temeridad, la fortaleza ante el dolor es una *prueba* después de la cual las personas podrán ser calificadas de “excelentes revolucionarios” o de “lacras”

<sup>203</sup> Un tema extremadamente tabú dentro de estas experiencias son los tribunales revolucionarios que las mismas organizaciones realizaban para con los militantes acusados de “delatar”, los mismos eran severamente castigados, a veces, con pena de muerte.

No todos los ex militantes pasaron por situaciones de tortura, en parte porque las “caídas” constituían situaciones azarosas y no deliberadas pero, dada la ilegalidad de las acciones que realizaban, el encarcelamiento y la tortura no eran situaciones inimaginables, aunque si lo fueran los horrores por los que debieron pasar y la conducta en tales situaciones distara mucho de lo previsible de antemano. Muchas veces el accionar de la represión no se limitó a amenazar la propia vida sino que incluyó en la presión física y psicológica para que las personas “colaboraran” a otros, como los hijos, compañeros y familiares de los detenidos. La amenaza y el dolor sobre otros cercanos, en los testimonios, era más difícil de soportar que la propia muerte.

Otros bautismos de fuego, que al igual que los anteriores constituían verdaderos rituales de paso entre los militantes era la participación en alguna acción armada, significando también un “buen comportamiento” en las mimas ascensos y reconocimientos dentro de las organizaciones. El “buen comportamiento” en esos casos era no cometer “liberalidades” que pudieran comprometer la actividad y la seguridad de sus miembros como no “destabicar” información, ser “frío”<sup>204</sup> para tomar decisiones sobre la marcha en el caso que surgieran imprevistos. Son pocos los relatos que ahondan en este punto, en el “ejercicio” de la violencia propiamente dicha.

En lo conversado con algunos de ellos este silencio se debe al temor a consecuencias legales (muchos de ellos fueron procesados por estas actividades y luego amnistiados), pero en un sentido más general considero que la propensión a hablar sobre la violencia padecida en detrimento de la ejercida se debe a que el ejercicio de la violencia (y en su punto extremo, el “matar”) es un tema tabú y al expresarlo se teme a condenas ya no judiciales, sino morales.

Solo Luis Mattini, quien fue “jefe” dentro del PRT, me relató cómo se daba<sup>205</sup>, progresivamente, la inclusión en las acciones armadas:

---

<sup>204</sup> El Código Penal de la Organización Montoneros señala en este sentido una serie de “delitos” que apuntan al castigo sobre el incumplimiento de estas actitudes.

<sup>205</sup> Sólo Luis Mattini e Ignacio Vélez hablaron de este tema directamente. El resto de los militantes no quisieron hablar en detalle o en concreto sobre el ejercicio de la violencia. Cuando yo hacía la pregunta ¿Cómo viviste la posibilidad de matar? Casi nunca afloraban recuerdos concretos sino justificaciones teóricas acerca de la violencia ejercida. En el caso de Ignacio, respecto de quien yo contaba con información sobre su participación en el secuestro de Aramburu y en la Toma de la Calera, si bien le pregunté concretamente por estos hechos él me respondió “Mariana, no te quiero contar las de cow boys, no es ese el mensaje que creo que hay que transmitirle a los pibes”. Ignacio, si bien no niega su

“... como norma era de lo chico a lo grande, por lo menos hasta el año 73, 74, eso fue así, después la misma locura de la organización violó esas reglas, pero al principio el entrenamiento era la práctica, entonces se tenía que cumplir en una serie de pasos. Lo primero que aprendía el compañero cuando se incorporaba, hacía un ejercicio de tiro como para que supiera usar lo que tenía, elemental, la primera operación en sí misma consistía en ir a hacer una pintada con custodia armada, o sea que si alguien venía tenía que resistir. La segunda experiencia era ir a poner lo que nosotros llamábamos un caño<sup>206</sup>, que siempre era de amedrentamiento, ponerlo en un lugar que no lastime a nadie, bum! En Córdoba ponían 100 por día de estos, una cosa así, entonces se iba fogueando, y de ahí el salto era desarmar a un policía, porque es ya lo que se llama un ‘blanco móvil’, no estás tirándole al blanco sino a alguien que se va a defender, entonces desarmar a un policía era todo un operativo, como entrenamiento, porque teníamos que chequear, no era que pasabas y veías uno, después si, después de que tenías un montón hechos sí, pero al principio era que el equipo se reunía ‘vimos a un policía que está en tal lugar, que está de custodia, que está todas las noches’, capaz que estábamos una semana chequeándole los movimientos, planitos, retiradas, posición de combate en el momento, de que armas disponíamos para hacerlo, casi siempre para desarmar a un policía íbamos cuatro, según el lugar donde estuvieras podías tener retirada a pie o retirada en un auto, lo cual complicaba la cosa, porque los autos tenían que ser clandestinos también, no podías ir con el auto de tu tío, y *siempre, en todos los casos* evitando herirlo al tipo, menos matarlo, y además el proceso era que vos aprendías y le ibas enseñando al otro, el jefe de la célula era el que iba adelante, marcaba las cosas, después de esas células se abrían otras células y cada uno iba enseñando a otro.” (Luis Mattini)

Los rituales de iniciación y de pasaje en el ejercicio de la violencia se iban dando progresivamente, como lo señala Luis, de lo más simple a lo más complejo, como una forma de aprendizaje. Según el relato de Luis cada peldaño de estos ejercicios se daba con un maestro quien a la vez que enseñaba los aspectos técnicos y logísticos de las operaciones funcionaba como censor moral de “como” debía ser ejercida la violencia. Así, el iniciado de iba “fogueando”, primero aprendía a utilizar el arma, luego a poner un “caño”, luego a desarmar un policía. Es interesante que Luis al referirse al policía hable de un “blanco móvil”, más allá de ser “algo que se mueve” o se puede defender, un blanco móvil es un ser humano, y las reglas éticas que rigen el comportamiento hacia el mismo son diferentes. Al mismo tiempo Luis no habla de sí mismo ni de personas concretas, sino un “compañero” general e hipotético. La eufemización de los términos es un indicio de la tecnificación que, al igual que en los ejércitos regulares, opera cuando se trata de aplicar la violencia a otras personas, a fines de tornarla tolerable.

En las charlas que manteníamos con algunos entrevistados, antes o después de las entrevistas, se me manifestó que el verdadero “ritual” de paso en el ejercicio de la

---

participación en estos hechos, selecciona para el relato la valoración crítica de los mismos, dando cuenta de los elementos que son tabú en estas experiencias.

<sup>206</sup> Bomba casera hecha con pedazos de tuberías y pólvora.

violencia, era el desarmar a un policía, si la operación resultaba exitosa, el militante era considerado apto para el “combate”, el arma adquirida pasaba a ser de su propiedad como un botín de guerra.

Sin embargo, aunque enunciado como un procedimiento técnico, implicaba una vida humana, con lo cual estas acciones no quedaban por fuera de ciertos condicionamientos morales y políticos: el imperativo de no herir y en el extremo de “no matar” al enemigo, se encuentra en todos los relatos. Por el mismo motivo, estas acciones se cuentan en general referidas a otras personas, técnicamente, o se relatan las acciones “limpias”. Algunas personas me contaron que en alguna ocasión el operativo “se les fue de las manos” y hubo heridos, estos casos son recordados con angustia, prima la desesperación en los días posteriores por saber si el herido se habría convertido en un “muerto”. Las memorias sobre esa incertidumbre van acompañados de numerosas sensaciones corporales, donde lo recurrente es haber sentido náuseas, o haber vomitado. La reacción corporal ante la transgresión es sugerente, el “asco” sin duda es una de las manifestaciones de la repugnancia hacia un hecho, donde “el cuerpo” expresa la contradicción moral. Estas experiencias, aunque angustiosas, siempre culminan en la confirmación de que el policía había sobrevivido. Aunque con un “final feliz”, las mismas en general son silenciadas, relatadas por fuera de la grabación, expresando una contradicción entre lo deseable política y moralmente y las contradicciones de emplear la violencia como estrategia.

Las memorias sobre la violencia ejercida, al día de hoy, buscan recalcar más en los aspectos generales que en los “concretos”, siendo el matar y las formas de matar, como he dicho antes, un tema que disputa las fronteras morales entre la violencia ejercida por ellos y por el “enemigo”.

### **“Al límite entre la vida y la muerte”**

“... nunca me planteé la posibilidad de matar, siempre me planteé la posibilidad de morir, y te digo más, creo que nos *preparábamos*... yo personalmente estaba más preparada para morir que para matar. En mi última detención, porque tengo tres, yo estaba convencida de que me mataban, lo único que me preocupaba era que Federico (su hijo) quedara... que la abuela supiera que yo estaba detenida y que Federico estaba conmigo para que lo pudiera rescatar. Una vez que me di cuenta que eso ya estaba dije ‘bueno, ya está, muero en paz’. Entré en crisis, pero en una crisis como nunca *en mi vida*, cuando me di cuenta que no me mataban, *que me tocaba otra vez la cárcel, otra vez!* Yo dije ‘Otra vez no’, por eso el planteo de la vida o de la muerte era una

circunstancia que uno la podía asumir, estábamos preparados para eso, no era ninguna cosa dolorosa ni sacrificada, asumí riesgos más que asumir la muerte, a nadie le gusta morir, no éramos suicidas, pero sabíamos que había un riesgo.” (Cristina Bollatti)

La muerte propia entre los ex militantes aparece como algo tolerable, mucho más tolerable que caer en manos del enemigo o la muerte y el sufrimiento de otros que estaban bajo su responsabilidad en algún sentido. Todos recalcan que “no eran suicidas<sup>207</sup>” que el cuidado (dentro de la situación de riesgo) era extremo, pero que no se pensaba la militancia en términos de riesgo sino de posibilidad. En ese marco, la muerte o el sufrimiento es visto como un “sacrificio” en pos de la obtención de un fin superior.

Con respecto a la posibilidad de morir, una diferencia significativa entre los discursos de hombres y mujeres es el hecho, en los hombres, de considerar a la posibilidad de muerte propia en aquel momento como algo “inconsciente”, hipotético, equiparable a un accidente “de un joven que hoy en día va por una autopista a 200 kilómetros por hora”, dice Rodolfo Rapetti. Para Luis Mattini, por otra parte, la “adrenalina” que implicaba realizar una acción armada relativizaba la posibilidad de morir.

“... el temor mayor era a que te agarraran vivo y torturado. Yo creo que si se hubieran dado las circunstancias hubiera hecho lo imposible por no caer vivo, a eso le tenía más miedo que a la posibilidad de morir, pero al mismo tiempo la posibilidad de morir era abstracta, no se si me explico... no lo estoy diciendo como valentía, sacale cualquier calificación, ni temeridad ni valentía, por lo menos en mi caso, era una abstracción, era como hablar de un accidente, puede ocurrir, me ha pasado... en una oportunidad salimos de una operación que hicimos, que asaltamos a la usina atómica de Atucha, la asaltamos porque queríamos las armas, y en la retirada tuvimos un enfrentamiento *infern*al y a mí se me había trabado el fusil, estaba en una camioneta así (se

---

<sup>207</sup> Es interesante reflexionar como la vida y la muerte, y la disposición sobre la vida y la muerte, puede variar según los contextos. Los militantes montoneros, propiciaban en suicidio en ciertas circunstancias, los mismos disponían de una pastilla de cianuro para, en el caso de ser capturados, suicidarse por envenenamiento. La captura en estos casos, era considerada peor que la muerte. Un caso emblemático es el de Victoria Walsh, quien al ver que iba a ser capturada, subió al techo de la casa y dijo a sus captores “ustedes no nos matan, nosotros elegimos morir” y se suicidó con un tiro en la sien. Como la autoinmolación en otras culturas, el suicidio se vuelve un acto ejemplar, un símbolo de valentía y resistencia. Hay que aclarar que los suicidios de estas características se dieron cuando la represión se agudizó, en los campos de concentración los captores no solo disponían de la vida de los militantes, sino también de su muerte. Calveiro relata con respecto a Norma Arrostito (líder de Montoneros) en la Escuela de Mecánica de la Armada “Arrostito fue ‘salvada’ dos veces del cianuro, ya que intentó suicidarse en dos oportunidades consecutivas; no brindó ninguna información útil durante toda la tortura y luego fue asesinada por uno de los médicos de la marina, curiosamente con una inyección también de veneno.” En estos contextos, el suicidio toma matices de heroicidad, la distancia entre una muerte en combate y una muerte en la tortura y la posibilidad de dar información a los captores lo vuelve, por paradójico que pueda parecer, una opción racional dentro de una conducta militante.

agacha) y sentía que las balas picaban ¿Viste cuando sentís que pican...? (silencio) viste, te digo a vos... (se ríe).

Mariana- La verdad que no... (risas)

Luis- Como en las películas... y yo, esas son trampas de la mente, estaba puteando, como buen mecánico, puteando al compañero que me había dado el arma en malas condiciones, estaba trabada porque no estaba bien limpia, ‘este *pelotudo*’, y sentía eso y pensaba ‘puta, una de esas es para mí’.” (Luis Mattini)

En la moralidad de las organizaciones un militante debía resistir hasta la muerte, la idea de la muerte propia llegaba a ser tolerada poniéndola en el marco del “heroísmo” que significaba “dar la vida” por la causa. En este contexto, la muerte imaginada era una muerte en combate, “de un tiro”, llegando a ser incorporada como la forma “digna” de morir, cosa que retomaremos más adelante cuando hablemos de la supervivencia. En el marco de ese proyecto colectivo, la vida individual sólo tenía sentido dentro de lo colectivo, si morían las “banderas de lucha” serían tomadas por otros que continuarían el proyecto. “A un compañero no se lo llora, se lo reemplaza”, me dice Norma Álvarez, trayendo a la memoria una frase que, a modo de “pésame”, se decían los militantes ante las caídas de otros compañeros. Esta frase, formaba parte de las “fórmulas” que permitían comportarse socialmente ante esos acontecimientos vitales y reafirmar una comunidad, pero además denota el valor que adquiere la individualidad en este contexto. Que un compañero resultara “reemplazable” choca con los valores que se le puede adjudicar a la distancia y desde una “sociedad de individuos” (Ariès; 1988) a cada una de esas vidas, pero es comprensible en ese contexto donde lo colectivo primaba sobre lo individual, donde un proyecto por el cual valía la pena morir prometía una felicidad que quizás ellos no verían pero si “sus hijos” o “el pueblo”. La muerte propia en este contexto, podía imaginarse como un acto heroico, como una forma de terminar la vida que “valía la pena” en nombre de un proyecto, de un sueño mucho más grande que el individual<sup>208</sup>.

En esta representación del heroísmo, el miedo a morir es difícilmente expresado. El miedo a la muerte se manifiesta con más claridad cuando se trata de otros con los cual se mantiene una cierta responsabilidad en términos de jerarquías, ya sea organizativas

---

<sup>208</sup> Elias (1989) señala que las formas de morir están en correspondencia con las formas de vivir. En nuestras sociedades en las que el proceso de la civilización ha disminuido los riesgos de sufrir una muerte violenta y el avance de la higiene y la medicina han prolongado sustancialmente los años que viven las personas, se piensa en una muerte “natural”, como producto de la vejez. La representación de una muerte heroica y a una temprana edad, contradice la representación de “muerte natural” pero, como ocurre en todos las instituciones en que se lleva a cabo una actividad violenta, no representa una situación “deseada” pero si una forma de morir acorde a la vida que se ha llevado, a un “honor” de combatiente.

como con respecto a subordinados a quienes se “atendía políticamente” o se “dirigía militarmente”; o generacionales, como hijos o hermanos menores que comenzaron a militar por la influencia de estas personas.

Con respecto al “matar” las censuras morales se manifiestan mucho más. En el libro de Gorbato (1999) Ernesto Villanueva, ex militante montonero, dice a los entrevistadores:

“Villanueva- Total, no me van a preguntar nada más terrible que lo que me preguntó mi hijo.

Gorbato- ¿Qué te preguntó tu hijo?

Villanueva- A los nueve años me preguntó: ¿Papi, vos mataste gente? (...)

Gorbato- ¿Y qué le contestaste a tu hijo?

Villanueva- Lo mismo que les pienso contestar a ustedes. Que esas preguntas no las respondo, que hay veces que en la vida de las personas se toman decisiones que son colectivas, producto de una época y un lugar, de un contexto determinado. En eso no se puede juzgar con la mentalidad de hoy. No eran responsabilidades ni actos individuales.” (Gorbato; 1999; p. 266-268)

La preocupación de casi todos los entrevistados, es que lo que yo particularmente, mi “generación” en general, o “sus hijos”, podamos pensar sobre eso<sup>209</sup>. En estas preocupaciones, siempre surge el tema de “ponerlo en contexto” y demostrar que ellos “no fueron asesinos”. El “contexto” en el que ponen énfasis los entrevistados y Villanueva, tenía su propia moral que, observada desde el hoy, puede desencadenar juicios, propiciando el silencio.

Con respecto a matar, los testimonios son más escuetos, se refieren a situaciones hipotéticas o al ejercicio de la violencia en sentido abstracto. Así responde Luis Mattini cuando le pregunto sobre los ajusticiamientos:

“Mirá, a mi no me tocó nunca tener que ajusticiar a nadie a sangre fría, y no lo digo para salvarme de ninguna responsabilidad porque en realidad fue porque no me tocó, porque si me hubiera tocado tenía que cumplirlo y no obligado, no es obediencia debida sino consciente, eso no me tocó nunca. Me tocó, si, estar en tiroteos en los que yo no sé a quién he herido o matado, porque en un tiroteo no se ven muy bien las cosas, es mi experiencia, en el revoleo ese no estás muy seguro,

---

<sup>209</sup> Nunca pregunté sobre el hecho concreto de haber matado a alguien, siempre sobre la posibilidad. Puede que mi modo de formular la pregunta haya contribuido a moldear la respuesta también de modo hipotético, pero esto se debió a una reflexión de mi parte. La situación relatada por Villanueva en el libro de Gorbato es bastante general, por las conversaciones compartidas con otros hijos de militantes yo sabía que muchos hijos, al saber que sus padres fueron guerrilleros les han hecho esta pregunta. La reacción de los ex militantes ante estas circunstancias entraña contradicciones, culpas, pero sobre todo un terrible temor a ser juzgados y repudiados por “tener un muerto encima”. Si bien estos crímenes fueron juzgados en la década del 80 o prescribieron, el hecho conlleva muchas condenas morales, de modo que decidí formular las preguntas en modo hipotético.



pero si la experiencia que más me ha impactado es que nosotros teníamos, y esto no es igual en todos los protagonistas que hayas visto, nosotros teníamos una línea muy clara por suerte, porque teníamos que hacer un enfrentamiento lo más humano posible, la herencia del Che en eso era sagrada para nosotros, y además de eso teníamos el otro argumento que nosotros teníamos que mostrar a la población que si bien teníamos que usar armas no éramos *asesinos*, sino que era un último remedio.” (Luis Mattini)

Matar y morir eran dos posibilidades que se daban al involucrarse en la lucha armada, pero la política era lo que daba un significado a las acciones violentas. En la misma línea que Villanueva, Luis señala que ningún acto de violencia era “individual” era una “responsabilidad” que el colectivo delegaba en el militante, se puede pensar que esto diluye la responsabilidad individual en la “obediencia” al colectivo, cosa que Luis se anticipa a refutar diciendo que no era “obediencia debida sino consciente”, cosa que una vez más busca distanciar los argumentos a posteriori de los militantes de sus enemigos<sup>210</sup>. Además, desde el presente, las autocríticas se proyectan también sobre el modo de organización vertical de las organizaciones, la falta de democracia interna y el “deber” de obedecer ciegamente a las conducciones. Se pone en tensión aquí la reinterpretación de lo individual y lo colectivo, y de las responsabilidades en esos dos planos, la expresión “obediencia consciente y no debida” no hace sino intentar equilibrar estas dos esferas.

En la moralidad que los ex militantes reconstruyen desde el hoy con respecto a los mismos se buscaba hacer, como dice Luis, un enfrentamiento “lo más humano posible” y matar como “último remedio”. Las reglas de esta relación se basan en caracterizaciones de los “otros”, según las características del otro se llegaba a “amedrentarlo”, “herirlo” y en el extremo “matarlo”. Estos términos, revelan a lo Elias (Elias en Neiburg; 1999) que la violencia puede ser, si la tomamos en forma positiva, una forma de relación con sus reglas y su moralidad propia. Esto último es cierto con respecto a las amenazas y a los “ajusticiamientos” previamente planeados, donde se evaluaba minuciosamente quien iba a ser objeto de la acción armada, pero en otras ocasiones los acontecimientos se precipitaban, como cuenta Luis, y se producía un enfrentamiento, en el cual si bien habían pautas prefijadas la decisión de disparar contra alguien era cuestión de segundos. En este contexto, las muertes de los oponentes son recordadas angustiosamente, así lo relata Ignacio Vélez:

---

<sup>210</sup> La “obediencia debida”, fue un principio que se aplicó jurídicamente a los cargos medios militares para eximirlos de las responsabilidades sobre los crímenes cometidos durante la dictadura. El argumento fue que actuaron bajo presión, “cumpliendo órdenes”.

“Mirá, yo creo que estábamos todos dispuestos a morir pero *dudosamente*, estábamos todos dispuestos a matar, es más, en mi caso personal estaba claro que yo no estaba en condiciones de matar. Posteriormente, cuando ya hubo enfrentamientos, yo llegaba a niveles de angustia brutales hasta que me enteraba que no había sido nada grave, que no había pasado de alguna herida leve, de los otros, no? Pero era una cosa realmente *angustiosa*, de buscar información y ver cómo había terminado la historia, éramos muy... teníamos un alto grado de ingenuidad y de ternura en comparación con los que estaban al frente (...) Esto es desde el discurso, desde la razón, desde el compromiso, ahora, íntimamente, para cada uno de nosotros, fue brutal, esto que no lo niegue nadie ¡fue brutal! Esto de pensar que tenés que ejercer la violencia hacia el otro, por más discurso de autodefensa, que era real, porque los otros eran criminales, era una cosa que nos molestaba muchísimo y siempre en las mismas discusiones y todo, cada paso que se daba era, era una prerrogativa no causarle daño al otro (silencio) es una barbaridad pero ¡Era todo amor!” (Ignacio Vélez)

En el testimonio de Ignacio encontramos ambivalencias, contradicciones en la forma de actuar y de caracterizar al enemigo. En la lógica del enfrentamiento y no ya de una acción estratégicamente pensada como el ajusticiamiento de Aramburu, el “enemigo”, “los otros”, son contruidos en oposición al “nosotros”, eran mucho más “feroces” en su accionar, eran “criminales”<sup>211</sup> según las palabras de Ignacio; por oposición, ellos tenían una gran dosis de ingenuidad, de ternura, de amor, manifestada en la prerrogativa de no causarle daño al otro. Pero sin embargo los otros, por más feroces que fueran, no podían dejar de ser considerados seres humanos, marcando esto ambigüedades en los grados de alteridad e identificación con el enemigo. Sin embargo, la lógica del enfrentamiento llevaba al dilema de tener que matar o morir en términos de defensa, y no ya una defensa “teórica”, una evaluación política sobre por qué ejercer la violencia contra ese enemigo, sino en una situación concreta e inmediata.

Internamente, según relata Ignacio, la violencia ejercida resultaba “brutal”, “lacerante”. Elias (2001) emplea la noción de *doble vínculo* para caracterizar los mecanismos internos y externos por medio de los cuales se reprime la violencia. Por medio del proceso de la civilización, el ejercicio de la violencia es reprimido primero externamente, pero luego esa represión va siendo incorporada, genera autocensura, miedo y cuando es transgredida no solo genera castigo “externo” sino también sentimientos de culpa, repugnancia, angustia, remordimiento, como hemos señalado anteriormente.

---

<sup>211</sup> Las dos expresiones marcan una diferencia en la forma de concebir la violencia y en los códigos con los que era ejercida, respectivamente.

El padre Mujica, sacerdote del tercer mundo y uno de los principales referentes de Montoneros posteriormente asesinado por la Triple A, dijo en una ocasión “estoy dispuesto a que me maten pero no a matar”<sup>212</sup>. Dentro de una concepción cristiana, la posibilidad de morir resultaba mucho menos conflictiva que la de matar. El involucrarse en la lucha armada ponía a los mismos en una contradicción con esos preceptos, por más que estuviera justificada, la violencia ejercida suponía desandar los valores incorporados. En este contexto, el sufrimiento propio se vuelve más tolerable que la culpa o el remordimiento implícito en el hecho de matar.

“Fue tan brutal eso de pensar que uno iba a responder a la violencia brutal con que se estaba castigando despiadadamente a nuestro pueblo con una autodefensa y que uno iba a entrar en ese juego de violencia, yo creo que fue tan brutal que nos exigió superarnos, nos exigió encerrarnos, nos exigió autoconvertirnos en héroes, era hacer un esfuerzo sobrehumano como para asumir eso que te estaban *obligando* a asumir para pelear, para construir una alternativa de defensa popular.” (Ignacio Vélez)

En términos más generales, romper los contratos civilizatorios en los que habían sido socializados suponía transgredir las interdicciones que socialmente se establecen y se castigan frente a los episodios de violencia por parte de sectores ajenos a los órganos estatales destinados a tales fines. Las acciones donde se ponía en juego la vida humana, aunque justificadas con lecturas políticas y reafirmadas por el “heroísmo” y la “entrega” que suponían dentro de sus valores entrañan, en las memorias sobre la lucha armada, innumerables contradicciones.

### **“Al límite entre el bien y el mal”: Violencia, política y moral**

Como hemos venido analizando, los recuerdos sobre la violencia ejercida se pueblan de eufemismos y tecnicismos que buscan racionalizar el ejercicio de la violencia. La violencia en los recuerdos aquí analizados tiene un componente político que la legitima, pero al mismo tiempo se tensiona una y otra vez con el fin humanista que proclamaban las organizaciones. Otro elemento es fundamental en el análisis, aún teniendo en cuenta que en las organizaciones se dio una creciente profesionalización de lo militar, no estamos hablando de agentes profesionales, formados para matar y morir

---

<sup>212</sup> Citado en Gillespie (1987).

como es el caso de los militares o policías “de carrera” donde tal ejercicio se halla socialmente legitimado, sino de personas involucradas en la violencia como un “mal necesario”. Teniendo como fin la igualdad entre los hombres y la justicia al mismo tiempo que empleaba la violencia aquel ideal crea desde el hoy toda una serie de planteos éticos de una complejidad abrumadora.

En el abanico de acciones posibles, si bien la violencia era utilizada de un modo instrumental, racional, dentro de las consecuencias de las mismas el matar y morir no aparece, en los relatos, como algo buscado. La intención de matar es negada sistemáticamente, por un lado porque no matar es una de las interdicciones que una vez transgredidas genera fuertes condenas morales y por otro, porque en el “mensaje” que se intentaba transmitir en aquel momento y sobre el que se busca argumentar en el presente, atentar contra la vida humana tornaba confuso el fin humanista que sostenían las organizaciones.

El ejercicio de la violencia, sus reglas y sus gradaciones, se halla íntimamente relacionado con una concepción del “otro”, del enemigo. Los documentos sobre el “juicio revolucionario” a Aramburu son reveladores en este sentido, tanto en los cargos que lo incriminan como “enemigo del pueblo” como en los procedimientos relatados por sus protagonistas se revela la construcción del “enemigo” que hacia Montoneros, pero principalmente las reglas en lo referido al ejercicio de la violencia. En el comunicado redactado posteriormente a su ejecución, se señalan los componentes que éticamente, diferenciarían a la violencia ejercida por las organizaciones y la ejercida por el “enemigo”, la conservación de sus efectos personales para la posterior devolución a sus familiares, pero principalmente un “canje” de su cadáver por el de Evita.

Los guerrilleros consideraban que el cadáver debía ser restituido a la familia, pero siendo que el cadáver de Evita no estaba en las manos “correspondientes” (las del pueblo) el de Aramburu no sería restituido hasta no recuperar el de su líder femenina. Esta circunstancia, donde los cuerpos a la vez de ser “sagrados” se vuelven intercambiables, revela los límites morales con los que se jugaba el juego de la violencia.

Existen otras diferencias en el ejercicio de la violencia que se marcan como límites con el “otro”, el enemigo. A Aramburu se lo fusila siguiendo un ritual militar digno de un general y su cuerpo recibe “cristiana sepultura”, se encomienda su alma a

Dios. Los límites éticos marcados en los comunicados y relatos sobre el “ajusticiamiento” de Aramburu sin duda tienen un sentido performativo desde el momento que son publicados, sin embargo, denotan también pautas diferenciales de identificación con el “otro” basadas en límites éticos. Para Montoneros, Aramburu es un militar y un cristiano, y eso en cierta manera da forma al ajusticiamiento, existe un cierto código de honor dado por esa caracterización marcando un juego de identificación-diferenciación dentro de esas mismas comunidades morales.

El ajusticiamiento a Aramburu cuenta con todos los elementos “formales” de un “ajusticiamiento”, en otros casos las razones de los mismos no eran tan explícitas ni se daban de manera tan planificada. En otras circunstancias estas caracterizaciones sobre el “otro” y los marcos desde los cuales se puede ejercer la violencia se volvían mucho más confusos, y también las apreciaciones morales al respecto.

Así relata Ignacio Vélez una situación donde habían ido con otros compañeros a hacer una “expropiación” de autos:

“yo estaba armado, habían dos o tres personas, laburantes de ahí, bien los chicos, pero había uno que medio que se había retovado y te imaginás *jamás en la vida* disparar un arma contra un tipo así, *impensable*, era más de intimidación para que nos dejaran llevar los autos. Entonces en un momento determinado yo lo agarro a este muchacho y lo voy llevando del hombro, y se empieza a dar vuelta, a discutirme, y... tenía un lomo bastante considerable, y en un momento dado lo empujo y lo golpeo, pero nada, nada, así, lo toco como diciendo ‘dale’, con la culata, y en ese momento un compañero de atrás me hace el planteo ‘no, no, no, es un compañero, no lo podés golpear’, ‘no lo estoy golpeando, estoy tratando de que camine’, ‘no, no, es un compañero trabajador’, ‘no, si yo no digo que no sea un compañero’ (se ríe).” (Ignacio Vélez)

Todos los testimonios recalcan en el hecho de que se buscaba que las acciones, donde generalmente se producían enfrentamientos, fueran “limpias”. El término es significativo, “limpio” denota en la jerga la ausencia de “bajas”, es decir muertes de los militantes o sus oponentes. Por oposición, lo “sucio” era que el operativo terminara manchado de sangre, cosa que en muchas ocasiones no pudieron evitar. Las más de las veces, los militantes morían en el enfrentamiento o eran capturados, produciéndose muertes también en el sector enemigo.

Con respecto a sus oponentes los testimonios señalan que, en su posible eliminación la adhesión popular que el hecho fuera a tener era lo que primaba, regulando el uso de la violencia. Ignacio recalcó la diferencia entre una acción político militar y un

acto “terrorista”. Según él, una acción mal planeada, mal pensada, era aquella que confundía con su mensaje, si morían personas que no fueran repudiadas de antemano por el pueblo (como “civiles”, o la familia de algún ajusticiado) el mensaje se tornaba políticamente confuso, sólo generaba “terror” y la acción no gozaba de ninguna legitimidad popular.

En ese marco las muertes indiscriminadas, los malos tratos a personas que “se retovaban”, ya sea porque no compartían la acción o porque interfería en su trabajo, introducían malentendidos en el mensaje que las organizaciones querían transmitir con sus acciones, la ambigüedad, la falta de un significado claro podían tener como corolario el “terror” y no la adhesión de los sectores que buscaban captar.

Por otra parte, la construcción del enemigo, del “otro” contra el cual se puede ejercer la violencia resulta fundamental en este análisis. Carnovale (2005; p. 4), en su análisis sobre la construcción del “enemigo” en el PRT-ERP distingue dos tipos de enemigos: uno relacionado con las lecturas político-ideológicas (presente en los documentos y formulaciones teórico-políticas del Partido) y otro con las situaciones concretas (presente en los testimonios de los entrevistados). Creo que esta clasificación también es válida para Montoneros. En un primer nivel el PRT tenía una lectura clasista, según la cual el enemigo era el imperialismo y todos aquellos que se opusieran a los intereses de la clase obrera, para Montoneros, desde una lectura nacionalista el enemigo era también el imperialismo y todo aquel que atentara contra los intereses del “pueblo”. En un segundo nivel, más concreto, ambos tuvieron que enfrentarse a las fuerzas de seguridad o simplemente se vieron en situaciones donde estas formulaciones teóricas se volvieron más difusas. Así relata Manuel Poggi:

“Yo personalmente siempre creí que la lucha armada era una fase de la resistencia contra la dictadura y contra el opresor, en ese sentido nosotros creíamos, *creemos* todavía, que al enemigo no hay que torturarlo, ni matarlo a los hijos, ni torturarlo a la mujer, ni violar sus derechos humanos, eso lo teníamos muy claro desde un principio, desde que empezamos a leer los documentos de los Tupamaros, los escritos del Che Guevara, donde la *moral revolucionaria* del hombre nuevo es el *eje central*, justamente eso es lo que te distingue del aventurero y del anarquista tipo Di Giovanni, que hace violencia sin límites, que le da lo mismo matar a un niño que poner una bomba donde mueran mujeres, me entendés? Nosotros a la lucha armada la considerábamos solo una expresión de resistencia, entonces cuando íbamos a asaltar una comisaría, a desarmar a un policía, buscábamos sacarle el arma, sacarle el uniforme y *no* torturarlo, ni lastimarlo, ni matarlo... *salvo, salvo*, que esté en juego tu vida, si él te pega un tiro ya es un enfrentamiento entre dos combatientes, entonces ahí gana el que saca primero la pistola pero si no se daba ese caso... justamente preparábamos los operativos para evitar las víctimas, tal es así

que la toma de La Calera, por ejemplo, se planificó con ese objetivo y solamente hubo un policía herido porque *él* se resistió a entregar su arma. Eso con respecto al enemigo.” (Manuel Poggi)

Las fuerzas de seguridad podían ser clasificadas según el esquema teórico de las organizaciones cuando se trataba de figuras jerárquicas como en el caso de Aramburu; en cuanto a los agentes de baja posición en esas fuerzas, la lectura entraba en contradicción con lo teórico, ya que en general pertenecían a sectores populares o eran de extracción obrera. De todos modos, cuando el conflicto se agudizó, el enfrentamiento se volvió polar y las categorías de otros se ensacharon, generando contradicciones con las formulaciones anteriormente planteadas.

Pero por otro lado la violencia política se ejerce conforme a ciertas reglas que cuando son transgredidas se transforman en aberrantes. En este sentido, la “desaparición”, la “tortura” y la “apropiación de niños” constituyen fronteras morales ancladas en representaciones que aún dentro del ejercicio de la violencia son “sagradas”: el ocultamiento de un cadáver, la profanación de una tumba, el sufrimiento desmedido, la ruptura y el ocultamiento de los lazos originales de parentesco (en el caso de la apropiación de menores) constituyen “situaciones límite” que quiebran las representaciones culturales y religiosas en las que los individuos son socializados dentro de las sociedades nacionales. Ese límite, al mismo tiempo, es el que diferencia a un “nosotros” del “otro”, a la “moral del enemigo” de una “moral revolucionaria”.

Pero es curioso observar que muchas veces, como lo relata Manuel, los operativos se transformaban inmediatamente en “combates”, donde o se mata o se muere. Esto sucedía cuando “estaba en juego tu vida”, si el otro “se resistía” había que disparar. Aquí, en una escala menor, se da nuevamente la justificación basada en quién comienza con la violencia, es interesante notar que esta argumentación es usada tanto por los ex militantes como por los represores, dando cuenta de las reglas que operan en un enfrentamiento y de los modos de justificación posteriores.

El “militarismo” (que supone la primacía de lo militar por sobre lo político) de las organizaciones hoy es recordado como una “desviación”, desviación que los llevó a agudizar esas contradicciones al ser arrastrados hacia la lógica de sus oponentes:

“... posteriormente el exceso equivocado de elevar a la lucha armada en categoría política determinante, esta confusión brutal que hubo, donde las organizaciones militantes se consideraban

a sí mismas como que eran los actores, los sujetos histórico políticos que tenían que llevar el cambio y la transformación del país, en vez de contribuir, apoyar, fortalecer a las organizaciones sociales y políticas de masas, *esta barbaridad*, provocó un distanciamiento y transformó a los grupos militantes y combatientes en patrullas perdidas que avanzaban y que terminaron cometiendo errores brutales en un enfrentamiento espejo-espejo con las fuerzas de la represión, de aparatos y todo lo que sabemos. (...) esta política de los hechos foco, totalmente sin sentido, llevó el enfrentamiento a la lógica de los otros, porque los otros estaban en condiciones de esperarte dentro de *esa* lógica, dentro de la lógica militarista, ellos buscaban el enfrentamiento armado, ellos no estaban en condiciones de enfrentar una lucha social y una lucha política, que era lo que nosotros teníamos, legítimamente, la razón histórica y la razón política de la dignidad de nuestro pueblo, ellos nos esperaban con el aparato armado, y la conducción de la organización le hizo el juego y entró por ese camino” (Ignacio Vélez)

Ignacio desovilla las causas de la derrota: el excesivo militarismo los llevó a combatir sobre un territorio para el cual no estaban preparados. Pero esta preparación no significa una preparación meramente bélica o numérica, lo que en las categorías nativas se llamaría una “correlación de fuerzas”; refiere más bien a una cuestión de reglas morales. El modo en que actuó la represión superó ampliamente las expectativas de los militantes, ellos estaban dispuestos a morir “combatiendo”, pero no imaginaron los horrores que les aguardarían, el sufrimiento implícito en el aislamiento, la persecución de sus familias, la apropiación de sus hijos.

Luis Mattini dice, a modo de crítica a su generación y con respecto a sus oponentes “los subestimamos”, los enemigos resultaron ser mucho más feroces de lo que ellos se imaginaban. En la “soberbia” y la “subestimación” de los límites del enemigo, en la sobreestimación del apoyo popular, es donde los entrevistados colocan los principales “errores” de su “generación”.

Pero la “soberbia” también significa, en las categorías nativas, “tozudez”, una voluntad sin límites<sup>213</sup> y, desde el hoy, encierra significados ambivalentes. El mundo de la revolución se precipitó y acarreo innumerables sufrimientos, pero al mismo tiempo, señala Luis “sin tozudez... ¿qué cambio sería posible?”. Nostalgia y derrota, errores y aciertos, presencias y ausencias, pasión y tristeza se contradicen, se complementan, se alternan, van y vuelven en la memoria. “Vivimos al límite –dice Norma- al límite entre la vida y la muerte, al límite entre el bien y el mal”. En un contexto de ruptura de los contratos civilizatorios, matar era el extremo de una estrategia concebida como una forma de hacer política; morir una posibilidad cuyas formas se fueron modificando. Entre la

---

<sup>213</sup> Entre los ex militantes uno de los principales temas de atocrítica es el llamado “voluntarismo”, es decir la sobreestimación de la voluntad como fuerza.



vida y la muerte, los límites entre el bien y el mal se tornan confusos y los recuerdos giran en torno a justificaciones, búsquedas de explicaciones, autocríticas. Si la victoria hubiera llegado, quizás estas explicaciones resultarían menos problemáticas, si la muerte hubiera llegado, serían recordados como “héroes” o “mártires”. Testigos y partícipes de una opción radicalizada, perseguidos, condenados moralmente por la historia oficial, los ex militantes buscan con su memoria, disputar el sentido de las experiencias de lucha armada.

## Capítulo IV

### Ni vencedores ni muertos.

La militancia en organizaciones revolucionarias constituyó, para los jóvenes de la “generación del ‘70”, una oportunidad de vivir la política, de participar parlamentaria o extraparlamentariamente en ella, de incluirse en un campo político cuyas reglas les habían negado el acceso o el ascenso dentro del mismo por mucho tiempo. Para los militantes montoneros significó, durante la “primavera camporista”<sup>214</sup> la posibilidad de ocupar cargos públicos, ser diputados o funcionarios a una edad muy temprana. El PRT no llegó a tener presencia en el gobierno pero sin embargo, al interior de la organización se podía “hacer una carrera política” como cuenta Luis Mattini, carrera que en los partidos oficiales hubiera sido si no imposible al menos mucho más lenta.

Sin embargo, la inclusión en el campo político de manera parlamentaria no era, para los militantes de organizaciones político militares, un fin en sí mismo. Había que cambiar radicalmente el sistema, había que hacer la revolución. Dentro del imaginario de ambas organizaciones, cuando hicieran la revolución los jóvenes estarían a la cabeza de ese movimiento. La revolución era el horizonte y todo cambiaría a partir de entonces, con esa esperanza vivían, luchaban, morían. Pero la revolución, que se avizoraba de manera inexorable jamás llegó, y esos sueños quedaron truncados.

Los militantes que sobrevivieron pasaron un largo tiempo huyendo de la represión o en manos de ella, viendo como sus compañeros “caían” y ese mundo se derrumbaba. Casi sin querer aceptarlo, casi sin querer creerlo, vieron disolverse el proyecto al que habían apostado toda su vida y fueron saliendo de aquel mundo poco a poco.

Turner (1990; p. 104) ha señalado con respecto a los *rites de pasagge*, que cuando se pasa de un estado estructural a otro hay tres fases: una de *separación* del mundo hasta

---

<sup>214</sup> Se llama “primavera camporista” al período que se extiende desde la victoria electoral de Héctor Cámpora, delegado de Perón, el 25 de mayo de 1973 hasta el nuevo llamado a elecciones donde finalmente asume Perón como presidente. Este primer momento es vivido con gran euforia por los militantes de la “Tendencia Revolucionaria del Peronismo” ya que en el mismo se ven cumplidos algunos de sus objetivos, como la vuelta del líder de su largo exilio, pero además en la consigna “Cámpora al gobierno Perón al poder” la Tendencia encontraba un lugar en su afinidad con Cámpora y en la inclusión de muchos de sus militantes en cargos de gobierno, lo cual le vale el apelativo de “primavera”, ciclo del año significado como una época marcada por un clima agradable, templado, donde se produce el florecimiento (resurgimiento tras el invierno) de la vida.

entonces “ordinario”, otra *liminar* donde se evidencia la inestabilidad de la transformación y una tercera de *agregación*. En los anteriores capítulos he señalado que la militancia clandestina tuvo una serie de gradaciones en cuanto a responsabilidades y derechos<sup>215</sup>, en cuanto a implicación en la actividad clandestina y el “compromiso” asumido por los militantes. La entrada, el paso de un escalafón a otro dentro de la organización, de un grado a otro de clandestinidad, relacionados tanto con las “caídas” como con la implicación en actividades donde estaba implicada la violencia, eran mediados por estos rituales de paso. Lo propio sucedió cuando tuvieron que salir de aquel mundo.

Pero en sí mismo, el paso por la militancia clandestina en su totalidad puede ser tomado como un estado liminar: con la entrada a la clandestinidad las personas se separaban de su mundo ordinario y el que buscaban alcanzar no llegaba aún, la marcada vulnerabilidad en la que, como señala Turner, los individuos no tienen ni insignias, ni vestidos, ni status “normales”, caracteriza la etapa de la clandestinidad.

Dentro del universo de la clandestinidad tendrían sus propios status, sus propias insignias, sus propios nombres pero, aunque hubiera una cierta “agregación” con respecto a este nuevo mundo, el mismo siempre estaría fluctuando sobre el mundo “normal”, ante este último los individuos se volvían vulnerables, su status confuso, su existencia siempre desdoblada. Al ser un mundo “secreto” siempre se corría el riesgo de que el misterio se develara poniendo en riesgo su vida.

Las organizaciones pugnaban por un nuevo mundo que vulneraba las reglas del mundo dominante. Los detentores del poder invirtieron todos sus esfuerzos en perseguir a sus militantes, capturarlos, “neutralizarlos”, es decir, de conservar un estado del campo político donde eran los establecidos y la distribución de los diferentes tipos de capitales los beneficiaban.

La etapa camportista es un ejemplo de esto, la “primavera” duró poco y los Montoneros, que por un corto tiempo lograron subvertir las reglas generacionales de ascenso en las jerarquías políticas, tuvieron que renunciar a sus cargos y volver a la

---

<sup>215</sup> La dimensión del derecho dentro de las organizaciones político militares es un tema complejo, existían una serie de normas y un sistema de premios y castigos que, al día de hoy es complejo de analizar por el gran silencio que recubre, sobre todo, al tema de las sanciones internas. Intentaremos abordar esto más adelante, cuando nos refiramos al tema de la “traición”.

militancia clandestina. Las reglas del campo político, y de las relaciones previas entre generaciones, volvieron a primar<sup>216</sup>. En el mundo “normal”, la agudización de la represión implicó lo propio para otro tipo de relaciones sociales, como son las de género y clase social, sólo en casos excepcionales se pudo mantener el acercamiento entre clases planteados como ideal o la equidad entre los sexos. Poco a poco la “normalización” que el sistema represivo aplicaba a todos los aspectos de la vida social tuvo efecto sobre la vida cotidiana de los militantes obligándolos a generar todo tipo de estrategias para, a la vez, conservar sus convicciones y no levantar sospechas.

Hacia fines de 1976, las organizaciones habían sido prácticamente desarticuladas por el accionar de la represión. En los últimos meses del gobierno democrático y con la llegada del golpe de estado se generalizaron los secuestros y detenciones, hacia fines de 1976 el “cerco” a las organizaciones ya no solo apuntaba a los militantes, se extendía hacia todos sus grupos de apoyo, tanto los formales (como abogados o médicos) como los informales (familias y amigos). El régimen señalaba que un subversivo podía ser cualquiera “que activara (...) contra la civilización occidental y cristiana”<sup>217</sup> e instaba a la denuncia, dado que casi cualquiera podía incluirse en esta categoría, la población en general buscaba deslindarse de cualquier relación “sospechosa”, cuando no denunciaban explícitamente.

En este contexto los ex militantes fueron quedando cada vez más aislados, si no por el rechazo y la persecución general por una suerte de “protección” que ellos mismos debieron implementar para no comprometer a otros, como compañeros o familiares. La existencia paralela que implicaba la clandestinidad dependía, a fines de supervivencia, cada vez más de las organizaciones. Y cuando se analiza la idea de supervivencia nos referimos tanto la manutención de las personas como su seguridad: cuando la escalada

---

<sup>216</sup> Como lo ha señalado Elias (1997) y Bourdieu (2001) en el campo político se disputan las posiciones de poder en torno a una lucha generacional. Los integrantes de la generación mayor suelen tener mayor “trayectoria”, reflejada en la expresión “carrera política” dentro del campo político y haber acumulado mayor capital. Dentro del mismo, las reglas del ascenso suelen ser lentas y establecer todo tipo de reglas y trabas en el ascenso de los más jóvenes, no solo al momento de evaluar esas “trayectorias” sino que existen mecanismos insitucionalizados que marcan los tiempos del ascenso, como por ejemplo las edades establecidas por ley para ocupar cargos políticos. Por esto mismo, la ortodoxia suele ser una característica de los más viejos, mientras que la heterodoxia (la voluntad de cambiar las reglas de movilidad y acumulación del capital dentro del campo) suele ser característica de los más jóvenes.

<sup>217</sup> Dicho del Gral. Videla, citado en Calveiro (2001; p. 91).

represiva subió, cuando las organizaciones se fueron disolviendo, la vulnerabilidad de las personas se volvió mucho mayor en todo sentido.

Las condiciones que llevaron estas personas a sobrevivir pasando por experiencias extremas como la prisión, el exilio interno o externo o los campos de concentración no son el foco de este trabajo, sino la militancia en esos contextos, cómo es recordada y como la misma sirve para fundamentar identidades en el presente. En este sentido me pregunté ¿Cómo son recordadas las experiencias relacionadas con la represión? ¿Cómo se articulan en las memorias para dar cuenta de las transformaciones en sus identidades políticas y personales? ¿Cómo esas experiencias, marcadas por la situación límite, sirven para definir grupos y pertenencias? ¿Qué nuevas comunidades generaron? ¿Cómo fueron sus estrategias de reconstrucción del mundo a partir de la situación límite? ¿Qué valores, relacionados con esta etapa, operan en la fusión y fisión dentro de las comunidades de ex militantes? ¿Cómo se enlazan las mismas con las experiencias de militancia?

En este capítulo analizaré particularmente las formas de reconstruir el mundo y las identidades a las que la experiencia extrema dio lugar. Las mismas constituyen un filtro en la memoria que condiciona ciertos puntos de vista, y serán analizadas aquí a fin de mostrar cómo el mundo de la militancia revolucionaria se fue resquebrajando y como ellos debieron progresivamente ir construyendo un nuevo mundo.

Los que sobrevivieron tuvieron varios destinos posibles: la mayoría de los que fueron capturados con anterioridad al golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, tras un periodo de secuestro, pasaron a disposición del Poder Ejecutivo Nacional (PEN) y encarcelados. Esta situación no era una condición sine qua non de supervivencia pero al menos ofrecía una perspectiva mucho más favorable que en las condiciones de detención clandestina. Los que fueron detenidos después del golpe y llevados a Centros Clandestinos de Detención (CCD) corrieron en su mayoría una suerte funesta, luego de ser sometidos a innumerables tormentos fueron “trasladados”, es decir asesinados y desaparecidos. Solo un puñado de ellos sobrevivió a ese infierno, siendo posteriormente liberados o “blanqueados” en cárceles comunes.

Entre los militantes detenidos, a algunos se les otorgó la “opción” de salir del país y ser refugiados políticos amparados por Naciones Unidas. Otros militantes quedaron en la clandestinidad por un tiempo y, cuando la situación se volvió insostenible buscaron

modos individuales o colectivos, legales o clandestinos de salir al exilio. Otro grupo, quizás el menos visible actualmente, permaneció en la clandestinidad durante todos los años de la dictadura logrando evadir a las fuerzas de seguridad y sobrevivir, casi siempre por medio del “insilio” o exilio interno.

Las identidades que actualmente asumen públicamente los ex militantes están relacionadas principalmente con este periodo de represión dictatorial<sup>218</sup>, las experiencias de cárcel y exilio crearon nuevos grupos, modos de relación entre ellos e identidades. Al margen de esta nueva identidad de “sobreviviente” o de “luchador o militante popular”<sup>219</sup> que los unifica más allá de la variabilidad de experiencias de militancia o las acontecidas durante la represión, la etapa de la militancia resulta central en la vida de las personas, una experiencia que los marcó “a fuego” y que hasta el día de hoy persiste en la memoria dando lugar a complementariedades entre grupos y personas, y también a enfrentamientos irreductibles.

En un trabajo como éste, en el que se inquiera sobre una memoria que fundamenta la identidad de estas personas como militantes y no como víctimas, el desenlace trágico de las historias de militancia es significado en términos de “derrota”, término que debe ser relacionado con otro que le hace de espejo: la “represión”.

Hacia fines de 1976 los principales líderes del PRT-ERP habían sido asesinados y el resto de la conducción se hallaba en el exilio, lo propio sucedió con Montoneros. Para los militantes presos y clandestinos en el país estas “bajas” fueron un duro golpe en términos morales y políticos, el alto valor otorgado a la conducción sumía a las organizaciones en una cierta “acefalía” que dificultaba ver a las organizaciones como un todo. La presencia de otros tantos líderes en el exterior hacía que fuera difícil para estos tomar decisiones y transmitirlos pero sobre todo discutirlos con las bases y cuadros

---

<sup>218</sup> Como he mostrado durante todo el trabajo, los ex militantes no sufrieron la represión en un solo periodo dictatorial, la mayor parte de su relato se ancla en la “dictadura de Onganía”. El onganiato (inaugurado en 1966 y finalizado en 1973) constituye, al mismo tiempo que un tiempo de represión, el tiempo de la militancia, siendo a veces caracterizado como una “dictablanda”, palabra que atenúa su ferocidad. Por el contrario “la dictadura” es la que corre desde 1976 hasta 1983 y configura la memoria que da lugar a la identidad de “sobrevivientes”. Si uno indaga en los relatos, la ferocidad de la persecución y los horrores padecidos antes del golpe no son muy diferentes a los ocurridos después del mismo pero si su percepción subjetiva como “fin” de una etapa.

<sup>219</sup> Estas categorías son las que funcionan de manera inclusiva, general, pero las mismas se componen de otras sub identidades que se ponen en juego en determinados contextos, de entre las cuales la de “ex preso político” es la más visible en el terreno de lo público.

medios. Atravesados por el fervor anterior donde la “revolución estaba a la vuelta de la esquina” las causas de la derrota eran el foco de las sucesivas “autocríticas” sin lograr desentrañarlas del todo, la ferocidad y sobre todo la clandestinidad en el accionar del “enemigo” (las Fuerzas Armadas y de Seguridad) superó ampliamente las expectativas previas sobre lo que podía llegar a sucederles.

Sumidos en un creciente aislamiento con respecto a los lazos primordiales y a los generados durante la etapa de la militancia, para los que seguían militando en el país resultaba difícil actuar pero también “creer”, sostener la convicción con el mismo fervor que había caracterizado a los años de militancia “24 horas al día”.

Por otra parte el accionar de estos grupos y personas se fue debilitando ante la inimaginada crueldad (y efectividad) con la que actuó la represión. Los interrogatorios bajo tortura que implementaron los “grupos de tareas”<sup>220</sup> apuntaban a recabar información respecto a otros militantes a fin de generar nuevos secuestros, fue así que los activistas fueron “cayendo” cada vez más generalizadamente. Esta política que propiciaba la delación en condiciones extremas a veces no solo apuntaba a que “cantaran” y a que “señalaran” personas sino también a que “colaboraran” realizando tareas de apoyo a las Fuerzas Armadas y de Seguridad. Como dijera Calveiro (2001; p.92) los Campos de Concentración funcionaron como dispositivos del poder muy efectivos, maquinarias destinadas al aniquilamiento físico y psíquico de los que los padecieron, pero también constituyeron maquinarias creadas con el objetivo de hacer omnipresente el terror en toda la sociedad.

Esta política tuvo una intención que fue más allá del exterminio físico: buscó actuar de modo de generalizar el terror y quebrar la confianza al interior de las organizaciones y de la sociedad en general. El hacer interrogatorios bajo tortura no solo apuntó a obtener información sobre otros militantes sino a vulnerar la cohesión y la confianza entre los mismos y entre sus grupos extensos, como las familias. Como

---

<sup>220</sup> “Grupo de tareas” (GT) o “sección de operaciones especiales” (OP) seguidas de un número que designaba al campo de concentración al que respondían, era el eufemismo con el que las instituciones represivas llamaban a los que estaban directamente implicados en la tarea de secuestrar, torturar y asesinar clandestinamente en los Centros Clandestinos de Detención.

corolario de la cadena de “caídas”, la desconfianza entre los militantes se volvió generalizada y la delación y la “colaboración” un tema sumamente tabú<sup>221</sup>.

Pero el proceso que fue marcando la “derrota” se refiere al fin del proyecto revolucionario, no al fin de la militancia. La militancia sigue siendo concebida como un “compromiso de por vida” y no fue abandonada ni en la cárcel ni en el exilio, ni en los Campos de Concentración ni en la clandestinidad. Lo que se terminó fue la militancia “organizada”, en las categorías nativas. Las comunidades donde esta se fundamentaba se fueron debilitando cada vez más, se fueron fraccionando cada vez más, los actos militantes se volvieron cada vez más privados y el compromiso pasó a expresarse en términos mucho menos “grandilocuentes” que los planteados para la etapa anterior. Que la militancia actualmente sea vista como un “compromiso” indica que, como señalara Ridenti (1993) para los militantes de organizaciones revolucionarias del Brasil, la percepción de esa actividad viró de un plano político a uno más bien ético<sup>222</sup>.

La militancia, luego de la derrota y la progresiva disolución de las organizaciones tomó otros matices. En la cárcel, se intentaba mantener a la organización tal cual, con jerarquías y prácticas, tratando de “resistir”, manteniendo a la vez cierta comunicación con el exterior en cuanto a línea política. Pero además, dentro de la cárcel, las organizaciones funcionaban como un cierto sostén moral de sus miembros.

En los Campos de Concentración uno de los métodos implementados por los torturadores para “quebrar” a los militantes era el aislamiento y la desconfianza. Por lo mismo, el pertenecer a un grupo o generar ciertos lazos de confianza tornaba a los detenidos un poco menos vulnerables ante los represores, la solidaridad y la resistencia (reducida a actos casi imperceptibles por las características totales del sistema concentracionario) permitía sortear las dificultades que significaba la reclusión, la

---

<sup>221</sup> Pollak y Heinich (2006) han señalado para el caso de los deportados políticos bajo el régimen nazi una situación similar. En los extremos morales que los sobrevivientes trazan a partir de la memoria de la deportación y el paso por los campos de exterminio se constituyen dos identidades polares: la del “héroe” y la del “traidor”, que en el caso del nazismo tiene, al igual que en el caso argentino, un nombre específico: “Kapo”. Calveiro (2001; pp. 128 a 137), ha analizado la experiencia de los campos de concentración en Argentina y dedica todo un capítulo a este tema titulado “héroes, traidores y víctimas inocentes”, analizando la variedad de grises que se instalan en el medio de estas categorías. Al igual que en el caso del nazismo, en el caso argentino los “colaboradores” son los más invisibles socialmente.

<sup>222</sup> Sin duda esto debe ser referenciado a un cambio mucho más general en las formas de concebir el mundo y de situarse en él, plasmada posteriormente en el discurso de la posmodernidad y la “caída” de aquellos grandes relatos que caracterizaron a la modernidad.



“inexistencia” para el mundo de afuera y la inminencia de la muerte. El aferrarse a la “convicción”, como núcleo de su personalidad, era una forma de mantener la dignidad que las situaciones extremas buscaron sustraerles (Guglielmucci; C/P; Calveiro; 2001). Sin embargo, el Campo de Concentración como situación extrema, revela ciertamente el límite de lo humano, y una resistencia llevada casi al plano de lo individual donde el “grupo”, inexistente en términos físicos, se proyecta simbólicamente en la idea-fuerza de la “convicción”.

La experiencia del exilio es variable. Muchos de ellos continuaron en los países de exilio con la militancia en las mismas organizaciones, y esto conservó la doble faz que ya exhibía en los países de origen. Más allá de que ambas organizaciones se plantearan el retorno al país de sus militantes para seguir combatiendo, planteando al exilio como un momento de “resistencia” y “preparación” para ese retorno (cosa que sucedió con la “Contraofensiva” desarrollada por Montoneros) al mismo tiempo desarrollaron una actividad legal en los países de exilio se volcó hacia tareas de “solidaridad” o de “Derechos Humanos”.

En el exilio, las fisuras en las organizaciones se dieron justamente cuando se intentó volver a desarrollar la lucha armada, ya sea en el nuevo contexto o con el retorno a los países de origen, en estos países “civilizados”<sup>223</sup> que otorgaban refugio humanitario las acciones armadas se volvían algo mucho más cuestionado, cuando no inadmisibles. En este contexto proliferaron las escisiones y las deserciones.

En todas las situaciones se da una *separación*, que se evidencia en un sentimiento de aislamiento de las relaciones y lugares anteriores. En el caso de los Campos de Concentración y la cárcel el aislamiento es evidente, ya que la prisión históricamente está ideada para aislar a los “delincuentes” de la “sociedad” (Foucault; 2002), el Campo de Concentración va un poco más allá, literalmente intenta “borrar” todo rastro de la existencia de las personas. En el caso del exilio interno y externo también se da una separación ligada a una idea de territorio pero sin reclusión, el exilio separa a las personas

---

<sup>223</sup> El rechazo a realizar acciones armadas en los países de refugio se registra principalmente en las experiencias de exilio en Europa, para los países latinoamericanos donde vivieron algunos de los entrevistados como México y Nicaragua, esto cambia diametralmente. Esto expresa una representación sobre la división del mundo en términos de civilización y barbarie, aunque agrupados del lado de los “bárbaros” en el esquema mundial, los militantes asumen las reglas del mundo “civilizado” que los acepta, generando ciertos términos de obligación en el sentido de no vulnerar esos preceptos.

de un territorio, pero también de todo lo que un territorio conocido implica: relaciones, tiempos y espacios que antes eran percibidos como naturales. Los ex militantes en estas situaciones debieron, a partir de un nuevo cambio en sus experiencias cotidianas, recomponer su relación con todas las categorías estructurales mencionadas en el capítulo III, redefinieron su noción del tiempo, del espacio propio, de la identidad y todas sus manifestaciones.

Luego de la reapertura democrática, o en los albores de la misma, se dio una nueva modificación de situaciones y consiguientemente de identidades. Los prisioneros fueron siendo liberados, algunos de los exiliados volvieron al país, otros se quedaron en los países de exilio, los que habían permanecido en la clandestinidad salieron de ella. Cada una de las historias tiene un punto en el que se “sale” de la militancia y se “vuelve” al mundo “normal”, pero esos puntos de nueva *separación-agregación* son reconstruidos en la memoria y obedecen a un sinfín de factores, tanto externos como internos. En casi todos los testimonios este período que se extiende entre el comienzo de la persecución extrema y el “retorno” (de la cárcel, de la clandestinidad, al país, a la ciudad de origen) aparece como un período donde lo que prima es la sensación de desconcierto, de haber perdido el “contacto” con la realidad política del país, causando luego grandes choques al intentar volver. Otro sentir común es la ruptura con un modo de vida en donde todo era colectivo, y el volver a existir de manera individual o al menos más individualizada, tiene para todos ellos un cierto sinsabor.

En estas nuevas agregaciones y separaciones de la militancia revolucionaria hay varios componentes a analizar, ambos estados están mediados por fases de liminaridad. Este proceso implicó en primer lugar la separación de las organizaciones, o de parte de ellas; por otro una separación de la vida clandestina, es decir volver a la legalidad; en un plano más íntimo, implicó la separación de ciertas personas y la reagrupación con otras, generando nuevos lazos afectivos, recomponiendo otros de los que se habían distanciado durante el tiempo de la militancia y la persecución.

Que la “derrota” del proyecto revolucionario haya significado además una “tragedia”, le da otra tonalidad a las experiencias que vengo analizando: la ruptura de los vínculos con ciertos compañeros se dio por su muerte o desaparición, por lo que el corte en esos lazos se estableció de manera definitiva e irreversible. Los ex militantes debieron

reconstruir su mundo a partir de esas ausencias y de su propia supervivencia, a partir de la delgada línea que, en las experiencias extremas, separa a los vivos y a los muertos. “Yo siempre me imaginé morir de un tiro, enfrentándome a la cana o a los milicos, nunca me imaginé morir de viejo en una cama –me dice Eduardo, un ex militante montonero- estar todavía acá es una especie de confirmación cotidiana de que esa experiencia fue un fracaso”. La dureza de las palabras de Eduardo, bastante generalizada entre los sobrevivientes a la represión, da cuenta de una serie de ajustes y desajustes en las perspectivas y representaciones sobre la vida y la muerte para los ex militantes y de la gestión de su identidad tras las experiencias de militancia y represión.

La consigna en los ’70 era “a vencer o morir”, para las personas con las que he trabajado en esta investigación, la victoria nunca llegó, la muerte tampoco. Situados en una zona gris entre las dos opciones dentro del futuro imaginado y de las valoraciones morales concomitantes, es que ellos reconstruyen, desde el hoy, esa experiencia y con ello su lugar en el mundo.

### **“Blanqueos”: la salida de la clandestinidad.**

Si tenemos en cuenta que el universo de lo “clandestino” se opone al de lo “legal”, y que en nuestras sociedades la “existencia” de las personas está ligada a un registro legal, los años en la clandestinidad de estas personas constituyen una especie de “vacío” dentro del mundo legal, al menos en cuanto a las trayectorias y todas sus objetivaciones que dan cuenta de lo realizado socialmente, como sus curriculums, y en consonancia, sus documentaciones.

El “salir de la clandestinidad” o “volver a la legalidad” tiene que ver con diferentes circunstancias, es diferente en los casos de exilio, de prisión y de clandestinidad prolongada. En todos los casos, el “salir de la clandestinidad” presenta, como símbolo del pasaje, un contacto con algún organismo “oficial”, ya sea por haber intervenido estos para su protección o para su captura. La vuelta a legalidad siempre está atravesada por estos organismos y todos los objetos de documentación mediante los

cuales el Estado o los organismos internacionales (en el caso del exilio) “certifican” la existencia de una persona y su condición de perseguido político.

La expresión “blanquearse” que utilizan los ex militantes para denominar este paso a la legalidad es sugerente, significa sacar a la luz, hacer clara una condición, y esto no está relacionado solo con condicionamientos legales. El “blanquearse” tiene que ver también con registros y reconocimientos sociales y con identidades menos oficiales, aunque siempre relacionados con éstos. Como he señalado en los capítulos anteriores, la pertenencia a las organizaciones político militares solía ser una identidad “secreta”, los militantes guardaron ese “secreto” durante un largo tiempo, a veces ilimitado. La posibilidad de asumir la identidad de militante y de enunciarla públicamente tuvo que ver con tiempos, espacios y legitimidades más vastos dentro de la vida social, en algunas entrevistas el “blanqueo” de esa pertenencia está dado por el hecho de poder decir, más allá del círculo de allegados, que habían sido militantes.

Dada la experiencia de la clandestinidad, “destabicar” esta información fue todo un proceso, pero de todas maneras las experiencias de lucha armada se hallan siempre recubiertas de cierto “silencio estratégico”, las mismas solo son enunciadas en ciertos contextos y deliberadamente ocultadas en otros. Dependiendo de quién es el “otro”, el destinatario del relato, las mismas son manipuladas a fines de fundamentar una identidad que se busca asumir.

## **Prisioneros**

Las prisiones y liberaciones constituyen una de las circunstancias donde se pone de manifiesto la frontera entre la legalidad y la ilegalidad, entre la clandestinidad y los “blanqueamientos”. Al ser capturados, los militantes en general no iban directamente a cárceles “legales” sino que pasaban un tiempo dentro de Centros Clandestinos de Detención. En algunos casos este paso nunca se daba, llegando a pasar periodos muy prolongados secuestrados, sin haber tenido nunca una detención “legal”<sup>224</sup>.

---

<sup>224</sup> Un esclarecedor testimonio sobre este tipo de modalidad de reclusión constituye el de Carlos Raimundo Moor, plasmado en el libro “La Búsqueda” (2010). Moor permaneció desaparecido junto a su compañera en dependencias del Departamento de Informaciones de la Policía de Córdoba (D2) durante 7 años. Otro testimonio relevante es el publicado por Gustavo Contepomi y Patricia Astelarra (1984) sobre su secuestro en el CCD “La Perla”. Existen otras publicaciones sobre esta modalidad represiva, pero destaco estas por su relevancia en el ámbito de Córdoba.

Quizás la diferencia más visible entre las condiciones de detención antes y después del golpe de Estado de 1976 fue la clandestinidad en el accionar de la represión, antes del golpe en general la detención clandestina era seguida por el “blanqueamiento” de los detenidos, por su paso a cárceles legales y la “legalización” de su detención. Esta “legalización” significaba cierto reaseguro; en los Centros Clandestinos, los militantes no tenían existencia legal, estaban en calidad de “desaparecidos” siendo dificultosa su ubicación y reclamo por parte de sus familiares o allegados. En esas circunstancias el riesgo de “desaparecer”, de morir sin que nadie siquiera se enterara era mucho mayor.

En el Diario del Juicio a las Juntas, Ana María Mohaded relata su detención en el Centro Clandestino “La Perla”, su posterior legalización y lo que ella sintió:

“Todos queríamos ir a Devoto<sup>225</sup>. Para nosotros Devoto era la tierra prometida. (...) La Perla era la muerte. La tortura no es solo la picana, también lo son las palizas, las constantes amenazas de muerte, los desprecios, la total incomunicación (...) el oportunidades el terror te provoca un shock que te hace desear la muerte, no temerla. Pero yo quería morir de un tiro (...) y no en la picana o cortada en pedacitos. (...) A mi quisieron matarme de una forma que pareciera legal. En abril de 1977 me bajaron de un auto en el centro de Córdoba y me dijeron que corriese. Yo permanecí sin moverme. De haberles hecho caso estoy segura, me hubiesen ametrallado por la espalda. Fui sometida a tres concejos de guerra con la clara intención de condenarme a muerte. Pero por una causa u otra, los concejos, que eran como grandes circos, fueron anulados. Me acusaban de homicidio y de asociación ilícita. Del primer cargo fui sobreseída por la Justicia Federal y por el segundo recibí una condena, que me permitió ir a Devoto, al Paraíso.” (Reportaje a Ana Mohaded; *“Para nosotros Devoto era la tierra prometida”*; en el Diario del Juicio N° 6, junio de 1985).

Ni bien se pasaba a una cárcel “común”, se volvía a tener existencia “legal”, se salía de la liminaridad que implicaba la detención clandestina o la clandestinidad en libertad y se recobraba la identidad legal al tiempo que se adquiría una nueva identidad, la de “preso político”. El testimonio de Ana María Mohaded por otra parte, echa luz sobre como cambiaron las apreciaciones sobre la vida y la muerte en esos contextos, en los horizontes posibles de los militantes, la tortura y la muerte dentro del CCD pertenecían al orden de lo inimaginable dentro de las posibilidades que previamente ellos imaginaron, infinitamente más humillantes y crueles, al punto de, como ella señala, hicieron desear la muerte.

---

<sup>225</sup> Con “Devoto” se refiere a la Unidad Penal de Villa Devoto, sita en Buenos Aires, la cárcel que más número de pesas políticas albergó durante la dictadura. (Ver Guglielmucci; C/P)

El entrar a la cárcel constituía un nuevo periodo que, si bien abría otro tiempo de “espera”, marcado por el aislamiento de los lazos sociales generados hasta el momento, permitía modificar y solidificar otros. Así relata Cristina Bollatti:

“A lo largo de todo el periodo carcelario se han desarrollado afectos profundos, hemos *compartido* situaciones límite tan grandes que la diferencia política pasa a un segundo plano, mantenés afectos más que otra cosa, las diferencias políticas existieron, existen y seguramente existirán, pero para nada tienen que ver en la historia de los reencuentros, para nada. No, no, cuando nos juntamos, nos juntamos *todas*, somos *ex presas* y nada más, eso es lo que nos identifica, no pesa en nosotros, podemos reírnos incluso de diferencias que en algún momento hemos tenido” (Cristina Bollatti)

Al igual que el exilio, la detención significa una separación de y una nueva agregación a. Mediante el exilio y las detenciones se separó a los militantes de la “sociedad” nacional, pero a la vez estas situaciones generaron sus propios modos de relación, creando una identificación muy fuerte a partir de estas nuevas condiciones.

Es probable que el compartir situaciones límite, como relata Cristina Bollatti y como lo explicita Ana Mohaded, haya creado modos de relación tan estrechos afectivamente hablando, que los mismos han logrado perdurar hasta el presente, creando en cierto modo grupos visibles que se extienden por encima de las diferencias políticas de las organizaciones a las que pertenecían.

Pero a la vez, la visibilidad de los “ex presos” tiene que ver con una cierta dinámica entre lo “oficial” y lo “subterráneo”. El ser una detención con registro “oficial”, contribuye a la legitimación social de esa condición, una de las consecuencias que tuvo el modo de accionar clandestino de la represión fue que los horrores relatados fueran realizados en las sombras, a espaldas de la sociedad. En momentos posteriores, lo sucedido en los CCD resultaba, además de “increíble”, mucho más difícil de probar.

De hecho, la condición de “ex preso político” es la que más se relaciona con el Estado y la “legalidad”. La condición de ex preso político, ha sido blanco de posteriores leyes de reparación económica, laboral y previsional, dando cuenta al mismo tiempo de un mayor reconocimiento por parte del Estado de su persecución con respecto a estas personas<sup>226</sup>. En todos los casos, el poder “acreditar” por medio de documentos que se fue

---

<sup>226</sup> Los detenidos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional fueron beneficiarios de la ley 24.043 que establece la “Reparación patrimonial para personas detenidas a disposición del Poder Ejecutivo Nacional hasta el 10 de diciembre de 1983”. Ver Tello (2003). Los detenidos solo en campos de concentración también fueron beneficiarios de esta ley, sólo que en estos casos el periodo de detención fue mucho más difícil de probar por la inexistencia de registros que lo acrediten.

perseguido por razones políticas, constituye una fuente de legitimidad pública. Esta posibilidad de legitimación, basada en la acreditación oficial, se complica con respecto a los que sufrieron la prisión solo clandestinamente o con los que partieron hacia el exilio sin haber pasado por la detención o el refugio otorgado por Naciones Unidas.

Con respecto a las demás consecuencias que tuvo el accionar represivo y las identidades que este generó, la condición de “ex preso político” dio lugar a asociaciones y organizaciones, como la “Asociación de ex presos políticos” quienes participan como Organismo de Derechos Humanos de todas las actividades relacionadas con este campo. La sola visibilidad e institucionalización de grupos en base a esta experiencia ya habla de la importancia que tuvo la “oficialización” de esta condición, dándole una existencia como problema social y generando posteriormente una legitimación para actuar en el terreno de lo público. En relación a la detención clandestina, existe la “Asociación de ex detenidos-desaparecidos”, que nuclea a sobrevivientes de Centros Clandestinos de Detención, con funcionamiento únicamente en Buenos Aires y cuya raíz parece haber estado relacionada con la visibilidad de la condición de “testigos” de muchos de ellos a partir del Juicio a las Juntas.

Pero al mismo tiempo, aunque la condición de “ex presos” o de “ex detenidos-desaparecidos” se torna visible a partir de estas asociaciones, la de ex militantes aparece en forma subsidiaria a esta condición y en muchos casos de forma indicial, como veremos más adelante.

## Desterrados

“viví clandestina todo el tiempo hasta que salí del país, desde mayo del ‘75 hasta setiembre del ‘77, que salí a Brasil, porque el partido estableció que había que salir, en mayo del 77 y yo me resistí y no quería salir, no quería salir, y no salir implicaba quedarme sola y me aterraba quedarme sin el Partido, para mí el partido había pasado a ser mi vida, mis compañeros, habían pasado muchas cosas, el último año había sido terrible, después de la muerte de Roby (Santucho) sobre todo y salí a Brasil. En Brasil me enteré que tenía que pedir asilo, otro lío, no quería, me resistía ‘me voy a quedar en Brasil’, pero los servicios operaban en los países, hubo un problema serio, me acuerdo que se llevaron a un chileno, lo levantaron y se lo llevaron a Chile y eso nos ponía en alerta de lo que estaba pasando así que pedí el asilo y salió rápido. Pring me dio el asilo en una semana, porque quería que me sacaran, yo conté esto de que era una faguda, eso tenía mucho miedo de hacerlo porque creía que me iba a meter presa el tipo y me daba pánico, fue al revés, me sacó rápido porque tenía más riesgo que otras personas, habré pedido el asilo en noviembre y en diciembre estaba en Francia, incluso me dio tres opciones, Francia, Suiza y Suecia.” (María Baraldo)

Como venimos analizando muchos<sup>227</sup> de los ex militantes sobrevivieron gracias a las posibilidades de salir del país, pero estas posibilidades se dieron de diferentes maneras. Los modos en que los ex militantes salieron al exilio tuvieron que ver tanto con el apoyo de las organizaciones como con el de algún organismo oficial. En el caso de los líderes, como Luis Mattini, era la organización la que proporcionaba toda una infraestructura para esa salida. En otros casos, si se había estado preso, se podía salir con la “opción”, opción que significaba el destierro como alternativa a la reclusión por tiempo indeterminado, en estos casos, la salida del país estaba mediada por organismos internacionales que les otorgaban el status de “refugiados” o “asilados” en otros países, mediados por el control del Estado argentino.

En otros casos las salidas fueron más complicadas. Los casos que exhiben mayor dificultad en la salida del país son los de los militantes que estaban en la clandestinidad y que pertenecían a estratos medios o bajos en términos de jerarquías dentro de las organizaciones. Estas personas, además de estar en una situación de ilegalidad, se hallaban menos protegidos por las estructuras del Partido, teniendo que implementar, con la disolución de las organizaciones, estrategias casi individuales para la salida del país.

María Baraldo señala, en la frase usada para el epígrafe, que ante la disolución de la organización se sentía sola y al mismo tiempo aterrada, la percepción de esta situación de riesgo y la imposibilidad de protección de las estructuras partidarias, fueron lo que la llevaron a exiliarse. En los “cuadros medios” la vulnerabilidad era mucho mayor que los detenidos con “opción”<sup>228</sup> o los miembros jerárquicos de las organizaciones, por lo cual sus historias revelan toda una reestructuración de estrategias de supervivencia y una gran complejidad en las representaciones sobre las instituciones oficiales.

Analizaré aquí los relatos de Norma Álvarez y Cristina Salvarezza. Los mismos son los más extensos son respecto a las experiencias de exilio y sus recuerdos son reveladores respecto del paso de una sociedad nacional a otra, y al mismo tiempo de la clandestinidad a la legalidad implícita en estos pasajes.

---

<sup>227</sup> Seis de las personas entrevistadas estuvieron exiliadas, sin embargo, algunas hicieron mucho más foco en las entrevistas en la experiencia del exilio que otras. En el capítulo II he analizado los cambios de status y nombres con respecto a la experiencia de Luis Mattini, tomo en este apartado los otros casos que se refirieron al exilio de manera central.

<sup>228</sup> La “opción” es la palabra con la que se designa la posibilidad de salir del país que otorgaba el régimen a algunos militantes que estaban detenidos en cárceles.



En los meses previos al exilio, la familia política de Norma había sido blanco de amenazas, las fuerzas de seguridad habían puesto una bomba en la casa de sus suegros, su marido había sido detenido y torturado logrando escapar del “traslado” y denunciar la situación. Norma estaba embarazada y tuvo a su primer hijo en la clandestinidad, en esta situación de creciente peligro, que por otra parte no implicaba ya el riesgo sobre su propia vida sino también sobre la de su familia, decidieron exiliarse. Sin una organización que los respaldara, buscaron formas legales de salir del país, yendo a diferentes consulados y embajadas.

El recorrido de Cristina Salvarezza es más largo y penoso. En los meses previos a su exilio, el PRT le ofrece la posibilidad de salir del país con su hija, pero sin su marido, a lo cual ella se niega y rompe con el Partido. En marzo de 1977, su compañero es secuestrado mientras realizaba una acción de propaganda en el marco del aniversario del golpe de Estado en Barracas (provincia de Buenos Aires), entonces ella, ante el riesgo de la delación<sup>229</sup> (prevista de antemano por ellos y convenido qué hacer en ese caso), decide partir dos días después de la pensión donde vivían y dejar a su hija (a quien no vuelve a ver sino un año después) con una familia amiga para que se la entregaran luego a sus abuelos. A esta situación de destrucción casi total de sus lazos sociales cercanos se suma la noticia, que le hace llegar el Partido, que no existe ya ninguna seguridad que el mismo pudiera garantizar. Sin compañero, sin hija y sin Partido, Cristina decide irse del país.

Las circunstancias de salida del país son las que más reflejan la experiencia de transición entre el entrar y el salir de la clandestinidad y cuentan también con todas las características que Turner (1990) adjudica a los ritos de pasaje; las personas cambian de territorio, de status legal, de posición social. El tiempo-espacio que se abre entre la clandestinidad y la salida del país constituye un estado “liminar”, un estado en donde las personas no tienen ni status, ni propiedad, ni insignias, ni vestidos normales, ni rango, lo cual los coloca por fuera de las clasificaciones “naturalizadas” y les da una cierta “invisibilidad estructural”.

En el capítulo II he señalado que una de las características de nuestras sociedades, a diferencia de las sociedades “primitivas”, es que las personas tienen un status

---

<sup>229</sup> Este riesgo estaba previsto dentro de las organizaciones, las mismas tenían establecido que una persona en situación de tortura no podía aguantar sin “cantar” más de 48 horas, tiempo en el cual las personas vinculadas a la misma debían “levantar” la casa en donde vivían e irse para no ser detectados.

sociopolítico cuidadosamente registrado por el Estado y altamente burocratizado. En este particular contexto de ruptura de los contratos “civilizatorios”, la relación con Estado se vuelve ambigua. Por un lado figura en sus representaciones, ancladas en experiencias previas<sup>230</sup>, como un posible garante de algún tipo seguridad y como el canal por donde vehicular las medidas necesarias para salir del país; pero por otro las oficinas del Estado, donde se tramitaba la documentación inherente a cualquier “migración”, eran espacios de exposición donde podían ser capturados. En una palabra, salir del territorio nacional implicaba trasponer las fronteras geopolíticas de la nación, altamente controladas, y las opciones para hacerlo limitaban entre lo legal y lo clandestino, teniendo un riesgo muy alto ambas.

“La salida nos fue tremenda, porque primero nosotros no teníamos pasaporte, y nosotros somos de los que llegamos a Europa indocumentados, o sea... parece que se puede. Llegamos con un salvoconducto del gobierno de Suecia, pero nunca tuvimos pasaporte, y estuvimos... no nos queríamos ir lejos, no nos queríamos ir a Europa, porque en esos años uno tenía la idea que si se iba, volvía en un par de meses, ese tema del exilio fue tremendo también. Así que nosotros anduvimos arriesgándonos en Buenos Aires, entrando y saliendo de las embajadas, a la embajada de Perú, a la embajada de Bolivia, a la embajada de México, en todas nos decían ‘consigan el pasaporte y los saco’ y quién iba a presentarse a que le hagan el pasaporte, yo tenía una orden de captura, así que no era posible presentarse. (...) Hasta que yo fui la que decidió... teníamos ese dato, ese ofrecimiento de ir a Suecia y no lo tomábamos porque la idea era irse acá más cerca, y no lo tomábamos, no lo tomábamos y estábamos cada vez en más riesgo, porque ya de pronto entrábamos a otra embajada y nos iban a agarrar de las pestañas ahí nomás (...) había que salir por Ezeiza para ir a México, en cambio para ir a Suecia salimos por Brasil, por vía terrestre y después nos embarcamos hacia Suecia, sin pasaporte.” (Norma Álvarez)

Esta tensión revela en los relatos una contradicción en los requerimientos “legales” de los diferentes organismos, nacionales e internacionales con respecto a la documentación y las posibilidades concretas de obtenerla en esas circunstancias.

Por otra parte, en la mayoría de los casos se desconocía la existencia de los organismos internacionales que proporcionaban “asilo” o “refugio”, lo cual agravaba la situación. Cristina Salvarezza salió clandestinamente. Pese al contacto hecho por el

---

<sup>230</sup> Me refiero aquí a lo que señala Da Silva Catela (2001) en su libro con respecto a las instituciones del Estado. ¿Cómo es posible que estos grupos e individuos a pesar de estar siendo blanco de la represión estatal apelaran a sus instituciones para denunciar y reclamar? Creo, con la autora, que la situación límite llevó a estas personas a apelar a estos recursos, aunque desconfiando de ellos, porque formaban parte de su horizonte de posibilidades para resolver ciertos problemas sociales, como lo fue también la Iglesia. Esto revela lo inédito de esta situación y como ella modificó, posteriormente, la representación sobre las Instituciones.

Partido con diferentes instituciones, Cristina no estaba en pleno conocimiento de las garantías con las que podía contar:

“Cristina- Entonces el Alto Comisionado<sup>231</sup> sabía que yo salía, yo no sabía.

Mariana- ¿Por qué sabía?

Inés- Porque estaba todo preparado, me habían dicho que dijera cuando salía, yo no sabía para que, entonces dije cuando salía...

Mariana- Cuando te contactó este compañero que te dijo ‘andate’...

Cristina- Si, que mandara a decir cuando salía, para que no me pasara nada, pero yo no sabía que el Alto Comisionado se iba a enterar. (...) Esto para mí era la iglesia evangelista, porque yo iba con un contacto de la iglesia evangelista a través del CELS<sup>232</sup>, hoy CELS, en ese momento era el obispo de la iglesia evangelista.

Mariana- ¿De Argentina o de Brasil?

Cristina- De Argentina, pero toda la congregación de él era fuerte en Brasil y yo llegaba y tenía que estar esa noche en el hotel y posiblemente me iba a buscar un pastor y me llevaba a su iglesia. Y yo... ¿Vos te crees que yo sabía que existía el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados? ¿Qué sabía que había exiliados, la palabra exiliados, en Brasil? No, tan es así que no me carburaba el mate para saber que se hablaba portugués, no entendía nada...” (Cristina Salvarezza)

Brasil aparece en los relatos, como la posibilidad de salir del país “acá nomás”. Desde el punto de vista de las políticas internacionales de refugio, Brasil constituía un lugar “de paso” para los exiliados, por existir en Río de Janeiro una sede del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR), donde los mismos podían, con un mayor margen de legalidad, tramitar su destino hacia otros países, principalmente de Europa. Brasil, sin embargo, no era un lugar del todo seguro, llevaba ya varios años bajo un gobierno dictatorial y se encontraba operando en él el Operativo Cóndor, por el cual cualquier militante capturado en los países<sup>233</sup> que lo implementaron, podía ser deportado a su país de origen o asesinado allí mismo.

Había que llegar a Río de Janeiro. Pero en el camino operaban las fuerzas de seguridad y el paso por las fronteras de un país a otro, constituye un relato privilegiado en las dos entrevistas. El nivel de detalle que las mismas exhiben con respecto a ese pasaje,

---

<sup>231</sup> Se refiere al Alto comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR).

<sup>232</sup> Se refiere al Centro de Estudios Legales y Sociales, organismo de Derechos Humanos .

<sup>233</sup> El Operativo Cóndor funcionó conjuntamente en todos los países del Cono Sur. En los 70, todos estos países se encontraron bajo regímenes de facto cuyo soporte ideológico fue la denominada “Doctrina de Seguridad Nacional”. Pese a la denominación de “nacional”, todos ellos visualizaban a los movimientos de izquierda como “enemigos internos”, acuerdo que les permitió actuar conjuntamente en la represión. Boccia Paz (1999) señala, con respecto a los procesos de integración regional, que este puede ser operativo analizado como un “ancestro vergonzoso” del, hoy en boga, Mercosur.

marcan la discontinuidad entre el “adentro” y el “afuera” y un momento de particular tensión con respecto a objetos “legales” e “ilegales”, como la documentación.

“...no nos morimos en el camino de milagro, ya no podías comer, no te podías cambiar, nada. Y para colmo no solamente eso, sino que nos paso otra cosa que fue dramática, cuando nos faltaban siete horas para cruzar la frontera argentina se rompió el ómnibus, así que quedamos adentro, hasta que arreglaran el transporte. Nosotros decíamos ‘si pasamos, si pasamos, si pasamos’ estábamos así porque además teníamos que pasar con los documentos, nos habíamos preocupado de pasar por la frontera a las tres de la mañana para que no miraran tanto los documentos...”

Mariana- Con los documentos de ustedes...

Norma- Si, con los DNI, y dijimos ‘vamos a tomar un transporte que pase a las tres de la mañana de modo que no miren tanto’ ya a esa hora no miran tanto, porque obviamente, en todos lados es igual... se rompe el colectivo (se ríe) faltaban siete kilómetros para llegar a la frontera, y ahí yo creo que dijimos ‘bueno, ma si! Hicimos todo lo que pudimos, ya de acá si nos agarran nos agarran, es lo que podemos hacer’, pero justamente eso sirvió, como demoraron con ese tema el chofer dijo ‘denme todos los documentos y los hago sellar rápido y pasamos porque vamos atrasados’, y ahí zafamos. Después de ahí empezó la música del Brasil (risas) y ahí uno se divierte un poco.” (Norma Álvarez)

En Cristina Salvarezza, lo que marca la particularidad de su relato de es su soledad en esta salida y un mayor grado de clandestinidad en su accionar. Sin embargo, lo aprendido durante años de clandestinidad, aparece aquí como un recurso que le permite sortear los obstáculos de la situación.

“yo ahorré dinero para salir y me contraté una excursión con viaje de ida y vuelta a Río de Janeiro, y me fui, y cuando estaba arriba del ómnibus, con un trajecito de hilo blanco y una capellina, porque yo fui varias veces a la terminal a ver cómo viajaban en las excursiones, como era el comportamiento que tenía una persona que se iba de vacaciones, porque en mi vida había hecho eso de irme de vacaciones a Brasil, no sabía cómo era. (...) Subo al ómnibus y llega el momento crítico después de que parte la excursión, que es cuando tengo que pasar por Paso de los Libres, era el mejor paso, y yo con documentos falsos... (...) Entonces ahí viene lo gracioso, yo creía que iba sola en el ómnibus, entonces íbamos llegando a la frontera y yo maquinaba que puta hacía, imagínate, era joven, linda... no sé si muy linda pero era joven, y dije ‘yo me lo atraco al chofer, tengo que hacer algo con el chofer’, y me fui al primer asiento, yo iba en el segundo, y empecé a hacerme la vampiresa, que ya me había olvidado de cómo era (risas), tanto tiempo de sufrimiento... y ya tenía toda la historia preparada, que había tenido una desilusión y que me iba de viaje, que paraba en el hotel tal, porque ya sabía a dónde iba a parar, tenía que llegar y llamar por teléfono o me hablaban por teléfono para ver si había llegado bien. (...) la cuestión es que empiezo a presumirle al tipo y el topo saca una bolsita de tela y dice ‘todos los que tengan pasaporte, pero principalmente saben que es país limítrofe, tiene que ser el DNI, yo lo paso por la aduana, que ahí lo corroboran con el Digicom’,<sup>234</sup> cuando dijo Digicom le digo ‘a mí no me vas a llevar ahí, pasémoslo directamente’ descansábamos una hora y ellos hacían una siesta y yo le propuse directamente que me iba con él, (...) entonces fui con los dos choferes, ellos también pasaban el documento, hicieron así (hace un gesto como de sellar) y nos fuimos, él me llevaba del hombro, nos sentamos a cenar, era tarde, serían como las dos de la mañana y ahí cuando yo ya

---

<sup>234</sup> El Digicom era un aparato por el cual se identificaba a las personas mediante sus huellas dactilares. De ahí se entiende la preocupación de Inés, que al tener documentación falsa, corría el riesgo de ser capturada cuando se averiguara su verdadera identidad.

tuve el documento le dije ‘me estoy sintiendo muy mal, me voy a largar a llorar, te pido que me perdonen, no sé si voy a poder ir con vos’, *bien* el tipo, se fue solo. Yo me quedé, llegó la hora en que me vino a buscar y me subí al ómnibus, hablamos, hablamos y yo me hice la dormida y me dormí” (Cristina Salvarezza)

La riqueza en la expresión de sentimientos y emociones en estos pasajes, que relatan el momento de pasar por la frontera, dan cuenta de que ese paso condensa todas las significaciones de la transición, la sensación de inestabilidad, de ambigüedad en este contexto. Las sensaciones de miedo y angustia retratan la alteración que produce la tensión del paso entre una situación y otra y entre las posiciones sociales asociadas.

Una vez en Brasil, Cristina Salvarezza logra recuperar a su hija y parte a Francia. Norma, su marido y su hijo de 6 meses lo hacen hacia Suecia. El estatuto de “refugiados” es la clasificación legal donde un nuevo orden (el internacional) los coloca, pero sin documentación, sin trabajo, y sin redes sociales en donde referenciarse. Allí comienza una nueva experiencia, la de la “agregación” dentro de las nuevas sociedades que les proporcionan mayor seguridad, pero también nuevos desafíos.

### **Desterrados dentro de la tierra**

“como al poco tiempo fue el golpe militar y nos desconectamos todos y ya cada uno hizo su vida como pudo, nosotros vivimos en una villa miseria muchos años, por el tema de los documentos no nos pudimos ir del país, así que vivimos marginados totalmente, hasta el 80... no, hasta el 83 fue, porque yo tuve a todos los chicos en la clandestinidad, prácticamente, como pude...” (Silvia Tubis)

Los ex militantes que lograron sobrevivir mediante la clandestinidad y el exilio interno son quizás los menos visibles desde el hoy. El exilio y la cárcel permitieron, por paradójico que pueda sonar, una gama más amplia de relaciones sociales, el “blanqueamiento” legal de alguna u otra manera, constituyó cierto reaseguro. La documentación, una vez más, simboliza la posibilidad de sobrevivir.

Silvia y su compañero militaban en el PRT-ERP, luego que el partido comenzara a disolverse decidieron partir a Buenos Aires y pasaron toda la dictadura en la clandestinidad. Desvinculados del mundo de la militancia y perseguidos por el Estado, debieron extremar al máximo la autoprotección.

“Mariana- ¿Con quién te fuiste?

Silvia- Con mi compañero, pero solos.

Mariana- ¿Sin otro apoyo?

Silvia- De la organización no, perdimos todo contacto con la organización y nos fuimos a Buenos Aires, ahí nos fuimos a la villa miseria, anduvimos por distintos lugares en forma clandestina, nacieron los chicos, también clandestinos todos, trabajando en lo que se podía, por supuesto todos trabajos que no tuvieras que dar mucha información, salíamos muy poco, sólo lo necesario, porque salías y te encontrabas con las pinzas, bajaban a toda la gente del colectivo y le pedían documentos, te revisaban los bolsos, así que era peligroso.” (Silvia Tubis)

Poco a poco, con la escalada represiva y la disolución de las organizaciones, los militantes que no lograron salir del país fueron quedando más aislados, y al mismo tiempo más vulnerables. Se sumaban una serie de circunstancias, la imposibilidad de circular, ciertas crisis vitales (como la paternidad o la maternidad), la imposibilidad de trabajar en empleos medianamente bien remunerados, en esta suma de factores este grupo de ex militantes fueron los más marginados.

Además de la inestabilidad intrínseca a la situación clandestina y a la persecución, acentuada después del Golpe, se suman dificultades relacionadas con el aislamiento y la supervivencia en términos económicos. Castel (1997) ha analizado a la pobreza, cuya manifestación en este caso es el vivir en una villa miseria, no solo en términos económicos sino en relación a otros factores. Según el autor, los grados de integración y desenganche de las personas y grupos en las sociedades salariales (y sus posibilidades de supervivencia) marcan tres formas de estar en ellas relacionadas con tres factores: su forma de inclusión en el mundo del trabajo, la solidez de sus relaciones sociales y la asistencia del Estado. Las zonas que resultan de la combinación de estos tres factores van desde la integración, pasando por la vulnerabilidad hasta el desenganche total. La vulnerabilidad (estado intermedio y de gran inestabilidad, resultante del trabajo precario y relaciones sociales inestables) se relaciona para él con las posibilidades de supervivencia pero también de proyección hacia el futuro, cuanto más inestabilidad hay en los status relacionados con algunos de estos tres factores más vulnerable se vuelve el individuo, siendo el caso extremo de “desenganche” ejemplificado por él el caso de los vagabundos.

Todos estos factores se combinan en el testimonio de Silvia, el relato da la sensación de que vivieron como parias, pero además uno de los factores determinantes en esta situación y en la decisión de salir de ella fue la imposibilidad de hacer planes para el futuro en el cual, ahora, estaban incluidos sus hijos.

Si relacionamos esto con el tercer factor (la protección del Estado hacia los ciudadanos) este caso se torna aún más dramático: no solo estaban aislados y eran pobres, el Estado, lejos de protegerlos, los perseguía. Para protegerse no podían refugiarse en la esfera privada, tomar como sostén sus vínculos primordiales pero tampoco a la organización que los había suplantado. La solución fue extremar el aislamiento y el secreto, Silvia y su marido, ambos cordobeses, se fueron a Buenos Aires, provenientes de clases medias, fueron a vivir a una villa miseria para no ser detectados.

“Mariana- ¿Cuántos años estuviste en la clandestinidad?

Silvia- 7 u 8 años, más... desde el 75 hasta el 83.

Mariana- ¿Y cómo fue vivir tantos años en la clandestinidad?

Silvia- Y yo era joven... una persona joven tiene mucha resistencia a todo, así que dentro de todo lo pude hacer, porque uno tiene mucha fuerza, ganas de vivir, cuidar a los chicos, siempre busqué hacer cosas, lo que podía, en mi casa, trabajar afuera no porque no tenía la documentación, aparte tenía mucho miedo, pienso que fue eso, que era joven, por eso pude sobrellevarlo, era joven, yo cuando me reincorporé, con la documentación y todo, era joven, tenía 31, 32 años...” (Silvia Tubis).

Silvia tuvo cinco hijos en la clandestinidad, la única relación estable en ese contexto era su compañero, quien era el sostén económico de la casa, ella reconstruyó su mundo en torno a las tareas domésticas, a la crianza de sus hijos. Pero la situación se complicó a partir de una nueva crisis vital, la disolución de su relación de pareja:

“... mi pareja nunca fue muy buena a pesar de que tuvimos los chicos, nunca nos llevamos muy bien, pienso yo que todas las circunstancias hicieron que siguiéramos juntos tantos años, pero sino no, entonces a lo mejor eso también fue... yo me quería volver a Córdoba (silencio) y bueno, tenía la convicción, la esperanza de... de que, tenía que legalizarme, legalizar a los chicos, los chicos no estaban ni anotados, no podían llevar una vida normal, eso es lo que más quería realmente.” (Silvia Tubis)

Al disolverse su matrimonio Silvia quedó aún más aislada, allí decidió “reincorporarse”, llevar una vida “normal”, término que de por sí significa a todo ese tiempo como de “desenganche” de la sociedad y de la “buena sociedad”. Pero el “reincorporarse” tuvo sus rituales de paso también:

“... con Alfonsín, que ya se normalizó todo, ahí me presenté de vuelta, con la desesperación que tenía yo por volver a ver a mi mamá, a mi familia, como tenía una causa pendiente por todo ese tema de la fuga, y bueno, a pesar de todos los riesgos que tenía yo me presenté al juzgado de vuelta, porque yo ya no soportaba más vivir así, aislada de todo... así que me presenté de vuelta y me llevaron detenida de vuelta al Buen Pastor! (se ríe) Ahí de vuelta me tocó hasta que se

solucionara mi causa, porque yo quería arreglarlo, no quería seguir más así y me tocó volver al Buen Pastor.” (Silvia Tubis)

Con la democracia, que constituía una coyuntura menos amenazante, Silvia se presenta ante la justicia. Habiéndose fugado en 1975 de la cárcel del Buen Pastor, estaba prófuga y tenía pendiente una causa por “asociación ilícita y tenencia de armas”. El “blanquear” su situación tuvo el precio de pasar por la cárcel nuevamente y “purgar” su condena, pero para ella eso era preferible a la ilegalidad y el aislamiento. La ilegalidad alcanzaba, como en otros casos, también a sus hijos y ella sentía la necesidad de “blanquearlos” también a ellos, para que pudieran hacer una vida “normal”<sup>235</sup>.

El exilio interno constituye la experiencia represiva más silenciada. Este silencio se puede relacionar con el grado de ilegalidad en el que vivieron estos militantes todos esos años, sin pasar por el registro del Estado. Como vimos en el caso de Silvia, esta “no existencia”, este periodo en blanco se tornó insoportable, la necesidad de “volver”, de volver a existir legalmente de ella y de sus hijos, fue más fuerte que la de estar en libertad. Al contrario que en el periodo de la militancia, donde se priorizaba la libertad por sobre el riesgo, en este periodo las prioridades se invierten, en un contexto social donde la protección por parte de otras estructuras es inexistente.

Por otra parte, si bien el exilio interno significó la libertad y la supervivencia, implicó también un aislamiento de los grupos de pertenencia mucho mayor al que se podía llegar a tener en la cárcel o en el exilio, imposibilitando generar nuevos grupos de pertenencia e identidades consiguientes.

De hecho, Silvia es la única persona entrevistada que durante mucho tiempo no perteneció a ningún grupo (formal o informal) integrado por ex militantes<sup>236</sup>. La reconstrucción de su mundo, luego de “blanquear” su situación, fue hecha estrictamente desde la esfera privada.

## **Volver**

---

<sup>235</sup> La temporalidad de esta experiencia coincide con el momento en que los niños, los hijos mayores de Silvia, tenían edad como para empezar a ir a la escuela. La crisis que se da en este contexto está relacionada con las representaciones de “brindar un futuro” a la generación siguiente, siendo la educación un componente esencial en esa representación. Además, la incorporación de los niños a la escuela es otro factor que en los testimonios confronta el mundo clandestino con el legal.

<sup>236</sup> La situación cambió a partir de la transformación de la ex cárcel del Buen Pastor en un centro comercial, motivo por el cual muchas de las ex presas del grupo de las “fugadas” volvieron a juntarse y a organizar diferentes actos de homenaje y denuncia sobre el edificio, cosa que analizaremos en el próximo capítulo.



“... yo personalmente me dediqué a reconstruir la familia, a mi Federico me llevó muchísimo tiempo, tiempo de vida, yo lo dejé a Federico... bueno, cuando tenía dos años lo llevó la abuela de Devoto, lo reencontré cuando tenía 9 años, éramos dos ilustres desconocidos, entonces yo me dediqué a él y a mi vida, y a trabajar para poder mantenernos los dos (...) La mayoría de las mujeres nos hemos dedicado a los hijos, a la familia, a lo que *familiarmente* te quedó destruido, salías de la cárcel y la familia estaba destruida, quien no tenía un muerto tenía dos, tenía tres, entonces fue todo un proceso, doloroso pero que hubo que hacerlo. (...) Federico que me hacía la guerra total, no quería tener ningún amigo acá, miraba la televisión todo el día encerrado en una pieza porque él tenía sus amigos en Santiago y yo lo había traído, es decir, era una ruptura más... fue dolorosísimo y bueno, lo tuve que hacer, la otra que me quedaba era dejarlo a Federico en Santiago, cosa que no iba a hacer (...) me quedé en Rosario, trabajé en una farmacia, me puse una farmacia con otra persona, económicamente eso era una porquería pero yo dije ‘necesito un trabajo y un lugar en donde Federico sepa que me encuentra, que vaya a la escuela y sepa que yo estoy acá’, no era sólo un proceso de reencuentro, era un chico, un niño de 9 años que estaba signado por el desarraigo *permanente*, yo me dediqué a rearmar esa cabeza y a rearmarme yo como persona, esto que te decía que necesitaba estar en un barrio y que la gente me dijera ‘chau Cristina’, pero lo necesitaba en serio, para mí era cuestión de vida o muerte, entonces (no había) espacio para otras cosas... para la política, en ese momento...” (Cristina Bollatti)

Después de tantos años de clandestinidad, de prisión o de exilio, muchos lazos debieron ser reestructurados, sobre todo aquellos con los que se habían distanciado a partir de la clandestinidad. Cristina Bollatti, quien estuvo presa durante toda la dictadura relata como toda su energía fue puesta en reconstruir un vínculo con su hijo Federico, habían pasado siete años sin convivir, viéndose sólo en las visitas que eran permitidas en la cárcel. Según ella al momento de reencontrarse eran “dos ilustres desconocidos”, Cristina necesitaba armar un nuevo mundo donde se incluyeran los dos, arraigarse, después de una vida “signada por el desarraigo”. Rearmar el mundo a la vez que se rearmaba ella misma implicaba en cierta forma separarse del mundo de la militancia y de la cárcel, ser una persona común a la que las vecinas saludan en el barrio.

La recuperación de un vínculo con los lazos primordiales es problemático en todas las experiencias, al tiempo que fueron principalmente éstos los que les permitieron reinsertarse socialmente. Para otros militantes, salir de la cárcel fue duro, más duro que entrar, el tiempo había pasado, sus hijos habían crecido, sus padres envejecido o muerto. Además, el “choque” con la realidad de la disolución de las organizaciones, tomó materialidad en ese momento.

Los ex militantes que habían estado detenidos salieron de la cárcel a tratar de hacer una vida “normal”, es decir, a hacer las cosas que en el tiempo de reclusión habían sido imposibles, siendo la principal preocupación “formar una familia”, tener hijos o recomponer la relación con los que habían crecido separados de ellos. A esto hay que

agregar lo que señala Cristina Bollatti, muchas familias habían sido diezmadas por la represión, tanto las familias de origen como las nuevas familias que los ex militantes habían formado. Los que no habían sido separados por la prisión o por el exilio de algunos de sus miembros, habían perdido a algún hermano, padre, madre. También muchos de ellos perdieron a sus compañeros, en el doble sentido de la palabra, de militancia y a sus parejas.

El mayor conflicto en la reconstrucción de estos lazos se da en el caso de las personas, que por uno u otro motivo, fueron alejadas de sus hijos. Con los hijos, suceden dos cosas que se presentan como dificultades en la reconstrucción del vínculo, por un lado, el lapso de separación fue largo, y se dio a una edad muy temprana, a la edad en que los niños y sus padres, arquetípicamente, “construyen” su relación. Cuando volvieron a la vida “normal” los niños tenían en su mayoría alrededor de diez años. Así me cuenta Luis Pihen, quien al igual que su compañera estuvo en prisión, sobre la relación con su familia, y particularmente con su hijo, quien había crecido con los abuelos:

“... con mis viejos había problemas porque ellos eran muy de Acción Católica ¿Viste? (Pero) alguna cuestión buena debe haber habido porque el Emilio nos esperaba, eso era así. Nos esperaba, fuimos a parar ahí contra toda buena indicación, porque ir a vivir con los viejos puede ser de terror siempre, pero la idea era que él nos eligiera de alguna manera, no ir y sacarlo y pirar con él ¡Mierda (se ríe) había estado ahí seis años, ocho años! Ocho años había estado. Pero digo por las discusiones que supimos tener, particularmente yo discutía más con ellos porque como yo era el hijo ¡Me tenían que contestar algo! Y varias veces los cuestionamientos ‘Que vos no has aprendido nada, que mirá vos, que qué futuro, que así no vas a salir nunca’ bueh! Todas esas cuestiones.” (Luis Pihen)

Los padres de Luis eran “muy de Acción Católica”, es decir, muy tradicionales, pero sin embargo habían criado a su hijo “esperando” que él y su mujer salieran de la cárcel. Luis pone eso por sobre los cuestionamientos y diferencias políticas con sus padres. Al salir, Luis y Eva tuvieron que vivir un momento “de transición” donde cohabitaron con los padres de Luis, pero la intención, al igual que en el caso de Cristina Bollatti, era que su hijo no sufriera una nueva separación drástica, un nuevo desarraigo. En estas situaciones, la convicción política pasó a segundo plano.

Por otra parte, la separación de los hijos es vivida con cierta culpa. Culpa por lo que sufrieron, por no poder haberlos criado “normalmente”, por haber sido víctimas de una situación sobre la cual no podían decidir. Ellos habían elegido esa vida, y ninguno se “arrepiente” pero la culpa aflora con respecto a las personas con las que se tenía una

cierta responsabilidad, como los hijos o hermanos menores. Así me cuenta Luis Mattini como vive las consecuencias de haber optado por la militancia clandestina, particularmente el “costo” de aquella opción con respecto a la relación con su hija:

“pagamos un precio *muy caro* por eso, ya no te hablo de los muertos y desaparecidos, pero si... yo tengo una relación no ideal con mis hijos, ni mucho menos, una relación *conflictiva* porque lo menos grave que me dijo mi hija muchos años después fue ‘yo a vos te admiro, porque a lo largo de la vida vos hiciste lo que quisiste siempre. Lo único que te digo es que no tendrías que haber tenido hijos’, eso es muy *pesado*... entonces tengo una cosa muy dual con mi hija, por un lado cariño de hija, cierta admiración y por otro lado esas cosas... y la mayoría de los compañeros pagaron ese precio... no es juguete. Pero eso solo, como antropóloga, lo podés ver en el contexto, si lo sacás del contexto es como *loco* y yo no te admito eso, hay que ver el contexto.” (Luis Mattini)

Luis significa a la relación con su hija como “conflictiva y dual”. Tras años de clandestinidad y exilio, donde la actividad política primaba sobre las obligaciones familiares, el descuido de estas últimas es visto contradictoriamente, por un lado su hija comparte sus ideales pero por otro reclama sobre su ausencia como padre. El haber pagado un precio “muy caro” significa en este contexto una especie de castigo, una culpa que hay que purgar “aguantando” los reproches<sup>237</sup>.

Pero todas estas circunstancias, puestas en contexto, no hacen más que revelar la arbitrariedad de las construcciones sociales acerca de la familia, de la paternidad. La representación de la familia nuclear, como una unidad cohesa, definida por la cohabitación de sus miembros, no es aplicable a estas familias obligando a repensar y replantear, las relaciones posibles entre sus miembros cuando estos vínculos no se dan en forma “regular”. Como señala Bourdieu (1997) la familia es “una ilusión bien fundada”, y los mecanismos sociales de su génesis, mantenimiento y naturalización solo se tornan visibles en situaciones irregulares o durante crisis que hacen tambalear a las fuerzas de fusión que mantienen unidos a sus miembros.

---

<sup>237</sup> Este reclamo de Luis de “poner en contexto” esta opción debe ser relacionado con la representación que los entrevistados tienen sobre mi persona. La mayoría de ellos (como en el caso de Luis) sabían de mi historia familiar por lo que, en el momento de hablar de la relación con sus hijos, pero sobre todo sobre los “costos” que tuvo la militancia en esa relación, ellos se ven en la necesidad de “darme una explicación”. En estas circunstancias las distancias sociales (Bourdieu; 1999) se estrechan y ellos empiezan a hablarme como padres a una hija deseosa de encontrar respuestas, quizás como portavoces de mi madre que, al haber muerto, no está en la posibilidad de darme esa explicación. En todas las entrevistas, cuando se toca este tema, ellos buscan argumentar que, pese a lo irregular de la situación, el descuido hacia los hijos fue un producto del contexto y no de la falta de responsabilidad o afecto hacia ellos.

En los casos de exilio, el momento de “volver a la normalidad” se da con la vuelta al país. Los exiliados que volvieron, habían añorado todo ese tiempo la patria, tratando de ir volviendo de a poco, primero a países de América hasta el retorno definitivo al país. Al volver retomaron relaciones anteriores, principalmente las familiares, pero en los casos que se dio el retorno se dieron nuevas separaciones. Los hijos, que habían emigrado con ellos, estaban arraigados a los países de exilio, el país de origen formaba parte de un “paraíso” relatado por los padres pero no de una experiencia propia<sup>238</sup>. En estos retornos, hubieron crisis entre los miembros de las familias, divorcios entre las parejas, conflictos con los hijos que, cuando no eran niños, se resistían a volver.

Más que en tener que recomponer vínculos personales, los exiliados puntualizan en la reconstrucción de un vínculo con el país. Las experiencias de Norma Álvarez y Cristina Salvarezza, relatadas anteriormente, son ambivalentes con respecto al “retorno”, por una parte la “sociedad” las trata muy bien, pero por otra sufre una serie de nuevos “maltratos” por parte del Estado. Entre las pertenencias que Norma repatriaba traía sus libros, muchos de ellos adquiridos durante el período vivido en Nicaragua, los cuales aludían a las experiencias de la revolución. Al repatriarlos, ella es citada para presenciar como los agentes del gobierno seleccionaban los libros que le iban a devolver, confiscando aquellos que consideraban “subversivos” para luego quemarlos en su presencia. En este ritual se revela aquello que la nación considera “legítimo” en términos de bienes culturales, la quema (acto altamente simbólico que también se relaciona con la “purificación”) reaviva prácticas y performances heredadas del sistema dictatorial<sup>239</sup>.

Por otra parte, años después, al indagar por qué no figuraba en los padrones electorales, Norma descubre que había sido privada de sus derechos políticos, recorre los juzgados pidiendo alguna explicación pero nadie le sabe decir por qué ha sido destituida de una parte de sus derechos como ciudadana, sólo le dicen que ella asumió otra

---

<sup>238</sup> Durante mi estadía en Suecia en 2003, en la que pude compartir muchas charlas con los hijos de los exiliados en ese país, los mismos me relataron las experiencias vividas, ellos decían que habían crecido con la sensación de que otra persona, igual a ellos, estuvo viviendo todos esos años en el país de origen y que en algún momento necesitaron “volver” y reencontrarse a ellos mismos, o a esa mitad imaginada. Al mismo tiempo, al volver, esta fantasía quedó confrontada con la realidad de no conocer al país de origen más que por medio de relatos y, según el sentir general, eso generó una nueva crisis que se materializa en las expresiones manifestadas por ellos: “en realidad no estábamos volviendo, sino yendo”, “en Argentina nos trataban como suecos, en Suecia éramos sudacas”.

<sup>239</sup> Durante la dictadura, al igual que durante el nazismo, la quema de libros por parte del Estado fue una práctica pública y ritualizada.

ciudadanía (la sueca) “voluntariamente” y que por ese acto se considera que renuncia a sus derechos políticos en Argentina.

En el momento del retorno Cristina Salvarezza tenía pedido de captura, el mismo se debía a una causa que se le había abierto en su ausencia<sup>240</sup>. Pese a esto decide entrar al país porque “no aguanta más el exilio”. Cristina emprende el retorno sin más ayuda de los organismos internacionales que la gestión de los boletos de avión para ella y su hija; al llegar no es capturada, pero no encuentra ninguna ayuda con la cual contar, los programas de repatriación ya no se encuentran en vigencia, el mercado laboral en su profesión se encuentra completamente cerrado. Cristina tiene la sensación de “haber llegado tarde” y de no encontrar a nadie a quien responsabilizar de esta situación, se trata de un país que intenta resolver las consecuencias de un proceso dramático para ciertos grupos, pero cuya vida (económica, cultural, social) transcurrió en esos años por carriles que ahora se presentaban como imposibles de modificar.

Pese a todas las dificultades ambas logran empezar una nueva vida, la (re)incorporación a la sociedad nacional por largo tiempo añorada se va dando gracias a las ayudas familiares y de los amigos, poco a poco todo comienza a tener un ritmo nuevamente, los hijos se incorporan al colegio, ellas al trabajo y consiguen establecerse.

Sin embargo, el proceso del exilio tarda en cerrar. En Cristina Salvarezza el cierre se da al “blanquear” su pasado con diferentes sectores de la sociedad y el Estado. Con el Estado se da cuando, para conseguir un puesto de trabajo, le piden un certificado de “buena conducta”, comprobando allí que la causa que pesaba sobre ella había sido sobreseída<sup>241</sup>. Con la sociedad, se da en el momento en que ella puede decir públicamente que no ha estado en el exterior “de vacaciones”, haciendo frente a los cuestionamientos morales y políticos que, no siempre abiertamente, la gente le dejaba entrever.

Otra circunstancia que marca la salida del mundo de la ilegalidad con respecto a las experiencias de exilio es, al igual que con respecto a otras situaciones de

---

<sup>240</sup> La causa era por “portación de armas de guerra y asociación ilícita”, causa que pesaba sobre casi todos los militantes de organizaciones político-militares. Aún en los años de la reapertura, muchos de ellos no pudieron regresar al país a causa de esto hasta que lograron, años después, ser excarcelados.

<sup>241</sup> En otros casos este “blanqueamiento” de los antecedentes penales aun no se ha dado. Es el caso de Gustavo Tissera, a quien aún hoy le figuran las causas por las que se lo encarceló en aquel momento. Gustavo cumplió su condena en 1977, sin embargo quedó preso a disposición del Poder Ejecutivo Nacional (PEN) hasta 1983. Al día de hoy, cada vez que presenta esta documentación en un trabajo tiene que dar explicaciones sobre sus antecedentes.

clandestinidad como la de Silvia Tubis, la legalización de todo lo relativo a los hijos. El segundo hijo de Norma nace “apátrida”, el orden internacional reconoce que ha nacido, pero ha nacido “sin tierra”, como en un barco en el medio del mar. Estas situaciones altamente irregulares, “ilegales” desde la terminología oficial, nos hacen pensar en las situaciones “normales” ¿Cómo es posible que una persona –dentro de nuestro pensamiento moderno- nazca fuera de un territorio, sin patria?

También para Cristina Salvarezza, al retorno, una de las cosas que primero se ocupa de solucionar refiere al estatus de ciudadanía de su hija, que por haber nacido en la clandestinidad no contaba con los reconocimientos legales que acreditasen su filiación y su nacionalidad.

La solución de estas situaciones legalmente irregulares con respecto a la documentación se da por medio de una “amnistía” que da el gobierno, por medio de la cual puede quedar asentada la identidad de estos niños, diciendo que nacieron dentro del territorio nacional. Esto último es cierto en el caso de la hija de Cristina Salvarezza, pero no en el del hijo de Norma, nacido en Suecia pero anotado como nacido en Córdoba.

Los casos reflejan, en miniatura, como las políticas estatales han tratado las dificultades planteadas por estas situaciones “irregulares” e “ilegales” en un plano más general; la “amnistía”, marca la línea divisoria entre el olvido y la memoria, entre las políticas estatales que buscan hacer “borrón y cuenta nueva” con estas situaciones para “recomponer la Nación” instituyendo al mismo tiempo una memoria “oficial” siempre parcial. Las amnistías, que conllevan una dosis necesaria de olvido, toman valoraciones diferentes según a quienes sean aplicadas y en qué contextos, en el caso de sobreseimiento de las causas se trata de una política que “borra” las causas judiciales anteriores es vista como positiva, ya que en cierto sentido ese olvido es el triunfo de una memoria que traza la línea divisoria entre culpables e inocentes, a favor de los militantes y en contra del accionar del Estado. En el caso del hijo de Norma, la amnistía marca un desfase, un “error” entre los relatos de lo vivido y lo reconocido por el Estado, tomando una valoración negativa. También el caso de los Indultos Presidenciales otorgados a los ex comandantes, es un ejemplo de las amnistías implementadas que son vistas negativamente.

Amnistías y sobreseimientos, regularización de situaciones legales irregulares, procesos judiciales, indemnizaciones, reincorporaciones laborales son políticas de Estado que han tendido a “reparar”<sup>242</sup> a las consecuencias de la dictadura y la vida en la clandestinidad. Las mismas trazan una línea divisoria entre la memoria y el olvido, una separación entre culpables e inocentes, un reconocimiento o una deslegitimación de ciertos grupos y personas.

La presencia del Estado en las experiencias de “regularización” o “blanqueamiento” que vengo analizando es central, es un punto de referencia permanente en los testimonios pero además se relaciona con las posibilidades de volver a “recomponer” un mundo, hasta los lazos sociales más cercanos. Las situaciones relacionadas con la represión generaron grupos e identidades, las leyes de indemnización, aparte de ser un territorio de disputas políticas, generaron espacios de encuentro entre las personas. En todo momento, el Estado y la realidad política del país atraviesan los recuerdos de los ex militantes. Aún en un plano individual, hecho el paso de una dimensión política a una más bien ética, la política sigue estando en el centro de sus vidas.

### **“Faltan los mejores”: la vida sin ellos.**

“... yo caminaba por las calles, cerca de donde yo vivía con Gustavo y Viviana y había una esquina que tenía un almacén y era un domingo a la mañana, de marzo, ya fresco, y salía una señora del almacén riéndose, con una cajita de raviolos y yo entrecerré los ojos y me vi a mí, comprando los raviolos ese domingo en ese almacén y se reía esta señora, y yo decía ‘la puta madre, de que *mierda* se reirá ¿Acaso no sabe lo que pasó en la Argentina? ¿No sabe que hay 30000 desaparecidos, presos, las víctimas, los bebés, las injusticias? ¿Por qué la gente se ríe? ¿Por qué no está peleando? ¿Por qué esta cosa tan frívola?’, como enojada con el mundo estaba (...) no había justicia, ellos caminaban por las calles como si nada hubiera pasado, y yo *sola, sola, totalmente sola*, sin mi pareja, sin mi hija, que circunstancialmente estaba con mi familia, sin mis compañeros, sin nadie, sola, sola, esa soledad tan grande...” (Cristina Salvarezza)

Cristina Salvarezza vive en un departamento grande, en pleno centro de Córdoba. El salón es espacioso pero no tiene muchos muebles, un juego de comedor, uno de sillones con una mesita ratona y otra redonda, al lado de uno de los sillones. En las paredes no hay cuadros, en la mesita redonda exhibe dos portarretratos, un collage de

---

<sup>242</sup> El concepto de reparación integrar del daño señala que reparar consiste en volver al estado anterior de cometido un daño u ofensa. En relación a los delitos cometidos por la represión, señala la investigación, el esclarecimiento y el juzgamiento a los responsables de los crímenes así como la reparación patrimonial.

fotos de fotomatón, donde están su hija y ella, cuando Viviana era chica, otra foto con una cara en primer plano. Sonriente, con barba, casi de perfil, la foto en blanco y negro muestra a un hombre joven: Gustavo, su compañero, el papá de su hija, que fue secuestrado un 24 de marzo de 1977.

El dormitorio de Cristina Bollatti tiene una cama de una sola plaza, una mesita de luz y una cómoda, sobre la cómoda hay un espejo y un peine, algunos adornos, junto a la luz de la ventana, la fotografía en blanco y negro de un hombre buenmozo, erguido, con la mirada en alto, en una actitud que inspira respeto. Es Hugo, su marido, el papá de su hijo, el “Capitán Santiago”, líder militar del PRT-ERP, muerto en la retirada de una acción militar de “ajusticiamiento” al dictador de Nicaragua, Somoza.

La casa de Rodolfo y Patricia está pintada de azul, tiene un gran salón que comunica con la cocina y el comedor. En la pared del salón hay un cuadro donde se ve una ventana y una mujer parada junto a ella, una foto del “Che” y otra del subcomandante Marcos, la mujer del cuadro –me cuenta Rodolfo- es Tota, su hermana, desaparecida en 1976, poco tiempo después de fugarse de la cárcel del Buen Pastor, cada vez que habla de “la Tota” mira y señala el cuadro. En un mueble, junto a fotos de su casamiento, de sus hijos y nietos, hay otra en blanco y negro, una niña haciendo la primera comunión, con un vestido blanco lleno de encajes, “esa es Tota cuando era chiquita” me dice Rodolfo.

De las personas entrevistadas, casi todas tienen un familiar muerto o desaparecido. Cristina Salvarezza y Cristina Bollatti a sus maridos, Rodolfo a su hermana, Rodolfo Rapetti a su compañera, Luis Mattini a su hermano, Antonio a sus dos hermanos, Luis Pihen a su hermano, María de Poggi a su hermano. En todas las entrevistas se repite la referencia a alguna ausencia, la de un familiar, la de un compañero, siempre que se los evoca el nombre va seguido de la aclaración “que está desaparecido”, “que murió a mi lado”, “que murió o desapareció en tal fecha”. Estas personas y su condición de desaparecidos y asesinados están presentes permanentemente, evocados en el discurso, apoyando su recuerdo en símbolos, como las fotos. Como en un culto privado se rinde homenaje a estas personas, se les habla, se habla de ellas, se da un lugar privilegiado a su imagen dentro del ámbito de la casa y fuera de él.

Con los hermanos, compañeros y amigos cercanos, con las parejas, el ambiente emocional que recubre a esos recuerdos es muy fuerte. Las personas se emocionan,



lloran, tocan las fotos como si las acariciaran, con los muertos y desaparecidos que compartieron aquella experiencia, la reacción emocional es irrefrenable. Como se ve en el testimonio de Cristina Salvarezza las experiencias se recubren de una sensación de vacío y de incompreensión por parte de la sociedad. Más allá de lo dolorosa que puede resultar la pérdida de un ser querido, a ese dolor se le suma la sensación de aislamiento social, de incompreensión. Silvia Tubis, al preguntarle sobre las experiencias del retorno me comenta: “ni los parientes nos venían a ver, éramos la peste”<sup>243</sup>.

La “peste” es una expresión interesante, el entrar en contacto con las familias de los “subversivos”, posteriormente encarcelados, asesinados o desaparecidos se coloca dentro del orden de lo “contaminante” y “peligroso” (Douglas; 2007). En este marco, hasta los familiares más directos pasaron a evitarlos, a aislarlos como si fueran “leprosos”, dificultando tornar este duelo en una cuestión social (Elias; 1989).

Cuando el marido de Cristina Bollatti fue asesinado, ella estaba en la cárcel, así relata su experiencia:

“... el desarrollo de Hugo fue más militar que otra cosa, (...) el siempre decía que a él no lo iban a detener nunca, a mi me daba miedo cuando él decía eso, porque decía que él se iba a defender y la última bala era para él (...)

Mariana- ¿Cuando lo mataron vos estabas presa?

Cristina- En Devoto, estaba en Devoto.

Mariana- ¿Cómo te enteraste?

Cristina- Por los familiares que trajeron la noticia, primero como si hubiera estado detenido y después como que lo habían matado (silencio) en aquel momento no recibíamos ni diarios, las noticias eran muy confusas, quien me lo confirmó fue Echegoyen, un obispo metodista que visitaba en la cárcel a las compañeras que eran de esa religión y creo que él de casualidad fue a verlas a ellas y yo les pedí a las chicas que preguntaran, que me confirmaran, que trataran de confirmarme esa noticia y si, fue él el que me dijo “está muerto”, que habían publicitado ya su foto, digamos, el cadáver, la foto del cadáver, que mis suegros habían ido al Paraguay, a ver si podían reconocerlo y traer el cadáver, cosa que no lograron nunca, se lo mostraron a la prensa nacional e internacional, ahora, a ellos nunca, y bueno, desde aquel entonces está... desaparecido.

Mariana- ¿Vos tenías comunicación con él?

Cristina- No, no, para nada, para nada... esa era una de las cosas... vivir... siempre pensé que si se hubiera producido la muerte o la desaparición... las malas noticias vuelan, siempre pensé que me hubiera enterado, pero la verdad que era muy difícil, año 77, 78, 79, 80... el no tener noticias, fue muy difícil el no saber *nada*, el no saber *nada*, yo no sabía *nada*, ni yo ni la familia... la incertidumbre y el desconocimiento es una cosa *espantosa*... eso es lo más horrible... que se yo...

Mariana- ¿Y qué sentiste vos en ese momento? Porque la acción en la que él muere es una acción muy...

Cristina- Importante.

Mariana- Sí, importante, pero a la vez él muere...

---

<sup>243</sup> Da Silva Catela (2001) ha señalado que uno de los factores de mayor sufrimiento en los familiares de desaparecidos ha sido el aislamiento de las relaciones sociales que en circunstancias “normales” contribuyen a entrar y salir del duelo ante la muerte de un ser querido.

Cristina- Mucha rabia sentí. Mucha rabia. Porque año 80, acá en el país, el furor represivo, masivo, ya estaba pasando, entonces uno medio que ya entraba... como que la guardia baja, te digo porque antes te preparabas para morir, entonces bueno como “zafé”, “zafamos”, empezar a pensar en la posibilidad de que podía haber un recambio de la situación, entonces me dio como mucha rabia, porque digo “pucha, en el final”, si hubiera sido en el medio del proceso lo hubiera tomado con más naturalidad, que la muerte de él me haya agarrado al final del proceso, de la dictadura nuestra me dio mucha rabia, aparte desde aquel entonces al día de la fecha yo tengo muchas incógnitas sobre la muerte de Hugo, sobre la detención y la muerte. Ni sus compañeros, ni menos que menos la policía, la información oficial... dejan muchos puntos oscuros que... no se sabe. (...)

Mariana- ¿Y vos volviste a formar pareja?

Cristina- No, tampoco (se ríe) tampoco.

Mariana- ¿Por qué?

Cristina- (silencio) Bueno, creo que no se dieron las circunstancias... tengo un agujero muy grande con lo de mi marido, yo siempre digo que no terminé de enterrarlo, entonces no... creo que hasta que no resuelva eso medio difícil...

Mariana- Es que no lo has enterrado...

Cristina- Por eso, por eso, de todos modos no creo que sea algo que me moleste o que me embrome, creo que lo tengo manejado... manejado y ahí, pero no me molesta la soledad, entre comillas... (Cristina Bollatti)

En el testimonio de Cristina hay varias cosas a analizar. Como he dicho antes, la opción de los militantes implicaba “vencer o morir”, así ve ella la opción de su marido, él no iba a permitirse caer en manos del enemigo, iba a resistir hasta la muerte, esta representación sobre la muerte coincide completamente con la del héroe<sup>244</sup>. Y así fue, Hugo Santiago Irurzun, el “capitán Santiago” murió en Paraguay, luego de una acción por la cual un comando integrado por varios militantes del PRT-ERP “ajustició” a Somoza en 1980. El Capitán Santiago era uno de los “cuadros militares” más admirados y constituye uno de los “héroes” del PRT, todo en su muerte, salvo la desaparición de su cuerpo, coincide con esa representación, un hombre que muere combatiendo, en una operación importante, ajusticiando a un dictador de los más sanguinarios, máximo representante de la dictadura nicaragüense.

Sin embargo, es necesario recalcar como lo hiciera Ridenti (1993) que la apreciación de las muertes dentro de las organizaciones cambió con el tiempo. Cristina, además de ser su esposa y por lo mismo tener una relación afectiva con él, señala que en el ‘80, ya estaban “con la guardia baja”, es decir que ya no esperaban que ese tipo de muertes sucedieran. El furor represivo ya había pasado, también el furor de la militancia

---

<sup>244</sup> Al respecto del héroe dice Todorov “El héroe es un ser solitario y ello por un noble motivo: por un lado, él combate por abstracciones más que por individuos, por otro la existencia de sus seres cercanos le hace vulnerable. La educación del héroe es un aprendizaje de la soledad y también, por supuesto, de la reafirmación del valor. El acto valeroso es incluso la manifestación más directa del heroísmo” (Todorov; 1993; p.17)

había decaído, para los militantes que habían sobrevivido pero en manos del enemigo, la vida y la muerte ya no estaban tan enmarcadas en aquella opción drástica contenida en la consigna del “vencer o morir”, la expectativa había cambiado, inclinándose ahora hacia el “zafar”, el sobrevivir.

Lo que agrava el sentimiento de Cristina es la “incertidumbre”, la “falta de noticias”, el “aislamiento”, enmarcado en la experiencia de la prisión. Cristina vio a su marido sólo una vez luego de fugarse de la cárcel del Buen Pastor, en una reunión del comité central del PRT. Durante todo ese tiempo de separación la esperanza de volver a verlo y las expectativas de muerte con respecto a su marido estuvieron presentes, pero el no tener certezas acerca de ninguna de las dos posibilidades es un sentimiento angustioso que se prolonga hasta el hoy, antes con la posibilidad de muerte, ahora con la desaparición del cadáver. Sin certezas, con todas las características vuelven dificultoso el duelo en las situaciones de desaparición, a Cristina le cuesta “enterrarlo”<sup>245</sup>, cerrar la historia con su marido y volver a formar pareja.

Las situaciones con los hermanos que militaron y desaparecieron son similares. Antonio tiene dos hermanos menores desaparecidos, junto con su mejor amigo. En la entrevista los nombra todo el tiempo, diciendo que eran “chicos hermosos”, una y otra vez recuerda sus características, sobre todo sus virtudes. La desaparición de sus hermanos, aparte de ser una “herida sin cerrar”, lo hace reflexionar sobre el tema de su responsabilidad con respecto al haberlos “metido” en la militancia, sus intentos de “sacarlos”, de sacarlos del Partido, del país inútilmente.

Rodolfo Novillo, quien estuvo preso durante toda la dictadura pasando además por el campo de concentración La Perla, guarda con su hermana desaparecida otra relación. Su hermana Tota era un “cuadro”, era mayor y empezó a militar antes que él. En este caso, la relación jerárquica en cuanto a edad y a nivel organizativo hace que su recuerdo no caiga en el tema de la “responsabilidad” como en el caso de Antonio. A esto se suma que la familia de Rodolfo (por medio de la identificación realizada por el Equipo Argentino de Antropología Forense) pudo recuperar los restos de su hermana, sin embargo su muerte sigue siendo algo doloroso, algo por lo que “llora de vez en cuando”.

---

<sup>245</sup> Tal como señala Da Silva Catela (2001) la desaparición como metodología represiva opera sobre tres *locus* fundamentales de la muerte: la falta de *cuerpo*, y de *tumba* dificultan realizar los *rituales* de duelo establecidos socioculturalmente.

Fuera de los que tienen hermanos, hijos o a sus parejas desaparecidos o muertos, los lazos generados en aquella época con los “compañeros” son siempre equiparados a los lazos de sangre. Ignacio me cuenta una anécdota sobre su amiga Susana Lesgart, el relato se interrumpe por la emoción, me dice:

“... Susana Lesgart... Susana Lesgart es una de las chicas fusiladas en Trelew, yo la quería muchísimo (silencio) pará... (llora)... éramos pibes, pibes como cualquier otro, es como dice nuestro compañero presidente (Kirchner) ahora ‘éramos gente común que habíamos asumido grandes responsabilidades’, pero que no perdíamos lo común, nos abrazábamos, nos cuidábamos mucho, muy mucho, nos queríamos muy mucho, nos protegíamos... y fijate que es interesante porque de ahí quedaron cariños para toda la vida (silencio) todos ellos son mi familia, sin duda... donde faltan muchos, es un gran dolor pero... que se yo.” (Ignacio Vélez)

Los compañeros constituyeron una nueva familia, que cumplía la función de cuidado y cariño y muchos de esos lazos perduran hasta hoy. Las “grandes responsabilidades” que señala Ignacio, tenían que ver con asumir la violencia como estrategia. Intentaré dar cuenta aquí de las tensiones que implicó esta situación y los sentimientos que aparecen como corolarios de ese desenlace. La culpa como sentimiento puede comprenderse en referencia a los reproches realizados entre y a los ex militantes. Los ex militantes de organizaciones político militares comparten con sus compañeros muertos y desaparecidos el haber pasado por una experiencia extrema, a la mirada de la sociedad sus historias están marcadas por la delgada línea que separa a los vivos y a los muertos (Pollak; 1986).

Es usual escuchar en sus discursos la pregunta ¿Por qué yo estoy vivo y ellos no?, como si la supervivencia resultara aún más dolorosa que la muerte. Esto obedece a varias razones. La “culpa” como sentimiento aflora cuando se refiere a la responsabilidad sobre algunas personas cercanas afectivamente y que socialmente responden a ciertas posiciones sociales que arquetípicamente obligan al “cuidado”, como hermanos, hijos o compañeros de menor edad o jerarquía. En estos casos, a partir de la decisión de haber opado por la violencia política, se torna dificultoso establecer el tipo y el grado de responsabilidad sobre lo sucedido posteriormente.

La opción por la lucha armada por lo tanto, no es evaluada como una opción sin costos, sin contradicciones para los individuos. Esto se manifiesta en las numerosas “autocríticas” sobre los “errores” cometidos, dentro de las cuales la “desviación

militarista”, expresión que indica la preponderancia de la acción militar sobre la política, constituye un tema central.

En otro sentido, hay un desfase entre las expectativas que ellos tuvieron en otro momento sobre las formas de morir y lo que les sucedió posteriormente. Como lo señalaran Ana Mohaded y Eduardo, citados algunos apartados atrás, la muerte esperada como consecuencia de la lucha armada era una muerte heroica, “de un tiro”, no una muerte anónima tras haber padecido innumerables tormentos y humillaciones o de viejos. La muerte esperada, acorde a la vida llevada, era una muerte en combate, conforme a las reglas del combate, cuando la represión se agudizó, el enfrentamiento empezó a parecerse más bien a una cacería y la supervivencia se tornó ambigua.

“Faltan los mejores”, me dice Norma y argumenta sobre lo necesarios que serían algunos de sus compañeros muertos y desaparecidos en la actualidad, marcando a la vez la relación que guarda este grupo con sus muertos. Esta apreciación es digna de análisis, la memoria de los ex militantes condensa en los muertos y desaparecidos los valores positivos por una serie de factores que es necesario desgajar. Independientemente de sus cualidades ¿Por qué serían los mejores?

En primer lugar ellos entran en uno de los extremos de las dos categorías posibles en relación al futuro en aquel momento: no vencieron pero murieron luchando. En esa forma de morir se condensan dos arquetipos ancestralmente asociados a vidas (y muertes) ejemplares en situaciones de violencia: el héroe y el mártir<sup>246</sup>. La heroicidad, depositada además en personas jóvenes, torna a esa representación aún más fuerte al verse su vida como una vida “truncada” (Da Silva Catela; 2001) por la injusticia, es el núcleo de “la entrega” como valor rector del ideal del sacrificio máximo, el “dar la vida por la causa”. Además, al morir, ellos entran dentro de la esfera de lo sagrado y con ello, habiendo llevado una vida que se considera como ejemplar hasta las últimas consecuencias, pasan a ser “intocables”. Más allá de las características de cada uno de estas personas, es difícil “humanizarlos”, son recordados como “los mejores”, los mejores amigos, los mejores

---

<sup>246</sup> La figura del héroe remite a al orden moral militar o más bien, señala Todorov (1993) al código de honor caballeresco, mientras que la del mártir al orden de lo religioso. En el héroe “el interés por el deber está muy por encima de su atención hacia el ser” (Todorov: 1997; p.14) algo similar sucede con el mártir, sólo que en la representación del mártir prima un lugar pasivo de padecimiento de la violencia, donde su carácter sagrado está dado por el máximo sacrificio y abstención en el sufrimiento. Ambas figuras llevan implícita la idea de “dar la vida” (el ser) por un deber ser o una creencia, la “entrega” y las “convicciones” por encima de la individualidad.

compañeros, los mejores hijos, cualquier crítica a esa memoria, al entrar en contacto con lo sagrado (Durkheim; 2003) corre el riesgo de ser vista como una profanación.

Esos rostros congelados en las fotos, siempre jóvenes, siempre erguidos, siempre sonrientes, contrastan con los rostros de las personas con las que trabajo, casi siempre sentadas al lado del retrato mientras realizo la entrevista. En estas personas que ya peinan canas, que criaron hijos y nietos continuaron con sus vidas, se enfrentaron a nuevos desafíos y problemas, el contraste en las imágenes recuerda el paso del tiempo. A su lado, las imágenes de los muertos y desaparecidos, su memoria, los empuja a la “obligación” que cabe a los vivos en estas circunstancias: la de mantener viva su memoria.

### **Una vara con que medirnos**

Como he mostrado en el apartado anterior, los muertos y desaparecidos condensan, en la memoria de los ex militantes, el ideal de pureza y sacrificio absolutos. En la memoria sobre la heroicidad de cada uno de ellos hay gradaciones, ligadas por un lado a quien era cuando aún estaba en vida o, en términos de Elias (1989), a su forma de vivir. En general, aquellos que gozan de mayor admiración en el presente son los que, jerárquicamente, eran cúpulas de las organizaciones, referentes, y que llevaron esa opción hasta las “últimas consecuencias”. Esto quiere decir que, así como las valoraciones morales están en consonancia con la memoria sobre esas vidas, también lo están con sus circunstancias de muerte y los comportamientos asociados.

En la restitución de los restos de Horacio Pietragalla, quien perteneció a Montoneros, tras las palabras dichas por sus familiares Nené<sup>247</sup>, una compañera de militancia, pronunció un discurso. Parada frente a la urna cubierta con una bandera celeste y blanca de la cual se prendía una estrella roja de ocho puntas<sup>248</sup>, ella, llorando, leyó una carta donde recordó a Horacio como padre, como marido, como compañero, como representante de la Juventud Peronista (JP) en el avión que traía a Perón de su largo

---

<sup>247</sup> Nené fue compañera de Leonardo Bettanin, diputado nacional de la JP elegido en las elecciones de 1973, ambos pertenecían a Montoneros y compartieron, por su posición jerárquica dentro de la organización muchas experiencias con Horacio “Chacho” Pietragalla. Leonardo fue asesinado en Rosario el 4 de enero de 1977.

<sup>248</sup> La estrella roja de ocho puntas o “estrella federal” era el símbolo distintivo de Montoneros casi siempre pintada sobre una bandera celeste y blanca, así como el del PRT-ERP era una estrella roja de cinco puntas sobre una bandera blanca.

exilio. Finalmente dijo “preferiste morirte de dolor y no de vergüenza”, hablándole al muerto que era recordado como un “ejemplo” y que, 25 años después, volvía a estar entre los suyos.

Todo el discurso se recubrió, como en cada acto de homenaje, de una admiración sin par. Es difícil analizar estas situaciones, durante todo el trabajo de campo nada me conmovió tanto como el presenciar esta restitución, a tal punto que en el momento no pude observar ni hacer ningún análisis. Tiempo después, al mirar su filmación, algunas palabras retumbaban en mi cabeza, me pregunté ¿Qué significa preferir morir de dolor y no de vergüenza? ¿Qué hace que el dolor sea preferible a la vergüenza? ¿A qué remite la “vergüenza” en la cultura militante? Las formas de vivir y de morir en esos contextos, tienen que ver con la apreciación y los valores asociados a las situaciones límite por las que muchos ex militantes pasaron. Fuera de la homogeneidad con la que se reivindica a la “generación”, fuera de la admiración con la que se recuerda a la totalidad de los muertos y desaparecidos por “haber dado la vida por la causa”, al interior del grupo de los ex militantes y sobrevivientes, las experiencias relacionadas con la dictadura, las actitudes sostenidas ante el “enemigo” y las trayectorias políticas posteriores trazan una serie de disputas, de fuerzas de fusión y fisión (Evans Pritchard; 1977).

Durante el trabajo de campo, en las entrevistas, una de las preguntas realizadas a todos por igual ha sido si en la actualidad ellos mantienen las relaciones que tenían en aquel entonces, con quiénes y por qué. Los ex militantes en general conservan un grupo de allegados desde aquel entonces, los mismos se agrupan bajo diferentes identidades asumidas y adjudicadas: “los ex presos”, “los del exilio”, “los de La Calera”, “las chicas del Buen Pastor”, “las (ex presas) de Devoto” son identidades colectivas que engloban a esas personas en base a ciertas experiencias comunes. Las experiencias de militancia y las de represión crearon lazos estables, más allá de la actividad política, los militantes mantienen reuniones sociales, siguen participando juntos de eventos en los cuales clásicamente se incluye a la familia, como casamientos, bautismos y cumpleaños. Además, muchos de ellos, comparten el trabajo, quienes tenían un mayor capital cultural, económico o político, o llegaron a acumularlo durante los años de exilio o posteriormente, han sido clave en la reinserción laboral de otros tantos, operando entre ellos una serie de relaciones de reciprocidad que estrecharon las relaciones previas

(Mauss; 1979). En cuanto a reconstrucción del mundo, de palear el vacío de objetivaciones de aquellos años en cuanto a trayectoria cultural y económica, el capital social fue un fuerte soporte.

Las memorias sobre la militancia y las identidades que generó están basadas en estos grupos sociales (Halwachs; 2011). Más allá de cualquier diferencia política el pertenecer a “la generación del ‘70” genera una fusión muy fuerte que hace que esa memoria aparezca en muchas ocasiones como sumamente encuadrada. Pero a la vez, ahondando en el discurso, observando sus comportamientos, pero sobre todo a partir de sus silencios, se puede ver que también existen, al interior de estos grupos, conflictos y oposiciones más o menos irreductibles. Como señalara Ignacio Vélez, aquella época dejó “amigos para toda la vida”, pero también en algunos casos conflictos para toda la vida.

Los conflictos entre ex militantes, las fuerzas de fisión<sup>249</sup>, de las que me ocuparé en este apartado, tienen que ver con actitudes, con valores que siempre se encuentran en disputa y que reagruparon y reagrupan a estas personas a lo largo de casi cuarenta años. No todas las actitudes consideradas “reprobables” por los ex militantes para con sus compañeros conducen a las mismas consecuencias, algunas son vistas sólo como “diferencias” salvables, otras como productos de ciertas coyunturas que, pasadas, es posible “olvidar” o “perdonar”. Hay otras que, sin embargo, trazan una oposición irreductible entre las personas, casi imposible de superar, que ha llevado a la supresión de cualquier tipo de relación entre los que alguna vez compartieron esas experiencias.

### Diferencias políticas, afinidades éticas

En octubre de 2001 concurrí a una reunión organizada por H.I.J.O.S. con motivo de retomar una charla “intergeneracional” que se había comenzado un año antes en un homenaje a Emilio Maza<sup>250</sup> y a la toma de La Calera. En la reunión anterior, luego de que los protagonistas directos de la toma hablaran sobre esa experiencia y recordaran al jefe

---

<sup>249</sup> Evans Pritchard (1977), en su análisis de los conflictos entre los Nuer señaló que los mismos no solo rompen relaciones entre grupos, sino que también son esenciales en la producción de otros reagrupamientos. Así, en este caso no debemos ver a los conflictos y disputas entre los ex militantes solo como un elemento sólo de ruptura, sino como un proceso dinámico, donde los individuos van redefiniendo alianzas y pertenencias.

<sup>250</sup> Emilio “el Gordo” Maza fue el jefe del operativo fundador de Montoneros en Córdoba: la toma de la Calera. Maza murió pocas horas después del hecho en una casa operativa, a consecuencia de los disparos recibidos durante el mismo.



del operativo, surgió un interrogante por parte de la generación más joven ¿Cómo aquellos jóvenes se habían involucrado en la lucha armada? La pregunta generó un gran debate, un año después se retomó la discusión.

Yo había leído la transcripción de la primera charla y me había parecido muy interesante, al punto de condicionar mi interés en esta investigación. Al momento de concurrir a esta segunda charla, ya había empezado con el trabajo de campo. Los ex militantes fueron llegando en pequeños grupos, se saludaban, charlaban animadamente entre ellos. Al comenzar la reunión su número duplicaba los que habían sido invitados personalmente. Un grupo de alrededor de sesenta personas, de los cuales 35 eran ex militantes de los '70, casi todos hombres, nos sentamos en círculo en un salón del Sindicato de Prensa, en donde había sido convocada la reunión y que había sido facilitado por un ex militante montonero que trabaja en el mismo.

Uno de los integrantes de H.I.J.O.S., dio la bienvenida, hizo una introducción dando cuenta de los motivos de la charla y comenzó una ronda de presentaciones. Los ex militantes se presentaron diciendo sus nombres, sus pertenencias políticas pretéritas, siendo en su mayoría ex militantes montoneros y del PRT-ERP, seguida de sus identidades relacionadas con la represión.

Luego de esta ronda comenzó la discusión, aunque buscando no hacer eje en diferencias políticas manifiestas, el debate acerca de la memoria de la militancia comenzó a girar en torno a la oposición peronismo-antiperonismo teniendo como centro temático la opción por la lucha armada. La discusión se volvió enardecida, caótica, un ex militante montonero llamó al orden y pidió que hablara otro ex militante mayor que él, un “dinosaurio”<sup>251</sup> quien había comenzado a militar a principios de los '60, con la guerrilla de Masetti. El que mocionó darle la palabra, argumentó que lo buscado en esa charla era que tuviera una acción pedagógica en los miembros de la generación posterior, en términos político organizativos y no dar muestras del “sectarismo de aquel entonces”.

Lo que recompuso el orden fue apelar a las jerarquías, al miembro con más edad y más años de experiencia política. Ante la “voz de la experiencia” todos hicieron silencio, el hombre, Héctor Jovet, comenzó a hablar y su parlamento, acerca de las raíces de la guerrilla en Argentina, se extendió por media hora.

---

<sup>251</sup> Con este apelativo se llama a los militantes más viejos.

Todos escucharon atentamente buscando explícitamente no recaer en los debates políticos de aquel entonces sino en las cosas “útiles” para la transmisión generacional, recalcando que en ese contexto con el “sectarismo” no estaban dando “un buen ejemplo”. En la jerga de los militantes el “sectarismo” es un término peyorativo, denota una actitud cerrada por parte de alguna organización, un fervor excesivo por una creencia, a modo de una “secta”. El apelar a “evitar el sectarismo” como consigna en este caso se vuelve efectivo ya que, una de las autocríticas más frecuentes entre los militantes, una de las causas que se atribuyen a la “derrota” es el haber llevado las diferencias políticas al extremo. En el revisionismo que los militantes hacen, el no haber logrado la “unidad” fue una de las causas que impidió la victoria del proyecto revolucionario.

Las filiaciones políticas en los '70 y sus divisiones, se manifestaron en la discusión sobre peronismo-antiperonismo, y además en la presentación, en la misma no se dio ninguna pauta y cada uno de ellos decidió a que identidad adscribiría, en todos los casos se usó el nombre, la militancia en los '70<sup>252</sup> y la relacionada con la represión.

Pero el dato de pertenecer a una u otra organización se reflejó además en la distribución espacial de los concurrentes. Cuando empezaron a surgir las diferencias políticas me di cuenta de esto, porque pese al estar sentados en círculo, los ex militantes estaban “enfrentados”. A la izquierda del salón, se habían sentado todos los ex militantes del PRT-ERP, a la derecha, como separados por una línea invisible, todos los montoneros. La charla duró cuatro horas y se pasó por muchos temas, por la cotidianeidad en aquellos años, por las autocríticas, por las separaciones y las dificultades políticas, cada vez que había un conflicto surgía alguna “voluntad conciliadora” trataba de que no se llegara a alguna fisura que vulnerara el interés general y terminara con la reunión. Al final, se confeccionó una lista con los contactos de todos y nos despedimos,

---

<sup>252</sup> Una militante, con la que charlé luego de la reunión, no se había presentado como militante en los 70, pese a que yo conocía su experiencia solo dijo su nombre y su militancia actual. Cuando le pregunté por qué no había revelado esta identidad me dijo que el eje de la charla era la lucha armada y ella había pertenecido al Partido Obrero, quien era de izquierda pero estaba en contra de la lucha armada en aquel momento. Además, adujo, “soy mujer, tuve la suerte de no estar en cana ni nada, con esta combinación de cosas estos (los demás militantes), llego a decir que era del PO, me comen el hígado”. En esta situación se puede ver hasta qué punto las diferencias políticas, además de las condiciones de género y las identidades relacionadas con la represión tejen una serie de legitimidades que operan como fuerzas de fisión o censura entre los ex militantes.

con voluntad de volver a juntarnos. Los ex militantes se fueron como vinieron, en los mismos pequeños grupos.

En otros eventos, pude corroborar las mismas afinidades y divisiones, si bien no hay “enemistad” entre los miembros de las dos organizaciones, si hay una cierta afinidad manifestada en con quienes “se juntan”. Esta distribución y agrupación de los ex militantes es sutil, entre ellos hay cordialidad y una marcada preocupación por unificarse, por contar una misma historia generacional, a su vez estas diferencias en muchos casos quedan zanjadas por el haber compartido experiencias de exilio y prisión. Sin embargo, como manifestó Cristina Bollatti, “las diferencias políticas existen y existirán”.

Gustavo Tissera<sup>253</sup>, quien militó en el PRT-ERP, es uno de los principales organizadores de una conmemoración que año a año se realiza en memoria de los fusilamientos de la Unidad Penitenciaria N°1 en la ciudad de Córdoba, cuando le manifesté mi percepción sobre la conformación del grupo organizador<sup>254</sup> como mayoritariamente integrada por ex militantes del PRT me dice:

“... no queríamos hacer una cosa sectaria sino abarcativa, que participaran todos. Pero todavía existía el resquemor de que el perro no se da bola con el monto, que si es monto no se da bola con el perro y esas boludeces que nos han dividido permanentemente, ‘está todo bien pero...’, diferenciados (hace un gesto con las manos como de separar). Entonces venía uno y veía ‘son mayoría perros’, se hacía el boludo y se iba, ibas a otro acto y eran mayoría de montos, te hacías el boludo y te ibas... esa cosa quedó, es fea pero real.” (Gustavo Tissera)

“Monto” o “perro”<sup>255</sup> siguen siendo identidades diferenciadas y manifiestan diferencias “políticas” y de pertenencia. Aunque abolir el “sectarismo” es una de las metas que siempre son manifestadas, “hacerse el boludo e irse” da cuenta de una actitud por medio de la cual las diferencias y conflictos no son explicitados, sino eludidos por medio de la evitación del contacto. Desde 2001 hasta hoy ciertas pautas de agrupamiento siguen vigentes, aunque más laxas, en el capítulo que sigue abordaremos una serie de conmemoraciones donde se puede observar cómo algunas de estas diferencias se han ido

---

<sup>253</sup> Gustavo Tissera nació en Córdoba. Su padre era ferroviario y su madre ama de casa, tiene seis hermanos. Su padre simpatizaba con el radicalismo. Es católico de origen y ateo de elección. Militó en el PRT-ERP. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales. Tiene 4 hijos. Estuvo detenido.

<sup>254</sup> Esto fue así hasta aproximadamente cinco años atrás, donde la conformación del grupo organizador se modificó, tomando la posta en la organización de la conmemoración las familias de los fusilados.

<sup>255</sup> “Perro” es una forma abreviada de llamar a los integrantes del PRT, así como “monto” a los de Montoneros o “chinos” a los maoístas.

suavizando en base a, se puede hipotetizar, la explosión de memorias públicas sobre la militancia que se dio a partir de la asunción de Néstor Kirchner como presidente. La irrupción de memorias relacionadas con la “generación del ’70” en lo público y la consolidación y oficialización en algunos casos de ciertos espacios de conmemoración, en cierta manera ha unificado esas diferencias en base a la condición de víctimas de la represión o de miembros de la generación, solapando las diferencias políticas.

En este sentido, en setiembre de 2009, durante la presentación de un libro que relata las experiencias de los ex militantes en las cárceles, pude observar un giro en este modo de relación y de manifestación de las pertenencias políticas. En el patio del Cabildo Histórico de la ciudad de Córdoba se realizó el acto, del cual participaron alrededor de 300 personas, en su mayoría ex presos políticos provenientes de diferentes provincias. Un presentador iba anunciando a los oradores. En primer lugar tomó la palabra la presidenta de la Asociación de Ex Presos Políticos de Córdoba, su discurso, al margen de presentar el libro y una muestra sobre objetos fabricados durante el cautiverio, reivindicó el papel de “la generación”, sobre todo a aquellos que fueron asesinados, para luego enunciar una serie de reivindicaciones actuales, como el cobro de una pensión para aquellos que estuvieron detenidos. Luego se fueron sucediendo los oradores de una manera cuasi espontánea, pero todas las intervenciones giraron en torno a secuencias de la vida carcelaria, entre una y otra intervención, lanzaban sobre los techos una “paloma”<sup>256</sup>, o se presentaban videos con opiniones de jóvenes acerca de la represión. En un momento, entre las intervenciones, el coro de la Asociación de ex Presos Políticos de Córdoba entonó algunas canciones, entre ellas “Canción con todos”<sup>257</sup> del cantautor César Isella. En ese momento, se desplegaron en las galerías superiores del patio del Cabildo banderas con los nombres e insignias de todas las organizaciones a las que pertenecieron los presos políticos. Mientras todos cantaban la canción, algunos alzaron puños en alto, otros los

---

<sup>256</sup> “Paloma” era el nombre que en las cárceles recibían los mensajes que circulaban por medio de hilos o alambres tendidos verticalmente entre pabellones. Las “palomas” y los “caramelos” (mensajes escritos en papel de liar cigarrillos, envueltos en plástico, sellados con calor y transportados clandestinamente en la boca, el ano o la vagina) eran la principal forma de comunicación en un régimen que prohibía el contacto y la comunicación entre presos políticos que no estuvieran en la misma celda y con el exterior.

<sup>257</sup> La canción puede ser tomada como un “canto a la unidad”, literalmente. El estribillo de la misma dice “todas las voces todas, todas las manos todas, toda la sangre puede, ser canción en el viento, canta conmigo canta, hermano americano, libera tu esperanza, con un grito en la voz”.

dedos en V<sup>258</sup>, indicando sus filiaciones políticas. Las diferencias de filiación política quedaron plasmadas en las banderas y en la simbología corporal plasmada en la forma de poner las manos en alto, parte de la acción ritual de todos los actos y conmemoraciones pero unificadas en el hecho de cantar a coro una canción que evoca (e invoca) la unidad.

Este acto da cuenta de un paso hacia la visibilización de la militancia como fundamento de identidades, esta vez las mismas son explicitadas pero de una manera impersonal o indicial y, como se puede ver en la canción usada como fondo de este ritual, como un llamado a “la unidad”.

Connerton (1993) señala que el ritual, sobre todo el de conmemoración, es el momento del consenso. Los ex militantes buscan, al menos cuando se trata de una situación intergeneracional o de organizar un evento, dejar de lado las diferencias políticas e identificarse en base a experiencias donde la represión actuó sobre todo el grupo por igual o a agruparse en torno a afinidades “éticas”.

Dentro del *ethos* de “la generación” los valores ético-políticos positivos que se prolongan desde entonces son repetidos en casi todos los testimonios: “Coherencia y honestidad”. Con estos valores los ex militantes evalúan las trayectorias propias y las de sus compañeros. Si atendemos a estos dos valores como rectores de lo deseable, como fuerzas de fusión, los valores negativos que operan como fuerzas de fisión entre personas y grupos serían la incoherencia y la deshonestidad. En las categorías nativas, las actitudes relativas a estos valores se denominan de diferentes maneras según las personas y circunstancias más o menos reprobables de las que se trate: desertión, renegación de la historia<sup>259</sup>, individualismo, personalismo<sup>260</sup>, conversión a otras ideas políticas evaluadas como opuestas a las de los ‘70, no son bien vistas pero que casi nunca generan la ruptura drástica con las personas a las que se les adjudican, a excepción de cuando se trata de

---

<sup>258</sup> Los puños en alto, sobre todo el izquierdo, forma parte de las acciones rituales de la izquierda casi a nivel mundial, los dedos en V denotan la pertenencia al peronismo. Esta simbología corporal, en general acompañada de la postura estar de pie como de algún tipo de consigna o cántico identifica la pertenencia política al tiempo que forma parte de las técnicas corporales rituales de los eventos de conmemoración.

<sup>259</sup> Se entiende por esto en las categorías nativas manifestar que aquello fue en vano o producto de algo pasajero, como una “moda”.

<sup>260</sup> El “personalismo”, en las categorías nativas, es una variante del individualismo. Mientras el individualismo desanda los preceptos colectivos (holistas) de la militancia, el “personalismo” denota también ansias de poder y notoriedad referidas a la propia persona.

líderes. Con los líderes las opiniones suelen ser mucho más severas, así se refiere a ellos Manuel Poggi:

“La diferencia entre Firmenich y Santucho es que Santucho se quedó en la Argentina a pelear contra Videla y Firmenich huyó, un aventurero es un tipo que es irresponsable de las consecuencias de sus acciones, en cambio un revolucionario como el Che Guevara, que asume las consecuencias de sus decisiones y *le pone el cuerpo*, me entendés? Esto es lo que nosotros distinguimos entre aventureros y revolucionarios, porque no cualquiera que hace acciones armadas es revolucionario, algunos son aventureros, entre los aventureros yo considero que Gorriarán Merlo es aventurero, por lo que hizo en La Tablada, en cambio Santucho es un revolucionario, porque él se quedó a pelear acá.

Mariana- ¿Independientemente del hecho de que hayan muerto o no?

Manuel- Independientemente de ese hecho, vos podés morir o no, el problema es, cuando vos hacés algo, si te quedás a soportar la *responsabilidad* de tus actos o si huís como hizo Mario Firmenich y el mismo Gorriarán Merlo, que después de la Tablada<sup>261</sup> huyó, son actitudes aventureras, irresponsables, en cambio el Che Guevara, Santucho, se quedaron y asumieron su responsabilidad... sobre todo cuando vos sos comandante de algo, sos jefe, y sos el que tenés la decisión, vos no podés dejar a tus compañeros a la suerte, vos tenés que poner el pecho, porque sos el principal responsable, y si sos derrotado las consecuencias de la derrota son tuyas, no son de los compañeros que obedecieron tus órdenes. En el plano militar te estoy diciendo, en el plano militar vos tenés que cumplir órdenes, a vos te dicen “vamos a tomar el cuartel de La Tablada, estás de acuerdo?” si vos estás de acuerdo tenés que obedecer, a vos te toca llevar este camión... políticamente vos decidís libremente, pero cuando estás en un operativo militar obedecés al jefe y es el jefe el que tiene la última responsabilidad y las consecuencias, si ese operativo fracasa o triunfa son *tuyas*. Emilio Maza, comandó la toma de La Calera y no huyó sino que jugó su vida en esas cosas y le costó la vida, me entendés la diferencia? Entonces Firmenich, Vaca Narvaja, todo lo que fue la conducción de esa época fueron aventureros, irresponsables, por eso nosotros... ya veníamos observando cómo se conducían ellos, por eso nos fuimos, por eso estamos en total diferencia con ellos. (Manuel Poggi)

El “huir”, la deserción<sup>262</sup>, inclusive el exilio de parte de un líder, sobre todo en un contexto militar, es condenado. Los líderes, si desertaron, si negociaron con el “enemigo” (ya sean las fuerzas de seguridad o el poder político) en pos de su propia supervivencia o de adquirir posiciones de poder, son vistos como “traidores”, “entregadores” o simplemente “cobardes” y condenados severamente.

En el relato de Manuel Poggi, Santucho y Firmenich, como dos líderes que tuvieron destinos diferentes, encarnan los valores positivos y negativos, uno “puso el cuerpo”, llevó su responsabilidad hasta las últimas consecuencias, el otro “huyó”, actitud que se puede relacionar con la cobardía, y por lo tanto inadmisible dentro de la

---

<sup>261</sup> Con “la Tablada” se refiere a al copamiento del cuartel del mismo nombre encabezado por Enrique Gorriarán Merlo ya en democracia.

<sup>262</sup> En los '70, las organizaciones castigaban severamente las deserciones de sus miembros, este castigo era implementado por las cúpulas, quienes evaluaban y ejercían el dictamen (Calveiro; 1995). Habiendo sido las evaluaciones tan severas, en el presente resulta sumamente reprochable la deserción o la “flaqueza” de cualquier miembro de las cúpulas, ya que traiciona el ideal de “coherencia” demandado a los militantes, pero sobre todo a aquellos que “pregonaban” esas actitudes.

representación de un líder militar. Según la representación militar, el líder es el responsable de la victoria o del fracaso del ejército en su totalidad, y de las consecuencias que una u otra acarrearán para sí mismo: la gloria o el repudio.

En el pensamiento verticalista de las organizaciones político militares, los “cuadros”, las conducciones, no solo que eran considerados los más aptos para dirigir el movimiento revolucionario, sino que también representaban los valores positivos del grupo, y debían constituirse en un “ejemplo” para los que se encontraban “por debajo” en las jerarquías. Las bases, en cierta forma, “creían” en sus líderes. Esto potenció la omnipotencia y la soberbia de los líderes, pero también la decepción de las bases ante sus actitudes, que los consideraban no sólo responsables de las decisiones políticas de las organizaciones sino también de la “fe” de sus integrantes. No es de extrañar que, las disidencias dentro de un sistema vertical, la poca representatividad de los líderes en ciertas circunstancias, hayan causado la desilusión de sus seguidores por haber creído en “aventureros” o “irresponsables” y el sentimiento de haber sido traicionados.

En términos más generales, la actitud de “huir”<sup>263</sup> de una responsabilidad señalada por Manuel Poggi, es una variante más de la “incoherencia”, lo coherente, desde su perspectiva, hubiera sido soportar las consecuencias “hasta el final”, y el “final” era la muerte. Si bien él separa el hecho de morir de tener una actitud “coherente”, en los ejemplos que pone los “aventureros” y los “responsables”, están también separados por la línea de los vivos y los muertos. El imaginario sobre la heroicidad se potencia con la jerarquía de la persona dentro de la organización, también el de la traición; más allá de esto, las opiniones sobre las cúpulas no hacen más que expresar, al extremo, la contradicción ya mencionada entre los destinos posibles para los ex militantes en los ‘70: vencer o morir.

Heroicidad y traición. Esta oposición entre representaciones y los valores y actitudes consiguientes rigen las apreciaciones morales y políticas dentro de este grupo. Así como la “heroicidad” condensa los valores positivos, en el otro extremo la “traición” agrupa a los negativos. La traición y la heroicidad funcionan como polos de representaciones extremas que, si bien se pueden considerar tipos ideales donde en la

---

<sup>263</sup> Eludir una responsabilidad militar o huir en el marco de una acción militar por parte de un mando jerárquico, era una de las actitudes sancionadas con pena de muerte en el Código Penal Montonero.

práctica ninguna situación encaja perfectamente, actúan como guías morales. La vara con la que los ex militantes se miden unos a otros.

### La traición

La “traición” es una actitud de valor negativo cuyo significado tiene un peso histórico dentro del campo político y es, a todas luces, muy polisémica. En la mitología acerca de movimientos políticos, sobre todo clandestinos, la figura del “traidor”<sup>264</sup> siempre ha tenido un lugar central. En grupos tan cerrados en términos políticos y sociales, la “traición” pone en peligro a todo el grupo, pero sobre todo vulnera su honor y su “buen nombre”.

La “traición” dentro de las organizaciones político militares es un tema sumamente tabú y su significado responde a una caracterización muy compleja que casi nunca es enunciada abiertamente sino que circula a título de rumor, sin por eso dejar de tener una alta eficacia. En la jerga de los ex militantes la “traición”, refiere a una gran variedad de situaciones y es generadora de identidades específicas, operando como una fuerte fuerza de fisión dentro de la comunidad de ex militantes y delineando al mismo tiempo los bordes, las fronteras simbólicas de la misma.

El que ha transgredido las normas de las organizaciones, el llamado<sup>265</sup> “traidor”, más que encontrarse fuera del grupo traza sus márgenes, produce un juego de identificación y extrañamiento de una importante opacidad: no es el “otro radical” pero sí un “otro familiar”<sup>266</sup> cuya presencia cumple una importante función en la gestión de identidades tras la experiencia represiva.

---

<sup>264</sup> La figura del traidor tiene una raíz mítica y religiosa, todos los movimientos y sociedades secretas han tenido un “traidor”, al cual suele culparse del fracaso o la disolución del grupo. En la tradición bíblica, el traidor por excelencia es Judas, quien tras haber denunciado a Jesús y recibir treinta monedas de oro por haber dado esa información, se suicida. El desenlace del mito, plantea un dilema moral resuelto por medio del suicidio, revelando la “anomia” que pueden llegar a plantear estas situaciones para sus protagonistas.

<sup>265</sup> Se trata de una identidad siempre atribuida, con características de estigma, no existen personas que se denominen a sí mismas “traidores”.

<sup>266</sup> Malinowski (1985) en su clásico estudio sobre el crimen y la costumbre en Melanesia ha destacado que la cercanía en términos sociales agrava la sanción de la transgresión. En los casos que analiza, donde la principal transgresión está dada por el tabú del incesto dentro de clanes matrilineales, la cercanía en términos de parentesco agrava la naturaleza del tabú general, así como su publicidad. De igual manera, los estudios de Evans Pritchard sobre los *nuer*, la cercanía o distancia social entre las partes agrava o atenúa la transgresión que significa el acto de sangre; esto hace pensar que las transgresiones pueden ser un fuerte factor de constante delimitación de las comunidades, obligando a pensar en esos límites a partir de la



En la actualidad, el núcleo de sentido de la “traición” como tabú dentro de las comunidades de militantes tiene que ver, hasta el día de hoy, con una transgresión muy concreta: la delación o la “colaboración” con el “enemigo”. En estos casos, la “traición” atribuida a ciertas personas les vale el apelativo de “buchones”, “quebrados” o “colaboradores”.

El *ethos* militante tras la experiencia represiva gravita entre la “heroicidad” y la “traición” como representaciones morales ideales susceptible de generar identidades, sin embargo se trata de dos polos morales entre los cuales se da una gran tonalidad de grises.

Pero no podríamos analizar lo que hoy significa la “traición” como representación ni al “traidor” como figura sin hacer un análisis de este tabú, como tabú fundamental dentro del “derecho revolucionario”, como parte de un conjunto de normas y procedimientos rituales con consecuencias concretas dentro de las organizaciones político militares. Lo que podríamos llamar un “derecho revolucionario” comprendió un conjunto de normas más o menos explícitas dentro de las organizaciones y una serie de prescripciones tendientes a fomentar una cohesión extrema ya sea por medio del castigo o del reconocimiento, como hemos visto en el capítulo III. Sin embargo, las actitudes hacia esas normas jurídicas “ideales” guarda una importante distancia con las situaciones reales a las que se enfrentaron los militantes sobre todo ante la represión, teniendo consecuencias que son constantemente evaluadas desde el presente (Malinowski; 1995). En este sentido me pregunté ¿Cuáles serían las conductas consideradas reprobables dentro del derecho revolucionario? ¿Qué actualidad tienen esos tabúes? ¿En qué circunstancias? ¿Cuáles las personas que, en base a un sistema de legitimidades, aprueba o condena las actitudes de ciertas otras?

Comenzaremos por analizar lo que podríamos llamar el “derecho revolucionario”, sus reglas, instituciones y rituales en diferentes momentos, para luego ver la evolución del mismo y su eficacia performativa en el presente.

---

situación extraordinaria. Entre los *nuer* las agresiones hacia miembros de la misma tribu, aunque de diferentes secciones desencadenan *vendettas* diferentes a las *guerras* que se dan entre miembros de diferentes tribus. Lo importante en la comparación de estas situaciones es recalcar que existen diferentes consecuencias según la cercanía o lejanía social de las partes a partir de una transgresión que configuran una variedad de “otros” que llamaré “radicales” o enemigos, o “familiares” cuando son esos “otros” contruidos tras la transgresión pero a partir de una cercanía social previa muy estrecha.

Hemos visto en capítulos anteriores cómo las organizaciones intentaron revertir una serie de relaciones de poder en relación a la dominación de clase, género y generación. En este marco la evaluación, el “juicio” sobre las actitudes de los militantes, la “crítica” y la “autocrítica” en las categorías nativas, constituyeron prácticas corrientes en las organizaciones tendientes a moldear política, moral e incluso afectivamente a ese “hombre nuevo” que encarnaría el proyecto revolucionario. En este marco las evaluaciones, además de un sentido político, tuvieron un importante componente moral, regulando situaciones de todo tipo en el modo “total” en que era vivida la militancia. Así como las organizaciones suplantaron a la institución de la justicia para emitir juicios e impartir castigos con aquellos que consideraban “enemigos del pueblo”, existió también una especie de derecho interno a las organizaciones, con códigos más o menos explícitos<sup>267</sup>, instituciones, figuras rituales, premios y castigos.

Hasta la disolución de las organizaciones los militantes que transgredían alguna norma establecida por este “derecho revolucionario” pasaban posteriormente por la evaluación de un “tribunal revolucionario” integrado por sus superiores. Los “tribunales revolucionarios” juzgaban transgresiones muy variopintas: desde actitudes relacionadas con la vida cotidiana consideradas “liberalidades”<sup>268</sup>, pasando por actitudes consideradas faltas en el desarrollo de operativos militares (como el abandono de una responsabilidad, la desertión de la organización o dentro de una acción armada, el no combatir dentro de la misma, o su fracaso en el caso de responsables), pero principalmente la delación y la

---

<sup>267</sup> Cabe una aclaración sobre la evolución de los documentos respecto de estas normas en cierto lapso de tiempo. Para el PRT-ERP encontramos como documento central “moral y proletarización” escrito por Julio Parra bajo el seudónimo de Luis Ortolani en 1972. El mismo contiene una serie de prescripciones y normativas más que nada de orden moral (tal como indica su título) acordes a la condición de revolucionario. Otro documento, ya con forma de código es el “código penal revolucionario” de Montoneros (1975), donde ya se regulan diferentes conductas consideradas delitos, y las penas correspondientes, el mismo consta de artículos y señala detalladamente a quienes atañen esos derechos y obligaciones. No he encontrado indicios de un código similar para el PRT-ERP pero se puede inferir su existencia o la existencia de una normativa aunque no escrita, sin embargo, las fechas de ambas publicaciones dan cuenta de una formalización y de una progresiva adopción del modelo estatal y marcial en la institución de la “justicia revolucionaria” de las organizaciones, o al menos de Montoneros, homóloga a la formación de un ejército revolucionario con características de ejército regular.

<sup>268</sup> Las “liberalidades” tenían que ver con no sostener la conducta que se expresa de manera bastante elocuente en el documento “moral y proletarización” o en otra publicación llamada el “Manual del vietnamita”, las faltas consistían en el descuido de las normas de seguridad (revelar nombres o domicilios, hacer citas en lugares demasiado concurridos) pero también otras conductas consideradas “desviaciones pequeño burguesas” entre las cuales se sancionaba a veces ciertos consumos culturales, de drogas, o infidelidades.

“colaboración” con el “enemigo”. Las penas aplicadas iban usualmente desde la degradación, expulsión, confinamiento, destierro, prisión hasta el fusilamiento de acuerdo también a las consecuencias que la transgresión hubiera tenido para toda la organización<sup>269</sup>.

Mientras las organizaciones existieron existió esta institución de la “justicia revolucionaria” encarnada en un tribunal considerado “legítimo” por sus miembros, y las “penas” aplicadas a los militantes fueron efectivizadas por el grupo de manera orgánica. Para este periodo, si bien resulta impactante el extremo de la aplicación de la pena de muerte sobre los propios compañeros<sup>270</sup>, existe un cierto consenso no tanto en relación a la legitimidad de las penas, sino a la necesidad el tribunal como mediador a la hora de evitar resoluciones arbitrarias (y violentas) de los conflictos. Esto último es más claro con respecto a las transgresiones implícitas en el tabú de la “traición” propiamente dicha, la legitimidad se diluye en los casos en los que, desde hoy, se observan las sanciones con un

---

<sup>269</sup> En los 70, los “traidores” eran castigados por las organizaciones con la pena capital, el que ponía en riesgo a toda la organización o parte de la misma era “ajusticiado” y condenado física y moralmente. El caso ejemplar en este sentido es el del “Negro Quieto”, líder de las FAR. Tras su secuestro caen las principales casas clandestinas de esta organización, ya fusionada con Montoneros, por lo cual, se deduce que él, quien por su puesto jerárquico contaba con esa información, las habría “cantado”. Quieto es doblemente condenado a muerte: por las fuerzas represivas y por sus propios compañeros, la pena de muerte por la propia organización nunca se efectiviza, Quieto muere en manos de los represores y continúa desaparecido hasta el día de hoy, pero la organización se siente a tal punto agraviada que además de esta condena sale a hacer pintadas de repudio que rezaban “Quieto traidor”, por toda la Capital. Gillespie (1987) analiza esta situación como un caso “bisagra” en relación a la delación, el caso de Quieto no es el único, pero al tratarse de un líder, quien tenía información y gozaba del “reconocimiento” de todo el movimiento, el agravio se vuelve mayor. Al mismo tiempo Gillespie puntualiza en este caso como clave entre el desfasaje entre las evaluaciones morales acerca de la delación desde “adentro” y “afuera” de los cetros clandestinos; Longoni (2005) ha señalado que el “traidor” trasgrede las leyes que cohesionan el espíritu del grupo mediante la delación o colaboración voluntaria con el enemigo o mediante estrategias individuales de evasión de la represión, pero en el término “voluntaria” está la clave ¿Se puede juzgar de voluntaria una actitud en esas circunstancias?.

<sup>270</sup> Existe en la actualidad un amplio debate sobre estas situaciones, el más sonado y público se dio en el marco de la revista “La Intemperie” y fue desatado por una carta enviada por el prestigiado filósofo cordobés Oscar Del Barco, ante la publicación del relato sobre el “ajusticiamiento interno” de dos militantes del EGP, sobre la “aberración” que significaron en términos morales esos actos. El debate iniciado por Del Barco se multiplicó en un sinnúmero de cartas de lectores. En términos numéricos, los “ajusticiamientos internos” parecen haber sido muy pocos (Carnovale), sin embargo no es posible afirmar nada contundente ya que existe un registro de las “penas” efectivamente aplicadas pero no de la cantidad de tribunales revolucionarios realizados y de los casos de absolución. Sin duda, existe un nivel de conflictividad mucho mayor a la hora de intentar evaluar esos asesinatos dentro de las propias organizaciones ya que se trata de miembros de la propia comunidad, mucho más cercanos en términos sociales que los militares o policías “ajusticiados”, la cercanía social hace que el tema sea moralmente mucho más complejo.

claro componente moral y “privado”, como las infidelidades (calificadas en el código montonero como “deslealtad”) dentro de las parejas<sup>271</sup>.

Con la disolución de las organizaciones, el juicio sobre las transgresiones a los códigos de las organizaciones se fragmentó en una multiplicidad de juicios grupales o individuales con condenas ya no efectivas pero sino más bien simbólicas que derivaron en la estigmatización y repudio (más o menos público) de los considerados “traidores”.

Desaparecidos, junto con las organizaciones, los “tribunales revolucionarios” y su capacidad “orgánica” (es decir grupal) de evaluar las conductas consideradas “reprobables”, pero sobre todo ante la derrota del proyecto revolucionario y la necesidad de establecer responsables por ese fracaso las acusaciones se multiplicaron, constituyendo una complejísima trama de reproches fragmentarios que a la vez disputa la identidad grupal y gestiona la identidad individual y la valía moral de cada persona.

En lo concreto aquellas normas, que prescribían una coherencia y una honestidad absolutas, se vieron confrontadas tras el comienzo de la represión sistemática por parte del Estado con una multiplicidad de situaciones no sólo inimaginables hasta ese momento, sino vividas e inteligidas, en la mayoría de los casos, de manera solitaria. La represión implementó estrategias muy bien elaboradas para lograr el aislamiento entre militantes, fomentando la desconfianza como forma de fragmentación que actuaría de manera duradera en estas comunidades.

Nunca pregunté, durante las entrevistas, sobre este tema específicamente pero, tras la experiencia represiva, la “traición” como transgresión y sus variantes es un problema irresuelto que siempre aflora en los discursos al entrar en confianza. Al preguntarle a María Baraldo con que ex militantes sigue teniendo relación, ella los caracteriza así:

“... están las compañeras que están desaparecidas... o las *innombrables*, que tampoco las vi ni las vería, gente que está haciendo otras cosas... (...) el resto no sé, hay algunas que están, que me merecen todo mi cariño, mi respeto y mi reconocimiento aunque estén lejos y no las vea y además rescatar a todas mis compañeras que no están, con las que tenía además una *estrecha* relación, el

---

<sup>271</sup> Muchas mujeres relataron episodios de este tipo, en el código montonero se establecía que, ante una infidelidad, debían ser castigadas “todas” las partes implicadas, incluso las que desde el sentido común consideraríamos “agraviadas”. En el PRT-ERP, si bien no tenemos acceso al código escrito, también fueron relatados episodios de este tipo, donde el castigo es considerado “injusto” y una intromisión en la vida privada. Al similar sucedió con la homosexualidad, considerada una “desviación pequeño burguesa” o una “enfermedad” que se “curaría” aboliendo el capitalismo la cual es, a todas luces, un tema sumamente tabú.

caso de la Tota Novillo, o la Sonia Blessa, o la Norma Melani, que eran compañeras con las que tenía una relación estrecha y están desaparecidas, no?

Mariana- ¿Y las innombrables por qué son innombrables?

María- Y, porque colaboraron, porque dejaron... no porque dejaron la militancia, porque la militancia se puede dejar y no por eso renegar de su historia, de su pasado, sino por haber renegado de su pasado, ni siquiera... mirá, hasta me arriesgo a decir que si tuvieron flaquezas o tuvieron debilidad frente al enemigo y después lo denunciaron o lo repudiaron, lo podés entender, pero haberse quedado a colaborar y haberse pasado... renegado de su historia, eso no, eso es otra cosa... es gente que no, no la entiendo, no la acepto, no quiero tener vínculo, no me voy a ocupar de buscarlos para manifestarles nada, no me voy a sentar a la misma mesa, es así... porque son malas personas, se transformaron en personas... como tanta gente en esta sociedad, no son las únicas, renegaron de un pasado... bueno, lo que muchos conocemos. No me interesa tampoco explármelo hablando de ellos.” (María Baraldo)

Así como las “desaparecidas” condensan los valores positivos, las “innombrables” condensan los negativos, en el medio se observan posiciones intermedias, que ofrecen dificultad a la hora de una evaluación moral taxativa. María señala que hay compañeras con las cuales no mantiene ninguna relación actualmente, o que dejaron la militancia<sup>272</sup> pero que igualmente merecen su respeto, que no se transformaron en “malas personas”.

Las “malas personas” son aquellas que, en la jerga, “se pasaron al otro lado”. Pero “el otro lado” puede referir a diferentes contextos: el más común es el “lado” de los enemigos por excelencia, los represores; pero también “pasarse al otro lado” tiene que ver en algunas ocasiones con una opción política diametralmente opuesta a la que defendían las organizaciones en los ‘70<sup>273</sup>.

María se refiere a las delaciones bajo tortura como “flaquezas” o “debilidades”, las mismas, según su punto de vista, son “entendibles” en la medida que la persona,

---

<sup>272</sup> Esto se refiere a una variante de la “traición” que Ridenti (1993) llamó la “deserción”. En las organizaciones revolucionarias del Brasil, según su análisis, se dio una dinámica en la cual si no se moría por la causa, si se la abandonaba en pos de una supervivencia se era visto como un desertor, es decir como un traidor a la causa. Algo similar sucedió en las organizaciones político militares en Argentina, en aquel momento las deserciones eran gravemente sancionadas (Calveiro; 2001). Desde el hoy, si no se trata de una participación partidaria “coherente” con aquella, cosa prácticamente imposible dado que ya no existen esas organizaciones, se trata de sostener al menos una opción éticamente coherente expresada en el ámbito de lo laboral, o sindical, o en el marco de los organismos de derechos humanos. Los ex militantes buscan incluirse en alguna actividad que a su mirada y a la de sus grupos afines, tenga constancia con ese origen, con ese “compromiso” primigenio. Por otra parte, el participar sigue siendo un imperativo, la necesidad de estar “organizado” es algo que persiste, en consecuencia el “aislamiento político” aparece como algo frustrante, difícil de soportar y las opciones “individuales” es decir “inorgánicas”, cuando no son mal vistas, exigen algún tipo de justificación.

<sup>273</sup> En contra de la “coherencia” y la “honestidad” son también vistos los ex militantes que fueron funcionarios de Menem, en este caso la “traición” está en haber defendido un modelo neoliberal como opuesto al socialista y la razón esgrimida es la “sed de poder” de ciertos personajes. De los mismos más que “pasarse al otro lado” se dice que se “vendieron”, expresión que pone al beneficio económico (contrario a la entrega desinteresada) por sobre los ideales. Ver Gorbato (1999)

pasada la situación extrema, haya demostrado seguir compartiendo los valores del grupo. Para María el denunciar a sus torturadores constituye una prueba de estar todavía “de este lado”, de no haberse “pasado de bando”, de no haber “renegado” completamente de su historia sino de haber actuado así solo debido a esa coyuntura<sup>274</sup>. Este tipo de “traición”, si bien no es aprobada, es un tema que permite la reflexión respecto de las personas y contextos en que se dio. Las personas con las que trabajé en esta investigación vivieron, en muchos casos situaciones límite como la tortura o la detención clandestina, y sostienen que las mismas (al igual que las opciones por la lucha armada) difícilmente pueden ser juzgadas con las categorías de la moral corriente (Pollak y Heinich; 2006); al haber pasado por situaciones similares algunas personas, sin que dejen de operar los valores antes mencionados, se muestran comprensivos e indulgentes.

Sin embargo, más allá de estas gradaciones ideales, existieron muchas situaciones diferentes que dependieron centralmente del contexto represivo, donde la primera y principal es la diferencia entre la modalidad represiva implementada antes y después del Golpe de Estado. Muy esquemáticamente tanto antes como después del Golpe la detención clandestina y la tortura fueron moneda corriente pero, a diferencia de lo que ocurrió posteriormente, la detención y la tortura antes del Golpe era limitada.

Saber que la detención o la tortura duraría un lapso de X tiempo, luego del cual serían “blanqueados”, otorgaba una cierta predictibilidad a los desenlaces posibles y ponía un límite temporal tanto al sufrimiento como a la resistencia al mismo. En el contexto previo al Golpe, las organizaciones establecían que las personas sabían que debían (intentar) “aguantar” 48 horas sin entregar información, lapso en el cual los compañeros que mantenían contacto directo con alguien que “caía” debían abandonar los lugares donde podrían ser detectados inmediatamente. Esta regla de seguridad no siempre funcionó, en muchos casos “aguantar” se tornaba una situación compleja debido a la extorsión sobre terceros, y también porque no siempre los militantes que estaban aún libres mantuvieron la precaución de “levantar la casa en 48 horas”. Este mecanismo,

---

<sup>274</sup> Calveiro (2001) señala que, dentro del campo de concentración, lo que definía la valoración de las colaboraciones era su carácter limitado o ilimitado. La reserva de algún “secreto”, de alguna información que no era arrancada al prisionero por sus captores, la solidaridad con otros prisioneros pasada la experiencia de la tortura, eran garantía de cierta confiabilidad entre ellos, aunque en la dinámica de simular colaboración en pos de la supervivencia siempre quedaran lagunas acerca de hasta donde llegaba la “actuación” y hasta qué punto estarían siendo “captados” por la dinámica concentracionaria, aún para los propios prisioneros consigo mismos.

estipulado de antemano así como la posibilidad de ingerir una pastilla de cianuro<sup>275</sup>, da cuenta de que las organizaciones preveían, en cierta forma, la posibilidad de no soportar las torturas de manera ilimitada, sin embargo existen contradicciones entre lo que revela implementar ese procedimiento y las evaluaciones posteriores de las conductas bajo tortura.

En el presente, prima la evaluación en base al comportamiento “ideal” que refiere a soportar el dolor sin entregar información “hasta la muerte”, la disolución de los “tribunales” y de las organizaciones en sí mismas hace que este “juicio” se realice en la mayoría de los casos en ausencia de las “partes” acusadas, sin posibilidad de exposición colectiva y mucho menos de defensa por parte de las mismas ni de una comprensión cabal de la situación.

Si sólo los que murieron son considerados la expresión de la coherencia máxima, entonces la supervivencia queda anudada a la sospecha y la identidad del sobreviviente se torna un nudo problemático de sentidos. Los sobrevivientes, señala Da Silva Catela (2001) quedan atrapados en un juego de culpas y reproches, por haber sembrado la violencia en el país, por haber sobrevivido, por ser portavoces de un horror difícilmente audible. Por otro lado pregunta que surge, a nivel social y entre los militantes es “Si tantos murieron ¿Por qué algunos quedaron vivos?”, las razones de la supervivencia, dependientes en la mayoría de los casos del azar o de la voluntad de los represores, se ensombrece tanto por el silencio de los responsables como por la sospecha de sus comunidades. Haber sobrevivido, cosa que hemos analizado anteriormente, requiere entonces una justificación casi inmediata, donde la búsqueda de la diferenciación con aquellos que “efectivamente traicionaron” constituye un importante mecanismo de gestión de la identidad.

Trabajar durante los últimos años con sobrevivientes del campo de concentración “La Perla” sin duda me permitió profundizar en los componentes relativos a la “traición”

---

<sup>275</sup> El suicidio mediante envenenamiento con cianuro fue una metodología implementada por Montoneros. Los militantes llevaban consigo en todo momento una pastilla de cianuro que podían ingerir ante la inminencia de ser capturados. Esta práctica se basaba en una concepción según la cual “era mejor morir que caer en manos del enemigo”, en parte por la seguridad de los restantes miembros de la organización y en parte por la “deshonra” que podía suponer llegar a entregar información. Este último elemento a la vez confirma la posibilidad de no poder soportar el dolor ilimitadamente en esas circunstancias, al tiempo de la potencia de esa figura heroica que sí podría hacerlo, la idea del “héroe” que ama más la causa que a su propia vida, capaz de hacer primar la voluntad sobre el dolor resulta de todos modos la más potente.

como representación. Considero que no es relevante a fines de este análisis tratar de desentrañar “la verdad” sobre situaciones que fueron completamente aberrantes y dilemáticas, sino intentar analizar el sentido y los parámetros que configuraron y reconfiguraron esas “evaluaciones” tanto en relación a posiciones objetivas como a experiencias particulares.

La evaluación de la “traición” sigue un cierto parámetro en relación a posiciones objetivas donde las condiciones de clase, género, generación y jerarquía organizativa que operan como agravantes o atenuantes de la transgresión. Por otro, la “evaluación” sobre las diferentes “traiciones” se referencia en las circunstancias particulares de la situación límite: la duración de la “colaboración”, las consecuencias de la misma en cuanto a la cadena de secuestros y desapariciones, el comportamiento de la persona tras la salida del Campo o de la cárcel y su voluntad de denuncia contra el “enemigo” son elementos que entran en juego cuando se realiza un análisis de este tipo. Sin embargo, tal multiplicidad de factores traza una línea siempre maleable y difusa que intenta marcar, en diferentes momentos, la el límite entre “este” y el “otro” lado y buscar un lugar para las personas en esos territorios contruïdos y reconstruïdos tras situaciones vividas en mundos invertidos como los de los Campos de Concentración.

Uno de los elementos que parece ser central a la hora de trazar la línea divisoria y que coloca a los que “colaboraron” del “otro lado” es la duración en el tiempo de la supuesta “colaboración” con el “enemigo”. La su supervivencia prolongada dentro del campo, el consiguiente establecimiento de cierta “familiaridad” con los represores y la obtención de mejores condiciones dentro del mismo suele ser un motivo de reprobación y repudio. Hay que decir que esta “familiaridad”, que se dio en parte intencionalmente y en parte producto de la convivencia en ese universo entre militantes y represores, al día de hoy es catalogada según diferentes “grados” según el tipo de vínculo generado, su duración en el tiempo y los efectos de ese accionar con respecto a terceros<sup>276</sup>.

---

<sup>276</sup> La “colaboración” puede referir a una serie de contextos y actividades muy diversas. Los militantes secuestrados que iban “durando”, eran absorbidos por la lógica del campo en diferentes tareas, podía tratarse de trabajos logísticos (arreglo de autos, preparación de alimentos, limpieza), administrativos (transcripción de listas y fichas) y otros moralmente más complicados como el control de las torturas por parte de los secuestrados que eran médicos. Esta lógica generó categorías de secuestrados dentro de los campos, creadas intencionalmente por los represores: los detenidos “viejos”, que en general gozaban de ciertos privilegios como no estar vendados, tener mayor capacidad de circulación o simplemente comer mejor, eran exhibidos ante los recién llegados para mostrar que una actitud dócil, la “colaboración” dando



Sin embargo, la categoría “colaboración” en sí misma, implica poner el centro de la responsabilidad en las personas sometidas a esa situación, apelando a una representación sobre la “voluntad” referenciada en el contexto del mundo “normal” y en particular el de la militancia, donde la voluntad era una característica inherente al ideal de militante, considerado como dotado de una “voluntad férrea” y de una “entrega total”. En el contexto concentracionario la implementación de la tortura física, pero sobre todo de la tortura psicológica apuntaba a la reducción de esa voluntad al mínimo por medio del apremio, la incertidumbre, la constante amenaza de muerte y la exhibición de referentes de las organizaciones también en actitud de una cierta “colaboración” o sencillamente con vida. En esas circunstancias las personas contaban con un margen de decisión muy reducido tanto en sus estrategias para sobrevivir como en la decisión sobre la duración del periodo de reclusión<sup>277</sup>. En lo concreto, la decisión sobre hacer vivir, dejar morir o matar a las personas, dependía casi exclusivamente de los responsables de la represión. Esa representación del militante reducido a su mínima posibilidad de voluntad y resistencia, entra en contradicción a la hora de gestionar la identidad propia tras la situación límite, desde este punto de vista se priorizan en el relato en clave militante las resistencias, las conductas heroicas, intentando relatar de manera digna episodios que han sido dramáticos y sumamente indignos. En este marco, así como existen para las comunidades de ex militantes “héroes ejemplares” existen también una serie de “traidores ejemplares”<sup>278</sup>, aquellos que con sus conductas “ideales” o “aberrantes” establecen o grado cero desde donde comparar comportamientos.

---

información, traería esos beneficios. En lo concreto, muchas de las personas en esta situación no fueron “beneficiadas” con la preservación de su vida, no existe un correlato directo entre “colaboración” y supervivencia, así como no lo existe entre mayor o menor grado de “inocencia” y supervivencia.

<sup>277</sup> Dada las características de la situación concentracionaria, donde los militantes se encontraban a la espera de la efectivización de una condena a muerte que se les era anunciada a la entrada al Campo, la expresión que usan para ese momento no es “vivir” sino “durar”, denotando esto una notable alteración del sentido del tiempo vital a la espera indefinida de la muerte. Los represores llamaban a los secuestrados “muertos en vida” o “muertos que caminan”, esta indefinición en un status tan constitutivo de nuestras categorías culturales, provocaba serias alteraciones en la personalidad de los mismos.

<sup>278</sup> Dentro de las memorias del PRT-ERP locales, el caso más emblemático es el de Carlos “Charly” Moor, condenado a muerte por su organización mientras se encontraba secuestrado en la D2. A Moor no sólo se le adjudican la mayoría de las “caídas” del PRT-ERP sino que es el depositario de todo un repertorio de actitudes reprobables. En los años que corrieron desde su detención hasta el año pasado, donde declaró públicamente en el juicio por los crímenes cometidos en la Unidad Penitenciaria Nº1 como testigo, Moor era invisible al tiempo que acusado de todas las variantes de la traición. Su condición de testigo, así como la publicación de un libro que relata sus experiencias, reposicionó a Moor, matizó esta representación sobre

Sin embargo nos encontramos ante un silencio casi rotundo al respecto desde la perspectiva de aquellos que son acusados de “traidores”. Las experiencias vividas en los Campos por estas personas han sido muchas veces calificadas de “inenarrables”, la inenarrabilidad, o más bien la dificultad a la hora de traducir las experiencias vividas en un mundo invertido a los parámetros del mundo “normal”, la escucha según los parámetros de la cultura militante, además, silencian el tema, dificultando su comprensión.

Es difícil dilucidar al límite que pueden haber llegado aquellas estrategias de supervivencia dentro de prisiones y centros clandestinos o la supuesta “conversión” que los represores buscaban lograr en los militantes. Los campos de concentración, tan bien analizados por Calveiro (2001), apuntaban a desintegrar física, psíquica y moralmente a los que sometían y por todos los medios posibles, a privarlos de cualquier rasgo de humanidad. Al intentar analizar hasta qué punto las personalidades de estas personas fueron “arrasadas”, el límite se vuelve confuso.

Aquí nos limitaremos a analizar los sentidos mediante los cuales, a posteriori, esas experiencias buscan tornarse inteligibles, las estrategias para superarlas y el juego de asunción y adjudicación de identidades que las mismas generaron.

Juan, un ex militante montonero, señala como desatantes de la “colaboración”: “los compañeros que se quebraron eran ‘perejiles’<sup>279</sup>, no estaban lo suficientemente preparados ideológicamente”. Flaquezas y debilidad ideológica suelen ser los argumentos más corrientes para explicar la delación y la “colaboración”, también la posición jerárquica dentro de la organización, plasmada en el apelativo de “perejil” suele ser a la vez que una explicación un atenuante de esa conducta; pero es necesario recalcar que, pese a este argumento generalizado, las interpretaciones se acerca de la “traición” tienen una importante impronta de género. Dentro de la militancia, en un plano ideal, las mujeres debían ser consideradas iguales a sus compañeros varones, en la práctica esto nunca llegó a nivelarse del todo pero justamente en las situaciones de crisis (embarazos o la situación represiva) donde aflora la lectura de género como fuente de una “debilidad”.

---

su “traición” al ponerla en el contexto de los horrores padecidos y permitió una cierta empatía y comprensión de su situación por parte del resto de los ex militantes.

<sup>279</sup> Palabra con la que se designa a los militantes de baja jerarquía.

Con respecto a las situaciones represivas y a las transgresiones en estos contextos, además, mientras los hombres son repudiados en términos puramente políticos, con las mujeres se suma un componente moral. Las “innombrables” que menciona María, son mujeres cuyas actitudes fueron reprobadas por otras entrevistadas que compartieron militancia o prisión con ellas, lo que unifica a las mismas es la sospecha, más o menos probada de, además de “colaborar”, haber mantenido relaciones sexuales o amorosas con los torturadores. Silvia Tubis, en su segunda etapa de prisión, coincidió con una de las “innombrables”, sobre la cual pesan las acusaciones más terribles, así relata la situación:

“... (ella) se quiso acercar varias veces a explicarme y yo le dije que no, que yo no tenía interés en hablar con ella, que no, que se haga cargo ella de lo que había hecho ¿Qué me podía decir? Por qué había participado en las torturas, varias veces se quiso acercar pero nunca hablé con ella, nunca, a pesar de que estábamos juntas ahí todo el día, ella hizo otra vida con el marido ese que era *un torturador*, no era solo policía, era torturador, tuvo hijos y todo. Así que no, yo no...”

Mariana- ¿Qué te generaba? ¿Por qué no querías verla?

Silvia- No, no, una cosa... una persona así me da repugnancia me da, repugnancia, repugnancia... porque yo puedo entender... sé que muchos compañeros se quebraron por las torturas, eso es entendible... yo leí las cosas... las torturas, no sé cómo se pueden hacer esas cosas, como se hace para soportar eso (llora) pero una cosa es quebrarse en el momento, pero entender que ella haya participado abiertamente, y más, las cosas que yo había escuchado, que estaba en el momento de la tortura diciendo ‘bueno, puede aguantar más’, me contaron esas cosas, no sé si son ciertas, pero estuvieron detenidos por esas denuncias, ella y el marido, así que no, una repugnancia total hacia ella, se acercó pero nunca nada, nada, ni ‘buenos días’, jamás... repugnancia...” (Silvia Tubis)

En esta mujer se condensan todos los elementos reprobables posibles dentro de la cultura militante. Se la acusa de “colaboración” al extremo de participar en las torturas<sup>280</sup>, y de haber formado pareja con un torturador y continuar la relación formando una familia generando las más duras sanciones morales. Esa conjunción de actitudes roza en Silvia los límites de lo imaginable, de lo entendible, produciendo repugnancia<sup>281</sup>.

A su vez, en el testimonio una vez más se reconoce la gradación en el nivel de “colaboración”, dentro del cual, en los relatos, el caso de esta mujer constituye el ejemplo

---

<sup>280</sup> Esta mujer y otros “innombrables” aparecidos en los relatos, eran médicos. En los campos, estas personas solían tener la tarea de controlar que el prisionero no “se les fuera”, por abusar de la tortura. Calveiro (2001) señala a los médicos como uno de los referentes de la inversión de valores dentro del campo, los que afuera están destinados a aliviar el sufrimiento, adentro lo regulan para prolongarlo. Si a esto le sumamos que estas personas dentro de las organizaciones en general desarrollaban, por lo mismo, tareas de “sanidad”, atendiendo a compañeros heridos y salvándoles la vida, la inversión de valores se vuelve más contrastante, ya que se refiere a un grupo cercano.

<sup>281</sup> Se podría aventurar que este tipo de relaciones se inscriben en el imaginario de la “contaminación” analizado por Douglas (2007). Contaminación que, al igual que en las guerras con componentes étnicos, donde se viola a las mujeres, queda sellada definitivamente sellada por el hecho de la reproducción entre “enemigos”.

extremo tanto por sus actitudes como por la duración de su “familiaridad” con el “enemigo” lo cual la coloca en la posición de ser la más innombrable dentro de las innombrables<sup>282</sup>.

En los testimonios hay referencias, además de los casos enunciados por María Baraldo párrafos atrás, a otras militantes que “colaboraron” y que formaron pareja con torturadores pero por un periodo limitado, o que su relación con los torturadores circula solo a título de rumor o sospecha. La actitud hacia las mismas si bien no es menos condenatoria genera desconfianza y resquemor, evitación, pero no una aversión absoluta, tal como lo expresa María Baraldo en expresiones como “no quiero tener vínculo” o Silvia Tubis cuando expresa su “repugnancia” hacia esta persona.

El universo de la represión tuvo como característica según género, el haber estado integrado por hombres, en general se habla de “los torturadores” siendo los casos de mujeres implicadas directamente en la represión mucho más escasos<sup>283</sup>. Al respecto señala Jelin “La represión en el Cono Sur tuvo especificidades de género. Los impactos fueron diferentes en hombres y mujeres, hecho obvio y explicable por sus posiciones diferenciadas en el sistema de género, posiciones que implican experiencias vitales y relaciones sociales jerárquicas claramente distintas” (Jelin; 2002; p. 100). El componente de género que se da en la relación de los militante con los torturadores por lo tanto, es en cierto modo producto de esta conformación de las fuerzas represivas y de sus prácticas que hicieron (mediante la violación como práctica sistemática) de los cuerpos de las mujeres un foco más de agresión<sup>284</sup>. La “colaboración” en relación al género se torna entonces un fenómeno con características morales propias. En consecuencia, las razones

---

<sup>282</sup> Es interesante notar que pese a ser “innombrable” la referencia a esta mujer se repite en casi todos los testimonios en la provincia de Córdoba, pese a ser innombrable es la más nombrada. Las otras mujeres, sobre las que pesa una “sospecha”, son menos nombradas o nombradas con el grabador apagado, sobre ellas pesa el silencio o el rumor.

<sup>283</sup> No se registra la presencia de muchas mujeres en el ámbito de la represión, más que implicadas en tareas como las de enfermeras, las “torturadoras” son mucho más escasas que los “torturadores”. En el caso de Córdoba dos mujeres pertenecientes a la policía son célebres por su participación en torturas y asesinatos: Argentina Mercado de Pereyra alias la “Tía”, y Graciela Antón, alias la “Cuca”.

<sup>284</sup> Jelin señala que “todos los informes existentes sobre la tortura indican que el cuerpo femenino siempre fue un objeto ‘especial’ para los torturadores. El tratamiento de las mujeres incluía una alta dosis de violencia sexual. Los cuerpos de las mujeres –sus vaginas, sus úteros, sus senos-, ligados a la identidad femenina como objeto sexual, como esposas y como madres, eran claros objetos de tortura sexual (Bunster; 1991; Taylor; 1997). Hay que recordar también que muchas mujeres detenidas eran jóvenes y atractivas y, en consecuencia, más vulnerables al hostigamiento sexual.” (Jelin; 2002; pp. 102, 103).

que se esgrimen para analizar la relación de hombres y mujeres con los torturadores y la supuesta “colaboración” son muy diferentes en uno y otro caso.

Sobre las “innombrables” antes citadas, la “colaboración” tiene esos tintes, la sospecha o la confirmación de su relación sexual con los torturadores suma a la condena política otra argumentación moral. Al respecto señala Longoni “... la figura de la ‘puta’ en la tópica del imaginario social argentino es la que más fuertemente asocia a la mujer con la traición (sexual). En los textos que aquí citamos<sup>285</sup>, las ‘traidoras’ se deslizan a la condición de putas. El sometimiento sexual de las prisioneras es calificado como seducción, provocación, estigma o destino inmodificable de su género. Esta condición de ‘putas’ es atribuida exclusivamente a las mujeres, nunca a los hombres cuya ‘traición’ tiene siempre un signo de conversión ideológica o moral, nunca –al menos en estos textos- de entrega sexual.” (Longoni; 2005; p. 234).

El traidor se convierte, potencialmente en un “otro”, y los límites por los cuales deja de ser parte de un “nosotros” son definidos por medio de su supuesta contaminación ideológica o moral. En el caso de las mujeres la repugnancia asociada a este “contacto carnal” con los represores se ancla, tal como lo analiza Longoni, en su “entrega sexual”<sup>286</sup>. El sexo en nuestras sociedades es visto como parte de las cosas que no tienen precio, que no se pueden vender ni intercambiar por fuera de ciertos contratos establecidos, como las relaciones matrimoniales y monógamas<sup>287</sup>. En un documental

---

<sup>285</sup> Longoni (2005) trabaja sobre relatos de ficción o no ficción, particularmente sobre “Recuerdos de la muerte” de Miguel Bonasso, “Los compañeros” de Rolo Díez y “El fin de la historia” de Liliana Herker.

<sup>286</sup> La categoría “colaboración” en este sentido debe ir muy entrecorrida. Es una situación prácticamente inenarrable en la cual las formas habituales de clasificación colapsan, en muchos casos no se trata de violaciones puntuales, sino de situaciones de esclavitud sexual prolongada, donde la circulación de las mujeres como “cosas” sobre las cuales se puede disponer a voluntad, entraba en la lógica del botín de guerra. Si bien las detenidas no podían elegir acceder o no frente al acoso de los represores, esto implicó que salieran del anonimato, el represor, erigido en “amo” de sus cuerpos, oficiaba de protector frente al resto. Es interesante analizar el lenguaje ante estas situaciones ya que la única palabra que es usada para describir la situación es “colaboración”, término que coloca a la víctima de esta situación, en cierta capacidad de decidir si acceder o no, cuando en los campos de concentración el poder de decisión de los secuestrados era mínimo.

<sup>287</sup> Las innombrables además, estaban casadas o eran pareja de compañeros, con lo cual la traición es vista también desde el sentido más general del término. En una de las entrevistas en que se nombra a la “más innombrable” con nombre y apellido, la entrevistada se refiere a ella con su apellido de casada. Esta mujer, había estado casada con otro militante montonero, quien cayó junto a ella y luego pudo salir al exilio. Cuentan los militantes, que ella lo hizo “volver” al país, ya estando en pareja con su torturador, ocasión en que lo secuestraron, permaneciendo aún hoy desaparecido. Cuando esta entrevistada corrigió la entrevista, lo único que solicitó que cambiara fue el apellido de esta mujer por su apellido de soltera, argumentando que ponerle el apellido de su ex compañero era deshonrarlo.

llamado “El alma de los verdugos”, una serie de sobrevivientes de la ESMA hablan sobre su relación con los torturadores, en particular Miryam Lewin, ex militante montonera que permaneció secuestrada en ese lugar durante varios años, reflexiona:

“Hubieron también relaciones producto de un cálculo, que también las entiendo, porque si hubiera sido a la inversa (en el sentido que el protagonista fuera un hombre) todo el mundo hubiera dicho ‘pero que pillo eres, como sedujiste a tu guardia mujer para obtener una mejor situación dentro del campo de concentración’ pero al ser la víctima una mujer la cultura machista predomina y la mujer que pudo haber seducido y obtenido una mejor situación es vituperada y castigada por la opinión de los otros, y yo no estoy de acuerdo con eso” (Miryam Lewin)

Se puede decir que la condena moral que pesa sobre estas mujeres se ancla en representaciones mucho más generales y moralmente muy arraigadas, que moldean los marcos interpretativos sobre el contacto sexual según género y las sanciones morales que acarrea esta “contaminación” que supone el contacto carnal entre las mujeres militantes y sus torturadores. Es interesante notar en este punto, la superposición de simbolismos depositados en los tópicos que sirven para definir los “límites” entre un “nosotros” y los “otros” en las situaciones relacionadas con la traición. Douglas (2007), al analizar los conceptos de contaminación y tabú, señala que la idea de la trasgresión de los límites que cada sociedad impone a sus miembros está íntimamente relacionada con la idea de pureza y de contaminación. Es interesante el desarrollo de la autora para analizar el componente sexual de este tipo de situaciones ya que, gran parte de su análisis está centrado en el cuerpo humano, sobre todo en el femenino, como locus recurrente en casi todas las culturas del simbolismo sobre la contaminación. “El simbolismo de los límites del cuerpo se usa (...) para expresar el peligro que amenaza a las fronteras de la comunidad” (Douglas; 2007; p. 166), dice la autora, el contacto carnal de las militantes con sus torturadores, y la procreación con ellos, sellan en cierto modo el simbolismo de la contaminación produciendo las más severas condenas morales y emociones específicas<sup>288</sup>. Ese contacto traza un límite<sup>289</sup> aunque de manera difusa. Si no las coloca

---

<sup>288</sup> Este tipo de relación es sumamente tabú y ha sido enunciada sólo en épocas muy recientes públicamente, en libros (ver Romero y Garzón “El alma de los verdugos” (2008)) y en el terreno judicial. La mayor dificultad para narrar estas experiencias estriba, sin duda, en las condenas morales que genera y en los sentimientos específicos que inspiran en las propias víctimas de estas prácticas, como la vergüenza y la culpa que entraña la “transgresión” y la consiguiente idea de contaminación, aunque no hayan sido las propias mujeres las que hayan decidido sobre ser blanco de este tipo de agresión y dominación.

definitivamente “del otro lado”, las deja en los márgenes, allí donde son difícilmente catalogables dentro de estatus sociales bien delimitados, allí donde se aloja la idea de contaminación y peligro.

En la actualidad, la sospecha y la duda pesa sobre personas que estuvieron relacionadas con los represores dentro de los Campos y al salir no demostraron ser totalmente confiables, tener una conducta sumamente coherente, como dice María Baraldo, abiertamente enfrentada con la represión por medio de la denuncia<sup>290</sup>. Hay mecanismos que si no “absuelven” estas conductas, al menos las atenúan. Manuel Poggi, estuvo detenido en el CCD La Perla tras haber sido “marcado” por un antiguo compañero de militancia, cuando le pregunto qué siente hacia la persona que lo delató contesta:

“Manuel- Yo con Sebastián<sup>291</sup> hice lo siguiente, yo en el 84 salgo en libertad y hago declaraciones en la CoNaDeP Córdoba y la nacional y comienzo un juicio contra Menéndez denunciando todo, secuestro, tortura, la desaparición (...) y los cito a declarar. Yo hice eso con el objetivo de que contaran toda la verdad de lo que había pasado en La Perla y ellos se negaron... yo lo que planteo es el juicio de la verdad, y lo planteo con respecto a los buchones, a los torturadores, a los militares, a todos, porque acá los buchones tienen que decir todo lo que han visto, en el caso de Sebastián y la gente de La Perla han ocultado datos que para nosotros es importantísimo que digan, lo que vieron, quienes son los compañeros asesinados, donde los enterraron, estamos buscando a los compañeros y ellos saben a donde los han enterrado, porque son parte del aparato. (...)

Mariana- Más allá de lo judicial ¿Es lo mismo un milico que alguien que ha sido compañero?

Manuel- Yo lo que pienso de ellos es que primero tienen que arrepentirse públicamente, y en el arrepentimiento tiene que haber la colaboración para decir la verdad, *toda* la verdad. Y después... el pueblo o la historia los juzgará, yo no tengo tiempo para juzgar a este tipo de personas, me parece que nosotros estamos en otra cosa, yo no tengo ningún resentimiento, eso es lo que yo pienso, que tenemos que buscar la verdad y *toda* la verdad, no una parte desconectada de la otra

---

<sup>289</sup> La etimología de la palabra límite es interesante, originalmente se refería al sendero que separaba una propiedad de otra, “pasar el límite” era ingresar a tierras ajenas, mientras que el sendero era “tierra de nadie” por donde todo el mundo puede transitar. El tocar el límite, el estar en el límite, en este caso, denota esa condición de liminaridad donde las personas “no son de nadie”, de ningún grupo social.

<sup>290</sup> Este tema es sumamente complejo ya que esas sospechas son actualizadas permanentemente y con ello la obligación de estos sobrevivientes de demostrar constantemente que “están de este lado”, teniendo esto también consecuencias muy complejas. En 2009, una persona en esta situación, tras haber sido denunciado por sus ex compañeros como colaborador de la represión en un campo de concentración de Rosario fue imputado, como si se tratara de un represor. Al hombre, que en su momento ya había pasado por un tribunal revolucionario en su organización siendo absuelto, se le dictó una orden de captura internacional, ya que vivía en Italia. Sabiendo esto, “el pollo” Baravalle huyó y se suicidó saltando de un puente antes que lo capturarán, dejó una carta diciendo que no aguantaba más las presiones, que no sabía nada más de lo que ya había dicho y que su único pecado había sido no soportar la tortura. El final dramático de esta historia me hizo pensar en una situación de *anomia* tal como lo definió Durkheim (2004) en su estudio sobre el suicidio, pero finalmente pensé que, a lo mejor, no se trata de una anomia al menos en el sentido en el que lo trata el autor, sino de algo que podríamos llamar *supernomia* la obligación de demostrar constantemente la pertenencia a un grupo que no los considera sus miembros pero al mismo tiempo reclama de parte de estas personas la expiación de una culpa sin límites precisos.

<sup>291</sup> Nombre ficticio.

como hacen ellos. Esto no es un problema personal, es un problema político, social, y ellos están en un bando y nosotros en otro, y nosotros no buscamos venganza, buscamos justicia, verdad, y de hecho desgraciadamente Alfonsín y demás se pusieron en contra porque sino ya estarían todos juzgados.” (Manuel Poggi)

La “colaboración”, la delación, reconfigura el límite entre el “nosotros” y el “ellos” de manera difusa, si bien Manuel considera que los “buchones” están en el “otro bando”, y los agrupa en ciertos momentos con los torturadores, en otros demanda de ellos una verdad, como forma de resarcir el daño causado<sup>292</sup>. Los “colaboradores” para él son parte del aparato y por ello cuentan con información que sería indispensable para reparar el daño causado: dónde están los desaparecidos. Otra forma de resarcir el daño causado es, para Manuel, el arrepentimiento público; la confesión de sus culpas y de los crímenes de los que fueron testigos no los coloca de nuevo “de este lado”, pero hace a dos mecanismos por los cuales, la sociedad tiende a “atenuar” los crímenes y a “absolver” los pecados: la confesión y la aceptación de la culpa.

Manuel puntualiza en que no es un problema personal, que él no está resentido ni los juzga personalmente, es un problema político y social que deben resolver entidades tan impersonales como “la historia”, “el pueblo” o “la justicia”. La respuesta de Manuel es civilizada e impersonal, al punto de no hablar por si mismo sino en nombre de un “nosotros” para esgrimir su opinión respecto de los “colaboradores”; la justicia es opuesta a la “venganza”, como una forma de civilizada de resolución de los conflictos delegada en el Estado (Elias; 2001). Pero la pregunta sigue latente ¿Cómo se reconfiguran los límites y las fronteras entre “nosotros” y los “otros” tras las experiencias en los campos? ¿Es lo mismo un militar que un ex compañero acusado de “colaborador”? Si bien ambos, en la situación concentracionaria, pudieron actuar como “enemigos”, la relación que anteriormente unía a los “colaboradores” con los demás prisioneros era de mucha cercanía en términos sociales<sup>293</sup>. Para ser “traicionado”, es necesario haber confiado

---

<sup>292</sup> Durante mi trabajo en el área de investigación del ex CCDTyE “La Perla”, he tenido la posibilidad de entrevistar a muchos de los catalogados como “colaboradores”. Los mismos expresan que sobre ellos pesan demandas muy contradictorias: por un lado son los únicos que están dispuestos a dar información sobre lo que vieron en el Campo (ante el total silencio de los militares) y por otro se los cuestiona y se desconfía de ellos pensando que no dicen todo lo que saben. La realidad es que los detenidos, aunque tuvieran una posición de cierto privilegio dentro del Campo, muy raramente accedían a información crucial, como el destino de los cuerpos de los que eran asesinados.

<sup>293</sup> Esto, de hecho, fue capitalizado por los represores como otra forma de tortura. Un procedimiento sistemático en los campos era exhibir a un prisionero recién llegado, a un compañero que estaba en buenas condiciones físicas (porque ya se había recuperado de las torturas) y obligar a este último a decirle que



previamente, la distancia social y moral tensiona los límites entre “nosotros” y los “otros” (Shalins; S/D), donde lo esperado es la fortaleza absolutas en relación a lazos que exigían una fidelidad también absoluta. Por eso estas personas son calificadas de “traidores” y no de “torturadores” pero los límites continúan siendo difusos y se orientan más a un juicio planteado en términos del *ethos* militante que a una comprensión de la situación, un *ethos* que prácticamente no se ajusta a casi ninguna situación real, pero que actúa como una potente fuerza de fusión-fisión entre los militantes.

La desilusión, la desconfianza son el corolario de aquellas situaciones que casi todos los entrevistados han manifestado, casi siempre con el grabador apagado, con respecto a la “traición”. Sin embargo, como analizaremos más adelante, el escenario judicial reeditado en los últimos años ha propiciado nuevas identidades y apreciaciones acerca de estos temas modificando, en base a la transmisión de algunas experiencias silenciadas la apreciación sobre la “traición” dentro de los campos.

Las experiencias vividas durante la represión, particularmente en los campos de concentración, modificaron sustancialmente en los ex militantes las categorías que venimos analizando durante todo este trabajo. Antes de la implantación sistemática de los campos tras el golpe de Estado, la tolerancia al sufrimiento era algo que demostraba la fortaleza, la pureza de los militantes, la idea de la muerte era tolerada en base a imaginarla en combate, como una muerte heroica. Luego de la implantación del plan sistemático de exterminio (físico pero también psíquico) de los militantes, luego de la “derrota” de las organizaciones, la muerte y el sufrimiento pasaron a tener otros significados, los límites de lo soportable y lo imaginable también.

La supervivencia luego de esas experiencias, acarrió una serie de contradicciones con los ideales sostenidos anteriormente, no murieron, tampoco vencieron. Los ex militantes son, a la vez, el testimonio vivo de un horror difícilmente comprensible, transmisible, domesticable, y los protagonistas de una experiencia que hasta hoy constituye un terreno de disputas. Probablemente por eso, la conmemoración de las masacres donde murieron y desaparecieron sus compañeros, los juicios donde son

---

“colaborara”. Además, los prisioneros que eran utilizados para este tipo de tortura psicológica eran en general referentes, líderes o personas muy conocidas al interior de los grupos. el Capitán Vergés (conocido torturador de La Perla) en su libro autobiográfico señala que esto resultaba mucho más efectivo para “quebrar” a una persona que las torturas físicas (Ver Vergés; ¿??).

convocados a testimoniar, son momentos que aglutinan a todos por igual. La memoria de los “caídos” es, quizás, el elemento unificador por sobre todas las diferencias que ellos pueden tener. En los mismos, estos grupos y personas aparecen bajo la denominación de “sobrevivientes”, quizás la única que les otorga cierta legitimidad para la toma de una palabra pública dentro de nuestra sociedad nacional.

## Capítulo V

### Rituales, marcas y símbolos de la militancia en Córdoba

Hacia fines del capítulo anterior he analizado las representaciones sobre la heroicidad y la traición como fuerzas de fusión y fisión dentro de las comunidades de ex militantes y sus figuras “ejemplares”. Mientras las fuerzas de fisión son casi “invisibles” y afloran sólo cuando uno se adentra en el mundo de los ex militantes, las de fusión, aquellas relacionadas con el imaginario de la heroicidad, son las que adquieren más potencia a la hora de representar memorias sobre la militancia y reivindicar la “generación del ‘70”, adquiriendo por lo mismo mayor visibilidad<sup>294</sup>. En este sentido, hemos visto que los muertos y desaparecidos condensan, en las memorias de los ex militantes, todos los valores positivos del *ethos* grupal; en los mismos encontramos la *fuerza*<sup>295</sup> (Rosaldo; 1991) que impulsa la idea de la “lucha” y que termina por plasmarse en diferentes prácticas. “En nombre” de los “compañeros caídos” -figuras que se vuelven ejemplares por su *sacrificio*- los ex militantes elaboran diferentes prácticas rituales de carácter político, entre ellas las conmemoraciones que serán analizadas en este último capítulo.

El homenaje<sup>296</sup> a los “compañeros caídos”, como una variante particular del culto a los muertos, aparece como la principal bisagra entre las prácticas conmemorativas

---

<sup>294</sup> Con mayor visibilidad me refiero a memorias más “encuadradas”, aquello que tanto en las entrevistas como en representaciones publicas tiende a emerger de manera prioritaria cuando buscan visibilizaelas por su valor positivo.

<sup>295</sup> Rosaldo (1991) problematiza el concepto de *fuerza emocional*, en relación a la aflicción y la ira desatada entre los ilongotes a causa de una muerte. Considero útil traer aquí este concepto ya que en las prácticas analizadas en este capítulo y su forma *ritual* contienen un alto componente emocional que no debe ser contrapuesto a su dimensión *política*, racional, tal como es entendida en el sentido clásico. Hemos visto a lo largo de toda la investigación que la militancia, como una cultura, llegó a moldear todos los aspectos de la vida de las personas, incluso los subjetivos; en este sentido, las conmemoraciones *in memoriam* contienen, en la *fuerza* que las impulsa un componente profundamente ligado a la *aflicción* por la muerte de seres cercanos y amados.

<sup>296</sup> Da Silva Catela señala que los homenajes, a diferencia de otros rituales de conmemoración más abarcativos que tienen como objeto a figuras generales, delimitan fronteras simbólicas y grupales más específicas. Dice la autora “Si de una manera general se habla de ‘los desaparecidos’, estos homenajes explican de qué desaparecidos se quiere hablar y recordar mediante ellos (...) Esta es una diferencia importante e innovadora dentro del campo de expresiones colectivas que buscan, entre otras cosas, devolverle identidad a estos individuos, en el mismo evento en el cual la generación de *compañeros* recrea espacios de encuentro y diálogo sobre el pasado” (Da Silva Catela; 2001; p.173). En los rituales que analizaremos, esta restitución de la identidad se da en torno a la militancia, la expresión “compañeros caídos” –utilizada hacia adentro del grupo- diferente a “compañeros desaparecidos” –utilizada hacia afuera-

personales y grupales, privadas y públicas, subterráneas y oficiales dando cuenta de aquello que, para este grupo, precisa ser transmitido a las futuras generaciones y “reivindicado”<sup>297</sup> de cara a universos sociales y simbólicos más amplios. Este tipo de rituales, por lo tanto, resultan buenos para pensar tanto los procesos de encuadramiento y cristalización de memorias al interior de los grupos como su potencialidad a la hora de ser inscriptas en espacios sociales y simbólicos más amplios en tanto fuentes de legitimidad para ciertas prácticas.

En este sentido me pregunto ¿Qué espacios se abren dentro de la sociedad argentina y en particular cordobesa para la emergencia de estas memorias? ¿Bajo qué condicionamientos? ¿Cuáles son las estrategias que en la actualidad estos agentes despliegan para representar estas memorias en lo público? ¿Desde qué identidades políticas? ¿Qué traducciones son realizadas a la hora de plasmar y cristalizar memorias – necesariamente múltiple- en una representación común sobre hechos, lugares y personajes relacionados con la “lucha armada”? ¿Cuáles son los discursos con los cuales se enfrentan y se complementan los discursos de “reivindicación” de la militancia?

Para poder analizar lo que implica la producción de memorias colectivas tanto “hacia adentro” como “hacia afuera” de estos grupos abordaré en este capítulo ciertas marcas y conmemoraciones cuyos emprendedores son, en su mayoría, las personas entrevistadas para esta investigación. Nos centraremos en primer lugar las marcas gestionadas y los homenajes organizados por el grupo de “fugadas del Buen Pastor”, el cual se estructura en torno a la memoria de 9 mujeres que, tras haberse evadido del Penal del mismo nombre en 1975, fueron desaparecidas o asesinadas. En segundo lugar, analizaremos el homenaje propuesto por el ex gobernador Juan Schiaretti y organizado por la Secretaría de Derechos Humanos de la Provincia de Córdoba en el Espacio para la Memoria “La Perla”, en torno a las figuras de Graciela Doldán y Rosa Kreiker, desaparecidas en ese Centro Clandestino de Detención en 1976. Ambos homenajes responden, respectivamente, a los grupos de ex militantes del PRT-ERP y de

---

da cuenta de las tensiones en la restitución de esas identidades y los efectos de traducción de estas representaciones del universo militante a universos más amplios.

<sup>297</sup> Tratándose, como hemos visto, de memorias recubiertas de fuertes tabúes las memorias aquí analizadas adquieren un carácter resistente, reivindicativo con respecto a las memorias oficiales. Al “reivindicar” la memoria de los “compañeros caídos” se reclama en primer lugar su inclusión dentro de la coraza de símbolos que configuran la historia y la identidad nacional (Da Silva Catela; 2001).

Montoneros<sup>298</sup> entrevistados para esta investigación y revelan las fronteras simbólicas y grupales establecidas en torno a ciertas figuras, hechos y lugares relacionados fundamentalmente con la militancia en organizaciones político militares.

Si las representaciones analizadas en los capítulos anteriores van de las memorias personales a las grupales, en este capítulo abordaremos las memorias sobre la militancia realizando el camino inverso y centrándonos en la producción colectiva de escenas, símbolos y marcas<sup>299</sup> donde los ex militantes, entre otros, se constituyen en *emprendedores de memorias* (Jelin y Langland; 2003) dando cuenta de procesos de génesis de una memoria colectiva y de sus potencialidades de inscripción en el ámbito público<sup>300</sup>.

Ambos homenajes, el conjunto de símbolos y marcas que llegan a ser inscriptos en lo público, a la vez de reafirmar el *ethos* comunitario a través de un “culto a sus muertos” buscan, de cara a la sociedad en general, “reivindicar” ciertos aspectos de los personajes y episodios seleccionados para el recuerdo en tanto que figuras ejemplares. Las relaciones establecidas entre las memorias de estos grupos y las de otros con las que se complementan o contraponen a la hora de ser inscriptas en lo público resultan buenas para pensar en las tensiones que implica la “traducción” de las mismas de un plano a otro y en las condiciones según las cuales ciertas memorias “emergen”, son visibilizadas y consagradas mientras otras son silenciadas u olvidadas. En este sentido, la selección de

---

<sup>298</sup> Como veremos en más, se trata de una fracción local de la organización Montoneros, más conocida como la Columna Sabino Navarro. La Columna experimentó tras las primeras acciones momentos fuertes de diferencias con la fracción porteña de la organización, sobre todo en torno a las características de la lucha armada, sosteniendo que la misma no tendría un carácter permanente y señalando la necesidad de desarrollar tareas de masas. Una parte de este grupo se escinde de la organización madre en 1972, en la cual la fracción porteña termina monopolizando la conducción y hacia 1975 algunos de los Sabinos (entre ellos Graciela Doldán) se reincorporan a Montoneros. Más allá de la identidad común como miembros del “peronismo revolucionario”, las fusiones y fisiones dentro de la organización, cuyos mayores frentes se ubicaron en Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires, responden a la dinámica más general de disputa entre centro y periferia del país.

<sup>299</sup> Tal como señala Jelin “Las memorias sociales se construyen y establecen a través de prácticas y marcas. Son prácticas sociales que se instalan como rituales, marcas materiales en lugares públicos e inscripciones simbólicas” (Jelin; 2002 p. 2).

<sup>300</sup> En este sentido tomo el aporte de Koonz cuando sostiene que “la memoria pública es el campo de batalla en el que los dos tipos de memoria (la memoria oficial y la memoria popular) compiten por la hegemonía” (Koonz en Achúgar; 2003; p.210). A esta afirmación sólo cuestionaría la expresión “popular”, ya que considero que este término connota un colectivo (el “pueblo”) delimitado por condiciones más bien de clase, considero que, más allá de sus condicionamientos de clase (que pueden ser también de género y generación), la contraposición está dada por la oficialidad o extraoficialidad de las memorias y su consiguiente eficacia performativa.

hechos, lugares y personajes destinados a simbolizar las memorias sobre la “militancia revolucionaria” constituirán vías de acceso a la comprensión de luchas simbólicas más generales, donde el pasado opera como fuente de legitimación de prácticas e identidades políticas presentes.

## **El “Buen Pastor”: una fuga, 9 desaparecidas y la conquista de un territorio en cinco actos**

El predio de lo que fue la cárcel del Buen Pastor está ubicado en el Barrio de Nueva Córdoba<sup>301</sup>, Córdoba Capital. El edificio fue construido entre 1899 y 1906 para la orden de las hermanas de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor de Angers y destinado a ser un centro correccional de mujeres y menores que funcionó cogestionado con el Servicio Penitenciario de Córdoba durante casi un siglo. Durante la intervención del Brigadier Raúl Oscar Lacabanne en Córdoba<sup>302</sup> y la última dictadura militar (1976-1983), el penal funcionó como un lugar de reclusión de detenidas políticas. Demolido en 2005 y transformado en un complejo gastronómico, cultural y recreativo, fue inaugurado el 4 de agosto de 2007 como el “Paseo del Buen Pastor”.

Del edificio original, una parte fue destruida y otra conservada y remodelada. Ésta última contiene la capilla y algunos de los patios y galerías donde actualmente funcionan tiendas y confiterías. En 2001, cuando el proyecto de refuncionalización comenzó, muchas voces se alzaron para protestar.

---

<sup>301</sup> Se encuentra emplazado en la manzana delimitada por las calles Hipólito Irigoyen, San Lorenzo, Obispo Oro y Buenos Aires.

<sup>302</sup> El brigadier Lacabanne fue el segundo interventor de la provincia de Córdoba (entre septiembre de 1974 y septiembre de 1975), después de que el jefe de policía de la provincia, Tte. Cnel. (Re) Antonio Navarro diera un golpe de estado a nivel provincial el 28 de febrero de 1974, conocido como “el Navarrazo”. Córdoba, por esos entonces, tenía una gran actividad política, sindical y estudiantil, y el entonces presidente, Juan Domingo Perón, la calificó como “un foco de infección”, por considerar que había “infiltrados marxistas” dentro del gobierno, afín a la Tendencia Revolucionaria del Peronismo (Servetto; 2004). Este golpe de estado provincial fue el precedente local de la represión política implementada de manera sistemática a nivel nacional a partir del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, con muchas coincidencias a nivel de métodos represivos. En este contexto hubieron ya secuestros, centros clandestinos de detención, desapariciones y ejecuciones.

Si bien existió un debate público acerca de cómo refuncionalizar ese espacio<sup>303</sup>, hubieron algunas perspectivas ausentes en el mismo: particularmente los de las mujeres que estuvieron detenidas allí. Esta situación movilizó al grupo de ex presas políticas y ex militantes del PRT-ERP entrevistadas para esta investigación quienes, en diferentes temporalidades, fueron generando acciones públicas para denunciar su disconformidad con el destino del edificio.



**Aspecto actual del Paseo del Buen Pastor. Arriba a la izquierda: uno de los patios de la cárcel antes de que fuera desalojada (2002)**

No es la primera vez que este tipo de intervenciones sobre lugares relacionados con la represión generan controversias y debates públicos. ¿Esos lugares deberían ser

<sup>303</sup> Las controversias públicas se dieron principalmente entre dos actores: el Gobierno Provincial y la Comisión Internacional de Monumentos y Sitios (Icomos), girando principalmente sobre el valor de la capilla y sus frescos en términos de patrimonio histórico y arquitectónico. Esta discusión se plasmó en el principal matutino local *La Voz del Interior*.

conservados o transformados? ¿Quiénes son los actores legítimos para decidirlo? En Argentina, y en el cono sur, han existido casos que van desde su destrucción, pasando por su transformación en espacios que reflejan valores opuestos a activaciones patrimoniales del los grupos directamente afectados por la represión, hasta su “conquista” y transformación en Espacios para la Memoria<sup>304</sup>. Los procesos no son lineales y reflejan una compleja trama de memorias e identidades que, movilizadas por diferentes agentes, entran en juego a la hora de legitimar intervenciones sobre estos lugares.

El caso del Buen Pastor no es ajeno a estas dinámicas, permitiendo analizar la trama de personajes y legitimidades anclados en tiempos y espacios más vastos de la vida social que hacen que estos lugares se configuren dentro de un *territorio de memorias*<sup>305</sup> (Da Silva Catela; 2002) y logren o no oficializarse como símbolos de diferentes experiencias.

El análisis de las marcas y conmemoraciones en torno al edificio del Buen Pastor buscará dar cuenta, entonces, de los progresivos procesos de reivindicación y de enunciación pública de memorias ligadas a la militancia y a la prisión política como formas de legitimar una acción y disputar sentidos a partir del proyecto de refuncionalización de este edificio.

---

<sup>304</sup> Hay ejemplos para estos tres tipos de devenir de los edificios ligados a la represión. Algunos han sido demolidos completamente, como es el caso del ex CCD “el Vesubio”, en Buenos Aires; otros han sido transformados en shoppings como el ex penal de Punta Carretas en Uruguay; finalmente han habido casos en que han sido conquistados como espacios para la memoria, como son la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) en Buenos Aires, o el ex Departamento N° 2 de Informaciones de la Policía de Córdoba (D2), el ex Centro Clandestino de Detención “La Perla” y el ex “Campo de la Ribera” a nivel de la provincia de Córdoba. Sin embargo, si establecemos comparaciones, el reclamo patrimonial sobre espacios relacionados con memorias dramáticas no parece ser una preocupación de los años de la “salida” de regímenes totalitarios (Shindler en Da Silva Catela; C/P) sino más bien de épocas posteriores, donde la tensión entre justicia ha sido resuelta (o abandonada como reivindicación) y se da paso a emprendimientos que buscan la transmisión de ese “patrimonio” del pasado a nuevas generaciones.

<sup>305</sup> El concepto de *territorios de memoria* (Da Silva Catela; 2002) implica pensar en los lugares en forma dinámica y relacional. Para la autora el espacio es foco de prácticas y “conquistas” revelando la trama de jerarquías entre agentes que, movilizando legitimidades diferenciales, pugnan por la visibilización y ocupación de los mismos.



### **Historias de una fuga**

Entre 1974 y 1975, fue llegando a la cárcel del Buen Pastor un número cada vez más grande de presas políticas. En los primeros meses de 1975, unas 40 detenidas de diferentes organizaciones: Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), Montoneros, Peronismo de Base (PB), Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), Partido Comunista (PC), se encontraban alojadas allí. Ubicadas en un principio en el pabellón de presas comunes y luego trasladadas a un pabellón especial donde se encontraban aisladas, algunas de ellas comenzaron a planificar una fuga que se concretó el 24 de mayo de 1975.

Ese día, alrededor de las 8 de la noche, diferentes grupos apostados en puntos estratégicos del centro cordobés cortaron calles, hicieron explotar bombas de estruendo y sacaron banderas por las ventanas de algunos edificios; al tiempo que un camión, con unas cadenas atadas al mismo, arrancó la reja de una de las ventanas del edificio del Buen Pastor. Por la ventana, y en el transcurso de cinco minutos, saltaron 26 mujeres. Lo que siguió fue rápido, cada una de ellas corrió hacia los coches que se habían estacionado en las calles adyacentes y huyeron.

Las militantes partieron, luego de la fuga, rumbo a diferentes “casas operativas” para desde allí ser “reubicadas” por sus organizaciones. Allí se las preparaba logísticamente para una clandestinidad total: se les daba documentación falsa, se les aplicaba un tratamiento cosmético a fines de alterar su apariencia y se les asignaba un destino fuera de la provincia de Córdoba.

En lo que luego se conoció como “la fuga del Buen Pastor” participaron alrededor de 200 personas de diferentes organizaciones, pero estuvo dirigida por miembros del PRT-ERP.

### **Entrar y salir de la cárcel: memorias de la reclusión y de la fuga**

Los lugares adquieren diferentes significados según las experiencias de los grupos que los habitan o habitaron. Durante más de un siglo el Asilo del Buen Pastor fue un lugar cerrado: una cárcel. Pese a estar en un lugar céntrico, los altos y gruesos muros, las ventanas enrejadas, separaban su vida interior del agitado ritmo de la ciudad.

Entré al edificio por primera vez en diciembre de 2002. En ese momento, mientras comenzaba el trabajo de campo para esta investigación conocí a Cristina Salvarezza. Cristina fue militante del PRT-ERP, y estuvo presa en el Buen Pastor desde enero hasta mayo de 1975, recuperando la libertad a través de la fuga relatada en el recuadro anterior. Cuando le propuse realizar una entrevista me invitó a que la acompañara a recorrer el edificio de la cárcel, recientemente desalojado.

Entrar a lo que fue el penal despertó en ella todo tipo de recuerdos. Dejarme “guiar” por un espacio donde habían transcurrido experiencias con un alto valor emotivo dentro de su trayectoria me llevó a reflexionar sobre la relación entre memoria, espacio y cuerpo.

Tal como lo señalan Mecca, Bermúdez y Lacombe (C/P) el reconocimiento de estos espacios permite desde lo descriptivo ingresar a un terreno narrativo complejo, donde el lugar funciona como un cuadro social de la memoria, disparando preguntas, búsquedas, sentimientos. Aquella vez recorrimos primero el exterior de la cárcel, ella insistió en que yo fijara la atención en las aberturas, las rejas, los desniveles de la edificación<sup>306</sup>, en hacerme vivir el “afuera” que en su memoria había quedado contrapuesto durante 30 años al “adentro”.

Luego entramos. El estar “adentro” desató recuerdos sobre la reclusión: ella relató diferentes vivencias ligadas a cada espacio. En la entrada se extendió sobre la pérdida de dimensiones temporales y espaciales que ella y las demás presas políticas experimentaban al llegar al lugar, provenientes del “D2”<sup>307</sup> y tras haber sufrido innumerables tormentos. Luego vinieron otros espacios: las oficinas donde las monjas las

---

<sup>306</sup> El edificio original tenía una forma pentagonal. Al mismo tiempo, existía un desnivel muy pronunciado entre su parte norte y sur, los muros que daban al norte eran tres o cuatro metros más altos que los que daban al sur, de modo que al ingresar era sumamente difícil ubicarse con respecto al afuera.

<sup>307</sup> La “D2” es la forma en que coloquialmente se llama al Departamento N°2 de Informaciones de la policía provincial de Córdoba, el cual funcionó como centro clandestino de detención, siendo convertido en la sede del “Archivo Provincial de la Memoria” y la “Comisión Provincial de la Memoria” en 2006. “La D2” era el lugar a donde eran llevadas las personas ni bien se las detenía antes del Golpe, allí permanecían en calidad de desaparecidas y se las sometía a interrogatorios bajo tortura con el fin de obtener información sobre los integrantes y actividades de sus organizaciones. Luego, por lo general, eran trasladadas a dependencias del servicio penitenciario provincial: la Unidad Penitenciaria N°1, la cárcel del Buen Pastor o la cárcel de Encausados. En el contexto previo al golpe y durante la última dictadura, la D2 funcionó como un lugar “de paso” para los detenidos, en el primer periodo eran trasladados a cárceles, en el segundo a otros centros clandestinos de detención.

“fichaban”, los dormitorios, los comedores y patios que simbolizaban el encuentro, la convivencia y la militancia compartida con las “compañeras”.

El “adentro” era un recuerdo en fragmentos, parcelado por las rejas y muros del universo carcelario, que comenzaba a unificarse a partir de la búsqueda de puntos de referencia espaciales. Cada espacio era relacionado con personas con las que se había compartido el lugar: “aquí discutíamos con las compañeras”, “aquí nos venían a ver nuestros familiares”, “esta reja separaba la parte de la capilla donde estaban las presas y donde escuchaban misa otras personas”, “por aquí saltamos”. Cada abertura funcionaba como umbral: unía y separaba espacialmente grupos, momentos, experiencias dentro de su memoria. Cristina fue rearmando el recorrido que unificaba su trayectoria<sup>308</sup> en el lugar buscando indicios en el espacio.

Dentro de estos indicios, la “puerta de entrada” y la “ventana de la fuga” simbolizaban el principio y el fin de su experiencia allí dentro. Si la puerta de entrada simbolizaba el “paso” de un universo de detención clandestina a uno de detención legal, la ventana de la fuga era el espacio limítrofe entre la reclusión y la libertad, entre la militancia en la prisión y la militancia clandestina. Después de hacer todo el recorrido, nos sentamos a tomar un café y ella dibujó un plano: una representación total del espacio reconstruido a través de pasillos, rejas, patios y marcas dejadas en el lugar<sup>309</sup>.

Recorrer juntas el espacio donde se anclaban sus recuerdos, reconstruir las marcas de lo vivido, dejar otras nuevas, me llevó a pensar en el registro espacial como soporte de una narración o, en términos analíticos, de la memoria como *representación*.

Toda memoria implica uno o varios tipos de *representación* (Bourdieu; 2001). En un primer sentido, la *representación* alude a la construcción de una visión sobre lo vivido; pero en este caso esta representación, transmitida a través de una narración, se apoya en lo espacial. La cárcel como espacio entonces, al tiempo de actuar como un cuadro social de la memoria, se transforma en el “escenario” de lo relatado, el “lugar de

---

<sup>308</sup> Los recorridos espaciales, los trayectos construidos o reconstruidos, pueden funcionar como analogía para una trayectoria (en el sentido bourdeano del término), en este caso para un fragmento de la vida de la persona.

<sup>309</sup> Este tipo de *representación*, que en si mismo requiere de competencias específicas como el saber dibujar, es recurrente entre los sobrevivientes que son arquitectos, como es el caso de Cristina. En estos casos representar de una forma fidedigna los espacios se vuelve también una forma de testimonio.

enunciación” donde cada indicio encontrado confirma lo sucedido y opera como soporte para su transmisión (Mecca, Bermúdez y Lacombe; C/P).

El relato situado nos arroja a su vez a analizar otra dimensión representativa: la corporal. El reconstruir dentro de un escenario lo vivido implica necesariamente un desplazarse y actuar desde y sobre el espacio, donde el cuerpo se vuelve una pieza clave en la narración de una experiencia. El cuerpo<sup>310</sup> situado recrea y atestigua, urdiendo una compleja trama de significaciones espaciales, sensoriales y narrativas.

En un último sentido la *representación*, como delegación para hablar en nombre de un grupo, se manifiesta de manera evidente en este tipo de relatos: la necesidad de hablar de la experiencia vivida en nombre de aquellas que ya no están, de aquellas que, al decir de Pollak y Heinich (2006), atestiguarán sobre esa experiencia sólo con el hecho de su muerte. Luego de la fuga, muchas de sus protagonistas fueron detenidas nuevamente, otras partieron al exilio interno o externo, y 9 de ellas fueron asesinadas en enfrentamientos o desaparecidas tras el golpe de estado de 1976.

En el caso de Cristina, las memorias ligadas a espacios del edificio ocupados por las “compañeras” asesinadas o desaparecidas, se extendieron por una gran parte del relato, constituyendo en sí mismas un acto de homenaje. Posteriormente realicé otras entrevistas, pero el hecho de poner nombre, rostro e identidad política a cada una de las que murieron o desaparecieron luego de la fuga fue algo que atravesó todos los testimonios de las protagonistas del hecho y que, con el tiempo, se volvió uno de los principales motivos para la conmemoración y la denuncia del edificio como un lugar ligado a la represión.

---

<sup>310</sup> Cabe una reflexión acerca de las relaciones entre cuerpo, lugar y memoria frente a situaciones límite. Tal como señala Dulong (2004) las narraciones de estas situaciones hacen del que relata un “testigo” de un horror inimaginable, en este sentido el cuerpo del testigo se transforma en evidencia y transmisor de lo padecido, a través del movimiento, la gestualidad e incluso de los estigmas corporales. Aguiluz Ibargüen (2004) señala que, ante el exterminio, el cuerpo y el lugar se tornan territorios de inscripción, pasando a ser pruebas de haber estado allí. Hay que señalar, además, que estas instancias de reencuentro con un lugar significativo por ser el “locus” de experiencias traumáticas, constituyen en muchos casos una práctica reparadora. Aquellos lugares “de los que no se podía salir”, luego se convirtieron en lugares a los que no se podía volver, con lo cual su apertura significó en cierta forma apropiarse del lugar desde otra perspectiva. Volver a entrar por su propio pie, voluntariamente, contrasta con las condiciones en las que fueron llevados originalmente, a la fuerza, vendados, esposados. Estos procesos implican un cambio de posicionamiento, corporal y simbólico, con respecto al espacio, que conlleva una apropiación activa de sus dimensiones, en contraste con las experiencias originales, vividas en la indefensión.

Desde aquella primera visita a la ex Cárcel del Buen Pastor hasta hoy muchas cosas han cambiado. El edificio ha sido modificado y con él el lugar que ocupaba en el paisaje urbano. En lo que entonces era un espacio infranqueable hoy pasean, estudian y toman mate turistas y jóvenes. Donde hoy encontramos unas paredes pintadas prolijamente de ocre, en aquel entonces se leían tanto consignas políticas como pequeños graffitis. La remodelación del edificio no ha borrado las memorias de la reclusión, pero si las marcas territoriales de las mismas, destruyendo los puntos de referencia que aglutinaban los sentidos de aquellas experiencias particulares.

Memoria y proyecto, lo oficial y lo subterráneo se tensionan en este caso, generando a lo largo del tiempo todo tipo de estrategias para enunciar y denunciar las experiencias de militancia y represión, omitidas por la memoria oficial en la refuncionalización del Buen Pastor<sup>311</sup>.

### **Espacios para la memoria, marcas territoriales**

Con Cristina recorrimos la cárcel otras veces antes que fuera remodelada. En una de esas visitas, ella dejó también sus marcas: “Aquí la Tota Cantaba y Mariana bailaba”<sup>312</sup>, “hoy vinimos a recordarlas”. Esas inscripciones, hechas precariamente con un fibrón, me llevaron a pensar en la necesidad de marcar lugares significativos para algunas experiencias. Las marcas dejadas por Cristina, entre otras<sup>313</sup>, aludían a identidades, a experiencias dentro la prisión. Dejando entrever capas de historia superpuestas, interrogaban sobre las diferentes posibilidades de emergencia e inscripción de las memorias ligadas al edificio.

---

<sup>311</sup> Las partes conservadas del edificio se ciñeron a una representación “clásica” de lo patrimonial: donde aquello considerado “único” y “valioso” fue centralmente la capilla, una de las pocas con forma de cruz romana en América del Sur.

<sup>312</sup> Con estos nombres Cristina se refiere a dos militantes del PRT-ERP, participantes de la fuga y desaparecidas posteriormente: Rosa “Tota” Novillo Corvalán y Zulma Ataidés, cuyo nombre de guerra era Mariana.

<sup>313</sup> En las paredes interiores del edificio había otras marcas dejadas por las presas recientemente desalojadas: marcas identitarias (nombres), fechas de detención y de traslado, peticiones a Dios y otras marcas gráficas, como una estrella roja hecha con papel de cigarrillo en uno de los calabozos. Pero un tipo de graffiti, bastante numeroso, me llamó particularmente la atención, el que señalaba la imposibilidad de olvidar lo allí vivido.

Aquellas marcas, escritas con un lápiz o talladas en el revoque de las paredes sucias, contrastan con lo pulcro del actual Paseo donde, hasta el 24 de mayo de 2009, sólo encontrábamos dos placas colocadas, a modo (re)fundacional, sobre sus muros. Las placas dicen:

“Por más de 100 años aquí funcionó una cárcel de mujeres. Y hoy, que nace el Paseo del Buen Pastor, queremos rendir homenaje a todas aquellas mujeres que sufrieron aquí cárcel injusta de las dictaduras y padecieron el horror de la tortura y la prisión. Queremos rendir homenaje a todas las mujeres condenadas sin justicia, queremos rendir homenaje a las madres, a las que sufrieron, a las que estuvieron sin tener que estar. Como un homenaje a la justicia, a la libertad y a la democracia, nace hoy el paseo del Buen Pastor. José Manuel De La Sota. Gobernador. Córdoba, Sábado 4 de agosto de 2007”.

“Paseo del Buen Pastor. ‘Una obra del Gobierno de la Provincia de Córdoba, para todos... Dr. José Manuel de la Sota. Gobernador. Córdoba, Sábado 4 de agosto de 2007”



¿Cómo construye la memoria oficial la relación entre un pasado dramático y un proyecto centrado en la modernización del espacio? El pasado y el presente, o más bien el futuro del edificio, ponen en tensión una serie de categorías contrapuestas: lo feo y lo lindo, lo sucio y lo limpio, la libertad y el encierro.

Las placas oficiales colocadas en el momento fundacional del Paseo indican una voluntad de rendir homenaje, y con ello hacer referencia al pasado doloroso, plasmando una memoria centrada en lo general, en figuras como “las madres”, “las que sufrieron”, o

“las mujeres”. Pero esta representación se contrapone con las elaboradas por los que vivieron en carne propia esa experiencia, donde las identidades personales y políticas, los rostros, nombres y pertenencias, suelen tener una relevancia central<sup>314</sup>, como veremos más adelante.

En este caso, además, un punto de disputa a nivel espacial está constituido por la destrucción de un referente central dentro de las memorias de este grupo: la ventana de la fuga<sup>315</sup>. La ventana constituyó un cuadro social de la memoria (Halbwachs; 1990) que, primero, permitió recordar colectivamente el episodio deviniendo, después, en el símbolo de esa experiencia dentro del grupo.

Como señalan Jelin y Langland (2003) el hecho de marcar un lugar lo semantiza pero no asegura automáticamente los sentidos asociados al mismo. A continuación analizaremos, a partir de diferentes conmemoraciones, la transformación de las memorias relacionadas con el Buen Pastor como elementos de disputa sobre el sentido del mismo, como fundamentación para su inclusión dentro de un *territorio de memorias* más amplio y el papel de las memorias sobre la militancia en estos procesos.

## Tiempos para la memoria en cinco actos

“La verdad que en el exilio ni lo recordaba, nunca nos acordábamos, muchas veces (la fecha) pasó de largo, cuando volvimos a Argentina fue que empezamos a acordarnos de estas cosas, y concretamente a Córdoba, porque yo estando en Jujuy no me acordaba tampoco. Cuando vine a Córdoba nos juntábamos con la Idilia y María e íbamos a tomar un vino, una cerveza, a veces nos llamábamos por teléfono, la Gringa<sup>316</sup> me llamaba o yo la llamaba...” (Cristina Salvarezza, ex militante del PRT-ERP)

---

<sup>314</sup> Es interesante señalar en este sentido una serie de contrapuntos que dan cuenta de la dinámica entre memoria oficial y subterránea y su evolución a lo largo del tiempo. Otros lugares, dentro de la ciudad de Córdoba, han sido marcados tanto por diferentes agentes del poder estatal como por los Organismos de Derechos Humanos, es el ejemplo de la ex D2 y de la UP1. En ambos edificios hay placas colocadas por el poder legislativo de la provincia entre 1995 y 1996, ambas placas homenajean a las víctimas de la dictadura pero, al igual que las colocadas en el Buen Pastor, lo hacen de forma incluso más impersonal que esta última. En contraste y con posterioridad, los Organismos y, en el caso de la ex D2, el propio personal del Archivo, han colocado otros memoriales que señalan los nombres de cada una de las víctimas e incluso su pertenencia a grupos políticos, sindicales o estudiantiles. Las mismas expresan la tensión entre las memorias de un grupo directamente relacionado con las víctimas y el Estado, y el desplazamiento de los emprendedores de memoria desde la oposición respecto al Estado hacia una inclusión en el mismo.

<sup>315</sup> El ala donde se encontraba la ventana, la cual daba a una de las cocinas del penal, fue totalmente demolida durante la refuncionalización.

<sup>316</sup> Con Idilia, María y “la Gringa”, se refiere a otras protagonistas de la fuga, en particular a María Baraldo y a Cristina “Gringa” Bollati, entrevistadas para esta investigación.

La memoria, diferente a la intuición sensible, señala Halbwachs (1990), es eminentemente social, precisa de fechas, lugares y grupos para ser recreada. La memoria sobre lo ocurrido en el Buen Pastor no tuvo la misma relevancia, ni en el plano personal ni en el grupal, en diferentes momentos a lo largo de más de 30 años para el grupo de las “fugadas del Buen Pastor”. En algunos casos fue la vuelta a Córdoba después de un exilio externo o interno lo que activó sus memorias en torno al hecho. En otros casos fue la salida de la cárcel, los reencuentros casuales o intencionales<sup>317</sup> que se dieron entre las ex militantes, lo que llevó a la conmemoración, primero subterránea, de aquel episodio.

Las marcas en sitios significativos para la memoria de un grupo no están dadas de una vez y para siempre, requieren de un trabajo, de emprendedores de memoria, y se hallan inmersos en realidades más amplias que condicionan los marcos de enunciabilidad de esas experiencias. En este caso la transformación de la cárcel, el silencio oficial sobre la represión política y sus protagonistas, la destrucción de la ventana como principal punto de referencia de sus memorias, fue lo que motivó entre algunas de las “fugadas” como guardianas de esa memoria (Jelin y Langland; 2003), una acción de denuncia sobre la disconformidad con el proyecto del Paseo<sup>318</sup>.

Desde entonces, un grupo de “ex presas” ha sostenido el propósito de volver a juntarse y de representar públicamente, mediante diversos dispositivos, la memoria de la fuga. Uno de ellos, la elaboración de un documental, nació con las primeras entrevistas que realicé en el año 2003, pero fue tomando en lo que corre desde entonces vida propia<sup>319</sup>. Otras iniciativas fueron plasmándose en las conmemoraciones públicas que analizaremos a continuación.

---

<sup>317</sup> Los reencuentros entre las detenidas que protagonizaron la fuga se dieron en diferentes temporalidades. Algunas se volvieron a encontrar en la cárcel, principalmente en Devoto, donde fueron concentradas todas las detenidas mujeres a partir de 1976 (Garaño y Pertot; 2007), otras se encontraron en los países de exilio, otras en Córdoba, muchos años después.

<sup>318</sup> Halbwachs señala que “el grupo urbano no tiene la impresión de cambiar mientras el aspecto de las calles y de los edificios permanece idéntico (...) hay pocas formaciones sociales a la vez más estables y con más condiciones para perdurar.” (Halbwachs; 2011; p.190). Ni aún las situaciones de crisis sociales más profundas parecen alterar esa continuidad mientras la misma no incida en los referentes espaciales, es en el momento que los mismos son atacados o destruidos donde se genera la idea de caos y desorden. En este caso, la destrucción de la cárcel, su transformación, fue lo que detonó el reclamo en torno a su significado.

<sup>319</sup> Las primeras entrevistas estuvieron motivadas por mi interés en hablar sobre sus trayectorias como militantes, en general, y sobre la fuga como acontecimiento significativo dentro de la memoria del grupo. Posteriormente ellas comenzaron a realizar otras, donde el eje estuvo puesto en el encuentro entre compañeras y la elaboración de un relato grupal sobre el hecho. Prácticamente todas las actividades del grupo y las historias de vida de la mayoría de las protagonistas del hecho han sido registradas, teniendo



## (I acto) “El Paseo es bonito, pero está en el lugar equivocado”

“... yo a pesar que veía que iban destruyendo todo, que iban modificando, porque las vallas te dejaban ver que algo estaba pasando ahí adentro, como que no quería ver esa realidad, no *quería*, porque yo pasaba seguido y veía lo que pasaba. Y el día que abrí el diario, Mariana, y vi la *foto* del Buen Pastor, yo digo de *mi* Buen Pastor, de *nuestro* buen pastor, fue un dolor muy grande porque ahí vi que ya estaba perdido el espacio, un espacio que era nuestro. Sentí una mezcla de sentimientos, de dolor, de rabia, de celos de que otra gente habite ese lugar que nosotras habitamos, “ese espacio es mío” decía yo, pero por otro lado decía “Bueno, pero yo lo abandoné, tomé la decisión de la libertad y lo dejé”, muy contradictorio todo lo que viví. Pero ese día que vi la foto dije “no puede ser que esto se convierta en un shopping”, con transparencias, colores, con cada uno de los lugares que significaban otras cosas cuando era cárceles transformados en bares, el boutiques, en chorros de agua, los calabozos por ejemplo, esos chorros de agua de color rojo yo podría decir que era la sangre de las compañeras castigadas... yo creo que fue más dolor, y sobre todo ver que el público festejaba todo eso. Entonces recibo el llamado de Idilia que dice “¿Cómo puede ser que no hagamos nada?”, y recibo otro llamado de Silvia Tubis llorando, diciendo “¿Dónde están las pancartas de las compañeras desaparecidas del Buen Pastor? ¡Vamos! ¡Hagamos algo!” (Cristina Salvarezza; ex militante del PRT-ERP)

El 4 de agosto de 2007 se inauguró el Paseo del Buen Pastor<sup>320</sup>. A la inauguración asistieron el entonces gobernador José Manuel de la Sota, y una comitiva integrada entre otros por la entonces senadora y actual presidenta de la Nación Cristina Fernández. En gradas ubicadas en las calles adyacentes se ubicó el público, en las galerías y separados de éste, se encontraba la comitiva oficial. En las paredes del edificio varias pantallas de plasma transmitían lo que pasaba en el palco.

El acto se dio con la regularidad de las ceremonias protocolares, se cortaron cintas, se exhibió un espectáculo de aguas danzantes, música de cuarteto<sup>321</sup> y luces y un video sobre la historia del edificio. El video, como representación oficial sobre el devenir del mismo, mostraba imágenes anteriores a la demolición en blanco y negro, donde no sólo se veía su apariencia original sino secuencias recreadas de la vida carcelaria: rejas, dormitorios comunes, detenidas que hacían pintadas en las paredes evocando la libertad.

---

como ejes la memoria sobre las “9 compañeras desaparecidas”, la transformación del edificio y la historia de la fuga. El documental elaborado con estas imágenes fue estrenado en mayo de 2010 en los cines comerciales de la ciudad de Córdoba y en los espacios INCCA de todo el país. En la elaboración del mismo hemos participado tanto las “fugadas” como la Productora El Calefón y yo en calidad de entrevistadora, coquionista y asesora histórica.

<sup>320</sup> Agradezco a la Productora El Calefón el permitirme consultar para la elaboración de este capítulo las imágenes relevadas durante estos actos.

<sup>321</sup> El cuarteto es un género musical muy popular asociado directamente con Córdoba cuyo referente en cuanto ámbito de sociabilidad es el “baile”. Su emblema es Carlitos “la Mona” Giménez, cuya música sonó en el acto de inauguración mientras algunas parejas bailaban a modo de espectáculo.

En un momento la imagen de la apertura de una reja da lugar a otra filmación en color, a partir de allí se muestra la demolición, la música se vuelve más animada y a ello se sucede la transformación del espacio en lo que actualmente es. Una voz en off va reproduciendo, a lo largo del video, las leyendas impresas en las placas.

Como forma de representación, el video oficial muestra la transformación del edificio apoyándose en ciertos símbolos: las rejas que se abren, el paso de lo gris a lo colorido, de la música lenta a la animada, fundamentan la visión de la “obra” como un progreso, y la institución del lugar como algo ya no cerrado ni destinado a los sectores “marginales” de la sociedad sino para “todos”.

En los alrededores se agolpaban centenares de personas. El grupo que nos ocupa, no fue invitado ni participó del acto oficial, sino que emprendió la realización de un “contraacto” que se desarrollaría un poco antes del oficial y más allá del vallado policial. Tampoco fueron invitados los Organismos de Derechos Humanos ni el Archivo Provincial de la Memoria.

Mientras se desarrollaba el acto oficial, dos de las ex militantes, acompañadas de algunos familiares de las desaparecidas, colgaron en el vallado cartelitos blancos con cintas rojas, en cada uno de los cartelitos figuraba el nombre de cada una de las 9 fugadas que, posteriormente, habían sido asesinadas o desaparecidas. Cada vez que colgaba un cartel, la que lo hacía decía en voz alta el nombre una desaparecida, a lo cual el resto replicaba “Presente! Ahora y siempre!”<sup>322</sup>. A la ceremonia se fueron sumando algunos transeúntes, tomaron los carteles y se acoplaron a la secuencia del ritual. Al terminar, las impulsoras del “contraacto” se abrazaron entre sí, lloraron, agradecieron a aquellos que espontáneamente se sumaron a colgar los carteles en el vallado.

Posteriormente se dieron notas de prensa donde se exhibieron recortes de periódicos de la época donde figuraban las fotos de las 26 detenidas como prófugas<sup>323</sup> y

---

<sup>322</sup> La secuencia de nombrar a los “héroes” o a los “mártires” seguido de tres “Presente!” por parte de la multitud es una liturgia que forma parte del *canon* de los homenajes, apoyándose en otros cánones rituales del orden de lo militar y lo religioso. En el orden de lo militar evoca los tres tiros de salva en honor de los “caídos”, en el orden de lo religioso evoca la *pasión* de Cristo (Connerton; 1993). Este momento, con una alta pregnancia emocional, constituye uno de los momentos del ritual prefijados, donde cada persona sabe cómo actuar, imprimiendo en este caso un signo de identidad política al acto. Al gritar, cada persona eleva el puño o los dedos en V, signos corporales que expresan la pertenencia a la izquierda o al peronismo revolucionario respectivamente.

<sup>323</sup> Las fotos exhibidas son las que he analizado en el capítulo II. En el contexto de enunciar memorias sobre la militancia, como hemos visto, las mismas desataban sensaciones de desagrado con respecto a la

se denunció la transformación del edificio como un proyecto contrapuesto a “la memoria de las 9 compañeras”. En una nota dada para Canal 8, Silvia Melani, hermana de una de las “fugadas” - posteriormente desaparecida- expresó:

“- ¿Quiénes van a asistir a este paseo? Es bonito... pero está en un lugar equivocado y va a venir la gente equivocada, porque asiste la gente que puede comprar, un lugar abierto significa que pueda venir todo el pueblo, que puedan venir los chicos de los barrios más humildes, que puedan venir las mujeres trabajadoras, porque por ese mundo lucharon todas estas mujeres.

Periodista- ¿Con que objetivo se llegaron ustedes aquí?

- Un poco para acompañar a las compañeras y para seguir estando presentes en los lugares donde no están presentes, nunca más, aquellos que han luchado por un mundo mucho mejor y no sólo para algunos sino para todos” (Entrevista a Silvia Melani, Canal 8 de Córdoba, 4 de agosto de 2007).

Todo el homenaje giró en torno a las “9 desaparecidas del Buen Pastor”, pero su memoria funcionó como anclaje de una denuncia sobre el destino del edificio como algo “impropio”: impropio por la destrucción de los lugares de referencia de la fuga, impropio por la exclusión de las voces de las ex detenidas dentro del proyecto. En un sentido más amplio, el destino del edificio aparece como impropio en el marco de las memorias sobre la militancia: “está en el lugar equivocado”. Un “shopping” es un lugar de consumo para las clases sociales más acomodadas, cosa que entra en contradicción con los valores implícitos en las memorias de la militancia que encarnan las ex presas políticas.

Que el “acto” fuera un “contraacto” expresa necesariamente una lucha de dos memorias contrapuestas. El foco del mismo estuvo dado por la visibilización de un pasado dramático dentro de un ámbito que pretendía ser fundacional y realzar el “futuro” (modernizador) como un valor contrapuesto al pasado (vergonzante, doloroso), al que sin embargo no se podía dejar de mencionar. La tensión entre el pasado o el futuro como dos tópicos temporales aglutinan valores, sentimientos e identidades implícitos en una lucha por leer estos procesos en clave de reivindicaciones presentes.

## (II acto) Tomando el espacio, tomando la palabra

---

imagen sobre sus personas; en el contexto del acto, donde el objetivo ya no era simplemente enunciar sino (d)enunciar un lugar relacionado con la violencia padecida, esas fotografías que exhiben sus rostros marcados por la tortura se tornan potentes imágenes frente a lo “inimaginable” (Didi Huberman; 2004) revelando la maleabilidad de las fotografías como símbolos.

Después de aquel primer (contra)acto de conmemoración, la necesidad de ir reconstruyendo y disputando las memorias sobre el Buen Pastor fue creciendo de la mano de un grupo cada vez más grande. En los meses siguientes se incorporaron algunas personas que intervinieron en el operativo en aquel momento, familiares de las desaparecidas y asesinadas, organizaciones feministas y culturales.

Para el 24 de marzo de 2008, aniversario del golpe de Estado, el edificio del Buen Pastor iba a ser el escenario de una charla relativa a la represión política<sup>324</sup>, y las integrantes de este grupo decidieron concurrir y pedir la palabra. En nombre del grupo, Cristina Salvarezza recordó a cada una de las “9 desaparecidas del Buen Pastor”:

“**Helena M. Harriague**, viuda de Quiroga: era la mamá de Sabino. Todos saben quién fue Sabino. Sabino era mimado, porque era el más chiquito que teníamos (...) Ella está desaparecida. **Rosa ‘Tota’ Novillo Corvalán**: hasta último momento antes de la fuga, soñaba con ser mamá. De ella sí se encontró el cadáver, pero no encontraron los huesos de la cadera, que delataría la apertura del embarazo. **Zulma Rosario Ataide**: Diez minutos momento antes de la fuga, dijo ‘yo no me merezco fugarme, porque canté a los compañeros’. Y las compañeras le dijeron: ‘No, Zulma, vos le pegaste a la Pereyra de Mercado, la torturadora más grande de Córdoba; en todos estos meses que llevás adentro, sos un ejemplo de compañera revolucionaria, tenés que incorporarte a la lucha’. **Ana Vilma Moreno de Agüero**: Era pequeña ella, pero tenía un bebé recién nacido. Su papá era obrero de Materfer, era el papá más pobre que venía a visitarnos, pero cada vez que venía era el único que nos traía una factura a cada una. **Susana Cristina Ávila**: era jujeña. Nos enseñó los primeros pasos sobre la cultura de los pueblos originarios, las costumbres, los valores. **Ana María Liendo**: muere en combate. **Alicia Raquel D’ambra**: 17 años. Torturada terriblemente, llegó destruida a la cárcel, y allí estábamos nosotras para recibirla. **Sonia Alicia Blesa**: su hija está presente. Luego de la fuga nace Diana. Era un cuadro político del PRT, y nos enseñó mucho antes. Le decíamos ‘la quinielera’, porque cuando Informaciones la levantó en Alta Córdoba, ella se comió la cita y los teléfonos de los compañeros, y ellos creyeron que levantaba quiniela clandestina. **Norma Hilda Melani**: Su caída fue un ejemplo. (...) Ella salva a nueve compañeros (...) cuando se da cuenta que la estaban siguiendo, se da vuelta y les dice ‘¿qué esperan?, ¡detenganme!’ y los compañeros advierten esto y pueden escapar. Fue brutalmente torturada. El equipo de antropología encuentra la fosa donde estaba enterrada, y cuando el juez descubre que era una fugada del Buen Pastor, la mandó al osario” (Intervención de Cristina Salvarezza en la conferencia “Marcas del Golpe de Estado de 1976 en la construcción de un pensamiento nacional y popular”, 17 de marzo de 2007).

El homenaje tiene características generales a todos los homenajes realizados por los sectores comprometidos con “la Memoria y los Derechos Humanos”, pero también particularidades relacionadas con este grupo. Cristina recuerda a cada una de ellas con su nombre, una filiación política en algunos casos y una anécdota en otros.

---

<sup>324</sup> La charla, organizada por la Secretaría de Derechos Humanos de la Provincia, se titulaba “El Golpe de Estado de 1976 en la construcción de un pensamiento nacional y popular”, y estaba a cargo de Ernesto Jaureche y Federico Lorenz.

Las semblanzas restituyen principalmente una identidad política y de género a las muertas o desaparecidas. Todas estas “biografías mínimas” señalan hitos en las vidas de estas personas que tienden puentes de identificación con los que escuchan el discurso: la maternidad, la prisión, la fuga, la vida y la muerte, el sufrimiento, la restitución de sus restos son resignificadas en cada una de sus historias. Como en todo homenaje, estas semblanzas adquieren un carácter “ejemplar”, es decir orientador de prácticas en el presente: cada situación va unida a valores deseables dentro de este grupo tanto ante situaciones límite como ante crisis vitales implícitas en su condición de género, como la maternidad.

Pero además, el homenaje señala otras características identitarias hasta ahora silenciadas públicamente: aquellas sobre las militancias en organizaciones político-militares. Cristina se refiere a la militancia de algunas de manera general, nombrándolas como “compañeras revolucionarias”; en otros casos, la militancia se deja entrever en la semblanza como en el caso de Helena Harriague y la alusión al nombre de su hijo Sabino (tributo a Sabino Navarro), en otras la mención es explícita, como es el caso de Sonia Blessa, “cuadro político del PRT” o de Ana María Liendo, donde la expresión “muere en combate” da cuenta de sus actividades militares. Al tiempo de enunciar la militancia y el ejercicio de la violencia explícitamente, la semblanza de Cristina toca otros tópicos como el de la heroicidad y la traición, particularmente cuando se refiere al haber “cantado” a otros compañeros en la tortura y la “dignidad” o “indignidad” de ese acto según el contexto<sup>325</sup>.

En este marco la memoria de la fuga, como hecho fundacional en torno al cual se unifica el sentido de pertenencia a este grupo de mujeres, constituye un hecho que implica asumir públicamente el padecimiento<sup>326</sup> y el ejercicio de la violencia

---

<sup>325</sup> La alusión a la “traición” y en términos más generales a las conductas deseables o indeseables en el contexto represivo constituye, como hemos visto anteriormente, un punto que difícilmente es expresado públicamente en este tipo de rituales. Sin embargo, constituye un punto de tensión ya que el objetivo del ritual en sí mismo es la “reivindicación” y la ejemplaridad de las militantes y de la “generación”. Más adelante veremos cómo el mismo opera en el encuadramiento y la cristalización de las versiones sobre este episodio.

<sup>326</sup> La idea de víctima estuvo configurada desde la reapertura en torno a la idea de inocencia. Tal como señala Portelli (1996) inocente viene de *non noscere*: incapaz de causar daño, cosa que no coincide con la representación de un guerrillero. Esta tensión entre inocencia y militancia ha llevado a pensar en la existencia de víctimas más y menos inocentes, delimitando los marcos de enunciación sobre ciertos temas y silenciando las experiencias de lucha armada.

simultáneamente, tensionando los marcos de legitimidad y enunciación trazados históricamente. Esta doble faz activa y pasiva, de “víctima” y de militante que coexiste en las memorias de la fuga del Buen Pastor es quizás lo que las vuelve memorias “incómodas”, difíciles de escuchar, difíciles de relatar, pero sobre todo difíciles de oficializar. Homenajeando a las compañeras muertas y desaparecidas, las protagonistas de aquellas experiencias van conquistando espacios que todavía no les son del todo propios.

### (III acto) “Los espacios no se recuperan sino que se conquistan”

El 24 de mayo de 2008, alrededor de las 18 horas, se convocaron en una de las puertas adyacentes a la capilla de lo que fue el Buen Pastor unas 60 personas bajo la consigna señalada en el título de este apartado. Miembros de Organismos de Derechos Humanos, como la Asociación de Ex Presos Políticos, Familiares de Detenidos Desaparecidos, Abuelas de Plaza de Mayo, H.I.J.O.S., militantes sociales y algunos de los protagonistas de la fuga iniciaron un recorrido desde la puerta por donde entraban las detenidas en aquel entonces. El recorrido se estructuró como una visita con guías múltiples que iban evocando experiencias anudadas a los lugares. En lo que fue el patio de visitas, la palabra fue tomada por las madres de las detenidas para hablar de la relación con sus hijas:

“Yo vine acá marzo, abril y mayo, hasta el día de la fuga, todos los días que me permitía la cárcel a traerles de comer y a traerles ánimo, y resultó que ellas nos daban ánimos a nosotros, a los padres, porque tenían una fuerza... porque eran seres especiales. Yo siempre digo que nosotros deberíamos aprender de ellos, ellos tenían un sueño tan grande que nos hacía fuertes aún en la desgracia. Y nosotros que en aquella época no compartíamos tanto los sueños hasta que lo aprendimos, estoy hablando de mí, yo no creía mucho en esto, yo aprendí aquí, en esta cárcel, y después afuera, ese sueño de un país hermoso, el que estamos ahora nosotros luchando para que llegue.” (Palabras de Emilia Villares de D’Ambra durante el acto de conmemoración a 33 años de la fuga, 24 de mayo de 2008)

Emilia Villares de D’Ambra es la madre de Alicia Raquel D’Ambra, militante del PRT-ERP desaparecida poco tiempo después de la fuga con 21 años. Emilia, al entrar a lo que fue el penal, se coloca en la cabeza el pañuelo que la identifica como Madre de Plaza de Mayo, como una madre que asumió la experiencia de la desaparición de sus hijos como una militancia, y es desde allí que habla. Al igual que otras madres que intervienen,

los recuerdos mezclan lo personal y lo político, la maternidad y la militancia, pero las palabras de Emilia son ejemplares en cuanto al sentido otorgado a la relación entre estas dos generaciones y a las rupturas protagonizadas por sus hijos, y sobre todo por sus hijas. En sus memorias, la acción pedagógica (que fundamenta una identidad militante en la generación de los padres y madres) es transmitida en un sentido inverso a lo que arquetípicamente se esperaría de la relación generacional: son las hijas/os las que “enseñan” a los padres-madres tanto las prácticas implícitas en un quehacer militante como los “sueños”, que luego los últimos reivindicarían como banderas de lucha. El patio de visitas, como espacio que condensa el encuentro entre estas dos generaciones, revive recuerdos relacionados con lo político y humano, resignificando al mismo tiempo la maternidad y el paso por la prisión como “escuela de militancia” (Garaño y Pertot; 2007).

Posteriormente los visitantes recorrieron pasillos, galerías y escaleras, apoyándose en un mapa y en fotografías previas a la demolición. Los relatos apuntaron a representar los espacios destruidos, al tiempo que a unificar la totalidad del espacio reformado. El recorrido siguió por un segundo patio, que fue el lugar a donde daban los dormitorios permanecieron recluidas las presas políticas y donde anteriormente se encontraba la ventana de la fuga. En ese patio, las ex detenidas hablaron principalmente sobre su propia maternidad, sobre el periodo carcelario vivido junto a sus hijos, sobre las dificultades de esa experiencia y el modo en que la “solidaridad entre compañeras” ayudó a sobrellevarlas.

“Mi hermana, su bebé nació cuando ella estaba aquí, (...) no me acuerdo pero éramos un montón, están aquí sus hijos, que nacieron aquí, las llevaron a la maternidad y ahí nacieron. Me acuerdo por el relato de las compañeras que los médicos... pedían que les quitaran las esposas en el momento del parto, porque la policía las quería tener esposadas, y pelearon los médicos defendiendo esto, que saliera la policía de la sala de parto y que le quitaran las esposas para que pudieran dar a luz tranquilas.” (intervención de Laura Ortiz, ex presa política y militante del PRT-ERP durante el acto de conmemoración a 33 años de la fuga, 24 de mayo de 2008)

En el momento que se sitúan estos relatos, muchas de las detenidas estaban embarazadas o tenían niños pequeños. La maternidad, dentro de las memorias de la militancia, constituye un punto crítico, una “crisis vital” (Turner; 1990) que, si en circunstancias normales genera experiencias inéditas y modifica el estatus de las personas, dentro de experiencias signadas por la clandestinidad y la persecución se vuelve un tema central. Las memorias de la maternidad y la militancia clandestina

expresan, como hemos visto en capítulos anteriores, un conflicto con los modelos de género dominantes, donde la representación de una “madre” resulta completamente incompatible con la de una “guerrillera”. En este marco, el relato sobre las reivindicaciones ante las autoridades carcelarias para humanizar los partos, el cuidado de los niños, la solidaridad entre compañeras y el amor hacia sus hijos no hace sino rebatir el discurso estigmatizador de las memorias pro militares en el que se caracteriza a *las* militantes como “máquinas de matar sin códigos morales” (Laudano; 1998), capaces incluso de usar a sus hijos como escudos humanos (Diana; 1996)<sup>327</sup>.

Si bien las condenas morales con respecto al empleo de la violencia se aplican de igual modo a hombres y mujeres, el estigma resultante tiene características muy diferentes en ambos géneros: si se acusa a ambos por igual de haber roto los contratos civilizatorios, respecto de las mujeres se suma la acusación de transgredir sus roles “naturales”, asociados con la sumisión y el cuidado de los hijos. Rebatir el estigma, por lo tanto, tiene características diferenciales por género pudiendo ser leído además en relación a diferentes destinatarios. En el contexto del homenaje, donde los participantes son restringidos, y sobre todo cercanos en términos sociales, un importante destinatario está dado por la siguiente generación, y en particular los hijos “allí presentes”, como señala Laura. Como en el homenaje analizado más arriba, el “amor por sus hijos”, el cuidado a los mismos, aparece como una faceta de la identidad de género que adquiere una importancia central a la hora de resolver esta tensión generada por la introducción de actividades históricamente reservadas a los hombres en el rol femenino y defender el “honor” de las compañeras no ya ante figuras impersonales sino ante la propia descendencia. En relación a la continuidad generacional, el “amor a los hijos” contribuye a ligar un *ethos* entre generaciones, intentando resolver la tensión señalada en capítulos anteriores entre la asunción de los riesgos que suponía la clandestinidad y la actividad armada y el cuidado de los mismos.

Finalmente, los visitantes salieron y se apostaron frente a donde antes había estado la ventana por la que saltaron las detenidas ese mismo día, 33 años atrás. Allí los que participaron del operativo por fuera contaron el reverso de la experiencia vivida en el interior: la preparación y ejecución del operativo. Afuera, entre todos, nombraron a cada

---

<sup>327</sup> De hecho no se condena del mismo modo de los militantes varones, aunque fueran padres.



una de las muertas y desaparecidas al tiempo que la multitud, que en ese momento ascendía a unas 100 personas, replicaba “Presentes! Ahora y siempre!”. Luego, varios de los protagonistas dieron su opinión sobre el significado de aquel episodio “heroico”.

“- Yo creo que fue una de las acciones más lindas que pudimos hacer, porque nosotros tuvimos en nuestra experiencia muchos intentos de fuga y muchas fugas hechas, algunas desgraciadamente con resultados muy difíciles, con muchas pérdidas de compañeros, pero esta nos salió como siempre decíamos: “limpita”. Además el hecho de que fueran compañeras las que salían en libertad era un hecho lleno de simbolismo, era la libertad, eran hermosas compañeras, de modo que creo que fue un día de alegría para todo el pueblo de Córdoba, eso me consta porque lo vi en el ómnibus, lo vi en mi barrio, lo vi en mis compañeros de trabajo, todos estaban contentos, alegres, con esta fuga donde nosotros recuperábamos compañeras sumamente valiosas por su experiencia, por su entrega. (...) Eso tenía un valor moral, un valor espiritual que creo que va a ser historia, raíz, semilla del futuro para los jóvenes, para las futuras generaciones, para nosotros, en la lucha que hoy seguimos teniendo por la libertad. (Aplausos)” (Palabras de Carlos Oarzacoa, ex militante del PRT-ERP durante el acto de conmemoración a 33 años de la fuga, 24 de mayo de 2008)

El operativo, desde el presente, es recordado por ex militantes de todas las organizaciones como una “gesta”: una acción militar “limpia” (en tanto que no hubieron “bajas”), coordinada, “amplia” (en tanto que participaron varias organizaciones) y “exitosa”, ya que logró la evasión y tuvo al mismo tiempo un alto nivel de performatividad. De cara a la sociedad cordobesa, que vivía en un estado de Sitio<sup>328</sup>, la fuga demostraba que la libertad (con el objetivo de seguir militando) era algo que se le podía arrebatar al poder, cosa que hoy es rescatada por su alto valor “moral”, es decir orientador de prácticas. La fuga en este sentido resulta un acontecimiento ejemplar que aglutina sentidos e invoca valores que buscan ser rectores de las luchas actuales.

#### (IV acto) A 34 años

En los días previos al 34 aniversario de la fuga algunos funcionarios de la administración del Paseo tomaron contacto con el Archivo Provincial de la Memoria, manifestando el interés de señalar espacialmente las memorias de la represión relacionadas al lugar. En nueve columnas ubicadas en la parte remodelada del edificio se

---

<sup>328</sup> El estado de sitio estaba vigente desde noviembre de 1974.

colocaron las fotos y nombres de “las 9 compañeras”; en otras tres las palabras: memoria, verdad, justicia<sup>329</sup> y en una cuarta un texto:

“Marca para recordar.

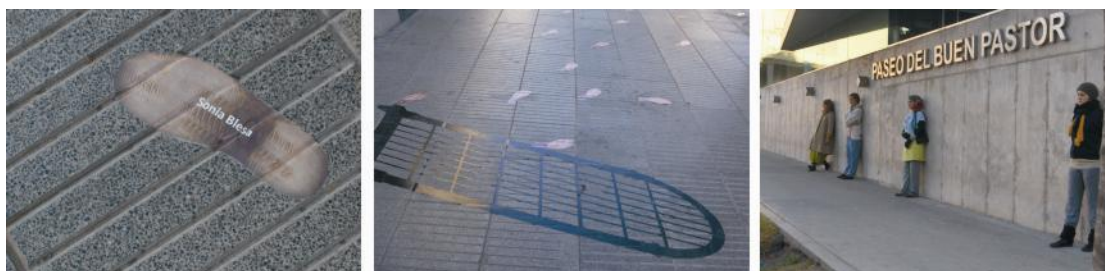
El 24 de mayo de 1975, 26 presas políticas se fugaron de ésta Cárcel del Buen Pastor. Provenían de organizaciones revolucionarias de diversos orígenes. Córdoba vivía en aquellos años la intervención federal, de carácter dictatorial, del brigadier retirado Lacabanne. Luego de la fuga, estas mujeres se reincorporaron a sus respectivas organizaciones políticas y continuaron con sus militancias, sus vidas, sus sueños. Nueve de ellas están desaparecidas, fueron asesinadas, en diferentes ciudades del país, por las fuerzas represivas. Aquí las recordamos, las nombramos, las homenajeamos. Archivo Provincial de la Memoria. Comisión Provincial de la Memoria.”

Esta nueva marca, combina un relato centrado en lo general, los valores comunes a todo el movimiento de Derechos Humanos (memoria, verdad y justicia), una representación del hecho anudado al espacio, y un homenaje personal a cada una de las muertas y desaparecidas. Los tres niveles de representación –el general que invoca valores, el grupal, y el personal- resultan significativos en cuanto reflejan el interjuego entre los diferentes niveles de representación que se plasman en estas políticas de memoria.

Habiendo un consenso sobre que el espacio debía ser marcado, surgieron diferentes posturas acerca de qué debía ser representado, cómo y dónde. El hecho de dejar una marca resultó importante para el grupo directamente afectado pero los símbolos propuestos generaron nuevas demandas: puntualmente que en el futuro volviera a colocarse la ventana en su lugar a modo de monumento y que se buscara representar a las “compañeras” más que con su nombre y su foto, ya que consideraban que con esto no se representaba su identidad militante.

---

<sup>329</sup> El plasmar estas palabras en las columnas del edificio remodelado, aprovecha las características de la edificación actual para relacionarla con el simbolismo dado a los sitios de memoria a partir de la gestión Kirchner. Desde su asunción, y el posterior relevo de Cristina Fernández dentro del proyecto político de este sector, todos los edificios ligados a la represión han sido marcados con un monolito conformado por una base de cemento en la que se inscribe su nombre y su pasado ligado a la represión y tres pilares que dicen “memoria, verdad, justicia”. Los “tres pilares” se han vuelto emblemáticos de la voluntad del proyecto de este sector político como bases de la democracia actual.



**Arriba: Señalización y performance realizadas por el grupo Hilando las Sierras**

**Abajo: Columnas señalizadas por el Archivo Provincial de la Memoria**



Las negociaciones, ajustes y desajustes entre las instituciones oficiales y el grupo directamente relacionado con la fuga, dejan entrever algunos dilemas que, necesariamente, se dan en estos casos y el juego de legitimidades movilizadas por los diferentes actores. Por un lado encontramos a los gestores de Paseo, sin cercanía con las memorias de la represión pero con dominio sobre la intervención del lugar, por otro el Archivo Provincial de la Memoria, con potestad estatal para intervenir a nivel urbano marcando lugares relacionados con la represión y con la legitimidad política dada por responder directamente a los organismos de DDHH, y finalmente el grupo directamente afectado, cuya legitimidad se basa en la fuerza de experiencia vivida en carne propia. Ahora, dejar plasmada de una representación sobre las memorias de lo que allí ocurrió necesariamente cristaliza *un* sentido que debe conjugar los intereses de los tres grupos.

El día del 34 aniversario de la fuga se realizó además un acto de conmemoración donde dos grupos de mujeres hicieron performances teatrales recreando secuencias de la fuga y marcando el espacio<sup>330</sup>, se recordó a las “9 compañeras”, al tiempo que las

<sup>330</sup> En la vereda de la calle Hipólito Irigoyen el grupo de mujeres “Hilando las sierras” colocó ploteos autoadhesivos que representaban las rejas y una serie de huellas de zapatillas con los nombres de todas las fugadas. El hecho de marcar el suelo acompañaba su performance teatral, la cual recreaba a las mujeres

protagonistas del hecho tomaron la palabra y relataron aquel acontecimiento que marcó a fuego sus vidas. A partir de sus memorias, el eje del relato estuvo dado por su relación con las luchas actuales: con el pedido de justicia por las compañeras muertas y desaparecidas y sobre todo con las problemáticas de género que sufren las mujeres hoy. Del acto también participaron las autoridades del Paseo y del Archivo Provincial de la Memoria. Mientras el director del Paseo recalcó la importancia de que ese día “no pasara desapercibido”, la directora del Archivo Provincial de la Memoria habló sobre la necesidad de dejar marcas en todos los lugares relacionados con la represión política en la ciudad, después dijo:

“... todo el agradecimiento a las compañeras, porque sin ellas, sin su memoria que se transmitió, y su lucha, y su práctica de memoria cotidiana, este lugar seguiría siendo simplemente un paseo de compras. Pero por suerte la memoria vive aunque las paredes ya no estén” (Palabras de Ludmila Da Silva Catela, directora del Archivo Provincial de la Memoria en el acto homenaje a 34 años de la fuga)

El discurso de Catela agradece y al mismo tiempo incorpora a las protagonistas del grupo como parte de la gestión de políticas de memoria llamándolas “compañeras”, tensionando los límites de las representaciones entre Estado y sociedad civil, entre lo oficial y lo subterráneo. Al mismo tiempo, se posiciona en la denuncia de la destrucción del edificio como referente de esas memorias y su transformación en un paseo de compras y el valor militante de la memoria de las “compañeras” (desaparecidas) más allá de la destrucción del edificio.

A 34 años de la fuga, el hecho era nuevamente recordado penetrando esta vez en los márgenes del poder estatal, no sin contradicciones. El centro del homenaje fueron las muertas y desaparecidas pero, por primera vez, la conmemoración de una operación

---

huyendo tras el sonido de una bomba. En la “cocina” de esta señalización, un elemento debe ser mencionado en relación a la cristalización de esas memorias y algunos temas tabú, como el de la traición. Las mujeres del grupo artístico, ajenas a las internas del grupo de “fugadas”, colocaron todos los nombres de las protagonistas en las huellas, incluso de las “innombrables”. Al llegar al lugar una de ellas, que particularmente se ha constituido en la “guardiana de la memoria” del grupo disputando fuertemente aquello que debe ser contado o excluido, que figuras exaltadas o invisibilizadas en los homenajes, comenzó a despegar las huellas de las “innombrables”. Esta tensión despertó un debate en los grupos afines en torno a los objetivos de estos homenajes, particularmente si deben recordar la “verdad” (que esas personas participaron de la fuga, independientemente de sus actitudes posteriores) o si se debe reforzar un relato excluyente en pos del objetivo reivindicativo del homenaje, sin mostrar las complejidades.

político militar adquiriría carácter oficial, comenzando a romper una capa de silencio largamente guardado.

### (V acto) Marcar, recordar, caminar: 11 baldosas, una reja

La última señalización, consistente en la (re)colocación de la reja y de 11 baldosas en memoria de las desaparecidas, de las mujeres que fueron allí recluidas y de Silvina Parodi –secuestrada allí con su hijo– fue realizada mediante un acto desarrollado el viernes 22 de julio de 2011 a las 3 de la tarde. Sobre una explanada ubicada sobre Obispo Oro y en el lugar donde originalmente estuvo la ventana por donde saltaron las 26 militantes y presas políticas 36 años atrás. De un lado de la reja pueden leerse los nombres y apellidos de las “9 desaparecidas”, del otro:

“El 24 de mayo de 1975, 26 presas políticas se escaparon de la cárcel del Buen Pastor. Provenían de organizaciones revolucionarias de diversos orígenes. Córdoba vivía en aquel entonces una intervención federal de carácter dictatorial. Luego de la fuga, estas mujeres se reincorporaron a sus respectivas organizaciones políticas y continuaron con sus militancias, sus vidas, sus sueños. Nueve de ellas están desaparecidas, fueron asesinadas, en diferentes ciudades del país por las fuerzas represivas del Estado Terrorista. Con esta marca de memoria, simbolizada por esta reja que perteneció al edificio original de la Cárcel de Mujeres del Buen Pastor, recordamos la lucha de todas las mujeres que aquí permanecieron presas y prisioneras. Comisión y Archivo Provincial de la Memoria”

En la base del memorial puede leerse:

“En este lugar funcionó el Servicio Penitenciario Provincial Unidad N°5 Correccional de Mujeres “Buen Pastor”, desde el año 1899 hasta 2002.”

La principal emprendedora de la señalización y del acto fue Cristina Salvarezza, quien movilizó todo tipo de recursos para esto: consiguió que el Archivo Provincial de la Memoria “recuperara” y comprara una reja en la empresa de que había hecho la demolición y que las arquitectas de la institución trabajaran en la futura señalización con ella durante un año. Al mismo tiempo, gestionó todo tipo de recursos en las Secretarías de Derechos Humanos de la provincia y de la municipalidad y en instituciones como el Instituto Goethe, buscó apoyo en organismos de DDHH (principalmente en la Asociación de Familiares de Desaparecidos y Abuelas de Plaza de Mayo) hizo los contactos para

que, desde diferentes puntos del país, los familiares y compañeros de las “9 desaparecidas” y las integrantes del grupo de “las fugadas” que viven en otras provincias viajaran a la conmemoración, incluso alojando a algunos en su casa.

Las demás protagonistas de la fuga no participaron de manera tan activa en este emprendimiento, probablemente porque el grupo experimentó algunos conflictos durante la realización del documental “Buen Pastor. Una fuga de mujeres”. Durante la realización del documental -del cual participé como entrevistadora, coguionista y “asesora histórica”- surgieron diferencias dentro del grupo en torno a la edición de las imágenes y cómo las mismas cumplían los objetivos planteados, alejándose Cristina de la realización de este proyecto y dedicando todos sus esfuerzos a la futura señalización. Pese a los conflictos previos en torno a qué contar o quién debería contar “la historia”<sup>331</sup> en los productos tendientes a “consagrar” la memoria ligada al Buen Pastor, en el momento del homenaje, las diferencias entre ellas parecieron desaparecer, concurriendo casi la totalidad del grupo y sus familias.

Ese día a las 3 de la tarde, unas 100 personas se congregaron frente a la reja, recientemente apostada sobre la vereda de la calle Obispo Oro. Dividida en dos por un muro de hormigón de aproximadamente 40 centímetros de alto que separa de un lado la vereda por donde circulan los transeúntes y del otro una confitería con mesitas al aire libre, el muro de hormigón, poco a poco, se fue transformando en una frontera simbólica. Hacia la calle se apostaron todos los concurrentes al acto; del otro lado, transeúntes y turistas, personas con apariencia de “gente de negocios” (hombres de traje con notebooks, hablando por teléfonos celulares) tomaban café, un equipo periodístico entrevistaba al conocido actor de telenovelas Arnaldo André. Poco a poco, con el comienzo del acto que transmitía con equipos de sonido amplificado, los del “otro lado” comenzaron a levantarse con disgusto, y se fueron. La primera línea del lado de la confitería quedó desierta, y los concurrentes al homenaje avanzaron sobre el otro lado de la explanada.

En todo el transcurso del acto se repitió esta dinámica, el centenar de personas comenzó a trasladarse por los patios del actual Paseo, donde habían sido colocadas 11

---

<sup>331</sup> Pollak y Heinich (2006) analizan los procesos de encuadramiento de memorias al interior de los grupos de sobrevivientes del Holocausto, señalando que los controles de los mismos sobre qué versión sobre sus experiencias será contada aumentan al tiempo que los mismos están por morir, o sea que sus memorias van transformándose en Historia.

baldosas recordatorias en el suelo. Sobre todo en los patios interiores, donde el espacio es restringido ya que hay o fuentes o mesas de confiterías, la presencia de 100 personas que quedaban paradas entre las mesas o subidas a estas para ver mejor lo que sucedía alrededor de las placas parecía una verdadera invasión<sup>332</sup>. Como había sucedido al comienzo, en vez de integrarse al ritual, las personas que estaban en los patios se iban o, tras hacer algún comentario, continuaban charlando como si nada sucediera. Aunque la mayoría de las personas por fuera del acto eran jóvenes, su aspecto y su comportamiento contrastaba con el de los jóvenes que participaban en el acto y con los ex militantes y familiares, mayores que éstos, permitiendo reconocer a simple vista quién pertenecía al grupo del homenaje y quién no. Mientras los jóvenes participantes del acto permanecían casi todo el tiempo de pie o desplazándose por las “paradas” de manera conjunta, los jóvenes que simplemente “paseaban” se encontraban en su mayoría sentados, ya sea en los bancos del paseo o en las confiterías. Las diferencias eran también perceptibles en relación a su aspecto, a su *hexis corporal*, mientras que las personas ajenas al acto –de todas las edades– vestían de modo más formal, los participantes del acto eran perfectamente reconocibles por su *hexis* “militante”<sup>333</sup> y la portación de diferentes insignias que los identificaban como militantes de organizaciones de Derechos Humanos.

El acto comenzó alrededor de las 15 hs. De frente a los oradores y dejando un pequeño círculo vacío un centenar de personas, en su mayoría adultas, participaban del acto, otros filmaban y sacaban fotos. Cristina, vestida de modo elegante, se movía de un lado a otro saludando a los concurrentes, agradeciendo su presencia. La coordinación de la palabra fue asumida por ella y por Patricia Cortés, integrante de la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos e hija de un miembro del ERP asesinado en la

---

<sup>332</sup> El aspecto de “invasión” se relaciona también con el uso “subversivo” de ciertos espacios, rompiendo las reglas esperables en el mismo. En su uso cotidiano, a ninguna persona se le ocurriría subirse a las sillas o mesas de las confiterías o a las fuentes y si lo hicieran, serían inmediatamente llamados al orden, cosa que no sucedió durante el homenaje.

<sup>333</sup> Las distinciones aquí pueden ser leídas en un registro relacionado con la generación y la adscripción o no a gustos de clase “legítimos” en el vestir. Los mayores, en general, tenían un aspecto más formal en el vestir, sólo que en el caso de los “por fuera del acto” las ropas respondían a la representación de ser gente que trabaja en oficinas (traje en los hombres, tacos y pollera en las mujeres), los militantes mayores, como he señalado en el capítulo II, son perfectamente distinguibles, las mujeres en relación a los accesorios sobre todo, de tipo artesanal. Los ex militantes hombres por su lado, presentaban una *hexis* no sólo “setentista”, sino características de ex militantes del PRT: camisas de grafa, bigote, cabellos a medio crecer. Entre los jóvenes la principal distinción entre los que participaban y los que no del acto, estaba dada por la vestimenta de los segundos acorde a la “moda” legítima, mientras que los demás tenían un aspecto “hippie”: rastas, pearcings, accesorios artesanales, ropa hindú.

Compañía del Monte. Comenzado el acto habló Ludmila Da Silva Catela, directora del Archivo Provincial de la Memoria, agradeciendo a los concurrentes, nombrando a las “9 desaparecidas”, recalcó el valor de dejar en ese espacio “arquitectónicamente moderno” las marcas de un pasado dramático, simbolizando la reja la restitución de un “patrimonio”<sup>334</sup> negado que operará como anclaje para la transmisión de esas historias a los “más jóvenes” que diariamente transitan y habitan ese lugar.

Posteriormente Patricia agradeció al Archivo Provincial de la Memoria “por la instalación de la reja como símbolo de la fuga donde las compañeras buscaron la libertad” y anunció que, tras algunas palabras de grupos artísticos<sup>335</sup> y agradecimientos serían descubiertas 11 baldosas ubicadas en diferentes lugares del Paseo. Luego dio la palabra a Cristina, presentándola como “ex presa política del Buen Pastor” y “representante de los familiares”, quien enumeró una larga lista de agradecimientos y relató la historia ligada al lugar, tanto en los momentos previos a la fuga como en los posteriores, haciendo foco principalmente en la apropiación de niños durante la última dictadura militar.

Siendo desde el principio la emprendedora más activa de los actos de conmemoración en torno al Buen Pastor, la escena ritual visibiliza a Cristina como la persona investida con el poder de hablar “en nombre” del grupo de fugadas y de todos los grupos implicados en el homenaje, así como de coordinar el acto, de establecer temáticas y otorgar la palabra a otras personas. El lugar físico asumido por Cristina, simboliza también su lugar simbólico dentro de la conmemoración. Puesta en el centro de esa escena y de todas las escenas que se sucedieron a lo largo del acto, Cristina condensó todos los demás sentidos de la *representación*: el poder de imponer visiones legítimas sobre las memorias e identidades del grupo, el poder de hablar “en nombre” de todas las

---

<sup>334</sup> Reventós Gil de Biedma (2007) ha señalado que este tipo de construcciones y espacios que remiten a un pasado dramático o vergonzante para la Nación o la ciudad entran en conflicto cuando estas últimas y los proyectos arquitectónicos que subyacen a proyectos políticos “modernizadores” las convierten en un “patrimonio incómodo”. En la mayoría de los casos, se opta por “borrar” aquellos elementos que evocan pasados difíciles de resolver, siendo sólo la memoria resistente de los sobrevivientes, de las víctimas, las que logran frenar y proponer un proyecto alternativo.

<sup>335</sup> Hizo uso de la palabra el grupo Hilando las Sierras, que participó una vez más del acto con la preparación de un producto artístico: una serie de cuadrados tejidos por muchas personas diferentes. En la confección de los cuadrados, las artistas habían ido contando a cada uno de los participantes la historia de la fuga en la cual la confección de tejidos formaba parte de una de las actividades de las presas. El resultado, una manta de diferentes colores y texturas, fue colocando en uno de los extremos de la reja.



memorias individuales, de encuadrarlas y de realizar su síntesis, el poder de regular las intervenciones dando mayor o menor relevancia a ciertas figuras y de establecer jerarquías dentro del grupo abocado a conmemorar. Al menos en esa instancia, Cristina ha monopolizado un cierto capital simbólico<sup>336</sup>, su lugar de *representante* del grupo le otorga la capacidad de redistribuir el mismo en base al ordenamiento de tiempos, espacios y personajes intervinientes en la totalidad de la *representación*.

Posteriormente los participantes de la conmemoración emprendieron una especie de “peregrinación” por las 11 baldosas apostadas en diferentes puntos del edificio. Las frases en las baldosas remiten, en su mayoría, a anécdotas reiteradamente relatadas en los anteriores homenajes, pero si bien cada baldosa está dedicada a una persona particular con la que se liga a esos hechos el nombre de la misma no ha sido inscripto. El vínculo entre el sentido de la frase y la identidad de la persona homenajeada, por lo tanto, sólo es posible de ser realizado por los familiarizados con los personajes evocados, con las historias que, año a año, han sido contadas para recordar a “las 9” y a la fuga.

La marca incorporada tras este último ritual, por lo tanto, tiene un giro hacia una demanda que, en homenajes anteriores, fue expresada por el grupo de fugadas: la representación de los “ideales” de aquella generación. Individualizadas las identidades de “las 9” en otros soportes (como la reja o la señalización de las columnas) estas últimas marcas recrean fragmentos de un mito más general donde el acento no está puesto ya en las identidades individuales sino en ciertos valores comunitarios.

A medida que el ritual avanzaba, cada baldosa era descubierta ante la presencia de todo el grupo. En más, la multitud se desplazaría por 11 “paradas”, en cada una de ellas se daría una secuencia canónica: sería destapada una baldosa; una persona previamente seleccionada -en general base a un vínculo familiar o de militancia con la homenajeada- leería la leyenda inscripta sobre la baldosa; otras personas recordarían episodios compartidos con alguna de “las 9”. Al terminar estas intervenciones el nombre de la homenajeada sería gritado por la persona encargada de conducir el acto en cada parada específicamente, a lo cual la multitud replicaría tres veces “Presente!”, las personas levantarían sus puños o los dedos en V a cada grito, luego se abrazarían.

---

<sup>336</sup> Este capital simbólico diferencial permite actos performativos como el “agradecimiento” o la “invitación” que visibiliza una trama compleja de reciprocidades entre personas morales que intercambian bienes simbólicos generando lazos sociales, jerarquías y reconocimientos.

Cada situación de las planteadas en las “estaciones” del ritual recreará valores y actitudes relativos al *ethos* de la comunidad reafirmando mediante actos y secuencias canónicas una “mitología” centrada, como en la mayoría de los rituales de conmemoración en torno a los “caídos” por una causa<sup>337</sup> (Connerton; 1993), la *lucha*, el *sacrificio* y la *victoria* como temas.

Como trama simbólica la forma y el contenido del ritual, entonces, remitirían a representaciones ancestrales permitiendo tornar inteligible el drama de la muerte violenta de muchos de los miembros de esa comunidad. El conjunto de actos planteados para el ritual, repetidos una y otra vez en cada una de las paradas, los temas evocados, pueden ser asociados tanto con rituales y mitologías del grupo específicamente como más generales que, incorporadas a la memoria colectiva, hacen que el ritual se desarrolle casi automáticamente, sin necesidad de indicar cómo actuar en cada circunstancia. El recordar con una semblanza y vivir al grito de “Presente!”<sup>338</sup> a la persona homenajeada forma parte de los esquemas canónicos de los homenajes realizados por los organismos de Derechos Humanos. El caminar, parando en cada estación por su parte, recuerda al *via crucis* cristiano donde “la pasión”, como sentimiento que otorga intensidad y fuerza a la voluntad y como sufrimiento y sacrificio, son desmembradas en varias escenas donde se plantea la tensión entre ambos términos y su “correcta” resolución. En este sentido, el esquema de 11 paradas, las “parábolas” relatadas, el gritar el nombre del “héroe” o el “mártir”, los tres gritos entonados al finalizar cada vez, se asientan tanto en el esquema canónico de los homenajes a los desaparecidos por la represión política como a mitologías más antiguas ancladas en la tradición judeocristiana, introduciendo además

---

<sup>337</sup> Connerton (1993) analiza un caso que podría ser considerado ideológicamente en las antípodas del que estamos analizando: el de las conmemoraciones nacional socialistas tras 1923. Sin embargo, las mitologías y formas rituales tienen una similitud asombrosa revelando el carácter universal de algunos dramas y de las estrategias para tornarlos inteligibles. El autor señala que: “El mito enseña que la historia no es un juego de fuerzas contingentes. Las constantes fundamentales son la lucha, el sacrificio y la victoria. (...) El destino mortal de aquellos que en ella cayeron debe ser interpretado no como una muerte sin sentido sino como una muerte sacrificial. Debe ser entendido como un acontecimiento sagrado que apunta al futuro” (Connerton; 1993; p.51; la traducción es mía).

<sup>338</sup> Siguiendo el análisis de Connerton (1993) de las conmemoraciones nacional socialistas, vemos que esta práctica es aplicada en casi todos los rituales de conmemoración. El autor señala que la práctica de gritar “Presentes!” seguida de tres tiros de salva o en este caso de tres réplicas (“ahora y siempre!”, “Hasta la victoria siempre!”) constituye una representación pagana de la Pasión, presentada en un vocabulario pedido prestado a la religión.

secuencias que reflejan dilemas dentro del *ethos* y la cosmovisión de las comunidades de ex militantes y de este grupo específicamente.

La mayoría de las “estaciones” de este acto, representan el drama general de la desaparición y la muerte violenta de las homenajeadas. Las mismas constituyen un “culto escenificado” (Connerton; 1993) a los muertos de esa comunidad que permite tornar inteligible el sufrimiento, fomentar la cohesión y trazar guías morales entre la comunidad de vivos. En este sentido, el homenaje se inscribe en la estructura canónica de aquellos celebrados por los Organismos de Derechos Humanos. Sin embargo, algunas secuencias del ritual pueden ser relacionadas directamente con representaciones específicamente militantes y con la importa de género en relación a esto último. Las memorias sobre la condición de género como marca distintiva de estos homenajes, pero ante todo sobre la militancia y sus propios dilemas, se expresan en algunas de las paradas que analizaré a continuación.



### *Helena Harriague viuda de Quiroga La restitución de la "identidad amputada"*

Al lado de una columna ubicada dentro de uno de los patios interiores del Buen Pastor encontramos una baldosa que reza: "En mi pequeño bebé todos los niños. En mi lucha todas las luchas. En mis sueños de cambio una sociedad más justa". Es la segunda baldosa en ser descubierta, en torno a la misma se congregan los participantes del acto, Cristina coordina el homenaje, a su lado hay otra mujer que será la encargada de decir unas palabras. La frase seleccionada alude a la maternidad y a la condición de género que, como he analizado anteriormente, constituye la marca distintiva de estos homenajes; sin embargo, la intervención de la persona encargada de destaparla y hacer la semblanza

de la desaparecida en esta parada se desvía inmediatamente de ese tópico para centrarse en la *lucha*, en la pertenencia de Elena Harriague a una organización político militar.

La persona convocada para “representar” la memoria de esta desaparecida es Soledad Martinez Agüero<sup>339</sup>, una conocida ex militante montonera quien, tras destapar la baldosa, dice:

“Soledad- Yo quisiera que, primero que nada, aplaudamos lo que decía la compañera en esos años (aplausos) en segundo lugar, yo a esta compañera *no sé* si la conocí, pero yo estuve en la misma línea de ella, que fue en la organización *Montoneros* (sube la voz). Las compañeras que se fugaron en el 75 eran todas de las organizaciones revolucionarias: *ERP, Montoneros* (a Cristina) ¿Alguna más?

Cristina- FAR.

Soledad- ... pero FAR ya estaba unida, así que era *Montoneros*, el compañero de ella ya había caído en el 74, ella se fuga y en La Plata desaparece. Yo no puedo dejar de hacer un parangón con aquella fuga donde estuvo mi compañero y padre de mis hijos: Ricardo René Haydar. Porque en la fuga de Trelew, al igual que acá, en la fuga del 75, se fugaron compañeros de distintas organizaciones revolucionarias, pero que (sube la voz) *en la fuga, en la lucha, en el cambio de ideas de esas tan asentadas, conservadoras y reaccionarias, lucharon por una patria más justa, lucharon por un país mejor, con inclusión para todos, que todavía falta mucho para que lo logremos acá!* (aplausos) Por eso les pido, a la compañera *Helena María Arriague viuda de Quiroga: PRESENTE! HASTA LA VICTORIA SIEMPRE! Helena María Arriague viuda de Quiroga: PRESENTE! HASTA LA VICTORIA SIEMPRE! Helena María Arriague viuda de Quiroga: PRESENTE! HASTA LA VICTORIA SIEMPRE!* Gracias.”

A diferencia del resto de las fugadas desaparecidas, Elena Harriague no pertenecía al PRT-ERP sino a Montoneros, teniendo en común con las demás homenajeadas el hecho de estar desaparecida y con algunas de ellas de haber vivido la maternidad dentro de la cárcel, la militancia en Montoneros es su marca de distinción. La intervención de Soledad, junto a la que analizaremos más adelante en relación a la placa colocada en memoria de Ana María Liendo, son las que más explícitamente tratan el tópico de la “lucha revolucionaria”. Aun sin haber conocido a Elena Harriague, aun sin tener una relación directa con la fuga, Soledad puede *representar* al personaje y al hecho en base a su capacidad de *representar* a la organización Montoneros. Dotada de un linaje personal y político dentro de esta organización, Soledad evoca otros hechos presentes en la memoria colectiva y de las organizaciones, en particular la fuga del Penal de Rawson, hecho menos exitoso pero infinitamente más conocido que la fuga del Buen Pastor.

---

<sup>339</sup> Soledad es conocida e identificada con esta organización tanto por una cuestión de “apellido” (es la cuñada de Mario Firmenich y sus hermanos son todos ex militantes montoneros de renombre, al tiempo de haber sido la compañera de Aydar, uno de los sobrevivientes de la masacre de Trelew, posteriormente desaparecido), como por su presencia pública en este sentido, integrando un grupo que, actualmente, se hace llamar Montoneros.

A diferencia de otras intervenciones, donde el tópico es la maternidad y la militancia en organizaciones político militares de los homenajeados o de los participantes del acto es silenciada, puesta en términos generales o expresada de manera indicial, en la intervención de Soledad es remarcada, tanto en el manejo de ciertos hechos históricos (como la fusión de la FAR con Montoneros) como en la acentuación que, mediante el tono de voz le da al nombre de la organización cuando lo pronuncia<sup>340</sup>. Lo mismo se visibiliza en una alteración en el ritual de gritar el nombre de la homenajead, mientras en el esquema canónico (centrado en la condición de víctima) la réplica está dada por un “Presente!”, en este caso se contesta “Hasta la victoria siempre!”, expresión asimilada más que al ritual in memoriam “clásico” a un grito de combate entre los militantes que funciona a modo de “promesa” de continuar la lucha hasta la *victoria*<sup>341</sup>. Al terminar esta parte del ritual Soledad está visiblemente eufórica, dado que es la primera vez que participan ex militantes montoneros de la conmemoración me acerco a hablar con ella y le manifiesto la novedad de que la militancia sea nombrada tan explícitamente. “Ya es hora que dejemos de matarlos dos veces –dice- quitarles el nombre de la organización por la que dieron la vida es como amputarlos”.

### *Zulma Ataydes*

#### *"Dudas y certezas"*

La baldosa dedicada a Zulma Ataydes, ex militante del PRT-ERP desaparecida en Buenos Aires en 1977 dice: “Cuántas veces nos enfrentamos a las dudas, tantas como a las certezas de nuestra lucha”. Alrededor de la baldosa, ubicada en otro de los patios

---

<sup>340</sup> El tono de voz al hablar públicamente es un aspecto muy marcado de la *hexis* militante, si rastreamos este tipo de intervenciones durante los 60 y 70 –pero también es visible en discursos de líderes revolucionarios anteriores- la “arenga” constituye un saber hacer que posiciona al orador en un lugar no sólo de transmitir ciertos contenidos ideológicos, sino de lograr un estado emocional de exaltación entre su “público”, que viva sus intervenciones o replica las fórmulas enunciadas. Se trata de un tono apasionado, donde ciertas expresiones –como las identidades reivindicadas, los hechos denunciados- son marcados subiendo la voz, la exaltación de la voz va acompañada de una postura corporal erguida, con movimientos de brazos que denotan la idea de fuerza. Los finales de las intervenciones, casi siempre cerradas con alguna consigna, fórmulas reconocidas y reconocibles por los que escuchan, son vivadas o replicadas, generando una sensación de comunión emocional entre el líder y aquellos que escuchan.

<sup>341</sup> Mientras el grito de “presente!” opera como un conjuro a la ausencia, al olvido y en términos generales a la condición de “víctima”, “hasta la victoria siempre!” supone la promesa de la lucha en nombre de ese “sacrificio” ofrecido por algunos miembros del grupo, ofreciendo a la causa su propia vida.

interiores del Buen Pastor, está parada Cristina y junto a ella la madre de Zulma, una mujer mayor elegantemente vestida. Cristina dice:

“Esta es la baldosa de Zulma Ataydes, una compañera que está desaparecida. Un día su mamá recibió la noticia de su caída y partió a Buenos Aires a buscarla. Lo único que quiero es decir que la mamá está muy emocionada, no puede hablar, le pedimos que destape la baldosa junto con Viviana y Rodolfo, lee Viviana.

Viviana- “Cuántas veces nos enfrentamos a las dudas, tantas como a las certezas de nuestra lucha”  
Zulma Rosario Ataydes!

Multitud- Presente!

Cristina- Zulma es una compañera que... por qué está Viviana García aquí... nosotros militábamos en grupos, el grupo de Zulma Ataydes era el compañero Santiago Ferreyra y el compañero Gustavo García. El compañero Gustavo García es el papá de Viviana que está desaparecido también, y por eso viene a acompañar a la mamá de Zulma a destapar la placa. Pero la vida de Zulma y Gustavo estuvo muy atravesada (...) empiezan a militar juntos, hacen toda una militancia y un recorrido juntos, luego se amplía esta pequeña familia y luego los dos caen en el aniversario del golpe, o sea que hay puntos que se van uniendo y nos pareció que era el momento de acompañarla a ella, a nuestra querida viejita Casas (aplausos).”

En esta parada es recreado algo que hemos analizado en el capítulo II y que venimos viendo a lo largo de todo el homenaje: la superposición de la familia biológica con la familia de “la militancia”. El homenaje a Zulma Aitaydes, que bien podría haber sido protagonizado por su madre, es compartido por Cristina y su hija Viviana, quienes se consideran parte de la misma familia de Zulma y por ende de su madre, quien permanece en silencio durante el homenaje.

Si bien nada se menciona al respecto de la frase elegida para la baldosa, la misma evoca valores relativos al *ethos* militante más que ninguna otra. Hace alusión a una anécdota protagonizada por Zulma y relatada durante los homenajes anteriores una infinidad de veces: aquella en la que “confiesa” ante las compañeras no sentirse digna de participar en la fuga por haber “cantado” durante la tortura, y la actitud indulgente de las compañeras cuando recalcan su valor al enfrentarse a la torturadora Argentina Mercado de Pereyra. Si bien es una de las escenas que más desapercibidas pasa, en las cual menos intervienen los participantes, la historia que representa lo escrito en la baldosa expresa, casi como ninguna otra, valores y dilemas morales inherentes a la militancia específicamente, como la heroicidad y la traición, que se apoyan en mitologías mucho más universales<sup>342</sup>. La resolución de la tensión entre fortaleza y debilidad ante una

---

<sup>342</sup> La secuencia, más que ninguna otra, se asemeja a las secuencias del Vía Crucis cristiano. Varias de las paradas del Vía Crucis, que en si mismo trata la *pasión*, Cristo es salvajemente torturado, dudando de su

situación límite, el valor de la “confesión” y el “mea culpa”, el don de “perdonar” por parte de la conducción no hace sino reeditar situaciones con una alta pregnancia moral, como mitologías orientadoras de prácticas que hacen posible, al día de hoy la evaluación de las conductas “coherentes” con un *ethos* militante.

### *Ana María Liendo*

#### *La combatiente*

Cuando llegamos a la baldosa en memoria de Ana María Liendo son casi las 7 de la tarde, la concurrencia ha disminuido sustancialmente, sólo quedan dos baldosas por destapar. Nos dirigimos al patio que está detrás de las columnas señalizadas con las fotos de “las 9”. Cristina se acerca a dos personas, una mujer y un hombre, el hombre es mayor y viste un sobretodo y un bastón, la mujer está de su brazo, los dos lloran. El hombre aferra un papelito entre las manos que despliega cuidadosamente, no levanta los ojos del papel. Son el hermano de Ana María Liendo y su esposa. La frase de baldosa es leída por Cristina y dice “una palabra, una mano extendida, un consejo, siempre había alguien con quien luchar. Ana María Liendo, detenida desaparecida en diciembre del 75”.

El hombre, temblando, comienza a leer el papel, la mujer a su lado no deja de aferrarse a su brazo.

“Querida Ana: tu recuerdo es permanente, han pasado ya tantos años pero siempre estas presente. El tiempo puso distancia entre el ayer y el hoy. Ayer dejaste tu vida terrenal, hoy tomas por siempre tu vida espiritual, para vivir, para ser, para estar, con alegría y con libertad, con esa libertad por la que tanto luchaste, por esos ideales que defendiste hasta la muerte. Se puede decir que no has muerto, porque estás aquí, se muere cuando los recuerdos dejan de existir, y vos supiste dejar mil cosas en que pensar y tus vivencias para contar. Hace 36 años te espero al volver a casa, todavía tengo que esperar que tus restos me sean entregados y así poderte llorar en paz. Te quiero hermana, y siempre vas a estar en mi memoria y en la de mi familia.”

La “carta” leída por el hermano de Ana María deja tras de sí un silencio. El modo íntimo, la alusión a una espera cotidiana y siempre inconclusa, el diálogo con la desaparecida en cierto modo la instala entre los presentes, generando un clima de gran emotividad. Pasan unos segundos hasta que alguien, desde atrás, grita:

- *Ana María Liendo!*

---

fortaleza y reafirmandola a continuación por medio de la fe. Estas secuencias no hacen sino resolver las situaciones dilemáticas que plantea el *sacrificio* y el dolor implícito en el mismo.



- *Presente!*
- *Ana María Liendo!*
- *Presente!*
- *Ana María Liendo!*
- *Presente!*
- *Ahora!*
- *Y siempre!*

Los familiares de Ana María se abrazan y lloran, luego se dan vuelta y se colocan al margen. Cristina vuelve a tomar la palabra:

“Han venido de Buenos Aires, de La Rioja y de Catamarca, los compañeros que estuvieron hasta último momento en Buenos Aires con Ana María Liendo. Y si alguno de ellos quiere decir unas palabras no sé, pero lo que quiero es que la familia sepa es que vinieron a acompañarlos a ustedes y a destapar esta baldosa”

Los familiares miran a lo lejos a los concurrentes que han venido desde otras provincias, es evidente que no los han conocido antes. Una mujer de unos 60 años se adelanta y dice entre sollozos:

“En nombre de los compañeros que estuvieron con Ana María y que tan generosamente dieron su vida por la libertad, por la igualdad, por los pueblos, hoy y siempre, Ana María y los compañeros, presentes!”

Luego se acerca un hombre de unos 55 años, su modo de vestir y de hablar llama la atención. Su aspecto es el de un “combatiente”<sup>343</sup>: viste una chaqueta verde oliva, vaqueros y un morral artesanal y con una entonación marcada, casi marcial, alza la voz y dice:

“*Simplemente* como integrante de la comisión de familiares de los *caídos* en el intento al *copamiento* del Batallón Viejobueno en Monte Chingolo, hemos querido venir y acompañar aquí a la familia de nuestra querida compañera Ana María Liendo, quien diera su vida en aquel lugar de una manera tan *decisiva*, tan *desiteresada*, y solamente pensando en los *oprimidos*, en los *pobres*, en *aquellos que nada tienen* y dando hasta su vida, que hoy deberemos tomar como ejemplo para de una vez por todas *terminar con la explotación del hombre por el hombre en nuestro país*. Ana María Liendo!  
Multitud- *Presente!*”

---

<sup>343</sup> El aspecto del hombre me recordó al que exhiben los ex combatientes de la guerra de Malvinas. Se trata de un tipo de *hexis* corporal que combina elementos marciales (casi siempre la chaqueta) con algunos signos que permiten, en el caso de los ex combatientes, percibir el carácter “ilegítimo” del uso del uniforme: su desgaste, o la poca atención a los detalles propios de la *hexis* castrense, como el cuidado del pelo y la barba, la pulcritud. En este caso el aspecto de esta persona no era simplemente el de un “setentista”, sino que parecía, por la combinación de símbolos corporales, un “ex cobatiente” revolucionario.

El tono marcial, el aspecto de esta persona, la alusión a la “explotación del hombre por el hombre” y el recalcar ciertas cualidades como el “desinterés” y sobre todo la “decisión” subiendo el tono de la voz, colocan a esta semblanza, casi como ninguna otra en el orden de representaciones sobre el “combate”. Como hemos señalado anteriormente, las acciones netamente militares, como los copamientos a cuarteles y en particular al batallón de Monte Chingolo<sup>344</sup> donde murió Ana María Liendo constituyen, hasta el día de hoy, un silencio.

Este hecho constituye un silencio al interior de las comunidades de ex militantes, y en particular los ligados al PRT-ERP, siendo enunciado o conmemorado sólo muy recientemente. “Monte Chingolo”, como coloquialmente se llama a este episodio, raramente es mencionado en las memorias militantes por haber constituido un “fracaso militar” que valdría la mayoría de las críticas y autocríticas dentro del PRT-ERP y que condensa todo tipo de situaciones que, miradas desde el presente, resultan dilemáticas: a la muerte de muchos “combatientes” en el marco de una acción considerada excesivamente “militarista”, se suman otras situaciones difíciles de resolver al día de hoy, como la “traición” y el ajusticiamiento interno de un “infiltrado”.

Desde el punto de vista jurídico, además, las muertes ocurridas durante copamientos a cuarteles han sido desestimados como crímenes de lesa humanidad, salvo por el intersticio que plantea la ejecución ilegal de prisioneros que ya se habían rendido, los ataques a cuarteles constituyen hechos que las Fuerzas Armadas tienen obligación constitucional de repeler, y por lo mismo los militares que allí participaron no han sido juzgados ni los militantes que allí murieron son considerados “víctimas” en el plano legal. En términos generales, lo que primaría en esta caracterización sería el enfrentamiento entre dos ejércitos, en un territorio militar –y en términos más generales

---

<sup>344</sup> El intento de copamiento al batallón 601 “Domingo Viejobueno” en Monte Chingolo, provincia de Buenos Aires, fue la última acción militar de envergadura llevada adelante por el ERP. La acción fue emprendida el 23 de diciembre de 1975, teniendo como objetivo la “recuperación” de una importante cantidad de armamento y evitar que se efectuase un golpe de Estado sin embargo, al llegar los militantes (con Mario Santucho a la cabeza) encontraron que el Ejército estaba preparado para el ataque y fracasó estrepitosamente. En el copamiento participaron unos 70 militantes, de los cuales 62 resultaron muertos, siendo algunos ejecutados ilegalmente después de rendirse, entre los cuales se encontraba Ana María Liendo, quien ocho meses antes se había fugado del Buen Pastor. Del lado de las Fuerzas Armadas hubieron 6 muertos, entre oficiales, suboficiales y conscriptos. El fracaso del operativo fue atribuido a haber sido “entregado” por un “infiltrado” en el ERP apodado “el Oso” (de apellido Rainier) quien fue posteriormente ajusticiado internamente por cometer traición. Para una mayor profundización sobre este hecho ver Plis Sterenberg (2006); Robles (2010).

de una “guerra”- en base a lo cual los asesinados por el Ejército encajan más en la representación de un “combatiente”, en todo caso de un “héroe de guerra” que en la de una “víctima”<sup>345</sup>, dificultando su enunciación en las lógicas de conmemoración hegemónicas centradas en las experiencias represivas en Centros Clandestinos de Detención o Cárceles.

Las retóricas de la familia de Ana María Liendo y de los compañeros que estuvieron con ella “en sus últimos momentos” durante el copamiento al batallón representan en cierta forma estos dos polos de enunciación en torno a los “caídos”, revelando las tensiones entre lo decible y lo indecible, entre la condición de “combatientes” y “víctimas”, entre las valoraciones que, desde el presente, sirven para caracterizar ciertos acontecimientos al interior de las comunidades de ex militantes y sus dificultades de “traducción” a instancias públicas, donde aquello que es recordado busca ser transmitido y consagrado de cara a la sociedad en general<sup>346</sup>.

En términos generales, esta última “parada” revela una ampliación con respecto a las anteriores conmemoraciones respecto de la enunciación de temas, episodios y personajes asociados a la memoria de la “lucha armada”. Desde su inscripción en espacios simbólicos más amplios, esquemas y formas canónicas de representación acerca de los dramas que emanan de la situación represiva, es posible observar como estas formas han evolucionado de lo personal a lo subterráneo, llegando a ser inscriptas en lo oficial y, en términos más generales, en lo público como campo de batalla donde se

---

<sup>345</sup> El hecho de haber atacado un cuartel, sin embargo, no exime a los militares del delito de haber desaparecido los cuerpos, presentando un serio dilema en la representación hegemónica sobre el “desaparecido” que, en la mayoría de los casos, asimila la ilegalidad del asesinato a la desaparición.

<sup>346</sup> Esta tensión es analizada por Guglielmucci en torno a la elaboración del memorial en homenaje a las víctimas del terrorismo de Estado en la Costanera del Río de la Plata. La autora señala que “Para algunos de los representantes de la CPM (Comisión pro Monumento), especialmente para el CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales), los muertos en enfrentamiento con las FF.AA. y de Seguridad (especialmente en el caso del “copamiento de cuarteles militares” o “secuestros extorsivos” por parte de la guerrilla) difícilmente podía ser catalogados jurídicamente como “víctimas del terrorismo de Estado”, por lo cual no debían ser incorporados en la nómina del Monumento. Para otros, en cambio, la no-clasificación de este tipo de casos en la categoría de “víctima” requería la incorporación de otra figura: la de “combatiente”, que permitía reivindicar la “lucha” pasada por alcanzar ciertos ideales políticos de transformación social; posición que fue impulsada con fuerza por Familiares.” (Guglielmucci, Ana; “El proceso social de consagración de la “memoria sobre el terrorismo de Estado” como política pública estatal de derechos humanos en Argentina”; Tesis Doctoral en Antropología; Facultad de Filosofía y Letras; Universidad de Buenos Aires; defensa 22 marzo 2011, Buenos Aires; p. 154). Según lo señalado por la autora, hasta 2009 los muertos en estos hechos no han sido incorporados a la nómina del memorial.

disputa aquello que debe ser incorporado a las memorias de la Nación, cómo y para qué, no sin tensiones.

## Una reja, una ventana, un umbral

Umbral: - Parte inferior, contrapuesta al dintel, del vano de una puerta.

-Entrada, principio de cualquier cosa.

- Valor a partir del cual empiezan a ser perceptibles los efectos de un agente físico. (Definición de la Real Academia Española.)

Actualmente, si recorremos el espacio de lo que fue la Cárcel del Buen Pastor el pasado del edificio, o más bien los pasados, son reconocibles a partir de ciertas marcas. Por más que el mismo ha sido transformado en un Paseo cuya propuesta arquitectónica pretende reflejar un proyecto modernizador, diferentes “capas” de memoria emergen tanto desde la permanencia del aspecto original de la construcción en algunos sectores, como por las señalizaciones que hemos analizado a lo largo de este capítulo.

La forma arquitectónica original persiste en toda una cara del edificio, quizás la más visible, ya que se encuentra sobre la calle más transitada de las que integran la manzana donde originalmente se ubicó la cárcel: en la puerta principal de esta parte, que da a lo que fue la capilla del antiguo asilo se lee “Paseo del Buen Pastor”, la función implícita en el nombre ha cambiado, pero la toponimia no refleja un cambio identitario “total” del edificio que continúa siendo, para los cordobeses, el “Buen Pastor”. Por otra parte, en una de sus galerías encontramos las placas colocadas durante la inauguración del Paseo; en los patios reformados y sobre las aguas danzantes 11 baldosas que, decoradas con un diseño de cadenas reflejan escenas y pensamientos; sobre la plaza donde pasean turistas y toman mate jóvenes 9 columnas exhiben las fotos de las “9 desaparecidas” y las palabras “memoria, verdad, justicia”; sobre una explanada ubicada en la vereda que da a la calle Obispo Oro y pudiendo ser divisada a varios metros, se encuentra una reja erigida como memorial.

Al día de hoy, pese a su aspecto “moderno” y pese a las retóricas fundacionales que, como hemos visto, resaltaban al “futuro” como valor, el Paseo del Buen Pastor es un espacio densamente marcado por el pasado. Desde la toponimia, pasando por las menciones oficiales a un pasado dramático, hasta las iniciativas de los grupos e

instituciones directamente comprometidos con “la memoria y los DDHH”, el Buen Pastor conserva su calidad de símbolo de una institución carcelaria y su carácter de cuadro social de las memorias sobre la represión.

Quisiera terminar el análisis sobre las conmemoraciones y marcas que este grupo de ex militantes lograron inscribir en lo público con el análisis de la reja como memorial, de la “ventana de la fuga” como objeto y como símbolo “restituido” al paisaje del centro de la ciudad. Desde el principio, “devolver” la reja a su lugar, situarla como mojón de un espacio físico desaparecido, constituyó una de las principales demandas del “grupo de las fugadas del Buen Pastor”. Al día de hoy se ha conseguido reificar esa memoria a través de un potente símbolo que irrumpe en el paisaje urbano, evocando múltiples sentidos.



Lo primero que llama la atención es el objeto-reja y su potencial como monumento. Haciendo una comparación respecto de otros memoriales y monumentos podemos ver que los “umbrales”, las ventanas y más centralmente las puertas resultan elementos recurrentes a la hora de plasmar espacialmente, de reificar la memoria sobre ciertos hechos y personajes relacionados con el ejercicio o el padecimiento de la violencia. En la antigua Roma –pero también en épocas más recientes<sup>347</sup>– la construcción de “arcos de triunfo”, inmensas puertas que conmemoraban un éxito militar y el honor de sus gobernantes, fue una práctica recurrente. Mandando a construir el arco, el jefe militar consagraba su victoria y la de su “imperio”, estableciendo al mismo tiempo un umbral, un espacio de paso que marca el linde, la frontera física y simbólica de la comunidad y el territorio conquistado. En este sentido, los arcos constituyen una reificación de un relato épico, al atravesarla, los habitantes de las ciudades reescenificarían aquel episodio con gestos cotidianos.

Tras las guerras y genocidios del siglo XX, las puertas adquieren aún más relevancia dentro de estas simbologías. La puerta de Auschwitz-Birkenaw<sup>348</sup>, la puerta de Brandeburgo<sup>349</sup> se vuelven objetos de disputa y conmemoración. Ante un pasado dramático, calificado de “irrepresentable” las puertas se vuelven foco de la acción que debatiría en torno a lo monumental y anti-monumental como formas de representar crisis sociales, un pasado dramático, la división de un país. Las puertas serían intervenidas, disputadas, recolocadas, intentando dar sentido al “sinsentido” simbolizado por el derrumbe de los contratos civilizatorios de la modernidad. En el cono sur, el caso incesantemente relatado por Eduardo Galeano con respecto a un ex preso político en el penal de Punta Carretas (Uruguay), quien ante la demolición de la cárcel “compró” la

---

<sup>347</sup> Cabe hacer mención al monumento erigido por Francisco Franco en Madrid en honor a su victoria militar al lograr “tomar” la ciudad en 1939. El “arco de la victoria”, fue construido en la Moncloa en honor a los “caídos por Dios y por España”, pensado para ser precedido por una estatua ecuestre en honor a Franco. El arco terminó por construirse sin este último elemento, siendo inaugurado a mediados de los años ’50 y permaneciendo al día de hoy como parte del paisaje urbano de Madrid a pesar que la ley de memoria histórica promulgada en 2007 obliga a retirar todos los símbolos franquistas del espacio público.

<sup>348</sup> Para la profundización del significado de la puerta por donde entraban los convoyes al campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau durante el nazismo y de las posteriores intervenciones anti-monumentalistas ver Schlögel (2007)

<sup>349</sup> La puerta de Brandeburgo constituye el símbolo de la separación y posterior unificación de las dos Alemanias. Cabe mencionar para el análisis la crítica y los proyectos de Horz Horstein.

puerta de la celda donde permaneció detenido nos lleva, una vez más, a pensar en esta recurrencia casi obsesiva con respecto a las puertas como objetos capaces de simbolizar experiencias “críticas”, ya sea en un sentido épico o dramático.

Una puerta, una ventana, es sólo una parte de un referente espacial más amplio, sin embargo genera una sensación de interioridad y exterioridad que permite pensar en las transiciones. Ante la demolición de ciertos objetos arquitectónicos referenciados como símbolos, las puertas y ventanas se vuelven “restos”, metonimias de una configuración espacial más amplia. Los espacios han sido destruidos, sin embargo, puertas y ventanas constituyen fragmentos portátiles susceptibles de ser modificados, trasladados, deslocalizados<sup>350</sup>, ofreciendo una alta potencialidad a la hora de ser transformados en memoriales o monumentos en torno a algo “desaparecido”. Se puede decir, en palabras de Achugar (2003), que realizan una buena síntesis entre el objeto y el objetivo de la conmemoración; siendo “relocalizados” generan una ilusión de permanencia, un conjuro ante el recuerdo amenazado por la destrucción de sus referentes espaciales (Halbawchs; 2011).

En este caso no se trata de una puerta sino de una ventana. La ventana, al igual que la puerta, configura un espacio limítrofe que une y separa espacios físicos y de representación dentro de un universo específico. Tratándose de una cárcel, donde las ventanas son necesariamente enrejadas, la función de la reja es impedir la salida por canales no establecidos, la “fuga”. Si en condiciones normales, a diferencia de entrar o salir “por la puerta”, salir “por la ventana” está simbólicamente asociado a la “ilegalidad”, a las formas no convencionales de circulación entre espacios físicos y simbólicos diferenciados en este caso se acentúa más la transgresión, adquiriendo en este caso un valor épico.

En apartados anteriores hemos analizado el valor simbólico que adquirió la ventana al interior del grupo de “fugadas”, la misma es el símbolo de ese acto de fuga, constituyendo una marca, el linde entre la cárcel y la calle, entre las experiencias de represión y militancia, entre la legalidad y la clandestinidad, entre un antes y un después.

---

<sup>350</sup> Recordemos por ejemplo los fragmentos del Muro de Berlín que eran recogidos e incluso comercializados como “souvenirs”. A diferencia de estos fragmentos de muro, donde no necesariamente se percibe la apariencia integral de lo que representan, las ventanas y puertas son objetos que no han perdido del todo la totalidad de lo que eran.

La ventana como cuadro social de la memoria, ofrece un puente entre esos mundos, permitiendo el relato de memorias relacionadas con categorías contrapuestas o complementarias en las memorias sobre “los ‘70”.

La síntesis realizada por el memorial, permite, a modo de “bisagra” unir (y transmitir) universos de representaciones antes escindidos, silenciados u olvidados. Una bisagra entre la violencia política padecida y ejercida por el mismo grupo, entre la represión en democracia y dictadura, entre la legalidad y la clandestinidad, teniendo como hilo conductor la militancia. A diferencia del resto de las intervenciones espaciales sobre el Buen Pastor, la ventana adquiere su potencial simbólico en base a hechos y personajes anclados en la representación de la militancia y no ya de la represión; como símbolo de la fuga, la ventana condensa sentidos que permiten evocar un periodo de crisis y una forma alternativa de concebir la libertad; una libertad “arrebataada” al poder.

Sin embargo, lo que ha sido restituido no ha sido la ventana, sino una reja. No la reja original por donde saltaron en aquel momento, la cual exhibía los barrotes retorcidos y fue descartada tapiando la ventana, sino una reja intacta.

La elección de la reja “intacta”, con aspecto exactamente igual al que tenía cuando el edificio era cárcel, nos enfrenta a la tensión que puede establecerse entre el recuerdo y su “reivindicación” en universos sociales más amplios. Si bien como objeto la misma remite a un universo de representaciones, hechos y personajes relacionados con lo político militar, esos simbolismos sólo pueden ser leídos parcialmente en las leyendas inscriptas que complementan a ese objeto. De cara a la sociedad en general, marca centralmente que aquello transformado en Paseo fue (y siempre será) una cárcel para aquellos que convivieron con esa institución. Desde allí es posible adentrarse en significaciones que, desde el hoy, resultan más opacas y complejas en torno a un episodio a la vez épico y dramático. Irrumpiendo en el paisaje urbano la reja enmarca una realidad dual, el transeúnte que mira el moderno edificio devenido en Paseo desde el ángulo de esa calle, necesariamente lo verá a través de los barrotes. En el espacio leerá las huellas de un tiempo pasado.

### **El homenaje a Graciela Doldán y Rosa Kreiker en “La Perla”**



Lo que fue el Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio (CCDTyE) “La Perla”<sup>351</sup>, se encuentra a unos 12 km de la ciudad de Córdoba, en el margen derecho de la ruta que va hacia Carlos Paz<sup>352</sup>. “La Perla” funcionó como Campo de exterminio entre 1976 y fines de 1978, bajo la responsabilidad del III Cuerpo de Ejército comandado por el entonces General Luciano Benjamín Menéndez. En ese lapso de tiempo, entre 2200 y 2500 personas estuvieron secuestradas allí, de las cuales sólo sobrevivieron unas 200, el resto fueron “trasladadas”, eufemismo que en la jerga del Campo aludía a su asesinato y su inhumación clandestina en el territorio circundante. Entre fines de 1978 y principios de 1979 el predio de “La Perla” fue refuncionalizado como guarnición militar, alojando en más a conscriptos.

A partir de la reapertura democrática diferentes iniciativas de los Organismos de Derechos Humanos hicieron que “La Perla” deviniera en un símbolo de la represión en Córdoba. Aunque inaccesible y casi invisible<sup>353</sup>, los sobrevivientes del Campo y los Organismos de DDHH implementaron diferentes estrategias teniendo primero a denunciar su existencia y localización, luego a marcarlo y finalmente a institucionalizarlo como Espacio de Memorias<sup>354</sup>. El 24 de marzo de 2007 en un acto multitudinario el

---

<sup>351</sup> El espacio debe su nombre a una delimitación territorial anterior, la estancia “La Perla”, expropiada por el gobierno para formar parte de los territorios del III Cuerpo de ejército durante los años '50.

<sup>352</sup> La Villa Carlos Paz, situada en las Sierras de Córdoba, es célebre por ser uno de los destinos turísticos más concurridos del país. La Ruta Nacional Número 20, que conduce a dicha localidad, es una de las más transitadas de la provincia.

<sup>353</sup> “La Perla” fue un espacio cerrado y en cierta forma “ocultado” no sólo en el momento en que fue utilizado como CCDTyE, sino durante los 25 años posteriores al final de la dictadura. Esto se debe, por un lado, a su emplazamiento geográfico. Los edificios que conforman La Perla están ubicados a 12km de la Capital cordobesa, a unos 600 metros de la ruta nacional hacia Carlos Paz, sobre una loma ubicada dentro de un territorio militar que abarca unas 12.000 hectáreas. El pueblo de Malagueño, situado a tres kilómetros y del otro lado de la ruta, es el referente urbano más cercano. A este emplazamiento, alejado geográficamente de los centros urbanos, se le debe sumar que lógicamente, al funcionar como destacamento militar, el acceso de la población civil era prácticamente nulo. Entonces, salvo por el inmenso torreón o las torres de paracaidistas que se divisan al pasar por la autopista, las particularidades de La Perla fueron, durante décadas, prácticamente invisibles.

<sup>354</sup> Durante los '80 muchos sobrevivientes declararon ante CoNaDeP y publicaron informes y testimonios acerca del funcionamiento de este Campo. En los '90 se realizaron varias marchas organizadas por los Organismos de Derechos Humanos que, caminando, llegaban hasta los umbrales del edificio, en ese entonces inaccesible por ser un destacamento militar. En ese momento es colocada una placa sobre uno de los puentes de la autopista señalizando la cercanía del Campo, sin embargo la misma es rápidamente retirada. Finalmente en 2008 se lleva adelante el primer juicio por las violaciones a los Derechos Humanos cometidas en La Perla, juzgado el asesinato de tres militantes del PRT-ERP que, tras ser vistos en el

entonces presidente de la Nación, Néstor Kirchner, destina las tres hectáreas del predio donde funcionó el Campo a ser un Espacio de Memorias, sacándolas de la órbita del Ministerio de Defensa y “entregándosela” a los Organismos de Derechos Humanos<sup>355</sup>. En ese momento, el ejecutivo nacional emplaza en la entrada del predio un enorme monumento de cemento con tres pilares en cada uno de los cuales se lee: memoria, verdad y justicia, y más abajo una leyenda “Aquí funcionó el Centro Clandestino de Detención conocido como ‘La Perla’ durante la dictadura militar que asaltó los poderes del Estado desde el 24 de marzo de 1976 hasta el 10 de diciembre de 1983”.

---

Campo, fueron asesinados en un enfrentamiento fraguado. En este proceso se condenó a los principales responsables de la represión en este centro, entre ellos a Luciano Benjamín Menéndez.

<sup>355</sup> La entrega del predio se hace “a los Organismos”, representados en la Comisión Provincial de la Memoria. Dicha Comisión, creada junto con el Archivo Provincial de la Memoria por la Ley 9286, es la institución encargada de llevar delinear las políticas públicas respecto de los tres “Sitios” existentes en Córdoba. La misma es integrada por los Organismos de Derechos Humanos (en el caso de Córdoba Abuelas de Plaza de Mayo, Familiares de Detenidos y Desaparecidos de la Provincia de Córdoba, H.I.J.O.S. y el Servicio Paz y Justicia-SERPAJ), por representantes de los tres poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) del Estado Provincial y por la Universidad Nacional de Córdoba.



Desde el 24 de marzo de 2009, momento en que es “abierto” al público, el Espacio de Memorias funciona como un centro educativo que combina dispositivos museográficos, visitas guiadas y otro tipo de actividades con la finalidad de difundir y problematizar la memoria ligada al Terrorismo de Estado en Córdoba y promover el respeto a los Derechos Humanos. Sin embargo, como he señalado antes, “La Perla” se ha ido constituyendo en un símbolo de la represión en Córdoba por ser un espacio densamente cargado por historias de muerte y sufrimiento. Que haya sido un lugar de exterminio lo transformó, durante todos los años posteriores a su funcionamiento como Campo, además, en un lugar de duelo<sup>356</sup>. Por lo mismo desde su “conquista”, en 2007, el

<sup>356</sup> Ante la ausencia de cuerpos y de tumbas, familiares y compañeros identifican el lugar como el “último lugar” donde estuvieron sus seres queridos, pese a no encontrarse las fosas comunes donde éstos estarían. Por lo mismo, tal como sucede con el Río de la Plata en Buenos Aires, el territorio funciona, de manera

espacio ha sido recurrentemente marcado; en “La Cuadra”<sup>357</sup>, lugar donde se encontraban confinados los secuestrados, familiares y compañeros dejaron en aquel momento diferentes inscripciones. A falta de tumba como locus espacial de la muerte<sup>358</sup>, “La Cuadra” se transforma en un lugar que suple las funciones de un cementerio donde los deudos realizan rituales e inscriben marcas referidas a los desaparecidos. Improvisadas, hechas precariamente con tizas o lápices en aquel momento de “conquista”, las inscripciones dejadas por familiares y compañeros se observan aun hoy en las paredes de “La Cuadra”; las mismas ligán las identidades de los detenidos desaparecidos al lugar donde se los vio con vida por última vez. Todas estas inscripciones presentan ciertos elementos canónicos a las inscripciones relacionadas con los desaparecidos<sup>359</sup>, como los nombres y fechas de desaparición, algunas acompañadas de fotos o flores que familiares y compañeros renuevan periódicamente, un número minoritario pero significativo, alude a las identidades políticas de las personas.

A la hora de inaugurar el espacio como “Espacio de Memorias” el equipo de trabajo elaboró un memorial ya fuera de “La Cuadra”. El mismo, sin embargo, tomó la necesidad de dejar marcas que revelaban las intervenciones anteriores, dando un nuevo lugar a las

---

general e imprecisa como locus de la muerte. Al comenzar a trabajar en este espacio encontramos, por ejemplo, en las inmediaciones del predio, una especie de lápida apostada por una de las familias de los desaparecidos.

<sup>357</sup> “Cuadra” es el nombre que se le da en la jerga castrense al lugar donde duerme la tropa. Dentro de la estructura del edificio, “La Cuadra” constituye un espacio de unos 10 metros por 7, en cuyos extremos encontramos oficinas y duchas comunes. Durante el funcionamiento de “La Perla” como campo, los secuestrados permanecían allí tirados sobre colchonetas de paja que conformaban varias hileras, vendados y maniatados.

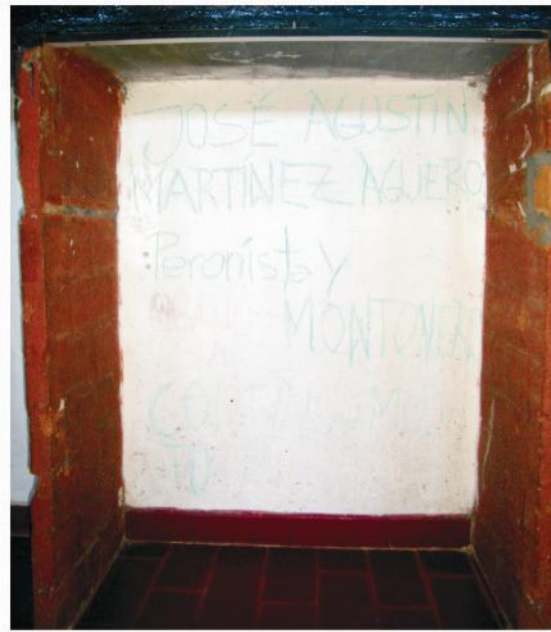
<sup>358</sup> La desaparición, obliga a una minuciosa reconstrucción y a una formulación de formas alternativas de duelo que en base a marcas y rituales, conjuran el drama de una muerte sin cuerpo. Tal como señala Da Silva Catela (2001) “en los procesos “normales” de muerte, donde existe un cuerpo para dar sepultura el cementerio es el espacio que divide el mundo de los vivos del mundo de los muertos, es un espacio fundado en lógicas propias donde las marcas del parentesco, de filiación, de clase social, de pertenencia a grupos aparecen por todos lados como señales de quién es la persona que está allí sepultada” (¿??ppp). La ausencia de cuerpos implica, siguiendo el razonamiento, la ausencia de marcas que, tal como señala la autora, se recrearán de diversas maneras que buscan restituir la identidad sustraída por una muerte anónima.

<sup>359</sup> Estos elementos se repiten en todas las inscripciones destinadas a simbolizar la desaparición: en los pañuelos de las Madres de Plaza de Mayo, el nombre, apellido y la fecha de secuestro se encuentran bordadas sobre el paño blanco que cubre sus cabezas. En las pancartas esos elementos son complementados con una foto, en general carnet y en blanco y negro. Otras veces esos elementos son llevados sobre el cuerpo de las personas, estampados en camisetas o en prendedores.

mismas. En una de las habitaciones del “Sitio histórico”<sup>360</sup>, se ubicó la sala “Presentes” donde fueron colocados 300 cuadros con los nombres y fotos de las personas que se sabe con certeza pasaron por La Perla y se encuentran desaparecidas. Al lado de las fotos un espacio en blanco y fibrones colgados que permiten realizar inscripciones en un espacio en blanco dejado al lado de las fotos. La mayoría de las marcas dejadas en el memorial remiten a aquellas que, como inscripciones *in memoriam*, se dejan sobre las lápidas, señalando un vínculo entre el desaparecido y quien escribe: “querido hermano...”, “tus hijos te recordamos”, “en la memoria de tus compañeros”, “nunca te olvidaré”, entre otros. Muchas de esas señas identitarias hacen referencia a la militancia, algunas de modo general como las que señalan “te recuerdo en la lucha”, otras de manera más explícita: “tus compañeros de la JUP” o “tu compañera del PRT”. Estas marcas, aunque en la mayoría de los casos anónimas, señalan un vínculo a partir de la militancia como experiencia compartida, ligando a la comunidad de ex militantes con “sus” muertos y desaparecidos. En ocasiones las marcas son acompañadas de frases, dentro de las cuales las más numerosas reflejan la imposibilidad de olvidar y el pedido de justicia otras, también muy numerosas, evocan consignas o símbolos que, de modo indicial, pueden ser relacionados con la militancia, como “hasta la victoria siempre!” o el dibujo de estrellas de cinco y ocho puntas, símbolos del PRT-ERP y de Montoneros, respectivamente.

---

<sup>360</sup> A tales fines se ocupó lo que antiguamente fue la “cantina” de los gendarmes, quienes realizaban la custodia del predio. La decisión de no intervenir sobre aquellos espacios más densamente cargados de testimonios nos llevó a ubicar las muestras y el memorial en un ala del edificio que, pese a existir en ese momento, no había sido “habitada” por los detenidos-desaparecidos.



**Inscripciones en La Cuadra. Izquierda: “Mercedes Santucho. PRT-ERP y una estrella roja. Presente. AVOMPLA (A vencer o morir por la Argentina). Derecha: “Agustín Martínez Agüero. Peronista y Montonero”**

Trabajo en esta institución desde los meses previos a su inauguración como Espacio de Memorias el 24 de marzo de 2009, ocupándome centralmente de la investigación y el acompañamiento de los sobrevivientes del Campo, en su mayoría ex militantes. Desde esa función, he presenciado y organizado homenajes y he acompañado también a muchos ex militantes que concurren al lugar a recordar a sus compañeros desaparecidos. En este marco, en 2009, me tocó acompañar la visita del entonces gobernador Juan Schiaretti y su

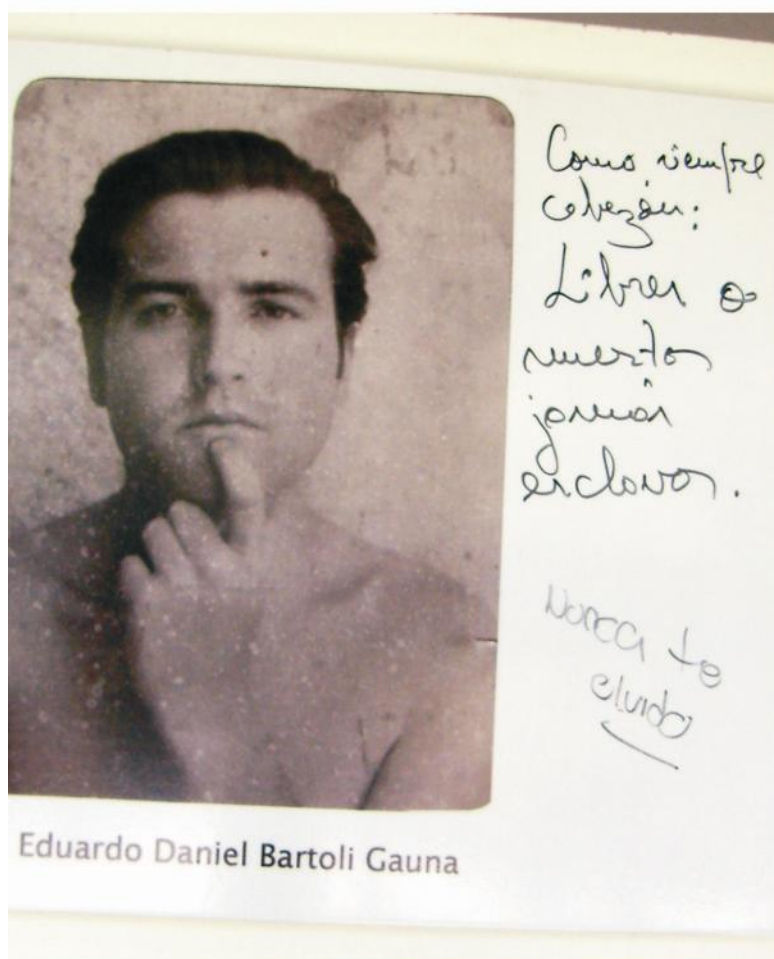


comitiva. El gobernador realizaba una visita “de rutina” al centro, sin embargo, sabiendo que en su juventud había pertenecido a la “Columna Sabino Navarro”, realicé el recorrido con él y otros ex militantes pertenecientes a su gabinete. El gobernador recorrió las instalaciones, conversó con las autoridades de la institución y dio notas de prensa. Durante la mayor parte del tiempo su presencia estuvo marcada por las normas “protocolares”; las conversaciones, dirigidas principalmente al director del Espacio, giraron en torno al avance de las “obras” y a otros tópicos propios de su función pública.

Al llegar a la sala “Presentes”, donde se encuentra el memorial, el gobernador comenzó, al igual que todos los ex militantes que visitan el espacio, a “buscar” y reconocer a “sus” ex compañeros entre las fotos. Ante la abrumadora cantidad de fotos y su visible emoción me ofrecí a guiarlo y mostrarle a los que yo identificaba como pertenecientes a la “Columna Sabino Navarro”. Parado frente las fotos, el gobernador hizo pequeñas semblanzas de aquellos que reconocía, recordó anécdotas, llamándolos además por sus nombres de guerra. Así llegamos a la foto de Graciela de los Milagros Doldán; allí, visiblemente emocionado, el gobernador manifestó la “necesidad” de hacer un homenaje oficial a “la Gorda”. El homenaje en memoria de la dirigente de la “Columna Sabino Navarro” y de Rosa Kreiker<sup>361</sup>, se concretaría meses después.

---

<sup>361</sup> Ambas mujeres militaron en Montoneros y en la Columna Sabino Navarro. Mientras vivían juntas en la clandestinidad, el 25 de abril de 1976, fueron secuestradas de su domicilio en la Calle Entre Ríos, en el centro de Córdoba. El Ejército, encargado del operativo, dio un parte de prensa en el cual relataban un “enfrentamiento” en el cual habían dado muerte a Graciela de los Milagros Doldán, sin embargo, Graciela fue llevada a “La Perla” y permaneció allí hasta fines de febrero de 1977, mientras que Rosa Kreiker nunca fue vista en el Campo, creyéndose que fue asesinada durante el operativo o en los momentos inmediatamente posteriores al mismo.



**Sala Presentes**

## **Entretelones del acto**

Unos meses después de aquella visita del Gobernador, la Secretaría de Derechos Humanos de la Provincia comenzó a gestionar la organización del acto en memoria de Graciela Doldán y Rosa Maureen Kreiker con motivo del aniversario de sus secuestros,



concurriendo funcionarios de la Secretaría a negociar las características de la conmemoración con la dirección del Espacio de Memorias.

Según la voluntad del gobernador, el acto sería planteado de un modo clásicamente protocolar, que preveía la colocación de una placa en el Sitio de Memorias, la actuación de una orquesta de cuerdas y la palabra de las autoridades del Gobierno. En contraparte, solicitaba al Espacio que colaborara en la convocatoria a los familiares de las homenajeadas, a compañeros de militancia y a los Organismos de Derechos Humanos. Sin embargo, al realizar la convocatoria, muchas de las personas invitadas manifestaron “diferencias”. Un factor de conflicto a la hora de participar en el acto venía dado por las “formas”: los modos “protocolares”, eran evaluados como poco representativos, fríos y en definitiva distantes del canon ritual de los ex militantes y los Organismos de DDHH. Sin embargo, la mayor diferencia era planteada como una cuestión de “fondo” y refería al cuestionamiento de la trayectoria política del gobernador por una parte de sus ex compañeros<sup>362</sup>, en base a la cual se cuestionaba su *representatividad* a la hora de “honrar a las compañeras”.

Finalmente, el acto planteado para el aniversario el secuestro de las dos militantes (el 26 de abril) quedó suspendido porque el gobernador debía recibir a la Presidenta ese mismo día, lo cual generó aún más malestar por parte de algunos compañeros y familiares pero permitió ciertas renegociaciones sobre las “formas”. Se comenzó a organizar un nuevo acto; esta vez, el Espacio para la Memoria, constituido en mediador

---

<sup>362</sup> Los sobrevivientes de la Columna Sabino Navarro y en general de Montoneros en Córdoba tienen posiciones encontradas con respecto al ex gobernador: una parte de ellos sostiene un vínculo histórico con Schiaretti ocupando cargos en el gobierno siendo considerados “de su riñón”, otra parte considera que el ex gobernador “ha traicionado” sus principios con la implementación de medidas neoliberales y lo repudia. En los últimos años, el enfrentamiento de Schiaretti con el gobierno nacional no ha hecho sino reafirmar esta idea; mientras los Kirchner aparecen como aquellos que guardan “coherencia” con sus linajes políticos y con la “generación del ‘70”, Schiaretti aparece como el político “aggiornado”. El ex gobernador no se ha posicionado, como los Kirchner, como miembro de una “generación” diezmada por la represión como fuente de legitimidad, pero sí ha tenido presencia pública en ciertos eventos como el que estamos analizando o los juicios de lesa humanidad celebrados en la provincia, manifestando además de una postura política y un “dolor” por los “compañeros” muertos y desaparecidos. Estas características, contradictorias dentro del *ethos* militante, ha llevado a que sea foco de diferentes cuestionamientos entre sus ex compañeros pero también entre los Organismos de Derechos Humanos. La “Mesa de trabajo por los DDHH”, agrupación multisectorial encargada de organizar la marcha del 24 de marzo –aniversario del golpe de estado y marca central dentro del calendario ritual de los Organismos- en el discurso del acto del 24 de marzo de 2010, cuestionó duramente la “incoherencia” del gobernador, señalando que mientras “llora” en los juicios, implementa medidas represivas como el “código de faltas” o la represión a protestas callejeras. Esta última alusión tensionó seriamente la relación entre los Organismos y el Gobernador.

de los conflictos suscitados en la preparación del acto anterior, solicitó que el mismo se desarrollara de manera menos “protocolar” y más “al uso de los Organismos de DDHH” y de los homenajes que los familiares realizan. De este modo, la participación de la orquesta de cuerdas quedó desestimada; la placa, originalmente pensada para ser de bronce, fue suplantada por una de acrílico y las intervenciones durante el acto fueron negociadas permitiendo la introducción de otros oradores diferentes a las “autoridades”.

En los días previos a la realización del homenaje fue colocada la placa en memoria de las dos militantes desaparecidas en una pared exterior del edificio de “La Cuadra”. Al llegar a colocarla el funcionario a cargo, comentó que era la tercer placa que hacían: la primera había quedado obsoleta por el cambio de fecha del homenaje, la segunda, ya con el homenaje en firme, incluía inicialmente los nombres “de guerra” de las dos mujeres homenajeadas: Graciela Doldán (Gorda, María, Teresa) y Rosa Kreiker (Murina), que en la tercera fueron borrados, dejando sólo los nombres “legales”.

La “corrección” de la placa revela un proceso selectivo en donde las identidades “clandestinas” de las homenajeadas son silenciadas. Si bien los “nombres de guerra”, que ante un visitante común pueden pasar desapercibidos por ser reconocidos como simples apodos, dentro de la cultura militante la mención o el silencio sobre los “nombres de guerra” remite directamente a la faceta clandestina de las organizaciones, a lo militar. Esta omisión toma sentido en relación a las negociaciones previas con otros organizadores del acto, ex compañeros de militancia y actuales funcionarios. En las conversaciones previas los mismos manifestaron una reacción a dar preeminencia, en la caracterización de Graciela Doldán, a “lo militar”, dejando en segundo plano su trayectoria política. Dentro de la figura de Graciela Doldán, tres elementos la tornan “célebre” y “ejemplar” entre los ex militantes: su condición de referente -además siendo mujer- dentro de Montoneros, su nivel de “compromiso” dado por su alta participación en acciones armadas y su conducta “heroica” ante la represión. Entre estas tres cualidades, como valores regentes de una mitología donde Graciela se torna un símbolo, la preeminencia de lo militar sobre lo político desequilibra la representación que se busca consagrar mediante el homenaje reflejando, en miniatura, conflictos más generales. Otra disputa se dio en relación al “mensaje” a ser transmitido mediante el homenaje, plasmándose en la representación de las dos militantes como personaje colectivo: “el

homenaje no es solo a La Gorda, que todo el mundo recuerda por los ‘fierros’ –señala uno de los organizadores del acto- es también a Murina, la Murina era callada y tenía menos notoriedad, pero era una compañera que, desde abajo, tenía un trabajo de base muy importante”. Mientras Graciela Doldán aparece como un “referente”, con un “compromiso máximo” dado por su participación militar, Rosa Kreiker, menos célebre, es construida en la memoria de los ex compañeros como su contrapunto.

En la “cocina” del homenaje, en las discusiones previas sobre aquello que quedaría plasmado como consenso en el momento del ritual, se revelan conflictos que ya he analizado en capítulos anteriores. La crítica al “militarismo” por oposición a las tareas “políticas”, aparecen encarnados en los personajes homenajeados, tanto como la oposición entre militantes “de base” y “de aparato”. La preocupación por dar preeminencia a lo político sobre lo militar, ya analizada en el capítulo II, fue algo que atravesó todo el homenaje, tanto en su preparación como en las intervenciones que, posteriormente, se fueron sucediendo. En el producto final, esas “críticas” y “autocríticas” serían soslayadas bajo la elaboración colectiva de discursos y prácticas que resaltarían “la memoria de las compañeras” como ejemplo, como síntesis de los valores morales positivos del *ethos* militante dentro de este grupo. El cuestionamiento a la representatividad del gobernador, por su parte, quedaría minimizado por el objetivo “mayor” de homenajear a “las compañeras”, concurriendo al acto casi la totalidad de los ex militantes invitados.

### **El acto: pasión, sacrificio y supervivencia en las conmemoraciones de “los Sabinos”**

El acto estuvo convocado para el 27 de agosto de 2010 a partir de las 11 hs. en el Espacio para la Memoria “La Perla”. Ese día, la mayoría de los participantes fueron llegando en autos, provenientes tanto de Córdoba como de diferentes puntos del país; una minoría, integrada por funcionarios de la Secretaria de Derechos Humanos llegó en un pequeño colectivo gestionado por esta institución. Un tercer grupo estuvo conformado por militantes de los Organismos de Derechos Humanos, abogados y psicólogos vinculados con los juicios de lesa humanidad. A medida que fueron llegando, los ex militantes se fueron congregando en pequeños grupos. A diferencia de otros actos de

homenaje de estas características, donde hay una presencia significativa de jóvenes, casi todos los participantes rondaban los 60 años y eran hombres. Independientemente de su pertenencia a algún sector “oficial” que así lo requiriera por protocolo, y en contraste con el homenaje anteriormente analizado donde la vestimenta de los participantes era informal, la mayoría de los ex militantes vestía traje y corbata<sup>363</sup>.

A medida que los ex militantes fueron llegando se multiplicaron los gestos de sorpresa y alegría ante los reencuentros entre personas que a veces llevaban más de tres décadas sin verse. Emocionados al reencontrar a algún compañero que pensaban muerto o desaparecido, los ex militantes se abrazaban, lloraban, preguntaban qué había sido de sus vidas.

Alrededor de las 11:30 se presentó en el lugar la comitiva oficial, ingresando al predio en autos con vidrios polarizados. De uno de ellos bajó en gobernador con su esposa, rodeado por agentes de protocolo y seguridad. Luego de congregarse en lo que fuera el Patio de Armas del ex cuartel, las personas pasaron a un salón de usos múltiples dentro del Sitio Histórico. En el mismo, varias hileras de sillas se ubicaban frente a una tarima con micrófonos. En las primeras filas de sillas se ubicaron el gobernador, el secretario de Derechos Humanos de la Provincia y el de la Municipalidad, el jefe del Cuerpo de Protección a Testigos de la Policía de la Provincia y Roberto, el hermano de Graciela Doldán. Una segunda fila fue integrada por otros funcionarios y ministros y por los directores de los Sitios de Memoria. Tras ellos algunos miembros y abogados de los Organismos de Derechos Humanos y más atrás un grupo de unas diez personas, miembros del Sindicato de Empleados Públicos (SEP) que portaban pancartas con la foto de Rosa Kreiker, y la leyenda “Murina SEP”. Hacia atrás, y sin insignias, se ubicaron el resto de los concurrentes, casi todos integrantes de la “Columna Sabino Navarro”.

Una persona encargada del protocolo del acto comenzó por leer los agradecimientos:

“Al gobernador de la Provincia, Juan Schiaretti, el ministro de educación Walter Graovac, al ministro de Agricultura Ganadería y Alimentos, Carlos Gutiérrez, al Secretario general de la gobernación, contador Ricardo Sosa, el secretario de cultura, Arq. Jaime García Vieyra, al secretario de Derechos Humanos Dr. Raúl Sánchez, a la secretaria de inclusión social Dra.

---

<sup>363</sup> Existe, en este sentido, una *hexis corporal* diferenciada por organizaciones. Siendo los ex militantes montoneros mucho más formales en el vestir.

Alejandra Vigo, al subsecretario de DDHH Lic. Darío Olmo, al Director de DDHH de la municipalidad de Cba Luis Miguel Baronetto, al director del espacio para la memoria y la promoción de los Derechos Humanos Emiliano Fessia, al director de secuelas de terrorismo de estado Juan Villa y al director del ex centro clandestino de detención Campo de La Ribera Sr. Mario Paredes y también por supuesto a todos los amigos, amigas, compañeros y compañeras de estas dos personas que homenajearemos en el día de la fecha.”

El orden de los agradecimientos reproduce el ordenamiento espacial de los concurrentes, revelando ciertas jerarquías. El orden en el que son nombradas las “personalidades” –aquellos que ameritan la mención de sus nombres, títulos y cargos- deja entrever una distribución diferencial del poder, donde aquellos dotados de mayor capital político son individualizados marcando una distinción entre sí y con los “amigos” y “compañeros” que componen figuras colectivas.

Este esquema de personalidades “colectivas” e “individuales” se repitió a lo largo del acto, pudiendo identificar tres grupos: el de los *familiares*, el de los *compañeros* y el de las *autoridades*. Aunque estas tres categorías presentan límites porosos, las mismas, como identidades asumidas o atribuidas constituyen lugares de enunciación en los que las personas se referenciarán para hablar “en nombre” del colectivo que centralmente representan. La estructura del ritual, donde se superpondrá la lógica protocolar, oficial, con otras referidas a los “homenajes” emprendidos por los “compañeros”, marcará los órdenes, los tiempos y ciertos “bloques” con lógicas y dinámicas específicas.

En primer lugar se harían semblanzas de las dos homenajeadas siendo, en el caso de Rosa Kreiker, leída por la maestra de ceremonias y en caso de Graciela Doldán por Silvia Di Toffino<sup>364</sup>, integrante de H.I.J.O.S. y “delegada” de las personas que enviaron sus semblanzas, particularmente Beatriz Doldán -su hermana- y Graciela Geuna -ex militante de Montoneros y sobreviviente de “La Perla” con quien Graciela Doldán compartió el cautiverio.

---

<sup>364</sup> Para recordar a Graciela María de los Milagros Doldán, la maestra de ceremonias invita a Silvia Di Toffino, militante de H.I.J.O.S., quien ha sido elegida por la hermana de Graciela Doldán y por Graciela Geuna, ex militante de Montoneros y sobreviviente de “La Perla” para leer las semblanzas enviadas. La elección de Silvia, como “representante” no es casual, se debe a vínculos históricos, el padre de Silvia, referente del sindicalismo cordobés desaparecido también en “La Perla” fue fusilado en el mismo “traslado” que Graciela Doldán. Trabajando Silvia desde hace años en la investigación de los delitos de lesa humanidad, los vínculos afectivos y judiciales tanto con la familia Doldán como con Graciela Geuna, una de las principales “testigos” en las causas relacionadas con “La Perla”, se fueron estrechando. Silvia por lo tanto constituye un “referente” en quien depositar la confianza y delegar la palabra durante el acto.

Luego, el secretario de DDHH de la Provincia, hablaría sobre el sentido del homenaje dentro de las políticas del Estado Provincial, refiriéndose a las mismas como algo emergente y directamente relacionado con la condición de “compañeros” de los actuales funcionarios. A continuación se exhibiría un video, un montaje de fotos y frases referidas a las dos militantes elaborado por el Archivo de Historia Oral del Archivo Provincial de la Memoria. Tras eso, el micrófono sería “abierto” para que los compañeros de militancia tomaran la palabra; este sería el “bloque” más extenso, en el mismo se sucederían una infinidad de intervenciones que se extenderían por más de una hora, sin más pautas del protocolo que aquellas que pedían “brevedad”.

Finalmente, el acto cerraría con las palabras del Gobernador y el descubrimiento de la placa recordatoria en el antiguo Patio de Armas del cuartel. Alrededor de las 3 de la tarde, y tras haber recorrido el lugar y compartido un refrigerio, los participantes del acto se marcharían en los mismos grupos en los que habían venido.

Más allá del orden cronológico de las intervenciones, resulta interesante rastrear el orden temático de las mismas y sobre todo la capacidad de ciertas personas y grupos para delimitar, en base a la relevancia adjudicada a ciertas experiencias compartidas con las homenajeadas y la legitimidad de las identidades consiguientes, zonas de enunciación de ciertas experiencias, donde los tópicos se centrarían en la “lucha armada”, en la represión entendida como drama, pero principalmente como “derrota” y en la supervivencia y el *sacrificio*.

### La sangre y el apellido: memorias en clave familiar

La presencia de los familiares de los desaparecidos es una constante en todos los actos de conmemoración referidos a la represión. Son los familiares los que, apelando a los lazos de sangre, han legitimado históricamente el reclamo en torno a los crímenes cometidos y la “reivindicación” de los desaparecidos. En esas conmemoraciones, la figura central históricamente ha sido la madre. Sin embargo, han pasado más de treinta años y las madres han ido muriendo o tienen una edad muy avanzada, irrumpiendo en la escena los “hermanos”, los “hijos”, los “sobrinos”. Es en este marco que emergen nuevas memorias familiares, plasmadas en este caso por los hermanos de Graciela Doldán y en

menor medida por los sobrinos de Rosa Kreiker. Abriendo el homenaje a modo de semblanza, una carta enviada por Beatriz Doldán, hermana mayor de Graciela, se ancla en la “gratitud” por las cosas “dadas” por Graciela a la familia y a la causa, y la consiguiente obligación de recordar. Hablándole a la desaparecida, el recuerdo se refiere a una esfera más bien íntima y a la ejemplaridad de su figura dentro del ámbito familiar:

“... tu sangre regó el corazón de muchos y en ellos ya hay brotes que nos hablan de vos, de tu testimonio de vida que invita a no bajar los brazos, a jugársela hasta el final. Monina: ya nos encontraremos, te sigo extrañando y sólo me queda el consuelo de tu ponencia de vida, de haber vivido hasta las últimas consecuencias lo que predicabas, lo que soñabas, lo que creías. En el dolor siempre me sostuvo y me sostiene este pensamiento, te quiero mucho. Pelusa” (aplausos)

Como en los homenajes anteriores, el personaje recordado asume un valor ejemplar, no sólo por sus virtudes sino también por su “coherencia”, por haber llevado “hasta las últimas consecuencias” lo que “predicaba”. Habiendo sido una militante católica, el uso de las palabras referidas con la fe cristiana como la “prédica” o el “testimonio de vida”, crean una atmósfera literalmente espiritual, tanto que lo dicho se parece a una plegaria que permite, como en las teodiceas, conjugar la visión de un Dios perfecto con la de un mundo imperfecto y dotar de sentido al dolor y al “sacrificio”<sup>365</sup>.

Hacia el final del acto habla Roberto Doldán, hermano menor de Graciela:

“yo solamente vine desde el ámbito familiar, en representación de mis padres que hoy ya están fallecidos y tuve también la posibilidad de conocerla a la Turquita Kreiker (...) tengo los mejores recuerdos del mundo, yo soy el hermano menor de cinco hermanos y si los cagaba a pedos a todos ustedes se imaginarán a mi (risas), así que no tengo otra cosa que decir, aquí ya muchos han hablado de su militancia, pero sí *un gran agradecimiento* a este lugar, al gobernador también, que hayan hecho todo esto es un orgullo, porque estos son los que siguen todos los días levantando la memoria (aplausos)”

Como señala Da Silva Catela (2001), los homenajes en general comienzan a ser realizados cuando los emprendedores de memoria originales, los consagrados, comienzan

---

<sup>365</sup> La tradición cristiana ofrece en este sentido claves de inteligibilidad de esas pérdidas y del dolor que las mismas implicaron. El *sacrificio* está dado en primer lugar por la persona que “entrega” su vida a la causa en pos de la *victoria*. Pero este acto sacrificial, centrado en la persona, en su vida y su “cuerpo” como objeto del sacrificio, se extiende a sus grupos de pertenencia: a la familia cuya “sangre” (entendida como un fluido común de alta significación en la transmisión de identidades) ha sido derramada. Es, en definitiva, toda la persona moral, la que ha hecho un *sacrificio*, el dolor de esa “entrega” se ve compensado por la idea de desinterés subyacente, de la posibilidad de renunciar a lo “propio” en pos de lo colectivo. Por último, la tradición cristiana, ofrece la posibilidad de “reencuentro”, visible en las palabras de Beatriz, ante la creencia de un paraíso (donde se encontrarán aquellos que estuvieron juntos en vida), esa separación sólo constituye una espera limitada.

a salir de escena, dando lugar a aquellos que anteriormente no contaban con legitimidad suficiente por “ser demasiado jóvenes” o por evocar temáticas que en esa representación canónica, original, generaba conflictos. La intervención de Roberto señala este “relevo” en la representación, tanto por su parte como refiriéndose a aquellos que levantan la memoria, así como la potestad de otros para hablar de la faceta militante de su hermana.

Durante el momento que es destapada la placa, uno de los sobrinos de Rosa Kreiker, quien había permanecido entre el público sin ocupar el lugar espacialmente asignado a los familiares, toma la palabra y dice refiriéndose a su tía:

“Ella fue para nosotros un ejemplo de vida, nos hace muy orgullosos de llevar el mismo apellido que ella, hubiera sido muy lindo poder conocerla, lamentablemente no llegamos a estar en la misma época, no somos contemporáneos pero en cada rincón de Córdoba al que hemos llegado encontramos un reconocimiento a lo que fue, en toda la sociedad”

Ninguna de las dos desaparecidas dejó descendencia. En este caso son los sobrinos los que, en nombre de un vínculo familiar expresan el “orgullo” por su tía, aun sin haberla conocido. Los lazos que son recreados mediante el culto, la “sangre”, el “apellido”, son marcas simbólicas de un linaje que otorga la legitimidad para recordar y representar públicamente a esas figuras. Las memorias sobre la militancia serían relatadas por otros: por los compañeros y los sobrevivientes que compartieron la experiencia represiva con ellas.

## La cabeza y el corazón, la violencia y la política: memorias en clave militante

“yo la conozco a... la conocí a “la Gringa”, la “Petisa”, “Teresa”, o “Monina” en Santa Fe, en un encuentro cristiano en el año 67, en el año 68, previo al lanzamiento de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo, con el mayor Alverte, John William Cook fue invitada a participar del grupo de Buenos Aires, ya estábamos en contacto, en Santa Fe existían dos organizaciones del peronismo revolucionario que eran el Ateneo, en la Universidad Nacional como base y una continuidad de la experiencia del AES de Córdoba, de la Universidad Católica que estaba encabezada por Monina. Junto a ella (...) Dorita Riestra, hoy sobreviviente, ellas eran las que conducían el grupo de la Universidad Católica. No tenían nada que ver uno y otro grupo, ambos se vincularon a través mío fundamentalmente, desde Córdoba, y terminaron confluyendo en el año 70 en la organización Montoneros. “Teresa”, “la Petisa”, era indudablemente la cabeza de ese grupo y Dorita su infaltable compañera, después de las caídas consecuencia de Calera ella viene a parar al tiempo a Córdoba y a trabajar con nosotros hasta que, con la llegada de (Sabino) Navarro, conforma una pareja con él. Esta historia es la historia de la militante, previa, de la organización universitaria, del trabajo de base en los barrios pobres de Santa Fe, es una militancia muy anterior a la de las organizaciones... armadas, digamos, a las que pertenecemos después. Y esta etapa creo



que también hay que reivindicarla porque es una etapa que viene de los grupos cristianos de Santa Fe, su incorporación al peronismo a través de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo y finalmente su incorporación a las organizaciones armadas.” (Intervención de Elvio Alberione durante el homenaje)

“la Murina, y el 80 % de los aquí presentes saben de qué estoy hablando, debemos decir que la estatura humana de la Murina y la condición moral desde donde comenzó la Murina en las comunidades cristianas... a mí me tocó explicárselo un tiempo atrás a Vervitsky, porque me lo pidieron, y con asombro me decía que le llamaba la atención que no hubieran registros de la Murina, quiero que recordemos y tengamos presente que la Murina simbolizaba el giro extraordinario que dio el peronismo revolucionario en esta ciudad cuando después del Cordobazo hubo que empezar a pensar realmente en un proceso revolucionario. La Murina era un emblema silencioso, callado, reidor de esa idea y de ese trabajo, tan potente como lo que significaba para nosotros la Petisa, la Murina hablaba con los ojos, la Murina era turca como yo, era puro sentimiento. (...) Yo creo que la razón por la que hablo no es solo porque estamos preparados para hablar, la razón por la que hablo es porque recordar a ambas es recordar las **dos partes de cómo nosotros concebíamos** la política revolucionaria en aquella época.” (Palabras de un ex militante durante el homenaje)

Dentro de las memorias sobre la Tendencia Revolucionaria del Peronismo, y sobre todo en Córdoba y Santa Fe, Graciela Doldán es considerada un referente. La historia relatada por Elvio Alberione, también referente del peronismo revolucionario en esa época, es la de muchos ex militantes montoneros: una militancia cristiana, un trabajo de base, la incorporación a una organización político militar. También es la historia de una “viuda”<sup>366</sup>, al igual que otras figuras femeninas míticas dentro de Montoneros, ella es la compañera del “Negro” Sabino Navarro, fundador de la organización y sobreviviente de la primera “caída” de la conducción. Mayor que la media de los militantes, llega a tener un alto nivel de “compromiso”, de participación en tareas políticas pero también militares; tras la muerte de su compañero<sup>367</sup>, se transforma en la conducción de la “Columna Sabino Navarro” en Córdoba pero también en “la madre de todos” los

---

<sup>366</sup> La figura de Graciela Doldán es el equivalente provinciano de la de Norma Arrostito, referente de Montoneros recordada por su participación en el secuestro de Aramburu al día de hoy considerada el símbolo femenino dentro de Montoneros. Al igual que Doldán, Arrostito integró una pareja de “combatientes”, siendo compañera de Fernando Abal Medina, también fundador de la organización en Buenos Aires con quien viajó a realizar un entrenamiento militar a Cuba. Tras ser asesinado Abal Medina en 1970, Norma Arrostito pasa a ser apodada “la viuda”. En 1976 es secuestrada, permaneciendo en la ESMA por dos años es finalmente asesinada. Los relatos sobre las dos militantes dentro del campo de concentración son muy similares, conservadas como “trofeos” por sus secuestradores ambas fueron confinadas en lugares físicos diferenciados de los otros secuestrados y exhibidas eventualmente para “quebrar” la voluntad de éstos. En los dos casos, fueron elevadas a categorías míticas por su ejemplo y su negación a “colaborar” con los represores.

<sup>367</sup> Jose Sabino Navarro es herido en un enfrentamiento con la policía el 21 de julio de 1971 en la ruta a la localidad de Río IV pero logra escapar acompañado de otro militante. Tras una semana de persecución y enfrentamientos, y en un grave estado de salud, le pide al compañero con el que se encontraba que siga y se salve y se quita la vida. La policía encuentra su cuerpo en una cueva, lo esconde y corta sus manos. Su cuerpo es recuperado años después por su familia.

militantes que quedaron bajo su mando, frase que es repetida una y otra vez durante el acto. Sin hijos, sin un nuevo compañero, Graciela aparece como la figura “consagrada” a la causa por medio de una serie de “votos” sostenidos hasta la muerte.

En las memorias del grupo si Graciela Doldán simboliza su “cabeza”, Rosa Kreiker, la “Murina” simboliza el sentimiento, el “corazón”. Como partes de ese “cuerpo” que es la organización, estos centros simbólicos dentro del personaje colectivo que integran las dos figuras sirven para sintetizar universos de representación diferenciados, categorías a veces contrapuestas en nuestras cosmovisiones como son la razón y el sentimiento, la política y la violencia, las ideas y la práctica. Pero también estas oposiciones se vuelven nodales a la hora de evaluar, desde hoy, aquella experiencia y reafirmar ciertos valores del *ethos* grupal, marcado por una disidencia respecto de las concepciones hegemónicas sobre el carácter de la “lucha armada” al interior de las organizaciones político militares y en particular de Montoneros.

Las intervenciones abiertas entre “los compañeros”, ya no tuvieron más orden que el pedir espontáneamente el micrófono para recordar a las homenajeadas y las experiencias vividas. Los ex militantes, casi todos hombres y ex integrantes de la Columna Sabino Navarro, de sucedieron sus intervenciones centrándose en debates iniciados a principio de los '70 entre los “Sabinos” y todavía inconclusos: la posibilidad de generar, al interior del Peronismo, una propuesta “revolucionaria”; las causas de la “derrota”; la crítica de esta fracción de la “Tendencia” al “militarismo” y “voluntarismo”<sup>368</sup> de la fracción porteña de Montoneros como fuerte marca identitaria.

---

<sup>368</sup> La columna Sabino Navarro, como se dio en llamar a la fracción de Montoneros nacida de la periferia del país (principalmente de Córdoba, tras la “toma de la Calera” y su fusión con organizaciones universitarias cristianas de la provincia de Santa Fe, conocidos como “los Ateneos”) cuestionó seriamente el militarismo de Montoneros, cuya conducción era centralmente porteña. En el llamado “documento verde”, escrito por los militantes presos tras la “Toma de La Calera” en el penal de Rawson, ellos expresan refiriéndose a las visiones hegemónicas de la organización: “La lucha armada, su identificación con el foco, era “la ideología” determinante, que se daba en conjunto con esa mística heroica que ya hemos mencionado, con ese carácter “voluntarista” que la impregnaba. La falta de lucha militar generalizada -en las condiciones argentinas- era una situación de impotencia que las vanguardias debían tratar de superar. La tarea política era menos apreciada en la práctica. Se la consideraba únicamente como auxiliar de la guerrilla, del aparato armado y en algunos casos, se la mantenía como “cobertura”. (Documento verde; en Revista Lucha Armada en Argentina N° 6). Tras esta escisión, una parte de la columna se reincorpora a Montoneros en 1975, entre ellos Graciela Doldán que, pese a ser degradada por la conducción central por su disidencia anterior, continúa siendo, de hecho, la líder de la fracción cordobesa.

Las intervenciones de “los compañeros”, una a una, transcurren esos temas para luego centrarse en lo que significó la “derrota”, en el drama universal de la pérdida muchos “compañeros”. Aunque devenidos en “héroes” y “mártires” de la causa, el significado hegemónico adjudicado a esas pérdidas dentro de la cultura militante es matizado en base a la memoria de las “enseñanzas” de Graciela Doldán. En una de las intervenciones, el “Colorado” Kaplan, un ex compañero de Graciela y de Rosa, relata una anécdota que, como un micro mito, recalará en los sentidos de la vida y la muerte dentro de las organizaciones revolucionarias:

“... quiero recordar un aspecto político: en el 71, no recuerdo el mes, su compañero, el Negro Sabino y otros compañeros en la sierra de Córdoba empiezan a ser perseguidos por las fuerzas de seguridad y se producen dos hechos que quiero comentar, se organizan cuatro intentos de rescate de los compañeros, uno de ellos encarnado en la Petisa y otro en la Turca. La Petisa con profundas críticas de algunos de nosotros diciéndole que cómo se va a arriesgar a salir, yo la acompaño hasta Alta Gracia a ver una casa y ahí ella manifiesta ‘lo que pasa, Colorado, es que nunca dejés de lado las convicciones, nunca te des por derrotado, y tenemos que conservar a todos los compañeros para construir en política porque la lucha armada no es permanente, después tenemos que construir en política, necesitamos todas las fuerzas posibles’. En uno de esos cuatro intentos de rescate de los compañeros ella apela también políticamente a que cuando había problemas serios apela a la movilización, busca a sus compañeros, ella tenía trabajo político en la iglesia del Pilar y salen a las sierras a buscar a los compañeros. En definitiva el mensaje es que hoy estamos vivos nosotros, luchando por una patria más justa, más libre, más soberana porque ellas se sacrificaron y porque ellas nos dejaron un mensaje: a través de la política, de la movilización se puede modificar esta sociedad. Gracias.”

A lo largo de toda esta investigación, pero sobre todo en el capítulo IV, hemos analizado cómo, en las memorias militantes, la idea de una muerte “heroica” torna inteligible la posibilidad de morir por una causa. Tal como señala Todorov “para el heroísmo, la muerte es un valor superior a la vida. Solo la muerte –tanto la de uno mismo como la de otros- permite alcanzar lo absoluto: sacrificando la vida se prueba que se amaba más al ideal que a la vida” (Todorov; 1993; p.17). La muerte “heroica”, alcanza su mayor nivel de potencia en relación a la idea de una muerte “en combate”, como la forma de morir acorde a la forma de vivir de un militante; hemos visto que, para las personas con las que trabajé en esta investigación, la muerte no llegó, la victoria tampoco, quedando atrapados en una zona gris donde la idea de *supervivencia* debe ser constantemente resignificada.

Lo relatado en este pequeño episodio por este ex militante, en torno a Graciela Doldán, revela una apreciación sobre la vida (y de la muerte) diferente a esa

representación hegemónica sobre el “heroísmo”. Si bien el “heroísmo” recubre a todas las figuras “caídas” por la causa ya que el desenlace encaja en las representaciones sobre “lo posible” en aquellas épocas –vencer o morir-, el recuerdo traído en el homenaje introduce claves de interpretación a las situaciones no esperadas: el valor de preservar a los militantes en vida como “mandato”, aunque en forma subsidiaria, otorga claves de inteligibilidad no ya a la muerte, sino a la supervivencia.

Este matiz, y que sea traído al presente como virtud y calificado dentro de esta intervención dentro de lo “político”, remite más bien a cuestiones éticas que hacen sentido en relación a la condición de género de las figuras homenajeadas y los arquetipos que evocan. Si seguimos el razonamiento de Todorov (1993) el autor señala que existen matrices de pensamiento, acción e interpretación diferentes de sobre las virtudes morales entre hombres y mujeres: las virtudes *heroicas* son apreciadas por los hombres, mientras que las virtudes *cotidianas* son ejercidas (y apreciadas) por las mujeres. Si en la retórica “heróica”, preponderante en el ámbito de lo político militar (y masculino), los compañeros muertos son en cierta medida aquello que el colectivo “sacrifica” en pos de la “victoria”, la figura femenina, tal como hemos visto en el capítulo anterior, plantea matices y dilemas con respecto a esa representación dominante. Aunque abocada a la lucha revolucionaria, Graciela Doldán es recordada como “la madre” de todos, arquetipo inequívocamente relacionado al *cuidado* como virtud cotidiana, extrapolada a la lógica política. A través de la figura de Graciela Doldán el grupo construye entonces un modelo heroico alternativo, donde la *victoria* será un proceso de larga duración<sup>369</sup> y el compromiso con la causa no será medido por el sacrificio extremo –la “entrega” de la vida propia-, sino por la preservación de la vida como “fuerza” impulsora de la militancia. Ignacio Vélez, entrevistado para esta investigación, en la misma clave relata durante el acto:

“yo recuerdo la vida de la Gorda María, Monina, la de ella y la de Ciro<sup>370</sup>, que era un queridísimo compañero que tuvo, conjuntamente con ella, un ejemplo de cuidado, contención y fuerza para seguir luchando y sobreviviendo en el horror terrible que debe haber sido esto (se refiere a La Perla). Quería comentar y compartir, no sé dónde está Susi... no importa, Susi es una querida

---

<sup>369</sup> Recordemos que para los ex militantes la revolución (es decir la *victoria*) “estaba a la vuelta de la esquina” en aquel momento, es decir que se esperaba en un futuro inmediato.

<sup>370</sup> Se refiere a Héctor Araujo, cuyo nombre de guerra era Ciro, secuestrado y asesinado en La Perla en 1977.

compañera que compartió con Monina el Campo, y este es un mensaje a los que fuimos, somos y seremos Sabinos... me comentaba Susi la otra noche que la Gorda la abrazó en un momento determinado, antes de ese final *heroico*, que es un ejemplo para todos, y le dijo “decile a los compañeros, los Sabinos, que no nos equivocamos”, que el vanguardismo, el foquismo, el militarismo, el ser una patrulla perdida, y no comprometernos *realmente* con la clase trabajadora y el pueblo, la construcción de ese sujeto histórico, esa era la política que impulsábamos los Sabinos y la otra política fue la que no sólo la que nos hizo que nos derrotaran y que perdiéramos a muchos miles de compañeros y entre ellos a estas dos inolvidables compañeras. Gracias compañeros (Aplausos)”

Así, los sentidos de la “derrota”, son atribuidos a ciertas fuerzas contingentes por las que se vieron “arrastrados”, aun sin estar de acuerdo con ellas: el “vanguardismo” y el “militarismo” atribuidos a la conducción de Montoneros, la ferocidad de la represión. Si la derrota implicó la “tragedia” de la pérdida de muchos “compañeros”, los dilemas respecto al sufrimiento de otros tantos dentro de los Campos, y sobre todo en torno a la supervivencia como “zona gris”, hace sentido en el marco de la consideración de las decisiones tomadas como “lo correcto”. Esta valoración de la experiencia por parte del grupo y en su valor de “continuidad” y “trascendencia” toma sentido en el hoy dando valor a la supervivencia en tanto variante de la “coherencia”<sup>371</sup>.

Las memorias sobre la muerte de Graciela Doldán, ese final calificado de “heroico” le otorga un plus en su potencial mítico. Graciela permanece casi un año en el Centro Clandestino de Detención “La Perla”, a principios de 1977, es “trasladada” junto a un grupo de militantes muy reconocidos por ocupar lugares jerárquicos ya sea en organizaciones político militares o sindicales y fusilada en una acción ritual<sup>372</sup>. En los futuros deseables para los militantes (en aquel momento) la muerte acorde a la vida llevada era una muerte en “combate”; Graciela es privada de esa posibilidad, sin embargo las memorias sobre su “final”, aunque relativizadas por la situación concentracionaria, permiten calificar sus actitudes de “heroicas”.

---

<sup>371</sup> Todorov (1993) analiza la moral dentro de los Campos y su relación con la moral “corriente”, en este sentido dice que, si bien los preceptos morales “corrientes” no dejan de tener vigencia para los individuos en esa situación, los mismos son revisados y relativizados ante la vivencia de la situación límite. En esta clave puede ser entendida la reelaboración en una clave más flexible de la “coherencia” como precepto dentro de la cultura militante.

<sup>372</sup> A diferencia de otros “traslados”, los recuerdos sobre el fusilamiento de este grupo integrado entre otros por Graciela Doldán, Tomás Di Toffino (dirigente del gremio de Luz y Fuerza) y Graciela de Jensen (pareja de un cuadro montonero), reflejan un orden mucho más ritual, de orden marcial. Luego del fusilamiento, algunos represores relatan a los secuestrados que en el mismo estuvieron presentes las autoridades del III Cuerpo de Ejército y que fue realizado con un pelotón a diferencia del resto de las ejecuciones realizadas sin formalismos.

A la hora de ser llamada para su “traslado” Graciela, quien era considerada un “cuadro” tanto por sus compañeros secuestrados como por los represores, pone ciertas condiciones. Exige a sus verdugos no ser vendada, esposada ni amordazada, exige enfrentar su muerte conscientemente. En el momento del fusilamiento –uno de los pocos relatados por los represores a los secuestrados- ella pide darle la mano al militar encargado de ejecutarla y le dice: “adiós, en usted me despido de toda la humanidad”. El episodio, relatado una y otra vez entre los sobrevivientes, eleva a Graciela a la categoría de “heroína” por haber podido, en las escasísimas condiciones de posibilidad planteadas por la situación concentracionaria, no sólo constituir un sostén moral para con sus compañeros y sino un ejemplo de “dignidad”<sup>373</sup> ante una muerte anónima.

La misma anécdota es relatada por Graciela Geuna por medio de una carta enviada para el homenaje, recalcando el valor de Graciela Doldán en relación a generar una cierta organización dentro del Campo, de su “resistencia” y su “humanidad”, resaltando tanto los pequeños como los grandes cuidados hacia sus compañeros. Si bien los sobrevivientes del Campo también son ex militantes, ninguno habla públicamente, algunos se sitúan espacialmente “lejos” (como es el caso de Graciela Geuna, quien habla pero mediante una carta), otros están presentes en el acto pero se mantienen en los márgenes del grupo, en silencio. Pese al valor que dentro de las memorias sobre la homenajeada adquieren las experiencias vividas en el Campo y sus “últimos momentos”, el silencio, la invisibilidad de los sobrevivientes de los Campos de Concentración deja entrever las gradaciones en la legitimidad que los mismos adquieren en los contextos “militantes”<sup>374</sup>.

Independientemente de las experiencias vividas durante la represión, Graciela Doldán constituye para sus compañeros de militancia un ícono de resistencia y

---

<sup>373</sup> Según el planteo de Todorov (1993) lo que se entiende por dignidad está íntimamente relacionado con la autonomía, “la voluntad desempeñando el papel del lazo entre la conciencia y el acto. Los campos se proponen precisamente la destrucción de esa autonomía. (...) Impedir esa destrucción equivale a mantener la dignidad” (Todorov; 1993; p.68).

<sup>374</sup> Como hemos visto en el capítulo IV, las condiciones planteadas por la represión, sobre todo dentro de los Campos, apuntaban al arrasamiento total de la personalidad de los secuestrados y sobre todo a la inversión del mundo y de su condición de “militantes”. En estas configuraciones, los sobrevivientes han quedado “en los bordes”, son ellos los que mantienen vivo el relato sobre los últimos momentos de los “héroes” y “mártires”, pero al mismo tiempo atestiguan las consecuencias más trágicas de esa derrota en base a un relato difícilmente audible y comprensible.

“dirección”, de orientación hacia los demás militantes, permitiendo tender un puente entre las experiencias previas y las dadas tras la “derrota”, entre lo político y lo militar, pero sobre todo entre lo político y lo “humano”, atravesado por la vivencia en ese universo invertido en relación a la militancia que constituyó el Campo de Concentración. Pero además, Graciela Doldán aparece en cierta forma como una figura profética, cuyas enseñanzas permiten leer el presente en una clave coherente con ese pasado, así continúa Geuna:

“Gorda querida: antes de caer participé en un acto en tu memoria, un acto en que éramos cinco y dos no te conocíamos: Jorge y yo. Un acto clandestino, en mayo del 76, en mi casa, un acto porque decían que le habías quitado el arma a un policía para que te maten. A un tiempo de mi secuestro, que fue en junio del 76, me lleva Herrera (represor) a una oficina mirando hacia la Cuadra, la más cercana a la derecha, me levanta la venda y me dice ‘esta es la Gorda Sabino Navarro, está colaborando con nosotros y todo lo de ustedes fue al pedo’. Era un procedimiento usual para quebrar a quienes caían y a quienes así eran exhibidos, que se repetiría con tantos otros, otras y otras veces. Gorda querida, en ese momento te las arreglaste para tocarme con el pie y yo sentí que querías decirme algo, algo más allá del discurso soez de Herrera. Al día siguiente, o al otro, te las arreglaste de nuevo para decirme en los baños de la Cuadra ‘no estoy colaborando, nada fue inútil, y sobre todo no les creas nada, no les creas nada, nada, no les creas nada’. No Gorda, al enemigo no hay que creerle nada, hoy, 34 años después del homenaje del 76 estoy en tu otro homenaje, esta vez público, sin miedo, y tenés razón, nada fue inútil, y voy a repetir tu mensaje: no hay que creerles nada.” (Fragmento de la carta enviada por Graciela Geuna y leída por Silvia Di Toffino durante el homenaje)

Como venimos analizando, las “enseñanzas” de Graciela permiten direccionar el “sentido” de la militancia, la “derrota” y la supervivencia en la actualidad. Al igual que lo relatado por Ignacio Vélez, la escena retrata una situación que viene a confirmar que aquel “sacrificio” no fue “inútil”. Una vez más la figura de Graciela Doldán permite trazar, entre la comunidad de vivos, un sentido “coherente” sobre la opción revolucionaria, sobre la identificación del “enemigo”, sobre el sentido de esas muerte en función de una *victoria*. Esta confirmación viene, en palabras de Geuna, de la mano de la apreciación que, en un tiempo de larga duración, aquella derrota no es un hecho definitivo sino que puede ser compensada por algunas (pequeñas) *victorias*. El primer homenaje relatado es un acto clandestino, pequeño, privado; a diferencia de aquella conmemoración la que se está realizando es “pública”, la memoria y la reivindicación de las figuras “caídas” se ha desplazado, a lo largo de 30 años, de lo clandestino a lo legal, de lo subterráneo a lo público.

Estos sentidos de la *victoria*, se ven reafirmados en otros párrafos de la carta, “las bestias están presas”, los homenajes se hacen “sin miedo” o en otras intervenciones que señalan que “no nos han vencido”. Esto sin duda debe ser relacionado con la posibilidad de que estas memorias, ligadas centralmente con la represión como tópico, hayan sido recientemente oficializadas: los represores han sido condenados, los “compañeros” son legitimados como víctimas o testigos, son foco o intervienen activamente en los actos de conmemoración. Hemos visto, a lo largo de esta investigación, que las identidades que asumen hoy en día los ex militantes son las de *sobrevivientes* y la de *luchadores populares*, remitiendo cada una de ellas a ámbitos de representación y campos diferenciados: mientras la primera se ancla en lo represivo (dando lugar a otras identidades como la de *testigo*) la segunda tiene que ver con el campo militante y en términos más generales con el campo político. Esas identidades serán asumidas según el contexto, de manera selectiva, constituyendo fuentes de legitimación o deslegitimación a la luz de la trayectoria de ciertos grupos o individuos.

## De memorias oficiales y subterráneas

Cerrando el acto, habla el gobernador. La figura de Schiaretti, adquiere una especial visibilidad en este homenaje tanto por su investidura como por su calidad de *emprendedor de la memoria*. Como personaje investido del poder de hablar en nombre “de todos” por su función, Schiaretti agradece a los Organismos de Derechos Humanos y a todos los presentes por “acompañar el homenaje” y pronuncia las “últimas palabras”<sup>375</sup>.

---

<sup>375</sup> Según lo establecido por el protocolo oficial, en un acto de cualquier clase el gobernador debe ser el último en hacer uso de la palabra, a menos que el mismo cuente con la presencia de una autoridad superior. Este monopolio sobre la “última palabra”, revela una jerarquía y la impronta oficial del acto, la potestad de *representar* y dar el sentido final a lo que allí se transmite. Sin embargo, hemos visto que el acto no se ciñó a lo estrictamente “protocolar” sino que se hicieron ciertas “concesiones” tanto en la “forma” como en el “fondo” de lo que allí se desarrolló. Se trata de un acto que linda entre lo oficial y lo subterráneo, donde la memoria –subterránea– de “Los Sabinos”, encarnados en las figuras de las homenajeadas, penetraría en la esfera oficial de un modo particular.





La legitimidad del Gobernador se sitúa en la encrucijada de varios campos: el militante de origen y el Político actual, haciendo alusión tanto a la militancia y la lucha revolucionaria como la aplicación de políticas de Estado tendientes a “subsanan” los dramas emanados de la situación represiva como problema social (Lenoir; 1998). La figura de Graciela Doldán y en menor medida de Rosa Kreiker, unificarían todos esos campos en el tópico de los “motivos” para un homenaje “oficial”: el ser el “ejemplo” de coherencia y compromiso que “necesitan” el “Pueblo”, la “Patria” y las generaciones futuras. Desde esa inclusión de las dos desaparecidas en esas matrices de representación abarcativas y típicamente oficiales haría alusión a temas más generales anclados en el tópico de la institucionalidad: la “justicia”, la “tolerancia” y la “unión” como pilares de una sociedad “democrática”. Adoptando el tono de un discurso clásicamente “político”<sup>376</sup>, protagonizando la escena, partiendo de temas generales que en sí mismos constituyen campos de batalla en torno a la nominación y el establecimiento de atributos

<sup>376</sup> El uso de figuras colectivas como “el pueblo”, “los argentinos”, “los cordobeses” es propio del discurso político, tanto como la reflexión sobre diferentes problemas sociales y un programa al respecto. Más allá del contenido, la *hexis* corporal, el tono de voz y todas las señas de distinción adheridas al cuerpo (como el uso de un tipo específico de vestimenta) hacen reconocible al “político”.

dentro de lo que se considera la identidad de la Nación, el gobernador sintetizaría con el cierre de su discurso una singular mezcla entre la retórica clásicamente militante y la política:

“Desde aquí, como militante, más allá de lo que pensemos aquellos que provenimos del peronismo les queremos decir “querida Murina, querida Petisa, yo se que ustedes dejaron girones de su vida en el camino, pero al igual que con Eva Perón, nosotros levantaremos su nombre *y lo llevaremos como bandera a la victoria!*”. Muchas gracias. (aplausos, vivas)

Investido del poder que le confiere ser el gobernador de la provincia Schiaretti puede hacer uso de esos términos e “incluirlas” como figuras representativas no ya desde un lugar resistente, subterráneo, sino oficial. Equiparándola con la figura más mítica quizás dentro de la participación política femenina en Argentina reclamaría, al mismo tiempo, su inclusión dentro del Peronismo.

### **Una placa en un espacio de memorias**

La placa en homenaje a Graciela Doldán y Rosa Kreiker, finalmente, quedó ubicada en la parte exterior de “La Cuadra”, sobre una inmensa pared roja. Hecha de acrílico con una inscripción en letras negras la misma dice:

“Los que viven en la memoria del pueblo jamás desaparecerán... seguimos luchando por construir el país que soñaron”

Homenaje a las compañeras **Graciela María de los Milagros Doldan. Rosa Dory Maureen Kreiker. A 34 años de sus secuestros y asesinatos.**

Familiares, amigos, ex compañeros.

Comisión Provincial de la Memoria y la Secretaría de Derechos Humanos del Gobierno de la Provincia de Córdoba.  
Año 2010

Cuando el gobernador solicitó poner una placa en el Espacio de Memorias, una de las discusiones que como equipo de trabajo tuvimos fue donde colocarla. Uno de los mayores temores era que, colocada la primera placa, se sucediera la colocación de muchas otras. Por lo tanto el lugar elegido debía, sin dejar de estar situado entre los

lugares significativos del “Sitio histórico”, tener la potencialidad de no “invadir” el resto de los sentidos otorgados al mismo mediante la señalización.

Nada de aquello sucedió. Al día de hoy, a casi dos años de su colocación y de aquel homenaje, la placa irrumpe solitaria en medio de una inmensa pared que da al ex Patio de Armas. A diferencia de otras intervenciones sobre el Sitio, no ha vuelto a ser el anclaje de ningún homenaje, en la mayoría de los casos, los que visitan el Sitio ni siquiera reparan en su existencia, llamando más su atención otros espacios e inscripciones: aquellas hechas en “La Cuadra” con lápices, las fotos de los desaparecidos, los objetos sacados por los sobrevivientes del Campo y exhibidos en la muestra Sobre(VIDAS). Pese a ser las únicas desaparecidas homenajeadas a título personal, pese a haber sido foco de una acción oficial, pese a la voluntad de “no desaparecerlas” presente en la placa, todo parece confirmar la frase de Musil (Musil en Sztulwark; 2005) según la cual “no hay nada más invisible que un monumento”.

Esta “invisibilidad” de la placa quizás responda a que, en este caso, la centralidad de lo material, de lo reificado como memoria está dada por el edificio; quizás a que, correspondiente a la configuración de todas las marcas oficiales en sus materiales y su forma, la misma sea asimilada a esas capas de historia inscriptas históricamente por el poder del Estado en los espacios públicos con las cuales convivimos sin percibir su existencia o sin detenernos a interrogarnos por su significado. Como hemos visto a lo largo de todo este análisis, el sentido otorgado a esas marcas, así como de los espacios donde las mismas se sitúan, dependerá de un constante ejercicio de actualización, de resemantización y puesta en escena del pasado que se pretende representar.

\*\*\*

Al principio de este capítulo me pregunté por las condiciones de posibilidad de representación de las memorias sobre la militancia, y en particular sobre la “lucha armada” en lo público actualmente, sobre las estrategias que los diferentes grupos de ex militantes despliegan para reivindicar esas memorias y desde qué identidades políticas lo hacen.

Desde que comencé esta investigación hasta hoy, las condiciones de enunciabilidad de esas experiencias, la visibilidad de los ex militantes como tales en instancias públicas se ha modificado sustancialmente. Cuando empecé a realizar las primeras entrevistas los ex militantes eran sencillamente invisibles en actos y conmemoraciones, al día de hoy existen, como he mostrado en este capítulo, conmemoraciones casi exclusivamente organizadas por ex militantes y específicamente centradas en figuras, hechos o lugares relacionados con la “lucha armada”. En los homenajes analizados, la identidad política de los desaparecidos y asesinados homenajeados ha ido saliendo a la luz, al tiempo que la enunciación de esas experiencias iba siendo gradualmente incorporada a las trayectorias de los propios emprendedores de las conmemoraciones<sup>377</sup>.

Teniendo en cuenta que las memorias de los ex militantes deben ser situadas en un universo más amplio que delimita los límites de lo decible y lo indecible, de lo representable y lo irrepresentable pública y oficialmente dentro de la sociedad argentina, es necesario visibilizar un punto de inflexión que –durante el desarrollo de esta investigación– hizo que se modificaran sustancialmente no sólo las condiciones del habla sobre estos temas sino el campo de posibilidades que configuran los objetivos de la enunciación de esas memorias en tanto “reivindicaciones”. Me refiero puntualmente a la asunción de Néstor Kirchner como presidente en 2003; desde ese momento, una serie de políticas de Estado han visibilizado y legitimado de cara a la sociedad las problemáticas emanadas de la represión política durante la última dictadura militar. Reactivados los juicios por delitos de lesa humanidad, declarado el 24 de marzo feriado nacional, descolgados los retratos de los dictadores de la Escuela Superior de Guerra de la Nación, destinados los edificios donde se ejerció la represión a ser Espacios de Memoria y ante todo reformado el prólogo al Nunca Más que anteriormente posicionaba a los ex militantes como “terroristas”, los ex militantes vieron sustancialmente modificadas las identidades que anteriormente les eran adjudicadas. Oficialmente legitimados como

---

<sup>377</sup> Las propias entrevistas constituyen un espacio bisagra entre la enunciación subterránea y la enunciación pública de esas experiencias. En el planteo de las mismas, desde un principio, fue explicitado el destino público de sus testimonios; sin embargo, el ámbito intimista que se genera en una entrevista (la mayor parte de las veces realizadas en un espacio privado, como sus casas), la circulación limitada de un producto académico, constituyen en sí mismos ámbitos de publicación “lindantes” entre lo público y lo privado. Asimismo, la asunción de nombres reales o ficticios para “aparecer”, dan cuenta de estos momentos de transición entre la enunciación subterránea y pública de una experiencia.

“perseguidos políticos”, “víctimas” de un Estado terrorista, nuevas preguntas y marcos de enunciación comenzaron a generarse en torno a los años previos al Golpe y a los procesos políticos de los que los ex militantes fueron protagonistas.

Las conmemoraciones que he analizado en este capítulo deben ser situadas, por lo tanto, en el marco de un *territorio de memorias* (Da Silva Catela; 2002) que permite analizar la inclusión o exclusión, los avances y repliegues, las conquistas de los mismos sobre la coraza de símbolos y ritos que hacen a la identidad de la Nación<sup>378</sup> y las posiciones de los agentes que son el foco de este análisis dentro de ese territorio. Los dos homenajes que he realizado anteriormente revelan que, tanto al interior de los grupos de ex militantes como hacia afuera, existen legitimidades diferenciales ancladas en las posiciones objetivas de cada grupo o individuo, producto de trayectorias diferentes donde los capitales simbólicos acumulados son empleados de maneras diversas a la hora de legitimar prácticas en el presente. El micro campo de “la memoria” y sus agentes, por lo tanto, debe ser entendido a la luz de los campos militante y político en los que se incluye, donde las memorias e identidades relacionadas con la militancia pueden ser, alternativamente, fuentes de legitimidad o deslegitimación según “tiempos de la política” siempre cambiantes.

En este sentido, podemos leer a estas disputas sobre “los ‘70” como un campo en el sentido bourdeano del término, por la evidencia de un *interés*, de una *illusio*, que mueve a ciertos agentes -entre ellos los ex militantes- a disputar el sentido de ese pasado como fuente de legitimación sobre prácticas presentes. Hemos visto a lo largo de toda esta investigación que existe entre los ex militantes un interés, calificado en términos de “compromiso”, que los unificó históricamente a todos por igual: la denuncia y la reivindicación en torno a sus compañeros asesinados y desaparecidos. Denunciar los crímenes de los que fueron blanco, defender su “honor” de los discursos estigmatizantes que históricamente ha tenido la memoria oficial han sido el principal motivo para *representar* esas memorias.

---

<sup>378</sup> Da Silva Catela señala el carácter dilemático que supone la representación de memorias relacionadas con periodos críticos. Al respecto dice: “Cuando se construyen memorias nacionales o se las reactualiza mediante diversos rituales la referencia al pasado sirve para mantener la cohesión de los grupos y de las instituciones que componen la sociedad, para definir su lugar respectivo, su complementariedad, así como sus oposiciones irreductibles” (Da Silva Catela; 2001; p.160). En este sentido, las memorias sobre la “lucha armada” sólo han podido comenzar a ser enunciadas, no sin tensiones, a partir de la oficialización de una memoria sobre un periodo de crisis notablemente más visible a nivel público, como es el de la dictadura.

Ahora, y más allá de esta confluencia, un análisis de las conmemoraciones públicas a lo largo del tiempo deja entrever -dentro de esa invisibilidad estructural que han tenido los ex militantes a lo largo de tres décadas y su incipiente visibilización- un campo de posiciones objetivas y legitimidades diferenciales al interior de estos grupos que moldean sustancialmente las tres dimensiones de lo que consideramos *representación*.

En primer lugar, por lo tanto, debemos analizar la potencialidad de ciertos agentes a la hora de hablar *en nombre* de determinados grupos, incluyendo de este modo una serie de “reivindicaciones” en universos sociales más amplios. En los capítulos anteriores he analizado sus trayectorias políticas hasta lo que ellos consideran la “disolución” del mundo de la militancia “organizada” marcada por la “derrota” del proyecto revolucionario y la represión. Sin embargo, las personas continuaron viviendo<sup>379</sup> y, como hemos dicho antes, sosteniendo ese “compromiso para toda la vida” implícito en la idea de la “militancia” en diferentes ámbitos. Al día de hoy los mismos ocupan posiciones diferenciadas, donde se pueden observar dos grandes tendencias: por un lado muchos de ellos se convirtieron en militantes de Derechos Humanos desde los primeros momentos del exilio o la reapertura democrática siendo al día de hoy integrantes de distintos Organismos de DDHH; otros, tras la reapertura, continuaron con una participación política partidaria; un tercer grupo continuó su militancia en sindicatos, instituciones u ONG’s centradas en problemáticas sociales; por último existen una serie de ex militantes que continuaron ejerciendo cierta influencia desde el campo intelectual. Entre los dos grupos que he analizado, la tendencia a la militancia en Organismos de Derechos Humanos es mucho más frecuente en los ex militantes del PRT-ERP; los ex militantes montoneros, tendieron a reincorporarse a una militancia partidaria, en el seno de una estructura que les precedió y continuó tras la reapertura: el Partido Justicialista y, en términos más generales el “Peronismo”. Hoy, pese a que sus militancias en los ’70 constituyeron un silencio durante décadas, muchos de los miembros de esa “generación” ocupan hoy cargos públicos, penetrando en la esfera del Estado o en las reglas del campo

---

<sup>379</sup> Tomo aquí centralmente la acumulación de capital simbólico (reconocimiento), y en particular en base a una trayectoria dentro del campo político. Sin embargo, muchos ex militantes han logrado acumular un gran capital simbólico en otros ámbitos, como es al campo intelectual o cultural, pasibles de ser movilizadas a la hora de llevar adelante ciertos emprendimientos de memoria.

político originalmente cuestionados, otros continúan manteniéndose al margen del mismo<sup>380</sup>.

En este marco, si partimos por analizar las posiciones de los emprendedores de ambos homenajes y cómo la misma condiciona tanto la posibilidad de poner en *escena*, de *representar* ciertas memorias como la *preformatividad* de las reivindicaciones que las mismas legitiman, podemos visibilizar puntos de partida muy diferentes. En un caso se trata de un grupo que se posiciona “contra” las políticas del gobierno y de la transformación de un edificio ligado a sus memorias en un símbolo “del consumo”. Desde una posición marginal y contrapuesta al Estado, sin partir de una acumulación previa de capital simbólico, las conmemoraciones del grupo de las “fugadas” constituyen un proceso “exitoso”. A partir de la alianza con otros sectores (principalmente con los Organismos de DDHH) podemos observar una progresiva acumulación de capitales eficaces a la hora de denunciar y finalmente lograr marcar y consagrar el lugar como un “lugar de memoria”. Este proceso, visibiliza la potencia de un capital clásicamente militante –basado en la inversión de tiempo y esfuerzo- marginal respecto a las grandes estructuras de poder pero que finalmente logra instalar esas reivindicaciones en universos sociales más abarcativos que los del propio grupo.

En el otro extremo encontramos la conmemoración de “los Sabinos” donde los emprendedores de memoria son agentes establecidos dentro del Estado dotados un gran capital político (de hecho de la autoridad máxima dentro del Estado provincial). Partiendo de esa posición establecida, los mismos realizan un acto oficial en un espacio también establecido, ya legitimado y oficializado como símbolo de la represión. A diferencia de las conmemoraciones en torno al Buen Pastor, estos emprendedores de memorias no precisan apelar a un apoyo social o político más amplio para montar la representación, ni conciben a la misma como medio para gestionar otras demandas. La

---

<sup>380</sup> El caso de Schiaretto, y de los ex militantes provenientes de la Tendencia en general, es un ejemplo de estas dinámicas, ligados a lo que hegemonícamente los militantes consideran “el poder” los mismos han llegado a gobernar. En el caso de los que se han incluido en el campo de los DDHH, los últimos años y la ampliación de políticas estatales con respecto al tema los han llevado, en muchos casos, a ocupar puestos dentro de las secretarías y direcciones relacionadas con estos temas. Este ascenso dentro del campo político ha tensionado en muchos casos la evaluación de sus desempeños actuales se hará a la luz de aquel pasado gravitando, según las distancias sociales y políticas, entre la victoria o el fracaso de aquellos ideales, entre la heroicidad y la traición, legitimando o deslegitimando sus figuras.

movilización de un capital simbólico preexistente en un caso y la necesidad de su acumulación progresiva en el otro condicionan sin duda la forma y continuidad que adquieren ambos homenajes: mientras los homenajes en el Buen Pastor precisan reproducir año a año la escena, generar una continuidad ritual que legitime la demanda de marcar el edificio y reificar la memoria de un episodio olvidado por la memoria oficial, el homenaje a Graciela Doldán y Rosa Kreiker se realiza sólo una vez, agotándose la “necesidad” de conmemorar con el mandato del ex gobernador. A la luz de estas posiciones estructurales de dónde parte cada homenaje, las memorias representadas adquieren también características diferentes: en los actos del Buen Pastor esas memorias son representadas “hacia afuera”, su principal destinatario son “la sociedad cordobesa” y las “nuevas generaciones”. La *transmisión* como objetivo hace que las mismas deban ser *traducidas* y puestas en contexto en el marco de cánones rituales y temáticas reconocidas y reconocibles que trascienden las memorias del grupo, como son “los DDHH”<sup>381</sup>. En contraposición el homenaje de “los Sabinos” parece destinado a restablecer ciertos diálogos “hacia adentro” del grupo –lo cual se ve acentuado por la ausencia de jóvenes en el mismo- si bien las “autoridades” invocan ciertos tópicos abarcativos como la “patria” o la “democracia”, el grueso de las intervenciones remiten a dilemas inconclusos, a discusiones interrumpidas por la represión al interior de las organizaciones político militares.

Pese a esas diferencias moldeadas por las memorias complementarias o contrapuestas con las que se referencian ambas *representaciones*, ambos actos ponen en escena memorias silenciadas por largo tiempo: las experiencias de militancia, la “derrota”, los dilemas de la supervivencia. Partiendo de esas figuras “ejemplares” encarnadas por “sus” muertos, ambas comunidades se interrogan sobre los sentidos de aquella experiencia, anclados en temáticas universales: el *sacrificio*, la continuidad de la *lucha*, el movimiento pendular que, en un devenir histórico, permite analizar la derrota del proyecto revolucionario y las *victorias* obtenidas o las por venir. En tanto “momentos de consenso”, las conmemoraciones sobre los “caídos” no hacen sino, desde la reafirmación de un *ethos* grupal, desde la promesa de que aquellos sacrificios “no hayan

---

<sup>381</sup> Da Silva Catela (2001) señala que en Argentina lo que se entiende por Derechos Humanos tiene que ver centralmente con la problemática de la desaparición política. La categoría “desaparecido” absorbe y condensa todo lo que en ese país se entiende por “Derechos Humanos”.



sido en vano”, generar comunidad (Camurça; 2005), dotar de sentido (en tanto significado y dirección) a la continuidad de un proyecto que los marcó a fuego, por el cual estuvieron dispuestos a dar la vida.

En ambos casos la *representación* se vuelve central para dar coherencia a ciertas dimensiones anteriormente escindidas, la “traducción” al presente de ese pasado, de las lógicas y códigos morales y políticos de la cultura militante a la de la sociedad en general, pero ante todo entre *violencia* y *política* encuentran en las conmemoraciones un espacio privilegiado. Al igual que en las trayectorias analizadas a lo largo de los primeros cuatro capítulos, donde la opción por la violencia política busca ser permanentemente situada en un “contexto” específico, en los homenajes el contexto viene dado por la selección de hechos, circunstancias pero sobre todo “colectivos” que complejizan el sentido del a violencia en torno a un objetivo “político”. Tanto el hecho de la “fuga” –con todos los elementos positivos adjudicados a esta “gesta”- y la figura de “las 9” como colectivo dotado de características complementarias en el primer caso, como el contrapunto que constituye “Murina” Kreiker como “símbolo y síntesis” del trabajo de base en el segundo, conforman una trama simbólica desde donde representar la complejidad de relaciones entre esas dos esferas de significación escindidas dentro de las sociedades nacionales modernas.

Esta trama simbólica de personajes, lugares, periodos y fechas seleccionados y los atributos asociados a los mismos son enmarcados dentro de aquello pasible de ser enunciado, consagrado u oficializado dentro de un espacio social más amplio, dejando marcas que han logrado ser inscriptas de manera permanente en lo público. En esas marcas destinadas a perdurar, que necesariamente cristalizan y reifican “una” memoria, la militancia en organizaciones político militares sigue siendo expresada de manera general o sólo puede ser leída entre líneas, revelando que la misma continúa siendo un tema tabú. La reactualización de los sentidos que evocan –entre ellos el silencio sobre la “lucha armada”- dependerá necesariamente de las interpelaciones de las siguientes generaciones sobre ese pasado.

## Conclusiones

Al programa televisivo de Mirtha Legrand, unos pocos días después de la asunción presidencial, asistió Néstor Kirchner y su mujer Cristina Fernández. Mientras tomaban café Mirtha Legrand preguntó, en tono un tanto irónico, “se viene el zurdaje<sup>382</sup> presidente?”, aludiendo a su pasado militante. Kirchner contestó enérgicamente “por opiniones como esas hay 30000 desaparecidos en este país”. La respuesta dejó pasmada a la conductora, que con risas nerviosas desvió la conversación. Por primera vez, desde la reapertura democrática, un presidente se posicionaba de ese modo ante la opinión pública.

Desde la asunción de Néstor Kirchner como presidente de la Nación, la memoria sobre la militancia en organizaciones político militares, puntualmente en Montoneros, centrada en su figura y en la de otros funcionarios de su gestión, se ha vuelto a activar. Durante su asunción, el 25 de mayo de 2003, los medios de prensa recalcaron su pasado militante dentro de la JUP (Juventud Universitaria Peronista, agrupación de masas que respondía a Montoneros) para marcar su “origen” político y el de su mujer, Cristina Fernández. Posteriormente, el foco de la prensa se desplaza en el mismo sentido hacia los miembros su gabinete. La revista Noticias se refiere así a ellos:

“Son culturalmente peronistas y setentistas. O sea, creen en el valor de las ideas y en la ideología, en el papel rector del Estado y en las políticas sociales públicas, en el mercado interno y en una inserción autónoma de la Argentina en la globalización. Hablan de “inclusión social” en vez de “justicia social”. Negocian a la vez que “bajan línea”. Tienen entre 40 y 55 años, la franja de 15 años que darían identidad a una generación según la definición de Ortega y Gasset. Proviene, con mayor o menor protagonismo, y más o menos inclinación a la izquierda, de la explosión peronista de aquella década: herederos del tumultuoso retorno de Juan Perón al poder, como así también de su decadencia y de la posterior derrota frente a los militares procesistas.” (*Los hombres del presidente. Ideología K*; Revista Noticias N° 44; 28 de mayo de 2004)

Para caracterizar a “ideología K”, como titula la revista Noticias a esta nota, todos los medios de prensa habrían de recalar en los curriculum éticos, profesionales y políticos de los miembros del gabinete del gobierno de Kirchner. La memoria sobre los ‘70 se une inevitablemente al perfil que de ellos se construye valiéndoles el calificativo

---

<sup>382</sup> “Zurdo” constituye un modo coloquial –con ciertos matices despectivos– de calificar a las personas y grupos “de izquierda”.

de “setentistas”. Pero ¿Qué significa esta palabra? La categoría de “setentista” se ha transformado, desde el comienzo de la “gestión K”, en un terreno de disputas por su significado o más bien por su valoración ética y política. El primer signo de visibilidad sobre esa memoria es la presencia de datos sobre las trayectorias de algunas de las personas que rodean al ex presidente (y a él mismo) señalando su vinculación en los ‘70 con la llamada Tendencia Revolucionaria del Peronismo. Noticias los califica de “herederos del tumultuoso retorno de Juan Perón al poder”, cosa que se repite en otros medios de prensa recreando toda una simbología al respecto.

En cuanto a su identidad como militante, el nuevo presidente se diferenció de todos los anteriores posicionándose como parte de la generación del ‘70 en cuanto a sus principios, la construcción de su identidad se basó en su condición de “perseguido político” (es decir de sobreviviente) y de militante de la JUP. Siendo esta última, por oposición a Montoneros, un órgano legal, la selección deja entrever que la legitimación que implica haber pertenecido a ese movimiento reactiva valores de compromiso con un ideal “de izquierda” pero no con la violencia ejercida. La participación de estos agentes en organizaciones político-militares, al menos abiertamente, sigue permaneciendo en la oscuridad.

Según las encuestas, los que más simpatizaron con esta imagen son los jóvenes, en sus contemporáneos, muchos de ellos presentes en los medios de prensa analizados, las opiniones son dispares. Entre los medios de mayor tirada editorial en el país, muy sucintamente, se podría decir que La Nación<sup>383</sup> tuvo una ofensiva declarada contra la gestión K, periodistas tradicionalmente considerados de derecha como Mariano Grondona han condenado interrumpidamente sus actos. Una vez más el principal argumento gira en torno a sus identidades “setentistas”, significando esto desde esta perspectiva, “anacronismo”, “demagogia” y poca habilitación para ser presidentes “democráticos”.

Como he intentado mostrar en esta tesis la relación con este pasado, constituida en terreno de disputa, revela que las memorias sobre los ‘70 y las identidades consiguientes, asumidas y adjudicadas por diversos grupos, aparecen como elementos centrales en la

---

<sup>383</sup> Los tres medios de prensa analizados pueden ser catalogados (de un modo muy simplificado) como de derecha (La Nación), de izquierda (Página/12) y en un intermedio el diario Clarín.

construcción ya sea de una legitimidad o de una deslegitimación que disputa el sentido de las acciones políticas en la actualidad, reavivando los conflictos relacionados con ese pasado.

El conflicto entre memorias públicas desatado a raíz de la identidad del ex presidente Kirchner y de la actual presidenta Cristina Fernández, no hace sino revelar un giro en las condiciones de posibilidad de emergencia de los relatos sobre los '70. La memoria oficial durante todos los años que corren desde la reapertura democrática hasta el hoy, fue constituyendo a la militancia en organizaciones político militares y a violencia política como un tema tabú. Se puede hipotetizar que con el paso del tiempo las generaciones más jóvenes son las que empiezan a interrogar sobre ese pasado y al mismo tiempo a tornar posible que el haber sido un “setentista” sea un elemento de legitimación.

Desde que comencé esta investigación hasta la fecha mi percepción sobre el silencio de los ex militantes fue variando, la “era Kirchner” sin duda constituyó un momento clave de activación de la memoria sobre los '70, durante estos casi diez años de “gestión K” los ex militantes han pasado a tener una cierta visibilidad pública tanto en relación al gobierno como en actos y homenajes. Si bien considero que la “lucha armada” sigue constituyendo un tema tabú, un campo de conflictos que disputa el sentido de la Nación, durante todo el trabajo de campo no se me planteó ninguna negativa con respecto a una entrevista, ni una con respecto a la observación de un evento. Sabemos que la elaboración de un testimonio responde a la voluntad de hablar de las personas, pero también a la voluntad de escuchar de otras y en general, a la capacidad de una sociedad para participar de una construcción de memoria que, en este caso, torna conflictiva la elaboración de su identidad. En este sentido, fue necesario rastrear la trama de tabúes que, tanto al interior como al exterior de las comunidades de ex militantes, delimitan las zonas de lo narrable y lo inenarrable, de lo decible y lo indecible.

Da Silva Catela en la conclusión de su libro sobre las experiencias de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos señala que “los sobrevivientes (...) todavía son acusados socialmente. Sobre ellos se ejerce la violencia simbólica de la culpa, por ‘haber impuesto la violencia política en los '70; ‘por haber sobrevivido’; son silenciados porque sólo ellos pueden contar la deshumanización de los centros clandestinos de detención (...) Durante mucho tiempo para mantener el lugar de

víctima y no ser arrasado por la lógica de la teoría de los dos demonios, era imprescindible silenciar cualquier tipo de militancia”. Y deja planteada la pregunta “¿Por qué todavía no se generaron más espacios sociales que legitimen esas voces? ¿Qué peligros y miedos encubren?” (Da Silva Catela; 2001; p. 284).

Por las acusaciones sociales señaladas por Catela, los militantes, los sobrevivientes, quedan atrapados en un juego de silencios y reproches que condicionan las reglas de lo decible. Las memorias subterráneas que emergen, quedan sujetas a ciertas reglas impuestas tanto por la memoria oficial como por los códigos implícitos en el *ethos* de este grupo específico.

Ya hemos analizado como las memorias oficiales constituyeron a la militancia en los '70 en un tema tabú moldeando las reglas de enunciación de una experiencia. Así también, el relato de experiencias personales se tensiona con ciertas reglas del discurso militante: el relato “individual”, en clave personal, como el requerido en esta investigación contradice el colectivismo de aquella experiencia, cualquier relato inmediatamente es percibido como general y las personas asumen el rol de “portavoces” de una experiencia que no les pertenece exclusivamente. En este marco todo discurso se vuelve un alegato, una responsabilidad y por lo tanto, se enmarca en las reglas de lo decible y lo indecible al interior de esta comunidad. “Si sos crítico corrés el riesgo de ser catalogado de quebrado”, me dice Juan, un ex militante montonero, “no te quiero contar las de cow boys, y hacer una apología de la lucha armada”, me dice Ignacio Vélez, estas dos frases indican los marcos que la comunidad impone a sus miembros para hablar de sus experiencias personales, la crítica excesiva roza los límites de la traición, la idealización excesiva roza con la apología. En esos marcos, la responsabilidad sobre lo dicho pone en juego la honra de toda la “generación”.

En ambas lógicas, las experiencias personales son algo que tiende a desaparecer, y con ello la posibilidad de analizar toda la complejidad de motivaciones, sentimientos, representaciones que hacen a seres humanos y grupos concretos. Con ello desaparece también la posibilidad de analizar sus experiencias más allá de la supuesta excepcionalidad de su opción por la violencia política, como el resultado de procesos sociales, políticos y culturales generales, compartidos con el resto de la sociedad.

Esta investigación buscó, mediante la etnografía, centrarse en los puntos de vista particulares, en las vivencias, más allá de las lecturas político ideológicas que priman en los relatos sobre “los ‘70””; buscando con ello alejarse también de las explicaciones monolíticas y abstractas sobre la violencia y volver a situarla en el complejo de significaciones y prácticas donde la misma se vuelve posible y relatable.

Así fue que la interpretación de estas experiencias, que al inicio estaban centradas en la opción por la lucha armada, se fue desplazando sobre un universo de sentido más amplio recreado en las memorias: el de la militancia. El análisis sobre estas memorias recaló por un lado en las identidades que son reconstruidas como un origen, en experiencias de sociabilidad política tempranas que son señaladas como “causas” de su incorporación a las organizaciones. Dos temas son relevantes en este sentido: por un lado la identificación con ciertas condiciones políticas heredadas, que fundamentan en las memorias sus identidades políticas y organizacionales, por otro el sentir común respecto de un enfrentamiento percibido como irreductible con respecto a ciertos poderes, como fundamento de la paulatina radicalización de su participación política.

Esta participación política radicalizada, da lugar a la opción por la violencia en sus memorias y a la adopción de un tipo de militancia clandestina. Los significados socioculturales sobre los que se asientan y dan forma a estas experiencias, el “mundo” de la militancia y las características universales y particulares que éste presenta, fueron reveladores tanto de sus características excepcionales como de las categorías y nociones sobre las que la misma se asienta.

Nociones elementales como las de *tiempo*, *espacio* y sobre todo *persona* fueron las herramientas conceptuales principales para analizar las continuidades y discontinuidades que se reflejan en las memorias y de los pasos entre lo prohibido y lo permitido, lo claro y lo oscuro, lo público y lo secreto de ciertas actividades dentro de nuestras sociedades, particularmente en lo relativo al ejercicio de la violencia.

La clandestinidad revela una serie de transformaciones en categorías naturalizadas dentro de nuestras culturas como el cambio de nombre, de aspecto físico, de documentación y de historia de los militantes. El personaje armado en la clandestinidad fluctuaba entre la historia anterior de la persona, el presente riesgoso y los sueños futuros,

poniendo miles de marcas simbólicas que permitían, dentro de esta situación, preservar una constancia dentro de esa identidad práctica que es el yo.

El universo de la clandestinidad por otra parte se inserta en un universo más amplio, tiene como contraparte al de la legalidad y las reglas que dentro de nuestras sociedades marcan lo permitido y lo prohibido a sus miembros. La tensión entre legalidad y clandestinidad como universos, marcan esos límites y consiguientemente entre una identidad legal y una clandestina. Los subterfugios planteados por este tipo de militancia para llevar a cabo una actividad paralela, para evadir los innumerables controles que el Estado implementa para identificar a los ciudadanos, es reveladora de las formas sociales de identificación en general, de los mecanismos que, en circunstancias “normales” operan en la adjudicación y asunción de identidades individuales y colectivas.

En este sentido, toda la investigación relaciona lo legal y lo clandestino como dos polos de representaciones relacionadas con un registro de identificación oficial, pero al mismo tiempo echa luz sobre las fluctuaciones y los trabajos sobre el habitus, como historia hecha carne que, incorporada, deja huellas que persisten hasta el presente y se materializan en comportamientos, hábitos e inclusive nombres que tienen como función tornar reconocibles a las personas dentro de ciertos grupos.

Por otra parte, el análisis giró también en torno a ciertos componentes motivacionales y afectivos implícitos en la opción por la militancia en organizaciones político militares. Algunas preguntas orientaron este análisis ¿Cómo es que estos jóvenes se implicaron en una actividad poblada de riesgos llegando a comprometer su vida? ¿Qué es lo que hizo que la militancia “valiera la pena”? Este tema, analizado en los capítulos II y III, cala en dilemas religiosos, como la vida, la muerte y el sufrimiento, anudados al mismo tiempo al sentido de lo individual y lo colectivo dentro de la militancia. Más allá de los componentes político ideológicos que orientaron el involucramiento en la “causa” aquí analizada, la fuerza de este compromiso con un proyecto se relaciona con una forma de trascendencia que, en las memorias, trasponía los límites de su propia individualidad, e inclusive de su propia vida tornando a la posibilidad de morir algo tolerable. En este marco, el sufrimiento por el cual me pregunté al principio, es significado como una experiencia que potenció el compromiso militante, e incluso generó fuerzas que lo catalizaron.

Por otra parte, otro núcleo de análisis está constituido por los significados adjudicados desde el presente a la violencia como estrategia política. Las organizaciones político militares vulneraron el poder del Estado en todos sus sentidos (como monopolio de la violencia legítima, del poder económico y del sentido de la justicia) pero al mismo tiempo que rompían con las estructuras institucionales debían romper también con las estructuras que, incorporadas, sancionaban internamente el ejercicio de la violencia. Esta ruptura de los contratos civilizatorios, es recordada en el marco de un gran soporte político ideológico “teórico”, que entreteje en las memorias los justificativos sobre la violencia ejercida. Pero, al mismo tiempo, en lo que a las experiencias concretas se refiere, entraña un sinfín de sentimientos ambivalentes, de contradicciones que revelan la tensión inherente a los contratos civilizatorios como reglas impuestas, pero también incorporadas.

Si nos referimos a la violencia ejercida, no todos los actos violentos son significados del mismo modo desde el presente. En el capítulo III he analizado la variedad de acciones llevadas a cabo y las interpretaciones que conllevan. De entre las mismas, los “ajusticiamientos” son las acciones que más dudas siembran y su evaluación son los focos de la mayor parte de las “autocríticas”. En las evaluaciones que desde el presente se hacen en relación a las acciones armadas, se combinan el consenso que los mismos tuvieron entre el “pueblo”, las justificaciones teóricas, las caracterizaciones sobre el “otro” como enemigo y, en un plano más íntimo, el hecho de matar. Dentro de las concepciones cristianas en las que los militantes habían sido socializados, las muertes en enfrentamientos y los ajusticiamientos entran en contradicción con el fin humanista que sostenían las organizaciones y con el valor de la vida humana en general. Por más que estuviera justificada, la violencia ejercida suponía desandar los valores incorporados. En este contexto, el sufrimiento propio es recordado como más tolerable que la culpa o el remordimiento implícito en el hecho de matar.

La consigna en los ’70 era “a vencer o morir”, para las personas que entrevisté en esta investigación, la victoria nunca llegó, la muerte tampoco. Situados en una zona gris entre las dos opciones dentro del futuro imaginado y de las valoraciones morales concomitantes, los militantes desovillan las causas del fin de aquella etapa, cristalizado en el sentido de la “derrota”, derrota que al mismo tiempo debe ser confrontada con el



término que le hace de espejo, el de la “represión”. Que la derrota haya significado además una tragedia, donde algunos lazos sociales fueron cortados irreversiblemente por medio de la desaparición y la muerte, y el tránsito por experiencias límite, genera en este grupo nuevas identidades: la de sobrevivientes y las de compañeros o familiares de desaparecidos.

Pero la configuración de estas identidades no se da sin más, con respecto a los años de persecución por parte del Estado, los recuerdos se refieren además a otros pasos entre lo legal y lo clandestino, entre lo claro y lo oscuro, entre lo público y lo secreto. Durante todo el desarrollo de esta investigación he analizado como el “mundo” de la militancia clandestina modificaba la noción de persona, lo propio sucedió cuando tuvieron que salir de ese mundo. Al “blanquearse”, es decir al volver a la legalidad, las identidades volvieron a modificarse, al tiempo que se modificó el significado de lo individual y de lo colectivo.

El “blanquearse” implicó además reestructurar identidades y significaciones respecto del Estado. Amnistías y sobreseimientos, regularización de situaciones legales irregulares, indemnizaciones, reincorporaciones laborales fueron políticas de estado que tendieron a dar solución a las consecuencias de la dictadura y la vida en la clandestinidad. A un nivel social estas políticas trazaron una línea divisoria entre la memoria y el olvido, una separación entre culpables e inocentes, un reconocimiento o una deslegitimación de ciertos grupos y personas que hoy se manifiestan en las visibilidades e invisibilidades ciertas experiencias y de los grupos y personas que las transitaron.

La presencia del Estado en las experiencias de “regularización” o “blanqueamiento” se constituye en un punto de referencia permanente en las memorias, pero además se relaciona con las posibilidades de volver a “recomponer” un mundo, desde su inserción social en redes laborales y políticas hasta los lazos sociales más cercanos. El retorno al mundo “legal” se presenta en las memorias como la condición para llevar una vida “normal” y poder proporcionársela a otras personas, principalmente a sus hijos.

En base a las experiencias de reincorporación al mundo “normal” o a la “sociedad”, como lo denominan las personas que entrevisté, otro núcleo de reflexión se abre en torno a la supervivencia. La supervivencia, en relación a la experiencia anterior

de la represión a veces se revela como una condición aún más dolorosa que la muerte. La “culpa” aparece como un sentimiento anudado a la responsabilidad sobre algunas personas cercanas afectivamente o que socialmente respondieron a ciertas posiciones sociales que arquetípicamente obligan al “cuidado”, como hermanos, hijos, o compañeros de menor edad o jerarquía, que fueron separados de ellos por la clandestinidad o por la muerte y la desaparición. A partir de esto se plantea una duda (y una deuda) moral y política relacionada con la decisión de haber optado por la violencia política que, desde el presente, torna dificultoso (hacia atrás) establecer el tipo y el grado de responsabilidad sobre lo sucedido posteriormente y obliga (hacia el futuro) a tornar comprensible esa opción para con esas personas y conmemorar como forma de conjurar el drama de la muerte y la desaparición.

La opción por la lucha armada por lo tanto, no es evaluada como una opción sin costos, sin contradicciones para los individuos. La misma arrastra en un plano personal culpas y reproches, en un plano político se expresa en las numerosas críticas y autocríticas realizadas a y entre los ex militantes.

En otro sentido los dilemas implícitos en supervivencia se relacionan con la modalidad del accionar represivo, marcando un desfase entre las expectativas que ellos tuvieron en otro momento sobre las formas de morir y lo que les sucedió posteriormente. La muerte esperada como consecuencia de la lucha armada era una muerte heroica. La muerte esperada, acorde a la vida llevada, era una muerte conforme a las reglas del combate, no a las del accionar clandestino por parte del Estado que actuó secuestrando, torturando y propiciando la delación. Cuando el Estado comenzó a actuar clandestinamente, contradiciendo al mismo tiempo las reglas según las cuales, idealmente, se ejerce la violencia legítima, el enfrentamiento empezó a parecerse más bien a una cacería y la supervivencia, enmarcada en la lógica de los Campos de Concentración como su expresión extrema, se tornó ambigua.

En las memorias analizadas en esta investigación, y particularmente en el capítulo IV, los muertos y desaparecidos condensan para este grupo los ideales de heroicidad. Ellos entran en uno de los extremos de las dos categorías vistas como configuradoras del futuro en aquel momento: no vencieron pero murieron luchando. Esa heroicidad, se refiere además a personas jóvenes, lo cual torna esa representación aún más fuerte, al

verse su vida como una vida “truncada” el ideal del sacrificio máximo, el de dar la vida por la causa, se ve reforzado.

Más allá de las características de cada uno los muertos y desaparecidos, ellos son recordados por los ex militantes como “los mejores”: los mejores amigos, los mejores compañeros, los mejores hijos. Los mismos penetran con el hecho de su muerte en la esfera de lo sagrado y cualquier crítica a esa memoria, corre el riesgo de ser vista como una profanación.

Aún así, en las memorias sobre la heroicidad de cada muerto o desaparecido hay gradaciones, ligadas por un lado a quien era cuando aún estaba en vida, al *ethos* militante y a las clasificaciones y jerarquías inherentes a la militancia. En general, aquellos que gozan de mayor admiración en el presente son los que, jerárquicamente, eran cúpulas de las organizaciones, referentes, y que llevaron esa opción hasta las “últimas consecuencias”. Esto último indica que, así como las valoraciones morales están en consonancia con la memoria sobre esas vidas, también lo están con sus circunstancias de muerte y los comportamientos asociados.

El mito sobre la heroicidad de los “compañeros caídos”, opera como guía moral entre los vivos, generando comportamientos y representaciones específicas que funcionan como fuerzas de fusión y fisión entre los grupos. Los ex militantes en general se agrupan bajo diferentes identidades asumidas y adjudicadas: “los ex presos”, “los del exilio”, “los de La Calera”, “los Sabinos”, “las chicas del Buen Pastor”, “las de Devoto” son identidades colectivas que engloban a esas personas en base a ciertas experiencias comunes.

Los conflictos entre ex militantes, las fuerzas de fisión, tienen que ver con actitudes, con valores que siempre se encuentran en disputa y que reagruparon y reagrupan a estas personas a lo largo de casi cuarenta años. Entre ellos existen actitudes consideradas “reprobables” ligadas a las memorias sobre los años de militancia o represión, pero las mismas tienen diferentes consecuencias en relación a los lazos dentro de la comunidad de ex militantes. Algunas son vistas sólo como “diferencias” salvables, otras como productos de ciertas coyunturas que, pasadas, es posible “olvidar” o “perdonar”. Al igual que con respecto al Estado, la memoria separa hechos recordables de otros que son susceptibles de ser “amnistiados” en pos de la cohesión del grupo. Hay

otros que, sin embargo, trazan una oposición irreductible entre las personas, casi imposible de superar, que llevan a la supresión de cualquier tipo de relación.

Tanto en relación a actitudes que hacen a la cohesión como a la disolución de los vínculos observamos la presencia de valores. Algunos valores ético-políticos positivos unen pasado y presente: “coherencia y honestidad”. Con estos valores los ex militantes evalúan las trayectorias propias y las de sus compañeros. Si atendemos a estos dos valores como rectores de lo deseable, como fuerzas de fusión, los valores negativos que operan como fuerzas de fisión entre personas y grupos serían la incoherencia y la deshonestidad.

Los valores positivos se agrupan en torno al ideal de la herocidad, los negativos, como he señalado en el capítulo IV, al de la traición. La traición se relaciona con ciertas conductas referidas a la militancia y a las opciones político ideológicas, pero principalmente con la represión, particularmente con las situaciones de “colaboración” con el “enemigo”. Concebida según la institución de la “justicia revolucionaria” pero situada dentro de la situación límite que implicó principalmente el Campo de Concentración, la “colaboración” simboliza un “quiebre” en el *ethos* militante en general, exhibiendo también una serie de gradaciones, relacionadas con cada situación y persona concreta. Lo que es importante analizar es que la “traición propiamente dicha”, la “colaboración” traza el límite de la cohesión y la identificación con ciertos individuos y grupos. El “traidor” se transforma, real o potencialmente, en un “otro”, pero un “otro” que no deja de tener contornos difusos cuya delimitación opera como un potente mecanismo de gestión de la identidad.

La traición y la heroicidad funcionan como polos de representaciones extremas que, si bien se pueden considerar tipos ideales donde en la práctica ninguna situación encaja perfectamente, actúan como guías morales. La traición es el tema más controversial y tabú al interior de la pequeña comunidad de ex militantes analizada en este trabajo. Lo cierto es que esta oposición entre representaciones, valores y actitudes se desprenden las reglas que rigen fuerzas morales y políticas que unen o separan a este grupo generando identidades específicas al día de hoy.

El capítulo V aborda centralmente las representaciones inherentes al mundo de la militancia cuando son puestas en escena. Particularmente el polo de representación de la

heroicidad, condensada por las figuras de los muertos y desaparecidos de los grupos con los que trabajé como fuerzas motoras para la conmemoración, esta vez pública. En este sentido me pregunté ¿Qué espacios se abren dentro de nuestra sociedad para la emergencia de estas experiencias? ¿Bajo qué condicionamientos? ¿Cuáles son las estrategias que en la actualidad estos agentes despliegan para representar estas memorias en lo público? ¿Cuáles son los discursos con los cuales se enfrentan y se complementan los discursos de “reivindicación” en torno a figuras, hechos o lugares relacionados con la militancia y la “lucha armada” en los 70?

Este último capítulo intentó situar las perspectivas personales analizadas a lo largo de toda la investigación en procesos grupales de génesis y *representación* del recuerdo. De este modo el análisis de “homenajes” y marcas, de emprendimientos de memorias grupales tendientes a inscribir en el espacio público los símbolos las experiencias de militancia hasta ahora silenciadas buscó ser la puerta de entrada a la trama de legitimidades diferenciales que enmarcan lo decible y lo indecible públicamente. En este sentido vimos como, pese a seguir constituyendo un tema tabú, las memorias relacionadas con los “héroes” y “mártires” grupales y con los propios ex militantes como emprendedores de memorias constituyen modos de gestionar sus identidades colectiva e individualmente. Disputando el sentido de “los ‘70” como tiempo-espacio de la vida nacional donde se anclan los significados acerca de la violencia política, representando el “mundo” de la militancia, los ex militantes construyen simultáneamente un lugar en ese mundo y un sentido de continuidad que torna coherente ese pasado con el presente y el futuro. A partir de allí vimos como estas conmemoraciones configuran una trama simbólica desde la cual tornar inteligibles las experiencias relacionadas con la violencia política antes silenciadas y “reivindicarlas”, es decir dotarlas de un sentido alternativo a los argumentos estigmatizantes que las silenciaron hasta el momento. De este modo el capítulo buscó adentrarse en las tensiones y transiciones de memorias personales a grupales a la hora de una cristalización que busca inscribirse en universos sociales más amplios, de los “pasos” de esas memorias de subterráneas a públicas y de públicas a oficiales. El análisis de las posiciones objetivas y legitimidades diferenciales que hacen posible la inscripción de ciertas memorias en lo público disputando su inclusión en las memorias de la Nación, buscó dar cuenta de la función de las mismas como elementos de

legitimación o deslegitimación a la hora de motorizar prácticas políticas la democracia actual.

A lo largo de todo este análisis he intentado dar cuenta de las fluctuaciones que, en las memorias sobre la militancia, se introducen, marcan continuidades y discontinuidades en las identidades individuales y colectivas asumidas y adjudicadas por y a los ex militantes desde el presente. El análisis entraña una serie de planteos políticos, religiosos y morales que dan forma a esas memorias como modos de disputar sentidos sobre el pasado y legitimar acciones presentes al interior de estos grupos y dentro de nuestra sociedad nacional. En este sentido al mismo tiempo que el proceso de investigación arroja respuestas sobre temas que al principio resultaban opacos, muchas preguntas quedan abiertas.

Concluir significa cerrar. La palabra no refleja con exactitud el tipo final de un trabajo como el aquí planteado, en parte por la naturaleza de su objeto, en parte por la actualidad, siempre mutante, de los procesos que aquí se analizan. La memoria en si misma se presenta siempre como provisional e incompleta, surge de la complementariedad o la oposición de los grupos que la sustentan y se reinventa a si misma permanentemente, es siempre una búsqueda contrarreloj del sentido del presente y de la identidad de sus portadores.

El proceso recordar y transmitir memorias sociales entraña disputas sobre esos recuerdos, revela tensiones entre memorias contrapuestas, olvidos y silencios. Por lo dicho el proceso de construcción de memorias colectivas no puede concluir mientras los que recuerdan continúan con vida, y la interpretación de estos procesos no puede presentarse como definitiva, cerrada, conclusa. Más bien las mismas son el terreno desde donde diferentes identidades políticas se forjan, trazan fronteras, disputan el sentido de la política misma y de la Nación.

## **Anexo**

### **Ex militantes entrevistados**

#### **(Entrevistas en profundidad)**

##### **1- Ignacio Vélez.**

Nació en Córdoba, es hijo único. Su padre era abogado y su madre ama de casa.

Su padre era peronista, su madre no tuvo militancia. Militó en Montoneros. Realizó sus estudios primarios en un colegio religioso de la ciudad de Córdoba y los secundarios en el Liceo Militar. Tiene título universitario en abogacía. Católico.

Una hija.

Se exilió en México.

58 años al momento de la realización de la entrevista.

##### **2- María de Poggi (Nombre ficticio)**

Nació en Córdoba, tiene cuatro hermanos, uno militó en Montoneros y está desaparecido.

Su padre era comerciante y su madre ama de casa, militaron en la Democracia Cristiana.

Militó en Montoneros. Realizó sus estudios primarios en un colegio estatal y los secundarios en uno religioso. Es trabajadora social y trabaja como profesora universitaria. Católica.

Dos hijos.

Estuvo detenida clandestina y legalmente.

58 años al momento de la realización de la entrevista.

##### **3- Luis Rodeiro**

Nació en Córdoba, tiene dos hermanos. Su padre era médico y su madre ama de casa, su padre era simpatizante del socialismo. Militó en Montoneros. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales. Cursó estudios en derecho pero no finalizó.

Trabaja como periodista. Su padre era agnóstico y su madre católica, él es católico.

Un hijo.

Estuvo exiliado en México.

61 años al momento de la realización de la entrevista.

##### **4- Manuel Poggi (nombre ficticio)**

Nació en General Roca, tiene una hermana. Su padre era colectivero y su madre maestra, ambos peronistas. Militó en Montoneros. Realizó sus estudios primarios y secundarios en el colegio salesiano. Estudió ciencias políticas en la Universidad Católica de Córdoba pero no terminó sus estudios, estudió ciencias de la información en la Universidad Nacional de Córdoba y actualmente es periodista. Católico.

Dos hijos.

Estuvo detenido legal y clandestinamente en el Campo de la Rivera y en La Perla.

60 años al momento de la realización de la entrevista.

##### **5- Norma Álvarez.**

Nació en Córdoba, tiene dos hermanos. Su padre era empleado público y su madre ama de casa. Militó en Montoneros. Realizó sus estudios primarios en un colegio estatal, una

parte de los secundarios en un colegio de monjas y los terminó en la escuela nocturna. Actualmente trabaja en la obra social de un sindicato. Católica.

Dos hijos.

Estuvo exiliada en Suecia y en Nicaragua.

56 años al momento de la realización de la entrevista.

#### **6- Cristina Bollatti.**

Nació en Las Rosas, provincia de Santa Fe, tiene un hermano. Su padre era carpintero y su madre ama de casa. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales, y los universitarios en la Universidad Nacional de Rosario. Es farmacéutica y actualmente trabaja en la farmacia de la Obra Social de Villa Constitución. Su padre era socialista. Militó en el PRT-ERP. Es agnóstica.

Un hijo.

Estuvo detenida clandestina y legalmente.

55 años al momento de la realización de la entrevista.

#### **7- Cristina Salvarezza.**

Nació en Córdoba, tiene dos hermanos. Su padre era técnico en agronomía y su madre ama de casa. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios religiosos y los universitarios en la Universidad Nacional de Córdoba. Es arquitecta pero trabaja como docente. Militó en el PRT-ERP.

Una hija.

Estuvo detenida y se exilió en Francia y en México.

62 años al momento de realización de la entrevista.

#### **8- Antonio López (nombre ficticio).**

Nació en Córdoba, tiene 5 hermanos, dos de ellos militaron en el PRT-ERP y están desaparecidos. Su padre era obrero ferroviario y su madre empleada doméstica. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales. Su padre era peronista y fue delegado sindical, él militó en el PRT-ERP.

Una hija.

Estuvo detenido clandestina y legalmente.

55 años al momento de realización de la entrevista.

#### **9- Luis Mattini o Arnol Kremer.**

Nació en Zárate, provincia de Buenos Aires, tuvo un hermano que participó en el PRT-ERP y está desaparecido. Su padre y su madre eran obreros. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales. Trabaja en la Defensoría del Pueblo de la Nación. Sus padres tuvieron militancia sindical y participaron en el PRT-ERP. Militó en el PRT-ERP.

Dos hijos.

Estuvo exiliado en Suecia y el México.

64 años al momento de la realización de la entrevista.

#### **10- María Baraldo.**



Nació en La Laguna, provincia de Córdoba. Su padre era obrero metalúrgico y su madre ama de casa. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales, cursó Trabajo Social hasta tercer año y tiene una tecnicatura en Lengua y Cultura Aborigen. Trabaja de enfermera. Su padre tuvo militancia sindical. Militó en el PRT-ERP.

Estuvo detenida y exiliada en Francia y Nicaragua.

No tiene hijos.

58 años al momento de la realización de la entrevista.

#### **11- Silvia Tubis.**

Nació en Córdoba. Tiene tres hermanos, dos de ellos militaron en el PRT-ERP. Su padre era periodista y su madre empleada pública. Tiene estudios universitarios en ciencias económicas, pero no terminó, trabaja como modista. Su padre militó en el radicalismo y su madre tuvo militancia sindical. Militó en el PRT-ERP.

Estuvo detenida y en la clandestinidad durante la dictadura.

5 hijos.

#### **12- Rodolfo Novillo.**

Nació en Córdoba. Tiene 9 hermanos, cinco de ellos militaron en el PRT-ERP, uno en el radicalismo, otro en el peronismo y otro en la democracia cristiana. Una de sus hermanas estuvo desaparecida y sus restos fueron identificados. Su padre era escribano y su madre empleada bancaria, no tuvieron participación política. Militó en el PRT-ERP. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales, estudió historia en la Universidad Nacional de Córdoba.

Estuvo detenido legal y clandestinamente en el campo de concentración La Perla.

Tiene 3 hijas.

50 años al momento de la realización de la entrevista.

#### **13- Rodolfo Rapetti.**

Militó en el PRT-ERP

Estuvo exiliado en Italia.

#### **14- Patricia Bardach.**

Nació en Buenos Aires, tiene nueve hermanos, uno de ellos militó en el peronismo y otro en el PRT-ERP. Su padre era contador y su madre ama de casa. No tuvieron participación política. Militó en el PRT-ERP.

Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios religiosos, estudió psicología.

Estuvo detenida.

Tiene 5 hijos.

50 años al momento de la realización de la entrevista.

#### **15- Luis Pihén**

Nació en Dean Funes, provincia de Córdoba, tiene ocho hermanos, uno de ellos tiene militancia gremial, una militancia cristiana, dos estuvieron cercanas a Montoneros y uno militó en Montoneros siendo asesinado. Su padre era ferroviario y su madre maestra de

piano. Cursó sus estudios primarios en un colegio estatal y los secundarios en el seminario de Jesús María. Actualmente se dedica a la venta de diarios y revistas. Militó en Montoneros.

Un hijo.

Es cristiano.

Estuvo detenido clandestina y legalmente.

48 años al momento de la realización de la entrevista.

#### **16- Eva Zamora**

Nació en Córdoba, tiene cuatro hermanos. Su padre trabajaba en una empresa constructora de caminos y su madre era ama de casa, ambos peronistas. Realizó sus estudios primarios, secundarios y terciarios en instituciones estatales. Actualmente se dedica a la venta de diarios y revistas. Era simpatizante de Montoneros.

Un hijo.

Es católica.

Estuvo detenida clandestina y legalmente.

52 años al momento de la realización de la entrevista.

#### **17- Gustavo Tissera**

Nació en Córdoba. Su padre era ferroviario y su madre ama de casa, tiene seis hermanos. Su padre simpatizaba con el radicalismo. Es católico de origen y ateo de elección. Militó en el PRT-ERP. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales.

Tiene 4 hijos.

Estuvo detenido.

46 años al momento de la realización de la entrevista.

## **Metodología: Abordajes y criterios**

El objeto de esta investigación ha sido la relación entre violencia, política y Nación en las memorias sobre las experiencias de “lucha armada” en los ’70 y las identidades que sustentan en la actualidad. Pero a esa generalidad subyacen una serie de distinciones, de elecciones que se fueron delineando a fines de circunscribir contextos, enfoques y personas que resultaran significativas al tema en estudio. El grupo aquí escogido y los temas a desarrollar derivaron de una serie de relaciones teóricas y empíricas inherentes al objeto de estudio, esta mediación entre la teoría y la empiria (Guber; 2001) fue desgajando los elementos significativos al universo de las memorias sobre la militancia en organizaciones político militares.

Situándome desde una perspectiva antropológica, es necesario aclarar que la misma no apunta a establecer la “verdad” sobre lo sucedido –como en una investigación histórica o judicial- sino más bien a reconstruir las significaciones que dan sentido a la violencia como una estrategia política desde el presente, a partir de los diferentes puntos de vista que disputan y reconstruyen el sentido de ese pasado. Sin embargo, las perspectivas han sido chequeadas con otras fuentes –como documentos e investigaciones– que intentan dar cuenta a su vez de esa tensión entre historia y memoria, entre los significados pasados y presentes y, en última instancia en aquello que llega a ser cristalizado y consagrado según regímenes de verdad específicos.

Partiendo de esta aclaración, el primer criterio en la selección de las personas con quienes trabajar, estuvo definido por su pertenencia a organizaciones político militares en los ’70. Sin embargo fueron tenidos en cuenta otros condicionamientos más generales que también hacen a la conformación de un habitus (Bourdieu; 1991) como los de clase social y género, y específicos como jerarquía alcanzada dentro de las organizaciones, como categorías sociológicamente relevantes en tanto que condicionan las “miradas desde un punto” del espacio social, y por lo tanto la memoria sobre estas experiencias.

Con respecto a la filiación política de los entrevistados, cabe trazar el recorrido mediante el cual se fue circunscribiendo el universo de las organizaciones a analizar. A fines de los años 60 existían una multiplicidad de organizaciones y partidos “de izquierda”, desde los tradicionales con orientación parlamentaria como el Partido Comunista, el Partido Socialista, o el Partido Obrero, las cuales también constituían

opciones de militancia en aquel momento, pero al ser el objeto de esta investigación la memoria sobre la violencia política, lo que caracteriza a las organizaciones que analizaré aquí no es su inclinación política de izquierda, sino su opción por la violencia y su orientación extraparlamentaria.

Por otra parte, más allá que puedan ser englobados dentro de la caracterización de “izquierda” o “izquierda revolucionaria” (Ollier; 1998) los grupos surgidos en aquellas épocas responden ideológicamente a la división trazada en los años previos a su aparición, por la dicotomía entre peronismo y antiperonismo: Montoneros, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), respondían a la tradición del movimiento peronista, pero con una nueva orientación “revolucionaria”<sup>384</sup>, mientras que el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) y la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO) (Seoane; 1991) respondían a una orientación más bien marxista, anudada a la tradición antiperonista.

La pertenencia a alguna de estas organizaciones político militares fue un primer criterio de selección de personas con las que trabajar, pero teniendo en cuenta que la pertenencia a una u otra tendencia política encuadra y condiciona la memoria de estos grupos, me vi en la necesidad de por un lado, rastrear dentro de este “mapa” de las organizaciones revolucionarias aquellas que resultan más significativas desde el presente a fines de circunscribir el universo posibles puntos de vista anudados a esta experiencia.

Montoneros y el PRT aparecían como las dos organizaciones más relevantes en las memorias públicas sobre el período, formaban parte de los sentidos dados a ese pasado que, actualmente, sirven para fundamentar identidades políticas. Las memorias sobre la militancia en estas organizaciones han sido activadas según diferentes tiempos de

---

<sup>384</sup> El movimiento peronista en general y el peronismo revolucionario en particular han sido siempre un fenómeno difícil de analizar en términos ideológicos. En el movimiento peronista, tanto como sus “formaciones especiales” como denominaban al peronismo revolucionario, convivieron sectores de derecha y de izquierda. Salvo en el caso de las FAR, que tenían una orientación marxista desde el principio y se sumaron al movimiento porque el mismo “representaba” la voluntad del “pueblo” (Gillespie; 1987) la composición de las otras dos organizaciones combinaba vertientes nacionalistas y ultracatólicas (algunas inspiradas en la Falange española, como en el caso de Montoneros) con la influencia comunista de la Revolución Cubana. Más allá de las diferencias el “socialismo nacional” era el objetivo y todas estas organizaciones se planteaban la violencia como estrategia política, aunque también hubieran diferencias metodológicas, FAR y Montoneros (posteriormente fusionados) abogaron por la “teoría del foco” como estrategia mientras que las FAP, tuvieron una metodología más bien insurreccionalista.

la historia nacional y son un elemento en la legitimación o la condena del accionar y las opciones políticas de ciertas personas y grupos en el presente<sup>385</sup>.

Esta lectura, que derivó en la decisión de trabajar con ex militantes del PRT-ERP y de Montoneros, se debió por otra parte a un factor metodológico, relacionado con el “campo”. Tratándose de un tema que ofrece resistencia a la palabra, las redes de confianza tejidas durante el trabajo de campo fueron un elemento esencial en la accesibilidad a las personas que accedieron a relatar sus experiencias. De este modo, algunas personas me fueron presentando a otras, reflejando estas presentaciones la continuidad de grupos y redes<sup>386</sup>. Estos contactos se dieron, salvo en un caso, entre personas de una misma organización, siendo en su mayoría ex militantes de Montoneros o del PRT-ERP<sup>387</sup>.

Con estas aproximaciones al campo, apoyadas en lecturas teóricas, la categoría de pertenencia a alguna organización quedó circumscripita a estas dos organizaciones que, por otra parte se presentaban en las investigaciones y los documentos históricos como las que mayor cantidad de gente habían nucleado en aquella época y las que más incidencia y presencia tuvieron en el terreno de lo público<sup>388</sup>.

---

<sup>385</sup> El relevamiento de diarios, libros y documentales sobre estas experiencias me permitió rastrear el tratamiento que esa memoria tuvo en lo público. En este sentido, la mayor parte de las producciones testimoniales sobre el tema se relacionan con Montoneros y el PRT-ERP, teniendo una presencia minoritaria aquellas relacionadas con la FAP. La prensa, que sin duda constituye otro tipo de registro diferente al testimonial, me permitió rastrear hasta que punto el tema tiene “actualidad” y a que experiencias, contextos y personas se asocia. Desde que comencé la investigación, la militancia en organizaciones político militares tomó actualidad y relevancia particularmente en lo relacionado con tres eventos: el indulto a Enrique Gorriarán Merlo y todos los responsables del copamiento de La Tablada (en mayo de 2003), la acusación a los jefes montoneros Firmenich, Vaca Narvaja y Perdía por parte del juez Bonadío por su responsabilidad en el marco de la “contraofensiva” montonera (agosto de 2003), y la polémica suscitada desde la asunción de Néstor Kirchner, quien adscribió a haber sido miembro de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo durante los 70. Particularmente, el tema de la militancia tomó “actualidad” con respecto a la figura de Kirchner y los miembros de su gabinete, sirviendo esa memoria ya sea para enaltecer o condenar las decisiones políticas del nuevo presidente.

<sup>386</sup> Esto se puede relacionar con otro “dato” que da cuenta de las redes y grupos de ex militantes en Córdoba y en el país. La Lic. Ana Guglielmucci, quien realizara su tesis para la licenciatura en antropología sobre las ex detenidas de la cárcel de Devoto, continuó su investigación entrevistando a ex militantes en la ciudad de Córdoba, si bien ella venía con contactos proporcionados por otros ex militantes desde Buenos Aires, se establecieron las mismas redes sociales, aún entre miembros de diferentes organizaciones, revelando la existencia de cierta “comunidad”.

<sup>387</sup> No descarto, en un futuro, adentrarme en las perspectivas acerca de la violencia política de los participantes en otras organizaciones que tuvieron mucha presencia pública, sobre todo en el ámbito de Córdoba, como el OCPO.

<sup>388</sup> Tanto las investigaciones de Gillespie (1987) sobre Montoneros como las de Pozzi y Schneider sobre el PRT-ERP (2000), así como el relevamiento realizado por Seoane (2001) indican que estas dos organizaciones fueron las que mayor cantidad de gente nuclearon en aquel momento, así como las que más

A partir de este recorte entrevisté, para este trabajo y para el documental que complementa esta etnografía, a 27 ex militantes de organizaciones político militares durante los 70, pero sólo 17 testimonios fueron usados para el análisis<sup>389</sup>. En cuanto a pertenencias organizativas, 10 de ellas fueron realizadas a ex militantes del PRT-ERP y 7 a ex militantes de Montoneros<sup>390</sup>. El criterio para circunscribir la cantidad de entrevistas realizadas se debió tanto a la grilla inicialmente planteada, como al criterio de saturación teórica (Valles; 1999 y Saltalamacchia; 1992), con la posibilidad de finalizar la selección de casos cuando la información demandada “satura”, es decir cuando se encuentran recurrencias con respecto a las categorías sobre las cuales se pregunta.

Más allá de las pertenencias organizacionales, otras variables como las de género, clase social y jerarquías organizativas fueron tenidas en cuenta en la selección de los entrevistados. Las mimas, como he dicho antes, condicionan la memoria sobre estas experiencias, pero a medida que avancé con el trabajo de campo me vi en la necesidad de circunscribir las subcategorías que subyacen a cada una de estas categorías, a cierto recorte, tendiente por un lado a rastrear sus propias redes, y por el otro a contar con una cantidad “manejable” de información.

La mayoría de los entrevistados pertenecen a una extracción de clase que se podría denominar “media”, teniendo en cuenta la totalidad de su trayectoria, pero debo recalcar la complejidad en el establecimiento de este criterio por varias razones: en primer lugar porque considero a la “clase social” como el producto de diferentes capitales

---

presencia pública tuvieron. Sin embargo, en base a estas investigaciones, es difícil estimar con certeza la cantidad de militantes que participaron en las mismas. Esto responde por un lado a clandestinidad que caracterizó a su accionar, hasta el día de hoy, los ex militantes son reticentes a manifestar a que organización pertenecieron abiertamente, por lo mismo no hay más registros estadísticos que los elaborados en base a las consecuencias de la represión de la que fueron blanco estos grupos, los cuales difícilmente pueden dar cuenta de las dimensiones numéricas del movimiento revolucionario y las proporciones dentro del mismo en cuanto a adherencias políticas. Por otra parte, se puede apelar a las declaraciones de los líderes de estas organizaciones, quienes contaban con el registro de los militantes, pero allí los datos también son contradictorios ya que el número de personas que participaron de estos movimientos suele ser un terreno de disputas sobre la legitimidad de su accionar, o, en la jerga militante sus “bases” o “su capacidad de movilización”.

<sup>389</sup> Más adelante explicitaré cual fue el criterio de selección de los testimonios.

<sup>390</sup> También realicé una entrevista a un ex militante de las FAP, una a un militante peronista villero que tuvo un contacto muy cercano con Montoneros, a un militante del sindicato de Luz y Fuerza que perteneció al PC, y a varias personas más protagonistas del hecho de la “fuga del Buen Pastor”. Si bien las mismas no fueron utilizadas en la escritura de esta etnografía me sirvieron para realizar un controles metodológicos dentro del trabajo de campo, sobre lo cual me explayaré más adelante.

(Bourdieu; 1995), principalmente culturales y económicos<sup>391</sup>, en segundo lugar porque se trata de un estudio sobre la memoria, por lo cual he tenido en cuenta los vaivenes en el ascenso y descenso social durante sus vidas (lo cual está íntimamente relacionado con lo anterior) y en tercer lugar, dado que una biografía es una “fabricación” (Bourdieu; 1999) y que se trata de militantes de izquierda donde la pertenencia de clase es una referencia identitaria central, una distancia considerable entre lo que analíticamente planteo como “clase” y las significaciones que ellos mismos adjudican a su “pertenencia de clase”, como identidad y sentido de pertenencia.

En cuanto a las jerarquías dentro de las organizaciones, diré que la mayoría de las personas entrevistadas se ubican en la categoría de “cuadros medios”<sup>392</sup>, es decir militantes con un alto grado de compromiso en la organización pero que no pertenecían a las “cúpuas”, “conducciones” o “direcciones”, punto más alto dentro de la escala vertical de las mismas, ni a las bases (simpatizantes o aspirantes). Sólo dos de los entrevistados tuvieron una jerarquía mayor dentro de las organizaciones y en el análisis solo incluí el testimonio de uno, siendo la otra entrevista incluida en el documental que acompaña esta etnografía.

Cabe una aclaración metodológica al respecto de la preponderancia de cuadros medios en la totalidad de las entrevistas y la coincidencia con que estos sean de clase media. Como he señalado anteriormente el principal modo de acceso a las personas entrevistadas fueron sus propias redes sociales y políticas, en este sentido las personas con las que tomé contacto en un principio fueron aquellas que yo conocía y que sabía que habían militado en los ’70. Esto posibilitó el acceso al campo pero a la vez condicionó las relaciones posteriores.

---

<sup>391</sup> Bourdieu (1991) señala que la posición que un agente ocupa dentro del espacio social depende de la estructura y el volumen de capital acumulado en un momento determinado de la historia. Considerando al espacio social como un campo de fuerzas, con campos específicos en su interior, los diferentes capitales funcionan como fuerzas susceptibles de ser movilizadas para conservar o modificar ciertas posiciones dentro de los campos específicos y de la sociedad en general.

<sup>392</sup> Pozzi (2000) ha señalado que en cuanto a la jerarquía organizativa la categoría de “militante” suele ser algo bastante elástico. En las entrevistas a lo que llamaré “cuadros medios”, el nivel de responsabilidad dentro de la organización suele ser elástico también, en algunos momentos es manipulado “hacia abajo” en las jerarquías, cuando se trata de mostrar menor responsabilidad con respecto a algunas decisiones tomadas por las jerarquías organizativas, en otras es manipulada “hacia arriba” para legitimar el grado de compromiso y entrega a la causa. En el caso de los líderes esta manipulación es secundaria, ya que ellos son reconocidos y reconocibles públicamente como aquellos que tuvieron mayor jerarquía y nivel de responsabilidad en las organizaciones.

Los primeros contactos fueron personas que, aunque no tenía una relación personal, conocía por circular en ámbitos en los cuales yo participaba, principalmente en el movimiento de Derechos Humanos. Luego ellos me fueron contactando con otros que no conocía, pero que, inevitablemente, permanecían ligados de un modo u otro a este sector social, predominantemente de clase media, al cual yo también pertenezco. Las clases bajas, en lo relacionado con las experiencias de militancia y represión, tal como señala Da Silva Catela (2001) son más reticentes a participar en las instancias que construyen una memoria pública de ese periodo, con lo cual fue mucho más difícil acceder a ellas<sup>393</sup>.

Se pueden hipotetizar razones con respecto a esta visibilidad de las clases medias en detrimento de las altas y bajas. En principio la preeminencia de personas de clase media puede deberse a la composición social del movimiento revolucionario, tomando la investigación de Gillespie (1987) dicho movimiento estuvo integrado en su mayoría por personas de esta extracción social. Desde el presente, las personas de clase media son las más visibles, pero como he dicho anteriormente, la pertenencia de clase, tanto de las personas como del “movimiento” en general<sup>394</sup> suele ser un terreno de disputas, operando un juego de manipulación con respecto a este elemento a la hora de establecer legitimidades. Si contrastamos los datos que hacen al análisis de la “clase” de los entrevistados (como los referidos a capital cultural o económico) y los confrontamos con su adscripción a una clase, los militantes de clase media que participaron en organizaciones que reivindicaban la lucha de las clases populares, tienen una característica interesante para analizar la composición social de estos movimientos y los factores que operaron en el “compromiso” asumido. En otras palabras, permiten

---

<sup>393</sup> En términos de clase social, una sola entrevista fue realizada a una ex militante que actualmente tiene una posición de clase que se podría denominar “baja”. Si bien ella provenía de una familia de clase media, los años de clandestinidad le habían imposibilitado estudiar y progresar económicamente, por lo cual actualmente se desempeña como modista. Cuando le propuse hacerle la entrevista ella me advirtió que nunca antes había hablado de esa experiencia, que luego de abandonar la militancia se había dedicado a trabajar para mantener a sus cinco hijos. Esta restricción en términos de capital económico se manifestó también en el “tiempo” que ella tenía para realizar la entrevista, trabajaba toda la semana e incluso los fines de semana por lo cual fue difícil establecer un horario que ella pudiera destinar a la realización de la misma.

<sup>394</sup> Tengamos en cuenta que en las categorías nativas el “pueblo”, el “proletariado” o la “clase obrera” eran depositarios de valores positivos casi inmanentes, mientras que pertenecer a la “burguesía” o a la “pequeña burguesía”, era una condición cuyos componentes había que erradicar en la construcción de un “hombre nuevo”.



realizarse aquella pregunta que Elias (1997) formulara con respecto a la extracción de clase de los terroristas alemanes ¿Por qué aquellos jóvenes que no habían sufrido en sus familias una experiencia histórica de explotación y violencia se involucraron en una lucha tan radical?

En definitiva, la “clase media” en la cual se puede ubicar a los entrevistados, resultó, como vimos en el desarrollo de esta investigación, muy reveladora de las significaciones que se atribuían a esta pertenencia y el imperativo de “proletarización” que subyacía a la incorporación a las organizaciones.

En cuanto a las jerarquías organizativas, inicialmente el foco no estaba puesto en trabajar con las cúpulas. Suponía que estas personas, al haber sido los “portavoces” de las organizaciones ofrecerían una memoria sumamente encuadrada (Halwachs; 1990; Pollak y Heinich; 2006) en términos políticos, en detrimento de las experiencias personales en las cuales hacía foco mi investigación. Aún así entrevisté a Enrique Gorriarán Merlo y a Luis Mattini<sup>395</sup>, ambos referentes del PRT-ERP.

Estas entrevistas, si bien son muy diferentes entre sí, me revelaron otros puntos de vista. Aquellas memorias, aunque encuadradas en algunos momentos, exhibían por lo mismo menos reticencia a hablar de la violencia abiertamente, ellos eran personajes públicamente vinculados con la lucha armada. Al mismo tiempo implementé con estas entrevistas otra estrategia metodológica. Al tener ya una versión pública sobre sus vidas, me adentré en aquellos significados y pasajes que habían sido omitidos en sus biografías públicas<sup>396</sup>, aportándome este enfoque perspectivas muy reveladoras.

En definitiva, el estudio, que inicialmente se planteaba cubrir todas las categorías inherentes a las diferencias de clase y de jerarquías quedó circunscrito a las clases medias y los cuadros medios. Si bien esto no me permite, como me planteé inicialmente, comparar los puntos de vista en relación a las diferencias de estratos sociales y

---

<sup>395</sup> Ambas personas forman parte de los “referentes” que tienen presencia pública cada vez que se trata de hablar de la memoria de la lucha armada. Gorriarán Merlo, al haber estado involucrado en el copamiento al regimiento de La Tablada, tuvo siempre presencia en la prensa, y en el año 2003 publicó sus memorias. Mattini por su parte, aunque menos visible mediáticamente, también participó de muchas entrevistas y publicó el libro *Hombres y mujeres del PRT-ERP* (1995).

<sup>396</sup> Por ser personajes “públicos”, estas personas suelen omitir en sus declaraciones elementos de la vida privada (Camurça; 1997), mi indagación se centró en estos casos en aspectos relacionados con la política pero que no son clásicamente relacionados con una trayectoria “militante”, como sus relaciones familiares y de pareja, sus hábitos cotidianos, sus adscripciones religiosas.

organizativos, al menos torna comparables estos casos con otros homónimos en cuanto a esas posiciones sociales.

La variable de género fue especialmente tenida en cuenta ya que desde el inicio consideré que en una actividad que es arquetípicamente relacionada con lo masculino, como es la militar, habría un fuerte condicionamiento de género en aquellas experiencias y en los modos de relatarlas, cosa que pude confirmar ya en las primeras aproximaciones al campo.

Las entrevistas suman 65 horas de grabación y fueron realizadas con un guión que, adaptado a las características de cada entrevistado<sup>397</sup>, se repitió en todas ellas. Las dos primeras entrevistas realizadas fueron mucho más extensas que las siguientes, en ellas (durante varios encuentros) reconstruí toda la trayectoria de las personas, desde su nacimiento hasta el presente, como en una biografía. Las mismas resultaron reveladoras de los nudos temáticos que, más allá de mis conceptos previos, resultaron significativos dentro de aquellas experiencias. Por otra parte, fueron reveladoras de ciertos elementos de este tipo de discurso, de la naturaleza de una biografía política como la que fue requerida por mí, marcando un recorrido que da “sentido” (como significación y como dirección) a esas vidas (Bourdieu; 1999).

Las siguientes entrevistas, ya más cortas y precisas, tenían como guión temático una serie de puntos: la sociabilidad en la infancia, pasando por instituciones como la familia, la escuela, y las instituciones religiosas; los momentos previos a su entrada a la militancia; a fines de indagar sobre las características de las comunidades (Durkheim; 2003) que dieron lugar a esta opción, sus relaciones sociales y su moralidad, como sustento de las prácticas y representaciones que, dentro de las mismas dan significado a la violencia y a la política. Otro momento dentro de las entrevistas refería a la incorporación de las personas a la organización político militar, teniendo en cuenta que la misma significaba una opción “radical” (Della Porta; S/D), indagué sobre los ritos de pasaje (Turner; 1990) relacionados con la actividad clandestina y las modificaciones que esta actividad introdujo en relación a relaciones, prácticas y representaciones tan constitutivas como la identidad individual (Bourdieu; 1999). Por otra parte, las entrevistas apuntaban a

---

<sup>397</sup> Una de las variables que introduje en las entrevistas fue, en el caso de conocer la participación de los entrevistados en algún evento en particular, preguntarles sobre su experiencia refiriéndome a su participación en los mismos.

indagar sobre los significados asociados a matar y morir en relación al ejercicio de la violencia. Por último, las entrevistas apuntaron a reconstruir las experiencias dictatoriales y posdictatoriales, como desenlace de estas experiencias, las estrategias de reconstrucción del mundo y las comunidades que, luego de la represión dan forma a la memoria sobre la militancia.

Del mismo modo observé y registré, a lo largo de casi diez años, eventos públicos y semipúblicos en los que participaban las personas entrevistadas. Los mismos, muy escasos al principio de esta investigación, fueron volviéndose mucho más frecuentes hacia el final, obligándome a realizar una cierta selección de aquellos que, por estar directamente relacionados con los grupos integrados por las personas que entrevisté y por tratar específicamente el tópico de la “lucha armada”, resultaban relevantes a la hora de analizar el trabajo de encuadramiento y cristalización de memorias grupales y las diferentes traducciones que operan entre el registro personal y el grupal, entre el privado y el público.

### **Condiciones del habla y registro**

Otro elemento a explicitar son las condiciones en que se realizaron las entrevistas. Trece de ellas fueron realizadas en sus casas y tres en sus lugares de trabajo, una en la oficina de Abuelas de Plaza de Mayo de la ciudad de Córdoba y una en la casa de un amigo del entrevistado. Mi estrategia fue realizar la mayor parte de las entrevistas en las casas de las personas, ya que considero que los ámbitos donde se desarrollan las entrevistas condicionan la palabra sobre esas experiencias (Da Silva Catela; 2001). En este sentido el ámbito privado me parecía el ideal para que afloraran las experiencias sobre las que buscaba indagar, que un ámbito relacionado con la intimidad daría más lugar a relatar experiencias personales, ya que en él yo podría además de observar el ámbito privado, como otro espacio de inscripción de marcas y símbolos identitarios. El espacio de lo privado por otra parte, marcaría una distancia con la palabra “pública” controlando parcialmente todos los condicionamientos sociales que operan en ella. Sin embargo, dejé que las personas eligieran donde querían ser entrevistadas. Aunque siempre más sujetas a “interferencias” por la presencia de otras personas, las entrevistas

realizadas en lugares públicos fueron igualmente reveladoras de las identidades y los ámbitos en los cuales las personas eligen hablar y ante todo de lo que consideran un ámbito “seguro”.

Por otra parte, las entrevistas fueron registradas con diferentes métodos, 9 de ellas fueron registradas con grabador, las restantes fueron filmadas. El elemento de la filmación produjo sus efectos en las características del registro, el relato y el análisis de las entrevistas. Por un lado, observé que el formato audiovisual tiende a generar más controles por parte de las personas entrevistadas, en este contexto el control sobre lo dicho se extiende también hacia lo “mostrado”: el cuidado de la casa, de las expresiones no verbales, de la apariencia personal aparecen como preocupaciones extra, más allá de las que ellos suelen tener cuando solo se está grabando su voz. Por otra parte, condicionó la longitud de las entrevistas, tanto por elementos técnicos como económicos. Pese a que la situación de entrevista filmada aparece como mucho más controlada, ofrece la posibilidad de trabajar con registros diferentes a los verbales y registrar y reconstruir posteriormente aspectos que en las grabaciones de audio quedan opacados, como las variaciones en la gestualidad o en la reacción ante estímulos visuales como las fotografías, las cuales activan otras sensibilidades en la memoria (Jelin y Vila; 1987).

Las experiencias relatadas en las entrevistas constituye el principal material de análisis en esta investigación. Sin embargo, las perspectivas sobre ese pasado tomaron sentido mediante la observación etnográfica de algunos eventos donde los ex militantes participan. En estos ámbitos pude observar de qué modo ellos se relacionan, las coincidencias, conflictos y disputas a la hora de cristalizar memorias públicas.

Diferentes a las entrevistas, realizadas en el ámbito privado y casi siempre individualmente, donde lo que se privilegia es el discurso, la observación de estos eventos me permitió indagar sobre las maneras de actuar, las relaciones que establecen entre diferentes personas y grupos y la elección e implementación de modos colectivos de representar ese pasado, al mismo tiempo que se representan jerarquías y legitimidades presentes (Connerton; 1993).

Por último, el análisis de toda esta información fue complementado con documentación histórica, tanto escrita como visual y audiovisual. Las fuentes documentales sirvieron por una parte, para realizar las entrevistas, mostrando a los

entrevistados diarios, revistas y fotos que activaran su memoria. Por otra parte, el análisis de documentos e investigaciones históricas, fue sumamente útil para contextualizar los relatos, además de rastrear en ellos las contradicciones, las disputas y los silencios dentro de aquella experiencia.

## **Una etnografía textual y visual**

Esta tesis es complementada con un documental etnográfico en torno al episodio de la fuga del Penal del “Buen Pastor” en 1975, operativo llevado adelante por el PRT-ERP y protagonizado por muchas de las entrevistadas para esta investigación. El mismo tiene como ejes tres temas que han sido analizados durante esta investigación, sobre todo en el capítulo V: “la fuga del Buen Pastor” como hecho seleccionado para el recuerdo, la refuncionalización del edificio ligado a las memorias del grupo, y las conmemoraciones en torno a las “9 desaparecidas del Buen Pastor”.

Como he dicho en el apartado anterior, gran parte de los datos sobre los cuales se basa esta tesis fueron registrados en forma audiovisual. El registro fílmico (y posteriormente audiovisual) en antropología ha tenido como principal foco de atención el *ritual* como manifestación cultural, clásicamente la disciplina comenzó a desarrollar esta forma de registro intentando capturar, más allá de lo verbal, una serie de contextos donde los cuerpos se sitúan y actúan, revelando jerarquías y símbolos (Hanley; 2001).

El punto de partida para emplear este tipo de registro no ha sido diferente en este caso. La idea de registrar audiovisualmente surgió de una de las primeras entrevistas, realizada a Cristina Salvarezza, a partir de la cual filmé sus recorridos por lo que fue el Penal del Buen Pastor en 2003. Acompañarla en su recorrido por el lugar, la riqueza de aspectos observados en la relación entre cuerpo, memoria y espacio, me hizo pensar en formas alternativas de transmitir el cúmulo de sensaciones que me había generado presenciar aquel “retorno” a un lugar con alta significación dentro de su trayectoria, y más precisamente esos recorridos que en sí mismos constituían rituales, donde lo recordado se desplazaba de lo dicho a lo *actuado*. Posteriormente me centré en el registro y análisis de rituales de conmemoración más bien colectivos y realicé nuevas entrevistas y recorridos filmados con otros protagonistas del hecho, registrando al mismo tiempo los

cambios en la *escena*, es decir en las modificaciones que iba sufriendo, a lo largo del tiempo, el espacio donde se anclaban sus memorias.

El registro audiovisual, tanto como la escritura de una etnografía, debe ser entendido como un proceso selectivo sobre la realidad capturada y su construcción como producto, por el potencial mimético asociado a la imagen, corremos el riesgo de equiparar aquello que construimos como datos (en este caso objetivados en imágenes), con la “realidad” o caer en una cierta “pereza interpretativa” dando por sentado que las imágenes hablan “por sí mismas”. Tanto en la captura de imágenes como en la escritura opera tanto el interés del que registra y su “mirada” sobre la realidad en cuestión, así como la selección de hechos y aspectos que se hacen en la “edición”, y la representación final de un producto. En este sentido, lo que terminó por ser el documental “Buen Pastor. Una fuga de mujeres” partió de miradas múltiples tanto en la dimensión sobre el *qué* (el contenido de lo registrado) como sobre el *cómo* seleccionar lo que terminaría por representar en un documental las memorias sobre las experiencias vividas dentro de este espacio, implicando debates ya no sólo en torno a objetivos analíticos, sino también políticos y estéticos.

La idea de trabajar con un registro audiovisual sobre esas memorias, luego de aquel punto de partida, fue tomada por las mismas entrevistadas y en los años subsiguientes ellas registraron la demolición del edificio de la Cárcel y su posterior transformación en centro comercial, apelando para el registro y la posterior edición a la conformación de un equipo integrado por ellas mismas, por la Productora de Cine El Calefón y por mí en calidad de asesora histórica, coguionista y entrevistadora. A partir del financiamiento del proyecto por el World Woman Found y el Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA) el proyecto del documental el documental pudo terminar de ser realizado siendo estrenado en mayo de 2010 en salas comerciales, reproducido en televisión y en diferentes festivales.

Pese a ser un producto resultante de varios intereses (políticos, disciplinares), el mismo conserva el espíritu original de ser un documental etnográfico, ya que los directores y yo compartimos esa línea en la realización, dando preeminencia al “punto de vista nativo” y a la representación de memorias múltiples y hasta contradictorias por momentos. Al ser el trabajo de un equipo –y en cierta forma aplicado ya que intervinieron

los propios “nativos” en su elaboración- en el documental confluyeron objetivos profesionales y políticos que terminaron por otorgarle una impronta propia, introduciendo además matices en aquello que consideramos la “autoridad etnográfica”<sup>398</sup> (Geertz; 1997). En un sentido político, todos los que nos involucramos en el proyecto considerábamos que, ante la desaparición casi total del referente espacial de esas memorias, las imágenes tomadas previamente a la demolición constituían un documento, y en cierta forma un patrimonio de aquel referente espacial desaparecido. Su exhibición, por lo tanto, *representaba* memorias anudadas a la reclusión y *disputaba* la pretensión de olvido implícita en su transformación en centro comercial. En más lo seleccionado, es decir el contenido, y el cómo (es decir sus aspectos estéticos), constituyó un tema de discusión de todo el grupo, pero ante todo de los realizadores (con los conocimientos técnicos necesarios para la edición y el montaje) y yo, quien intervine tanto en la formulación de los guiones de las entrevistas y recorridos como de los contenidos del documental y su sentido.

De este modo, lo que comenzó por ser un interés sobre el mero “registro” audiovisual en la construcción de los datos etnográficos, terminó por tener un carácter mucho más amplio que me llevó a reflexionar sobre el sentido analítico y político que revisten los productos audiovisuales en procesos de legitimación de las demandas llevadas a cabo por diferentes grupos. En plano político, y concebidos como productos tendientes a un consumo más o menos masivos, los documentales han tenido históricamente el fin pedagógico o “militante”; en este caso las imágenes, como objetivaciones de realidades, lugares y personas “desaparecidas”, constituyen cuadros sociales de la memoria que contribuyen a enunciar y (d)enunciar ciertas realidades de cara a públicos amplios.

En un plano analítico, y más específicamente etnográfico, considero que la elaboración de el documental que acompaña a esta investigación fue un proceso que enriqueció sustancialmente todas las instancias del trabajo de campo y de la elaboración de una etnografía, tanto por la incursión en nuevos registros y soportes en la transmisión

---

<sup>398</sup> Sin duda, los soportes visuales y audiovisuales tienen la obvia propiedad de atestiguar que el antropólogo “estuvo allí”, como fuente de la construcción de una autoridad etnográfica. Los demás aspectos de la misma señalados por Geertz (1997), como un estilo y la “firma”, constituye en este tipo de producciones una situación mucho más compleja emanada, en este caso, de la conformación de un equipo con intereses y trayectorias disciplinares múltiples.

de los productos finales de esta investigación, como por la constante discusión interdisciplinaria que implicó este proceso. Desde lo estrictamente etnográfico, sin embargo, los lenguajes empleados para la presentación de los resultados de esta investigación (escrito, visual y audiovisual) no pueden ser escindidos. La elaboración de un producto audiovisual, el empleo de la fotografía como recurso, no agota el objetivo implícito en la escritura de una etnografía donde lo empírico es mediado por un análisis teórico consciente y explícito. Por otra parte, la exhibición de imágenes, la transformación de las mismas en una etnografía visual, permite transmitir un universo de significaciones y prácticas inherentes al objeto de estudio, apelando a otro tipo de sensibilidades. Por lo mismo, considero a las etnografías textuales y visuales como productos complementarios en la comprensión del universo estudiado.

### **Brújula y mapa para moverse dentro del propio campo**

El recorrido que trazaré en este apartado intenta dar cuenta de cómo se configuró el “campo” de esta investigación y de como el distanciamiento en el análisis precisó ser construido. Este recorrido pretende reflejar las fluctuaciones, los obstáculos, los deslizamientos desde los que yo, como investigadora y como agente social observé, escuché y escribí<sup>399</sup>.

Lo que Pollak (1989) llama hacer “de la investigación de los orígenes el origen de la investigación”, refiriéndose a la generación de investigadores judíos que se interesaron sociológicamente por el tema del holocausto, es perfectamente aplicable a mi caso personal. La interacción con los ex militantes desde los primeros momentos reveló que yo, pese a explicitar mi interés investigativo y profesional, era vista ante todo como militante de derechos humanos y como “hija de compañeros”.

A partir de aquello me vi en la necesidad de construir la distancia necesaria para que el trabajo de campo no se transformara, en palabras de Bourdieu (1999), en un

---

<sup>399</sup> Como lo han señalado Guber (2001) y Bourdieu (1999) la situación de campo en general y la de entrevista en particular, es una situación social y como tal genera efectos en los resultados obtenidos, es decir que la misma se encuentra coaccionada por estructuras sociales, por las posiciones que el investigador y los sujetos ocupan en el espacio social. La situación de campo en este sentido, constituye un encuentro entre la reflexividad del investigador en cuanto investigador pero también como miembro de una sociedad (o mejor dicho de un sector de esta) con la de los entrevistados.



“socioanálisis de a dos”. Es decir que, dado que era casi ineludible que las personas supieran sobre estas características de mi persona, se pudiera establecer una relación profesional. En este sentido, uno de los controles metodológicos que me planteé en un principio fue analizar la relación establecida con los entrevistados en términos sociológicos, es decir, de distancia social entre ellos y yo, y las diferentes caracterizaciones que ellos hacen de mi persona y de los objetivos de mi estudio.

Mi condición de “hija de compañeros” y de “militante de derechos humanos”, tuvo efectos ambiguos en el trabajo de campo. Por un lado, aquellas “credenciales” constituían una garantía en la confianza que ellos expresaban como requisito a la hora de dar una entrevista. Pero por otra parte, mi militancia en H.I.J.O.S., que es una cuestión pública, me transformaba en una persona muy fácilmente reconocible dentro de esos grupos, si no personalmente, al menos por referencias, obstaculizando, al menos en el ámbito de Córdoba, omitir esta pertenencia como una forma de control metodológico sobre las perspectivas manifestadas.

Las dos primeras entrevistas, realizadas a Norma Álvarez y Cristina Salvarezza, que fueron sobre la trayectoria completa de las personas, tuvieron un carácter exploratorio. En las experiencias de ambas mujeres encontré nudos temáticos, coincidencias y diferencias. Además de los interrogantes que ya me había planteado al inicio de mi investigación me revelaron otros temas propios de las categorías nativas que en adelante estuvieron presentes en todas mis aproximaciones al campo. Además durante las mismas, me propuse ejercitar la “distancia”, apelar al desconocimiento como regla metodológica (Guber; 2001). Aunque yo supusiera, por mi pertenencia a aquel mundo lo que significaban ciertas categorías, durante esas dos entrevistas me propuse ahondar sobre algunas de ellas, inquirendo sobre explicitación de la significación que las personas les atribuían.

Esto último contribuyó a establecer una distancia analítica, a no crear sobreentendidos. En aquellas entrevistas, tanto como en las siguientes, un hecho que marcaba aquella proximidad social era que, en el transcurso del relato las personas me

decían “¿Te acordás?” o “¿Vos me entendés, no?, a lo cual, aunque yo supusiera lo que me querían decir, me impuse contestar que no, que explicitaran<sup>400</sup>.

Las siguientes entrevistas ya fueron menos extensas, más centradas en categorías que desde la mediación entre la teoría y la empiria fui construyendo. Si bien en todas las entrevistas hay temas que toman más relevancia que otros, temas que son más fácilmente evocados y otros que son silenciados.

Más allá de la explicitación de los recaudos éticos que emplearía con las entrevistas, como la posibilidad de corregirlas y usar nombres ficticios, ocurrió algo curioso. Las personas que había entrevistado comenzaron a “pasar la voz” sobre lo que yo estaba haciendo y a concertarme entrevistas con otros ex militantes. A partir de esto, e intentando controlar los efectos de mi identidad sobre el campo, me desplacé a otras regiones del país (en particular Rosario y Buenos Aires), donde realicé otras entrevistas.

No todas las entrevistas fueron utilizadas en la escritura de este trabajo, la selección estuvo dada por dos motivos, el primero responde al criterio de saturación teórica (Valles; 1999). En los temas donde las experiencias u opiniones eran recurrentes, seleccioné aquellos párrafos de los testimonios que se presentaban de modo más claro y elocuente para el análisis. Al mismo tiempo, otro criterio de selección fueron las memorias que resaltaban por su singularidad, dando cuenta de la variabilidad de experiencias y de los procesos mediante los cuales se hace posible la enunciación de las mismas.

Un punto más a explicitar es la coexistencia de nombres reales y ficticios en los testimonios. Siguiendo a Da Silva Catela (2001) consideré como un criterio ético fundamental en este tipo de investigaciones, dejar en manos de los entrevistados la posibilidad de elegir si querían figurar con nombres reales o ficticios, dándoles además, en el caso que quisieran omitir su identidad real, la opción de elegir un nombre. En

---

<sup>400</sup> Bourdieu (1999) ha analizado estos “sobreentendidos” en las situaciones de investigación donde hay poca distancia social entre el investigador y los entrevistados. El uso del “nosotros” inclusivo, la afirmación sobre la comprensión tácita de lo que se está relatando es algo que el entrevistador debe controlar en esas circunstancias. En este caso, tratándose de hechos del pasado cuya significación yo podía compartir solo por medio de una memoria heredada (Halbwachs; 1990) me llamaba mucho la atención de que me preguntaran “¿Te acordás?”, siendo imposible que yo, por mi edad, hubiera compartido esas experiencias. Esta situación se repitió en casi todas las entrevistas, generando comentarios y reflexiones en los entrevistados, algunos solo decían “no, no podés acordarte”, otros me explicaron que, en el transcurso de las entrevistas perdían la noción de a quien le estaban hablando, como si la memoria se dirigiera principalmente a un “otro” contemporáneo.

antropología, la opción por nombres ficticios suele ser una tradición, pero en este caso, se daba una situación paradójica con respecto al ocultamiento de la identidad de los entrevistados. Por un lado, la suerte de protección que constituye el anonimato, suele hacer emerger significaciones que, sabiendo que se tratará de un producto público, suelen ser omitidas. Pero pese a esto, los entrevistados manifestaron en algunos casos, que dar una entrevista constituía un modo de dejar asentada una memoria pública, de la cual querían “hacerse responsables”, dando cuenta esto del establecimiento, por este medio de una identidad pública al mismo tiempo. En otros casos, las personas no quisieron que sus opiniones quedaran asentadas con nombre y apellido, decidí respetar las dos posiciones, atendiendo a que estas elecciones (así como el acceder a ser filmados o no) dan cuenta además del sistema de legitimidades que operan en un testimonio público y de los propósitos que enmarcan la voluntad de hablar. En todos los casos las entrevistas fueron devueltas para que los entrevistados pudieran omitir o corregir la información que no quisieran que fuera pública<sup>401</sup>.

---

<sup>401</sup> Lo propio sucede con los datos que figuran en las fichas del anexo, en algunas se pudo observar que hay menos información, fue decisión de los entrevistados los datos que quisieron darme y los que no.

## Bibliografía

- ✓ Abduca, Ricardo; La reciprocidad y el don no son la misma cosa; en *Revista Cuadernos de Antropología Social* N°26; Buenos Aires; 2007.
- ✓ Achugar, Hugo; El lugar de la memoria, a propósito de monumentos (Motivos y paréntesis); en Jelin, Elizabeth y Langland, Victoria; *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*; Siglo XXI Editores; España; 2003.
- ✓ Aguiluz Ibargüen, Maya; Memoria, lugares y cuerpo; en *Athena Digital (otoño)* N°6; México; 2004.
- ✓ Anderson, Benedict; *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*; Ed. Fondo de Cultura Económica; México; 1983.
- ✓ ANUAR; *Subversión. La historia olvidada*; Asociación Unidad Argentina; Argentina; 1999.
- ✓ Ariès, Philippe; La vida privada desde la Edad Media al siglo XVIII; en *El espacio privado*; Revista A&V Número 14, Ed. AviSa; Madrid; 1988.
- ✓ Berger, Peter y Luckmann, Thomas; *La construcción social de la realidad*; Ed. Amorrortu; Bs. As.; 1994.
- ✓ Bermúdez, Natalia, Lacombe, Eliana y Mecca, Damiana; “Los procesos de construcción de las memorias. Oralidad, espacio y corporalidad en Ex CCD (D2 Córdoba)”;
- ✓ Boccia Paz, Alfredo; “Operativo Cóndor” ¿Un ancestro vergonzoso?; en Cuadernos para el Debate N° 7; Programa de Investigaciones Socioculturales en el Mercosur; IDES; Buenos Aires; 1999.
- ✓ Bourdieu, Pierre y Waquant, Löic, *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995.
- ✓ Bourdieu, Pierre; *La miseria del mundo*; Ed. Fondo de Cultura Económica; España; 1999.
- ✓ -----; Espacio social y poder simbólico; en *Cosas dichas*; Ed. Gedisa; Barcelona; 1996.
- ✓ -----; Estructuras, habitus, prácticas; en *El sentido práctico*; Ed. Taurus; Madrid; 1991.

- ✓ -----; La creencia y el cuerpo; en *El sentido práctico*; Siglo XXI Editores; Madrid; 2008.
- ✓ -----; La “juventud” no es más que una palabra; en *Sociología y Cultura*; Ed. Grijalbo; México; 1990.
- ✓ -----; La ilusión biográfica; en *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*; Ed. Anagrama; Barcelona; 1999.
- ✓ -----; La representación política; en *El campo político*; Plural Editores; Bolivia; 2001.
- ✓ -----; Notas previsionales sobre la percepción social del cuerpo; en *Materiales de Sociología Crítica*; Ed. La Piqueta; Madrid; 1986.
- ✓ -----; Marginalia. Algumas notas adicionais sobre o dom; en *Revista Mana. Estudos de Antropologia Social*; Volume 2; Rio de Janeiro; Outubro de 1996.
- ✓ Brennan, James; *El Cordobazo, las guerras obreras en Córdoba (1955-1976)*; Bs. As.; Ed. Sudamérica; 1996.
- ✓ Brennan; James y Gordillo, Monica; Protesta obrera, rebelión popular e insurrección urbana en argentina: el Cordobazo; Estudios N° 4; 1994.
- ✓ Diana, Marta; *Mujeres guerrilleras. La militancia de los 70 en el testimonio de sus protagonistas femeninas*; Ed. Planeta; Buenos Aires, 1996.
- ✓ Calveiro, Pilar; *Poder y desaparición*; Ed. Colihue; Buenos Aires; 2001.
- ✓ -----; *Violencia y/o política. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*; Grupo Editorial Norma; Argentina; 2005.
- ✓ Camurça, Marcelo; Imaginario, símbolos e rituais nos movimentos organizações comunistas: por uma antropología interpretativa da esquerda; en *Revista Religiao e Sociedade*; Rio de Janeiro; 1997.
- ✓ -----; Comunismo e religiao nas “Voltas do parfuso”: o papel de narrativa e do símbolo nas transfigurações do cotidiano e na criação de um sentido de comunidade; en *Revista Numen Vol.9 N°2*; Brasil; 2006.
- ✓ Carnovale, Vera; El concepto de enemigo en el PRT ERP; en *Revista Lucha Armada en la Argentina*; Año 1; N° 1; 2005.

- ✓ -----; Moral y disciplinamiento interno en el PRT-ERP; en Dossier “Experiencias políticas en la Argentina de los 60 y 70; *Revista Nuevo mundo. Mundos nuevos*; Web Americanista; 2008.
- ✓ Castel, Robert; *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*; Ed. Paidós; Bs. As.; 1997.
- ✓ Ciriza, Alejandra y Rodriguez, Eva; Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT-ERP; en *Revista Políticas de la Memoria N°5*; Buenos Aires; 2004-2005.
- ✓ Citro, Silvia; *Cuerpos Plurales. Antropología de y desde los cuerpos*; Ed. Biblos; Buenos Aires; 2010.
- ✓ Collomb, Gérard; Imagens do outro, imagem de si; en *Cuadernos de Antropología e Imagem N°6*; Río de Janeiro; 1998.
- ✓ Connerton, Paul; *Como as sociedades recordam*; Lisboa; Celta Editora; 1993.
- ✓ Crenzel, Emilio; *Memorias enfrentadas. El voto a Bussi en Tucumán*; Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Tucumán; Tucumán; 2001.
- ✓ -----; *Una historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en Argentina*; Siglo XXI Editores; Argentina; 2008.
- ✓ Da Matta, Roberto; El oficio de antropólogo o como tener anthropological blues.; en Boivin, M., A. Rosato y V. Arribas. *Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural*; EUDEBA; Buenos Aires; 1998.
- ✓ -----; *Relativizando: Uma Introducao á Antropología Social*; Petrópolis; Ed. Vozes; 1981.
- ✓ Da Silva Catela, Ludmila; “Violencia, memoria y derechos humanos. Para una antropología de la violencia y los conflictos socio-políticos en Argentina”; proyecto de investigación aprobado por la Agencia de Ciencia y Tecnología de la Nación; Argentina; 2000.
- ✓ -----; *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos*; Ed. Al Margen; La Plata; 2001.
- ✓ -----; Conocer el silencio. Entrevistas y estrategias de conocimiento de situaciones límite; en *Revista Oficios Terrestres X*; La Plata; 2004.

- ✓ -----; Situar La Perla; C/P.
- ✓ -----; Teritorios de Memoria Política. Los archivos de la represión en Brasil; en Da Silva Catela, Ludmila y Jelin, Elizabeth (comp.); *Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad*; España; Siglo XXI Editores; 2002.
- ✓ Della Porta, Donatella; Las motivaciones individuales en las organizaciones políticas clandestinas; en Ibarra, P. y Tejerina B.; *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*; Ed. Trotta; Madrid; 1998.
- ✓ Diana, Marta; *Mujeres guerrilleras- La militancia de los setenta en el testimonio de sus protagonistas femeninas*; Bs. As.; Ed. Planeta; Colección Espejo de la Argentina; 1996.
- ✓ Didi-Huberman, Georges; *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*; Ed. Paidós; Barcelona; 2004.
- ✓ Douglas, Mery; *Pureza y peligro. Un análisis sobre los conceptos de contaminación y tabú*; Ediciones Nueva Visión; Buenos Aires; 2007.
- ✓ Dulong, Renaud; La implicación de la sensibilidad corporal en el testimonio histórico; en *Revista de Antropología Social*; Madrid; 2005.
- ✓ Durkheim, Èmile; *Las formas elementales de la vida religiosa*; Alianza Editorial; Madrid; 2003.
- ✓ -----; *El suicidio*; Ed. Losada; Buenos Aires; 2004.
- ✓ Elias, Norbert; *El proceso de la civilización*; Fondo de Cultura Económica; México; 2001.
- ✓ -----; “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados”; en *La civilización de los padres y otros ensayos*; Bogotá; Grupo Editorial Norma; 1998.
- ✓ -----; *La soledad de los moribundos*; Fondo de Cultura Económica; México; 1989.
- ✓ -----; Terrorismo na Republica Federal da Alemanha- expressao de um conflito social entre gerações; en *Os Alemaes. A luta pelo poder e a evolução do habitus nos seculos XIX E XX*; Jorge Zahar Editor; Rio de Janeiro; 1997.

- ✓ Esteban, María Luz; El amor romántico dentro y fuera de occidente: determinismos, paradojas y visiones alternativas; en Suárez, Liliana, Martín, Emma y Hernández, Rosalba (coords); *Feminismos en la antropología: nuevas propuestas críticas*; Enkulegi Antropología Elkartea; San Sebastián; 2008.
- ✓ Evans Pritchard, E. E.; *Los Nuer*; Ed. Anagrama; Barcelona; 1977.
- ✓ Feld, Claudia; *Del estrado a la pantalla: Las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina*; Ed. Siglo XXI; España; 2002.
- ✓ Fernández, Ana María; Máquinas de amor y de guerra. Las chicas sixties; en Fernández, Ana María (comp.); *Instituciones estalladas*; Ed. Eudeba; Buenos Aires; 1999.
- ✓ Fessia, Emiliano, Gómez, Alejandra y Tello, Mariana; Hacer visible lo invisible. Apuntes sobre el proceso de apertura del ex CCDTyE “La Perla” como “Espacio para la Memoria y la Promoción de los Derechos Humanos”; Ponencia para las Jornadas “Espacios, lugares, marcas territoriales de la violencia política y la represión estatal” organizadas por el Grupo “Espacios, lugares, marcas territoriales de la violencia política y la represión estatal” - Núcleo de Estudios sobre Memoria (IDES); Buenos Aires; 2009.
- ✓ Foucault, Michel; *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*; Ed. Siglo XXI; Argentina; 2002.
- ✓ Garaño, Santiago y Pertot, Werner; *Detenidos Aparecidos. Presas y presos políticos desde Trelew a la dictadura*; Buenos Aires; Ed. Biblos; 2007.
- ✓ Garzón, Baltasar y Romero, Vicente; *El alma de los verdugos*; Ed. Del Nuevo Extremo; Madrid; 2008.
- ✓ Geertz, Clifford; *El antropólogo como autor*; Paidós Studio; Barcelona; 1997.
- ✓ -----; *La interpretación de las culturas*; Barcelona; Ed. Gedisa; 2000.
- ✓ Gillespie, Richard; *Soldados de Perón. Los Montoneros*; Ed. Grijalbo; Argentina; 1987.
- ✓ Gorbato, Viviana; *Montoneros. Soldados de Menem. ¿Soldados de Duhalde?*; Ed. Sudamericana; Buenos Aires; 1999.
- ✓ Guber, Rosana; *La etnografía. Método, campo y reflexividad*; Grupo Editorial Norma; Argentina; 2001.



- ✓ Guglielmucci, Ana; Prisioneras políticas en el Penal de Devoto; comunicación personal; 2002.
- ✓ -----; El proceso social de consagración de la “memoria sobre el terrorismo de Estado” como política pública estatal de derechos humanos en Argentina; Tesis Doctoral en Antropología; Facultad de Filosofía y Letras; Universidad de Buenos Aires; defensa 22 marzo 2011, Buenos Aires; C/P.
- ✓ Halbwachs; Maurice; *A memoria coletiva*; São Paulo; Ed. Revista dos Tribunais Ltda.; 1990.
- ✓ Henley, Paul; Cine etnográfico: tecnología, práctica y teoría antropológica; en *Desacatos. Revista de Antropología Social* N° 8; México; invierno de 2001.
- ✓ Hilb, Claudia; La responsabilidad como legado; en Tcach, César (comp.); *La política en consignas. Memoria de los 70*; Ed. Homo Sapiens; Rosario; 2003.
- ✓ Jelin, Elizabeth y Vila, Pablo; *Podría ser yo. Los sectores populares urbanos en imagen y palabra*; Ediciones de la Flor; Buenos Aires; 1987.
- ✓ Jelin, Elizabeth; "Memorias en conflicto". *Puentes*, n° 1, La Plata, 2000.
- ✓ -----; El género en las memorias; en *Los trabajos de la memoria*; Siglo XXI Editores; Madrid; 2002.
- ✓ ----- (Coord); Introducción; en *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas “in-felices”*; Siglo XXI Editores; España; 2002.
- ✓ Jelin Elizabeth y Langland, Victoria; Introducción; en *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*; Siglo XXI Editores; España; 2003.
- ✓ Laudano, Claudia Nora; *Las mujeres en los discursos militares*; Buenos Aires; Ed. La Página; 1998.
- ✓ Lenoir Remi; Objeto sociológico y problema social; en Champagne, Patrik; Lenoir, Remi; Merllie, Dominique y Pinto, Louis; *Iniciación a la practica sociológica*; Siglo XXI editores; México; 1993.´
- ✓ Longoni, Ana; Traiciones. La figura del traidor (y la traidora) en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión; en Jelin, Elizabeth y Longoni, Ana; *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*; Siglo XXI Editores; España; 2005.

- ✓ Malinowski, Bronislaw; *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*; Ed. Planeta Agostini; Barcelona; 1985.
- ✓ Mannheim, Karl; El problema de las generaciones; capítulo extraído del libro *Das problem den generativen Luchterhand Verlag, Rostock, 1928/1929*; en Fichas de lectura del Área de Estudios del Pensamiento Latinoamericano; 1999.
- ✓ Matta, Juan Pablo; Cuerpo, sufrimiento y cultura; una análisis del concepto de “técnicas corporales” para el estudio del intercambio lástima-limosna como hecho social total; en *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad N°2 Año 2*; Córdoba; Abril de 2010.
- ✓ Mattini, Luis; *Hombres y mujeres del PRT-ERP*; Ed. Campana; Buenos Aires; 1995.
- ✓ Mauss, Marcel; Uma categoría do espírito humano: a noção de pessoa, a noção do “eu”; en *Sociología e Antropología Volume I*; EPU-EDUSP; Sao Paulo; 1974.
- ✓ -----; *Ensaio de sociología*; São Paulo; Ed. Perspectiva; 1979.
- ✓ -----; *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*; Katz Editores; Buenos Aires; 2003.
- ✓ Mignone, Emilio; *Iglesia y Dictadura*; Universidad Nacional de Quilmes; Quilmes; (1986); S/F)
- ✓ Morandini, Norma; “Las nuestras...y las otras”; en Tcach, César (comp.); *La política en consignas. Memoria de los 70*; Ed. Homo Sapiens; Rosario; 2003.
- ✓ Morello, Gustavo; *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*; Editorial de la Universidad Católica de Córdoba; Córdoba; 2005.
- ✓ Neiburg, Federico; El 17 de Octubre de 1945: Un análisis del mito de origen del peronismo. En Torre; Juan Carlos (comp.); *El 17 de Octubre de 1945*; Argentina; Ed. Espasa Calpe; 1995.
- ✓ -----; O naciocentrismo das ciencias sociais e as formas de conceituar a violencia política e os processos de politização da vida social; en *Dossier Norbert Elias*; Ed da Universidade de Sao Pablo; Sao Pablo; 1999.
- ✓ -----; O 17 de outubro em Argentina. Espaço e produção social do carisma; en *Revista Brasileira de Ciencias Sociais*; Sao Paulo; 1992.

- ✓ Nora, Pierre; *Les lieux de mémoire*; Ed. Trilce; Montevideo; 2008.
- ✓ NUAP (Núcleo de Antropología da Política); Palmeira, Moacir (coord.); Rituais, representações e violência; Río de Janeiro; 1999.
- ✓ Ollier, María Matilde; *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*; Ed. Espasa Calpe; Argentina; 1998.
- ✓ Papi, Giacomo; *Fichados. Una historia del siglo XX en 366 fotos policiales*; Alba Editorial; Barcelona; 2007.
- ✓ Peirano, Mariza; *A favor da etnografia*; Relume-Dumará; Río de Janeiro; 1995.
- ✓ Plis Sterenberg, Gustavo; *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina*; Ed. Planeta; Buenos Aires; 2006.
- ✓ Pollak, Michel y Heinich, Natalie; El testimonio; en *La producción social de identidades ante situaciones límite*; Ed. Al Margen; La Plata; 2006.
- ✓ Pollak, Michel; Memoria, olvido, silencio. *La producción social de identidades ante situaciones límite*; Ed. Al Margen; La Plata; 2006.
- ✓ Poupeau, Franck; *Dominación y movilizaciones. Estudios sociológicos sobre el capital militante y el capital escolar*; Ferreyra Editor; Córdoba; 2007.
- ✓ Portelli, Alessandro; O massacre de Civitella Val di Chiana (Toscana, 29 de junho de 1944): mito e política, luto e senso comum; en De Moraes Ferreira, Marieta e Amado Janaína; *Usos e abusos da história oral*; Fundação Getulio Vargas Editora; Brasil; 1996.
- ✓ Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro; *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*; Ed. Eudeba; Buenos Aires; 2000.
- ✓ Pozzi, Pablo; *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP, la guerrilla marxista*; Ed. Imago Mundi; Buenos Aires; 2004.
- ✓ Reventós Gil de Biedma, Ana; Patrimonios incómodos para la imagen que Barcelona ofrece al mundo; en *Pasos. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*; Vol. 5 N°3; Barcelona; 2007.
- ✓ Ridenti, Marcelo; *O fantasma da revolução brasileira*; UNESP Editora; Sao Paulo; 1993.
- ✓ Robles, Miguel; *La búsqueda. Un reportaje a Charlie Moor*; Jorge Sarmiento Editor Universitas; Córdoba; 2010.

- ✓ Romero, Luis Alberto; La primavera de los 70; en Tcach, César (comp.); *La política en consignas. Memoria de los setenta*; Ed. Homo Sapiens; Rosario; 2003.
- ✓ Rosaldo, Renato; *Cultura y verdad. Nuestra propuesta de análisis social*; Grijalbo; México; 1991.
- ✓ Rot, Gabriel; *Los orígenes perdidos de la guerrilla argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*; Ediciones El Cielo por Asalto; Buenos Aires; 2000.
- ✓ Sahlins, Marshall; *Islas de Historia*; España; Gedisa; 1997.
- ✓ -----; *La economía en la edad de piedra*; Ed. Akal; S/D.
- ✓ Saltalamacchia, Homero; *La historia de vida: reflexiones a partir de una experiencia de investigación*; Ediciones CIJUP; Caguas; 1992.
- ✓ Sanpedro, Pilar; El mito del amor y sus consecuencias en los vínculos de pareja; en *Revista Disenso N°45*; España; Mayo de 2005.
- ✓ Santucho, Blanca Rina; *Nosotros, los Santucho*; Ed. El Liberal; Santiago del Estero; 1997.
- ✓ Sarti, Cynthia; A víctima como figura contemporánea; en *Caderno CRH Vol.24*; Salvador; Brasil; 2011.
- ✓ Schlögel, Karl; La puerta de Birkenaw; en *El espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y Geopolítica*; Ed. Siruela; Madrid; 2007.
- ✓ Seoane, María; *TODO O NADA- La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*; Bs. As.; Ed. Planeta; Colección Espejo de la Argentina; 1991.
- ✓ Seoane, María y Muleiro, Vicente; *El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*; Ed. Sudamericana; Argentina; 2001.
- ✓ Servetto, Alicia; Córdoba en los prolegómenos de la dictadura. La política del miedo en el gobierno de Lacabanne; en *Revista Estudios N°15*; CEA-UNC; Córdoba; 2004.
- ✓ -----; *De la Córdoba combativa a la Córdoba militarizada. 1973-1976*; Ferreira Editor; Córdoba; 1998.

- ✓ Somigliana, Carlos; Apuntes sobre la importancia de la actuación del Estado burocrático durante el periodo de desaparición forzada de personas en la Argentina; en Revista Taller N° 14; Argentina; Noviembre del 2000.
- ✓ Sztulwark, Pablo; Ciudad memoria, monumento, lugar y situación urbana; en *Materiales. Memoria abierta*; Buenos Aires; 2005.
- ✓ Tello, Mariana; La fuerza de la cosa dada. Dinero, política y derechos humanos en las indemnizaciones a las víctimas del terrorismo de Estado en Argentina; en Kant de Lima, Roberto (comp.); *Antropología e directos humanos 2*, EDUF; Río de Janeiro; 2003.
- ✓ Todorov, Tzvetan. *Frente al límite*; Siglo XXI Editores, México; 1993.
- ✓ Turner, Victor; *La selva de los símbolos*; España; Ed. Siglo XXI; 1990.
- ✓ Valles, Miguel; *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*; Ed. Síntesis; España; 1999.
- ✓ Vasconcelos, José Gerardo; *Memórias da saudade: Busca e Espera no Brasil Autoriário*; Annablume Editora; Sao Paulo; 2000.
- ✓ Wacquant, Loïc; Un arma sagrada. Los boxeadores profesionales: capital corporal y trabajo corporal; en Auyero, Javier; *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*; Universidad Nacional de Quilmes; Quilmes; 1999.
- ✓ Weber, Max; *Economía y sociedad*; Ed. Fondo de Cultura Económica; España; 2002.
- ✓ Zonabend, Françoise; ¿Por qué nominar? Los nombres de las personas en un pueblo francés; en Lèvi Strauss, Claude; *Seminario La identidad*; Ed. Petrel; Barcelona; 1981.

## **Páginas web**

[www.ladecadadel70.com.ar](http://www.ladecadadel70.com.ar)

[www.exdesaparecidos.org.ar](http://www.exdesaparecidos.org.ar)

[www.seprin.com.ar](http://www.seprin.com.ar)

[www.sinmordaza.com](http://www.sinmordaza.com)

## Documentos

- ✓ Diario del Juicio a las Juntas; N° 4; Junio de 1985; Ed Perfil; Buenos Aires.
- ✓ Diario Córdoba, edición del 26 de mayo de 1975.
- ✓ Comunicado de la Organización Montoneros para la Toma de la Calera, en documentos montoneros. <http://www.elortiba.org/docmon.html>
- ✓ Cómo murió Aramburu. Entrevista a Mario Firmenich y Norma Arrostito en documentos montoneros <http://www.elortiba.org/docmon.html>
- ✓ <http://www.elortiba.org/docmon.html>
- ✓ Biografía de Graciela Doldán. <http://robertobaschetti.com/biografia/d/140.html>
- ✓ <http://www.clarin.com/juicio-a-las-juntas/>
- ✓ Da Silva Catela, Ludmila; ¿????????? Boletín virtual
- ✓ Documento verde; en *Revista Lucha Armada en Argentina* N°6; 2006.
- ✓ Código penal revolucionario de Montoneros; en *Revista Lucha Armada* N° 8; 2007.
- ✓ Ortolani, Luis; Moral y proletarización; en *Revista Políticas de la Memoria* N°5; Buenos Aires; 2004-2005.
- ✓ Diario La Gaceta de Tucumán; La Gaceta; 8 de Agosto de 2003.
- ✓ Revista Noticias; N° 44; 28 de mayo de 2004.